

Universidad Andina Simón Bolívar

Sede Ecuador

Área de Historia

Doctorado en Historia Latinoamericana

El Olimpo en los Andes

**La poética de la aventura en las exploraciones científicas de las altas montañas
ecuatorianas (1802-1933)**

Patricio Javier Aguirre Negrete

Tutor: Leoncio López Ocón Cabrera

Quito, 2025

Trabajo almacenado en el Repositorio Institucional UASB-DIGITAL con licencia Creative Commons 4.0 Internacional		
	Reconocimiento de créditos de la obra	
	No comercial	
	Sin obras derivadas	
Para usar esta obra, deben respetarse los términos de esta licencia		

Cláusula de cesión de derecho de publicación

Yo, Patricio Javier Aguirre Negrete, autor de la tesis intitulada “El Olimpo en los Andes: La poética de la aventura en las exploraciones científicas de las altas montañas ecuatorianas (1802-1933)”, mediante el presente documento dejo constancia de que la obra es de mi exclusiva autoría y producción, que la he elaborado para cumplir con uno de los requisitos previos para la obtención del título de Doctor en Historia Latinoamericana en la Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador.

1. Cedo a la Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador, los derechos exclusivos de reproducción, comunicación pública, distribución y divulgación, durante 36 meses a partir de mi graduación, pudiendo por lo tanto la Universidad, utilizar y usar esta obra por cualquier medio conocido o por conocer, siempre y cuando no se lo haga para obtener beneficio económico. Esta autorización incluye la reproducción total o parcial en los formatos virtual, electrónico, digital, óptico, como usos en red local y en internet.
2. Declaro que, en caso de presentarse cualquier reclamación de parte de terceros respecto de los derechos de autor/a de la obra antes referida, yo asumiré toda responsabilidad frente a terceros y a la Universidad.
3. En esta fecha entrego a la Secretaría General, el ejemplar respectivo y sus anexos en formato impreso y digital o electrónico.

25 de agosto de 2025

Firma: _____

Resumen

Esta investigación se centra en la exploración y representación de la naturaleza del alto paisaje andino entre 1802 y 1933. Se enmarca en la experiencia de expedicionarios europeos y ecuatorianos, y las formas de construcción de conocimiento sobre las altas montañas. Parte de las expediciones de Alexander von Humboldt (1802), Edward Whymper (1879-1880), Hans Meyer (1903) y Nicolás G. Martínez (1904-1906, 19011 y 1933) en los altos Andes del Ecuador. Su análisis se basa en el enfoque interdisciplinario de diversos campos de la historia, así como de aportes conceptuales de la filosofía y la crítica literaria. Propone observar los sentidos que estas expediciones desplegaron en el imaginario masculino de la exploración científica en cuanto a la producción y recepción de la experiencia en las altas montañas andinas.

Al tener como objeto de estudio expediciones del siglo XIX y principios del XX, esta investigación plantea la semántica de las contribuciones al entendimiento del paisaje y su influencia en las formas de percibir estos espacios. A esto se añaden los encuentros y desencuentros culturales, sus interacciones imperiales, tanto a nivel de interacción de los imperios con el ámbito local, como entre las grandes potencias y al interior de los mismos. Se centra en cómo las vías de legitimidad y el posicionamiento de la autoridad de las verdades científicas sobre los altos Andes, están atravesadas por la interrelación entre aventura y montañismo que se generaron en los umbrales de la ciencia del Romanticismo que tuvo lugar a inicios del siglo XIX en Europa. Se analiza las continuidades y rupturas de sus manifestaciones a través de los casos mencionados, y su convivencia con otros paradigmas del pensamiento y los métodos científicos decimonónicos. Así también detalla la enmarcación de las montañas como símbolos de identidades imperiales y nacionales, donde se agrega la comunicación entre algunas imágenes pictóricas que fueron producidas a lo largo del periodo señalado, gesto que denota ese tipo de interacciones y su impronta en los planos del pensamiento estético.

Palabras clave: viajes, montañismo, paisaje, geografía, estética, andino, alpino, Chimborazo, Cotopaxi, Tungurahua.

A la mirada que sostuvo con bondad el paisaje andino de mi existencia.

Agradecimientos

La investigación y la escritura de esta tesis fueron posibles gracias al empeño y labor de varias personas que supieron guiar este proceso con paciencia, firmeza y cariño. Agradezco profundamente a Guillermo Bustos y a Juan Maiguashca por confiar en un grupo de (todavía en aquel entonces) jóvenes investigadores provenientes de distintas ramas disciplinarias. Su orientación permitió llenar numerosos vacíos y afianzar el bagaje de conocimientos necesarios para afrontar el desafío de la indagación científica en los umbrales de la historia latinoamericana.

Durante este largo camino, tuve la suerte y el honor de contar con Leoncio López-Ocón Cabrera, Profesor de Investigación del Instituto de Historia del Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC) y actual presidente de la Sociedad Española de Historia de las Ciencias y de las Técnicas (SEHCYT), no solo como mi director de tesis, sino también, y sobre todo, como mi mentor, maestro y amigo. Cada capítulo de esta tesis contiene huellas de diálogos, reflexiones y reprimendas de Ishita Banerjee, João Pimenta, Trinidad Pérez, Julio Ramos, Galaxis Borja, Georges Lomné, Juan Pimentel, Rodrigo Escribano Roca, así como de la ayuda y apoyo de Sofía Rosales, Víctor Silva, Marianela Ortega, Mayra Mancheno, y Lizette Aguirre. Cómo olvidar a mis compañerxs de doctorado, especialmente a Jeroen Derkinderen, Gabriela Argüello, Pablo Campaña, Brayhan Arévalo, y Milagros Villarreal.

Una parte importante de esta investigación se llevó a cabo gracias a las estancias realizadas en el Centro de Ciencias Humanas y Sociales del CSIC (Madrid), y en el Centro de Estudios Americanos de la Universidad Adolfo Ibáñez (sedes de Viña del Mar y Santiago de Chile). Agradezco a Leoncio López-Ocón Cabrera y Rodrigo Escribano Roca, respectivamente, por las facilidades brindadas durante dichas estancias, así como a los bibliotecarios y archivistas de Quito, Madrid, Santiago de Chile, Milán y Buenos Aires. A mi familia, por su ayuda incondicional en tiempos de adversidad. A mi madre, que a menos de un año no pudo recibir noticias sobre la finalización de esta tesis, pero el recuerdo de su bondad y amor incondicional me ayudaron a culminar este trabajo muy a pesar de su partida. Finalmente, como no podía faltar la presencia de lo no humano, agradezco a Birgo, un anciano husky siberiano, por todas sus enseñanzas llenas de lealtad y afecto.

Tabla de contenidos

Figuras y tablas	13
Introducción.....	15
Capítulo primero: El Chimborazo y Los Andes Ecuatoriales: Ciencia, estética y aventura en la exploración y producción científica a inicios del siglo XIX.....	39
1. Humboldt y el Chimborazo: ¿huellas de un evento heroico?	45
2. Creando un Olimpo en los Andes	55
3. La ascensión como evento: los sujetos humboldtianos del Chimborazo.....	67
4. Objetos que se bifurcan.....	100
Capítulo segundo: Edward Whymper y los altos Andes del Ecuador: En medio de la autoridad científica y el arte del montañismo (1879-1892).....	105
1. Edward Whymper y el alpinismo	114
2. A través de los altos Andes de Ecuador (1880-1892).....	137
3. Paisajes que dialogan	187
Capítulo tercero: Hans Meyer y los altos Andes: El yo geográfico y los cuadros vivos como elementos constitutivos en la práctica de la exploración alemana a las altas montañas del Ecuador (1903-1907).....	191
1. La ciencia y el montañismo en la veracidad de la producción del conocimiento geográfico.....	196
2. Hans Meyer y el Chimborazo: Entre el arte del viaje científico y el re-posicionamiento de la autoridad geográfica.....	217
3. La rivalidad de las montañas y las elaboraciones del exotismo salvaje	241
Capítulo cuarto: Exploraciones a los Andes: concepción, práctica, y pliegues modernos del montañismo en las ascensiones de Celestino Usulli y Nicolás G. Martínez Holguín (1903-1933).....	255
1. Escribir (a/sobre) los Andes.....	258
2. Celestino Usulli: encuentros y desencuentros de un montañista “moderno”.....	264
3. La imagen del Chimborazo, el proyecto nacional y la iridiscencia del Andinismo	280
4. Nicolás G. Martínez Holguín y el andinismo como práctica del montañismo en los Andes.....	286

5. Río Babahoyo	330
Conclusiones.....	341
Bibliografía.....	351

Figuras y tablas

Figura 1. Francis Hall: Tabla CXLIII Cumbre del Pichincha y CXLIV (Plano transversal interno del Pichincha).....	89
Figura 2. Francis Hall: Tablas CXLI (Cayambe) y CXLII (Plano transversal de los perfiles este y oeste de los Andes).....	92
Figura 3. Edward Whymper: “Sangai visto desde una elevación de 17,400 pies en el Chimborazo”.....	108
Figura 4. Edward Whymper: “The Great Quebrada at Quito”.....	143
Figura 5. Edward Whymper: “Plan of Camp, June 26-27, 1880”.....	144
Figura 6. Edward Whymper, “Las paredes del Chimborazo”.....	156
Figura 7. Edward Whymper: “Chimborazo from observations made by Edward Whymper in 1890-80”.....	163
Figura 8. “Francisco Javier Campaña, Quito 1886”.....	185
Figura 9. Edward Whymper: “The sky was dark with the clouds of ash. From a photograph taken on the summit of Chimborazo, July 3, 1880”.....	186
Figura 10. Alphons Stübel: “Der Chimborazo und die Stadt Riobamba”.....	212
Figura 11. Camilus Farrand: “Street in Riobamba, with ‘Chimborazo, the Monarch of Andes’ in the distance”.....	215
Figura 12. Alphons Stübel (1874): “Der Chimborazo von Riobamba aus gesehen” ...	216
Figura 13. Hans Meyer: “Cotopaxi desde el Oeste”, fotografía de 1903.....	224
Figura 14. Hans Meyer: Spezialkarte des Chimborazo 1:60000.....	236
Figura 15. Friedrich Pfaff: “Der Cotopaxi”.....	244
Figura 16. Carl Wilhelm Casimir Fuchs: “Höhen Tafel der Vulkane”.....	245
Figura 17. Hans Meyer: “Fig. 25: Chimborazo desde el norte-noroeste. Punto de vista al sur de Cunucyacu a 4000 m de altitud Sobre la cumbre oeste con el glaciar Stübel a la derecha, el glaciar Reiss a la izquierda”.....	254
Figura 18. Luis A. Martínez: Río Babahoyo, 1903, óleo sobre tela 170 x 108.....	258
Figura 19. Alvarado y Bejarano: “Crystall Lager-Bier”.....	263
Figura 20. Celestino Uselli: “La bandiera italiana sulla vetta del Chimborazo”.....	270
Figura 21. Isaiah Bowman a Nicolás G. Martínez, invitación a formar parte de la American Geographical Society.....	307

Figura 22. Nota de prensa (1934): “El Club Andino Ecuatoriano”	317
Figura 23. Hoja firmada por los miembros del Club Andino Ecuatoriano (1934): “El Club Andino Ecuatoriano”	318
Figura 24. Pierre Reimburg (1911): Tarjeta de presentación para Nicolás G. Martínez	327
Figura 25. Fotografía del Volcán Antisana (1911).....	330
Figura 26. Luis A. Martínez: Río Babahoyo, 1903, óleo sobre tela 170 x 108.....	333
Figura 27. Johann W. Goethe: Höhen der alten und neuen Welt bildlich verglichen (1813), cuadro 1	333
Figura 28. Rafael Troya (adjudicado): Musa pintando un paisaje. Óleo sobre lienzo, 121 x	337
Figura 29. Johann W. Goethe: Höhen der alten und neuen Welt bildlich verglichen (Weimar: 1813), cuadro 1.....	339

Introducción

En el relato de su primera ascensión al Cotopaxi en enero de 1906, Nicolás G. Martínez describe a ese territorio volcánico que se eleva entre los altos Andes como “el espectáculo más hermoso y raro que se pueda imaginar. Un bosque, un laberinto, una ciudad de mármol destruida, ¿qué sé yo lo que parece aquello?, ¿cómo describirlo?”.¹ Cincuenta y seis años antes, en 1844, Alexander von Humboldt abría su última obra vinculando, una vez más, su usual reflexión sobre la inmersión del explorador en el mundo natural con el trasfondo de la existencia humana bajo estas palabras: “penetrando en los misterios de la naturaleza, descubriendo sus secretos, y dominando por el trabajo del pensamiento los materiales recogidos por medio de la observación, es como el hombre puede mejor mostrarse más digno de su alto destino”.² ¿Qué enlaza a estas dos formas de concebir y pensar el entorno natural?, ¿qué implicaciones le conciernen al alto escenario andino?, ¿qué relevancia mantuvo en términos trasatlánticos?, y ¿cuáles fueron, si existieron, sus continuidades y transformaciones?

La preocupación por la inmersión y la descripción metódica de escenarios como el alto paraje andino, representó una expresión de largo aliento que inauguraron las expediciones europeas que transitaron los altos Andes del Ecuador y que mantuvieron un impacto importante en el mundo occidental durante el siglo XIX e inicios del siglo XX. Todas ellas colocaron, en más de una ocasión, a las montañas andinas de la línea ecuatorial en el centro de las discusiones científicas y estéticas: figuraron como las mayores elevaciones del Globo, sirvieron como modelos para teorías de novedad geográfica e impresiones estéticas del paisaje, fueron fuentes de inspiración literaria y política; las concibieron como escenarios de laboratorio natural, de polémicas y debates científicos, o bien como espacios para las hazañas o récords de altura de la supervivencia humana. Estas elevaciones llegaron incluso a ser integradas como imagen inherente de la iconografía regional y nacional.³

¹ Nicolás Martínez Holguín, *Ascensiones a los Andes* (Ambato: Librería e Imprenta escolar de Ricardo Costales, 1920), 64.

² Alexander von Humboldt, *Cosmos: Ensayo de una descripción física del mundo*, trad. Bernardo Giner y José de Fuentes (Madrid: Imprenta de Gaspar y Roig, 1874), 1:3.

³ Véase, entre otros, Juan Pimentel, *Testigos del mundo: Ciencia, literatura y viajes en la Ilustración* (Madrid: Marcial Pons, 2003), 179-210; Kevin Avery, “‘The Heart of the Andes’ Exhibited: Frederic E. Church’s Window on the Equatorial World”, *The American Art Journal* 18, n.º 1 (1986): 52-72, doi:10.2307/1594457; Frank Baron, “From Alexander von Humboldt to Frederic Edwin Church: Voyages of Scientific Exploration and Artistic Creativity”, *HiN: Alexander von Humboldt im Netz* 7, n.º

La fijación por los puntos más destacados del paisaje montañoso podrían rastrearse hasta el ímpetu de los grandes viajes de la Ilustración. Sus historias, tanto en su devoción hacia la naturaleza “indómita” como hacia los sujetos que se adentraron en ella, cabe considerarlos en los registros de la poética por la manera en que esos viajes fueron narrados y representados. Al tejer con palabras e imágenes una parte constitutiva del pensamiento en comunión con lo sensorial, una historia de las exploraciones es a la vez una historia de la aventura, al menos si se entiende por aventura una presencia singular del lenguaje en la experiencia de esos espacios concebidos como ajenos, distintos, o extremos.

Incursionar en el interés por las montañas no es un ámbito inédito en las humanidades o en la disciplina histórica en particular, cuyas preocupaciones se han situado en una afinidad creciente por la singularidad de ciertas elevaciones. En materia académica: artículos, capítulos de libros, jornadas, seminarios y tesis han sido dedicadas por entero a este tópico.⁴ Tampoco representa un elemento fácil de evadir para un país atravesado por montañas (la segunda cordillera más alta del planeta en lo que a tierra

10 (2005): 7-20, <https://nbn-resolving.org/urn:nbn:de:kobv:517-opus-35175>; Franklin Cepeda, *Mi delirio sobre el Chimborazo: 200 años de historia, memoria y representaciones* (Riobamba: Edipcentro / Universidad Andina Simón Bolívar, 2022); Pere Sunyer, “Humboldt en los Andes de Ecuador. Ciencia y romanticismo en el descubrimiento científico de la montaña”, *Scripta Nova: Revista Electrónica de Geografía y Ciencias Sociales* 4, n.º 58, 15 de febrero de 2000, <https://www.ub.edu/geocrit/sn-58.htm>; Juan Felipe Ureña, “El Chimborazo. Una imagen de la integridad geográfica de la primera república de Colombia”, *Claves. Revista de Historia* 8, n.º 15 (2022): 31-69, doi:10.25032/crh.v8i15.3; Rex Sosa, *El escudo de armas del Ecuador y el proyecto nacional* (Quito: UASB, 2014); Alexandra Kennedy-Troya, coord., *Escenarios para una patria: Paisajismo ecuatoriano* (Quito: Museo de la Ciudad, 2008); Jorge Cañizares-Esguerra y Mark Thurner, “Andes”, en *New World Objects of Knowledge: A Cabinet of Curiosities*, ed. Mark Thurner y Juan Pimentel (London: University of London Press, 2021), 217-24.

⁴ Véase, por citar algunos ejemplos sobre el Kilimanjaro, Delphine Froment, “La fabrique du Kilimandjaro: Savoirs géographiques, représentations et constructions impériales en Afrique de l'Est au XIXe siècle” (tesis doctoral, Ecole Normale Supérieure, 2021), <https://theses.fr/2021UPSLE053>; Delphine Froment, “Collaborer avec ses rivaux. Les soutiens britanniques et zanzibarites à la conquête allemande du Kilimandjaro (1887-1889)”, dans *Revue d'Histoire. Coopérations et circulations transimpériales en Afrique (fin du XIXe siècle - années 1960)*, n.º 3, coord. Damiano Matasci y Miguel Bandeira (2022): 19-34, doi: 10.51185/journals/rhca.2022.0302; Delphine Froment, “Du triangle sur la carte à la montagne est-africaine: savoirs géographiques, représentations et constructions territoriales autour du Kilimandjaro au XIXe siècle”, (Conférence, Histoire des sciences humaines et sociales, Centre de Colloques del Campus Condorcet de Aubervilliers Paris, 7 de abril 2023). Sobre el volcán Etna: Pierre Briole, Mandana Covindassamy, Anca Dan, “(D)Écrire l'Etna” (Programme gradué Translitteræ de l'Université PSL à la Société géologique de France Vendredi 10 mars, 2023), <https://www.translitterae.psl.eu/decrire-letna/>. Sobre montañas del Ecuador, además de las ya citadas anteriormente, véase Juan Pimentel, “Humboldt's Magic Mountain”, trad. Peter Mason, in *The Invention of Humboldt. On the Geopolitics of Knowledge*, ed. Mark Thurner & Jorge Cañizares-Esguerra (New York: Routledge, 2023), 169-94; Pierre Moret, “Antisana: The true Humboldtian mountain”, *Ecology & Evolution*, 12 de septiembre de 2019, https://communities.springernature.com/posts/antisana-the-true-humboldtianmountain?fbclid=IwAR2nKExZhSVJvLXoJUrp2Z9RUHAnicldyB8EBnLFvCeUlrNxxniSk_0bg#comment; Martín Jaramillo, “Paisaje. La representación de los Andes ecuatorianos en la obra fotográfica y pictórica de Augusto, Nicolás y Luis Martínez Holguín (1892-1933)” (tesis de maestría, Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, Sede Ecuador, 2024), <https://repositorio.flacsoandes.edu.ec/xmlui/handle/10469/20731>.

firme respecta), y que además obedece a gestos simbólicos patrios, al menos si se piensa, por ejemplo, en el lugar que ocupa la imagen de una montaña en el Escudo de Armas de la República del Ecuador. La invocación de este tipo de símbolos responde a un fenómeno que se ha manifestado en la inserción de la simbología de perfiles de montaña en diferentes naciones. Sin embargo, para el caso ecuatoriano, a diferencia de los símbolos patrios de algunos países como Bolivia, donde aparece el *Cerro Rico de Potosí*, o el de Eslovenia, con el *Triglav* como imagen prominente, ninguno detalla ni la particularidad de la presencia orográfica de la montaña (perfil y nieves perpetuas), ni la relación geográfica regional e ideológica que el *Chimborazo*, la mayor elevación de su territorio con una altura de 6263 m., ha proyectado en su posicionamiento al interior de un escudo nacional. Esta montaña no sólo atrajo una serie de interacciones que oscilaron entre la apreciación estética del paisaje, el desempeño físico y el trabajo científico de campo a lo largo del siglo XIX (aspecto que perdura incluso hasta la época contemporánea),⁵ sino que fue un objeto de profunda identificación personal tanto por parte de expedicionarios extranjeros como locales.

Al evocar y transitar entre la brisa andina y el aire glacial, esta investigación aspira a ser un aporte al entendimiento, análisis e interpretación de la presencia y producción retórica e iconográfica de lo que fueron las exploraciones a las altas montañas de los Andes ecuatoriales. Se sustenta en la visualización de un campo de pensamiento que no difunde únicamente un tipo particular de conocimiento, en este caso científico (propio del siglo XIX), sino que plantea también la posibilidad de indagar la presencia de elementos que han constituido su propia concepción y expansión, tales como el movimiento corporal, los récords de altura, o el montañismo. Estos elementos se encuentran a su vez delineados por la presencia de importantes fenómenos de pensamiento que surgieron en el seno de la Ilustración como lo fue la ciencia del Romanticismo, donde la aventura, el gesto literario y los diálogos que mantuvieron sus distintas manifestaciones (como las impresiones estéticas), se consolidaron como pilares fundamentales en los modos de

⁵ En 2016, en el contexto del marco de los 280 años de la primera misión geodésica hispanofrancesa a los Andes ecuatoriales, se midió, entre otros aspectos de carácter científico, la altura exacta del Chimborazo en consideración a la masa total de la Tierra. Investigadores vinculados al Institut de Recherche pour le Développement (IRD) y a la Escuela Politécnica Nacional (EPN), ascendieron a la cumbre del volcán acompañados por importantes figuras del montañismo ecuatoriano. En ella se determinó que la cumbre del Chimborazo superaba a la del Everest al ser el punto más alejado desde el centro de la Tierra. Este aspecto ha sido incluso difundido por figuras en el campo de la difusión astrofísica como Neil deGrasse Tyson. Ante ello, sin embargo, resulta imperante una aclaración: también resulta el punto más cercano al Sol durante los equinoccios, es decir, dos veces al año.

observar, transitar, concebir y traducir (para un público lector específico) los entornos naturales del alto espacio andino.

Al sumergirse en las exploraciones científicas y la literatura de viajes, esta investigación abarca diversas dimensiones en el campo de la historia, incluyendo la historia de la ciencia, la historia de las ideas y la historia cultural. Además, se relaciona con aspectos de la historia conceptual, historia del arte, y ofrece perspectivas propias de la filosofía y la crítica literaria. Sin embargo, si hay un elemento transversal que prevalece en esta investigación, es su inscripción en el estudio de las masculinidades. La masculinidad se presenta en esta tesis como un componente imperante en la narrativa de exploración que surgió durante los primeros ascensos, en el sentido europeo del alpinismo, a las cumbres de una cordillera como los Andes. Aunque no se puede ignorar la presencia de otros géneros, específicamente el femenino —sobre todo a inicios del siglo XX—, este eje transversal también permite anticipar lo que significaría, por ejemplo, una escritura e iconografía femenina en el ámbito de la aventura en las exploraciones de los altos Andes a nivel local. Sobre este último aspecto se abordan brevemente dos ejemplos que han sido extraídos de las fuentes investigadas.⁶ La impronta masculina identificada a lo largo de esta tesis contiene varios elementos, entre los cuales destacan los medios de legitimación, las disputas por las verdades científicas, el logocentrismo, las hazañas corporales, el espíritu de conquista o la competitividad imperial.

El motivo que impulsó este trabajo está enlazado a mi afición personal por la actividad del montañismo, la cual, en los últimos veinte años, ha suscitado experiencias en cadenas montañosas de Sudamérica, EE.UU. y Europa. Además de estar acreditado como Guía Nacional de Alta Montaña por la Asociación Ecuatoriana de Guías de Montaña (ASEGUIM) y encontrarme en formación como Guía Internacional de Alta Montaña por la *International Federation of Mountain Guides Associations* (IFMGA), he realizado primeras ascensiones por líneas técnicas, escaladas en solitario, y récords de ascensión (ya batidos en el presente) en montañas a nivel nacional e internacional. Ante la inquietud sobre cómo fueron observadas, transitadas y representadas las montañas que yo mismo he ascendido, por afición, profesión o reto personal, y cuánto de esas manifestaciones aún constriñen nuestras maneras de concebir esos escenarios, surgió en

⁶ Estos están vinculados al caso de Elsbeth Bolle Werner, la primera mujer en ascender a una alta montaña (volcán Tungurahua) en 1911.

su momento la pregunta de cómo historiar las percepciones que engendraron las expediciones europeas y locales que incursionaron en el alto escenario andino; pregunta que finalmente dio origen a esta tesis.

En la pretensión del abordaje de la literatura de exploración científica, se plantea la presencia de toda una serie de lugares ajenos y distintos.⁷ Los espacios que representaron los Andes para la mirada ilustrada europea, responden al despliegue de las exploraciones en las fronteras de la Ilustración. Estas expediciones que transitaron las tierras americanas durante el siglo XIX, principalmente provenientes de los imperios europeos, tuvieron como fundamento una intensa relación entre el trabajo de campo, los resultados del estudio científico y la escritura propia de los relatos de viaje, diseminando miradas interlineadas por la racionalidad de “la clasificación, el dato, la situación”.⁸ Esta racionalidad estuvo involucrada en la aplicación del campo científico propio de esa denominada segunda era de los descubrimientos.⁹ Sus informes, conferencias y producciones impresas, se revelaron como una suerte de traducción de esos espacios lejanos en tanto lugares *exóticos* (y hasta *extremos*): una ventana al mundo exterior, esa *res extensa* de la *terra incognita* a la que había que extraer sus sustancias y amplificarlas para un público europeo ávido de literatura de exploraciones.¹⁰ En ellas aparecen narrando, generalmente en primera persona, la imagen de un sujeto científico que hace frente a la naturaleza abierta comúnmente infestada de peligros, imagen que ha sido considerada como la metáfora central de la ciencia del Romanticismo.¹¹ En ella se evidencia el carácter individualizado y heroico del sujeto explorador, donde la aventura de la exploración es a su vez una aventura del conocimiento.¹² Estos aspectos concernientes a la traducción o domesticación a través de la figura heroica, sugiere,

⁷ Véase, sobre esta cuestión de la yuxtaposición del espacio, Michel Foucault, *El cuerpo utópico. Las heterotopías*, trad. Víctor Goldstein (Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión, 2010), 25.

⁸ Michel Foucault, *Las palabras y las cosas. Una arqueología de las ciencias humanas* (Buenos Aires: Siglo XXI Editores, 1968), 135.

⁹ Juan Pimentel, “El Siglo de las Luces”, en *La aventura: Justo una idea*, ed. Pilar Rubio Remiro (Madrid, La línea del Horizonte, 2016), párr. 7, edición de Perlego.

¹⁰ Véase, entre otros, Mary Louise Pratt, *Ojos imperiales. Literatura de viajes y transculturación* (Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmes, 1992); Michael Heffernan, “«Adream as frail as those of ancient Time»: The in-credible geographies of Timbuco”, *Environment and Planning D: Society and Space* 19, n.º 2 (New York: Sage Journals, 2001): 203-25, doi:10.1068/d231t; Dorinda Outram, “On Being Perseus: New knowledge, Dislocation, and Enlightenment Exploration”, in *Geography and Enlightenment*, ed. David Livingstone & Charles Withers (Chicago: University of Chicago Press, 1999), 281-94.

¹¹ Richard Holmes, *La edad de los prodigios. Terror y belleza en la ciencia del Romanticismo*, trad. Miguel Martínez-Lage y Cristina Núñez Pereira (Madrid: Turner, 2012), 13.

¹² Pimentel, “El Siglo de las Luces”, párr. 5.

además, la implicación de las formas de producción, transmisión y legitimación del conocimiento sobre esos espacios en la realidad inmediata.¹³

El objeto de estudio de esta tesis transita principalmente alrededor de expediciones que instauraron a los Andes ecuatoriales en el centro del imaginario de las exploraciones científicas vinculadas a proezas del montañismo. Estas son las expediciones de Alexander von Humboldt (1802), Edward Whymper (1879-1880), Hans Meyer (1903), y Nicolás G. Martínez (1904-1906, 1911 y 1933). La estructura interna que se ha establecido para presentar esta investigación se compone de cuatro capítulos que toman como epicentro a estas expediciones. El primero se adentra en el fenómeno cultural y científico que representó el intento de ascensión de Humboldt al Chimborazo en 1802, así como en la publicación de su perfil transversal de los Andes. En complemento y en comunicación directa con esta expedición, se abordan también los registros de Carlos Montúfar (1802), y los concernientes a la exploración e intento de ascensión de 1831 por parte de Jean-Baptiste Boussingault (1835) y Francis Hall (1834 y 1835). El segundo abarca por entero a la expedición del célebre alpinista inglés Edward Whymper, cuyo eje central gira en dos conferencias realizadas en Londres en 1881 y la publicación de su libro de viaje cuya edición especial apareció, también en Londres, en 1892. El tercer capítulo remarca la continuidad por la fijación del estudio y la ascensión a las altas montañas del Ecuador en la figura del geógrafo del Imperio alemán Hans Meyer, quien viajó a Sudamérica en 1903, y cuyos resultados, en formato de libro de viaje y atlas ilustrado, fueron publicados en Berlín en 1907. En cuanto a la cuarta sección, se presentan a través de dos manifestaciones particulares: la ascensión del italiano Celestino Usuelli al Chimborazo en 1903, y la irrupción de la presencia de Nicolás Martínez Holguín como agente local de exploración científica y ascensionismo en el alto escenario andino durante los años 1904-1906, 1911 y 1933.

La relevancia de las montañas andinas (o elevaciones volcánicas y no volcánicas) del Ecuador, entre las que sobresale el Chimborazo, resulta evidente si se parte del lugar que éstas ocuparon en el desarrollo de las discusiones occidentales sobre la forma de la tierra durante el primer tercio y mediados del siglo XVIII.¹⁴ Aun así, su relevancia no deja de incrementarse si se aborda el pensamiento y concepción del trópico, ese espacio

¹³ Steven Shapin, *A Social History of Truth* (Chicago: University of Chicago Press, 1994).

¹⁴ Véase Antonio Lafuente y Antonio Mazuecos, *Los caballeros del punto fijo. Ciencia, política y aventura en la expedición geodésica hispanofrancesa al virreinato del Perú en el siglo XVIII* (Madrid: Ediciones del Serbal / CSIC, 1987); Neil Safier, *La medición del nuevo mundo. La ciencia de la Ilustración y América del Sur* (Madrid: Marcial Pons Historia, 2016).

exótico por antonomasia para el mundo occidental.¹⁵ Al haber encapsulado la diversidad de los climas, la existencia del trópico implicó un cambio radical en las concepciones europeas de la zona meridional que comúnmente se las había catalogado como un espacio inhabitable y al que los antiguos helenos denominaron *zona tórrida*. Con José de Acosta (1540-1600) en el siglo XVI, no sólo se percibe la habitabilidad de esta *zona*, aun “quanto quiera que los Antiguos lo tengan por imposible [*sic*]”, sino que en ella acontece “la región más abundante de quantas tiene el mundo universo [*sic*]”.¹⁶ Y resume el clima cálido, frío y templado “en un mismo tiempo”.¹⁷

A través de Alexander von Humboldt (1769-1859), a inicios del siglo XIX, los Andes ecuatoriales amplificaron su relieve a raíz de la propuesta fitogeográfica expuesta en el perfil transversal de los Andes.¹⁸ A partir de una composición que combina el dato científico con el detalle artístico, este modelo reducido del mundo natural distribuye a cada elemento relacionado en su lugar con los demás componentes (químicos, orgánicos, físicos, geográficos). No fue una coincidencia la intensidad con la que se incorporó la relevancia de la diversidad del trópico si se piensa en la importancia que significó la ciencia del Romanticismo, florecida a finales del siglo XVIII y que concuerda con el movimiento cultural de donde toma su nombre. En esta ciencia romántica, se gestaron formas de vinculación entre un público expectante y la figura del explorador científico en tanto agente heroico: un sujeto lleno de instrumentos que se sumergía en la revelación de una naturaleza infinita y misteriosa.¹⁹

Humboldt y los Andes, en especial el perfil transversal que toma como escenario al Chimborazo, se configuraron en el centro de esa ciencia.²⁰ El perfil transversal

¹⁵ Véase, entre varios trabajos, Antonello Gerbi, *La disputa del Nuevo Mundo. Historia de una polémica 1750-1900* (Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica, 1960); Nancy Stepan, *Picturing Tropical Nature* (Ithaca: Cornell University Press, 2001); Fernando Hidalgo, *La conquista del trópico. Exploradores y botánicos en el Ecuador del Siglo XIX* (Quito: INPC, 2017); David Arnold, “«Illusory Riches»: Representation of the Tropical World, 1840-1950”, *Singapore Journal of Tropical Geography*, vol. 21, n.º 1 (2002): 6-18, doi:10.1111/1467-9493.00060.

¹⁶ José de Acosta, *Historia Natural y Moral de las Indias* (Nueva York: Forgotten Books, 2016), 1:30. Su primera edición, en latín, se publicó en Salamanca en 1589. Su traducción al castellano apareció en Sevilla al año siguiente.

¹⁷ José de Acosta, *Historia Natural y Moral de las Indias*, 2:96.

¹⁸ Alexandre de Humboldt et Aimé Bonpland, *Essai sur la Géographie des Plantes, en Essai sur la Géographie des Plantes; accompagné d'un Tableau Physique des Régions Équinoxiales, Fondé sur mesures exécutées, depuis le dixième degré de latitude boréale jusqu'au degré de latitude australe, pendant les années 1799, 1800, 1801, 1802 et 1803* (Paris: Chez Levrault, 1805).

¹⁹ Véase, entre otros, Holmes, *La edad de los prodigios*; Andrew Cunningham y Nicholas Jardín eds., *Romanticism and the Sciences* (Cambridge: Cambridge University Press, 1990).

²⁰ Véase Malcolm Nicolson, “Alexander von Humboldt and the geography of vegetation”, in *Romanticism and the Sciences*, ed. Andrew Cunningham & Nicholas Jardín (Cambridge: Cambridge University Press, 1990), 169-85.

encapsuló “la totalidad de la impresión científica y estética que le produjeron los trópicos de América del Sur”.²¹ Es “un ejemplo vívido del compromiso romántico con una forma de indagación natural que implicaría tanto las facultades espirituales como las racionales del ser humano”.²² La figura de heroicidad cumple además con un cometido: se configura en esta ciencia por las proezas físicas emprendidas en estos espacios. Para el caso de Humboldt, su intento de ascensión al Chimborazo fue un motivo de elaboración, a partir de los marcos contextuales de la discusión científica como de los movimientos retóricos y artísticos, que ejemplifican una expresión propia del romanticismo.²³ El individuo y la obra reflejan los elementos que componen el pensamiento romántico: la figura solitaria del sujeto explorador, las hazañas de su exposición corporal en el ambiente extremo de la naturaleza, y el componente estético que atraviesa su trabajo (del cual fue un exponente central y extravagante de su tiempo). Incluso se ha llegado a identificar a su trasfondo científico como una *ciencia humboldtiana*, puesto que, según ha sido mencionado, no ha existido un término para incluir “la astronomía y la física de la tierra y la biología de la tierra, todo ello visto desde un punto de vista geográfico, con el objetivo de descubrir conexiones e interrelaciones matemáticas cuantitativas —‘leyes’, si lo prefiere, aunque puedan ser tablas o gráficos—”.²⁴

Lo curioso es que estas elaboraciones del sujeto romántico se distancian radicalmente de la realidad: como explorador, Humboldt jamás estuvo solo; sus hazañas corporales en materia de *alpinismo* llegaron a ser ridiculizadas con el tiempo; su componente estético fue desterrado de los escenarios de la ciencia europea a raíz del surgimiento de nuevos paradigmas metodológicos desde mediados del siglo XIX. Aun así, dentro de este umbral del Romanticismo, el intento de Humboldt de ascender una montaña como el Chimborazo, considerada en aquel entonces como la montaña más alta del Globo, no sólo pasó a traducirse como una parte expresiva de la impronta de esa ciencia humboldtiana, sino que ha presentado incluso una distancia respecto al común obrar del gesto romántico.

²¹ *Ibíd.*, 171. Como se resalta y justifica al final de la introducción, todas las citas en otros idiomas han sido traducidas al español a excepción de los títulos.

²² *Ibíd.*, 183.

²³ Sunyer, “Humboldt en los Andes de Ecuador”, párr 29. Para Sunyer, el ambiente en el que Humboldt se inscribe, tiene las vertientes de las discusiones sobre el origen de las rocas del planeta, la personalidad científica de Horace-Bénédict de Saussure, las propuestas de Jean Jacques Rousseau que remodelaron las concepciones sobre la naturaleza, y la influencia de J. W. Goethe.

²⁴ Susan Cannon, *Science in Culture: The Early Victorian Period* (New York: Dawson, 1978), 77.

Según esta lógica de distanciamiento, el *sujeto humboldtiano* sobrepasa a la persona de Humboldt y se traslada a cualquier individuo que se sumerge en la aventura física del entendimiento del mundo natural. Este sujeto “sabe que el comportamiento de plantas y animales en condiciones geográficas extremas es una clave de su capacidad de adaptación y, por tanto, de su distribución geográfica en general”.²⁵ En este marco, “cualquier romántico puede escalar una montaña; el humboldtiano quería utilizar su altura como laboratorio para observar las condiciones extremas de la existencia”.²⁶ No ha sido ajeno el debate en torno a esta mirada esencialista, e incluso se ha extendido esta inscripción para denotar los mecanismos a raíz de los cuales Humboldt aventajó su propia figura a costa del conocimiento americano por agentes americanos.²⁷

Lo señalado, sin embargo, no pretende caer en el juego de una reivindicación del viajero prusiano.²⁸ Una apuesta por el enfoque sobre el registro estético permite visualizar al sujeto humboldtiano como un fenómeno propio de la ciencia del Romanticismo. Desde su primera publicación sobre el continente americano, la impronta de la relación entre el explorador y el lector se sustentó en el acceso a la apreciación artística del paisaje y el conocimiento científico de la naturaleza.²⁹ Al final de su vida, en las páginas iniciales del segundo tomo de *Cosmos*, mencionó tres formas particulares para el estudio de la naturaleza en tanto pilares constitutivos para el traspaso de ese conocimiento sensible: la contemplación inteligente de la naturaleza, la pintura del paisaje y la observación directa

²⁵ *Ibíd.*, 78.

²⁶ *Ibíd.*

²⁷ Para Juan Pimentel, en el contexto de la Ilustración, “la ascensión al Chimborazo y su significado en la ciencia humboldtiana” pone “de manifiesto el trasiego que existe entre una experiencia sensible y localizada y las leyes eternas de la física del globo”, a su vez de la puesta en escena de “la dimensión estética, simbólica e ideológica de una imagen y un paisaje”. Pimentel, *Testigos del mundo*, 183. En un texto reciente donde reinterpreta la relación de Humboldt con el Chimborazo, este autor enfatiza en la extrapolación del objeto montaña, sin rastros de la presencia humana y hasta de su propia experiencia (puesto que Humboldt no da mayor información, cambiando el relato mundano de los padecimientos por el cuadro sublime y noble que recrea al objeto montaña), como un acto estratégico en la fabricación de su propia figura. Pimentel, “Humboldt’s Magic Mountain”, 185. Humboldt, en el escenario romántico y de creación de ideas científicas, ha sido cuestionado por el revisionismo histórico, debido a esta búsqueda y posicionamiento de su figura, como un sujeto que usurpó ideas y obliteró la aportación que agentes criollos de las colonias ultramarinas españolas generaron en el campo del conocimiento. Véase Mark Thurner & Jorge Cañizares-Esguerra ed., *The Invention of Humboldt. On the Geopolitics of Knowledge* (New York: Routledge, 2023).

²⁸ Véase Mark Thurner, “Huellas sobre huellas sobre huellas”, *Procesos. Revista Ecuatoriana de Historia*, n.º 58 (Quito: Universidad Andina Simón Bolívar, 2023), 169-74. En buena medida, las reivindicaciones, muchas veces pasionales, de la figura de Humboldt, podría deberse a la facilidad que presenta su figura en términos de sabiduría, aspecto que, como ha señalado Leoncio López-Ocón, le ha permitido acoplarse a todos los gustos. Véase Leoncio López-Ocón, “The Apotheosis of Humboldt during the Nineteenth Century”, en Thurner & Cañizares-Esguerra, *The Invention of Humboldt*, 20.

²⁹ Humboldt y Bonpland, *Essai sur la Géographie des Plantes*, 34.

de las grandes formas del reino vegetal.³⁰ Su herencia estética ha sido normalmente remitida a su relación con Johann Wolfgang von Goethe.³¹ Sin embargo también se ha remontado hasta las apreciaciones de Alexander Baumgarten (1714-1762). La filosofía baumgartiana propone que “la belleza del conocimiento sensitivo, universal” se expone en “la concordancia de los pensamientos entre sí, hacia una unidad, que resulta un fenómeno, en la medida en que hacemos abstracción de su orden y sus signos”.³² La esfera sensitiva baumgartiana buscaba sustentar la cognición sensible de lo perfecto y lo bello, aspecto que concuerda con la mirada humboldtiana sobre la impresión total del paisaje.³³ Para Humboldt la naturaleza era un poder que podía ser revelado, y lo hacía precisamente “en la conexión de impresiones, en la unidad de emociones y de efectos que se producen en cierto modo de una sola vez”.³⁴

La preocupación por la estética que exhibieron las exploraciones que tuvieron como objeto a los Andes ecuatoriales, mantiene una constante en sus distintas expresiones.³⁵ La percepción sensible de una montaña como el Chimborazo, por ejemplo, se ha remontado a 1550 con las impresiones de Girolamo Benzoni, donde se concibe el paisaje andino con una visión de ensueño.³⁶ Sin embargo, la mirada que expuso Humboldt en su producción escrita y gráfica, lejos de mantener una genealogía de las impresiones sensibles, puede también ser contrastada por la escritura de sus propios pares, como es el ejemplo del diario de Carlos Montúfar, joven aristócrata quiteño que se vinculó a la expedición en sus tramos finales, donde la exploración al Chimborazo no responde a un evento excepcional, sino que es una parte más de un abanico de acontecimientos e

³⁰ Alexander von Humboldt, *Cosmos: Ensayo de una descripción física del mundo*, trad. Edward Sabine (Nueva York: Forgotten Books, 2016), 2:5.

³¹ Véase, entre una larga lista, Esdras Araujo, “A apreensão sensível da natureza em Goethe e Humboldt”, *Paisagem e Ambiente: ensaios tem licença Creative Commons*, n.º 42 (São Paulo: 2019): 11-22, doi:10.11606/issn.2359-5361.v0i42p11-22; Michael Bies, *Im Grunde ein Bild: Die Darstellung der Naturforschung bei Kant, Goethe und Alexander von Humboldt* (Gotinga: Wallstein Verlag, 2012); Rosa Gutiérrez, “El problema de la objetividad en las imágenes de la naturaleza: Von Humboldt y Goethe”, *Escritura e Imagen*, n.º 17 (2021): 29-46, doi:10.5209/esim.78933.

³² Alexander Baumgarten, *Estética breve*, trad. Ricardo Ibarlucía (Buenos Aires: Centro de Investigaciones Filosóficas, 2013), 34.

³³ Jürgen Misch, “Ciencia y estética. Reflexiones en torno a la representación científica y representación artística de la Naturaleza en la obra de Alexander von Humboldt”, en *Alexander von Humboldt. Estancia en España y viaje americano*, ed. Mariano Cuesta y Sandra Rebok (Madrid: Real Sociedad Geográfica. 2008), 286.

³⁴ Humboldt, *Cosmos*, 1:9.

³⁵ Véase, por ejemplo, Segundo Moreno, *Humboldt y los Andes ecuatoriales. Estética y crítica en las láminas referentes al Ecuador* (Quito: Universidad San Francisco de Quito, 2022).

³⁶ Segundo Moreno y Christiana Borchart, “Los Andes ecuatoriales: entre la estética y la ciencia. Las catorce láminas relativas al Ecuador en la obra *Vues des Cordillères et Monumens des Peuples Indigènes de l'Amérique* de Alexander von Humboldt”, *HiN: Alexander von Humboldt im Netz* 11, n.º 20 (2010): 42, doi:10.18443/136.

impresiones. A esto se añade el campo de las disputas de las verdades científicas a partir de la ilustración científica, como fue la crítica sobre la nivelación de las plantas realizada por el coronel de la Independencia, el británico Francis Hall.³⁷

La presencia de Hall involucra asimismo uno de los ejes fundamentales a través de los que se ha vinculado la importancia y recepción de la época de las exploraciones a los altos Andes. Siguiendo las huellas de Humboldt, Hall emprendió, junto al científico y explorador francés Jean-Baptiste Boussingault, una serie de expediciones a las altas montañas andinas de la entonces reciente República del Ecuador. Intentaron dos ascensiones al Chimborazo en 1831, en la que dijeron haber alcanzado, en la segunda de ellas, una altura mayor a la efectuada por Humboldt. A propósito de la versión de Boussingault, el viajero prusiano dio los pormenores públicos de su propia ascensión en 1837, es decir, 35 años más tarde del intento de alcanzar la cumbre de esta montaña. En el marco de las ascensiones, no sería hasta 1880, a raíz de la primera ascensión conocida a la cumbre del Chimborazo, que el alpinista británico Edward Whymper (1840-1911) suspendería esas versiones anteriores, no sólo cuestionando la veracidad de las alturas a las que dijeron haber llegado sus antecesores, sino hasta ridiculizando la falta de tecnicidad en materia de alpinismo.

El análisis de la figura de un Humboldt ascensionista en el centro de la ciencia del Romanticismo, aspecto que se resume en la metáfora de un sujeto aislado acudiendo a la invocación del vínculo que se engendra en la apreciación artística del paisaje y el conocimiento científico de la naturaleza de las regiones lejanas, precisamente pretende ser el aporte del primer capítulo de esta tesis. Al abogar por su comparación con distintas formas de concebir la exploración y ascensión, como son los casos de Montúfar, Boussingault, y Hall, los cuales expresan una bifurcación en las formas de concebir y traducir sus experiencias en el terreno, permite esbozar de manera reflexiva y teórica esas diferencias en el campo de la traducción de ese dinamismo práctico en sus producciones y su relación (directa o indirecta) con la ciencia del Romanticismo. Estos aspectos se ponen en perspectiva en los siguientes tres capítulos, a propósito de las continuidades y rupturas en cuanto a su comparación con los casos propuestos de Edward Whymper, Hans Meyer y Nicolás Martínez.

³⁷ Susanne Renner et al., “‘My Reputation is at Stake.’ Humboldt’s Mountain Plant Geography in the Making (1803–1825)”, *Journal of the History of Biology*, vol. 56 (New York: Springer, 2023): 97-124, doi:10.1007/s10739-023-09705-z.

La presencia de una figura como la del inglés Edward Whymper, significó la inauguración del alpinismo en Sudamérica, entendiendo por alpinismo la actividad que se basa en alcanzar el punto más sobresaliente de una alta montaña.³⁸ Esta actividad se estrenó a gran escala en Europa a mediados del siglo XIX, donde Whymper fue una de sus figuras fundamentales. Su libro *Scrambles amongst the Alps*, publicado en 1871, es considerado una de las grandes obras clásicas sobre alpinismo.³⁹ Su presencia en la República del Ecuador representó no sólo las dos primeras ascensiones registradas a la cumbre de una montaña de seis mil metros (Chimborazo), sino que extendió el mismo gesto en la gran mayoría de las cumbres de las montañas del Ecuador. Su libro *Travels amongst the Great Andes of the Equator* (1891) ocupó un lugar prominente en el ámbito científico por su trabajo cartográfico y fisiológico, ambos basados en la aplicación del estudio de campo a través de la disciplina del alpinismo, aspecto que le otorgó legitimidad y autoridad en el contexto británico aún sin haber tenido una formación científica propiamente dicha.⁴⁰

El viaje de Whymper a Sudamérica, como era usual en las expediciones decimonónicas, también implicó grandes colecciones de historia natural, las cuales destacaron en materia geológica, zoológica y arqueológica, siendo analizadas por figuras prominentes de la esfera científica británica. Su libro sobre los Andes, cuyo título atrajo a sus primeros lectores, fue aclamado por la crítica con tantos o quizá más elogios de los que había recibido su libro sobre los Alpes, siendo “otro emocionante relato de tierras extranjeras y aventuras en la montaña en su haber —salpimentado con color local y un

³⁸ Véase, por ejemplo, Peter Hansen, *The Summits of Modern Man: Mountaineering after the Enlightenment* (Cambridge: Harvard University Press, 2013); Robert Macfarlane, *Las montañas de la mente: Historia de una fascinación*, trad. Concha Cardeñoso (Nueva York: Penguin Random House, 2020); Caroline Schaumann, *Peak Pursuits. The Emergence of Mountaineering in the Nineteenth Century* (New Haven: Yale University Press, 2020).

³⁹ Michael S. Reidy, “Mountaineering, Masculinity, and the Male Body in Mid-Victorian Britain”, *Osiris: Scientific Masculinities* 1 (Chicago: The Chicago University Press, 2015): 160, doi:10.1086/682975158-181; Edward Whymper, *Scrambles amongst the Alps in the years 1860-69* (London: John Murray, 1871).

⁴⁰ Vale acotar una aclaración al respecto sobre el año de publicación. A pesar de no contar con el ejemplar de 1891, se puede justificar a ese año con la fecha de impresión del *Supplementary Appendix to Travels amongst the Great Andes of the Equator*. La publicación de este libro suplementario es de 1891, y responde al complemento científico de las colecciones de historia natural que fueron adquiridas durante el viaje. En sus líneas introductorias el alpinista británico expresa: “ya he explicado en la narración de mis *Travels amongst the Great Andes of the Equator* las circunstancias bajo las cuales se formaron las colecciones que se describen en este *Supplementary Appendix* a esa obra. Se dice allí, y puede ser conveniente repetir aquí, que aunque mi objetivo [...]”. Edward Whymper, *Supplementary Appendix to Travels Amongst the Great Andes of the Equator* (London: John Murray, 1891), v.

poco de intriga de república bananera—”, y que lo volvió a colocar como “una figura popular en el circuito de conferencias”.⁴¹

Whymper llegó al Ecuador en diciembre de 1879 con el propósito de estudiar los efectos de la rarefacción del aire a grandes alturas. En compañía de dos guías italianos, Jean-Antoine Carrel y, el primo de este, Louis Carrel —ambos de la zona alpina de Valtournenche—, y gracias a la participación activa de intérpretes, arrieros y peones, ascendieron a la gran mayoría de las altas montañas del Ecuador. Era la primera vez que dos montañistas de renombre incursionaban en los Andes. Whymper y Jean-Antoine fueron figuras de notable importancia durante los primeros años de la década de 1860 en materia de alpinismo. Whymper logró posicionarse no sólo como un referente de esas actividad sino también, varios años más tarde de sus logros alpinos, en materia científica debido a los resultados de estudios efectuados en las áreas de fisiología y cartografía extraídas de su expedición en tierras americanas. A esto se suman las contribuciones que implicaron sus colecciones de historia natural analizadas por varios especialistas.⁴²

La expedición de Whymper se distancia de las efectuadas por sus predecesores, como fue el caso de viajeros o académicos alemanes arraigados en el Ecuador.⁴³ Esta diferencia se justifica por la vinculación directa entre ciencia y alpinismo que denota la gran cantidad de primeras ascensiones que fueron realizadas bajo las directrices del británico. Esta vinculación ha sido una preocupación contemporánea desde diferentes áreas como la cultural, deportiva, además de la importancia científica de sus colecciones.⁴⁴ Sin embargo, uno de los pocos estudios que han abordado la relación de

⁴¹ Emil Henry, *Triumph and Tragedy. The Life of Edward Whymper* (Leicester: Matador, 2011), xviii.

⁴² George Albert Boulenger, “Account of the Reptiles and Batrachians collected by Mr. Edward Whymper in Ecuador in 1879–80”, *Annals and Magazine of Natural History* 9, n.º 54 (London: R. & J. E. Taylor, 1882): 457–67, doi:10.1080/00222938209459079; Reginald Innes Pocock, “A short account of a small collection of Myriopoda obtained by Mr. Edward Whymper in the Andes of Ecuador”, *Annals and Magazine of Natural History* 6, n.º 32 (London: R. & J. E. Taylor, 1890): 141–6, doi:10.1080/00222939008694014; Thomas George Bonney, “Notes on the microscopic structures of some rocks from the Andes of Ecuador, collected by E. Whymper”, *Proceedings of the Royal Society of London* 36 (London: Harrison and Sons, 1884): 241–8, doi:10.1098/rspl.1883.0107; Peter Cameron, “Descriptions of New Species of Hymenoptera Taken by Mr. Edward Whymper on the Higher Andes of the Equator”, *Transactions of the American Entomological Society* 29, n.º 3 (Philadelphia: The Society at the Academy of Natural Sciences, 1903): 225–38, <https://www.biodiversitylibrary.org/page/10445175#page/263/mode/1up>.

⁴³ Los casos, por ejemplo, durante la década de 1870, de Wilhelm Reiss, Alphons Stubel, o los académicos de la orden jesuíta alemana como Theodor Wolf y Juan Bautista Menten. Para el caso de Reiss, Stubel y Wolf, destacan las primeras ascensiones al Cotopaxi y Tungurahua, aspecto que se abordará en el tercer capítulo.

⁴⁴ Ramiro Navarrete, “Un siglo después de Whymper”, *Andinismo* n.º 1 (Quito: 1979): 11–15; José Juncosa, “Presentación”, en *Viajes a través de los majestuosos Andes del Ecuador*, trad. César Bahamonde, William Orr y Jorge Gómez (Quito: Abya-Yala, 1993), i–vii; Álvaro Barragán et al., “The History of

Whymper con los altos Andes que aúne montañismo y ciencia, responde al de Michael Reidy.⁴⁵ Este autor inscribe al alpinista inglés en una actitud masculina inspirada en los trabajos darwinianos y los aportes de la termodinámica. Esta actitud está presente en otros alpinistas de su época (como el físico y químico John Tyndall), y destaca por la modificación de las concepciones del cuerpo humano, a la vez como herramienta y objeto de estudio y rendimiento, en el siglo XIX.⁴⁶

La época victoriana media, donde Whymper emprendió su vinculación con el alpinismo, estuvo constreñida por la actitud de competitividad propia del espíritu imperial británico.⁴⁷ Esta huella tuvo un despliegue de largo alcance en Europa continental a través de la denominada *Era dorada del alpinismo* (1854-1865), “una época que estableció la competición, la deportividad y la destreza montañera como principios fundacionales del alpinismo moderno”.⁴⁸ Esta competitividad no era ajena al ímpetu nacionalista, el mismo Whymper se enfrentó a las ansiedades de conquista de sus pares italianos por alcanzar la cima del Matterhorn, la última de las grandes elevaciones de los Alpes por ser ascendida bajo la fiebre del alpinismo decimonónico. La presencia de esta época en los Andes se reactiva no sólo por la figura de Whymper sino por la del italiano Jean-Antoine Carrel. Ambos encarnaron la disputa entre el nacionalismo inglés y el italiano por alcanzar la cumbre del Matterhorn. De ese evento incluso llevó a realizar un film en 1938.⁴⁹

Todos estos elementos pueden considerarse como expresiones modernas, así como el ambiente que propició la ciencia del Positivismo que se encontraba en pleno auge en la época de Whymper. Sin embargo, aún al inscribirse en el despliegue de esta ciencia, el gesto romántico en el trabajo de Whymper ocupó una dimensión significativa. Al vincularse tanto en la relación entre la literatura de viajes y el informe científico, como en las expresiones propias del alpinismo británico, la impronta romántica se remonta al campo de la poética británica de finales del siglo XVIII e inicios del XIX. Esta presencia

Entomology in Ecuador”, *Annales de la Société Entomologique de France* 45, n.º 4 (2009): 410-23, doi:10.1080/00379271.2009.10697626; Cédric Dentant et al., “Alpinists and the Terrestrial Limits of Living Beings: an Atypical Contribution to Scientific Knowledge”, *Journal of Alpine Research*, 28 de octubre de 2021, <http://journals.openedition.org/rga/9150>.

⁴⁵ Michael S. Reidy, “Mountaineering, Masculinity, and the Male Body in Mid-Victorian Britain”, 158-81.

⁴⁶ Véase también Anson Rabinbach, *The Human Motor: Energy, Fatigue, and the Origins of Modernity* (New York: 1990).

⁴⁷ Véase Richard Holt, *Sport and the British: A Modern History* (Oxford: Oxford University Press, 1989).

⁴⁸ Schaumann, *Peak Pursuits*, 154.

⁴⁹ Milton Rosner & Luis Trenker, *The Challenge* (Great Britain: Productions LIS, 1938), 75 min. Filmada en la misma montaña.

es evidente en los modos cinestésicos y hápticos que revelan el alpinismo, modos en torno al enlace con el medio natural como en las formas de interrelación con los demás sujetos que participan y sostienen las expediciones.⁵⁰ Estos modos son expresados no sólo a partir de su retórica sino también en el registro fotográfico realizado en el terreno, así como en los grabados que ilustran su libro de viaje, muchos de ellos basados en las fotografías.

El segundo capítulo, al realizar un recorrido por el contexto familiar de Whymper, así como por las condiciones de posibilidad del alpinismo británico que influyeron en su propia figura de alpinista y sus exploraciones, pretende exponer cómo se instauró y asimiló la concepción del alpinismo en el alto relieve andino. Al abarcar el vínculo entre el Romanticismo británico y los orígenes del montañismo en Inglaterra, así como sus invocaciones a lo largo del desarrollo del alpinismo durante el siglo XIX, se entablan esos diálogos presentes con la ciencia del Romanticismo en un exponente de la ciencia del Positivismo como lo era Whymper, de manera que se ubica a los Andes en las formas en la que se las situó en medio de esas expresiones y paradigmas europeos vinculados al forjamiento y disputas de la autoridad científica.

Al evidenciar Whymper las formaciones glaciológicas que no estaban regidas a una o dos montañas, como habían propuesto varios exploradores hasta 1870, y que más bien abundaban en la mayoría de las elevaciones que sobrepasaban los 4600 m. de altura, esta perspectiva tendrá su apogeo con el geógrafo alemán Hans Meyer (1858-1929) a inicios del siglo XX. A través de Meyer, la inclusión de la presencia ártica en la diversidad del trópico fue destacada aún más en la particularidad del comportamiento glacial que representaron los grandes casquetes de hielo de los altos Andes del Ecuador. De la mano de este geógrafo, los Andes también fueron reinscritos en el imaginario científico del Imperio alemán a partir de la reivindicación de la estética como parte inherente del ejercicio geográfico.

Meyer, apenas nueve años más tarde de la ascensión de Whymper al Chimborazo, había sido una figura determinante en la delimitación de las colonias alemanas del África oriental a partir de la primera ascensión al Kilimanjaro, la mayor elevación del continente africano. Este acto marcó un eje convergente en la disciplina académica de la geografía que desarrolló el Imperio alemán a fines del siglo XIX.⁵¹

⁵⁰ Simon Bainbridge, *Mountaineering and British Romanticism: The Literary Cultures of Climbing 1770-1836* (Oxford: Oxford University Press, 2020).

⁵¹ Véase Boris Mitchel, "Making Mount Kilimanjaro German: Nation building and heroic masculinity in the colonial geographies of Hans Meyer", in *Transactions of the Institute of British Geographers* 44, n.º 3 (RGS, 2019): 493-508.

El interés de Meyer por la glaciología del cinturón ecuatorial, lo llevó en 1903 a Sudamérica, lo cual representó un estudio inédito en el plano comparativo de los glaciares del cinturón ecuatorial donde colocó en perspectiva a las masas de glaciación de las montañas africanas con las sudamericanas. A través de su estudio “la glaciología obtuvo de estos hielos el establecimiento del tipo ecuatorial de glaciación que está condicionado tanto por el clima como por la formación de los altos volcanes”,⁵² además de haber colocado a los Andes como testigos del cambio climático al final de la Pequeña Edad de Hielo que se produjo entre el siglo XII e inicios del XX a nivel global.⁵³

Los trabajos de Meyer, al inscribirse en esa geografía imperial germana, una disciplina imbricada profundamente en los gestos estéticos tanto de la imagen (heredado del romanticismo alemán), como del carácter narrativo, vuelve a dialogar con las apreciaciones de Humboldt sobre la importancia no sólo de la impresión del paisaje sino del vínculo a través del relato entre el explorador y el lector. Para Meyer el explorador brindaba a sus lectores imágenes o cuadros vívidos de los escenarios naturales que había incursionado.

Su trabajo *In den Hoch-Anden von Ecuador: Chimborazo, Cotopaxi, etc.* (1907),⁵⁴ es un claro exponente de esta particularidad de la geografía alemana. El formato de libro es complementado por un atlas ilustrado que contiene obras pictóricas realizadas por su compañero de viaje,⁵⁵ el pintor alemán Rudolf Reischreiter (1868-1939), al igual que de fotografías tomadas en el terreno. Debido a su libro y el atlas ilustrado que la acompaña, Hans Meyer obtuvo el doctorado honoris causa de la *Justus-Liebig-Universität Gießen* en 1908.⁵⁶

La expedición de Meyer estuvo íntimamente relacionada con el primer museo geográfico del mundo occidental en la ciudad alemana de Leipzig, en una buena parte concebido y organizado por Alphons Stübel. Esta ciudad se destacó como una fuente editorial del imperio en materia geográfica, donde Meyer no sólo insertó el negocio familiar de la editorial, sino que ocupó la cátedra de Geografía en la Universidad de esta

⁵² Heinrich Schmitthenner, “Hans Meyer”, *Geographische Zeitschrift* 36, n.º 3 (1930), 139, <https://www.jstor.org/stable/27812945>.

⁵³ Elizabeth Silvestre dir., *Glaciares de los Andes Tropicales víctimas del Cambio Climático* (s/c Comunidad Andina / Proyecto “Adaptación al Impacto del Retroceso Acelerado de Glaciares en los Andes Tropicales / Institut de recherche pour le développement, 2014), 30.

⁵⁴ Hans Meyer, *In den Hoch-Anden von Ecuador: Chimborazo, Cotopaxi etc. Reisen und Studien* (Berlín: Dietrich Reimer, 1907).

⁵⁵ Hans Meyer, *In den Hoch-Anden von Ecuador. Bilderatlas* (Berlín: Dietrich Reimer, 1907).

⁵⁶ Llegó a ser consejero privado del Rey de Sajonia, y “Casi todas las sociedades geográficas de Alemania y muchas del extranjero le nombraron miembro honorario. Numerosas corporaciones científicas le concedieron medallas de oro”. Schmitthenner, “Hans Meyer”, 144.

ciudad. El registro estético también tiene un componente considerable en su relación con Stübel, así como en la presencia y profunda admiración que tuvo hacia el gran referente de la geografía alemana Friedrich Ratzel.⁵⁷ A raíz de esa influencia y la aplicación estética, Meyer caracterizó, dentro del registro estético, a las montañas andinas con personalidad y carácter.

El aporte de la tesis, que se pretende esbozar en este capítulo, parte justamente del análisis de las manifestaciones estéticas como elementos constitutivos del trabajo científico. Esto se evidencia en el lugar que ocupa dentro de la perspectiva geográfica de Meyer, donde la presencia participativa que cumple la descripción estética, y la interacción entre el explorador y el lector en base a esa descripción estética, son formas de modelar la inscripción de la presencia de las montañas andinas en medio de las discusiones científicas. Sin embargo, esta inscripción también tiene un doble juego: permite a su vez inscribir la presencia del sujeto como yo-geográfico gracias a la impresión estética que provoca el objeto montaña. En este encuadre, se hace presente también la inscripción de las rivalidades de las montañas desde la concepción de las posesiones simbólicas imperiales.

En reflejo y contraste de las expediciones europeas, la consideración local de la inmersión en los altos Andes no es ajena en las formas de traducción de las experiencias del terreno de la exploración y las formas de representación retórica y visual, sobre todo al tener presente a la época republicana de mediados y finales del siglo XIX, así como de inicios del siglo XX. Esta inmersión fue aprehendida, apropiada y desarrollada arduamente por agentes locales.⁵⁸ Por dar una continuidad al caso de Meyer, en su libro de viajes aparecen fotografías efectuadas por un agente local, se puede nombrar al ambateño Augusto N. Martínez Holguín. Augusto había sido alumno de geología de

⁵⁷ “La brillante y siempre sugerente intelectualidad de Ratzel le causó una profunda impresión. Incluso en su vejez, seguía alegrándose de oír hablar del genio de Ratzel. [...] Ambos hombres entablaron [...] una sincera amistad. La voluntad recta y la fuerza de trabajo de Hans Meyer y el genio de Ratzel, se complementaban maravillosamente [...]. Hans Meyer se sintió especialmente atraído por su pensamiento político-geográfico, al que su gran hierro y su implicación colonial le habían conducido por sí mismos”. Schmitthenner, “Hans Meyer”, 137.

⁵⁸ Véase, para el caso específico del montañismo en el Ecuador: Hernán Rodríguez Castelo, “Nicolás Martínez caminante, científico y artista”, en *Nicolás Martínez. Pioneros y precursores del andinismo ecuatoriano* (Quito: Abya-Yala, 1994), V-XXVII; Jeroen Derkinderen, “Modernities, subalternity, and orality in ecuadorian mountaineering history (ca. 1900-1960)”, in *Les Sports Modernes. Société, Culture, Temporalité, Territoire*, n.º 1 (Lausanne: Institut des Sciences du sport de l’Université de Lausanne, 2023): 139-151; Patricio Aguirre Negrete, “El andinismo del siglo XX y el relato como origen”, en “Montañas y sujetos: una aproximación a las construcciones simbólicas y sociales del andinismo en el Ecuador” (tesis de grado, Pontificia Universidad Católica, Sede Quito, 2013), 68-83, <https://repositorio.puce.edu.ec/server/api/core/bitstreams/b19fc5bb-53ec-436d-b805-608fe41ecfce/content>.

Theodor Wolf en la Escuela Politécnica Nacional de Quito, abierta en 1870 por el entonces presidente Gabriel García Moreno. Wolf formó parte del profesorado de académicos alemanes vinculados a la Compañía de Jesús,⁵⁹ y fue una figura importante en el desarrollo local de las ciencias geográficas y geológicas en el Ecuador. El caso de Augusto y sus hermanos Luis Alfredo y Nicolás Guillermo, no es menos trascendente si se los compara con los exploradores europeos. En palabras de Hernán Rodríguez Castelo, los Martínez Holguín suprimieron la hegemonía de las exploraciones extranjeras en los altos Andes.⁶⁰ Entre ellos, Nicolás Guillermo es considerado como el precursor del montañismo no sólo en el Ecuador sino a nivel sudamericano: creó el término *andinismo* para referirse a la particularidad de la práctica del montañismo en los Andes, y fue quizás el único de su tiempo en encargar equipo alpino desde Europa. Martínez también se apropió de términos usuales, en referencia a los implementos de alpinismo, para acoplarlos a un tipo de léxico enlazado a la cordillera Andina.⁶¹

Nicolás G. Martínez emprendió una larga trayectoria en la exploración científica a las grandes alturas vinculando la actividad del montañismo con la vulcanología y la meteorología. Fue un gran difusor de la narrativa y los estudios de alta montaña, publicando primeramente en los diarios locales desde inicios del siglo XX, para más tarde recopilarlos e intercalándolos con nuevas exploraciones en formato de libro. El primero de ellos fue publicado en 1920 bajo el título de *Ascensiones a los Andes*, donde en la primera página, titulado “Advertencia”, incita a la consolidación de un grupo que se dedique por entero a seguir sus huellas en la actividad del andinismo, el cual “da ocasión para admirar y estudiar la Naturaleza [*sic*], al mismo tiempo que fortifica intensamente” el “organismo”.⁶² A la escritura de Nicolás G. Martínez se la ha catalogado como sensible, de observaciones precisas y rigurosas en la descripción de los distintos registros disciplinarios de la ciencia que emprendía con esmero, así como de un estilo retórico de “vibrante despliegue de belleza”.⁶³

⁵⁹ Alex Espinoza, “La construcción social de la ciencia jesuita en el Ecuador (1870-1910): la agencia científica de Juan B. Menten y Luis Sodiro” (tesis de maestría, Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, Sede Ecuador, 2023), 13, <https://repositorio.flacsoandes.edu.ec/handle/>.

⁶⁰ Rodríguez, “Prólogo. Nicolás G. Martínez”, vii.

⁶¹ Evelio Echevarría, *The Andes: The Complete History of Mountaineering in High South America* (Augusta: Reidhead Publishers, 2018), 102. Un ejemplo de esta terminología es el cambio de *alpenstock* (bastón puntiagudo para la práctica de progresión en glaciar), a *andenstock* o bastones andinos.

⁶² Martínez, Nicolás, *Ascensiones a los Andes* (Ambato: Librería e Imprenta Escolar Dr. Ricardo Costales, 1920), 4.

⁶³ Castelo, “Prólogo. Nicolás G. Martínez”, xii.

También se ha colocado a su figura y a la práctica del andinismo como una actividad originalmente dirigida desde el exterior, desarrollada en términos nacionales por sujetos blanco-mestizos pertenecientes a una élite económica y social. Las formas en las que desplegaron su actividad en las montañas se encuentran impregnadas de elementos referentes a la subalternidad con respecto a sujetos de la población indígena.⁶⁴ Un campo que no ha sido favorecido por la historiografía ecuatoriana tiene precisamente un análisis concerniente al panorama de los inicios del andinismo en medio de este tejido de incidencias, lo cual se intenta abarcar en el capítulo correspondiente a Martínez.

Al abordar en el cuarto capítulo los casos de Usulli y Marínez, se analiza cómo ambas manifestaciones permiten una inmersión en las formas en que los registros discursivos se ordenaron en torno a la experiencia del alto terreno andino, sus implicaciones entre el montañismo, la exploración científica, y la participación activa de sujetos indígenas, y cómo esto se inscribió en tanto expresiones modernas a inicios del siglo XX. Esta impronta de la modernidad se hace visible precisamente en la creación de un montañismo local bajo los términos de andinismo que validó ascensiones de europeos que no fueron reconocidas por los mismos europeos. Además de esto, se analiza y se aboga por una interpretación de elementos iconográficos en registro dialógico que toma como escenario la comunicación entre cuadros y símbolos nacionales.

Cabe destacar que una buena parte de la tesis se encuadra alrededor del Chimborazo. Al resaltar a la literatura de viajes y su inscripción en las discusiones científicas como parte constitutiva de la trama de la aventura, es el Chimborazo el gran objeto que motivó la retórica y las representaciones visuales, gestos que se extendieron a diversos ámbitos que excedieron a las representadas en (o para) el viejo continente. Aún, muchas décadas posteriores al conocimiento de los Himalayas, y de los Andes del Sur, se pensaba todavía al Chimborazo como la montaña más alta, sino del planeta, al menos del continente.⁶⁵ A pesar de que en el siglo XX empezó un decaimiento de su presencia en

⁶⁴ Derkinderen, “Modernities, subalternity, and orality”, 139-40.

⁶⁵ En 1848 se utilizó el apelativo “Chimborazo impudence” en respuesta a las publicaciones de Marx realizadas en el *Neue Rheinische Zeitung*, periódico alemán que alentaba y difundía las Revoluciones de 1848. Véase Otto Ruhle, *Karl Marx: His Life and Work* (New York: Routledge, 2011), 154. A esto se suman los versos del pórtico de Aurora Leigh de Elizabeth Barret en 1856, que declaman: “Aprendí de las genealogías reales / De Oviedo, de las leyes internas / Del imperio birmano... por cuántos pies / El monte Chimborazo supera al Himalaya”. Barret, Elizabeth, “Aurora Leigh. 1856. First Book”, en Aurora Leigh. *A Poem in Nine Books* (London: Smith, Elder, & Co., 1890), 18. Otro ejemplo es el Hospital *Chimborazo* de la capital confederada de Richmond, el centro médico de mayor importancia del Sur de EE. UU. en el contexto de la Guerra Civil. O bien de las apreciaciones de personajes políticos como la de Friedrich Hassaurek, embajador de EE. UU. en el Ecuador entre 1860 y 1864, quien menciona la presencia del nombre Chimborazo en su recuerdo escolar norteamericano, y la impresión de quien tiene no sólo la

los registros internacionales, al menos comparando esa presencia durante el siglo XIX, su imagen continuó siendo activa sobre todo en planos nacionales. A pesar de haber sido una montaña cuyo símbolo de grandeza, basada en la altitud, disminuyó gradualmente, ha logrado resistir a largo de los siglos los embates de esa erosión simbólica.⁶⁶

Ante la pregunta de cómo interpretar las distintas expresiones en las producciones de estos exploradores que recorrieron los altos Andes del Ecuador, puesto que no ha existido hasta el momento una elaboración académica que aborde por entero las experiencias vividas por los expedicionarios en las grandes alturas árticas del trópico en el Ecuador, la categoría de aventura puede aportar una herramienta acorde al campo de la interpretación de estas exploraciones. Esta categoría es enraizada aquí desde la perspectiva otorgada por Giorgio Agamben a raíz de su análisis sobre la literatura caballerescas.⁶⁷ Enlazada entre los designios del azar y el destino, la aventura surge como lo inescindible entre palabra y cosa, evento y narración, donde una determinada experiencia del ser puede únicamente expresarse como la denominación de la maravilla o del misterio.⁶⁸ Ambos términos (maravilla y misterio), en idiomas como el inglés, están a su vez vinculados al asombro, la extrañeza, e incluso la duda.⁶⁹

La aventura en ese sentido sólo existe en el lenguaje, es lo que le acontece al sujeto con relación al lenguaje; es decir, al narrar la aventura.⁷⁰ El lenguaje se erige como la posibilidad de existencia de la relación entre el evento y el sujeto. A partir de las distintas

posibilidad de verlo sino de presenciarlo bajo estas palabras: “[...] cuyo nombre extraño y enorme altura nos llenó de asombro cuando lo leímos por primera vez en las historias y geografías escolares. Quizá sólo unos pocos de los muchos nombres extraños y difíciles que aprendimos entonces han permanecido frescos en nuestra memoria; pero entre esos pocos, Chimborazo siempre ocupó un lugar importante [...]. Así Rousseau confiesa haberse sentido defraudado cuando vio por primera vez el mar, y podrían aducirse muchos otros casos similares. Pero no creo que nadie se desilusione de la vista del Chimborazo, no como se ve desde el mar a lo lejos, desde Guayaquil o desde las alturas del Camino Real, sino en cómo se desata sobre quien lo mira en la región de tormentas y nubes, y en la temible solemnidad de la soledad de la Naturaleza”. Friedrich Hassaurek, *Four years among Spanish-Americans* (New York: Hurd and Houghton, 1867): 51. A todo ello se suma el despliegue de interpretaciones y usos que se realizaron y siguen realizándose hoy en día sobre la tabla física de Humboldt en base al perfil del Chimborazo, a los que remontan a Madame de Staël en la conclusión de su libro *Considérations sur les principaux événements de la Révolution française* de 1818, donde el Chimborazo sirve de escala para ilustrar que la educación se correlaciona con actitudes progresistas, independientemente de la nacionalidad, la etnia o la cultura. Véase Oliver Lubrich, “Fascinating Voids: Alexander von Humboldt and the Myth of Chimborazo”, in Sean Ireton & Caroline Schaumann ed., *Heights of Reflection: Mountain in the German Imagination from the Middle Ages to the Twenty-First Century* (Rochester: Camden House, 2017), 107.

⁶⁶ Cada época señala su grandeza con los paradigmas que la expresan: hoy en día, bajo la campaña espacial y el boom de los sistemas satelitales, el Chimborazo volvió una vez más a posicionarse dentro de esa impronta, gesto que seguirá hasta el advenimiento de una nueva concepción de la realidad que lo vuelva a suspender.

⁶⁷ Giorgio Agamben, *La aventura* (Buenos Aires: Adriana Hidalgo, 2018).

⁶⁸ *Ibid.*, 17-32.

⁶⁹ Tal es el caso, por ejemplo, del término inglés *wonder*, en sus acepciones verbales y sustantivas.

⁷⁰ Agamben, *La aventura*, 49-50.

formas de relacionarse con la aventura, se pretende identificar esas expresiones y sus implicaciones de manera endógena como exógena, es decir, al interior de las producciones como en su recepción y comentario, así como en la simbiosis entre estos dos fenómenos. Al encuadrar las producciones de los exploradores en base a su experiencia, o la obliteración de esa experiencia, en el terreno, la categoría de aventura es una rejilla conceptual que permite establecer esa semántica que vincula a las representaciones de esa experiencia con las representaciones de esos escenarios naturales.

A esto se añade una justificación de por qué centrar el ámbito de la estética en un estudio histórico. Al estar inmersa la era de las expediciones en la impronta del Romanticismo, los gestos propios de ese umbral del pensamiento que surgió a finales del siglo XVIII, tuvo una gran incidencia en las elaboraciones en torno a la estética.⁷¹ Como abogaba Walter Benjamin, el romanticismo implicó una dimensión gnoseológica, y como tal, en su vinculación con la estética, la ampara como una forma de delinear al conocimiento.⁷²

A partir de este encuadre, lo esencial en esta invocación al lenguaje en el filósofo italiano, es que la aventura no depende del sujeto para su acontecimiento, sino que es la aventura la que da forma a los sujetos.⁷³ Esto adquiere una mejor comprensión al recurrir a la categoría de evento o acontecimiento sustentados en las apreciaciones de G. Deleuze y M. Foucault.⁷⁴ El acontecimiento, según estos autores, tiene una relación íntima con la

⁷¹ En los pocos estudios sobre estética realizados sobre el paisajismo de los Andes en el Ecuador, se puede resaltar los aportes de Xavier Puig Peñalosa. Véase, de este autor: *Rafael Troya: estética y pintura de paisaje* (Loja: Universidad Técnica Particular de Loja, 2015); “Discurso de incorporación: pintura de paisaje en Rafael Troya: estética e historia de una representación”, *Boletín de la Academia Nacional de Historia*, vol. 96, n.º 200 (Quito: Academia Nacional de Historia, 2018): 404-22, <https://academiahistoria.org.ec/index.php/boletinesANHE/article/view/123>; “Una introducción a la recepción y adaptación de la estética romántica en el Ecuador decimonónico. La influencia de Herder y la estética romántica de lo sublime en la literatura y la pintura de paisaje”, *Estudios de Filosofía*, n.º 52 (Antioquia: Universidad de Antioquia, 2015): 161-80, <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=5909961>; “Análisis estético y artístico de cinco pinturas de paisaje de Rafael Troya (1845-1920)”, *Boletín de la Academia Nacional de Historia*, vol. 97, n.º 202 (Quito: Academia Nacional de Historia, 2019): 115-37, <https://academiahistoria.org.ec/index.php/boletinesANHE/article/view/34>; “Romanticismo y pintura de paisaje en el Ecuador decimonónico: el caso de Rafael Salas (1826-1906)”, *Boletín de la Academia Nacional de Historia*, vol. 100, n.º 207 (Quito: Academia Nacional de Historia, 2022): 13-49, <https://academiahistoria.org.ec/index.php/boletinesANHE/article/view/252>. Así también la tesis, dirigida por él, de Verónica Muñoz, “Estudio estético de la pintura de paisaje en el Ecuador en el siglo XIX: El caso de Joaquín Pinto” (tesis doctoral, Universidad del País Vasco, Sede Pamplona, 2016), <https://addi.ehu.es/handle/10810/18414>.

⁷² Véase Walter Benjamin, *El concepto de crítica del arte en el Romanticismo alemán* (Barcelona: Ediciones Península, 1995).

⁷³ *Ibid.*, 55.

⁷⁴ Gilles Deleuze, *El pliegue* (Barcelona: Paidós, 1989); Michel Foucault, *El orden del discurso* (Buenos Aires: Tusquets Editores, 1991); Michel Foucault, *La imposible prisión: debate con Michel Foucault*, trad. Joaquín Jordá (Barcelona: Editorial Anagrama, 1982), 55-79.

novedad,⁷⁵ y su análisis consiste en la visualización de los componentes (conexiones, estrategias, apoyos) que convergen en un determinado momento y que otorgan su evidencia.⁷⁶ Esto concede percibir a su vez la historicidad de un proceso serial que denote sus regularidades, dependencias, discontinuidades y transformaciones,⁷⁷ además de su vinculación con los campos del conocimiento, es decir, en las posibilidades para comprender cómo las prácticas constituyen al sujeto “en la inmanencia de un dominio del saber”.⁷⁸

A pesar de ubicar los centramientos en las figuras de los exploradores, los encuadres teóricos que se establecen en cada uno de los cuatro capítulos no pretenden reducir la imagen del alto espacio andino a las figuras de los exploradores. Más bien dan cuenta, además de lo ya señalado, cómo estos casos resumen y modelan la presencia de las montañas en el imaginario social, y cómo los círculos sociales, científicos y políticos evidencian esta interacción. Así también, los cuatro capítulos no descuidan las percepciones sobre las interacciones socioculturales presentes tanto en la retórica como en las imágenes producidas por estos exploradores, las cuales denotan los modos de inscripción de los aportes otorgados por agentes locales, o su obliteración. Este aspecto se extiende tanto a quienes sostienen las exploraciones como a personajes de ciencia local. A esto se añaden los usos de los cuerpos y las voces de los nativos como un elemento inherente de la literatura de viajes o la exploración científica. La oscilación entre la presencia-ausencia de individuos nativos, como su elaboración a favor de los tópicos que gobiernan la literatura de viajes —como es la inscripción de lo exótico o salvaje—, responden al obrar común en la constitución de este tipo de registros producidos en los imperios hegemónicos europeos de la época.

La relación entre aventura y evento permite observar al sujeto como una creación de las circunstancias, y de esta manera alejarlo de la parcela fenomenológica que lo ha colocado como el eje central de los acontecimientos históricos.⁷⁹ En este sentido, esta investigación refleja también un posicionamiento político frente a uno de los procedimientos más comunes de la historiografía ecuatoriana, la cual ha perpetuado la fijación del sujeto humano como el centro de sus preocupaciones disciplinarias. Si bien

⁷⁵ Deleuze, *El pliegue*, 104

⁷⁶ Foucault, *La imposible prisión*, 61.

⁷⁷ Francisco Ortega, “Acontecimiento y eventualización: debates historiográficos”, en *Historia cultural desde Colombia. Categoría y Debates*, ed. Max Hering y Amanda Pérez (Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 2012), 469; Foucault, *El orden del discurso*, 35.

⁷⁸ Ortega, “Acontecimiento y eventualización”, 469.

⁷⁹ Foucault, *El orden del discurso*, 23-4.

esta tesis no da un paso determinante en el campo emergente de los estudios de lo no humano, o incluso en el papel de las redes de actores no humanos, el aporte de esta mirada ha sido el intento de reflejar los diálogos entre grandes objetos naturales y sistemas de pensamiento.

A esto también se añade el análisis de las imágenes en distintas temporalidades,⁸⁰ las cuales abogan por esa arqueología de los rastros que abren vías de comunicación e interpretación sin que se enclaustre bajo el imperio de la conciencia o los eventos conscientes de los individuos. En el plano de las imágenes se analiza las relaciones entre dos o más imágenes en clave de acontecimiento, como lo representa, por ejemplo, el perfil transversal de los Andes en el *Essai* de Humboldt —donde se exhibe al Chimborazo con un Cotopaxi en erupción a sus espaldas—, y el grabado de Whymper en la cumbre del Chimborazo —durante su segunda ascensión a esta montaña en medio de una erupción del Cotopaxi—. Ambas imágenes dialogan entre la delimitación de un espacio imaginado, para el caso de Humboldt, y en la de un espacio experimentado, para el de Whymper.

Una buena parte de esta tesis está basada en fuentes digitales como *Internet Archive*, *Biodiversity Heritage Library*, *HathiTrust*, *Jstor*, las cuales han albergado documentos de instituciones como el *Alpine Club* o la *Royal Geographical Society*, así como *Gallica* de la *Bibliothèque Nationale de France*, y *Simurg* Fondos Digitalizados de las Bibliotecas y Archivos del Consejo Superior de Investigaciones Científicas. A esto se suman la Biblioteca del *Club Alpino Italiano*, la Biblioteca Tomás Navarro Tomás del Centro de Ciencias Humanas y Sociales del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, la Biblioteca del Club Alemán Andino de Santiago de Chile, la Biblioteca Nacional de Chile, y la Biblioteca de Agronomía de la Universidad de Buenos Aires. Para el caso ecuatoriano, se ha consultado en el Archivo Histórico del Ministerio de Cultura y Patrimonio, la Biblioteca de Cultura del Ministerio de Cultura y Patrimonio (Sede Quito), el Centro Cultural Biblioteca Ecuatoriana Aurelio Espinosa Pólit, la Biblioteca Nacional Eugenio Espejo, la Biblioteca de la Universidad Andina Simón Bolívar (Sede Ecuador), la Biblioteca de la Pontificia Universidad Católica del Ecuador (Sede Quito), y el archivo personal de Adolfo Holguín, descendiente de la rama materna de los Martínez Holguín.

Una versión preliminar de una parte de los dos primeros capítulos fueron publicadas en *Anuario de Historia Regional y Fronteras* y en *Procesos: Revista*

⁸⁰ Georges Didi-Huberman, *Ante el tiempo. Historia del arte y anacronismo de las imágenes* (Buenos Aires: Adriana Hidalgo, 2011), 132-206.

Ecuadoriana de Historia.⁸¹ Por último, cabe resaltar que las traducciones personales empleadas en este trabajo provienen del inglés, francés y alemán, varias de ellas gracias a las correcciones de Sofía Rosales Parada, y con aportes de Leoncio López-Ocón Cabrera, Nicole Aguirre Negrete y Jeroen Derkinderen Lombeyda. Se han conservado, sin embargo, todos los títulos de las obras estudiadas, las cuales, sin su especificación en el idioma original, perderían la capacidad de ser rastreadas en términos de fuente.

⁸¹ Patricio Aguirre Negrete, “Edward Whymper y el Chimborazo: “el arte del montañismo” y la autoridad científica (1880-1892)”, *Anuario de Historia Regional y de las Fronteras*, vol.26 n.º 2 (2020): 75-103. doi: 10.18273/revanu.v26n2-2021003; Patricio Aguirre Negrete “El Chimborazo entre las aproximaciones científicas y culturales de Alexander von Humboldt (1802-1805) y Edward Whymper (1880-1892)”, *Procesos: Revista Ecuatoriana de Historia*, n.º 56 (2022): 11-38. doi:10.29078/procesos.v.n56.2022.3390.

Capítulo primero

El Chimborazo y Los Andes Ecuatoriales: Ciencia, estética y aventura en la exploración y producción científica a inicios del siglo XIX

En el *Essai sur la Géographie des Plantes*, Alexander von Humboldt elabora de manera retórica una imagen donde el sujeto aislado europeo y el naturalista intrépido —también europeo, aunque en sentido tácito—, acuden a la invocación del vínculo que se engendra en la apreciación artística del paisaje y el conocimiento científico de la naturaleza de las regiones lejanas.⁸² Humboldt sitúa a ese vínculo a través de una concepción estética del tiempo donde pasado, presente y futuro se encuentran representados en la comunicación y circulación del conocimiento adquirido de los escenarios naturales, escenarios que clasifica en tanto cielos, océanos, grutas subterráneas y altas cumbres, a los que se adhieren los pueblos de la Tierra.⁸³ Humboldt sitúa la cúspide de ese vínculo como el logro del placer intelectual. Su método se basó en vincular “el proceso de medición con la sensibilidad del naturalista que mide” y pretender con ello la presencia de un observador imaginario, además de sus lectores, “percibiera la esencia de un paisaje con una sola mirada”.⁸⁴ Lo que fue originalmente una lección impartida el 7 de enero de 1805, coloca en palabras lo que posteriormente exhibirá en una tabla física bajo el mismo nombre, un perfil que toma como base a la entonces considerada como la montaña más elevada del planeta, situada en Los Andes Ecuatoriales.

El viaje de Humboldt al continente americano y la subsiguiente obra científica e intelectual que produjo, elevó su nombre a niveles olímpicos a los dos lados del Atlántico. Esta huella se ha evidenciado, a lo largo del siglo XIX, en el epónimo de su nombre para catalogar distintos componentes y fenómenos de la naturaleza,⁸⁵ además de las condecoraciones que le fueron otorgadas —como aquella medalla con la imagen del Sol en alusión al mundo antiguo donde se le atribuía a esta estrella el entendimiento del pasado, presente y futuro—.⁸⁶ Buena parte su deificación, como ha señalado Leoncio

⁸² Humboldt, *Essai sur la Géographie des Plantes*, 13-35.

⁸³ *Ibíd.*, 34-5.

⁸⁴ Renner et al., ““My Reputation is at Stake””, 99.

⁸⁵ Leoncio López-Ocón, “The Apotheosis of Humboldt during the Nineteenth Century”, in *The Invention of Humboldt. On the Geopolitics of Knowledge*, ed. Mark Thurner & Jorge Cañizares-Esguerra (New York: Routledge, 2023), 13.

⁸⁶ *Ibíd.*, 14.

López-Ocón, se debió a la capacidad de Humboldt de globalizar el conocimiento adquirido en tierras americanas a través de redes desplegadas por el espacio atlántico, así como el desplazamiento de esas redes que mantuvieron vigente su figura.⁸⁷

Humboldt tejió a la vez un escenario donde la lectura y la escritura eran el fundamento de la actividad intelectual que reflejaba la vasta extensión del mar y la tierra a disposición del alma viajera. El *Grand Tour*, que a mediados del siglo XVIII consolidaba a los jóvenes viajeros aristócratas en un entramado esencial y fértil de producción de ideas y experiencias, adquirió en Humboldt una semántica fundamentada en la ciencia y el arte, precedida por la curiosidad científica ilustrada que fue creciendo exponencialmente desde el último tercio del siglo XVIII, donde la mirada del descubrimiento oceánico se dirigió a la introspección y conquista de los glaciares.⁸⁸

La idea de viaje no sólo se globaliza, hace del viaje un sentido legendario donde los nombres, espacios, paisajes, e imaginarios naturales y culturales parecen descubrirse y redescubrirse una y otra vez: cada viajero impregna su viaje con la singularidad de las hazañas físicas y de saltos inaugurales: nuevos espacios descubiertos, nuevas teorías para la geografía, nuevas especies para la historia natural. A esto se adhiere una apreciación de aquello que no pueden nombrar del todo y sin embargo lo nombran, inventan y exponen con cierta invocación a permanecer inscritos a lo largo del tiempo: el gesto romántico de la ciencia que responde a ese “segundo acto de la Ilustración, denominada también ‘segunda era de los descubrimientos’”.⁸⁹ Humboldt se situó precisamente en el corazón de ese segundo acto, el cual tiene un amplio espectro desde la segunda mitad del siglo XVIII y mediados del siglo XIX, y que, entre otros aspectos, gracias a los adelantos técnicos, sustentó la movilización de los europeos a lugares a los que nunca habían llegado. Hija del racionalismo ilustrado del siglo XVIII, la también denominada ciencia del Romanticismo o segunda revolución científica, se impregnó de un espíritu entusiasta y efervescencia imaginativa creciente con respecto al trabajo científico.⁹⁰ La amplificación de los sentidos no sólo se mediaba a partir de la proliferación de conferencias y la integración de un público a la exhibición de la experimentación

⁸⁷ *Ibíd.*, 14.

⁸⁸ Al respecto véase Philippe Joutard, *L'invention du mont Blanc* (Paris: Gallimard, 1986); Peter Hansen, *The Summits of Modern Man: Mountaineering after the Enlightenment* (Massachusetts: Harvard University Press, 2013); Anne-Laure Leroux, *La représentation de la haute montagne entre Lumières et Romantisme: Le cas atypique de l'Oisans dans la «découverte» des Alpes* (Grenoble: Université Pierre Mendès-France, 2010), entre otros.

⁸⁹ Pimentel, “El Siglo de las Luces”, párr. 7.

⁹⁰ Holmes, *La edad de los prodigios*, 12.

científica sino también a la gran cantidad de publicaciones de las exploraciones científicas. Publicaciones que permitía esa confluencia entre el lector espectador y la imagen romántica de una naturaleza infinita y misteriosa a la que se sumergía el explorador científico como agente heroico de ese proceso de revelación, donde se cimentan la idea del genio solitario y la deslumbrante inspiración o eureka de las invenciones y descubrimientos.⁹¹ Como ha mencionado Richard Holmes, la idea de viaje de exploración, donde brota la imagen del sujeto científico con tintes de soledad e infestado de peligros, “es de alguna forma una metáfora central y definitoria de la ciencia del Romanticismo”.⁹²

El viaje y sus gestas físicas eran la hipóstasis de la aventura del conocimiento en la naturaleza abierta.⁹³ A través de ella los viajeros alcanzaban “logros intelectuales mediante la conquista de metas físicas y corporales”.⁹⁴ De manera que, el saber, a partir de esa aventura del conocimiento, “ha exigido contacto físico con el mundo, esto es, dolor, esfuerzo, pasión, mirada”.⁹⁵ Este es el carácter romántico de la individualización del sujeto explorador entregado al descubrimiento científico como un sujeto heroico; nacen las grandes expediciones y con ellas la difusión de sus trabajos que se llegaron a conocer como literatura de viajes. No sólo el viaje de Humboldt al continente americano tuvo lugar en un momento clave de los fenómenos culturales y científicos, sino que el ambiente científico de la época ayudó a que toda su vida estuviera delineada a ese entorno. Cuando Humboldt nacía, Leclerc de Buffon (1707-1788) trabajaba en su *Histoire naturelle* y Carl Nilsson Linnæus (1707-1778) persistía en la enseñanza de su sistema de clasificación en Upsala.⁹⁶ En el transcurso de su niñez y adolescencia, James Cook realizaba sus tres viajes legendarios a los océanos del mundo, y en el transcurso del inicio de su vida adulta, la huella del ser humano pisaba por primera vez la cumbre del *Mont Blanc*. El término *biología* fue usado por primera vez en Europa cuando Humboldt cruzaba el Atlántico y, a su muerte, la firma John Murray se encontraba a vísperas de publicar *On the origins of species by natural selection* de Charles Darwin.⁹⁷ Su viaje estuvo impregnado por las frecuentes disputas en el terreno de las verdades científicas y

⁹¹ *Ibíd.*, 14-5.

⁹² *Ibíd.*, 13.

⁹³ Pimentel, “El Siglo de las Luces”, 209.

⁹⁴ *Ibíd.*, 211.

⁹⁵ Pimentel, *Testigos del mundo*, 181.

⁹⁶ Lepenies Wolf, “Alexander von Humboldt: su pasado y su presente”, en *Humboldt y la modernidad*, comp. Leopoldo Zea y Hernán Taboada (Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica, 2001), 63.

⁹⁷ *Ibíd.*

teóricas, y que al igual que las expediciones de quienes lo precedieron en el campo de las ciencias de la tierra.⁹⁸ De hecho, él mismo se halló en el corazón de las posturas Neptunistas y Plutonistas.⁹⁹

El Romanticismo en la Literatura y la Filosofía mantuvo un fuerte vínculo con la ciencia y la elaboración de concepciones naturales. Johann Wolfgang von Goethe y Friedrich Wilhelm Joseph von Schelling a finales del siglo XVIII produjeron en Jena trabajos que se verían reflejados en pocos años tanto en el campo de las ciencias como en el arte plástico. El momento culmen del vínculo entre escenario natural y el Romanticismo se vería plasmado en la imagen preponderante de la era romántica, teniendo como escenario al sujeto y las montañas con el título de *Caminante bajo el mar de nubes* (1818) de Caspar David Friedrich.¹⁰⁰

Sin embargo, detrás del gesto romántico, se puede apreciar también una parte constitutiva de las obliteraciones que se han realizado en el campo del conocimiento en favor de la imagen heroica de los sujetos. El viaje y la producción científica de Humboldt sobre el nuevo continente no sólo coincidió con la efervescencia en el campo de las ciencias, también se configuró en el centro de las disputas políticas y los conflictos bélicos que afectaron al mundo hispanoamericano, donde el afán de la independencia de las colonias ultramarinas decantó en refundar a España como un imperio de inquisición e ignorancia.¹⁰¹ Algunos imperios europeos acomodaron este afán en su empeño de borrar la presencia científica y expedicionaria del mundo hispánico, a pesar de que a lo largo de la era moderna las actividades científico-técnicas habían cumplido en determinadas épocas un significativo papel en el seno de la Monarquía hispánica.¹⁰² En ese campo, Humboldt generó movimientos que eclipsaron esa larga e importante tradición científica.

⁹⁸ Me refiero aquí a la Misión Geodésica Francesa que tuvo lugar en el siglo XVIII y que estuvo inmersa en la discusión sobre la forma de la tierra entre la Academia de las Ciencias de París, que defendía las apreciaciones cartesianas, y la Real Sociedad de Londres, con su estandarte newtoniano.

⁹⁹ Estas dos posturas fueron originadas en Sajonia y Escocia, respectivamente, con Abraham Werner, quien sería maestro de Humboldt, y James Hutton, quien desarrolló su teoría vulcanista a raíz de las posturas newtonianas. El Neptunismo de Werner afirmaba que el origen de la corteza terrestre provenía desde una formación acuática, mientras que el de Hutton, también conocida como vulcanismo, declaraba la formación de las rocas que se originaba a raíz del calor.

¹⁰⁰ Véase, entre otros: Friedrich Schelling, *Escritos sobre filosofía de la naturaleza*, trad. Arturo Leyte (Madrid: Alianza Editorial, 1996), publicado por primera vez en alemán, en 1797; Johann Wolfgang von Goethe, *La metamorfosis de las plantas*, trad. Isabel Hernández (Girona: Ediciones Atlanta, 2022), publicado por primera vez en alemán, en 1790; Rudolf Steiner, *Goethian Science* (Ontario: Mercury Press, 1988); Cunningham & Jardine, *Romanticism and the Sciences*; Javier Arnaldo, *Estilo y naturaleza: La obra de arte en el romanticismo alemán* (Madrid: Visor, 1990).

¹⁰¹ Mark Thurner & Jorge Cañizares-Esguerra, "Introduction: Under Humboldt's Footsteps", in *The Invention of Humboldt. On the Geopolitics of Knowledge*, ed. Mark Thurner & Jorge Cañizares-Esguerra (New York: Routledge, 2023), 7.

¹⁰² López-Ocón, "The Apotheosis of Humboldt", 24.

Como bien ha mencionado Jorge Cañizares-Esguerra con respecto a las guerras de independencia, la obra del viajero prusiano facilitó a los partidarios antiespañoles atraer a mercaderes ingleses y a sabios europeos, las fuerzas patriotas emprendieron el uso de su obra “para la promoción política y cultural de las nuevas naciones en las cortes europeas, sin tener que reconocer la ilustración de la Monarquía española”.¹⁰³

Esto acompañó a la gran leyenda clásica que gobernaba la mirada europea sobre América, especialmente en torno a las colonias españolas de ultramar: la zona tórrida, lugar que se caracterizaba como un espacio ínfimo y estéril.¹⁰⁴ En el campo de las ciencias para la época de Humboldt, ambos aspectos coincidieron con la denominada Leyenda Negra.¹⁰⁵ Los señalamientos más comunes de esta leyenda estuvieron imbricados en los juicios que ya se habían formulado en siglos anteriores: tiranía, crueldad, falta de organización política, control ideológico por parte de la iglesia católica, o bien el supuesto atraso en los campos del conocimiento. La Leyenda Negra tuvo un carácter difamatorio en alusión a las tierras americanas: no sólo se promulgaba una supuesta inferioridad natural de América, también se hablaba de una inferioridad social en contraste con Europa. Estas posturas, conformadas en tesis de inmadurez y debilidad,¹⁰⁶ fueron generadas en obras colosales durante el último tercio del siglo XVIII, como los 36 volúmenes de la *Historie naturelle* de Georges-Louis Leclerc de Buffon (1707-1788), o la obra de Cornelius Franciscus de Pauw (1739-1799) considerado como el gran conocedor del nuevo continente a pesar de no haberlo visitado. Buffon llegó a plantear que “la naturaleza americana era hostil al desarrollo de los animales”.¹⁰⁷ Esta naturaleza era además infértil en todas sus características “porque el hombre no la ha dominado [...], [siendo él] frígido en el amor y más semejante a los animales de sangre fría, más cercana a la naturaleza del continente, acuática y en putrefacción”.¹⁰⁸

Sin embargo, el viaje de Humboldt no distaba de los intereses ilustrados de los Borbones, intereses como la obtención de datos para el aprovechamiento natural e

¹⁰³ Jorge Cañizares-Esguerra, “El Colón de Humboldt”, *Procesos. Revista Ecuatoriana de Historia*, n.º 58 (2023): 180, doi:10.29078/procesos.n58.2023.4599.

¹⁰⁴ Al respecto ver el Capítulo tercero.

¹⁰⁵ Ver los dos trabajos elementales sobre el tema: Julián Juderías y Loyot, *La leyenda negra y la verdad histórica: Contribución al estudio del concepto de España en Europa, de las causas de este concepto y de la tolerancia religiosa y política en los países civilizados* (Madrid: Tip. de la “Rev. De Arch., Bibl., y Museos”, 1914); Rómulo Carbia, *Historia de la leyenda negra hispano-americana* (Madrid: Ediciones Orientación Española, 1943). De trabajos más recientes véase María José Villaverde y Francisco Castilla dir., *La sombra de la leyenda negra* (Madrid: Tecnos, 2016).

¹⁰⁶ Gerbi, *La disputa del Nuevo Mundo*, 7.

¹⁰⁷ *Ibid.*

¹⁰⁸ *Ibid.*, 12-3.

identificarse con la posibilidad de estimular expediciones científicas.¹⁰⁹ El pasaporte que llevó consigo en la entrada y recorrido del territorio americano es un fiel testimonio: “pase a las Américas, y demás posesiones ultramarinas de sus Dominios [*sic*] a fin de continuar el estudio de las Minas [*sic*] y hacer colecciones, observaciones y descubrimientos útiles para el progreso de las Ciencias naturales”.¹¹⁰

Se podría mencionar también que su viaje representa el uso de otra de las leyendas comunes que adornaban el imaginario sobre las tierras americanas y que se encontraba en el corazón del descubrimiento de América para la mirada temprano moderna de Europa: el mito telúrico de *El Dorado*. Fundado por Colón y los exploradores que le sucedieron durante la conquista, el mito de El Dorado ponderaba la concepción de un terreno paradisíaco y lleno de riquezas por encontrar.¹¹¹ Este gesto fue reciclado y resignificado por la narrativa de Humboldt, ubicándola como una parte constitutiva de su ciencia romántica. Como expone Manuel Lucena Giraldo, “la narración humboldtiana, prometeica y magnífica, representó a los paisajes americanos como espacios neutros. Esto es, susceptibles de apropiación”.¹¹² La producción de visiones estéticas configuradas a partir de estereotipos básicos de su mirada romántica se basaba en las selvas tropicales, las llanuras interiores y las cimas nevadas.¹¹³ El inicio de la exhibición de estos estereotipos básicos debía tener un modelo arquetípico ideal, un modelo reducido no sólo del mundo natural sino de la misma ciencia romántica, un modelo que vuelva plausible ese vínculo entre el viaje, la exploración física, y la ciencia.

Después de su viaje americano, a su regreso a Europa, Humboldt fue laureado por un evento en particular: el intento de ascensión al volcán Chimborazo efectuado en 1802. El Chimborazo, considerado en aquel entonces como la montaña más alta de la Tierra, era el modelo ideal de escenificación de ese arquetipo. Susan Cannon definió a la denominada

¹⁰⁹ Véase, entre otros, Mariano Cuesta y Sandra Rebok coords., *Alexander von Humboldt: Estancia en España y viaje americano* (Madrid: Real Sociedad Geográfica / CSIC, 2008); Antonio Luna, “Humboldt, maestro universal”, en *Humboldt y América Latina*, ed. Leopoldo Zea y Alberto Saladino (Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica, 2000), 127-38.

¹¹⁰ Transcripción del pasaporte de Humboldt, por Rafael Cordero, en Frank Holl ed., *El regreso de Humboldt. Exposición en el Museo de la Ciudad de Quito: Junio-Agosto del 2001* (Quito: Municipio del Distrito Metropolitano de Quito, 2001), 30.

¹¹¹ Véase: Christian Kupchick, *La leyenda de El Dorado y otros mitos del descubrimiento de América* (Madrid: Nowtilus, 2008); Graham Burnett, *Masters of All They Surveyed: Exploration, Geography and British El Dorado* (Chicago: University of Chicago Press, 2000); Juan Gil Fernández, *Mitos y utopías del descubrimiento 3. El Dorado* (Sevilla: Athenaica, 2019).

¹¹² Manuel Lucena Giraldo, “La fabricación de Alejandro de Humboldt”, en *Viajeros e independencia: La mirada del otro*, comp. Scarlett O’Phelan Godoy y Georges Lomné (Lima: Fondo Editorial del Congreso del Perú, 2017), 51.

¹¹³ *Ibid.*, 59-60.

ciencia humboldtiana en tanto “estudio preciso y medido de fenómenos reales generalizados con el fin de encontrar una ley definida y una causa dinámica”,¹¹⁴ y fue precisamente en el *Essai sur la Géographie des Plantes; accompagné d'un Tableau Physique des Régions Équinoxiales*, donde el perfil transversal de Los Andes Ecuatoriales desde Pacífico al Atlántico situado en latitud del Chimborazo, se posiciona como modelo reducido y metáfora de la ciencia humboldtiana.

Este capítulo tiene como objetivo indagar los elementos que han permitido la elaboración del Chimborazo como un objeto científico y estético, entre los cuales resalta como eje central la apropiación de los objetos naturales como objetos simbólicos y alegóricos que enaltecen la figura de un sujeto en particular. En ese sentido se aborda la categoría de aventura para localizar las particularidades de las apropiaciones presentes en las representaciones retóricas y estéticas vinculadas a las producciones científicas que tuvieron lugar en el campo de la exploración y ascensionismo de los altos volcanes de Los Andes Ecuatoriales a inicios del siglo XIX.

1. Humboldt y el Chimborazo: ¿huellas de un evento heroico?

El 22 y 23 de junio de 1802, Humboldt, junto a su compañero de ciencia el botánico Aimé Bonpland, el aristócrata criollo Carlos Montúfar, un indígena y un mestizo, cuyos nombres no fueron registrados por el viajero prusiano, emprendieron el ascenso al volcán Chimborazo llegando a una altura, según Humboldt, de 5900 metros. Esta altura fue ostentada en Europa como la de mayor elevación alcanzada por el ser humano, hecho que perduró hasta 1804, cuando Gay-Lussac estableció el récord de 7000 metros de altura en globo aerostático. Para Humboldt “el Chimborazo era un reclamo poderoso, demasiado atractivo como para pasar desapercibido”.¹¹⁵ En este sentido, la fama de las montañas permitía ser el escenario ideal para gestar la fama de los sujetos, por lo que “no debe de extrañar que a su regreso a Europa, en 1804, el sabio prusiano fuera aclamado como un campeón olímpico”.¹¹⁶

En un análisis sobre la manera en que se estetizó la figura de Humboldt como héroe y conquistador del Chimborazo, Oliver Lubrich ha enfatizado el alcance que tuvo en su

¹¹⁴ Cannon, *Science in culture*, 105.

¹¹⁵ Pimentel, “Testigos del mundo”, 186.

¹¹⁶ *Ibid.*, 87.

tiempo la ascensión al Chimborazo en los campos del arte y la literatura.¹¹⁷ El impacto simbólico permeó su vida y obra como bien lo exhibe en su diario, con respecto a la recepción que tuvo al siguiente día de haber intentado la ascensión en las mismas tierras andinas, y que irradia hasta los cuadros más representativos del evento como los de Friederich Georg Weitsch (1810), Karl von Steuben (1812 y 1821), François Gérard (1814), y el último retrato, por Julius Schrader (1859), realizado el año de su muerte.¹¹⁸ A ellos se añade el uso de significaciones simbólicas por parte de Simón Bolívar y las posteriores presentaciones que se realizaron sobre el vínculo Libertador-Humboldt-Chimborazo en los campos del arte y la literatura en el siglo XX.¹¹⁹ A pesar de todo un despliegue que representó el ascenso de Humboldt al Chimborazo en diversos ámbitos literarios y pictóricos hasta el día de su muerte,¹²⁰ Humboldt parece evadir toda enunciación respecto a los detalles de lo había sido el más famoso de sus logros. No fue sino varios años más tarde que realizó finalmente una reseña sobre dicha ascensión en base a sus diarios.

En una carta a su hermano Wilhelm, apenas cinco meses después de su intento de ascensión, Humboldt menciona toda una parafernalia dramática llena de padecimientos, horror, tristeza y soledad en medio de las altas y abismales dimensiones de la montaña, donde sólo la posibilidad de hacerse a la cumbre justificaría todo tipo de sacrificios.¹²¹ Sin embargo, esta experiencia en los salones parisinos, en la corte prusiana y en los círculos científicos, queda de lado. En los ensayos *Vues des cordillères et monumens des peuples indigènes de l'Amérique*,¹²² ocho años más tarde de su intento de ascensión, diecisiete líneas son dedicadas al evento, las cuales restan importancia no sólo a la ascensión sino a la generalidad que resulta de la atención excesiva que se les da a las excursiones por sí mismas: sin un aporte científico que las justifique, éstas se vuelven tediosas.¹²³ Aún más enfático en su retórica, respecto a disminuir la importancia por las

¹¹⁷ Oliver Lubrich, "Fascinating Voids: Alexander von Humboldt and the Myth of Chimborazo", in *Heights of Reflection: Mountain in the German imagination from the Middle Ages to the Twenty-First Century*, ed. Sean Ireton y Caroline Schaumann (Rochester: Camden House, 2017), 153-75.

¹¹⁸ *Ibid.*, 153-4.

¹¹⁹ Ejemplos de esto son el lienzo de Tito Salas (1929-1930) que se encuentra en Caracas, en la Casa Natal del Libertador, inspirado en el texto poético de Bolívar "Mi delirio sobre el Chimborazo"; el poema *in memoriam* (1930) de Jordan Herbert Stabler por el centenario de la muerte de Bolívar; el drama político *Humboldt und Bolívar oder Der neue Continent* (1980) de Claus Hammel, y la serie de miniaturas en prosa de Eduardo Galeano que incluye en el segundo tomo *Memoria del fuego* (1985).

¹²⁰ Lubrich, "Fascinating Voids", 155-6.

¹²¹ *Ibid.*, 156.

¹²² Alexandre de Humboldt, *Vues des cordillères et monumens des peuples indigènes de l'Amérique* (París: Chez F. Schoell, 1810).

¹²³ *Ibid.*

alturas, menciona cinco aspectos que restan la importancia de su ascensión: la altura alcanzada en aerostático por Gay-Lussac, la supuesta altura que habría tenido el vecino volcán El Altar o *Capac Urco* antes de un colapso eruptivo, o bien la prominencia de los Himalayas. Ante todos ellos, para Humboldt, el verdadero geólogo debería ocuparse más de las formaciones que de las alturas.¹²⁴

La experiencia estética que trabaja Humboldt, como esclarece Lubrich, se sitúa a la distancia más que a la de un posicionamiento *en* la montaña, lo que le permite fabricar y exponer una mirada contemplativa, relacionada más a la de una obra de arte que a la de un espacio por conquistar. En ese sentido, su experiencia no se sitúa en la cumbre de una montaña, como lo hace un montañista, sino al pie de ella. La mirada de lejos reemplaza a la vista desde lo alto, consolidando así la postura de alguien que no llegó a la cumbre.¹²⁵ Para Lubrich, este posicionamiento de la mirada ante el Chimborazo le permite a Humboldt colocar a la montaña en un espacio solitario de registro estético e histórico:

El Chimborazo se eleva sobre los Andes, escribe, como el arte renacentista de Miguel Ángel sobre los monumentos de la antigua Roma: “como esta majestuosa cúpula, obra del genio de Miguel Ángel, en los antiguos monumentos que rodean el Capitolio”. El volcán se convierte en alegoría de modernidad —y el intento de ascenderlo, un viaje hacia el futuro—.¹²⁶

Si bien el concepto de modernidad es con frecuencia un concepto problemático que puede escaparse con facilidad, para Lubrich puede evidenciarse una suerte de modernización histórico-filosófica en el frontispicio alegórico del *Atlas géographique et physique* (1814) de Humboldt.¹²⁷ Realizado por el ilustrador François Gérard y que llevó posteriormente como título *L'Amérique relevée de sa ruine par le Commerce et par l'Industrie*,¹²⁸ aparecen Hermes y Atenea con el Chimborazo de fondo, ambos asistiendo, según Lubrich, a un azteca desfalleciente: el primero ayudándolo a incorporarse y la segunda con el gesto de entregarle una rama de olivo: “El ‘Nuevo Mundo’ resucitado a través del espíritu del liberalismo”.¹²⁹ Haciendo frente a las lecturas decoloniales que han tomado como objeto de crítica la ilustración de Gérard, como la idea de observar en este

¹²⁴ *Ibid.*, 157.

¹²⁵ *Ibid.*

¹²⁶ Lubrich, “Fascinating Voids”, 157-8.

¹²⁷ Alexandre de Humboldt, *Atlas géographique et physique des régions équinoxiales du Nouveau Continent* (París: Chez F. Schoell, 1814).

¹²⁸ *Ibid.*, 158. “La América elevada de su ruina por el comercio y por la industria”.

¹²⁹ *Ibid.*

una misión civilizatoria unilateral,¹³⁰ Lubrich, en una publicación de su texto en español en 2017,¹³¹ hace notar el título en latín que acompaña al grabado: *Humanitas. Litterae. Fruges* (Humanidad. Letras. Cosechas), frente a lo cual menciona: “Se trata de una cita de Plinio el Joven, de una carta escrita a Máximo, nuevo gobernador de Acaya (Grecia). En ella el escritor le recuerda al representante del Imperio que los conquistadores recibieron la civilización de los conquistados”.¹³² *Vues des Cordillères* puede leerse entonces como un homenaje tanto de los aspectos físicos de las Cordillera como de la cultura de los pueblos aborígenes mexicanos, incaicos y muisca de la sierra colombiana.

Otra suerte de giro en el campo de la “modernidad”, se localiza en el supuesto aporte geográfico de Humboldt. Con la tabla física o biogeografía gráfica que presentó en el *Essai sur la géographie des plantes*, Humboldt ha sido comúnmente considerado como el padre de la ciencia de la ecología, al igual que el pionero de la biogeografía, es decir, al entendimiento del planeta como un todo en base a la demostración de que las especies están distribuidas geográficamente de acuerdo con variables ambientales como la altura, la temperatura y la composición del suelo. Este entendimiento no sólo lo posicionó como uno de los científicos líderes durante siglo XIX,¹³³ sino también como un referente del registro estético del paisajismo.

La preocupación de Humboldt por la geografía de las plantas, como ha resaltado Ulrich Päßler, se remonta a una carta a Friederich Schiller (1759-1805) (con quien compartía tertulias intelectuales en Jena junto a Goethe y a su hermano Wilhelm von Humboldt) que data de 1794.¹³⁴ A esto se suma la dimensión comprensiva sobre la formulación de la geografía de las plantas, la cual se vincula a ciertas apreciaciones como las de Johann Gottfried Herder (1744-1803) quién abre el espectro sobre los efectos recíprocos del mundo vegetal con respecto al de la humanidad.¹³⁵ Päßler hace notar que

¹³⁰ Ángela Pérez-Mejía, “Alexander von Humboldt: los silencios y complicidades de la cartografía”, en *La geografía de los tiempos difíciles: Escritura de viajes a Sur América durante los procesos de independencia 1780-1849*, ed. Ángela Pérez-Mejía (Medellín, Universidad de Antioquia, 2002), 47-94.

¹³¹ Oliver Lubrich, “Vacíos fascinantes: Alexander von Humboldt y el mito del Chimborazo”, *Cuadernos Americanos*, n.º 159 (2017): 97-124.

¹³² *Ibid.*, 105-7.

¹³³ Jorge Cañizares-Esguerra, *Nature, Empire and Nation: Explorations of the History of Science in the Iberian World* (Stanford: Stanford University, 2006), 112.

¹³⁴ Ulrich Päßler, “La Geografía de las plantas de Alexander von Humboldt: documentos fuente”, en *Alexander von Humboldt: Memorias Seminario de Estudios Humboldtianos, sesión Medellín, julio de 2019*, ed. Darío Valencia Restrepo y Gabriel Jaime Gómez Carder (Medellín: EAFIT, 2019), 120.

¹³⁵ *Ibid.* A esto también añade la mirada de la naturaleza como una interacción armoniosa entre los seres vivos al Conde Buffon (1707-1788), Georg Forster (1754-1794) y Friederich Blumenbach (1752-1840). *Ibid.*, 117-18.

Humboldt concibió su geografía de las plantas como una apreciación que reelaboró constantemente, como evidencian ciertos apuntes de su viaje americano que corresponden a partir de 1799. A esto se suman la influencia de las interacciones con Goethe, quién habría dado a conocer a Humboldt su diario de viaje a Italia, posteriormente publicado en 1816 como *Viaje a Italia*: “donde el original de la naturaleza humana y vegetal es retratado vivo, robado del espejo”,¹³⁶ es decir, tornar viva la vinculación de las impresiones estéticas con los datos empíricos o, en términos de Päßler, una “alianza analítica” que permita alcanzar la verdad de la naturaleza:

Humboldt define dieciséis formas fisonómicas básicas en las que se pueden clasificar todas las especies vegetales conocidas. Clasifica estas formas según el cuadro morfológico general de la planta, como “la forma del plátano”, la “forma de la palma” o la “forma de la madera de las coníferas”. La relación entre las formas determina el “carácter de la vegetación”, la impresión general de un paisaje. Las formas básicas definidas por Humboldt forman así la categoría analítica unificadora que permite a los científicos y artistas naturales acceder a la “verdad de la naturaleza” (“Naturwahrheit”) en diálogo.¹³⁷

El desarrollo de la biogeografía ha sido también abordado desde la geopolítica del conocimiento, lugar en el que se ha evidenciado, a partir de un revisionismo histórico, las huellas que Humboldt borró o silenció en detrimento del desarrollo de la ciencia hispanoamericana. Se ha demostrado que la geografía que Humboldt expuso sobre el Nuevo Mundo en términos de novedad o descubrimiento fue, en su mayor parte, un conocimiento preexistente. La noción de que la diversidad ecológica depende más de la altitud que de la latitud, fue propuesto por hispanos basándose en el conocimiento y práctica andinas que habían sido experimentadas por las sociedades locales,¹³⁸ como bien lo ha demostrado la red académica LAGLOBAL liderada por Mark Thurner y Jorge Cañizares Esguerra¹³⁹.

Al momento en que Humboldt llegó a Nueva Granada, el naturalista payanés Francisco José de Caldas (1768-1816), autodidacta no sólo en el campo de la botánica

¹³⁶ Alexander von Humboldt, *Nachlass Alexander von Humboldt* (1801), *Tagebuch II und VI* (1798-1802, 1805), Biblioteca Estatal de Berlín - Patrimonio Cultural, Prusiano, Departamento de Manuscritos, <http://resolver.staatsbibliothek-berlin.de/SBB0001527300000000>, citado en Ulrich Päßler, “La Geografía de las plantas de Alexander von Humboldt: documentos fuente”, en *Alexander von Humboldt: Memorias Seminario de Estudios Humboldtianos, sesión Medellín, julio de 2019*, ed. Darío Valencia Restrepo y Gabriel Jaime Gómez Carder (Medellín: EAFIT, 2019), 120.

¹³⁷ *Ibid.*, 121-2.

¹³⁸ Jorge Cañizares-Esguerra & Mark Thurner, “Andes”, in *New World Objects of Knowledge*, ed. Mark Thurner & Juan Pimentel (London: University of London Press, 2020), 217-218.

¹³⁹ Además de las obras ya citadas, cabe resaltar su página web: <https://flacso.edu.ec/laglobal/es/about-us/>

sino también en el de la astronomía.¹⁴⁰ Caldas fue una figura central en los aportes de la Real Expedición Botánica del Nuevo Reino de Granada dirigida por José Celestino Mutis (1732-1808). Para entonces, además de ser un nombre de peso en la disciplina botánica, Mutis poseía colecciones de plantas sudamericanas de alto valor botánico al igual que una importante biblioteca de Historia Natural, y era una figura reconocida por sus pares en Europa.

En sus cartas, Caldas supo expresar algunas reacciones previo a su encuentro con Humboldt, entre ellas con cierta ilusión y entusiasmo: “Qué gloria para mí verme al lado de un astrónomo, de un botánico, de un minero ilustrado”.¹⁴¹ Sin embargo, se encuentran también apreciaciones de inseguridad con respecto a las formas en que los viajeros, incluso extendida en términos generales, han instaurado su producción del conocimiento:

Vamos a nuestro Humboldt: dígame usted: ¿podemos esperar algo de útil y sabio de un hombre que va a atravesar el Reino con la mayor velocidad? ¿Es de creer que haga buenas observaciones astronómicas, físicas, mineralógicas y botánicas en tres o cuatro meses? Quién sabe si va a llenar de preocupaciones y de falsas noticias a la Europa, como lo han hecho casi todos los viajeros. Pero suspendamos nuestros juicios basta que veamos las producciones de este prusiano.¹⁴²

Cuando Caldas y Humboldt se conocieron a sugerencia del propio Mutis, Caldas ya había trabajado sobre la distribución geográfica de las plantas al norte de los Andes. Y al momento en que Humboldt y Bonpland publican el *Essai sur la géographie des plantes* en Francia en 1805, como expone Cañizares-Esguerra:

Caldas ya había elaborado varios mapas biogeográficos del norte de los Andes (1802), una memoria sobre la distribución geográfica de las plantas cerca del ecuador (1803) y un estudio de la distribución de la Chinchona en relación con la altura sobre el nivel del mar y la temperatura (1805). Estos documentos indican claramente que Caldas pensaba en cartografiar la biodistribución en términos idénticos a los que Humboldt dio a conocer más tarde.¹⁴³

Santiago Díaz-Piedrahita ha remontado la preocupación de Caldas por los perfiles de las alturas desde 1796: en los mapas que había elaborado en aquel entonces, Caldas

¹⁴⁰ Sobre Francisco José de Caldas existe una abundante bibliografía, sin embargo, es importante resaltar, para los fines de este capítulo, el trabajo de Mauricio Nieto Olarte ed., *La obra cartográfica de Francisco José de Caldas* (Bogotá: Universidad de los Andes, 2006); así como los trabajos realizados por Caldas en las tierras de lo que hoy es el Ecuador, en Leoncio López-Ocón comp., *Botánicos y Biólogos en el Ecuador* (Quito: Banco Central del Ecuador, 2010), 1:22-43; 101-294.

¹⁴¹ Eduardo Posada recop., *Cartas de Caldas* (Bogotá: Imprenta Nacional, 1917), 50.

¹⁴² *Ibid.*, 70.

¹⁴³ Cañizares-Esguerra, “Nature, Empire and Nation”, 113-4.

“daba especial importancia a las especies útiles y a su nivelación”.¹⁴⁴ En la misma línea, Alberto Gómez ha demostrado así mismo el adelantamiento de Caldas con respecto a Humboldt en lo concerniente a la elaboración de la biogeografía gráfica, además de la omisión que Humboldt mantuvo de igual forma en cuanto a otras figuras claves que aportaron al desarrollo científico de la biogeografía tanto en Europa como en América, entre las que se incluye a Mutis.¹⁴⁵ Como afirma Gómez Gutiérrez, a partir de la evidencia documental, la *Nivelación de 30 especies de plantas, en la vista occidental de Imbabura, montaña cercana a Ibarra, de F.J. de Caldas*, pictograma que custodia el archivo del Real Jardín Botánico de Madrid, representa un perfil fitogeográfico “concebido al menos un año antes de la ejecución física en el segundo semestre de 1803”,¹⁴⁶ es decir que, si no precede al de Humboldt, es al menos paralela a la versión preliminar del *Essai* que el viajero prusiano envió a Mutis antes de partir de Guayaquil en febrero de 1803, esto es, una versión anterior a la publicada en Europa en 1805. En un escrutinio de los estudios preliminares de Humboldt y en los trabajos y señalamientos realizados por Caldas, Gómez Gutiérrez señala que no hay evidencia de “iconografía relacionada con la geografía de las plantas en los manuscritos prusianos anteriores” a los encuentros con Caldas.¹⁴⁷

Cañizares-Esguerra ha enfatizado también sobre las reacciones de Caldas con respecto al perfil del Chimborazo o tabla física que ilustra la geografía de las plantas. En una carta enviada a José Celestino Mutis, Caldas menciona, con cierta exaltación, cómo Humboldt había sido capaz de reclamar el derecho de presentar la geodistribución sobre el Chimborazo si lo ascendió por unas pocas horas y marchándose con brevedad. Añade además que la geo-distribución que expone es errada, ante lo cual envía a Mutis algunos mapas propiamente realizados sobre el norte de los Andes.¹⁴⁸ Gómez Gutiérrez, en la misma línea, expande la mirada crítica de Caldas hacia el trabajo de Humboldt, donde el payanés menciona: “una de las cosas que he notado en las obras geográficas de este sabio

¹⁴⁴ Santiago Díaz-Piedrahita, “Francisco José de Caldas y la Botánica”, *Revista de la Academia Colombiana de Ciencias Exactas, Física y Naturales* 42, suplemento (2018): 379, doi:10.18257/raccefyn.755

¹⁴⁵ Alberto Gómez, “Las invenciones de Humboldt y Caldas”, *Procesos. Revista Ecuatoriana de Historia*, n° 58 (2023): 176; Alberto Gómez, “Caldas and Humboldt in the Andes: ¿Who Invented Biogeography?”, in *The Invention of Humboldt: On the Geopolitics of Knowledge*, ed. Mark Thurner & Jorge Cañizares-Esguerra (New York: Routledge, 2023), 76-7.

¹⁴⁶ Gómez, “Caldas and Humboldt in the Andes”, 86.

¹⁴⁷ *Ibid.*, 85.

¹⁴⁸ Jorge Cañizares-Esguerra, “Screw Humboldt”, *Medium: Human stories & ideas*, 23 de septiembre de 2022, <https://jorgecanizaresesguerra.medium.com/screw-humboldt-def1320213f5>.

es que mezcla lo verdadero con lo dudoso, y que deseoso de abarcarlo todo, diseña junto a una pieza digna de D'Anville, otra por simples relaciones de ignorantes".¹⁴⁹

El manuscrito de 1803 de la *Geografía de las plantas* de Humboldt fue publicado por Caldas, quién además escribió un prefacio a la traducción al castellano realizada por el químico y zoólogo Jorge Tadeo Lozano Lozano —por orden de Mutis—, en el *Semanario del Nuevo Reino de Granada* en 1809. En el prefacio, Caldas destaca la originalidad de la obra como “llena de observaciones importantes, de miras vastas y filosóficas, en un estilo digno de la majestad de su objeto, es un cuadro grandioso de los Andes equinocciales”,¹⁵⁰ en cuya tabla física del perfil del Chimborazo, “cada planta, cada ser organizado, ocupa aquí el lugar que le señaló la naturaleza. ¡Cuántos objetos reunidos en un espacio tan corto! ¡Cuántas ideas, cuántos conocimientos se amontonan en este cuadro verdaderamente filosófico!”.¹⁵¹ Sin embargo, no falta su locus enunciativo respecto a sus investigaciones en los Andes, donde habla de una fitogeografía del Ecuador, en la que se abarca “un plan más vasto, y tal vez más útil al comercio, a la agricultura y a la medicina vegetal”: mientras Humboldt se limita a las alturas, su trabajo establece “los términos precisos a que se reduce cada especie bajo el ecuador” en los que se indica “la latitud hasta donde se extiende su existencia”, fijando los trópicos de todas las plantas examinadas, planteando así los “principios y leyes generales sobre la geografía de la vegetación”.¹⁵² Caldas resalta además algunas equivocaciones que la celeridad del viaje de Humboldt dejó a su paso: “no es la necia vanidad de exagerar los descuidos de los grandes hombres la que nos obliga a poner algunas notas”.¹⁵³

Como lo ha demostrado los trabajos editados por Mark Thurner, Juan Pimentel y Jorge Cañizares-Esguerra,¹⁵⁴ el conocimiento sobre la distribución vertical y climática de las especies venía siendo trabajado en el mundo andino no sólo al momento del viaje de Humboldt por Sudamérica sino precedido con varias décadas.¹⁵⁵ Entre los nombres que resaltan, además del sabio payanés, están los del jesuita José de Acosta y Bernabé Cobo. En términos conceptuales lo que estos autores del mundo hispanoamericano desarrollaron

¹⁴⁹ Francisco José de Caldas, “Memoria sobre el plan de un viaje”, en *Obras de Caldas*, ed. Eduardo Posada (Bogotá: Imprenta Nacional, 1913), 68, citado en Gómez, “Caldas and Humboldt in the Andes”, 85.

¹⁵⁰ Francisco Jose de Caldas, “Prefacio”, *Revista de la Academia Colombiana de Ciencias Exactas, Física y Naturales* 43 (2019): 65, doi:10.18257/raccefyn.1001.

¹⁵¹ Ibid.

¹⁵² Ibid., 109.

¹⁵³ Ibid.

¹⁵⁴ Véase Thurner y Pimentel, *New World Objects of Knowledge*; Thurner y Cañizares-Esguerra, *The Invention of Humboldt*.

¹⁵⁵ Cañizares-Esguerra y Thurner, “Andes”, 217-24.

fue la combinación de las observaciones del conocimiento y práctica andina de la verticalidad con los conceptos clásicos aristotélicos.¹⁵⁶ Sudamérica ya había sido concebida como un espacio privilegiado de la maravilla natural, en tanto microcosmos nutrido de todos los climas del mundo. Esta tradición de lo cósmico, por lo tanto, “fue el resultado del encuentro colonial temprano de conceptos y experiencias andinas y mediterráneas sobre el clima y el espacio universal”.¹⁵⁷ Por lo que se puede resaltar lo siguiente:

[Humboldt] no fue un “genio” solitario que inventó la “naturaleza” en las laderas del Chimborazo o en las selvas de Venezuela y Nueva Granada. La “naturaleza” era un concepto antiguo cuyo estudio global moderno no solo fue, como a menudo se afirma, una invención del norte de Europa, sino que fue perseguido con éxito en todo el mundo hispánico transoceánico de la época moderna temprana.¹⁵⁸

Mauricio Nieto Olarte ha resaltado una diferencia particular entre Humboldt y Caldas: la finalidad del objetivo de la ciencia geográfica es diferente en sus trabajos. Mientras el enfoque de Caldas está en aportar conocimientos útiles para el progreso del Nuevo Reino de Granada donde los Andes son claves para entender el clima y la riqueza, Humboldt busca una comprensión del mundo entero al recrear el orden natural teniendo como referente a los Andes en tanto grandes laboratorios o cuadros del orden planetario.¹⁵⁹ Más allá de establecer un nexo directo de ideas y concentrarlas en tanto propiedad exclusiva de un individuo, Nieto plantea suplantarse la esfera conceptual por la del orden práctico:

Si tomamos en serio la contundente afirmación de que el conocimiento es comunicación, y que por lo tanto su sentido no puede explicarse de manera independiente de su circulación; podemos entonces explicar las diferencias entre la obra de Caldas y la de Humboldt. El carácter global y aglutinador de la obra de Humboldt no es el simple resultado de sus influencias filosóficas, de sus observaciones en América o de la colaboración que recibió de criollos o nativos en el Nuevo Mundo. Su importancia y su éxito deben explicarse en relación con su capacidad de movilizar recursos, datos e información en una escala mayor.¹⁶⁰

Esta escala mayor está inmersa en el carácter eurocentrista del americanismo de Humboldt. Nieto, citando a Arif Dirlik, menciona que la verdadera fuerza de una mirada

¹⁵⁶ *Ibid.*, 218.

¹⁵⁷ *Ibid.*

¹⁵⁸ Turner y Cañizares-Esguerra, “Introduction: Under Humboldt's Footsteps”, 4.

¹⁵⁹ Mauricio Nieto, “Alexander von Humboldt y Francisco José de Caldas: americanismo y eurocentrismo en el Nuevo Reino de Granada”, en *Humboldt y la emancipación de Hispanoamérica*, comp. Segundo Moreno (Quito: EDIPUCE, 2011), 84.

¹⁶⁰ *Ibid.*, 85.

eurocéntrica no es un problema de prejuicios, no se encuentra en la exclusión o anulación de los otros sino más bien en su inclusión.¹⁶¹ Y esta inclusión se basa, para el caso de Humboldt, en la comprensión del “Nuevo Mundo como parte de un único universo y hacer de América parte de un orden mundial, tanto en términos de su geografía y naturaleza, como de su historia”.¹⁶² Es por eso por lo que sintetizar la totalidad de la naturaleza en un solo cuadro, no sólo hace accesible a América para los lectores ilustrados del Viejo Mundo, sino también responde a la manera en que América es transportada a Europa.¹⁶³

En respuesta a la idea del Romanticismo de la imagen solitaria del genio, se puede incluir el diálogo crítico propuesto por Renner (et. al.). Este artículo expone los trabajos de figuras europeas que habían publicado o se encontraban publicando, al regreso de Humboldt a Europa, en materia de geografía vegetal, a lo que se suma la influencia de estos trabajos en Humboldt, como fue el caso de Willdenow: “La geografía vegetal debía ocuparse de los efectos del clima en la vegetación y de las migraciones de las plantas en la superficie terrestre”.¹⁶⁴ En torno a la cuestión de las divisiones de los climas y la transversalidad vertical, Jean-Louis Giraud-Soulavie (1752-1813) publicó en 1783 la *coupe verticale* “de una montaña del Macizo Central dividida en varios ‘climas vegetales’, y existen descripciones aún más tempranas de zonaciones vegetales en los Alpes”.¹⁶⁵ Además, al momento de que Humboldt daba por finalizado su *Essai*, Augustin Pyrame de Candolle (1778-1841) publicó en el verano de 1805 un mapa sistematizado por colores de las regiones botánicas y florísticas de Francia, a la que se ha identificado como el primer registro de un mapa fitogeográfico.¹⁶⁶ Valdría entonces preguntarse, a partir de lo expuesto, si la relación entre el Chimborazo y Humboldt estaría únicamente reducida a la figura heroica, o si existen otras manifestaciones que darían lugar a interpretaciones que puedan escindir los espacios regulados por esa mirada heroica y aventurera propia de los relatos de la presencia humana en las altas montañas. En ese sentido, ¿cómo se diferenciaría la elaboración de la montaña por fuera de la idea de conquista y ascensión propia del alpinismo en la relación Humboldt-Chimborazo?

¹⁶¹ Ibid., 88.

¹⁶² Ibid., 91.

¹⁶³ Ibid.

¹⁶⁴ Renner et. al, “«My Reputation is at Stake»”, 100.

¹⁶⁵ Ibid. Sobre las descripciones tempranas ver Heinrich Zoller, “La découverte des Alpes de Pétrarque à Gessner”, dans *Un cordée originale: Histoire des relations entre science et montagne*, ed. Jean-Claude Pont y Jan Lacki (Génova: Georg, 2000), 417-28.

¹⁶⁶ Ibid., 107.

2. Creando un Olimpo en los Andes

A la discusión sobre los antecedentes de la fitogeografía gráfica se podría incluir el aporte de Ernesto Capello sobre la invención de la cordillera montañosa como objeto científico en los trabajos de Charles-Marie de La Condamine (1701-1774) y Pierre Bouguer (1698-1758).¹⁶⁷ Según Capello, los trabajos de estos académicos franceses establecen un vínculo entre los aportes de la cartografía temática perfilada de los Andes que ellos realizaron, y la tabla física del perfil de los Andes de Humboldt. La Condamine y Bouguer, miembros de la Misión Geodésica Hispanofrancesa enviada al nuevo mundo con el objetivo de cerrar la discusión sobre forma definitiva del planeta, permaneciendo en el Virreinato del Perú entre 1736 y 1744, desarrollaron una estrategia gráfica innovadora que descentró la vista vertical o altitudinal de un pico individual a favor de una vista horizontal o longitudinal de la cordillera de los Andes como un todo.¹⁶⁸ Como bien lo representan las ilustraciones *Profile de la cordeliere du Pérou* en el trabajo de Bouguer de *La figure de la terre* (1749), y las de *Carte de la méridienne de Quito* y *Coupe du Terrain de la Méridienne de Quito* en *Mesure des trois premiers degrés du méridien dans l'hémisphère austral* (1751) de La Condamine, detallan una mirada perfilada de los Andes con un corte de sección transversal del corredor ecuatorial, marcando las diferencias de altitud a lo largo de la cordillera andina.¹⁶⁹ En el caso de Bouguer, su ilustración presenta un perfil de relieve topográfico que va desde los estratos subterráneos hasta los glaciares externos, incluyendo elementos que generan una ilusión de tridimensionalidad.¹⁷⁰ La Condamine perfeccionó este perfil en términos de perspectivas longitudinales, así como las tridimensionales de las grandes cumbres como el Cotopaxi y Chimborazo:

Sin embargo, la genialidad de la figura de La Condamine reside en la yuxtaposición de este perfil con una vista aérea de los triángulos geodésicos dispuestos a la misma escala. De este modo, el lector del mapa puede ver simultáneamente un perfil y una imagen ortogonal, y puede hacer coincidir las puntas de los triángulos con los picos del perfil longitudinal. Las alturas de los picos principales también están marcadas, lo mismo que aquellas en las que se encuentran las señales geodésicas —información que pone de relieve la grandeza de los Andes—, pero también trascendiendo los Alpes en los Andes en la perspicacia de La Condamine y sus colegas al enfrentarse a lugares tan altos.¹⁷¹

¹⁶⁷ Ernesto Capello, “Transcending the Alps in the Andes: Charles Marie de La Condamine, Pierre Bouguer, and the Graphic Invention of the Mountain Range”, in *Mapping Nature across the Americas*, ed. Kathlenn Brosnan & James Akerman (Chicago: University of Chicago Press, 2021), 115-34.

¹⁶⁸ Ibid., 116.

¹⁶⁹ Ibid., 130.

¹⁷⁰ Ibid.

¹⁷¹ Ibid., 130-1.

Esta perspectiva es propuesta por Capello como una representación que combina la mirada de Dios (*God's eye view*) frente a las inclemencias orográficas del paraje andino (quebradas, altura, masa de las montañas, etc.) que afectan a la mirada del hombre. Es decir, el trabajo cartográfico, concebido desde esa perspectiva, logra exponer una representación digerible para los lectores: una representación de lo no representativo de la inmensidad y agresividad de la cordillera andina.¹⁷² De esta manera, siguiendo a Capello, el concepto de cordillera como una amplitud longitudinal y una colección de puntos, así como la innovación técnica para incorporar a la vez datos abstractos como la información pictórica, tuvo un impacto en la formulación de los trabajos geográficos a lo largo del siglo XVIII y XIX. Si se toma en cuenta la combinación tipo collage de información métrica y pictórica, sería plausible comprender una influencia particular hacia la tabla física del *Essai* de Humboldt.¹⁷³

A pesar de los usos, silencios y omisiones del viajero prusiano, ¿qué particularidades se encuentran con respecto a la elaboración de un objeto natural como el Chimborazo, específicamente en lo que concierne a la tabla física que toma como modelo reducido a esta montaña? El *Essai sur la Géographie des Plantes; Accompagné d'un Tableau Physique des Régions Équinoxiales* que Humboldt publica junto a Bonpland, es la primera de una treintena de obras que el prusiano escribió sobre el Nuevo Continente. Como se menciona en el prefacio, “Este ensayo abarca los fenómenos de física que se observan tanto en la superficie del globo, como en la atmósfera que lo envuelve”.¹⁷⁴ Fue el viaje a los trópicos lo que le proporcionó “materiales preciosos para la historia física del globo”, y, sobre todo, dice Humboldt, “fue a la vista misma de los grandes objetos que debía describir, al pie del Chimborazo, sobre las costas del Mar del Sur”, que redactó “la mayor parte de esta obra”.¹⁷⁵

Humboldt dice inaugurar bajo el término de geografía de las plantas, a la ciencia que “considera a los vegetales bajo las relaciones de su asociación local en las diferentes comarcas”, además “vasta, como el objeto que abarca,” y que “pinta a grandes rasgos la inmensa extensión que ocupan las plantas, desde la región de las nieves eternas hasta el

¹⁷² Ibid., 131.

¹⁷³ Ibid.

¹⁷⁴ Alexander von Humboldt et Aimé Bonpland, *Essai sur la Géographie des Plantes; Accompagné d'un Tableau Physique des Régions Équinoxiales* (Paris: Chez Levrault / Schoell et Compagnie / Libraires, 1805): VI.

¹⁷⁵ Ibid., VI-VII.

fondo del océano y el interior del planeta”.¹⁷⁶ La imagen que evidencia esta ciencia sobre las interconexiones de la naturaleza, la describe así:

He tratado de reunir en un solo cuadro el conjunto de los fenómenos físicos que presentan las regiones equinocciales, desde el nivel del Mar del Sur hasta la cumbre de la más alta cima de los Andes. El mismo cuadro indica: 1. la vegetación; 2. los animales; 3. las relaciones geológicas; 4. el cultivo del suelo; 5. la temperatura del aire; 6. los límites de las nieves perpetuas; 7. La constitución química de la atmósfera; 8. su tensión eléctrica; 9. su presión barométrica; 10. el decremento de la gravitación; 11. la intensidad del color azulado del cielo; 12. el debilitamiento de la luz a su paso por las capas de aire; 13. las refracciones horizontales y 14. el grado a que hierve el agua a las diferentes alturas. Para facilitar la comparación de estos fenómenos con aquellos de las zonas templadas, se ha añadido un buen número de las zonas templadas en las diferentes partes del globo, y la distancia a la que estas alturas pueden ser percibidas desde el mar, haciendo abstracción de la refracción terrestre.¹⁷⁷

Ese modelo reducido del “encadenamiento de causas y de efectos” donde “ningún hecho puede ser considerado aisladamente”, desglosa todos los pisos climáticos a partir del Chimborazo. A sus espaldas, el Cotopaxi surge como una pirámide emanando cenizas hacia el cielo perfectamente representado en sus tonalidades azules. Esta impresión de totalidad de la naturaleza compone también en la retórica esas dos dimensiones de lo estético y científico:

El equilibrio general que reina en medio de las perturbaciones e inquietudes aparentes, es el resultado de una infinidad de fuerzas mecánicas y de atracciones químicas que se contrapesan las unas a las otras. El estudio de la naturaleza, que es el gran problema de la física general, exige la reunión de todos los conocimientos que tratan de las modificaciones de la materia.¹⁷⁸

Lo que el perfil del Chimborazo presenta en la explicación de esta nueva ciencia es una imagen magna del trópico y la idea extendida de la naturaleza en términos globales:

Bajo los trópicos, [...] en esa rápida pendiente que se eleva desde la superficie del océano hasta las nieves perpetuas, los diversos climas se suceden y están, por decirlo así, superpuestos. A cada altura, la temperatura del aire no experimenta sino ligeros cambios; la presión del aire atmosférico, el estado higroscópico del aire, su carga eléctrica, todo sigue ahí leyes inalterables y tanto más fáciles de reconocer cuanto que los fenómenos son allí menos complicados. De tal estado de cosas resulta que cada altura bajo los trópicos, al presentar condiciones particulares, ofrece también productos variados según la naturaleza de las circunstancias, y que, en los Andes de Quito, en una zona de dos mil

¹⁷⁶ *Ibíd.*, 14.

¹⁷⁷ *Ibíd.*, 41-2. Podría resultar interesante la comparación con “El Emporio Celestial del Conocimiento Benévolo” de Borges, y por ende la famosa apelación que Foucault realiza de esa clasificación borgeana en *Las palabras y las cosas*.

¹⁷⁸ *Ibíd.*, 43.

metros de anchura horizontal, se descubrirá una mayor variedad de formas que en una zona de la misma extensión en la pendiente de los Pirineos.¹⁷⁹

La tabla física de Humboldt, como Päßler defiende, juega un papel importante por “la idea de una vista total de los Andes entre el décimo grado de latitud norte y sur”,¹⁸⁰ donde el perfil del Chimborazo, en tanto perfil general de los Andes, con su multitud de variables medidas y en comparación de datos proporcionados de toda una red de aportes recolectados por pares en distintas parte del mundo (Laponia, Suiza, Noruega, Madeira, Cabo de Buena Esperanza y Australia), “visualizaban un proyecto mundial de una física de la tierra” que acababa de comenzar.¹⁸¹ El proyecto de Humboldt, en este sentido, era la puesta en práctica de una red vegetal-geográfica de dimensiones globales.¹⁸²

Lubrich entiende a este perfil como un híbrido pictórico textual: su corte longitudinal muestra una dimensión gráfica y una dimensión textual donde se fusionan ciencia y arte. La montaña adopta la forma de un pictograma, y aunque Humboldt “contribuyó al sistema taxonómico de la historia natural añadiendo ‘nuevas’ especies recolectadas en América, su mayor mérito es haber puesto en movimiento el método de clasificación estática al hacer un trazado de su migración y su distribución geográfica”.¹⁸³

Sin embargo, la precisión científica de Humboldt en la tabla física no está exenta de errores. El perfil transversal del Chimborazo presenta varias inconsistencias respecto a los datos botánicos, aspecto que deja en suspenso el relato de empirismo y precisión de la ciencia humboldtiana. Como ha resaltado el trabajo de Renner (et. al.), “la ciencia de Humboldt no era idéntica a la ciencia humboldtiana”,¹⁸⁴ lo cual escinde la imagen de un recolector de datos científico con el de un esteta de la naturaleza y a la vez en búsqueda de leyes generales. El perfil del Chimborazo del *Essai* tiene una aplicación errónea en la nivelación de las plantas y de la sucesión vertical de las zonas y regiones de vegetación que fueron establecidas por una malinterpretación de la descripción de la Condamine. El trabajo de Renner (et. al.) demuestra con rigurosidad cómo Humboldt erró al leer a La Condamine al afirmar que una “región de hierbas” se encuentra por encima de las plantas alpinas, confundiendo la zona de pastos de la Condamine.¹⁸⁵ En el perfil del Chimborazo del *Essai*, por lo tanto, se establecen erróneamente algunas franjas de vegetación mientras

¹⁷⁹ Ibid., 41.

¹⁸⁰ Päßler, “La Geografía de las plantas”, 122.

¹⁸¹ Ibid., 122.

¹⁸² Ibid., 123.

¹⁸³ Lubrich, “Vacíos fascinantes”, 108.

¹⁸⁴ Renner et. al, “«My Reputation is at Stake»”, 99.

¹⁸⁵ Ibid., 100-1.

se omiten otras.¹⁸⁶ Este error no es consistente con las muestras y datos que Humboldt y Bonpland recolectaron en su paso por los Andes,¹⁸⁷ pero también en cuestiones de expertise:

La experiencia personal de Humboldt en el páramo fue limitada, fragmentaria y sesgada por la idea de que una zona continua de pastos de gran altitud estaba separada de la nieve permanente sólo por una zona estéril, casi sin vida. En esto, la experiencia personal de Humboldt difiere mucho de la experiencia de La Condamine, quien pasó tres semanas enteras en la cima del Rucu Pichincha (4698 m.), y de Francis Hall, quien viajó varios meses por los altos Andes de Ecuador y que parece haber sido el único botánico contemporáneo que criticó la zonificación de la vegetación de Humboldt.¹⁸⁸

Para Renner (et al.), los errores, descuidos e inconsistencias en la tabla física del *Essai* se debieron principalmente al apresuramiento de Humboldt para la publicación del libro, tenía un público ansioso por acceder a su trabajo, y pensaba que su propuesta fitogeográfica sería un pilar fundamental de su reputación, además de que esa publicación se perfilaba como el preludio de los resultados de exploración de la naturaleza americana.¹⁸⁹

La fijación olímpica de Humboldt como un sujeto que intenta situar su figura en términos comparables con la imagen colosal de la montaña quizás no esté implícita en la figura del sujeto como ente central de la hazaña de conquista. Es decir, la relación entre Humboldt y el Chimborazo no se ajusta a la imagen frecuente del alpinismo representado por la titanomaquia (enfrentamiento con el titán).¹⁹⁰ La figura de Humboldt tiene una amplia frontera en donde ha sido precisamente construida bajo los parámetros de su identificación como un conquistador de récords de altura, hazaña vinculada, dentro del contexto del Romanticismo, a la apreciación sublime de las alturas colosales.

Según Pimentel, como se resaltó anteriormente, la intención de Humboldt de subir al Chimborazo fue la búsqueda de una hazaña que retratase su conquista intelectual, un acto simbólico que sobrepasara los medios eruditos y fuera grabado en la memoria del conocimiento.¹⁹¹ A su regreso a Europa en 1804, Humboldt fue reconocido como el ser humano que intentó escalar la montaña más alta de la tierra, marcando un nuevo récord

¹⁸⁶ Ibid., 103-4.

¹⁸⁷ Ibid., 105.

¹⁸⁸ Ibid., 107-8. Más adelante se abordará sobre Francis Hall y Jean Baptiste Boussingault.

¹⁸⁹ Ibid., 108-9.

¹⁹⁰ Patricio Aguirre Negrete, "Montañas y sujetos: un acercamiento teórico a las huellas simbólicas del montañismo en el universo social y cultural", *Antropología Cuadernos de Investigación*, n.º 14 (2014): 74.

¹⁹¹ Pimentel, "Testigos del mundo", 187.

de altura.¹⁹² Este impacto tuvo eco en varias representaciones que laurearon el acontecimiento a lo largo de su vida. En marzo de 1807, Goethe, luego de recibir la obra de Humboldt y Bonpland sobre la geografía de las plantas, se vio inspirado a realizar una representación gráfica que compara las grandes elevaciones de los dos mundos. Como él mismo menciona:

Devoré el trabajo y quise hacerlo inmediatamente agradable y útil para mí y para los demás [...]. Rápidamente dibujé la escala de 4000 toesas a ambos lados de un largo cuadrado donde, a través de su descripción, comencé a trazar la altura del Chimborazo. Esto formó un paisaje bajo mi mano como por casualidad: Antisana, Cotopaxi, [...], Micaipampa, Quito, México en sus lagos, [...]. Cuando ya había terminado con la luz del día el lado luminoso de los trópicos, le di al viejo mundo el subordinado lado oscuro. Aquí, por el bien de la composición, procedí a la inversa, poniendo primero la montaña más alta, es decir, el Mont Blanc, seguido por la Jungfrau, para ubicar luego el Pico de Tenerife y finalmente el Monte Etna. La altura del Gotthardt, el hospicio a sus pies, el Dole, el Brocken y el Schneekoppe me parecieron suficientes porque cualquier entusiasta puede marcar fácilmente las alturas intermedias. Cuando esto sucedió, dibujé las dos líneas de nieve que también debían ser muy diferentes en altura, ya que las montañas más altas del mundo moderno están en una región más caliente del cielo, mientras que las del viejo mundo están en una región más fría. Me atreví a colocar pequeñas cifras en las dos fronteras para indicar personalmente a aquellos hombres que habían escalado las alturas más elevadas en ambas partes del mundo [...], y además, según se ha descrito, aquella altura donde ha podido flotar el aeronauta Gay-Lussac, todas ellas en regiones a las que hasta hace pocos años, solo solo la imaginación se atrevió a elevar a la gente.¹⁹³

El dibujo, enviado a Humboldt —y que hoy en día se encuentra en Frankfurt—,¹⁹⁴ no tuvo al parecer, ningún interés por parte del naturalista prusiano. Sin embargo, una lámina basada en el dibujo de Goethe fue publicada en el volumen 41 de *Allgemeine geographische Ephemeriden* (1813) del editor de Weimar Friederich Justin Bertuch (1747-1822),¹⁹⁵ y lleva como título “Alturas del viejo y nuevo mundo comparadas visualmente”. Esta lámina tuvo tal recepción que Bertuch realizó dos copias, una en sepia y otra a color, así como una edición francesa, también a color, con algunos cambios y varias anotaciones sugeridas por el mismo Humboldt.¹⁹⁶ En esta última versión lleva una

¹⁹² Ibíd. El término récord también es remarcado por Lubrich, “Fascinating Voids”, 153.

¹⁹³ Goethe gesellschaft, “Goethes Text zum Höhenbild”, *Goethe gesellschaft*, accedido 16 de abril de 2022, párr. 2, <https://www.goethe-gesellschaft.ch/webh/goethetext.htm>. Texto de Goethe sobre su dibujo de las alturas escrito el 8 de abril de 1813 y publicado como comentario a la placa (31 x 38,6 cm) que el editor Friederich Justin Bertuch incluyó en el *Allgemeine geographische Ephemeriden*, vol. 41 (1813). Con “aquellos hombres”, Goethe se refiere a Humboldt (Chimborazo) y Saussure (Mont Blanc).

¹⁹⁴ Thomas Schmuck, “Humboldt in Goethes Bibliothek”, *HiN, Revista Internacional de Estudios Humboldtianos* XVII, n.º 32 (2016): 75, doi:10.18443/236.

¹⁹⁵ Friederich Justin Bertuch, *Allgemeine Geographische Ephemeriden*, vol. 41 (Weimar: im Verlage des Landes-Industries-Comptoirs, 1813).

¹⁹⁶ Renato Mazzolini, “Bildnisse mit Berg. Goethe und Alexander von Humboldt”, *HiN, Revista Internacional de Estudios Humboldtianos*, n.º 8 (2004): 12, doi:10.18443/47.

nota, en la que menciona haber añadido algunos sitios importantes como la comparación de los límites de las nieves perpetuas que en las regiones ecuatoriales responden a 4794 metros, mientras que en Suiza y los Pirineos descienden a 2630 metros y en Noruega a los 1364 metros de altura sobre el nivel del mar; además de recordar al lector que todo lo que se refiere a la geografía de las plantas y los fenómenos geológicos y meteorológicos está abordado en el perfil transversal de la tabla física de las regiones ecuatoriales de Humboldt.

Para 1816, apareció un grabado de W.J. Gardner titulado *Comparative View of the Heights of the Principal Mountains in the World*.¹⁹⁷ Éste dibujo corresponde a una ampliación de la concebida por Goethe —a quien no hace ninguna referencia— y que incluye a las entonces recientes mediciones de los Himalayas, incluyendo la altura del Dhaulagiri con sus 26860 pies (8186 metros). En esta representación, dividida igualmente entre los dos hemisferios, aparecen las montañas del nuevo mundo que exhibió ya el recuadro de 1813, donde resalta al Chimborazo y demás montañas de lo que hoy es el Ecuador (aparte de la altura de Quito), así como una única figura humana del dibujo en el Chimborazo (Humboldt), además de la también única figura animal, el cóndor (que también reproduce de la tabla de Bertuch) en referencia a la altura de su vuelo frecuente al que establece en 21000 pies (6400 metros).

Meses antes de la muerte de Humboldt, el pintor alemán Julius Schrader (1815-1900) retrató al sabio prusiano, ya de 89 años, en medio del Chimborazo y el Kariwayrazo que parecen custodiarlo desde el fondo. El cuadro, con un cielo despejado, aunque con algunas ligeras nubes difuminadas en medio del coloso andino, funde las figuras en una luz aterciopelada, luz que resulta más apropiada al de los atardeceres alpinos. Con un gesto de inclinación, la postura de Humboldt parece no solo arrimarse al lado del Chimborazo, sino en proyección con cierta complicidad con esta montaña: ambos, la mirada del prusiano y la cima nevada de la montaña, son las primeras a las que se dirige la mirada del espectador. En las piernas de Humboldt yace un libro abierto. Una pluma es sostenida por su mano derecha y parece suspendida en el desarrollo de una escritura. La impresión del cuaderno y el ambiente del cuadro dan la sensación de dos entornos abiertos, la de una naturaleza andina cuyo ambiente cobija a la figura de Humboldt, y del

¹⁹⁷ W.J. Gardner, “Comparative View of the Heights of the Principal Mountains in the World. Western Hemisphere. Eastern Hemisphere”, in *Mapseller, No 172 Strand, Augt, 1st*, ed. C. Smith (London: 1816). Disponible en la colección de David Rumsey, <https://www.davidrumsey.com/maps2187>, accedido el 15 de enero de 2021.

libro como el microcosmos del conocimiento donde la pluma difunde el pensamiento de Humboldt.

Lo que desde el siglo XVI, a través del empirismo y la ciencia moderna, como bien esclarece Pimentel, convirtió “a los viajeros en testigos autorizados, en recopiladores fidedignos de hechos naturales”, arrojados “sobre el mundo para cumplir el mandato central [...]: leer directamente el Libro de la Naturaleza”,¹⁹⁸ tiene en este cuadro un espacio de representación privilegiado. La inmediatez del Libro de la Naturaleza se conjuga con la percepción de la interacción directa, pero también con una idea dual y metafórica del tiempo: la de un tiempo pasajero de la existencia humana en Humboldt, y la de en un tiempo permanente y desconocido por el ser humano representado el Chimborazo. Ambos se plasman en la metáfora del cuaderno y la pluma, otorgando no sólo el gesto de lo sublime, sino del conocimiento mismo como creación sublime, y siempre abierto a lo excepcional que tanto clama la ciencia del Romanticismo.

Renato Mazzolini¹⁹⁹ ha comparado el retrato de Schrader con el que Heinrich Christoph Kolbe (1771-1836) hizo de Goethe entre 1824 y 1826, donde el poeta yace bajo un cielo parcialmente despejado, con un cuaderno abierto y pluma en mano, la mirada esquiva y el panorama del Golfo de Nápoles y el Vesubio de fondo. La imagen de Humboldt con los mismos elementos (un cuaderno abierto, pluma en mano y observando al espectador del cuadro con un fondo natural montano), aunque con menos fuerza que el de Schrader, fue ya retratado con anterioridad, en 1830, por el pintor Carl Wildt (quién retrató también a su hermano Wilhelm el mismo año).

Las obras de Kolbe, Wildt y Schrader son comentarios visuales del espíritu romántico que torna filosófica y estética la observación de la naturaleza. Expresa la actitud del héroe romántico que plasma y comunica la dimensión externa de la naturaleza a través de un texto de dimensiones estéticas internas aprehendidas en la escritura. En este sentido, se puede resaltar en el *Viaje a Italia* de Goethe la descripción de la experiencia del viajero como el montaje de las propiedades de la naturaleza y la apreciación estética del paisaje. Humboldt, desde la publicación de *La geografía de las plantas* hasta la monumental *Cosmos*, conjuga precisamente esa mirada de tinte poético: “aun cuando un autor no tiene a la vista un propósito inmediatamente conectado con el estudio de la naturaleza, nuestro amor por ese estudio puede verse realzado por el encanto

¹⁹⁸ Pimentel, *Testigos del mundo*, 47.

¹⁹⁹ Mazzolini, “Bildnisse mit Berg”, 3-14.

mágico de una representación poética de la vida de la naturaleza, incluso en regiones de la tierra que nos son familiares”.²⁰⁰

El pensamiento de Goethe, con respecto a la observación de los escenarios naturales, se basó en la apuesta por una observación sensitiva de sus fenómenos, es decir, de una manera íntima y directa que debía darse a través de la observación, reflexión y asociación, denominándolo empirismo delicado.²⁰¹ A Goethe no se le puede catalogar como un aventurero del montañismo, su obra y su pensamiento son olímpicos en un sentido distinto al de la figura del héroe de hazañas corporales. Pero ¿qué implicarían los récords de altura en ese sentido?

2.1. Los chimborazos de Humboldt

La concepción de lo natural siempre ha sido histórica y culturalmente constituida por las acciones materiales y perceptuales del ser humano.²⁰² Como menciona Nancy Leys Stepan, “la naturaleza no es solo ‘natural’ sino que es creada como natural por los deseos e intenciones humanas”.²⁰³ A esto se puede añadir que las sociedades moldean las nociones de lo natural desde el conocimiento, la experiencia y el discurso.²⁰⁴

Los récords de altura, para el momento en que Humboldt realiza su viaje a Sudamérica, no representaban una novedad en los Andes. El *Diccionario geográfico-histórico de las Indias Occidentales o América* de Antonio de Alcedo (1786), menciona al volcán “cubierto siempre de nieve” como “el más alto que se conoce hoy en todo el mundo, pues tiene de altura, medido por los Académicos de las ciencias de París 3220 toesas desde el nivel del mar hasta su cumbre, que termina en la figura de un cono o pirame [*sic*] truncada”.²⁰⁵ La Condamine y Bouguer, durante su estancia en el Virreinato del Perú entre 1736 y 1744, habrían sido, en lo que se conoce, los primeros en intentar una ascensión a la misma.²⁰⁶ Sin embargo, además de medir al Chimborazo, fijaron el 20

²⁰⁰Alexander von Humboldt, *Cosmos: Sketch of a Physical description of The Universe* (London: Longman, 1849), 2:65.

²⁰¹Gómez, “Caldas and Humboldt in the Andes”, 79.

²⁰²Stepan, *Picturing Tropical Nature*, 15.

²⁰³Ibid.

²⁰⁴Mark Carey, “Latin American Environmental History: Current Trends, Interdisciplinary Insights, and Future Directions”, *Environmental History* 14, n° 2 (Abril 2009): 234.

²⁰⁵Antonio Alcedo, *Diccionario geográfico-histórico de las Indias Occidentales o América. Es á saber: de los reynos del Perú, Nueva España, Tierra Firme, Chile, y Nuevo reyno de Granada* (Madrid: Benito Cano, 1786), 1:528. 3220 toesas corresponden a 6275 metros.

²⁰⁶Charles-Marie de La Condamine, *Diario del viaje al Ecuador: Introducción histórica a la medición de los tres primeros grados del meridiano* (Quito: Coloquio del Ecuador, 1986); Neil Safier, *La*

de julio de 1738 la altura de 2470 toesas (4818 metros) en la cima del volcán Corazón, montaña ubicada al lado oeste de las localidades de Aloasí y Machachi (al sur de Quito). Según La Condamine, nadie había subido a una altura mayor a la que ellos decían haber medido en dicha cumbre.²⁰⁷ Los informes científicos posteriores a la expedición, como la *Hauteur des montagnes les plus remarquables de la Province de Quito*, menciona sobre el Corazón como “el cono de mayor altura que hemos escalado”.²⁰⁸

La referencia sobre este registro de altura fue resaltada por una de las figuras más importantes en el ámbito del alpinismo de la segunda mitad del siglo XIX, el explorador británico Edward Whymper en su libro *Travels amongst the great Andes of the Equator*, publicado en Londres en 1891. Uno de los aspectos que llama la atención del trabajo de Whymper, quien ascendió al volcán en cuestión durante los últimos días de febrero de 1880, es su relato sobre el hallazgo de dos rocas de nueve pulgadas de longitud en la cumbre de la montaña. A juzgar por su forma, estas rocas tenían el aspecto de haber sido talladas y llevadas intencionalmente a la cumbre.²⁰⁹ La mención de Whymper representaría, sino el primero, al menos uno de los primeros registros materiales sobre la presencia prehispánica de los seres humanos en las cumbres andinas.

Además de las referencias pictóricas que destacan por su fuerza representativa, otra de las manifestaciones que regresa sobre Humboldt y el Chimborazo responde al contexto de la independencia americana. La imagen del Chimborazo adquiere una vinculación singular con respecto a la figura del sabio prusiano que se caracteriza por una retórica de registro poético. Escrita en 1822 por Simón Bolívar, “Mi delirio sobre el Chimborazo” narra la experiencia de su intento de ascensión al coloso. Este texto junta la mitología griega —*Iris* es una diosa, mensajera del *Partenón*— con monumentos

medición del nuevo mundo: La ciencia de la Ilustración y América del Sur (Madrid: Marcial Pons, 2016). Un trabajo importante, anterior al de Safier, es el de Antonio Lafuente y Antonio Mazuecos, *Los caballeros del punto fijo: Ciencia, política y aventura en la expedición geodésica hispanofrancesa al virreinato del Perú en el siglo XVIII* (Madrid: Ediciones del Serbal / CSIC, 1987).

²⁰⁷ En palabra de La Condamine: “Nadie ha visto el barómetro tan bajo al aire libre; y presumiblemente nadie ha subido a mayor altura: estábamos a 4815 metros sobre el nivel del mar”. Charles-Marie de La Condamine, *Journal du Voyage fait par Ordre du Roi, a L'Equateur, Servant D'Introduction Historique a la Mesure des Trois Premiers Degres du Meridien* (París: De L'Imprimerie Royale: 1751) 1:58, citado en Edward Whymper, *Travels amongst the great Andes*, 107.

²⁰⁸ Charles-Marie de La Condamine, “Hauteur des montagnes les plus remarquables de la Province de Quito”, dans *Historie de L'Académie Royale des Sciences. Avec les Mémoires de Mathématique & de Physique, pour la même Année* (París: De L'imprimerie Royale, 1746), 650.

²⁰⁹ “Los objetos parecían haber estado en la cumbre durante años; sin embargo (aunque no estaban recién alisados) no parecían tener un siglo y medio. [...] Haber trabajado estos ejemplares con tanta regularidad habría ocupado un tiempo considerable”. Whymper, *Travels amongst the great Andes*, 111. Gracias al grabado de estas piedras que Whymper exhibe en su libro, se ha podido inferir que responden a una elaboración precolombina de carácter ceremonial. Conversación personal con Dayuma Guayasamín, arqueóloga del Instituto Nacional de Patrimonio Cultural (INPC). 15 de febrero de 2020.

naturales del Nuevo Continente (como lo son el Orinoco y el Amazonas), para dar lugar a una figura sagrada que enaltece la tierra y resalta su presencia como objeto dominante del telurismo americano: “el Dios de Colombia”. La montaña, ese “atalaya del universo” y “dominador de los Andes”, es enunciada con la finalidad de justificar y resaltar el proyecto de emancipación: “La tierra se ha allanado a los pies de Colombia, y el tiempo no ha podido detener la marcha de la libertad”.²¹⁰ Bolívar utiliza el registro estético de la naturaleza como un enunciado que le permite acceder a una autorreferencialidad simbólica: “Observa —me dijo—, aprende, conserva en tu mente lo que has visto, dibuja a los ojos de tus semejantes el cuadro del Universo físico [...]; no escondas los secretos que el cielo te ha revelado”.²¹¹ Este movimiento hacia la autorreferencia simbólica hace concebir a la montaña como una plataforma de autorización en tanto emisario del designio cósmico de la fundación del continente liberado observando desde la misma perspectiva que Humboldt había contemplado en la montaña.²¹² Como ha mencionado Lubrich, tras la llegada de Bolívar, la cumbre geológica se convirtió en un símbolo heráldico.²¹³

Siguiendo a Mary Louise Pratt, los escritos de Humboldt fueron “una materia prima fundamental para las ideologías americana y americanistas forjadas por los intelectuales criollos en las décadas de 1820, 1830 y 1840”.²¹⁴ Si bien la visión de Bolívar, para Pratt, sigue las huellas del explorador prusiano, ésta no podría ser más opuesta al repertorio imaginativo y verbal de Humboldt. Por un lado, los escritos de Humboldt trataban de ocultar su condición de sujeto histórico y político, mientras que Bolívar reclama para sí ese reconocimiento. Por otro, la diferencia entre el cientificismo humboldtiano y el simbolismo bolivariano: “Para Humboldt, es la ciencia la que revela las ‘fuerzas ocultas’ del cosmos, y no el misticismo, el delirio, el ideal revolucionario o la falta de oxígeno”.²¹⁵

Reforzando un juego del americanismo con visiones europeizantes, para Pratt este es un claro ejemplo de una visión sobre América que fue transculturada a favor de un proceso criollo de autoinvención: “La estetizada América virgen de Humboldt brindó un punto de partida para la elaboración de prescripciones cívicas y morales para las nuevas

²¹⁰ Enrique Ayala Mora comp., *Simón Bolívar: Pensamiento fundamental* (Quito: Corporación Editora Nacional, 2006), 145.

²¹¹ *Ibid.*, 146.

²¹² Lubrich, “Fascinating Voids”, 154.

²¹³ *Ibid.*

²¹⁴ Pratt, *Ojos imperiales*, 315.

²¹⁵ *Ibid.*

repúblicas”.²¹⁶ Lo europeizante responde a la apropiación de miradas estéticas para sustentar sus fundamentos políticos e ideológicos.²¹⁷ La imagen del paisaje, metaforizada en lo literario, es a la vez una transmutación de la prosa y las ilustraciones de las obras de Humboldt, esa impresión total se convierte en la plataforma donde la ideología criolla construye su propia valoración del *nosotros*.

Todo el despliegue de discursos y representaciones que se desprendieron o sucedieron a la ascensión de Humboldt al Chimborazo, da cuenta no sólo de una hazaña olímpica si no también la creación de un sujeto y un objeto singular a partir de una serie de eventualizaciones que reiteran la fijación de un acontecimiento (la ascensión al Chimborazo). Todas estas representaciones externas al discurso de Humboldt, a pesar de no ser del todo controlado por él, lo posicionó, como tanto se ha resaltado, de forma intensa en los círculos científicos, intelectuales y culturales, aspecto que irradió incluso a los círculos británicos,²¹⁸ espacios e instituciones que disputaban con la academia francesa las vanguardias intelectuales del siglo XVIII y XIX.

Retomando las apreciaciones de Lubrich sobre el componente exógeno que enalteció la relación de Humboldt como un sujeto de hazañas de altura, se puede apreciar que hasta 1837 Humboldt tendía a obliterar todo tipo de vinculación o autorreferencia sobre su ascensión; tendencia que se mantuvo incluso en las obras colosales posteriores como fue el caso de los cuatro volúmenes de *Cosmos*. La ascensión y hasta la misma presencia del Chimborazo, a excepción de las ilustraciones, quedaron desplazadas a notas al pie de página: su ascensión nunca apareció como epicentro.²¹⁹ O como bien ha resaltado Renner (et. al.):

A diferencia de otros exploradores, que se entusiasmaron con la peculiar belleza de la vegetación del páramo [...], Humboldt nunca pareció haber disfrutado de los entornos de alta montaña. Los exploró por cuestiones científicas que estaban en juego, pero la impresión que le causaron no estuvo asociada positivamente con la vida, sino más bien con la supervivencia. Cuando, al final de sus días, en una conmovedora carta a su viejo compañero Aimé Bonpland, recordó los mejores momentos de su viaje, no hace ninguna mención sobre su célebre ascensión al Chimborazo, ni sobre la majestuosidad de los volcanes cubiertos de nieve. Además, en todas sus incursiones en el superpáramo, tan pronto como llegaba a zonas donde la vegetación se vuelve escasa y el sustrato mineral pasa a ser el rasgo dominante del paisaje, el diario de Humboldt revela que sólo tenía ojos para los fenómenos geológicos.²²⁰

²¹⁶ Ibid., 306.

²¹⁷ Ibid.

²¹⁸ Ver Capítulo tercero.

²¹⁹ Lubrich, “Fascinating Voids”, 157.

²²⁰ Renner et. al, “«My Reputation is at Stake»”, 108.

Siguiendo las apreciaciones de Lubrich, la experiencia de Humboldt en la montaña y su posterior proyección estética no puede rendirse a la celebración de quien asciende a una montaña, es más bien la configuración de un discurso en el señalamiento sutil y constante de su propio fracaso.²²¹ Un fracaso que dio paso a la formulación, según Lubrich, de una propuesta original de modos de percepción estética y reflexión filosófica, donde el más notable es su perfil de la montaña.

Sin embargo, en un esfuerzo por vincular los textos de Nieto y Lubrich, la formulación de esta propuesta original participa de un sentido que no puede aludir solamente a lo estético y filosófico. Establecer una conformación monolítica que compagine o reduzca la propuesta humboldtiana, no es una operación que pueda dar un panorama explicativo a las distintas contradicciones y discusiones que suscitan alrededor de una imagen y un evento que tiene de por medio al Chimborazo, sino aristas que se dirigen a distintos y diversos puntos de reflexión. Uno de ellos, que será tratado a lo largo de este capítulo, es la configuración de la estela humboldtiana de la que fueron partícipes viajeros científicos europeos, y que produjeron sus textos en la década de 1830. Estos viajeros no siguieron específicamente una estela del paradigma estético y filosófico de Humboldt, sino que, además del campo de las discusiones científicas, se situaron en el rastro de ese carácter constitutivo de la hazaña de la que Humboldt prefirió no hablar durante varias décadas. Es ahí donde se puede establecer la propuesta de la ascensión en tanto evento, es decir, en la construcción constante de la novedad, y en cómo se constituye el sujeto o su imagen notable en base a las prácticas de esa construcción.

3. La ascensión como evento: los sujetos humboldtianos del Chimborazo

Para hablar del acontecimiento, Gilles Deleuze, al ponderar las apreciaciones de Leibniz y Alfred Whitehead, hace uso de los términos caos y criba para dar sentido a los que serían los componentes mismos del acontecimiento: extensión, sus propiedades intrínsecas, y el sujeto o individuo. Como el caos, la extensión es un todo y participa de la disposición de sus partes: “Un universal aturdimiento, el conjunto de todas las percepciones posibles como otros tantos infinitesimales o infinitamente pequeños”.²²² Como toda percepción, la presencia básica referencial responde a la capacidad de la abstracción; de manera que Deleuze utiliza el término *psiquis* (psíquico). Lo que

²²¹ Ibid.; Lubrich, “Vacíos fascinantes”, 105.

²²² Gilles Deleuze, *El pliegue* (Barcelona: Paidós, 1989), 102.

evidencia la percepción comprende la constitución de coordenadas abstractas: propiedades intrínsecas como “altura, intensidad, timbre de un sonido, o tinte, valor, saturación de color”.²²³ Estas propiedades instauran series nuevas en medio de la extensión constituyendo una conjunción: “La materia, o lo que ocupa el espacio y el tiempo, presenta esas características que determinan cada vez su textura, en función de los diferentes materiales que forman parte de ella. Ya no son extensiones, sino [...] intenciones, intensidades, grados”,²²⁴ lo cual hace aparición con el pronombre demostrativo. La criba, por lo tanto, es ese componente demostrativo-selectivo de las partes que ha cribado. Finalmente, la constitución de un acontecimiento se sustenta en la figura del individuo:

El individuo es una ‘concrecencia’ de elementos. Una concrecencia es algo distinto que una conexión o una conjunción, es una prehensión: un elemento es el dato, el ‘datum’ para otro elemento que lo prehende. La prehensión es la unidad individual. Cualquier cosa prehende sus antecedentes y sus concomitantes y, por contigüidad, prehende un mundo. El ojo es una prehensión de la luz. Los vivientes prehenden el agua, la tierra, el carbono y las sales. El vector de prehensión va del mundo al sujeto, del dato prehendido al prehendiente [...].²²⁵

El individuo expresa la inmediatez o novedad del dato. El dato existe por el nexo de prehensiones, ya que el acontecimiento toma su cuerpo únicamente en una cadena de prehensión de prehensiones.²²⁶ El componente público es la objetivación de ese nexo, mientras que la subjetivación “es la manera de expresarse el dato en el sujeto, o la manera en que el sujeto prehende activamente el dato”.²²⁷ La subjetividad es lo que “asegura el paso de un dato a otro en una prehensión, o de una prehensión a otra en un devenir, y sitúa el pasado en un presente preñado de futuro”.²²⁸ El acontecimiento es inseparable de la objetivación y la subjetivación, es potencial y actual, y su devenir es un devenir de la novedad. Así, la tríada indefinido-demostrativo-individual, es lo que hace posible el acontecimiento.

Para Michel Foucault, la singularidad es el componente básico del acontecimiento, y responde a la contraposición de las estructuras (económicas,

²²³ Ibid., 103.

²²⁴ Ibid.

²²⁵ Ibid.

²²⁶ Este aspecto podría sonar redundante, sin embargo, para que pueda suscitarse una cadena de aprehensiones es necesaria la presencia de la aprehensión como un suceso primario y fundamental para la sucesión de prehensiones.

²²⁷ Ibid., 104.

²²⁸ Ibid.

antropológicas, etc.) que se extienden sobre una larga temporalidad.²²⁹ El acontecimiento, avanza en una dirección paradójica, es un materialismo incorporeal: al pertenecer al discurso no pertenece al orden de los cuerpos y sin embargo “es al nivel de la materialidad que cobra siempre efecto y, como es efecto, tiene su sitio, y consiste en la relación, la coexistencia, la dispersión, la intersección, la acumulación, la selección de elementos materiales”,²³⁰ de modo que no podría corresponder al acto ni a la propiedad de un cuerpo ya que “se produce como efecto de y en una dispersión material”.²³¹

Este despliegue o producción de la denotación de las singularidades tiene un procedimiento de análisis cuyo método es nombrado por Foucault como *eventualización*, la cual responde a una categoría de comprensión que consiste “en encontrar conexiones, los encuentros, los apoyos, los bloques, las relaciones de fuerza, las estrategias, etc., que en un determinado momento funcionará como evidencia, universalidad, necesidad”.²³² A esto se añade la noción de serie, a raíz de la cual se denotan las regularidades, las dependencias, discontinuidades y transformaciones. Más que hallar eventos, se trata de efectuar eventualizaciones, “instituir cortes para identificar un proceso y visualizar su historicidad”.²³³ La mirada sobre el acontecimiento y la *eventualización* permite observar la manera cómo las prácticas constituyen al sujeto “en la inmanencia de un dominio del saber”.²³⁴

Es comúnmente aceptado que la ascensión al Mont Blanc en 1786 inaugura la obsesión de quién es o fue el primero en ascender y conquistar una cima.²³⁵ Sin embargo, el caso de la ascensión al volcán Corazón, al que los académicos franceses determinaron una altura de 4818 m., parece inaugurar esa fijación sobre la mayor altura alcanzada, aspecto que la vincula además con las proezas científicas. Ernesto Capello, al develar las ansiedades sobre si aquello se constituía o debía constituir lo que era una montaña, teniendo como referencia a los Alpes (en el caso de La Condamine y Bouguer en los

²²⁹ Michel Foucault, *El orden del discurso* (Buenos Aires: Tusquets Editores, 1991), 34.

²³⁰ *Ibid.*, 36.

²³¹ *Ibid.*

²³² *Ibid.*, *La imposible prisión: debate con Michel Foucault*, trad. Joaquín Jordá (Barcelona: Anagrama, 1982): 61.

²³³ Francisco Ortega, “Acontecimiento y eventualización: debates historiográficos”, en *Historia cultural desde Colombia: Categoría y Debates*, ed. Max Hering y Amanda Pérez (Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 2012), 469.

²³⁴ *Ibid.*

²³⁵ Peter Hansen, *The Summits of Modern Man: Mountaineering after the Enlightenment* (Cambridge: Harvard University Press, 2013); Georges Sonnier, *La montaña y el hombre* (Barcelona: Editorial RM, 1977); Juan José Zorrilla, *Enciclopedia de la montaña* (Madrid: Ediciones Desnivel, 2000); Lorus Milne & Margery Milne, *The Mountains* (New York: Time Incorporated, 1962); entre otros.

Andes), ha remarcado el gesto narcisista de autoengrandecimiento que han implicado las travesías de las cordilleras por parte de estos geodésicos, sobre todo para el caso de La Condamine.²³⁶

Sin embargo, con respecto a las autorreferencias de la ascensión al Chimborazo, a diferencia de La Condamine y la conquista del Mont Blanc, Humboldt hace la primera mención sobre su ascensión en la novena ilustración (*Viaje a la cima del Chimborazo el 23 de junio de 1802 por Alexandre de Humboldt, Aimé Bonpland y Carlos Montúfar*) del *Atlas géographique et physique des régions équinoxiales du Nouveau Continent* (1824).²³⁷ Pero muy a pesar del título, la experiencia de la ascensión está ausente. La aparición del texto de la experiencia de ascensión no tiene un lugar claro en Humboldt sino hasta 35 años más tarde de su intento de 1802.

Publicado tras el relato de Jean-Baptiste Boussingault²³⁸ sobre su también intento de ascensión a la misma montaña en 1831, y cuya relación apareció en 1835, Humboldt expone dos versiones en publicaciones periódicas y de colecciones poco específicas.²³⁹ Para Lubrich “El ascenso del Chimborazo queda así degradado en relación con sus demás relatos de viaje”.²⁴⁰ Sin embargo, Lubrich apuesta por desplegar no sólo una crítica a la insistencia de situar la hazaña de Humboldt como un aspecto que el mismo Humboldt habría elaborado a partir de su intento de ascensión al Chimborazo, sino de ubicarlo como

²³⁶ Capello, “Transcending the Alps”, 115.

²³⁷ Alexandre de Humboldt, *Atlas géographique et physique des régions équinoxiales du Nouveau Continent* (París: Gide, 1814).

²³⁸ Jean-Baptiste Boussingault (1802-1887), fue un químico y explorador francés. Es principalmente conocido por haber ayudado a identificar el esquema básico del ciclo biológico del nitrógeno. Se desempeñó como profesor de química en la Universidad de Lyon y como profesor de agroquímica en el Conservatorio de Artes de París. Antonio Zea, embajador de la Unión Colombiana en Europa, además del reconocimiento del nuevo Estado y de buscar ayuda financiera para la compra de armamento bélico, tuvo la misión de conformar un grupo de científicos que tuvieran, entre otros aspectos, la búsqueda de recursos naturales así como la consolidación de un establecimiento científico en la capital. El peruano Mariano Eduardo de Rivero y J. Boussingault fueron recomendados directamente por Humboldt, viajando al nuevo mundo en 1822. A pesar de que la misión no tuvo ni la duración ni el éxito que se esperaba, al menos para los intereses de la Unión Colombiana, Boussingault permaneció 10 años en Sudamérica. Ver Jean-Baptiste Boussingault, *Memorias*. Tomo 1 (Bogotá: Banco de la República, 1985); Frederick McCosh, *Boussingault Chemist and Agriculturist* (Boston: Dordrecht, 1984); Leoncio López-Ocón, “Los primeros pasos de una ciencia republicana emancipatoria en la América andina”, *Historia de la Educación* 29 (julio, 2010): 57-75, <https://revistas.usal.es/tres/index.php/0212-0267/article/view/8158>; Carlos Chardon, *Boussingault. Juicio crítico del eminente agrónomo del siglo XIX: Su viaje a la Gran Colombia y sus relaciones con el libertador y Manuelita Sáez* (Ciudad Trujillo: Montalvo, 1953).

²³⁹ Alexander von Humboldt, “Ueber zwei Versuche den Chimborazo zu besteigen”, in *Jahrbuch für 1837*, ed. H. C. Schumacher (Stuttgart: J. G. Cotta’s der Berlag, 1837), 176-206; Alexander von Humboldt, *Kleinere Schriften* (Stuttgart: J. G. Cotta’s der Berlag, 1853); Lubrich, “Vacíos fascinantes”, 110.

²⁴⁰ *Ibid.*

una pieza importante en el marco de la mirada imperial. Su crítica es, por lo tanto, una crítica a la lectura poscolonial que se ha realizado sobre Humboldt:

El ascenso del Chimborazo habría sido, en un plano ideal, lo apropiado para adoptar la forma tradicional de la literatura de viajes. Habría cubierto las expectativas de aquellos lectores que demandaban una historia dramática que hiciera recuento de peligros vencidos con heroicidad, que presentara vistas imponentes y concluyera con una visión panorámica desde el punto más alto de la tierra. Desde una perspectiva poscolonial, tal celebración eurocéntrica del sujeto imperial, que evalúa la naturaleza americana desde una perspectiva central y de ese modo exhibe una pretensión discursiva de apropiación, habría merecido una justa crítica como narración de una conquista. Pero Humboldt rechaza ese formato convencional. Su proyecto no es una conquista, ni siquiera una científica. Nada sería más absurdo que imaginar a Humboldt plantar la bandera prusiana en el monte Chimborazo.²⁴¹

La tesis de Lubrich con respecto a Humboldt defiende el gozo estético frente a cualquier intencionalidad de conquista o empresa heroica. La nimiedad que sitúa en Humboldt con sus evasiones se abre ante la posibilidad de la experiencia estética, la cual “tuvo lugar cuando Humboldt admitió y aceptó el hecho de que su objetivo había fracasado”.²⁴² Su relato no contiene expresiones heroicas, sino padecidas; tampoco mantiene por igual la apreciación del paisaje natural en los mismos términos *en* la montaña (terreno inhóspito y lúgubre) que *lejos* de la montaña (como escenario magnífico en donde se aprecia toda su materialidad).²⁴³ Las evasiones de Humboldt, presentes incluso en su diario (conservado en el Palacio Tegel y con reproducciones en el Centro de Investigaciones Alexander von Humboldt, Berlín), como lo demuestra Lubrich, corta la narración sobre el ascenso y continúa después con el análisis de muestras e interacciones culturales, además de que señala haber subido más de lo que esperaba subir.

Humboldt no participa de la común narrativa de la literatura de viajes y dejó, desde su diario, un vacío que permitió la consolidación de un relato legendario jamás escrito por él. A diferencia de Carlos Montúfar, que en su diario dedica tres páginas a la ascensión con una secuencia cronológica hasta el encuentro con una profunda quebrada que no los deja pasar, la actitud de Humboldt queda inmersa en el desconcierto: “muchos autores suplieron y complementaron lo que Humboldt dejó sin contar, dejando, a su vez, las

²⁴¹ *Ibíd.*, 113.

²⁴² Lubrich, “Vacíos fascinantes”, 114.

²⁴³ Como montañista, y muchos guías de montaña pueden corroborarlo, estar en el Chimborazo no representa una experiencia de gozo. Muchos notan el aire pesado y turbio que parece expresar esta montaña. Humboldt menciona que ni siquiera el Cóndor aparece en sus cielos, y particularmente, a lo largo de casi 20 años de ascensiones, jamás he visto uno (lo que sí sucede en montañas como Antisana, Cayambe y Cotopaxi). Si bien la cumbre, como toda cima, tiene un carácter distinto, la verdadera impresión de esta montaña está en observarla a la distancia.

puertas abiertas a varias interpretaciones. Estos autores reemplazaron y reconfiguraron sus largamente esperados pero decepcionantes relatos con el fin de restablecer la historia heroica que el propio Humboldt les había negado”.²⁴⁴ De manera que aquellos que veneran su aventura exitosa o la deficiencia de dicha empresa, “parecen asumir que Humboldt ha escrito precisamente ‘uno de esos libros de aventuras’ [...]. Los que enfatizan las fallas de Humboldt, se aproximan mucho más, sin saberlo, a su propia deflación humorística”.²⁴⁵ Al parecer, lo que esos datos y fijaciones demuestran sobre las ascensiones está enmarcado en la inexistencia de un sujeto fundador: Humboldt no sería, ni habría querido ser el primero en llegar a lo más alto, y sin embargo todo lo que extendieron las prácticas discursivas y pictóricas habrían decantado en crear a un sujeto concordante con ese relato.

Pimentel ha argumentado sobre la imagen de Humboldt trabajada por Lubrich como la de una imagen posmoderna del naturalista prusiano.²⁴⁶ La imagen del Chimborazo ha servido para la exposición de las distintas facetas de Humboldt, ya sea en términos modernos, coloniales y los sucesivos prefijos *post*,²⁴⁷ donde se acomodan las cargas simbólicas y sus lecturas posibles. Su aparente desprecio por la gloria mundana es parte de la fabricación de su propia figura. Otorgó al Chimborazo “un lugar estratégico en sus páginas sobre la distribución y disposición global de las Cordilleras, la geología y la historia de la tierra”,²⁴⁸ una estrategia que logró la extrapolación de los espacios de experimentación como lugares de magia.²⁴⁹ Precisamente, la ciencia del Romanticismo, a diferencia de la revolución científica de finales del siglo XVII, no se limitó al latín ni a los círculos elitistas y especializados, buscaba la conformación de un gran público al cual educar y comunicar.²⁵⁰

Los experimentos científicos, con todo un abanico de instrumentos que amplificaban los sentidos, eran expuestos en escenarios que se asemejaban en su lógica a los teatros, de manera que maravillaban al público como si fueran objetos de magia, dentro de un encuadre interactivo donde seducción, pasión y ciencia se identificaba con la búsqueda del saber y del conocimiento. Como lo que acontece en los actos de experimentación, Humboldt tuvo que sacrificar el “yo” por el plural colectivo del

²⁴⁴ Lubrich, “Vacíos fascinantes”, 120.

²⁴⁵ *Ibid.*, 123.

²⁴⁶ Pimentel, “Humboldt’s Magic Mountain”, 169.

²⁴⁷ *Ibid.*, 170.

²⁴⁸ *Ibid.*, 177.

²⁴⁹ *Ibid.*, 185.

²⁵⁰ Holmes, “La edad de los prodigios”, 16.

“nosotros”, “el cuerpo como fuente de contaminación, dolor, falsas sensaciones o errores”, surgiendo así el acto de magia en su acción de aparecer y desaparecer:

Al mismo tiempo, hay que evitar explicaciones más detalladas y trivialidades. [...] El cuerpo del viajero debe ser eliminado para darle a la imagen de Chimborazo y su ciencia el aura atemporal, impersonal e incorpórea de los hechos y teorías científicas. [...] Su voz ya no es la dramática primera persona sino la del narrador omnisciente que logra convencer al lector de que su voz es neutral. La experiencia corporal se desvanece. Como por arte de magia, su cuerpo se ha vaporizado en el aire. Lo sublime aterrador, donde se encuentran el dolor y el terror, se ha convertido en lo sublime noble con su grandioso espectáculo de la naturaleza y la universalidad de su ciencia. Es el dispositivo necesario para convertir sus propias observaciones particulares en “vínculos eternos”, para convertir su Chimborazo en el Chimborazo mismo.²⁵¹

La cuestión del viaje como aventura del conocimiento también encuentra un giro en la propuesta de Pimentel. El viaje real de Humboldt debía construirse en la paradoja del estudio: no es en el contacto ni en la experiencia del cuerpo que se accede al conocimiento verdadero del orden natural. La distancia, el no estar en el lugar, “no ver, no oír, no tocar”,²⁵² hace que el triunfo de las imágenes del Chimborazo no se localice en el Chimborazo real sufrido por el sabio prusiano. Aunque “en este sentido también era un codicioso, un naturalista viajero que quería encarnar ambos perfiles al mismo tiempo, que encontraba cosas y también se distanciaba de ellas”.²⁵³ Al desprenderse de las glorias mundanas, Humboldt adquiriría un estatus distinto. Ya no se localizaba en el centro de la misma aventura, sino que la contemplación de su figura era la contemplación de un santo de las letras, cuya presencia tácita se ubicaba de forma transversal en el modelo reducido de la naturaleza.

Giorgio Agamben, en una indagación reflexiva sobre la aventura, cita una parte de *Poesía y verdad* de Goethe en donde se exhibe la presencia del *Daimon*, ente divino que asigna y define la naturaleza a la que cada hombre está destinado a portar, como una entidad que bien podría vincularse con la idea romántica de lo natural como un ente lleno de misterios, maravillas y terror:

Él creía descubrir en la naturaleza viva o muerta, animada, algo que sólo se manifestaba en contradicciones y no podía entenderse bajo ningún concepto y mucho menos con una palabra. No era divino, porque parecía irracional; no era humano, porque estaba privado de inteligencia; no era diabólico porque era benéfico; no era angélico porque muchas veces revelaba algo maligno. [...] se parecía a la providencia porque aludía a cierta conexión. Todo lo que nos limita parecería estar penetrado por él; parecía gobernar a su

²⁵¹ Pimentel, “Humboldt’s Magic Mountain”, 185.

²⁵² *Ibíd.*

²⁵³ *Ibíd.*

arbitrio los elementos necesarios de nuestra existencia, abreviaba el tiempo y agrandaba el espacio. Sólo parecía complacerse en lo imposible y rechazaba con desprecio lo posible.²⁵⁴

El *Daimon*, que es caracterizado por Goethe desde *La Metamorfosis de las plantas* como el nexo develador entre vida y obra, abre en la cita expuesta esa presencia mística que es identificable en la elaboración del sujeto humboldtiano que permanece tácito en el perfil transversal del Chimborazo. La aventura, siguiendo a Agamben, tiene una estrecha vinculación entre el evento (lo que sucede), el sujeto (a quien le sucede) y el lenguaje (la expresión por medio de la cual tiene lugar esa relación entre el evento y el sujeto). La aventura, designada entre el azar y el destino (*Daimon*), se plantea como lo inescindible entre palabra y cosa, evento y narración, en la que una determinada experiencia del ser puede expresarse únicamente como la designación de lo maravilloso o misterioso que le sucede a un individuo. La aventura en tanto evento (aventura-evento), “es un evento del lenguaje”, permanece “indisociable de la palabra que la dice”.²⁵⁵

En los términos ontológicos propuesto por Agamben, el ser que sucede en el evento, la aventura sucediendo, le acontece al sujeto con relación al lenguaje, “se define con respecto a una estancia de enunciación, es siempre un decible que, como tal, exige ser dicho”: “Por ello, aquel que está implicado en el evento-aventura se implica y se convoca en tanto ser hablante y [...] debe narrar su propia aventura. La aventura que lo ha llamado a la palabra que se refiere a la palabra del que ha sido llamado y no existe antes de ella”.²⁵⁶ El evento y la narración suceden simultáneamente en la constitución de la aventura, y en esa constitución se exige además “un sujeto en el que ocurrir y del que debe decirse”.²⁵⁷

La aventura, en tanto evento, constituye un espacio, un “aquí” en el cual suceder. Sin embargo, ni el “aquí”, ni el sujeto preexisten a la aventura. La aventura no implica una dependencia directa con respecto al sujeto, es “casi como si la aventura misma fuera la que se subjetivara, ya que sucederle a alguien y en un lugar determinado es una parte constitutiva de ella”.²⁵⁸ Por lo tanto, la aventura no depende del sujeto para existir, es la aventura la que da forma al sujeto. A parte de esto, el azar se posiciona como otro de los componentes que delinear la presencia del sujeto en la aventura. Su adhesión no se basa

²⁵⁴ Agamben, *La aventura*, 9.

²⁵⁵ Ibid., 17-32

²⁵⁶ Ibid., 49-50.

²⁵⁷ Ibid., 55.

²⁵⁸ Ibid.

en la libre elección del individuo, “no se trata de un problema de libertad. Querer el evento significa simplemente sentirlo como propio, aventurarse, ponerse en juego en él por completo, pero sin necesidad de algo así como una decisión”; sólo de esa manera, menciona Agamben, “el evento que en sí mismo no depende de nosotros se vuelve una aventura, se vuelve nuestro o —más bien debería decirse— nosotros nos volvemos suyos”.²⁵⁹

Si bien Agamben aplica la aventura a la interpretación de poemas caballerescos, la relación de Humboldt con el Chimborazo está rodeada de estos elementos. Al tomar en cuenta al lenguaje como un componente inherente de la imagen, no sólo por sus propiedades comunicativas sino por el manejo mismo del pensamiento que una imagen contiene, la evocación del perfil transversal en tanto imagen, en tanto lenguaje y pensamiento, crea al sujeto humboldtiano, un sujeto que sobrepasa a la individualidad de Humboldt. La elaboración del perfil transversal del Chimborazo subjetiviza al espacio de la montaña, gesto que a su vez subjetiviza y posibilita la existencia del yo humboldtiano. De igual forma, la cuestión del azar no respondería tanto al proceso accidental en términos peyorativos.

Como estandarte de la ciencia del Romanticismo, y en conjugación con la aventura, todos los elementos presentes en Humboldt apuntan a posicionarlo, en su relación con el Chimborazo, como un producto vivo del romanticismo. La figura solitaria del genio, la presencia del azar en su viaje, la constitución de la aventura que se abigarra en su elaboración del perfil transversal de Chimborazo, la insistencia de lo estético, hacen de su figura un elemento de la ciencia romántica por excelencia. Esto no quita los silencios y obliteraciones de Humboldt con respeto a la ciencia hispánica, ni las usurpaciones de ideas que habría cometido, pero tampoco se puede recaer en la presencia omnipresente y monolítica de la consciencia y del sujeto como eje central de los procesos históricos,²⁶⁰ de manera que observar al sujeto como una creación de las circunstancias o de la convergencia del lenguaje y el evento, la imagen y la recepción, ponen en juego instancias de la realidad que no se reducen al sujeto y sus acciones deliberadas. El Chimborazo y la ciencia humboldtiana van más allá de la figura del individuo.

Retomando la cuestión de la imagen en la constitución de la aventura en la ciencia Humboldtiana, vale recordar que tres décadas más tarde del intento de ascensión de Humboldt, la aventura toma cuerpo en el espacio del relato. Al otorgar en palabras lo que

²⁵⁹ *Ibíd.*, 51.

²⁶⁰ Michel Foucault, *La arqueología del saber* (Ciudad de México: Siglo XXI, 2010), 23-4.

fue el intento de ascensión al Chimborazo, el locus enunciativo de Humboldt se sitúa en la persistencia de exponer los términos mundanos de la aventura, si bien lejos de sus grandes obras.

Hay que acotar que el relato de Humboldt surge también como un eco del intento de ascensión a la montaña por parte de Jean-Baptiste Boussingault y Francis Hall, donde se ajustó, además, un nuevo récord de altura. Con respecto a ese evento, fue poco lo que Boussingault y Francis Hall sabían de las particularidades de la ascensión de Humboldt. Estos exploradores seguían al sujeto tácito que surgió en las elaboraciones de las imágenes del Chimborazo de la ciencia humboldtiana. Lo que se creó en el perfil transversal de los Andes, irradió a estos exploradores: ellos y sus relatos equivalen a los ecos de la aventura andina representada por la imagen humboldtiana del Chimborazo. A pesar de ello, si bien los exploradores siguieron las huellas de esa estela, no responden a un eco fiel de la ciencia humboldtiana. La insistencia por la fijación estética empieza a mermar, su brillo es reemplazado por el campo de las verdades científicas, y las impresiones por el escenario experimentado (mundano) de la alta montaña se presentan con intensidad. Además, los relatos e indagaciones en el terreno por parte de estos exploradores empiezan a rivalizar con la ciencia de Humboldt, ya sea en cuanto a datos errados efectuados por el sabio prusiano, o bien para suspender la importancia que había adquirido su figura como ascensionista. Precisamente, los relatos de estos viajeros y sobre todo, como se analizará en el segundo capítulo, desplazan o anulan a la figura de Humboldt en términos de un sujeto montañista o alpinista. Para poder profundizar en ese plano, sería importante plantear un giro cronológico y empezar por el relato de Humboldt, para posteriormente abordar los relatos de los exploradores que lo subsiguieron.

3.1. Frente al “simple relato de una excursión montañosa”

Después de disfrutar durante varios días el domo de la cumbre de la montaña, “con el clima más sereno que favorecían las mediciones trigonométricas”, Humboldt menciona haber “descubierto” varias crestas sin vegetación “que emergían de la nieve perpetua, dirigiéndose hacia la cumbre, como estrechas franjas negras” que daban “la esperanza que sobre ellas se pudiera poner pie sobre la zona nevada”. Para el 22 de junio de 1802 inicia, junto a Carlos Montúfar, Aimé Bonpland, y un grupo de porteadores locales, su

expedición al Chimborazo. Esa noche pernoctan en un asentamiento indígena para al día siguiente comenzar “la expedición propiamente dicha”²⁶¹.

La narración continúa puntualizando algunas comparaciones y datos botánicos, climáticos y geográficos sobre otras regiones que Humboldt ha visitado, así como la referencia de la altura que poco a poco va ganando en el coloso andino. Llegando a los límites de la nieve perpetua, emprende un sendero “cada vez más estrecho y empinado”, donde los indígenas, “menos uno”, terminan por abandonarlos a una altura de 5070 metros: “Todas las súplicas y las amenazas fueron en vano. Los indios hacían pretensión de sufrir más de la falta de respiración que nosotros”. De manera que, menciona Humboldt: “Nos quedamos solos: Bonpland, nuestro amable amigo —en referencia al indígena—, Carlos Montúfar, que fue fusilado [...] en la posterior lucha por la libertad; un mestizo cercano al pueblo del San Juan y yo”. El relato toma de aquí en adelante el tono más altivo de la aventura con frases como: “una herida en el pie”, “sangrábamos de las encías y los labios”, “el aire, a pesar de la altura, estaba totalmente saturado de humedad”, “las rocas en la cuchilla [...] eran como roca viva”, “avanzábamos lentamente por tener que probar los sitios que parecían inseguros”, “el impulso de vomitar estaba unido al vértigo y era mucho más desagradable que la dificultad de respirar”. El terreno era tan inclemente que en ciertas secciones la roca se desprendía y desmenuzaba, y con tal inclinación que se vieron obligados a usar manos y pies. La progresión era lo más cautelosa posible, “afortunadamente”, menciona Humboldt, “nuestro intento de subir hasta la cima del Chimborazo había estado reservado para nuestra última empresa en las montañas de Sudamérica, de tal modo que habíamos adquirido más experiencia y conocíamos hasta dónde podíamos confiar en nuestras fuerzas”²⁶².

Humboldt plantea una cuestión común a los expedicionarios europeos en tierras andinas, en que más allá de la línea de la nieve perpetua los europeos siempre se quedaban sin guías, “justo en el punto donde la ayuda se hace más necesaria a nuestra completa ignorancia del terreno”. La ascensión estaba intercalada con mediciones barométricas, estudios de electricidad, apreciaciones fisiológicas de esfuerzo y exposición a la rarefacción de la atmósfera. Después de un instante de claridad en que la cima de la montaña pudo ser avistada, la ascensión tuvo que ser interrumpida debido a un “valle

²⁶¹ Alexander von Humboldt, “Sobre un intento de escalar el Chimborazo”, *Alexander von Humboldt, Diarios de viaje en la Audiencia de Quito*, ed. Segundo Moreno y Christiana Borchart (Quito: Oxy Exploration and Production Company, 2005), 299.

²⁶² *Ibid.*, 301-2.

quebrado de unos 130 metros de profundidad y 20 metros de diámetro”. En ese lugar Humboldt realizó la medición barométrica la cual dice haber dado una altura de 5878 m. El descenso no fue menos penoso, con el tiempo oscureciendo más y más; tanto Humboldt como Bonpland fueron recolectando fragmentos de rocas para su posterior estudio geológico, así como muestras de vegetación e insectos. Finalmente se encontraron con los indígenas portadores y regresaron a la comodidad de lo conocido. Ya instalado en la nueva Riobamba, el Chimborazo apareció despejado “en su tranquila magnitud y grandeza, que representa el carácter de la naturaleza tropical”²⁶³.

Para Humboldt, el intento de ascensión de Jean-Baptiste Boussingault al Chimborazo en diciembre de 1831 conmemora dos aspectos. Primeramente el punto más alto al que ha llegado el ser humano en los continentes donde se encuentran las mayores elevaciones del planeta (Asia y América), y una suerte de nostalgia por la pericia física como un componente importante de la actividad científica: “Mientras ahora ya no se presta un interés serio, científico a los esfuerzos físicos de los viajeros, quienes intentan escalar las cumbres más altas de la tierra, en la opinión general, en cambio, se ha mantenido un vivo interés en semejantes empeños”.²⁶⁴

La retórica de Humboldt en su texto *Sobre un intento de escalar la cumbre del Chimborazo* podría interpretarse como producto de una coyuntura de aire nostálgico al interior del círculo científico francés de la década 1830. Una nostalgia marcada por una actividad que ya no encuentra el dinamismo del trabajo de campo en las alturas, y que poco a poco se ha ido divisando una corriente más ligada al turismo que a la ciencia. Boussingault, de hecho, manifiesta su evidente molestia ante esa nueva corriente que en pocas décadas se convertiría en la actitud dominante en los Alpes, sobre todo por parte de la clase media y media-alta inglesa. Lo expuesto por Humboldt y Boussingault, sin embargo, será suspendido a finales del siglo XIX precisamente en términos de alpinismo, cuando el alpinista británico Edward Whymper, como se analiza en el segundo capítulo de esta tesis, generó una fuerte y sustentada crítica en contra de esos relatos, al punto de ridiculizar las ascensiones de los dos viajeros y colocando en tela de juicio la altura a la que dijeron haber alcanzado.

Retomando el discurso humboldtiano, éste marca una modestia, o falsa modestia, del “simple relato de una excursión montañosa”, vinculada con la ya entonces retórica

²⁶³ Ibid., 303-5.

²⁶⁴ Ibid., 298.

clásica de Petrarca,²⁶⁵ donde el sujeto se encuentra ante la revelación de significaciones trascendentales. No en vano, Humboldt expresó el recuerdo en términos de objeto de deseo: “Lo que parece inalcanzable tiene una atracción misteriosa; se desea que todo sea divisado, que al menos se intente lo que no se puede alcanzar. El Chimborazo ha sido el objeto cansino de todas las preguntas que me dirigieron después de mi primer retorno a Europa”. Esta cita, que ha sido ampliamente utilizada en los estudios sobre Humboldt,²⁶⁶ acontecen deseo y claridad entretreídos en el discurso como un estatuto indivisible: a pesar de que existe la presuposición de lo que no se puede alcanzar, hay de por medio *algo más* que está en juego.

¿Se podría mencionar que ese *algo más* responde a la inquietud del sujeto por los modelos estéticos que pretende entretrejer con la ciencia?, ¿o ese *algo más* se escapa hacia otras significaciones que hacen eco a la figura del explorador científico que, a través de una arquitectura simbólica, pretende sustentar la verdad científica a la par de su figura de autoridad enunciativa? Ambas preguntas no se reducen estrictamente al caso de Humboldt, como ya se ha demostrado, pero sí podría leerse en la retórica de sus pares académicos, como es el caso de Jean-Baptiste Boussingault.

Con el nombre de *Ascension au Chimborazo, exécutée le 16 décembre, 1831, par M. Boussingault*,²⁶⁷ el explorador francés establece una reseña de su ascensión al igual que las conclusiones geológicas que pudo apreciar en la montaña, ponderando con otras realizadas en varios puntos de los demás volcanes de la Sierra. Lo interesante de su aventura es la manera en que registra el acontecimiento de la ascensión como un aspecto indisociable de la actividad científica. La aventura de las grandes elevaciones, en este

²⁶⁵ “Impulsado tan sólo por el deseo de un lugar célebre por su altura”, es el pórtico del texto *Subida al Monte Ventoso* de Francesco Petrarca (1304-1374), considerado como el precursor del Renacimiento italiano. Su narración sobre la ascensión al Monte Ventoso lo ubica como el primero de los “hombres modernos” debido al sentido humanista e individualista del relato. Si bien haya o no realmente ocurrido la ascensión, la alegoría de la cumbre aparece como un espacio que vincula a la montaña con la experiencia moral. Véase Francesco Petrarca, *Subida al Monte Ventoso* (Barcelona: Centellas, 2011), 35. Véase también Sean Ireton & Caroline Schaumann, “Introduction”, in *Heights of Reflection: Mountain in the German imagination from the Middle Ages to the Twenty-First Century*, ed. Sean Ireton y Caroline Schaumann (Rochester: Camden House, 2017): 6-7; Plácido de Prada, “Nota introductoria”, en Petrarca, *Subida al Monte Ventoso*, 11-3.

²⁶⁶ Por citar solo dos de los últimos trabajos, véase el epígrafe en Pimentel, “Humboldt’s Magic Mountain”, 169; y Segundo Moreno, *Humboldt y los Andes ecuatoriales: Estética y ciencia en las láminas referentes al Ecuador* (Quito: USFQ Press, 2022), 16.

²⁶⁷ Jean-Baptiste Boussingault, “Ascension au Chimborazo, exécutée le 16 décembre, 1831, par M. Boussingault”, *Annales de Chimie et de Physique* Tomo 58, ed. MM. Gay-Lussac et Arago (Paris: Chez Crochard, 1835): 150-80. Se ha tomado la traducción al español “Ascensión al Chimborazo, efectuada el 16 de diciembre de 1831”, de la relación que consta en Jean-Baptiste Boussingault, *Viajes científicos a los Andes ecuatoriales ó colección de memorias sobre física, química é historia natural de la Nueva Granada, Ecuador y Venezuela*, trad. Joaquín Acosta (París: Librería Castellana, 1849), 205-25.

sentido, es sólo aceptable si la exposición al terreno montañoso está justificada cuando se enmarca en el interés de la ciencia:

Manifiesto así las razones que me condujeron sobre el Chimborazo, porque repruebo las excursiones peligrosas á [sic] las montañas cuando no se emprenden en el interés de las ciencias. Así es que á pesar de las repetidas ascensiones al Monte Blanco que se han ejecutado desde el tiempo de Saussure, la que él hizo es la única importante, y ningún reconocimiento debemos á sus imitadores, puesto que no han hecho conocer nada que merezca los peligros de semejante viaje.²⁶⁸

A pesar de que Boussingault es un claro y fiel imitador de Horace-Bénédict de Saussure,²⁶⁹ el término *imitación* en su escritura es un término peyorativo para quienes emprenden la ascensión sin compaginarla con el estudio científico. Su claro posicionamiento va en contra de las repetidas ascensiones al Mont Blanc que sucedieron a la de Saussure después de 1787, y que para los años en que redacta esta relación de viaje, empezaban a ser más frecuentes y sin ningún interés científico de por medio, lo cual desencadenaría, a mediados del siglo XIX, el auge del alpinismo protagonizado principalmente por ingleses. Sin embargo, la alusión a Saussure por parte de Boussingault, no es fortuita. El peso de la campaña de ascensión al Mont Blanc fue un hito tanto para la ciencia como para el ascenso de montañas en Europa.

La obra *Voyages dans the Alpes* de Saussure, publicada en cuatro volúmenes desde 1779 hasta 1796, es un compendio de sus treinta años de estudio geológico y exploración en los Alpes, sobre todo en lo que fueron sus indagaciones a la región del Mont Blanc. La considerada, tradicionalmente, como mayor elevación de Europa, fue anhelada durante 26 años por Saussure, cuya posibilidad de llegar a la cumbre lo llevó incluso al ofrecimiento de una recompensa para quienes pudieran conquistarla. La cumbre fue alcanzada finalmente en 1786 por Michel Paccard y Jacques Balmat, siendo un año más tarde repetida por el mismo Saussure.²⁷⁰ La referencia a Saussure es bastante

²⁶⁸ Boussingault, *Viajes científicos*, 208.

²⁶⁹ Horace-Bénédict de Saussure (1740-1799) es considerado como uno de los iniciadores de la geología, meteorología y geografía física, así como el primer explorador sistemático de los Alpes. Fue el primer creador conocido del horno solar y considerado también como el principal mentor del montañismo tras la conquista del Mont Blanc en 1786. Véase A. P. Decandolle, “Biographical memoir of M. de Saussure”, *Philosophical Magazine Series 1*, n° 13 (1826): 96-102; Schaumann, *Peak Pursuits*, 91-115; René Sigríst, *Le capteur solaire de Horace-Bénédict de Saussure: Genèse d'une science empirique* (Genève: Passé-Présent, 1993); Peter Sonnier, *La montaña y el hombre* (Barcelona: Editorial RM, 1977); Albert Carozzi, *Horace-Bénédict de Saussure (1740-1799): Un pionner de sciences de la Terre* (Genève: Slatkine, 2005).

²⁷⁰ En Chamonix se encuentra, hoy en día, una estatua de Saussure al lado de J. Balmat, quién señala hacia la cumbre del Mont Blanc. El monumento se realizó en 1876 como una conmemoración de los 100 años del primer ascenso a la montaña.

más admirativa que la referencia que Boussingault hace de Humboldt, su predecesor inmediato, a quien menciona como “aquel intrépido viajero”.²⁷¹ Boussingault sigue al pie de la letra las recomendaciones de Saussure sobre la actividad del montañismo (como el acostumbrarse a los precipicios),²⁷² así como las apreciaciones sobre las afecciones del enrarecimiento del aire en el organismo.

En su texto, Humboldt también celebra a Saussure a quien incluso tuvo la oportunidad de conocer en 1795.²⁷³ La vinculación Humboldt-Saussure es trabajada por Pere Sunyer, quién además ha colocado a Humboldt como un continuador de las ideas de J. Rousseau, además de la influencia de Goethe y la *Natürphilosophen*. Para Sunyer, la curiosidad científica hizo posible el alpinismo, práctica que a la vez corrobora, verifica y amplía lo que se conoce en el campo de las ciencias geográficas, geológicas y vulcanológicas principalmente. A esto se añade el complemento de una manera particular de observar, concebir la montaña, inscrita en el pensamiento romántico. Siguiendo a Sunyer, la naturaleza se convierte en el centro de atención: “Frente a ella, el ser humano, incluidos ellos mismos como relatores, adquieren una dimensión nimia. No se trata ya de preservar la objetividad y el interés científico; se trata de la posición que el ser humano ocupa en su descripción”.²⁷⁴

Caroline Schaumann, por su parte, ha subrayado el legado de Saussure no sólo para Humboldt sino también para toda una clase media inglesa que volcó su mirada a las altas montañas. Los volúmenes de *Voyages* de Saussure intercalan mediciones y observaciones científicas con impresiones estéticas del paisaje y descripciones de los pueblos bucólicos y sus habitantes alpinos. Estas últimas, para Schaumann, son dilemas claves del turismo. A diferencia de Sunyer, Schaumann hace notar que Saussure defendió una vida alpina pura desde una posición de poder, llena de oportunidades y lujos culturales: “Saussure contribuyó así a dar forma a los relatos de viajes de Humboldt y de una generación de viajeros británicos que convirtieron los Alpes en un destino turístico para una clase media en ascenso”.²⁷⁵ Sobre la dupla Saussure-Goethe, vale recalcar que

²⁷¹ Boussingault, *Viajes científicos*, 210.

²⁷² “De modo que antes de continuar quisimos familiarizarnos con la vista del precipicio, precaución que tanto recomienda Saussure se tome cuando debe atravesarse un lugar peligroso, y no he olvidado jamás en mis expediciones arriesgadas sobre las cumbres de los Andes tan prudente precepto”. Boussingault, *Viajes científicos*, 213.

²⁷³ “El punto donde nos detuvimos [...] superaba en 1.100 metros la cima del Mont Blanc, donde el más sabio e intrépido de los viajeros, De Saussure, tuvo la osadía de llegar, luchando contra dificultades mayores a aquellas que nosotros tuvimos que vencer cerca de la cumbre del Chimborazo”.

²⁷⁴ Sunyer, “Humboldt en los Andes de Ecuador”, párr. 59.

²⁷⁵ Schaumann, *Peak Pursuits*, 94. El caso británico se abordará más adelante en el segundo capítulo.

el poeta solicitó reunirse con Saussure para instruirse de mejor manera antes de emprender su gira alpina en 1779.²⁷⁶

Ahora bien, a diferencia de la ascensión de Humboldt, Boussingault emprendió dos intentos por dos flancos distintos. En su relato establece dos modos de subir al Chimborazo desde Riobamba: uno de ellos, por el lado occidental de la montaña conocido como Gran Arenal, menciona que presenta una pendiente áspera, “y la nieve aparece rasgada por muchos picos de la roca traquítica”, el segundo de ellos es por Chillapullo, cercano a la localidad de Mocha, en el aspecto nor-noroccidental de la montaña, donde “el declive es menor pero la cuesta es más larga”.²⁷⁷ Acompañado por su amigo, el coronel Francis Hall,²⁷⁸ con quien realizó las expediciones al Cotopaxi y Antisana (y quien también escribió sobre su experiencia con Boussingault así como la misma ascensión al Chimborazo),²⁷⁹ realizaron el primer acercamiento por Chillapullo que resultó infructuoso, decidiendo después la ruta por el Gran Arenal, por donde habían deducido la línea que habría tomado Humboldt, sobre la cual fue imposible saber nada

²⁷⁶ *Ibid.*, 95.

²⁷⁷ Edward Whymper, según comenta, había pedido a un viejo Boussingault referencias más exactas sobre los posibles accesos a la cumbre de la montaña, ante lo cual el francés dijo no poder ya, a esa edad, recordar más allá de lo que ya había escrito.

²⁷⁸ De nacionalidad Británica, llegó a Sudamérica motivado por la causa independentista con una carta de recomendación para Simón Bolívar por parte del pensador británico Jeremy Bentham -fundador de la doctrina utilitarista y creador del sistema carcelario que llegó a conocerse como panóptico-. Participó, entre otras, en la Batalla de Pichincha, después de la cual se radicó en Quito. Su fidelidad hacia Bolívar lo hizo declararse enemigo público de Juan José Flores, ante lo cual se convirtió en uno de los fundadores de la sociedad *El Quiteño Libre* y el periódico del mismo nombre, donde se presentaron las opiniones opuestas al régimen floreano. Tras el intento sofocado de la toma del Cuartel de Quito, en apoyo a la Revolución de Pedro Mena y Vicente Rocafuerte en Guayaquil, Hall fue asesinado y su cuerpo exhibido en la plaza de San Francisco el 20 de octubre de 1833. Hall tuvo cierta fascinación por las observaciones científicas, algunas de las cuales fueron incluso publicadas en Inglaterra por el renombrado botánico inglés William Jackson Hooker. Entre otros, véase: Elisa Sevilla y Ana Sevilla, “Inserción y participación en las redes globales de producción de conocimiento: El caso del Ecuador del siglo XIX”, *Historia Crítica*, n.º 50 (2013): 79-103, doi:10.7440/histcrit50.2013.04; Theodora McKennan, “Bentham y los hombres de la independencia”, *Revista Colombiana de Educación*, n.º 29 (1994): s/p, doi: 10.17227/01203916.5365; Efrén Avilés, “Hall Crnel. Francisco”, *Enciclopedia del Ecuador, Personajes Históricos*, accedido el 11 de marzo de 2022, <http://www.encyclopediadelecuador.com/personajes-historicos/crnel-francisco-hall/>; Rodolfo Pérez, “Hall Francisco”, *Rodolfo Pérez Pimentel*, accedido el 11 de marzo de 2022, <https://rodolfoperezpimentel.com/hall-francisco/>. Sobre *El Quiteño Libre*, ver Roger Castro, “La idea de «República» en El Quiteño Libre (1833-1834)” (tesis de maestría, Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador, 2018), <https://repositorio.uasb.edu.ec/bitstream/10644/6656/1/T2883-MH-Castro-La%20idea.pdf>. A pesar de que éstos dos personajes no lograron una ascensión a la cumbre de la montaña, sus hazañas se trasladaron, una vez más, a la cuestión de la altura. Como se analizará en los capítulos 2 y 4, la cuestión de la referencia de la cumbre como conquista, en el caso del Chimborazo, tendrá su apoteosis en las figuras de Edward Whymper y Nicolás Martínez, es decir, a finales del siglo XIX e inicios del XX respectivamente.

²⁷⁹ Francis Hall, “Excursions in the neighborhood of Quito, and towards the summit of Chimborazo, in 1831 (Communicated by the author)”, in *The Journal of Botany*, vol. 1, ed. William Jackson Hooker (London: Longman, 1834), 327-35; segunda y tercera parte en William Jackson Hooker ed., *Companion to the Botanical Magazine*, vol. 1 (London: E. Conchman, 1835): 26-29; 52-65.

respecto de la senda que le condujo porque al parecer ya habían muerto los indios que lo habían acompañado. Al igual que Humboldt, Boussingault se queja de la manera en que los indígenas abandonan la expedición, y sobre todo lo difícil que resultaba conseguir un guía local que haya recorrido o acceda a recorrer las nieves perpetuas. Menciona que ya cursando los espacios de mayor complejidad terminaron quedándose con él y el coronel Hall, un sujeto cimarrón, cuyo nombre no registra, a quien encomendaron el transporte y cuidado del barómetro. A pesar de las reiteradas quejas sobre la mano de obra indígena, son los mismos indígenas con sus animales de carga, quienes sostienen la expedición: facilitan el desplazamiento por el paraje andino, permiten el hallazgo del mejor lugar de cruce de quebradas para sus animales, lideran el traslado de las zonas habitadas hacia las tildadas, por los expedicionarios, como inhabitables. Toda la travesía se convirtió en una suerte de juego de pocas horas para el disfrute aventurero, por así decirlo, de los sujetos científicos.

A diferencia del relato de Humboldt, Boussingault resalta en su texto una preocupación científica con respecto a los efectos del enrarecimiento del aire. El francés intuye en aquel entonces la adaptación del organismo humano a las alturas, aspecto que será abordado por la medicina francesa treinta años más tarde de las alusiones efectuadas por Boussingault. Para el científico francés, la insensibilidad a los efectos del enrarecimiento del aire podría atribuirse a la residencia prolongada en las ciudades elevadas:

No habrá dificultad en concederme que el hombre puede acostumbrarse a respirar el aire enrarecido de las más altas montañas, si se considera el movimiento de las ciudades como Bogotá, Micuipamba, Potosí, etc., cuya altura va de 2600 a 4000 metros de altura, y a que, en lugares de una elevación tan grande como la del Monte Blanco, en el cual Saussure apenas tenía valor para consultar sus instrumentos y en donde sus guías robustos desfallecían al hacer un agujero en la nieve, vemos en América damas jóvenes y delicadas entregarse por noches enteras al ejercicio del baile, y sobre todo si se recuerda que una de las más célebres batallas se dió en el declive del Pichincha a una altura casi igual a la del Monte Rosa.²⁸⁰

Boussingault también identifica con el nombre de *soroche* la designación que se realiza en los Andes a la afección de la altura en el organismo humano. Sin embargo, para él, el problema de la rarefacción del aire en las altas montañas tenía que ver más con el

²⁸⁰ Ante esta apreciación, el traductor Joaquín Acosta menciona: “Observé en 1838, que subí á la cumbre del Ruco Pichincha con el señor Rocafuerte entonces Presidente del Ecuador, que el Dr. Benit, médico Francés, y algunos oficiales procedentes de las guarniciones de la costa del mar fueron los más incomodados, mientras que los Pastusos, Quiteños y yo, no sentimos sino el cansancio de la cuesta”. Boussingault, *Viajes científicos*, 216.

estado de la nieve que con la altura en sí. Según el viajero francés, la fatiga que se presenta en las altas montañas se debe a la presencia del gas nitroso que se desprende de la nieve cuando se expone al sol. Al experimentar con una botella llena de nieve, concluye que el aire encerrado en la nieve contiene menos oxígeno, sosteniendo, una vez más, las apreciaciones de Saussure en los Alpes.

Varios años más tarde, en 1867, Friederich Hassaurek, embajador de los EE. UU. en Ecuador entre 1860 y 1864, corrobora la apreciación de la adaptación del ser humano a la rarefacción del aire en las alturas, dando sobrados ejemplos:

Sin embargo, quienes están acostumbrados a vivir o han nacido en las altas mesetas de los Andes están menos expuestos a estos ataques que los extranjeros. La batalla de Pichincha, que se libró en una elevación de casi 11.000 pies sobre el nivel del mar, la vida en ciudades como Bogotá, Potosí, La Paz, Mucupampa y otras, que ascienden a una altura de dos mil seiscientos a cuatro mil metros franceses; la fortaleza y ligereza de los toreros en Quito, y las noches casi tan altas como el Mont Blanc, donde el célebre Saussure apenas tenía fuerzas para consultar sus instrumentos, mientras sus guías, robustos montañeses, se desvanecían a su alrededor, son pruebas inequívocas de que el hombre puede acostumbrarse al aire enrarecido de las montañas más altas.²⁸¹

El texto de Boussingault, al igual que el de Humboldt, vuelve a invocar la acción científica en medio del riesgo y las peripecias experimentadas: “Cada seis u ocho pasos hacíamos alto para tomar aliento, y yo aprovechaba estos momentos para cortar y preparar muestras de rocas para mi colección geológica. [...] No faltó peligro en este pasaje en que un resbalón habría costado la vida á cualquiera de nosotros”.²⁸² Este énfasis de intercalar la actividad científica en medio de la peripecia, más la celeridad con la que los viajeros dijeron haber abarcado su ascenso y descenso, es un aspecto del cual Edward Whymper, a finales de siglo, se referirá con cierto humor irónico.

Otro aspecto en común de su retórica responde a la tendencia paisajística del relato, es decir, colocando un registro poético a la impresión del ambiente cercano: “El color oscuro de la roca contrastaba con la blancura deslumbradora de la nieve”,²⁸³ o bien “El tiempo era admirable, el cielo puro, el aire en calma, apenas se divisaban algunas nubecillas al occidente; nuestra vista descubría una extensión inmensa, y en tan extraordinaria posición sentíamos el más vivo contento”.²⁸⁴ Este tipo de apreciaciones contemplativas dan contorno a la hazaña: “Estábamos entonces a 6004 metros de altura

²⁸¹ Friedrich Hassaurek, *Four years among Spanish-Americans* (New York: Hurd & Houghton, 1876), 57.

²⁸² Boussingault, *Viajes científicos*, 213.

²⁸³ *Ibid.*, 214.

²⁸⁴ *Ibid.*

absoluta, es decir á la mayor elevación según creo á que los hombres han alcanzado en las montañas”.²⁸⁵

Joaquín Acosta,²⁸⁶ quien tradujo los *Viajes científicos a los Andes Ecuatoriales* de Boussingault, publicadas en París en 1849, hace una alusión interesante respecto a la altura señalada por Boussingault. Acosta, en una nota al pie de página, menciona que según los nuevos cálculos M. Pentland, a raíz de su expedición a los Andes bolivianos, determinó la altura del Sorata (Illalpu) y el Ilimani de 6488 y 6456 metros respectivamente. Estas montañas “desde 1830 se habían supuesto ser más elevados que el Chimborazo [...]. En virtud de estos nuevos cálculos queda reducida la altura del Sorata [...] y la del Ilimani [...]; y como el Chimborazo tiene 6544, recupera esta montaña su rango de la más alta del nuevo Mundo”.²⁸⁷

El compañero de Boussingault, el coronel Francis Hall, produjo un texto de gran relevancia con respecto a su viaje a través de los Andes del Ecuador. Esta relación resalta por varias aristas que Hall aborda y que dan cuenta no sólo del contexto natural sino también de componentes culturales y étnicos de la población de la Sierra. En ella se avizoran prejuicios sociales y etnocentristas, pero también da luces sobre las dinámicas sociales. En este sentido, además de su ascensión a las montañas andinas y su doble intento de ascensión al Chimborazo junto a Boussingault, permite al lector del primer tercio del siglo XIX, encontrar detalles sobre la vida en los Andes, como una parte constitutiva de la literatura de viaje en el informe de interés científico.

3.2. Francis Hall: los intentos de ascensión al Chimborazo y las correcciones fitográficas a Humboldt

La relación del Coronel Hall, la cual lleva de título *Excursions in the Neighbourhood of Quito, and towards the Summit of Chimborazo, in 1831*, distribuida en tres partes a cargo de William Jackson Hooker entre 1834 y 1835, representa un texto de contenido valioso para el entendimiento del entorno natural y sociocultural desde la

²⁸⁵ Ibid.

²⁸⁶ Joaquín Acosta (1800-1852), historiador, geógrafo, político y militar neogranadino, formó parte de las huestes de Bolívar en la guerra independentista, se formó en mineralogía y geología en París, y estuvo fuertemente ligado a Francisco de Paula Santander. Ocupó diversos cargos, entre ellos como representante de la Nueva Granada en Washington. Entre otros trabajos, publicó el mapa de la Nueva Granada, así como el *Compendio histórico del descubrimiento y colonización de la Nueva Granada*. Véase Soledad Acosta de Samper, *Biografía del General Joaquín Acosta. Prócer de la independencia, historiador, geógrafo, hombre, científico y filántropo* (Bogotá: Librería Colombiana, 1901).

²⁸⁷ Boussingault, *Viajes científicos*, 214-5.

mirada de este singular personaje inglés. El texto, de publicación póstuma—debido a que fue asesinado en 1833—, intercala datos geológicos, mineralógicos y botánicos, con la arquitectura local y prehispánica, así como aspectos culturales y anécdotas de interacción social de lo que fueron sus excursiones en torno a algunas inmediaciones de la Sierra-Norte, con énfasis en las ascensiones al Pichincha, Antisana, Cotopaxi, Tungurahua y Chimborazo, junto a J. Boussingault. A diferencia de Humboldt, Hall y Boussingault no dejaron pasar más de tres décadas para publicar sus relatos de la ascensión, y a diferencia de Humboldt, lo hicieron en espacios especializados de sus áreas, asegurándose así una audiencia relevante en los círculos franceses e ingleses.

El texto de Hall, a diferencia de Boussingault, no separa la ascensión del Chimborazo de las demás montañas andinas. La conformación misma de la aventura se extiende al encuadre general del paraje andino: todas las áreas posibles del conocimiento que se pueden abordar en ellos, así como la experiencia manifiesta en el transcurso de la narración, se configuran como pilares constitutivos del relato.²⁸⁸ La atracción al lector, en primera instancia, responde a la impresión sobre la cadena montañosa que se extiende desde el nevado Cayambe hasta el Chimborazo: “El efecto de estas pirámides gigantescas, la mayoría cubierta de nieve perpetua, sobre el carácter general del paisaje, es de grandeza y sublimidad, a menudo acercándose a la melancolía”.²⁸⁹

En la sección sobre su excursión a la cumbre del Pichincha, Hall nombra a otro personaje de ciencia botánica que residía en Quito, el escocés William Jameson (1796-1873).²⁹⁰ Sobre Jameson y Hall, Boussingault expresó en sus memorias que los dos eran inseparables: a Jameson se lo conocía como “el loco” debido a “la singularidad de su existencia y por su mutismo”, además de que “vivía al aire libre y se acostaba en donde le cogía la noche”, y lo cataloga también como alguien que no existía sino para las plantas. Este coleccionista, agente de la sociedad botánica de Londres, “hizo llegar a Europa verdaderos tesoros, una gran cantidad de plantas desconocidas hasta ese entonces”.²⁹¹

²⁸⁸ Este aspecto, como se verá en el capítulo 2, será parecido al primer informe que Edward Whymper presenta frente a la Royal Geographical Society.

²⁸⁹ Hall, “Excursions in the neighborhood of Quito”, 328.

²⁹⁰ Hassaurek menciona, sobre Jameson, como un nombre bien conocido para la ciencia debido a sus descubrimientos en ornitología y botánica. Además de tener correspondencia continua con varias sociedades científicas del Reino Unido, mantuvo amistad con W. J. Hooker, director de los Jardines Reales de Kew, y bien relacionado con Charles Darwin, a quien proveyó de suministros e información invaluable. Hassaurek, “*Four years*”, 91. Para una importante y sucinta reseña sobre este botánico, así como la de una selección de sus textos, véase: López-Ocón, *Botánicos*, 43-8, 315-45. Véase también Fernando Hidalgo, *La conquista del trópico: Exploradores y botánicos en el siglo XIX* (Quito: PUCE, 2017), 47-88.

²⁹¹ Boussingault, *Memorias*, 487-8.

Boussingault menciona que obtuvo de Jameson un herbario casi completo de los vegetales de la meseta de Quito, el cual envió a Berlín por intermedio de Humboldt.²⁹²

Hall hace también una interesante mención sobre las apreciaciones locales acerca de la manera de concebir el comportamiento del clima, sobre todo en comparación a los páramos del Azuay y los del Pichincha. Según Hall, los primeros suelen ser catalogados como bravos, mientras que los del Pichincha suelen ser más bien mansos. Describe los poblados cercanos a Quito a detalle, en donde incluye la variedad de frutas y plantas que pueden obtenerse de esos lugares, así como también de la singularidad de la construcción de los puentes heredada de los pueblos prehispánicos. Aporta datos históricos sobre las erupciones del Cotopaxi y las afectaciones que desataron, casi siempre acompañadas por fuertes temblores, en ciudades como Latacunga. Se refiere con cierto agrado sobre Ambato, su clima templado y la gran producción de frutas y vegetales que posee, y da aportes históricos en materia geológica sobre Riobamba, el poblado que, como ningún otro lugar del mundo, disfruta de una magnífica perspectiva de la cordillera.

Hall aprovecha para posicionarse de manera crítica hacia el sector dominante del país. Sobre la vida en el campo, por ejemplo, justifica cierta incompetencia por parte de este sector descendiente de los criollos, y heredada por éstos de los españoles:

Los españoles tienen poco amor por la vida en el campo, y este gusto, o distancia, lo han comunicado a sus descendientes sudamericanos. En todo el territorio de Quito, y podemos extender dicha observación hasta Cuenca y Quito, no hay más de media docena de residencias de campo que muestren alguna atención a la decencia y confort. En todo el valle de Chillo podemos contar dos: uno perteneciente al Marqués de San José, y otro a D. Vicente Aguirre. Todos los demás, aunque varios de ellos han sido construidos con un gasto considerable, son monumentos de abandono o decadencia.²⁹³

Así también alza una suerte de denuncia sobre la manera en que se han destruido los edificios incas. El caso de la hacienda de Callo a los pies del Cotopaxi, en ese entonces perteneciente a José Valdivieso, uno de los habitantes más adinerados de Quito, se encontraba en una suerte de remodelación. Su propietario, en plena ejecución de una nueva casa, fijaba la idea de preservación que consistía en trasladar las piedras del edificio original a la nueva construcción. Cabe resaltar que la gran mayoría de los viajeros, desde la expedición hispanofrancesa de mediados del siglo XVIII, mostraron su asombro sobre las piedras y arquitectura de lo que fue un tambo inca.

²⁹² *Ibíd.*

²⁹³ Hall, "Excursions in the neighborhood of Quito", 346.

El texto de Hall no escapa a la apreciación común de los viajeros por esa suerte de abandono y aletargamiento en el campo de las ciencias. Trabajos como el de Ana y Elisa Sevilla han enfatizado en la precaria o inexistente incidencia en la inmersión de esta población en los terrenos de montaña desde la perspectiva de los viajeros. Las autoras dan a conocer una carta (1842) de William Jameson al inglés Sir William Jackson Hooker, figura central de la botánica —gestor y primer director del *Kew Gardens*—, donde se expresa que el trabajo de campo no era en absoluto una de las actividades, ni científicas ni recreativas, de los habitantes quiteños. Según Jameson, en Quito había una población de al menos 50.000 habitantes, “y quizás de ese número, no más de tres personas han visitado alguna vez el volcán Pichincha”.²⁹⁴ Hall, de hecho, dedicó una imagen que ilustrara en detalle la geografía circundante a este volcán, además de especificar cómo acceder a su cumbre (Figura 1.).

La relación entre locales y su entorno natural, sin embargo, siempre ha tenido otros matices. Los mismos exploradores han mencionado un aspecto que no resaltan más que en términos anecdóticos. Desde La Condamine, los exploradores han señalado a una parte de la sociedad indígena que se adentraba a las zonas montañosas, como es el caso de los hieleros del Pichincha, Chimborazo y Karywayrazo,²⁹⁵ quienes extraían y transportaban la nieve para la elaboración de bebidas en Quito y Riobamba. Así también, para el caso de Quito, había un sector de la población indígena que se dedicaba al transporte de agua bebible, a quienes se los llama aguadores.²⁹⁶

²⁹⁴ Ana Sevilla y Elisa Sevilla, “Semillas andinas, invernaderos escoceses y herbarios londinenses en la red de Charles Darwin”, en *Darwin y el darwinismo: Desde el sur del sur*, comp. Gustavo Vallejo (Madrid: Doce Calles, 2018), 258. Como las autoras mismas han resaltado, la excursión al Pichincha era una suerte de parada obligatoria para todo expedicionario interesado en temas de ciencia natural o en ciencias de la tierra. Trabajos académicos recientes han expresado con el mismo fervor el desinterés local por las ciencias: “el lamento de los exploradores, relativo a lo difícil que resultaba encontrar a un ecuatoriano con el cual poder tratar asuntos científicos o interesados en ascender a las altas cumbres andinas, lo dice todo”. Hidalgo, *La conquista del trópico*, 18.

²⁹⁵ Como lo han relatado los viajeros y revelan a su vez fotografías que van desde el último tercio del siglo XIX hasta los años setenta del siglo XX, la gran mayoría de las montañas que superaban los 4500m tenían, sino glaciario, neveros temporales o estacionales. Edward Whymper, por ejemplo, para 1880, señala que montañas como Sincholagua (4899 m.) o Cotacachi (4944 m.) poseían glaciares. O bien el embajador norteamericano Friederich Hassaurek que permaneció en el Ecuador entre 1860 y 1865, señala de una importante acumulación de nieve en el Pichincha (4784 m.).

²⁹⁶ Edward Whymper hace mención sobre su encuentro con un viejo cargador de agua de Quito en 1880, a quien además lo fotografía: “[Quito] no tenía un suministro adecuado de agua. La población urbana dependía de las fuentes públicas y sus cuencas circundantes en las plazas estaban contaminadas con abominaciones. Personas muy particulares hacían traer dos peniques de agua todas las mañanas desde varias millas de distancia y en grandes ollas; pero, a juzgar por el número limitado de cargadores de agua, la clase fastidiosa formaba una minoría selecta de la población. Había un cargador de agua anciano, de pelo blanco y cara rosada, muy conocido en Quito. Me ofrecí a tomar su retrato y le dije que debería recibir un chelín si se quedaba quieto y sólo cuatro peniques si se movía. ‘Señor – dijo el anciano –, aunque varios señores

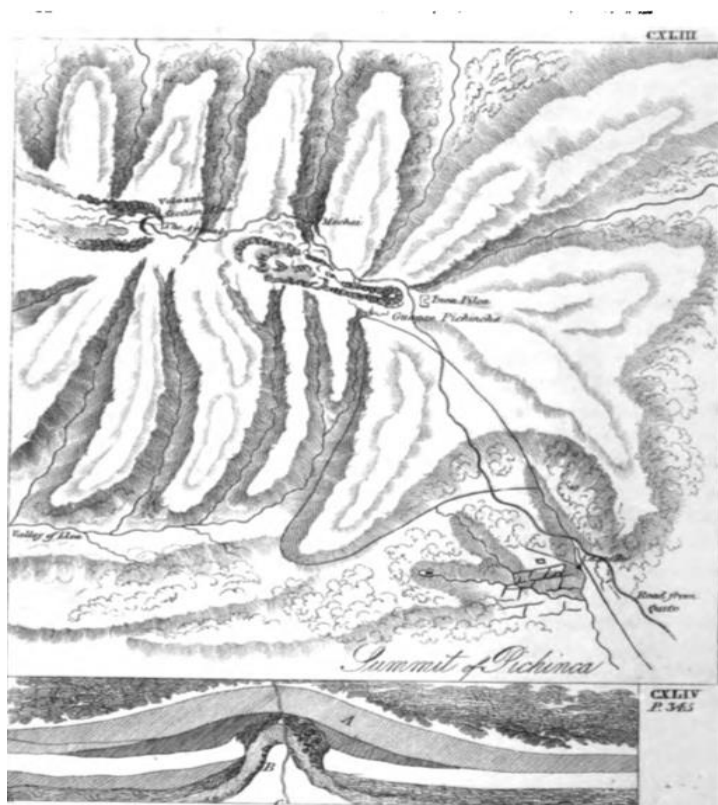


Figura 1. Francis Hall: Tabla CXLIII Cumbre del Pichincha y CXLIV (Plano transversal interno del Pichincha)

Fuente: William Jackson Hooker (1834): 1:343.

Hall también aporta algunas apreciaciones sobre la condición de la población indígena. Comparando con el relato de Antonio de Ulloa, con casi un siglo de antelación, expone las parcas e injustas condiciones laborales, más cercanas a la esclavitud, a las que son expuestas la mano de obra indígena, caso que se extiende a todo el territorio comprendido entre Ecuador y Bolivia. Como menciona Hall: “El primer Congreso Colombiano en Cuenca en 1821, entre muchas leyes indicativas de un sentimiento liberal y humano, pasó una a favor de los indios, declarándolos en pie de igualdad con el resto de los habitantes. Sin embargo, en el Sur esta ley siempre ha sido una declaración muerta”.²⁹⁷ A pesar de la queja común de los exploradores hacia las supuestas trabas que presentaba la población indígena para los fines científicos durante el siglo XIX, J. Fitzell subraya el caso del antropólogo Manuel Almagro y Vega (1834-1895), miembro de la Comisión Científica Española de 1862-1865, quien se esforzó por comprender la situación indígena al interior de las expediciones:

se han propuesto hacer lo mismo, usted es el primero que ha sugerido alguna remuneración”. Whymper, *Travels amongst*, 168.

²⁹⁷ Hall, “Excursions in the neighborhood of Quito”, 353.

Descubrió que las autoridades mantenían a los cargadores en la cárcel para que no huyeran y que se les pagaba tan sólo 1/2 real por día. Él les entregó cargas más pequeñas que las acostumbradas y les pagó bastante más. Los cargadores le aseguraron que no se escaparían, aun cuando se aproximaba el carnaval. Los menciona por sus nombres y describe cómo mantenían el paso tendiéndose en el suelo por 4 o 5 minutos, más o menos cada hora. Al día siguiente encontró que los indios seguían acompañándolo.²⁹⁸

Si bien acentúa los pormenores de sus ascensiones al Antisana y Cotopaxi, Hall no se entrega por completo a la idea de hazaña del intento de ascensión. Su preocupación descansa en las descripciones y experiencias en torno al paraje andino, donde la ascensión es un elemento más, aunque destacable, que compone el cuerpo general de sus excursiones, avistamientos y análisis del mundo natural. En este marco, Hall plantea una serie de discrepancias muy sugerentes con respecto a las apreciaciones de Humboldt, un aspecto que será común a finales de siglo.

Según el sabio prusiano, las plantas arborescentes terminan a una altura de 3500 metros, mientras que Hall, a través de sus largas observaciones, y las realizadas en conjunto con Boussingault, menciona: “Si examinamos esos desniveles que se elevan desde los llanos del Maraón al este, y desde la selva del Pacífico al oeste, encontraremos no sólo arbustos sino bosques que ascienden hasta los 4300 metros de altura”.²⁹⁹ Inclusive Hall señala haber encontrado varios especímenes de flores a una altura de 5000 metros en el Chimborazo, las cuales fueron enviadas a William Jackson Hooker.³⁰⁰ Así también confronta las apreciaciones de Humboldt con respecto a la obsidiana, para quien las fuentes de los fragmentos encontrados a lo largo del país fueron resultado de las erupciones del Cotopaxi. En la sección sobre la excursión a este último volcán señala: “El día 24, M. Boussingault y yo [...] hicimos una excursión al Paso entre Ruminavi [*sic*] y Cotopaxi, llamado Limpio Pungo, y de allí a las quebradas del volcán para descubrir si la obsidiana formaba parte de sus productos con el suelo revestido. No encontramos, sin embargo, ni un solo espécimen”.³⁰¹

Hall y Boussingault destacaron el hallazgo de obsidiana en el lugar que los locales denominaban la cueva de Quisca, cerca de las inmediaciones de Sigsipamba —al oriente

²⁹⁸ Jill Fitzell, “Teorizando la diferencia en los Andes del Ecuador”, en *Imágenes e imagineros: Representaciones de los indígenas ecuatorianos, siglos XIX y XX*, ed. Blanca Muratorio (Quito: FLACSO, 1994), 51.

²⁹⁹ Hall, “Excursions in the neighborhood of Quito”, 338.

³⁰⁰ Sobre la interacción entre botánicos ingleses, locales y el jardín botánico de Kew, ver Sevilla y Sevilla, “Inserción y participación”, 79-103.

³⁰¹ Hall, “Excursions in the neighborhood of Quito”, 54.

de Quito—, también propiedad de José Valdivieso. Esta cueva —y sus ocho kilómetros de inmediaciones que llegan hasta los picos surorientales de la herradura conocida como Puntas (4460 m.),³⁰²— es descrita por Hall como un acantilado saliente que se eleva a 12 metros de altura y a 45 metros de extensión, la cual da indicios de ser una inmensa formación de esta parte de la cordillera.

A diferencia de Boussingault, Hall realiza su propio perfil comparativo de las elevaciones en donde constan los límites de la vegetación, así como las referencias de puntos cercanos a las dos montañas de importancia que retrata: Chimborazo y Pichincha (Figura 2.). Hace mención, a su vez, de ser alguien que ha visitado en más de una ocasión los lugares de estudio, lo cual le permite comparar, por ejemplo, la condición de la nieve perpetua en los meses de verano en contraste con los meses de invierno.

En años recientes, el perfil de Hall ha sido estudiado en contraste a las apreciaciones botánicas del *Tableau Physique des Andes* de Humboldt, concretamente sobre la región de pastos. Como se ha señalado más arriba, Humboldt había malinterpretado a La Condamine con respecto a que una región de hierbas o pastos se encontraba por encima de las plantas alpinas. En base a la observación de La Condamine en el Pichincha y el Corazón, describe una sucesión de cinturones de vegetación. Sin embargo, no especifica la existencia de una región de hierbas que se sitúe por encima de las plantas alpinas, sino más bien a lo que hoy corresponde al superpáramo. La Condamine más bien ubica lo que sería una zona de pastos, por debajo del superpáramo.³⁰³ Cómo ha demostrado Renner (et. al.), la primera reacción a la ubicación que Humboldt expuso sobre la región de pastos, fue la de Hall en la publicación de 1834 donde menciona: “con todo el respeto por la autoridad de un naturalista y filósofo tan correcto como Humboldt, debo señalar aquí varias inconsistencias”³⁰⁴. Estas se presentan en algunos trabajos en materia de zonificación botánica que no sólo se reducen al perfil gráfico de los andes. Hall contradice, como bien se resalta en Renner (et. al.), “las afirmaciones de Humboldt sobre el límite superior de las plantas arborescentes y la ausencia de plantas vasculares por encima de los 4600 m.”³⁰⁵ Su perfil exhibe “una zona

³⁰² Esta fuente de obsidiana ha sido estudiada, entre otros, por el arqueólogo Ernesto Salazar. Véase: Ernesto Salazar, *Talleres prehistóricos en los altos Andes del Ecuador* (Cuenca: Departamento de Difusión Cultural de la Universidad de Cuenca, 1980); Ernesto Salazar, “Investigaciones arqueológicas en Mullumica (Provincia de Pichincha)”, *Miscelánea Antropológica Ecuatoriana*, Museo Banco Central del Ecuador, n° 4 (1985):129-59; Denis Ogburn et. al., “Provisioning of the Inka army in wartime: Obsidian procurement in Pambamarca Ecuador”, *Journal of Archaeological Science*, n.º 36 (2009): 740-51.

³⁰³ Renner et. al., “«My Reputation is at Stake»”, 100-1.

³⁰⁴ Hall, “Excursions in the neighborhood of Quito”, 338.

³⁰⁵ Renner et. al., “«My Reputation is at Stake»”, 119.

de pastos, situada por debajo de lo que hoy llamamos superpáramo, y diferencia entre una vertiente interior más seca, que mira hacia el valle interandino, y la vertiente exterior más húmeda, donde el límite arbóreo es más alto”, además de el mismo perfil “distingue entre la fisonomía de la cordillera occidental y la de la cordillera oriental”.³⁰⁶

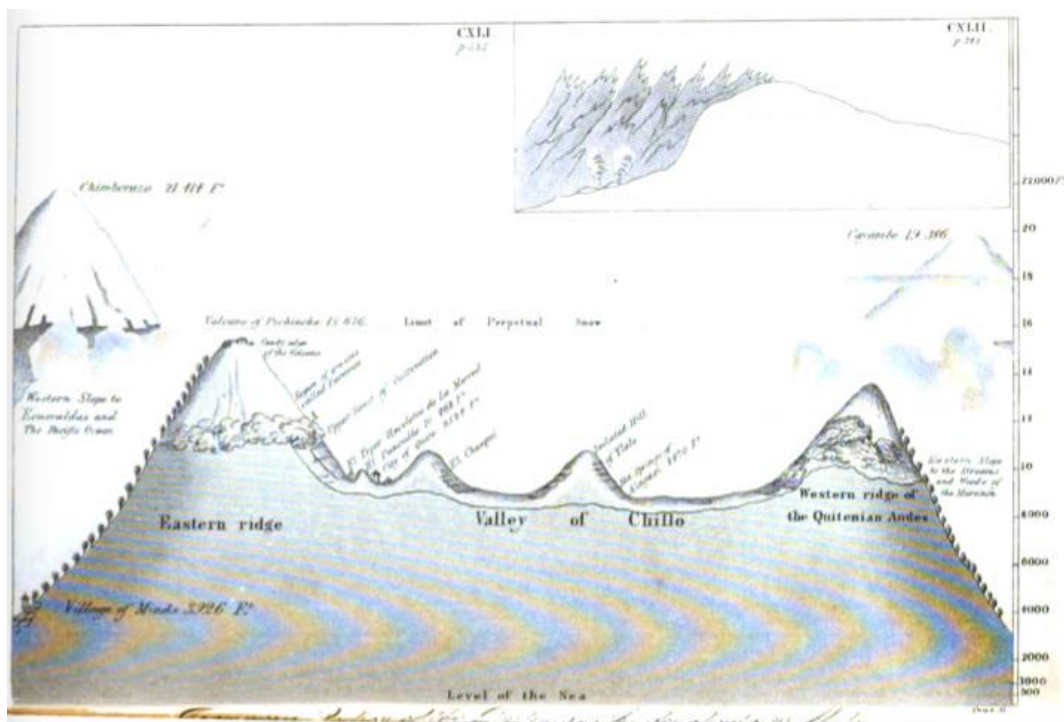


Figura 2. Francis Hall: Tablas CXLI (Cayambe) y CXLII (Plano transversal de los perfiles este y oeste de los Andes).

Fuente: William Jackson Hooker (1834): 1:335.

La excursión al Antisana contiene otro aspecto que coloca en suspensión las apreciaciones de Humboldt. La casa de hacienda del Antisana, ubicada a una altura de 4100 m., fue catalogada por Humboldt como uno de los lugares habitados de mayor altura en el planeta. Sin embargo, el geógrafo y paleontólogo Joseph Pentland (1797-1873) en las medidas que tomó en Perú y Bolivia entre 1826 y 1828, constató la presencia de poblados en alturas mayores.

Un dato interesante sobre el intento de ascensión a este nevado es el uso del martillo de minero para sobrepasar las secciones empinadas. Aquí también coloca otra apreciación sensible, cuya retórica es más cercana al registro del Romanticismo: “Estábamos, en parte, por encima de una región de nubes que rodaba bajo nuestros pies, y mientras el paisaje brillaba muy abajo, tenue y azul a través de su brumoso velo, me

³⁰⁶ *Ibíd.*, 120.

recordó las palabras sombrías del Hades, descritas en el *Caín* de Lord Byron”.³⁰⁷ Algo similar ocurre sobre sus apreciaciones sobre el escenario tropical cuando desciende por río Chambo hacia la localidad de Baños: “Su belleza salvaje y terrible está fresca en mi memoria, pero el pintor y el poeta son los únicos privilegiados de retratar las características más grandiosas de la Naturaleza: menos, quizás, por la mera precisión de la imitación que creando un sentido de lo sublime o hermoso, análogo al del espectador”.³⁰⁸

Sobre el Tungurahua dice que es la única montaña cuya base está en un clima cálido y su cumbre se yergue sobre el nivel de la congelación perpetua. Esta última aseveración ubica al Tungurahua como un escenario aún más interesante, para el caso de la geografía de las plantas, que el Chimborazo. Aún más si se toma en consideración las apreciaciones locales que, según Hall, la colocan por encima del Chimborazo: “y esto es cierto si no miramos a la masa de la Cordillera sino al cono que se eleva sobre el terreno circundante que constituye la particularidad de cada montaña”.³⁰⁹

Solo después de relatar su recorrido, hacerse preguntas sobre el comportamiento de los volcanes y lo que falta por descubrir en temas geológicos sobre los Andes, la develación de más datos discrepantes frente a las apreciaciones humboldtianas y datos sobre diversos sucesos de movimientos telúricos, da paso a lo que fue la excursión al Chimborazo: “Ahora miramos hacia su gloriosa cúpula, como un ingeniero inspecciona una fortaleza que está a punto de atacar”.³¹⁰ A diferencia de Boussingault y Humboldt, Hall apuesta más por el detalle de los lugares que recorre en sus dos intentos, especificando altura, nombres, temperatura, hora, ubicación geográfica y condiciones del terreno.

En cuanto al segundo intento, Hall vuelve sobre el uso del martillo de minero para asegurar las pisadas sobre la nieve sólida, comparando esta ascensión con la del Cotopaxi. Menciona que, en lugar de lo que aparentaba ser un cono escarpado y uniforme, encontraron una cresta gradual en donde aparecían secciones de roca que carecían de nieve y en donde la vegetación permanecía a una altura que superaba sus expectativas. Después de describir algunos especímenes, dice haber encontrado un musgo al que puede

³⁰⁷ Hall, “Excursions in the neighborhood of Quito”, 28.

³⁰⁸ *Ibid.*, 57.

³⁰⁹ *Ibid.*, 60.

³¹⁰ *Ibid.*, 62.

considerarse aquel que ha alcanzado el límite más alto en el globo. Muestras de todo lo encontrado fueron enviadas a Humboldt y a Hooker.

Anterior a lo publicado por Hooker, Hall envió con Boussingault una carta dirigida a Humboldt con fecha 20 de noviembre de 1831 en la que remitía una colección de plantas y expresaba su deseo de poner a disposición de Humboldt sus servicios en el país, al igual que William Jameson, “Profesor de Química y Botánica en esta ciudad, no desapercibido en Europa por sus descubrimientos Botánicos”,³¹¹ el cual está ansioso por ser tomado en cuenta por Humboldt. Le expresa así mismo sobre lo importante que puede resultar para la ciencia la Provincia de Esmeraldas, así como el conocimiento indígena sobre las propiedades de las plantas, además de lamentarse por los acontecimientos políticos que siguieron a la disolución de la Unión Colombiana.

Esta referencia sobre la importancia del conocimiento local no es fortuita, dada la tendencia de Humboldt en remarcar en algunos de sus trabajos las características, componentes y valores de los pueblos aborígenes, muy a pesar de la fijación hacia Humboldt con respecto al posicionamiento de una actitud colonizadora.³¹² Autores como Segundo Moreno han identificado la crítica de Humboldt frente a la calificación del idioma aborígen como simple e incapacitado de abstracciones, al exponer ejemplos que denotan la riqueza de idiomas como el Quichua, lo cual habla de una faceta sensible de Humboldt con respecto a lo prehispánico.³¹³

Retomando la descripción del ascenso, después de cruzar un primer obstáculo, a una altura de 5600 m., los exploradores llegaron a otro precipicio, el cual ya no lograron cruzar, alcanzando una altura que Hall establece de 5992 m. (“19.660 pies”), con una exposición del sol que provocaba un sufrimiento debido más al calor que al frío. A Hall no le cabía duda de que si hubieran escalado el precipicio que tenían ante ello, no habrían “tenido ninguna dificultad en hollar la cima de la cúpula”.³¹⁴ Al descenso fueron sacudidos por una tormenta de granizo. Hall también caracteriza los colores de las cascadas de hielo en el precipicio y el de la roca. Ante lo expuesto sobre su intento de

³¹¹ La carta está publicada en Thomas Schmuck, “Tod in den Anden: Ein Brief Francis Hall and Humboldt 1831 und seine historischen und politischen Hintergründe”, *International Review for Humboldtian Studies*, n° 27 (2013): 61-4, https://verlagsarchivweb.ub.uni-potsdam.de/hin/hin27/%20inh_schmuck.htm.

³¹² Sobre este aspecto véase: Moreno, Segundo, “Humboldt y su comprensión de los pueblos indios andinos”, en *El regreso de Humboldt: Exposición en el Museo de la Ciudad de Quito. Junio-Agosto del 2001*, ed. Frank Holl (Quito: Municipio del Distrito Metropolitano de Quito, 2001), 151-9.

³¹³ Segundo Moreno, “Humboldt y la emancipación de Hispanoamérica”, en *Humboldt y la emancipación de Hispanoamérica*, comp. Segundo Moreno (Quito: PUCE, 2011), 28.

³¹⁴ Hall, “Excursions in the neighborhood of Quito”, 63.

ascensión, exclama no estar insatisfecho por haber fallado en su intento de llegar a las nieves vírgenes de la cumbre del Chimborazo, ante lo cual señala:

Es curiosa la inclinación del hombre a sentirse orgulloso de hacer lo que nunca se ha hecho antes, aunque el resultado apenas compense el trabajo; sin embargo, cuando la Naturaleza es de algún modo el objeto de nuestras investigaciones, muy rara vez producen arrepentimiento o desilusión para nosotros mismos, por poco importantes que puedan parecer, y tal vez para los demás lo sean realmente. Las plantas descubiertas a una altura, supuestamente, muy por encima de los límites de la vegetación, los especímenes de minerales recolectados por nadie más que por nosotros mismos, las cascadas congeladas que solo hemos admirado, la atmósfera enrarecida que hemos respirado a una altura de 19,660 pies, siempre serán placenteros, recuerdos más que suficientes para compensar el tiempo y el trabajo invertidos, aunque no añadan ningún hecho importante a la ciencia; ni pueda decirse que influya en el interés general de la humanidad.³¹⁵

Como el lugar común del relato de los académicos franceses con respecto al paraje andino, el relato de Hall hace un vínculo directo de esa tradición narrativa que fija su experiencia a la exposición del cuerpo y el recuerdo a las inclemencias del clima. En este sentido, es el clima, el terreno, la presencia salvaje de la montaña, lo que dicta el lineamiento de la aventura: narración y evento están vinculados a la experiencia de la dificultad del desenvolvimiento corporal de la altura.

Lo que los tres textos presentados en la década de 1830, los de Humboldt, Boussingault y Hall, mantienen en relación, responde al tópico regular del padecimiento humano en la montaña. Humboldt habla de ojos sanguinolentos, dificultad de respirar, sangre de los labios y encías, sumados a los esfuerzos físicos tanto del ascenso como del descenso. El paraje andino de altura es un escenario agresivo, el terreno, el clima y la altura se combinan de tal manera que el cuerpo queda expuesto a un padecimiento continuo. Para el caso de los Andes, el texto de Hall responde a una oscilación entre el posicionamiento de un centro de interés, el del Chimborazo, y el trastocamiento de sus intereses personales, el de un panorama general que otorga su relación a la comunidad científica.

A pesar de que la referencia al Chimborazo aparece en el título, no se la aborda sino al final de las tres partes en que se divide la publicación de su texto. Podría ser que el título sea un guiño para producir el interés del público más que para ubicar un eje trascendental en torno a la ascensión. Este aspecto lo diferencia de Boussingault, quién sí maneja estrategias discursivas de autoengrandecimiento.

³¹⁵ *Ibíd.*, 64.

Si a Humboldt no se le puede atribuir una actitud de conquista, Boussingault mantiene una actitud que, a diferencia del montañismo de finales del siglo XIX en adelante —el cual está delineado y atravesado por el nacionalismo—, su bandera, sin embargo, es una tela híbrida entre las glorias mundanas: su justificación, en término de moralidad científica, es la de ascender en búsqueda de datos, acción concebida como una actividad entregada a las ciencias.

3.3. Carlos Montúfar: el registro de otro género narrativo

A diferencia de las relaciones de Hall y Boussingault, “Biaje (sic) de Quito a Lima” de Carlos Montúfar (1780-1816),³¹⁶ responde a un manuscrito realizado por el entonces joven aristócrata quiteño cuando se unió al viaje de Humboldt y Bonpland durante los últimos meses de su expedición en tierras americanas. El manuscrito es un fragmento del diario de Montúfar que descubrió y publicó el explorador y científico español Marcos Jiménez de la Espada (1887).³¹⁷ El manuscrito original de Montúfar se encuentra hoy en día en la Lilly Library de la Indiana University Bloomington. Como menciona Jiménez de la Espada en una nota al pie de página, “parte de los principales episodios de este viaje y las vistas (bastante malas) de varios de los monumentos inqueños

³¹⁶ Carlos Montúfar y Larrea-Zurbano (1780-1816), hijo de Juan Pío Montúfar y Larrea -segundo Marqués de Selva Alegre-, fue el “tercer hombre”, según el apelativo que utiliza Teodoro Hampe, que conformó la expedición de Humboldt en el cuarto año de viaje por el Nuevo Continente. Humboldt y Bonpland permanecieron en la hacienda de los Montúfar durante su estadía en Quito. Carlos acompañó a los dos viajeros en lo que quedaba de su expedición así como su regreso a Europa, en donde conoció a Bolívar. Los Montúfar y Larrea fueron protagonistas de primera línea de los eventos suscitados en 1809. Estando al servicio del ejército español, donde se distinguió en las batallas de Bailén y Somosierra, nombrado teniente coronel de los reales ejércitos, a Carlos se le ordenó regresar a Quito en 1810 para promover la formación de una junta de gobierno provincial adicta al Rey. Sin embargo al enterarse, en las costas del Caribe, de las revueltas ocurridas en su ausencia, se unió finalmente a la causa local. Fue desterrado a Panamá en 1814, logrando escapar y uniéndose al ejército de Bolívar, cayó nuevamente preso en Cuchilla del Tambo y fusilado en Buga en 1816. Entre otros, véase: Christiana Borchart, “Alexander von Humboldt y la familia Montúfar”, en *El regreso de Humboldt. Exposición en el Museo de la Ciudad de Quito. Junio-Agosto del 2001*, ed. Frank Holl (Quito: Municipio de Distrito Metropolitano de Quito, 2001), 139-50; Alonso Valencia, “Élites, burocracia. Clero y sectores populares en la independencia Quiteña”, *Procesos. Revista Ecuatoriana de Historia*, n.º 3 (1992): 55-101, doi:10.29078/rp.v1i3.482; Alberto Navas, “Personalidad, ciencia y contexto histórico en un contexto ilustrado. Humboldt y el virreinato de la Nueva Granada (1801-1829)”, *Arbor*, n.º 642 (1999): 245-88, doi:10.3989/arbor.1999.i642.1639; Teodoro Hampe, “Carlos Montúfar y Larrea (1780-1816), el quiteño compañero de Humboldt”, *Revista de Indias*, n.º 226 (2002): 711-20.

³¹⁷ Marcos Jiménez de la Espada, “Biaje de Quito a Lima de Carlos Montúfar con el Barón de Humboldt y Alexandro Bonpland”, *Boletín de la Sociedad Geográfica de Madrid XXV* (1887): 1-19, <http://simurg.csic.es/view/1196392>. A propósito de Marcos Jiménez de la Espada, véase López-Ocón, “The Apotheosis of Humboldt”, 21-3. Sobre Marcos Jiménez de la Espada, ver el importante trabajo de Leoncio López-Ocón y Carmen Pérez-Montes ed., *Marcos Jiménez de la Espada (1831-1898): Tras la senda de un explorador* (Madrid: CSIC, 2000).

que en él se describen, hallase en la conocida obra titulada *Vues des Cordillères et Monuments des peuples indigènes de l'Amérique*”,³¹⁸ dado que en el diario expone la experiencia compartida de su tiempo con Humboldt.

El diario describe las ciudades y pueblos por los que pasa, su ubicación geográfica, su población, las particularidades de producción de cada uno, el ambiente natural circundante, algunos datos botánicos de los que resalta la Quina, varios nombres de hacendados, corregidores, botánicos, sirvientes y curas. Describe en algunos pasajes sobre las actividades de Humboldt y Bonpland, aspectos culturales de indígenas de algunas localidades, así como políticos. El relato queda cortado en su paso por el mineral Hualgayoc en Cajamarca.

Si se observa al texto en comparación a la formulación del discurso del informe científico de la época, sigue la misma lógica de descripción, tan común a la mayoría de los viajeros, al empezar nombrando al Pichincha: Montúfar detalla algunas de sus características morfológicas, datos sobre erupciones y temblores. Así también, con respecto a la ciudad de Quito, es extraña la manera en que, tratándose de la ciudad en la que reside y que su relato responda al de un diario, se refiera con tanto detalle en los que incluye su ubicación geográfica, aspectos urbanísticos, temperatura y producción. Montúfar, desde las primeras páginas, hace énfasis en el tópico del terremoto de 1797, la manera en que afectó a toda la Provincia. Uno de esos relatos, en su tono más dramático, subraya el caso de Pelileo, Patate y Moya que pudo observar en el viaje de Quito hacia Riobamba:

La gran parte de este asiento que toca al pueblo de Pelileo sufrió más la destruxcion [*sic*] de terremoto, se arruinaron las mejores haciendas de la probincia [*sic*], reventaron los terrenos en grandes habenidas [*sic*] de lodo y se llebaron sus caseríos, cañaverales [...] yendo a parar todo en el grande río del balle de Patate, es horroroso el espectáculo de las ruinas en este lugar, ni aun se conoce el sitio en que fueron las Haciendas; grandes espacios de terrenos están cubiertos con los derrumbos [*sic*] de las montañas que cayeron en el movimiento de la tierra [...].³¹⁹

De la misma forma se refiere a la antigua Riobamba, a cinco leguas de distancia de la nueva Villa, cuyos destrozos, después de cinco años del terremoto, aún causaba “horror”. Lo describe como un hueco rodeado en tres lados por diversos cerros y por el otro de una gran laguna, donde es difícil reconocer en él lo que alguna vez fue un lugar habitado por edificios considerables, iglesias, conventos, casas, sepultados por una buena

³¹⁸ Jiménez de la Espada, “Biaje de Quito a Lima”, 1.

³¹⁹ *Ibíd.*, 4.

parte del cerro Igualata, donde la mitad de la población murió enterrada o en necesidad. Sobre la nueva Villa de Riobamba, Montúfar menciona que se asienta “en unos grandes llanos de arena nombrados Tapi” los cuales hacen difícil el cultivo del campo, además de una vista que se compone al norte por el nevado Chimborazo, al este por el nevado Altar y al noreste por el nevado Tungurahua, “todos muy grandes y majestuosos”.³²⁰ Debido a su vista, la Villa dispone de buenos terrenos para las mediciones del “Barón” en las que emplearon un día entero, “con muchísima escrupulosidad”.³²¹

En el trayecto hacia el Tungurahua, describe el puente de Penipe, tan nombrado por los viajeros, sobre el cual menciona estar compuesto por una especie de bejuco tejida con palos y puesta de una banda a otra que genera una oscilación pronunciada al pasar, aunque bastante seguro. A dicho nevado les fue imposible subir “por no haber paso ninguno, ser el serro [*sic*] muy peinado por todas partes y tener muchas quebradas que la circundan”.³²²

Sobre el ascenso al Chimborazo, Montúfar dice haber emprendido el viaje el día 22 de junio al pueblo de Calpi situado en las faldas de la montaña. El 23 salieron muy temprano llegando a la nieve, ascendiendo “gran parte a caballo hasta que siendo imposible subir más montados nos apeamos y empesamos [*sic*] a subir a pie, ya por encima de la nieve (*sic*) ya por unos pequeños pedasos de rebentasones [*sic*] de piedra en mucha altura con quebradas por un lado y por otro profundísimas [*sic*].”³²³ Llevaron con ellos dos indios y un muchacho con el barómetro, sin embargo, varias personas que los habían acompañado desde Riobamba “a pocas cuerdas se quedaron sin poder seguir adelante, los dos Indios nos acompañaron hasta más de medio de la subida pero no pudieron resistir más al frío se quedaron bajo unas grandes piedras que había en el camino y solo seguimos adelante el Barón, Bonpland, Yo y el criado que llevaba el Barómetro”.³²⁴

A diferencia de Humboldt, Montúfar no habla de un abandono por parte de los indígenas, sino de una dificultad de estas personas para seguir en las condiciones climáticas y del terreno, y que eligieron esperar en un lugar determinado. No hay tampoco el dramatismo en cuanto al efecto del mal de altura. La narración del ascenso, de hecho, es bastante simple:

³²⁰ *Ibíd.*, 5.

³²¹ *Ibíd.*, 7.

³²² *Ibíd.*, 6.

³²³ *Ibíd.*, 7.

³²⁴ *Ibíd.*

Después de haber subido hasta la una de la tarde desde las seis del día a pie llegamos al fin de esta rebentazón [*sic*] y no pudimos pasar adelante por una profundísima quebrada que estaba delante, en este lugar viendo la imposibilidad de seguir midio el Barón por el Barómetro que estábamos en la altura de 3036 toesas y por consiguiente muy inmediatos a la cima [*sic*], teníamos mucho viento, subimos cuerpo sin abrigo, tanto por la dificultad de llevar un grande volumen por el viento cuanto porque nos habríamos fatigado [*sic*] en tan grande subida con el más pequeño pero: la bajada no fue menos incómoda que la subida por los continuos resbalones en la nieve y en las piedras que nos hacían caer a cada instante.³²⁵

Otro aspecto en el que difiere de Humboldt está en la descripción del descenso: menciona que debido a la caída constante de la nieve, quedaron cubiertos y mojados, se borraron las huellas del ascenso ante lo cual se vieron en riesgo de perderse, además de que no escuchaban los gritos de quienes estaban abajo. Tardaron finalmente dos horas en bajar. El texto menciona un aspecto que Humboldt no refiere en ninguno de sus textos, y que podrían dar crédito a la presencia aborigen en la montaña, tal y como aconteció con las piedras talladas encontradas por Whymper en la cumbre del Corazón: “En la mayor altura que estuvimos, y hasta donde no han estado hombres jamás, encontramos varias piedras quemadas de que se infiere sea volcán pues de otro modo no podría haberlas en tanta altura, aunque no hay tradición que haya reventado”.³²⁶

De allí en adelante la narración continúa sobre su trayecto hacia el sur, en la que destaca su impresión sobre la fortaleza de Inga Pirca, demás objetos y caminos prehispánicos, ante los cuales denuncia su deterioro a falta de quien pueda ejercer un cuidado adecuado. Hay un dato, en comparación al texto de Hall, sobre la diferencia del clima entre el Nudo del Azuay y el norte de la Provincia: “esta parte de la cordillera se ha hecho un poco temible por sus fuertes nevadas y vientos que como son tan continuos hay muchos ejemplares de gentes que han muerto entumescidas [*sic*], no es mucha altura, pero le hace tan fuerte que tiene delante es un encañonado muy largo, muy lodoso y de mallísimos [*sic*] caminos que hacen tardar los pasajeros largo tiempo”.³²⁷

A diferencia de los textos de Boussingault y Hall, en Montúfar no hay un intento por desarrollar una narrativa sensible frente al estado natural del paisaje andino. Ni con respecto al Chimborazo en particular, ni en cuanto a la impresión natural en marcos generales. Al igual que en la relación de Hall, la ascensión no ocupa un lugar central de su relato, pero más aún, es una parte, breve además, que tampoco resalta en la

³²⁵ *Ibid.*, 7-8.

³²⁶ *Ibid.*, 8.

³²⁷ *Ibid.*, 9.

identificación del título de su diario. La narración de Montúfar responde más a un discurso cronológico de impresiones inmediatas y detalles informativos de los lugares que transita. Si hubiera que situar una fijación particular al interior del texto, éste sería la referencia que Montúfar tiene con respecto a la Quina, lo cual evidencia, quizás, los proyectos de los Montúfar de un futuro negocio en torno a la cascarilla.³²⁸ Y sin embargo la presencia de la *hazaña* de la altura alcanzada, en sus pocas líneas, no pasa desapercibida. Tratándose de un diario, sitúa un aspecto difícil de evadir en la construcción del relato personal. Un relato que mantiene cercanías con la manera en que se narran las experiencias, así como las expresiones, datos y observaciones en torno al paraje andino por parte de los viajeros europeos. El Pichincha y el Chimborazo son ejes particulares de un viaje, engranajes de investigación científica, mediciones, recolecciones y apreciaciones que deben ser registradas. Evento y narración, los componentes indivisibles de la aventura, están aquí atenuados. No hay un autoengrandecimiento, pero tampoco una evasión. El registro narrativo del viaje, en este sentido, pudo haber sido planteado como un proyecto de aventura, de significaciones personales que Montúfar mantuvo consigo en su viaje y en su posterior estadía en España, puesto que, Marcos Jiménez de la Espada menciona haber encontrado el manuscrito en alguno de los archivos o bibliotecas de Madrid. Un proyecto de aventura que, a pesar de haber quedado cortado, no pasó al olvido.

Entre su estadía en Europa, la participación en el ejército real, el regreso a Sudamérica, su destierro y posterior participación en el ejército de Bolívar que terminó en su fusilamiento, puede verse a su vez como un evento cortado, de una hazaña idealista que no pudo vivir, de una carrera militar ambivalente de la que tampoco conocemos su versión. Irónicamente, como una ascensión parcial al Chimborazo, la aventura queda no sólo atenuada, sino suspendida.

4. Objetos que se bifurcan

La manera en cómo se entreteje tanto el discurso como las representaciones, configuran un marco exógeno delineado por la idea del afuera natural, y una demarcación endógena que se basa en las impresiones sobre ese marco exógeno. Ambas establecen la lectura de las continuidades, rupturas y combinaciones de los eventos vinculados a las

³²⁸ Hampe, “Carlos Montúfar y Larrea”, 717.

ascensiones de la montaña y la exploración científica. Esta interacción en torno a los acontecimientos de ascensión hace posible situar la posición del sujeto, así como el imaginario del objeto montaña, una interacción que no se basa en observar a las ascensiones y sus narraciones como manifestación unívoca de un marco en particular, sino en la combinación o bien en la hegemonía de la particularidad de una expresión sobre la otra, entre las cuales se ha trabajado al menos tres: el acto de la ascensión, la apreciación sensible de la naturaleza y su justificación comunicativa, y la apreciación y justificación científica en torno a los objetos y fenómenos naturales.

La presencia de la aventura en torno al Chimborazo ha ofrecido una mirada sobre su configuración en tres manifestaciones principales vinculadas al acontecimiento de ascensión de la montaña durante el primer tercio del siglo XIX. La primera de ellas se basa en el lugar que ocupó la inclusión de la relación entre Humboldt y el Chimborazo en la ciencia del Romanticismo. Este lugar se fundamenta por los elementos inherentes del romanticismo que modelaron la inclusión de esa relación entre Humboldt y el Chimborazo: la figura del genio o del héroe solitario, la presencia del azar como parte constitutiva del destino romántico, el laboratorio o sus experimentos vinculados al acto de magia, y la poética romántica reflejada en el modelo reducido de la totalidad de la naturaleza del perfil transversal de la montaña. En medio de estos elementos constitutivos de la ciencia del Romanticismo, se encuentra el intento de ascensión a la montaña como elemento mediador que permite su ensamblaje. Este elemento, expuesto en el evento o el acontecimiento, hace posible la creación del sujeto humboldtiano, una creación situada a raíz y en el transcurso de la confluencia de esos elementos constitutivos de la ciencia romántica. En este sentido, no corresponde a la subjetividad de Humboldt la creación del Chimborazo como ideal estético y paradigma de un conocimiento o concepción de la naturaleza, sino que es el acontecimiento lo que subjetivizó la figura de la singularidad humboldtiana, fue el perfil transversal del Chimborazo lo que dio paso a la constitución del sujeto de la ciencia humboldtiana. Así también, la ciencia humboldtiana no responde a la ciencia de Humboldt, sino a la de un paradigma reconocible por la presencia de la aventura, es decir, a la manifestación poetológica que se evidencia en el lenguaje y la montaña como componentes indivisibles.

A diferencia de Humboldt, que situó su poética a partir de la imagen, y alejándose del espacio mundano de los relatos directos de la experiencia, es decir, confiando en la fuerza unificadora de las leyes universales manifestadas en un modelo reducido que supera a la experiencia como tal, el caso de Boussingault se forja en una relación más

directa de la corporalidad entendida como herramienta del trabajo científico. La aventura, mundana en esta línea, y más evidente en cuanto a la relación entre la necesidad de utilizar el lenguaje escrito en el acontecimiento de los espacios vividos por fuera de los hechos comunes de la vida, pertenece a la vinculación de la ascensión como un elemento justificado por la ciencia. La aventura en Boussingault mantiene el ideal del conocimiento atravesado por la experiencia. En este sentido, se va afectando la mirada poetológica de la naturaleza, por la de una corporalidad más evidente y acorde con la ascensión como elemento de la exploración científica.

Hall, a diferencia de Humboldt y Boussingault, mantiene una mirada integradora en cuanto a la inserción del doble intento de ascensión al Chimborazo. Esta mirada integradora persiste en observar a los Andes sin la centralidad del Chimborazo. Su perfil fitogeográfico de los Andes plantea un escenario comparativo entre dos montañas: Chimborazo y Pichincha. Estas no se muestran por sus alturas en sentido de rivalidad o récord de altitud, sino como un esquema de la orografía particular de los Andes del Ecuador y de las zonas de vegetación que la componen. Este delineamiento también se hace evidente en el hecho de que Hall no se preocupa por mostrar un mapeo de ruta del Chimborazo, sino más bien del volcán Pichincha. El Chimborazo y el doble intento de ascensión en su informe de viaje, en este sentido, es un elemento más dentro del tejido del relato, por lo que se puede señalar que el acontecimiento responde a la totalidad del viaje y las ascensiones a las montañas más que al señalamiento de la ascensión a una montaña en particular. Tanto Hall como Boussingault no siguieron la estela de un paradigma estético y filosófico que Humboldt establece en su distanciamiento de la montaña, o más bien, en la propuesta de esa mirada contemplativa que no exhibe un lugar *en* el espacio representado sino *desde* su lejanía. Hall y Boussingault siguen una agenda científica, pero sobre todo siguen esa estela exógena que se constituyó alrededor del evento de la ascensión de Humboldt.

Las representaciones retóricas y visuales de Humboldt, Boussingault y Francis Hall, responden a tres elementos presentes en la interacción del acontecimiento que van dibujando la relación entre la exploración científica, el acto de subir montañas y sus implicaciones retóricas, con respecto a la aventura en los Andes. Las exploraciones de estos sujetos de ciencia a esta montaña durante el primer tercio del siglo XIX dan cuenta de que el producto de la exploración científica se encuentra delineado por la trama de la aventura, una trama que necesita de la presencia de la ciencia como su herramienta constitutiva. Al comparar la versión mundana de Humboldt —su relato sobre su ascensión

al Chimborazo— con los de Hall y Boussingault, los tres se diferencian en el posicionamiento o los matices que dibujan frente al ímpetu de su fascinación por ese afuera en su violencia natural. Humboldt sigue apostando por ejemplificar una actitud filosófica donde el Chimborazo representa ese “objeto cansino” de todas sus preguntas, combinando la información de los desafíos de la ascensión con una retórica poética. Boussingault apuesta más bien por un relato de enaltecimiento de la hazaña de la altura, situando a la montaña como eje central de la actitud del sujeto científico. Hall, por su parte, juega con los dos matices, hay una tendencia de enaltecimiento, pero no es el sentido de su narración. Hall apuesta por una centralidad en la exposición general del panorama local que relata con fines científicos: dar a conocer un panorama general de su viaje por los Andes. El Chimborazo, como ya se mencionó, es por lo tanto un elemento más de los que componen la arquitectura de su discurso.

Entre los elementos que pueden sugerir la continuidad de manifestaciones de aventura, se puede resaltar que en su texto sobre su ascensión al Chimborazo, Humboldt marca los mismos lineamientos que Boussingault y Hall, donde el Chimborazo y los Andes no designan solamente un espacio físico o una alegoría de supremacía o gesta de la fama, sino también los espacios romantizados del drama: el relato de los barrancos, la inclemencia del clima, el cruce de las nieves perpetuas o el agotamiento que producen las alturas. Estos espacios abismales permiten visualizar y constituir la noción de esos lugares que no son y no pueden ser entendidos como espacios de cultura. La experiencia de la altura en una montaña como el Chimborazo hace referencia a la noción del afuera, se urde en contraposición a lo conocido (el hábitat artificial de lo urbano y civilizado). La noción del afuera puede ser concebida como todo lo ajeno a los dominios aparentes de la vida ordinaria, y se constituye muchas veces por la manera en que se deslizan y disputan las fuerzas de su representación. Representación que resulta necesaria, puesto que aquello que se concibe como inhóspito, debe aparecer finalmente como legible y domesticado. Y es justamente en el proceso de esa legibilidad y domesticación donde se adquiere a su vez la posesión simbólica del espacio inhóspito, en tanto objeto observado y construido desde la mirada aventurada, donde evento y narración se vuelven indivisibles.

La eventualización de las ascensiones al Chimborazo, por lo tanto, es la de una continuidad de las nociones de lo exótico y lo inhóspito que están íntimamente vinculadas al escenario del montañismo. Nociones fuertemente enlazadas a las interacciones del conocimiento, el descubrimiento y la conquista, y que mantienen tensiones al momento de representar al objeto en su creación. Las interacciones entre los marcos exógenos y

endógenos se caracterizan entonces por la creación de un sujeto fundador: un individuo en su hazaña del encuentro con la mayor altura alcanzada. Y la de un objeto: una montaña arraigada en el imaginario de una comunidad científica y sociedad europeas.

Quizás el diario de Montúfar podría situarse en un plano distinto, donde el Chimborazo parece estar situado como un elemento subordinado en comparación al énfasis que realiza al viaje en sí pero también a la cuestión del interés que suscita Montúfar con respecto a la Quina. A esto se puede añadir la posibilidad de un proyecto de aventura que se vio cortado, sin poder tener un cuerpo narrativo cabal y concreto, así haya estado destinado al género de diario personal. Y subordinada se ubica también la altura alcanzada en la montaña, al suspender ese supuesto récord al describir las piedras quemadas a tal altitud.

El texto de Montúfar está lejos de ser un texto erudito. Y, sin embargo, antes de finalizar el siglo XIX, ese texto, lleno de simpleza narrativa, con errores sintácticos y ortográficos, terminó inscribiéndose en registros de interés intelectual. Es decir, todo aquello que podía haber sido dicho sobre la expedición, o bien sobre el ascenso al Chimborazo, se concreta en ese espacio de transcripción y publicación facilitado por Jiménez de la Espada, adquiriendo validez histórica como un documento que expone ese aspecto exógeno y endógeno en torno a la aventura en el paraje andino.

Capítulo segundo

Edward Whymper y los altos Andes del Ecuador: En medio de la autoridad científica y *el arte del montañismo* (1879-1892)

La noche del nueve de mayo de 1881, ante la *Royal Geographical Society*, Edward Whymper (1840-1911) expuso algunos de los aportes científicos y geográficos que realizó durante su viaje a los Andes Ecuatoriales. Un público de más de mil personas, escuchaban a Henry Bruce, Lord de Aberdare, entonces presidente de la nombrada sociedad, decir que el señor Whymper no necesitaba ningún tipo de introducción: su nombre era un motivo de orgullo para los ingleses. Antes de su viaje a Sudamérica, Whymper se había distinguido por riesgosas ascensiones a cumbres inexploradas, “demostrando las más grandes habilidades y el coraje necesario en medio de los peligros” de los altos parajes alpinos. A esto, añadía que Whymper se destacaba por ser un observador e investigador de la naturaleza en sus distintos aspectos, cualidades que “había manifestado en un grado aún mayor durante sus aventuras en los gigantescos Andes”.³²⁹ Su conferencia, *A Journey among the Great Andes of the Equator*, pretendía dar a conocer los rasgos prominentes de la república que llevaba como nombre la línea ecuatorial: regiones volcánicas, mediciones de las montañas y glaciares que superaban en altura a los Alpes, se intercalaban en la voz de Whymper con escenas de interacciones sociales, descripción de objetos materiales y anécdotas sobre el paisaje natural y cultural.³³⁰ Su lectura tejió una mirada amplia y detallada de lo que había sido su travesía hacia y a través de los Andes del Ecuador entre diciembre de 1879 y julio de 1880.

No era la primera vez que se daba a conocer el viaje de Whymper en Londres. Ya en noviembre de 1880, el *Alpine Journal*, la revista del *Alpine Club* (institución a que pertenecía Whymper desde 1860), dio a conocer los pormenores de su viaje a modo de itinerario de viaje. Bajo el título de *Expeditions among the Great Andes of Ecuador*, este itinerario fue presentado en cinco entregas que se prolongaron hasta mayo de 1882.³³¹ A propósito del itinerario, el editor de la revista anunció:

³²⁹ Edward Whymper, “A Journey among the Great Andes of the Equator (Read at the Evening Meeting, May 9th, 1881)”, in *Proceedings of the Royal Geographical Society, and Monthly Record of Geography*, ed. Henry Walter Bates (London: Edward Stanford, 1881), 3:469.

³³⁰ Whymper, “A Journey among the Great Andes”, 449-71.

³³¹ Noviembre 1880, febrero 1881, mayo 1881, agosto 1881, febrero 1882, mayo 1882. Véase William Augustus Brevoort Coolidge ed., *The Alpine Journal: A Record of Mountain Adventure and*

Las siguientes notas se han recibido del Sr. Whymper sobre las expediciones que realizó en los Andes del Ecuador durante 1879-80. Entendemos que de los 212 días que su grupo pasó en el interior del país, sólo hubo cuatro en los que se encontraron a menos de 6.000 pies (1828 m.) sobre el nivel del mar. Treinta y seis noches se pasaron a alturas superiores a 14.000 pies (4267 m.). Las alturas citadas en todo el documento estarán sujetas a corrección al volver a calcularse.³³²

Antes de la conferencia ante la *Royal Geographical Society*, el 1 de febrero de 1881, Whymper se había presentado ante el *Alpine Club*, aunque en las instalaciones de la *Royal Institution*, la cual contó también con una asistencia de cerca de mil personas. A esta conferencia asistieron personalidades de la realeza británica como el Príncipe de Gales (Albert Edward, futuro Rey Edward VII) o la entonces laureada celebridad femenina de Inglaterra, Florence Dixie, hija del 8vo Marqués de Queensberry³³³. El mismo príncipe había elogiado y agradecido a Whymper por su entretenida e interesante lectura. Según los mismos comentarios del Lord de Aberdare en referencia a la mencionada lectura, Whymper había presentado una menor incidencia en el contenido científico, así como en las referencias geográficas, pero hizo “un relato extremadamente entretenido de sus aventuras, con minuciosas descripciones de los terribles sufrimientos padecidos por él y sus dos gallardos compañeros de los Alpes”.³³⁴

La conferencia ante la *Royal Geographical Society* fue publicada en agosto del mismo año en los *Proceedings* de esa institución. En ella se incluyó un diagrama para ilustrar la parte norte del viaje,³³⁵ al igual que un grabado inédito del volcán “Sangai” (Sangay), que no volvió a reproducir en otra publicación,³³⁶ visto desde el Chimborazo a

Scientific Observation by Members of the Alpine Club (London: Longmans, Green, and Co., 1882), 10:113-22; 185-94; 241-51; 369-77; 425-42.

³³² *Ibid.*, 113.

³³³ Florence Dixie (1855-1905) fue la hermana menor de Sir Francis Douglas (1847-1865), quién por su corta edad y su posición social, ocupó el centro de atención de la tragedia ocurrida durante el descenso de la primera ascensión al *Matterhorn* en 1865 impulsada por Edward Whymper, donde fallecieron cuatro de los siete alpinistas que integraron la expedición a la cumbre del último pico remanente de las altas cumbres alpinas. Véase Edward Whymper, *Scrambles amongst the Alps in the years 1860-69* (London: John Murray, 1871), 370-408. Dixie publicó un libro de viaje de gran recepción sobre la Patagonia austral realizado en 1879, al que tituló *Across Patagonia*. Véase Florence Dixie, *Across Patagonia* (Edinburgh: Richard Bentley & Son, 1880). Sobre una lectura de este viaje, véase Mario Silveira, “Lady Florende Dixie en la Patagonia Austral (1879)”, XII Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia (Departamento de Historia, Facultad de Humanidades y Centro Regional Universitario Bariloche. Universidad Nacional del Comahue, San Carlos de Bariloche, 2009), <https://www.aacademica.org/000-008/726>.

³³⁴ Whymper, “A Journey among the Great Andes”, 470.

³³⁵ Edward Whymper, “Diagram to illustrate the Northern part of Mr. Whimper’s travels among the Great Andes of the Equator”, in *Proceedings of the Royal Geographical Society, and Monthly Record of Geography*, ed. Henry Walter Bates (London: Edward Stanford, 1881), 3:512.

³³⁶ En Whymper, *Travels amongst the great Andes of the Equator*, 74, se exhiben tres imágenes que ilustran por separado la erupción expuesta en ese grabado, para dividir en secciones el evento eruptivo

una altura de 5303 m. en proceso eruptivo (Fig.3).³³⁷ Diez años más tarde, en Londres, cerrando la producción literaria y científica de su viaje con el atractivo título de *Travels amongst the Great Andes of the Equator*, Whymper publicó finalmente los resultados y pormenores de su expedición en formato de libro con una gran recepción en Inglaterra, Europa continental y Norteamérica. El título del libro es una eufonía de su éxito literario de 1871, *Scrambles amongst the Alps* (1871). Esa correlación explícita entre los títulos permitió no sólo el encabalgamiento de los Andes con el imaginario del montañismo, sino que vinculó a esta cadena montañosa con las grandes eras del alpinismo.³³⁸

Scrambles amongst the Alps es el gran referente clásico del montañismo. En él, Whymper se dedicó principalmente a relatar sus intentos de ascensión —y la ascensión definitiva— durante cinco años al *Matterhorn* (4478 m.), cuya campaña decisiva por la conquista de su cumbre la disputó con el italiano Jean-Antoine Carrel (1829-1890) en 1865. Carrel era nativo de *Valtournanche*, localidad alpina a los pies del *Matterhorn* en el lado italiano. Como era usual para varios habitantes de esos parajes alpinos durante esos años, Carrel solía servir de guía para los alpinistas (británicos en su mayoría).

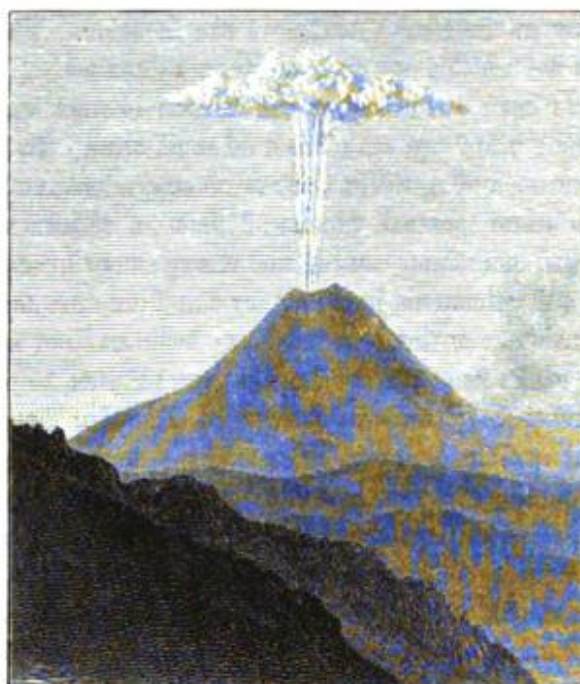
Quince años más tarde de la conquista del *Matterhorn*, Jean-Antoine y su joven primo, Louis Carrel, fueron los “dos gallardos compañeros de los Alpes” que acompañaron a Whymper a los Andes en calidad de guías, realizando la apertura del primer ascenso registrado a la cumbre del Chimborazo, además de varias de las altas montañas del Ecuador, cimas hasta ese momento aparentemente *intocadas* por la huella humana. Ya en Italia, el 9 de enero de 1881, los Carrel fueron laureados con certificados de honor por su desempeño realizado durante el viaje a los Andes del Ecuador por el *Club Alpino Italiano*.³³⁹

particular del Sangay. Sin embargo, el grabado, como se puede observar en la Figura 3., presenta por sí mismo un trabajo minucioso y estético propios del arte del grabado de Edward Whymper.

³³⁷ Whymper, “A Journey among the Great Andes”, 458. El Sangay fue una de las pocas elevaciones que no logró ascender, debido a que tenían establecido su viaje de regreso a Europa y “como viaje hacia esa montaña en particular habría llevado varias semanas”. Véase Edward Whymper, “Expeditions among the Great Andes of Ecuador. V”, in *The Alpine Journal: A Record of Mountain Adventure and Scientific Observation by Members of the Alpine Club*, ed. William Augustus Brevoort Coolidge (London: Longmans / Green & Co., 1882), 10:377.

³³⁸ Como se expondrá más adelante, la Era Dorada del Montañismo (*The Golden Age of Mountaineering* 1854-1865) abarca la época de la conquista de las grandes elevaciones de los Alpes, efectuadas principalmente por ingleses, así como la creación de los clubes de montaña en Europa. A esta le sigue la Era de Plata del Montañismo (*The Silver Age of Mountaineering* 1865-1882) en donde se completaron la ascensión a montañas, de menor tamaño, que todavía permanecían sin ser escaladas en los Alpes así como la apertura de nuevas rutas que fueron aumentando la concepción de dificultad en el montañismo.

³³⁹ “Alpine Notes: Italian Alpine Club”, in *The Alpine Journal: A Record of Mountain Adventure and Scientific Observation by Members of the Alpine Club*, ed. William Augustus Brevoort Coolidge (London: Longmans / Green & Co., 1882), 10:237.



SANGAI, AS SEEN FROM AN ELEVATION OF 17,400 FEET ON CHIMBORAZO.

Figura 3. Edward Whymper: “Sangai visto desde una elevación de 17,400 pies en el Chimborazo”
Fuente: “A Journey among the Great Andes”, 58. Imagen de la Royal Geographical Society.

El resultado del viaje, con más de cuatrocientas páginas, fue publicado como *Travels amongst the Great Andes of the Equator*. Entre los resultados de carácter científico se encuentra un trabajo cartográfico donde Whymper completa el diagrama norte de su viaje presentado en la versión impresa de su conferencia. Este incluye también un mapa del Chimborazo, en el que destaca y bautiza la mayoría de sus lenguas de glaciar, ventisqueros y algunos valles, o al menos todo lo que pudo observar con claridad. Asimismo, señala el glaciar por donde realizó la primera de las dos ascensiones a esta montaña. A esto se añade una vertiente del glaciar suroccidental de otra de las grandes montañas de la mitad del mundo: el volcán Cayambe, que se eleva a 5.790 metros de altura.

A propósito de ese libro, en 1892, La *Royal Geographical Society* condecoró a Whymper con la *Patron's Medal*, una de sus dos medallas al mérito científico, sustentando la decisión en este motivo:

La Medalla Patrona o Victoria al Sr. Edward Whymper por los resultados de su viaje en 1879-80, registrados en su obra “Viajes a través de los Altos Andes del Ecuador” [...] El Sr. Whymper ha corregido y agregado en gran medida a nuestra información geográfica y conocimiento físico de los sistemas montañosos del Ecuador. Adjunto a su libro, hay un mapa de ruta que se extiende sobre 250 millas y fija la posición de todas las grandes montañas ecuatorianas, construido a partir de observaciones originales del teodolito, con

un estudio detallado del Chimborazo y su sistema de glaciares. El Sr. Whymper también hizo una serie de cuidadosas observaciones sobre la acción de las bajas presiones en la estructura humana.³⁴⁰

El viaje de Whymper se posiciona en una comunicación directa entre el alpinismo y la legitimidad de su autoridad científica. A pesar de que su viaje presentó una duración relativamente escasa, destaca no sólo por la gran cantidad de ascensiones realizadas, sino por las discusiones científicas que planteó en materia geográfica, glaciológica, fisiológica, y tecnológica. Su presencia científica, curiosamente de alguien que no era científico propiamente hablando, suscitó cambios en la percepción geográfica de lo que se había expuesto sobre los Andes y en particular sobre la región entre el Chimborazo y el litoral ecuatoriano. Su estudio fisiológico implicó récords de supervivencia humana en grandes alturas tras haber permanecido durante 26 horas consecutivas por sobre los 5700 metros en el volcán Cotopaxi (5897 m.). A esto se suman las intensas observaciones y comparaciones entre los barómetros mercuriales y aneroides, lo que mereció un libro especializado al respecto.³⁴¹

Great es un término que se registra con frecuencia en la escritura de Whymper, y que a su vez responde al orgullo imperial británico de la época. Este adjetivo de la lengua inglesa comúnmente ha definido lo que se encuentra por encima del promedio, ya sea en cuanto a cualidad en alto grado, notoriedad o importancia, rango o prestigio, eminencia o nobleza; por lo que su uso generalmente implica una descripción meritoria.³⁴² Este término advierte un lugar particular que se remonta a sus diarios de adolescencia: con apenas diecisiete años intuyó que algún día se convertiría en una figura importante, dejando esa preocupación en manos del tiempo, como el único fenómeno capaz de confirmar su destino.³⁴³ Los retratos desde sus excursiones a los Alpes hasta la actitud

³⁴⁰ “The Royal Medals and other Awards”, in *Proceedings of the Royal Geographical Society, and Monthly Record of Geography*, ed. Scott Keltie (London: Edward Stanford, 1892), 14:316.

³⁴¹ Edward Whymper, *How to use the Aneroid Barometer* (New York: Charles Scribner’s Sons, 1891).

³⁴² Véase, por ejemplo, Samuel Johnson, *A Dictionary of the English Language* (London: W. Straham, 1755), 1:323; John Ogilvie & Charles Annandale, *The Imperial Dictionary of the English Language* (London: Blackie & Son, 1883), 2:425.

³⁴³ En esta referencia de su diario con fecha del 15 de diciembre de 1857, menciona: “Hice recados, corté y blanquéé madera para el Sr. Glennie, terminé *Porta Nigra* y seguí con grandes diagramas. Más allá de mi lista de trabajo diario, rara vez digo algo sobre mí, pero hoy lo haré. Cuando empecé a trabajar (dibujando sobre madera), no me gustaba nada y deseaba irme al mar. Este deseo se desvaneció con el tiempo y me acomodé a mi destino (en cierto modo), pero muy descontento. En mi cabeza flotaban ideas de que algún día sería una gran persona, el personaje de mi época, quizá Primer Ministro, o al menos millonario. ¿Quién no las ha tenido? Aún no me han abandonado: el tiempo demostrará si son ciertas o erradas. Pero ahora puedo dedicarme a lo que me depare la vida, mucho más contento de lo que pensaba entonces”. British History Online, Edward Whymper, *The Apprenticeship of a Mountaineer: Edward*

que desprendió al final de sus días pueden ser leídos como imágenes o expresiones concéntricas del modelo representado o la circunstancia vivida. En ellos resalta la figura de un sujeto que rebosa de una singularidad fija y absoluta, como si un aire de heroicidad, basado en la identificación montañera, pretendiese inundar la totalidad de la imagen.³⁴⁴

Esta presencia de heroicidad, sustentada en la vinculación al montañismo, proyecta una concepción particular del cuerpo humano en su relación con el terreno que exige esa actividad. El *piolet*, la herramienta que posibilita el acceso a los terrenos más expuestos de alta montaña, no sólo implica la prominencia de esa actividad conocida como alpinismo, se proyecta como la extensión corporal que permite dominar la tecnicidad del terreno de montaña. El *piolet* permite el despliegue de una variedad de significaciones que no se reducen única y exclusivamente a la práctica del montañismo. Si se piensa por un momento en la imagen de Edward Whymper con esa herramienta en mano, y a esto añadir el subtítulo de la revista del *Alpine Club: A Record of Mountain Adventure and Scientific Observation* (Un registro de aventuras de montaña y de observación científica), podría suscitar preguntas de interés con respecto al mundo del alpinismo y a los campos de la ciencia vinculados a la actividad montañera en los Andes. Aún más si se considera a las audiencias, cercana y superior al millar, que se congregaron para escuchar sobre su viaje, lo que denota un alto grado de interés por esta sección ecuatorial de la gran cordillera sudamericana. Preguntas como: ¿qué lugar ocupó el Chimborazo y la geografía de los altos Andes del Ecuador en la disciplina del montañismo?, ¿cómo se integró esta zona geográfica en las discusiones o preocupaciones científicas expuestas por un alpinista como Whymper?, ¿qué interacciones culturales suscitaron la aventura alpina en los Andes?, o ¿qué implicó el acontecimiento de las primeras ascensiones a la cumbre del Chimborazo con respecto a la aventura en la elaboración del sujeto whympereano y del objeto montaña?

Literatura de diversa índole ha abordado de manera sustancial, aunque breve, el viaje de Whymper al Ecuador.³⁴⁵ Algunos de ellos lo han realizado de manera exclusiva,

Whymper's London Diary, 1855-1859 (London: London Record Society, 2008), accedido el 10 de octubre de 2020, párr. 107, <http://www.british-history.ac.uk/london-record-soc/vol43/pp98-123>.

³⁴⁴ Whymper murió el 16 de septiembre de 1911 a la edad de 71 años en *Chamonix* (Francia). Había sufrido un síncope, y se negó a recibir tratamiento médico, retrayéndose en su habitación del *Grand Hotel Couttet*. Su lápida en *Chamonix* reza: *Author-Explorer-Mountaineer*. En una necrología realizada por T. G. Bonney en la revista *Nature* en su edición del 21 de septiembre de 1911, define a Whymper como alguien que sobrepasaba la catalogación de montañista impertérito y exitoso. Véase Thomas George Bonney, "Edward Whymper", *Nature* 87, n.º 2186 (London: 1911): 388.

³⁴⁵ Véase, por ejemplo, los trabajos en campos de arqueología y biología: Marco Cruz Arellano, "Sobre las huellas de Whymper", *Revista Montaña*, n.º 23 (Quito: Club de Ascensionismo del Colegio San Gabriel, 2006): 38-41; Álvaro Barragán et al., "The History of Entomology in Ecuador", in *Annales de la*

mientras que otros lo han situado dentro de un marco general a modo de caso o complemento de caso. Estos trabajos han enfatizado, o bien la influencia de las teorías darwinistas y leyes de la termodinámica, o bien aspectos inherentes al desarrollo subjetivo del prestigio científico.³⁴⁶ Sin embargo, muchos de ellos mantienen un enfoque donde la interpretación entre las interacciones intercultural, social, subjetiva e intelectual quedan aún por desplegar.³⁴⁷

La posibilidad de estudiar el acontecimiento de las ascensiones de Whymper al Chimborazo, permite rastrear, a través de la categoría de aventura, la construcción de la imagen del montañista científico en los Andes. Esta imagen se elabora principalmente en Whymper a partir de la consolidación de la veracidad de las ascensiones y la configuración de la autoridad científica. Estos dos elementos están íntimamente vinculados a la elaboración del objeto montaña como escenario de conquista montañera y laboratorio científico. Tanto el desafío como la concepción de la indagación científica de la alta montaña son partituras que se enraízan en el posicionamiento del montañista científico. La conquista de la cumbre es el valor añadido a los estudios y viceversa. Su producción, al estar relacionada con la literatura de viajes, fue un eco de esa clásica relación entre el público lector de los imperios europeos y los espacios naturales inhóspitos. Su destino decantó en el consumo de estos espacios lejanos para un público ávido de la literatura de viajes. La inscripción del montañismo en su viaje, al resonar en el centro del imperio, permitió la consolidación de la imagen del montañista científico que se enaltece a partir de su herramienta de alpinismo en aporía e ilusión de la conquista imperial y antropogénica de los altos espacios de montaña.

Société Entomologique de France 45, n.º 4 (Paris: Société Entomologique de France, 2009): 410-23, doi: 10.1080/00379271.2009.10697626. Se pueden nombrar también, en el campo de la Historia de la Ciencia: Michael Reidy, "Mountaineering, Masculinity, and the Male Body in Mid-Victorian Britain", in *Osiris: Scientific Masculinities* 1 (Chicago: The Chicago University Press, 2015): 158-81, <http://www.jstor.org/stable/10.1086/682975>; Bruce Hevly, "The Heroic Science of Glacier Motion", in *Osiris: Science in the Field* 11 (Chicago: The University of Chicago Press, 1996): 66-86; Cañizares-Esguerra y Thurner, "Andes", 217-24. Asimismo: José Juncosa, "Introducción", en Edward Whymper, *Viajes a través de los majestuosos Andes del Ecuador* (Quito: Abya-Yala, 1993), 1-8; Gene McQuillan, "A Reputation as an Explorer: Journeys to Chimborazo", *Interdisciplinary Literary Studies*, vol 3, n.º 1 (Pennsylvania: Penn State University Press, 2001): 106-23, <https://www.jstor.org/stable/41206993>; Jane Insley, "«Lower It Would Not Go» Travels Amongst the Great Andes by Edward Whymper in 1879-1880" (Ponencia International Federation of Surveyors XXII International Congress, Washington D.C. 19-26 de abril de 2002), https://www.fig.net/resources/proceedings/fig_proceedings/fig_2002/Hs4/HS4_insley.pdf.

³⁴⁶ Reidy, "Mountaineering, Masculinity", 158-81; McQuillan, "A Reputation as an Explorer", 106-123; Hevly, "The Heroic Science", 66-86.

³⁴⁷ Una excepción es la mirada crítica de género en el trabajo de Clare Roche, "The Ascent of Women: How Female Mountaineers Explored the Alps: 1850-1900" (tesis doctoral, Birkbeck University of London, 2015), <https://eprints.bbk.ac.uk/id/eprint/40169/>.

El objetivo de este capítulo se sustenta, por lo tanto, en indagar el trasfondo y el contexto del viaje de Whymper a los Andes. Esto incluye los antecedentes de su vida familiar, las vinculaciones con la industria editorial, los círculos artísticos e instituciones científicas en los que se insertó a través de incursión en el alpinismo. En este repertorio, los Andes y sobre todo el objeto montaña que corresponde al nombre Chimborazo durante su viaje a Sudamérica, representan un elemento central. El coloso andino fue la primera y última elevación en ser ascendida durante su recorrido en los Andes. Tomando como referencia su libro de viajes, por ejemplo, esta montaña ocupa un lugar prominente, no sólo al nombrarlo en un total de 170 páginas, sino que los capítulos II, III y XVIII, además de una buena parte de la introducción, están exclusivamente dedicados a este volcán. En la misma línea, fue la altura de la montaña la justificación del viaje al Ecuador (aunque esta decisión, en cuanto a la altura y relevancia histórica del alto paraje andino, estuvo más bien marcada, sino por el azar, al menos por un marco anecdótico),³⁴⁸ y la elaboración de su trabajo cartográfico tiene un énfasis particular en esta montaña. El Chimborazo y los Andes funcionaron no sólo como ejes que activaron sociedades, instituciones científicas, círculos editoriales, consulados e influencias políticas que se produjeron a los dos lados del Atlántico, sino que volvieron a estimular, una vez más, los pliegues de la aventura en ambos continentes.³⁴⁹

A pesar de que se han utilizado elementos teóricos para la interpretación del material abordado, tales como la cuestión de la modernidad (Bolívar Echeverría), o bien con respecto a la subalternidad (Gayatri Spivak) o los regímenes escópicos (Jay Martin), así como las cuestiones de poder (Harley) para el análisis de los grabados y mapas de Whymper, la presencia del evento, la aventura y el Romanticismo abordados con anterioridad, siguen siendo un eje transversal no sólo en la manera en que se reflejan en el viaje de Whymper al Ecuador sino en la influencia que tuvo en el surgimiento del montañismo en Inglaterra y los Alpes. Con esto se pretende develar esa otra faceta de la aventura advertida en el primer capítulo, es decir, la implicación, propiamente hablando, del ejercicio de la producción del libro de viajes donde la aventura es el eje del evento (la

³⁴⁸ Como se verá más adelante, el Chimborazo no contaba en los planes de Whymper como una primera ni segunda opción. Los conflictos bélicos y fronteras científicas que se impusieron durante 1878 y 1879, dificultaron el acceso a muchas de las altas cadenas montañosas durante el tiempo destinado a sus propósitos de investigación, de manera que el Ecuador terminó siendo el único destino remanente.

³⁴⁹ Como se analizará en el capítulo cuarto, la presencia de Whymper en los Andes, fue un estímulo para el desarrollo de la actividad por parte de agentes locales a inicios del siglo XX.

ascensión, la exploración, el acontecimiento que forma la subjetivación del individuo) y la escritura (su manifestación y su registro).

De esta manera, se abarcan las formas en que Whymper integró, una vez más, al Chimborazo y los Andes Ecuatoriales a esa triangulación entre la literatura de viajes, la discusión científica y el imaginario imperial. Cabe resaltar que esa (re)incorporación se basó principalmente en el posicionamiento y reputación que había adquirido previamente su figura masculina e imperial en el registro de la aventura, de manera que su nombre, en conjunción con la rigurosidad minuciosa con la que expone sus indagaciones en materia científica, facilitaron que sea reconocido bajo un aura de autoridad.

Aunque Whymper no se ajustaba necesariamente a los preceptos predominantes de la ciencia europea, caracterizada en ese momento por el positivismo, logró posicionarse en el centro de las apreciaciones científicas inglesas a través del registro de la ciencia romántica. Este formato, común en la literatura de viajes, que entretejía la exploración empírica con la narrativa en los registros de la aventura y la observación natural, se plasmó en Whymper como un resurgimiento de ese carácter científico a fines del siglo XIX. En este sentido, no sólo dialoga directamente con sus predecesores, sino que los eventos mismos de la aventura, a través de la exposición de relatos, imágenes, y experiencias, mantienen su propio diálogo, su propia interacción.

La estructura interna del capítulo se divide en dos secciones principales: la cuestión del montañismo, y la pregunta por la exploración en los Andes del Ecuador en su imbricación con el montañismo y las ciencias. En la primera de ellas se desglosan los antecedentes tanto familiares como institucionales que permitieron la entrada de Whymper al mundo del alpinismo a raíz de la experiencia editorial y del oficio del grabado, dos elementos que estuvieron estrechamente vinculados a las producciones de la literatura de viajes y del alpinismo del siglo XIX. Se realiza también un balance historiográfico sobre el surgimiento del alpinismo en Inglaterra a partir del interés creciente de la burguesía británica por los Alpes, gesto que llevó al desarrollo y consolidación de la gran era del alpinismo y la creación del *Alpine Club*. A esto se adhiere la inmersión de Whymper en la práctica del alpinismo y lo que implicó su ascensión al *Matterhorn* para la denominada Era Dorada del Montañismo. La segunda sección aborda por entero su viaje a los Andes. Se analiza cómo transitó esa movilidad de la práctica del alpinismo entendido como una manifestación moderna —por el cambio de concepción y uso tecnológico en el acercamiento distinto hacia las altas cumbres—, al escenario de los volcanes andinos. Esto permite comprender la importancia que tuvo para el ambiente científico la capacidad

y destreza corporal del sujeto alpinista, al igual que su correspondencia en términos de veracidad y legitimidad en cuanto a los pormenores y el impacto que suscitó la expedición en los círculos sociales de Inglaterra vinculados a la ciencia y el montañismo. Se describe cómo fueron los aportes de la expedición en materia científica, concretamente en los registros de la corrección geográfica y la experimentación fisiológica a grandes alturas, con la finalidad de comprender lo que implicó el ejercicio del montañismo para el campo de las discusiones y verdades científicas en las disciplinas mencionadas. Es a partir del montañismo, que el registro de la indagación científica es desplegada e incorporada en el plano del reconocimiento científico de la época. Los Andes, en este sentido, responden a la consolidación de un laboratorio, donde se experimenta, sobre todo, con el cuerpo, cuya movilidad competente (la del alpinista) permite acceder y permanecer en aquellos lugares donde nadie o casi nadie había logrado incursionar de manera asertiva. Finalmente se indaga en las tensiones entre Whymper y los sujetos locales. Este acercamiento permite observar no sólo las displicencias y los halagos que el alpinista británico expresa sobre los nativos, sino también en el clásico planteamiento del nulo o poco interés de la población local por los espacios naturales, obliterando así también los aportes que se estaban realizando en ese momento en diversas áreas del conocimiento en el Ecuador. A esto se suma la interpretación sobre el posicionamiento de subalternidad que ocupan los sujetos locales en el registro discursivo de Whymper.

El capítulo se centra en las fuentes encontradas principalmente sobre los registros escritos y visuales de la expedición de Whymper a los Andes. Se intenta abarcar de manera general las manifestaciones discursivas que plasma Whymper en su itinerario de viaje, sus informes, las conferencias transcritas, y su libro. A esto se añaden los comentarios y trabajos que suscitaron, por parte de sujetos de ciencia, sobre sus colecciones, sus propias conferencias, su producción científica vinculada al montañismo, así como su propia vida.

1. Edward Whymper y el alpinismo

A diferencia del caso de Humboldt y de quienes lo siguieron, Whymper se encuentra en el centro de la configuración de las significaciones modernas del montañismo producidas en los Alpes a mediados del siglo XIX. Estas son: el atractivo del desafío de la ascensión por sí misma, y el despliegue técnico y tecnológico que posibilitó el acercamiento del ser humano a las más altas cumbres de Europa. Estas

significaciones no implicaron una separación tajante con el estudio científico, pero a diferencia de subyugar una expresión sobre la otra, se valorizó a la ascensión como una disciplina en busca de sus propias normas, reglas, y expresiones.

El contexto familiar e industrial de Whymper fue la vía que permitió su desarrollo como montañista. Su juventud coincidió con el despliegue de la gran era del montañismo, periodo en el que se emprendieron las primeras ascensiones a las grandes montañas alpinas. El arte del grabado, oficio familiar de los Whymper, supuso para el joven Edward el inicio y consolidación en el mundo del alpinismo. La cercanía con el medio editorial de la época que implicó ese arte permitió que Whymper accediera a las grandes obras de la literatura de viajes decimonónicas, así como a la estética gráfica y retórica de este fenómeno cultural. El negocio familiar también facilitó la bonanza económica que implicaba esa industria, aspecto que permitió a Whymper autofinanciar sus expediciones.

El alpinismo del que él fue partícipe respondía a una práctica creada y desplegada por la creciente burguesía británica. Agentes profesionales de diversa índole con formación académica, en su gran mayoría, hicieron de la disciplina del alpinismo una práctica concebida en el corazón del Imperio británico. Londres fue el centro de las manifestaciones del imaginario del alpinismo que inauguró el modelo de creación de los clubes alpinos en Europa. Mantuvo una estrecha relación con la ciencia, aunque esta no condicionaba su esfera pragmática. Sin embargo, el alpinismo británico no fue una manifestación súbita, fue heredero del montañismo creado por el romanticismo inglés. De hecho, la retórica que expresó el inicio y el posterior repertorio de sus expresiones se mantuvo fiel a la relación cinestésica y háptica que figuró la experiencia de los poetas románticos de finales del siglo XVIII e inicios del XIX en el entorno montañoso. La retórica de la práctica alpina se mantuvo fiel a lo largo del siglo XIX en las citaciones de las grandes figuras del Romanticismo británico como una forma de otorgar un fondo de contenido explícito del carácter de las montañas y lo que implicaba ascenderlas.

Este acápite, al abogar por un recorrido sobre su vida temprana y sus antecedentes familiares, permite constatar precisamente cómo fue ese ambiente el que posibilitó su entrada al alpinismo. Permite también un acercamiento al fenómeno cultural que implicó el interés de los británicos en los Alpes y en el desarrollo del montañismo, delineado por el ambiente intelectual burgués.

Asentados estos pormenores, se puede afirmar que el viaje de Whymper al Ecuador estableció un nexo directo entre la práctica del alpinismo y los Andes. Este nexo no tuvo precedente alguno en esta gran cordillera sudamericana. Whymper no sólo realizó

dos ascensiones por dos rutas distintas a la cumbre de una montaña que, en registros oficiales, no conocía la presencia de la huella humana, sino que también extendió ese *modus operandi* a la gran mayoría de las altas montañas del Ecuador. En este marco, la figura de Whymper no se reduce al de un alpinista que sube y baja de las montañas apresurada e ininterrumpidamente. Entre otros aspectos, incursionó en un revisionismo histórico sobre las ascensiones al Chimborazo donde cuestionó las versiones de Humboldt y J. Boussingault: la altura a la que dijeron haber llegado en sus intentos de ascensión al Chimborazo representa un motivo de decepción para Whymper. El alpinista inglés llega incluso a ridiculizar esos relatos, pues no se fundamentan con la realidad inmediata de lo que puede percibir y experimentar un individuo entrenado en “el arte del montañismo” (“The art of mountaineering”).³⁵⁰ Sus observaciones le permitieron cuestionar las apreciaciones geográficas que habían sido elaboradas en los Andes, e iniciar las discusiones fisiológicas en cuanto a la afectación de la altura en el organismo humano.

1.1. El contexto familiar de los Whymper

Edward fue el segundo de once hermanos. La familia descendía de emigrantes holandeses que se establecieron en Suffolk (condado al Este de Inglaterra, en Anglia Oriental) a inicios del siglo XVIII. Su abuelo, Nathaniel, fue un concejal de corte liberal en Ipswich (capital del condado de Suffolk), y el hijo de este, Josiah (1813-1903), también segundo en el linaje, se instaló en Londres en 1829 junto a su hermano mayor, involucrándose en el negocio del grabado en madera y estudiando acuarela con Collingwood Smith, relevante pintor británico de la época.³⁵¹ En 1857, Josiah fue admitido como miembro del *Royal Institute of Painters in Water Colours*, donde solía exponer, de manera intermitente, algunas de sus obras desde 1844.³⁵² El padre de Edward también fue maestro de una prominente generación de dibujantes, entre los que sobresalen los nombres de Frederick Walter, Charles Keene o John William North.³⁵³ Al igual que él y por decisiones familiares, Edward será también grabador en madera y talentoso

³⁵⁰ “Era natural llegar a la conclusión de que el trabajo debía de ser sencillo si estos viajeros estaban poco familiarizados con el arte del montañismo y carentes de ayuda profesional”. Whymper, *Travels amongst the Great Andes*, 27.

³⁵¹ Lois Oliver, “Whymper, Josiah Wood”, in *Oxford Dictionary of National Biography* (Oxford: Oxford University Press, 2004), 58:793-4.

³⁵² Juncosa, “Introducción”, I.

³⁵³ Lois Oliver, “Whymper, Josiah Wood”, 794. John William North (1842-1924) mantuvo una estrecha relación con Edward, emprendieron viajes juntos para realizar bocetos, primero en Inglaterra y más tarde en los Alpes. Algunos de sus dibujos aparecen en *Scrambles amongst the Alps*.

dibujante, aspectos que le abrieron la puerta a los Alpes y al círculo editorial, científico y social hegemónico de Inglaterra desde temprana edad.

No existe un consenso exacto sobre las posibilidades económicas de los Whymper, tampoco de los pormenores de la diferenciación del apellido, puesto que al interior de la familia se modificó la *i* (latina) por la *y* (griega). Según Lois Oliver, los Whimper (redacción original del apellido), respondían a una familia aristocrática; y fue Josiah quien, después de 1840, adoptó lo que él consideraba como la escritura correcta del apellido (Whymper).³⁵⁴ Caroline Schaumann, por otra parte, da a entender que los Whymper pertenecían a una clase media baja con una movilidad social a la clase media alta en la época de Josiah, y que el apellido fue modificado para sonar más inglés.³⁵⁵ La cuestión económica no es menos problemática, aunque se puede inferir que los Whimper poseían ingresos suficientes para el sustento familiar.³⁵⁶ El caso específico de Edward, cuando contaba con 26 años de edad, da cuenta de un capital importante: logró autofinanciar su expedición a Groenlandia con un costo no menor a las 900 libras, una cantidad considerable de dinero difícil de obtener por sí mismo para un joven de aquella época.³⁵⁷ Lo mismo sucedió en su viaje a los Andes.

Tras la muerte de su primera esposa, el padre de Edward contrajo matrimonio con Elizabeth Claridge, una huérfana que fue adoptada a temprana edad por Samuel Leigh, un próspero cajero del Banco de Inglaterra. Excluida de cualquier herencia, Elizabeth trabajaba arduamente para ganarse la vida. Josiah y Elizabeth se conocieron en la Iglesia Bautista y se casaron cuando ella tenía dieciocho años.³⁵⁸ Ambos eran bautistas devotos, pertenecían a una congregación cuya convicción religiosa mantenía fuertes códigos morales, bíblicos y patriarcales. Al parecer esta era una impronta tradicional de la familia Whimper.³⁵⁹ Josiah fue electo diácono en 1855, lo cual explica la frecuencia con la que la familia solía ir a la iglesia (dos veces cada domingo). Con el paso del tiempo las hermanas de Edward siguieron las convicciones bautistas, mientras que Edward y la mayoría de sus hermanos, por el contrario, no tuvieron ningún tipo de compromisos con los credos bautistas en la vida adulta.

³⁵⁴ Oliver, "Whimper, Josiah Wood", 793.

³⁵⁵ Schaumann, *Peak Pursuits*, 180-1.

³⁵⁶ Smith, "Introduction", párr. 3. Al mostrar interés en la que sería la madre de Edward, Josiah mencionó, para asegurar a la novia, que el dinero no era un problema.

³⁵⁷ *Ibid.*

³⁵⁸ *Ibid.*

³⁵⁹ Schaumann, *Peak Pursuits*, 180.

Edward nació el 27 de abril de 1840 en Londres, en *Canterbury Place*, sobre *Lambeth Road*, avenida que cruza el río Támesis. Cincuenta años antes, un joven Humboldt, en compañía de Georg Forster, vio con asombro el mismo río. Londres fue también la ciudad donde Pedro Vicente Maldonado murió súbitamente en 1748, poco antes de incorporarse a la *Royal Society*. Cincuenta y un años más tarde de su nacimiento, en 1891, y en la misma ciudad, Edward tendrá un tintero afilado al momento de expresarse sobre Humboldt y Pedro Vicente Maldonado en referencia a los estudios y apreciaciones que estos efectuaron en los Andes, principalmente en torno al Chimborazo y su geografía circundante.

En el año de 1830 *Lambeth* emerge como un área de expansión demográfica delineada por una creciente clase obrera londinense. Su urbanización acelerada, debido a las facilidades de acceso de bienes y materiales, la transformó en un centro importante de crecimiento y desarrollo industrial. En este escenario, los Whymper, cuya posición se imbricaba con el entorno comercial y obrero, se percibían a sí mismos como agentes de una esfera social donde el arte y la literatura marcaban el compás de la alta cultura. Los contactos que generaron les permitieron establecer líneas de influencias indirectas con instancias gubernamentales y hasta con la familia real. Sus interacciones y conexiones incluían varias sociedades londinenses, entre ellas el *Southwark Book Society*, la *Society of Promoting Christian Knowledge*, la *Society of British Artist*, el *Surrey Cricket Club*, o el *Alpine Club*.³⁶⁰

Hoy en día en *Lambeth* se encuentra el Museo Imperial de Guerra (*Imperial War Museum*, antiguo *Bethlem Royal Hospital*) y el Museo de Historia de la Jardinería (*Museum of Garden History*, antigua iglesia de *St. Mary*), es decir, dos de los aspectos que destacan el espíritu victoriano presente en Edward Whymper: el poder imperial y el imaginario sobre la naturaleza (aunque con la curiosa huella de la psiquiatría y la religiosidad). Se puede añadir que el entusiasmo por la historia natural era una fascinación frecuente de la sociedad inglesa ilustrada, y de Europa del Norte, propia de los siglos XVIII y XIX, como bien lo han señalado a lo largo de la historia de la ciencia británica,³⁶¹ donde la especialización del estudio contaba tanto como su popularización o difusión.

³⁶⁰ Smith, "Introduction", párr. 30-4.

³⁶¹ Véase, entre una larga lista de estudios: David Allen, *The Naturalist in Britain: A Social History* (London: A. Lane, 1975); Lynn Berber, *The Heyday of Natural History: 1820-1870* (Garden City: Doubleday, 1980); Bernard Lightman, "«The Voices of Nature»: Popularizing Victorian Science", in *Victorian Science in Context*, ed. Bernard Lightman (Chicago: The University of Chicago Press, 1997): 187-211; Naomi Yuval-Naeh, "Cultivating the Carboniferous: Coal as a Botanical Curiosity in Victorian Culture", *Victorian Studies* 61, n.º 3 (2019): 419-45, doi:10.2979/victorianstudies.61.3.03.

Los grabados y el mundo editorial fueron pilares centrales en la amplificación de la sustancia visual de ese imaginario sobre el mundo natural. El proceso del grabado fue el legado profesional, económico y educativo que marcaría la vida de Edward Whymper. La proximidad con las prensas y las láminas, desde una infancia impregnada de tinta y madera, era una ventana hacia esa fusión entre lo material y lo visual que gobernaba el siglo XIX.

No es casual que la expansión del grabado coincidiera con el auge de la imprenta en el siglo XIX, donde los bloques de madera, al integrarse fácilmente con las prensas tipográficas, permitían una simultaneidad inédita de imagen y texto, fortaleciendo así las lógicas mercantiles de la industria editorial. Esta convergencia técnica no sólo alimentó el crecimiento productivo de los Whymper, sino que transformó la forma en que los lectores se aproximaban a las representaciones visuales del mundo exterior. A diferencia del grabado en metal, creado en el siglo XV, en el que la claridad de los detalles, así como su intensidad eran notorias, el grabado en madera no era tan fino, pero resultaba más económico y generaba además una imagen más fuerte en sus contornos generales.³⁶²

Josiah emprendió en solitario el negocio del grabado en madera a partir de 1842 y se convirtió en uno de los más prósperos de la ciudad. Realizó trabajos para las casas editoriales más importantes de Inglaterra, como las de John Murray y William Longman, así como para la *Religious Tract Society* y la *Society for Promoting Christian Knowledge*. Entre 1853 y 1856, debido a la Guerra de Crimea, el material básico para ese tipo de grabados, el boj (*box wood*), proveniente del Mar Negro, aumentó considerablemente de precio, lo cual resultó en un periodo de incertidumbre y crisis para el negocio.³⁶³

Comúnmente, el proceso del grabado se desplegaba en varias manos: el dibujo original se pasaba a un segundo dibujante para transferirlo al bloque de madera, mientras que un tercero culminaba el diseño mediante el acto final de la incisión. Por lo general, era el nombre del artista el que aparecía en el bloque y a veces constaba también el nombre del grabador. Los Whymper habían adquirido el estatus suficiente para que sus nombres aparecieran con regularidad en las ilustraciones que grababan, aún más si eran ellos quienes hacían, sino el proceso completo, al menos dos de los pasos previos de la impresión del grabado.³⁶⁴

³⁶² Smith, "Introduction", párr. 10-11.

³⁶³ *Ibid.*, párr. 9.

³⁶⁴ *Ibid.* Parr. 17.

A mediados del siglo XIX, la práctica del grabado en madera se desplegaba en dos vertientes claramente definidas. Por un lado, estaba el grabado facsímil semi industrial, que alimentaba las crecientes demandas de las ediciones populares y asequibles, un mundo de revistas, periódicos, panfletos y productos comerciales como envoltorios o envases. Por otro lado, una forma más refinada y artística de reproducción de ilustraciones, la cual tenía un mayor precio en comparación al primero. Para la década de 1880, cuando la inclusión de la fotografía comenzó a reemplazar el grabado por facsímil, la ilustración de alta calidad terminó siendo considerada como una expresión exclusiva, hábil o estética del arte del grabado.³⁶⁵

En lo que concierne a la vida de Edward, se evidencia una disonancia entre su afición por los estudios y el negocio familiar. Edward había demostrado a muy temprana edad cierta habilidad para los estudios, sobre todo en geografía, filosofía natural, aritmética y oratoria. Aprendió a escribir en francés formal, y a lo largo de los años, como lo demuestra su libro de ejercicios, denotó una muy buena comprensión sobre galvanismo, fisiología, mecánica, neumática, compuestos binarios y maquinaria de vapor.³⁶⁶ Sin embargo, a los catorce años, a raíz de una decisión familiar, Edward dejó los estudios para dedicarse por completo al negocio de su padre, quien lo entrenó específicamente como dibujante en madera.³⁶⁷ Ya en el taller, debido a las ilustraciones frecuentes, Edward se interesó en la historia natural, las narrativas de viajes y en los descubrimientos arqueológicos. Estuvo presente durante los grabados de uno de los más famosos libros de viajes de la época: *Missionary travels and researches in South Africa* de David Livingstone, publicado en 1857.³⁶⁸ Este tipo de ambiente no sólo impactó en el futuro de Edward sino también en el de su hermano Frederick, quién en 1864 formó parte de la expedición hacia la entonces denominada la América rusa (Alaska) durante la transición de la posesión de este territorio a los EE.UU. con la finalidad de instalar una posible línea telegráfica desde la Columbia Británica hacia Inglaterra. Frederick no sólo escribió un libro al respecto, al que tituló *Travel and adventure in the territory of Alaska* (1868), sino también, a modo de una escritura de relato novelado, una serie de cuatro volúmenes a la que llamó *The Sea: It's Stirring Story of Adventure, Peril and Heroism* (1877-1890) y *Heroes of the Arctic and their adventures* (1889).

³⁶⁵ Ibid., párr. 17.

³⁶⁶ Ibid., párr. 8.

³⁶⁷ Schaumann, *Peak Pursuits*, 181.

³⁶⁸ Smith, "Introduction", párr. 19. Su padre grabó las ilustraciones de Austen Henry Layard sobre Mesopotamia y Nínive.

En el año de 1860, el arte del dibujo y del grabado posibilitó que Edward fuera contratado por William Longman, que en aquel entonces no sólo fungía como uno de los grandes editores de Inglaterra, sino que también dirigía el *Alpine Journal* (revista que se dedicaba a desentrañar las historias del alpinismo), con la finalidad de realizar ilustraciones de los *Alpes du Dauphiné*.³⁶⁹ Como el mismo Whymper menciona: “en el año 1860, poco antes de salir de Inglaterra para un largo viaje continental, cierto eminente editor londinense me pidió que hiciera para él algunos bocetos de los grandes picos alpinos. En aquella época yo sólo tenía conocimientos literarios de alpinismo, nunca había visto —y mucho menos puesto un pie— en una montaña”.³⁷⁰ Los bosquejos estaban destinados a celebrar el ascenso de la cumbre del *Mont Pelvoux* (3.946 m.) por parte de alpinistas ingleses, un ascenso que no llegó a tener el triunfo esperado. Sin haber contado con experiencia previa, Whymper realizó cruces de glaciares y pases de montaña, así como escaladas de picos menores. En *Zermatt* (poblado al pie del Matterhorn), mantuvo interacciones con las luminarias del *Alpine Club*, entre ellos Leslie Stephen,³⁷¹ lo cual representó su entrada al mundo del montañismo.

William Longman quedó tan satisfecho con las ilustraciones que volvió a contratar al joven Edward para el siguiente verano (1861).³⁷² Para ese entonces, equipado ya con cuerdas y piquetas, Whymper empezó la que sería su carrera como alpinista. Durante ese año alcanzó la cumbre del *Mont Pelvoux*, ascensión que le permitió formar parte del *Alpine Club*. La experiencia de escalar esa montaña no estuvo acorde con el vértigo o los padecimientos que Whymper había encontrado en los relatos de montaña. Al contrario, “la ascensión del Monte Pelvoux (incluidos los disgustos) fue una escalada muy agradable. El aire de la montaña no actuó como un emético, el cielo no parecía negro en lugar de azul, ni tuve la tentación de arrojarme por los precipicios”.³⁷³ A lo largo de cinco años, al *Mont Pelvoux* le siguieron varias ascensiones, muchas de ellas inéditas. Sin

³⁶⁹ Schaumann, *Peak Pursuits*, 181.

³⁷⁰ Edward Whymper, *Scrambles amongst the Alps in the years 1860-69* (London: John Murray, 1871): v.

³⁷¹ Smith, “Introduction”, párr. 37. Sir Leslie Stephen (1832-1904), montañista, crítico literario y primer editor del *Dictionary of National Biography*, fue un hábil deportista desde la adolescencia, destacándose en el atletismo de larga distancia. Fue un miembro distinguido del *Alpine Club* desde 1858 (un año después de su fundación). Realizó numerosas primeras ascensiones y pases de montaña (travesías de una cresta o cadena montañosa) en los Alpes. Su libro, *The Playground of Europe*, al igual que *Scrambles amongst the Alps* de Whymper, se publicó en 1871. Véase: Allan Bell, “Stephen, Sir Leslie”, in *Oxford Dictionary of National Biography*, ed. H. C. G. Matthew y Brian Harrison (Oxford: Oxford University Press, 2004), 52:447-57. Stephen calificó a Whymper como el Robespierre del montañismo.

³⁷² Schaumann, *Peak Pursuits*, 182.

³⁷³ Whymper, *Scrambles amongst the Alps*, v.

embargo, la gran “hazaña” de Whymper fue la primera ascensión absoluta al *Matterhorn* (4478 m.) en 1865, no antes de haber emprendido siete intentos. El *Matterhorn* fue la última de las más altas cumbres de los Alpes en ser coronada. Su atractiva silueta y la dificultad que implicaba la convertían en un trofeo codiciado para el círculo alpinista.

Al igual que las impresiones de Humboldt sobre el Chimborazo, Whymper, en su encuentro con el *Mont Pelvoux*, transmitió una sensación similar de aventura: “fui atraído [...] por esos misteriosos impulsos que hacen que los hombres se sumerjan a lo desconocido”.³⁷⁴ No es tampoco distinta su apreciación sobre la manera en que la ilustración pueda captar, de alguna manera, la mirada del alto paraje natural, aunque marca una distancia tajante con el fracaso del lenguaje escrito para representar este tipo de escenarios:

Las más hábiles plumas han fracasado, y siempre fracasarán, en dar una idea real de la grandeza de los Alpes. Las descripciones más minuciosas de los más grandes escritores no hacen más que transmitir impresiones totalmente erróneas: el lector evoca visiones, tal vez magníficas, pero infinitamente inferiores a la realidad. He tratado con moderación las descripciones y he empleado libremente las ilustraciones, con la esperanza de que el lápiz pueda tener éxito donde la pluma inevitablemente ha fracasado.³⁷⁵

Aun así, Whymper no dejó de lado la expresión de apreciaciones sobre el paisaje montañoso afines al lenguaje poético, aspecto que, en referencia a los Andes, se mantuvo como un rasgo constante. En su segunda ascensión al Chimborazo, por ejemplo, expone un lenguaje descriptivo de los parajes volcánicos de esta parte de la cordillera, donde sobresale esa forma de particularidad poética de su escritura descriptiva: “el cielo estaba brillante y el aire sereno. Tras este largo amanecer, a sesenta millas de distancia, vimos la silueta del Cotopaxi recortada en un horizonte sin nubes. Notamos lo tranquilo que se veía este gran volcán, ni una señal de humo se elevaba de su cráter”.³⁷⁶

Para poder entender la relación de Whymper con los escenarios de alta montaña, sería importante dedicar unas líneas a lo que fue la primera ascensión al *Matterhorn*. La relevancia que tuvo la conquista de esa cumbre generó un impacto directo en la concepción del alpinismo, culminando la era más representativa de esta actividad. Ese evento también se vincula con la búsqueda de ascensiones a las cumbres de otras altas cordilleras, sobre todo si se piensa en dos de las figuras más representativas de la campaña

³⁷⁴ Ibid.

³⁷⁵ Whymper, *Scrambles amongst the Alps*, ix.

³⁷⁶ Whymper, *Travels amongst the Great Andes*, 322.

de ascensión a esta montaña, quienes fueron precisamente los que demostraron la posibilidad de ascender a las altas cumbres en Sudamérica.

1.2. El *Alpine Club* y la *Golden Age of Mountaineering* (1854-1865)

El *Matterhorn* representó una suerte de obsesión para Whymper. Desde la primera vez que lo contempló hasta la conquista de su cumbre —dos aspectos que resaltan continuamente en *Scrambles amongst the Alps*—, esa montaña expresa el hito que marcó no sólo para su vida sino también para el alpinismo y los imaginarios británicos y europeos en torno al ascensionismo. Siguiendo su testimonio, se sintió atraído no solo por su grandeza, sino también por su aura de inaccesibilidad. Frente al imaginario de “la montaña más inaccesible de todas”, gesto que Whymper se encargó de incrementar, puso todo su empeño en impulsar “nuevos esfuerzos después de un fracaso tras otro”, volviendo “año tras año, mientras tenía la oportunidad de hacerlo, cada vez más determinado a encontrar o bien el camino de ascenso o bien la certeza de que era realmente inaccesible”.³⁷⁷

Sin embargo, Whymper no siempre mantuvo esa fijación que expone en su libro sobre los Alpes. En 1873, en una conferencia frente al *Alpine Club* a propósito de la expedición que realizó a Groenlandia en 1867 y 1872, declara que antes de interesarse “en cualquier otro asunto, fueron las regiones árticas” las que marcaron su interés, y cuando pudo visitar los Alpes, aprovechó “con entusiasmo la oportunidad con la esperanza de poder adquirir cierto conocimiento sobre la nieve y el hielo”, ya que así podría procurarse “un puesto en alguna futura expedición inglesa al Ártico”.³⁷⁸ Aun así, se puede identificar a las grandes masas de glaciación como su gran fascinación.

Se ha establecido comúnmente que la frontera entre el primer tercio y mediados del siglo XIX marcó el auge del montañismo como una práctica recurrente, especialmente asociada con la burguesía inglesa. Este fenómeno estaba vinculado a un segmento erudito de las clases media y alta en expansión. Vale recordar que, durante la mitad del siglo

³⁷⁷ Whymper, *Scrambles amongst the Alps*, v-vi.

³⁷⁸ Edward Whymper, “Some Notes on Greenland and the Greenlanders. Read before the Alpine Club on March 4, 1873”, en *Alpine Journal: A Record of Mountain Adventure and Scientific Observation* (Alpine Club: London, 1873), 6:161. En su viaje al Ecuador, Whymper menciona que en Colón (Panamá) tuvo el placer de estar en compañía del Capitán Albert Markham, miembro laureado de la expedición británica al Ártico de 1876-1877. Este encuentro volvió a causar en él su deseo de viajar al Ártico, como se puede apreciar en la siguiente cita: “Espero algún día plantar la bandera británica en el Polo Norte, ante lo cual ha tenido el honor [Markham] de llevarlo más lejos que cualquier otra persona”. Whymper, “A Journey among the Great Andes”, 451.

XVIII, bajo la influencia de la Ilustración y posteriormente de la ciencia del Romanticismo, las ascensiones a las altas montañas —o su intención de ascenderlas— respondían principalmente a su vinculación con la exploración científica —particularmente relacionadas a las ciencias de la tierra—, y que eran efectuadas, en su mayoría, por aristócratas. La actividad durante esa época, en términos generales, fue dominada por franceses, suizos e italianos. Sin embargo, como ha documentado exhaustivamente Simon Bainbridge sobre el contexto británico, el término “montañismo” —entendido como la práctica de ascender y descender montañas, con un enfoque en la experiencia y la escritura centrada generalmente en la singularidad de las cumbres— emergió en Inglaterra entre 1770 y 1830, período que coincide con el auge del Romanticismo británico.³⁷⁹

El término anglófono *mountaineering* (montañismo), por ejemplo, se remonta al poeta y filósofo inglés Samuel Taylor Coleridge (1772-1834), fundador, además, del Romanticismo en Inglaterra. En una carta a su amigo, el también poeta Robert Southey (1774-1843), con fecha del 9 de agosto de 1802, narra lo que había sido su excursión al distrito de los Lagos, donde había realizado “montañismo”, registrando una ascensión pionera a la segunda montaña más alta de Inglaterra, el *Sca Fell* (964 m.)³⁸⁰. Diez años antes, la palabra montañero o montañista (*mountaineer*) empezó a ser utilizada de un modo diferente a la usual identificación de una persona nativa de una región montañosa: implicaba también la habilidad para sortear dificultades del terreno y acceder a lugares poco frecuentados.³⁸¹

Para 1810 ya se habla de la ascensión por placer y se identifica tanto al sujeto que emprende la ascensión, como a la persona que lo acompañaba, como montañeros o montañistas (*mountaineers*).³⁸² Como afirma Bainbridge, “Casi todos los poetas románticos varones canónicos fueron montañeros activos en algún momento de su vida o estaban dispuestos a presentarse como tales”.³⁸³ Las expresiones recurrentes en la escritura del romanticismo relacionadas con ese montañismo temprano expresado en cartas, diarios, y gestos literarios más elaboradas como la poesía, daban testimonio de “una relación cinestésica y háptica con el mundo, definida por el movimiento y el

³⁷⁹ Bainbridge, *Mountaineering and British Romanticism*, 14.

³⁸⁰ *Ibid.*, 3.

³⁸¹ *Ibid.*

³⁸² *Ibid.*, 4.

³⁸³ *Ibid.*, 5

tacto”.³⁸⁴ Este rastro del Romanticismo, en el desarrollo del montañismo durante esta época, tuvo una presencia transversal. Inclusive “los escritos de los poetas románticos” llegaron a enmarcar “la experiencia británica de la escalada alpina y su literatura”.³⁸⁵

El punto de vista novedoso que brinda Bainbridge es que no sitúa al ímpetu del montañismo como un fenómeno homogéneo centrado en la preponderancia del yo del sujeto que escala montañas, es decir, en la presencia monolítica del sujeto enfrentándose al poder de la naturaleza y consiguiendo así su trascendencia. Tampoco en la preponderancia de los conceptos de visión, contemplación e imaginación tan frecuentados en los estudios sobre el romanticismo. En este sentido, a diferencia de la figura solitaria sobre el mar de nubes de Friederich, “la cumbre era regularmente un lugar de encuentro e intercambio con otros; era el escenario no sólo de la afirmación de la identidad masculina, sino también de procesos más equívocos en los que se desafiaban y negociaban, cuestionaban y calificaban las identidades de género y de clase”.³⁸⁶

Los dos siglos que siguieron a la diversidad de las definiciones del “montañismo” posteriores a la referencia de Coleridge, plantearon debates en torno a esa actividad en términos éticos, técnicos y tecnológicos. Compuesta y definida por una diversidad de escenarios naturales desafiantes (nieve, roca, hielo, y la exposición a fenómenos meteorológicos), la actividad del alpinismo se determinaba tanto por la gran altitud como por la exposición de acuerdo con el rango de inclinación que poseía una montaña en particular, a lo que se añadía el atractivo estético no sólo de la montaña sino también de las rutas y líneas de acceso a su cumbre. A esto se levantaron discusiones sobre la presencia de la muerte en cuanto al riesgo que implicaba el ascenso a una montaña de dificultades considerables, pero también sobre las formas de hacerlo y las herramientas que deberían emplearse o no, aspectos que hasta el presente siguen generando normativas y polémicas en el mundo del montañismo. Precisamente podría verse a la primera conquista del *Matterhorn* como la génesis de un escenario donde se exhibieron ese repertorio de discusiones.

El peso que implicó la conquista del *Matterhorn* y la prominencia de la figura de Whymper, tiene un enfoque contextual directo en donde intervinieron todo un abanico de grupos e instituciones imbricados en las dinámicas sociales e imaginarios de las clases medias y medias-altas victorianas de la primera mitad del siglo XIX. Personas que

³⁸⁴ Ibid., 1.

³⁸⁵ Ibid., 273.

³⁸⁶ Ibid., 13.

pertenecían a estas clases medias inglesas, en su gran mayoría con formación académica y profesional, empezaron a viajar a los Alpes con la finalidad de ascender a las altas montañas. La conformación de ese ímpetu colectivo por el montañismo no respondía necesariamente a una inscripción precisa al campo de las ciencias, aunque como bien señala Robert Macfarlane, “ningún montañero respetable escalaba una cima sin, al menos, hervir un termómetro en la cumbre”.³⁸⁷

El caso de Albert Smith en 1851, quién ascendió al *Mont Blanc* junto a tres estudiantes de Oxford y dieciséis guías, no suscitó un interés puramente científico. Siguiendo a Schaumann, en esa ascensión primaron las apreciaciones del paisaje alpino, la aventura y el orgullo de la conquista.³⁸⁸ Lo que aconteció después de esta ascensión, representó una nueva sensibilidad social con respecto al acercamiento a las altas cordilleras europeas. En una montaña como el *Mont Blanc*, cuya ascensión se había repetido en 45 ocasiones desde su primera conquista en 1786, después de la efectuada por Smith suscitó un total de 88 ascensiones en menos de cinco años, transformando así las excursiones a los Alpes en una actividad popular de expresión propia de las clases medias británicas.³⁸⁹

Según Peter Hansen, el montañismo fue inventado en medio de las definiciones contemporáneas de identidad nacional, estatus, y el imaginario caballeresco de las clases medias.³⁹⁰ Dichas definiciones no fueron resultado de una herencia de generaciones pasadas, sino que se basaron más bien en los sentidos imperiales británicos que se fueron gestando al compás del lugar geopolítico que ocupaba Inglaterra a mediados del siglo XIX.

Desde 1854 hasta 1862, Inglaterra enfrentó una década de crisis debido a las guerras de Crimea (1854-1856), Persia (1856-1857), China (1856-1860) y las rebeliones de la India (1859-1862).³⁹¹ Durante esa década, un sentido de empoderamiento masculino se decantó en la creciente burguesía que expresaba cierta ansiedad por la imagen masculina y poderío de Inglaterra. Como expone Hansen, durante la década de 1860, este tipo de ansiedad se tradujo en manifestaciones bruscas de cultura caballeresca de la clase

³⁸⁷ Robert Macfarlane, *Las montañas de la mente. Historia de una fascinación*, trad. Concha Cardenoso Sáens de Miera (Nueva York: Penguin Random House, 2020), 16.

³⁸⁸ Schaumann, *Peak Pursuits*, 151-2.

³⁸⁹ Peter Hansen, “Albert Smith, the Alpine Club and the Invention of Mountaineering in Mid-Victorian Britain”, *Journal of British Studies* 34, n.º 3 (1995): 300, <https://www.jstor.org/stable/175982>.

³⁹⁰ *Ibid.*, 301.

³⁹¹ Ronald Hyam, *Britain's Imperial Century, 1815-1914. A Study of Empire and Expansion* (Houndmills: Palgrave Macmillan, 2002), 145.

media, y el alpinismo fue una de ellas. Dichas proyecciones de masculinidad británica y poder imperial, se evidenciaron en el lenguaje que utilizaban los montañistas para describir sus ascensiones y travesías (*passes*) inéditas alpinas, lenguaje que fue adoptado de sus contemporáneos exploradores del África y del Ártico.³⁹² A esto se añade la modernización de los medios de transporte, donde la intensa construcción de los ferrocarriles facilitó progresivamente el acceso a los Alpes en pocos días y a costos accesibles.³⁹³ De hecho, fueron inglesas las compañías que ayudaron a construir el sistema suizo de ferrocarril, lo que prosiguió con la edificación de cientos de hoteles y *health resorts* que acogían a visitantes ingleses principalmente.³⁹⁴

Otro aspecto que subraya el creciente interés por los Alpes es el auge en la producción editorial relacionada con la región. A partir del segundo tercio del siglo XIX, empezaron a difundirse en Inglaterra las guías de viaje de John Murray III (1808-1892) sobre la Europa Continental (desde 1836), y sobre Suiza (desde 1838). Los formatos, creados por una herencia que Murray empezaba entonces a tener a su cargo, es decir, la casa editorial del mismo nombre fundada por su abuelo en 1777, facilitaron un manejo sencillo y con informaciones cada vez más detalladas sobre los atractivos turísticos, itinerarios, historia y costumbres de las regiones descritas. *Handbook For Travellers in Switzerland*, por citar una de las guías más usadas, contó con varias ediciones a lo largo del siglo XIX. En ella, Murray incluso registró varias primeras ascensiones en los Alpes a lo largo de las décadas de 1850 y 1860, durante el período que se llegó a conocer como la Era Dorada del Montañismo.³⁹⁵ Él mismo había practicado el montañismo de una manera recreativa desde 1841 en los Pirineos, y fue elegido en 1858 como miembro distinguido del *Alpine Club*.³⁹⁶ A las guías mencionadas les siguieron guías específicas sobre montañismo que empezaron a imprimirse desde 1863. Ese fue el caso de *The Alpine Guide* de John Ball, con ediciones que continuaron publicándose hasta 1868. En ellas

³⁹² Hansen, “Albert Smith”, 304.

³⁹³ *Ibid.*, 301. Para mediados de la década de 1830, viajar de Londres a Suiza tomaba alrededor de dos semanas y con un costo de veinte libras. Para 1850 la duración se redujo a tres días y a un precio menor.

³⁹⁴ Estos complejos hoteleros de salud, realizados normalmente en verano, estuvieron destinados al tratamiento de enfermedades respiratorias o de deficiencia inmunológica desde la década de 1850. Llegaron a tener cierta demanda a raíz de los estudios de fisiología de altura por parte de médicos franceses, sobre todo a finales de la década de 1860. Como se verá más adelante, los estudios de fisiología tuvieron como escenario de investigación a poblaciones localizadas en alturas considerables en México y Perú desde 1861.

³⁹⁵ Hansen, “Albert Smith”, 301.

³⁹⁶ John Murray IV, *John Murray III (1808-1809): A brief memoir* (London: John Murray, Albemarle Street, W.: 1919), 8-39.

constaban actualizaciones sobre rutas que empezaban a ser populares, así como las que habían sido abiertas o completadas por primera vez.

Junto a ese despliegue de los sentidos e imaginarios de una creciente burguesía, plasmados en la expansión de la industria del ferrocarril y del sector editorial, un aspecto fundamental que acompañó al fenómeno del montañismo responde a la contratación de los guías alpinos. Compuestos principalmente por campesinos locales, la presencia de los guías tuvo lugar en *Chamonix* (Francia) a raíz de la primera conquista del *Mont Blanc* en 1786.³⁹⁷ Tanto en los inicios como a lo largo de la primera mitad del siglo XIX, *Chamonix* fue el gran centro de la actividad de las caminatas en montaña o senderismo (*mountain hiking*), para lo cual se requería de la contratación de campesinos locales. Este tipo de contrataciones pasó a ser el origen de la profesión de la guianza en montaña.³⁹⁸

En 1821, debido a un accidente donde tres guías perecieron tras caer a una grieta, se fundó *La Compagnie des Guides de Chamonix*, en la que se establecieron reglas estrictas sobre quiénes podían o no ejercer como guías, porteadores o encargados de mulas, así como el costo, multas, la rotación de los guías y la prohibición de escalar los domingos o días festivos.³⁹⁹ No sería hasta las décadas de 1850 y 1860 cuando las mismas reglas se implementaron en otros focos de la actividad de montaña,⁴⁰⁰ acompañada con una transformación en la profesionalización de la actividad del guía de montaña. De ser una tarea enfocada en acompañar excursiones a glaciares y ascensos a montañas más pequeñas, a partir de esas décadas pasó a orientarse hacia un desarrollo más serio de las habilidades necesarias para escalar cimas que aún no habían sido conquistadas.⁴⁰¹ Los montañistas que llegaban a los Alpes bajo el cometido de ascender a montañas intocadas por la huella humana eran predominantemente británicos; ante lo cual se podría

³⁹⁷ Durante 26 años, Horace-Bénédict de Saussure planteó la posibilidad de llegar a la cumbre ofreciendo incluso una recompensa. La cumbre fue alcanzada finalmente en 1786 por los locales Michel Paccard y Jacques Balmat. En Chamonix se encuentra hoy en día una estatua de H.G. de Saussure al lado de J. Balmat, quién señala hacia la cumbre del Mont Blanc. El monumento se realizó en 1876 como una conmemoración de los 100 años del primer ascenso a la montaña. Sobre Saussure véase René Sigrist, *Le capteur solaire de Horace-Bénédict de Saussure. Genèse d'une science empirique* (Géneve: Passé-Présent, 1993); René Sigrist, "Scientific standards in the 1780s: A controversy over hygrometers", en *Historian of Earth and Man*, ed. John Heilbron y René Sigrist (Géneve: Slatkine, 2011), 147-183; Albert Carozzi, *Horace-Bénédict de Saussure (1740-1799): Un pionner de sciences de la Terre* (Géneve: Stalkine, 2005); y el capítulo cuarto de Schaumann, *Peak Pursuits*, 91-115.

³⁹⁸ Koen van Looke, "Shaping of Nineteenth Century Guiding", in *The Alpine Journal*, ed. Susan Jensen & Ed Douglas (London: Alpine Club, 2015), 119:274.

³⁹⁹ *Ibid.*, 275.

⁴⁰⁰ *Ibid.*; Schaumann, *Peak Pursuits*: 84. Hasta el día de hoy sigue subsistiendo la Compañía de Guías de Chamonix, la cual forma parte del *Syndicat National des Guides de Montagnes Parc d'activités Alpespace*, y ésta a su vez de la Unión Internacional de Guías de Montaña (UIAGM / IFMGA).

⁴⁰¹ *Ibid.*

considerar al menos dos factores que influyeron en el impulso y la predominancia de la presencia británica en las altas montañas alpinas, así como en el surgimiento de la gran era del alpinismo: la ascensión de Albert Smith al *Mont Blanc* y la creación del *Alpine Club*.

Autores como Albrecht Classen han enfatizado que las distintas apreciaciones e intereses del ser humano en las montañas han tenido espacios por fuera de la idea común del patrimonio de la ilustración o del interés que suscitó el espíritu victoriano decimonónico.⁴⁰² Sin embargo, la intensidad y frecuencia que suscitó la atracción por los Alpes en la oleada, para aquel entonces, de montañistas británicos a las altas montañas, fue una manifestación única que engendró lo que hoy en día conocemos bajo el título, no tan modesto, de montañismo moderno en todos sus aspectos y niveles de expresión: alpinismo, andinismo e himalayismo.⁴⁰³

Schaumann y Hansen han señalado la importancia de la ascensión de Albert Smith al *Mont Blanc* como el inicio de esta concepción moderna que generaron la serie de ascensiones alpinas inéditas en las décadas de 1850 y 1860. Como se ha mencionado anteriormente, la ascensión de Smith implicó intereses distintos al abanico de ascensiones a los Alpes que le precedieron. Sin embargo, lo que constriñó ese cambio en la mirada británica de las clases medias hacia los Alpes fue el haber llevado la ascensión a escenarios de exhibición. El espectáculo *The Ascent of Mont Blanc* de Smith, a través de una narrativa de entretenimiento, apeló al espíritu burgués victoriano a imaginarse a ellos mismos en las cimas de los Alpes.⁴⁰⁴ Este espectáculo estuvo acompañado con la venta de productos como montañas en miniatura, juegos de mesa y el libro *The Story of Mont Blanc*.⁴⁰⁵ Para Schaumann, “el éxito de estos productos alimentó un creciente apetito viajero que impulsó el negocio del transporte y alojamiento”.⁴⁰⁶

⁴⁰² Albrecht Classen, “Terra Incógnita? Mountains in Medieval and Early Modern German Literature”, in *Heights of Reflection. Mountains in the German imagination from the Middle Ages to the Twenty-First Century*, ed. Sean Ireton y Caroline Schaumann (New York: Camden House, 2012), 35-56.

⁴⁰³ Esta identificación, como señalan sus denominaciones, hacen referencia a la práctica actual del montañismo en los Alpes (sobre los tres mil y cuatro mil metros), los Andes (sobre los cinco mil y seis mil metros), y los Himalayas (sobre los siete mil y ocho mil metros). Cada uno mantiene una particularidad, en el caso de la escalada o montañismo alpino, se refiere a ascensiones técnicas, donde las aristas son en su mayoría el terreno de acceso a las cumbres, presentan un terreno mixto -hielo y roca principalmente-. Cuando esta particularidad se presenta en los Andes, suele denominarse como escalada alpina y lo mismo va para el caso himalayano. Los Andes, como se verá para el caso ecuatoriano, presentan en la mayoría de sus montañas la travesía en glaciar, con una exposición que normalmente no sobrepasa los 45 grados de inclinación en las rutas de mayor accesibilidad a las cubres.

⁴⁰⁴ Hansen, “Albert Smith”, 304.

⁴⁰⁵ Albert Smith, *The Story of Mont Blanc* (London: David Bogue, 1853).

⁴⁰⁶ Schaumann, *Peak Pursuits*, 84.

Posterior a la ascensión de Smith, en 1854, Sir Alfred Wills (1828-1912) realizó la primera ascensión al *Wetterhorn* (3692 m.). La ascensión a esta montaña ha sido considerada como el punto de partida de *The Golden Age of Mountaineering* (1854-1865) (Era dorada del montañismo). A la ascensión del *Wetterhorn* le siguieron, por citar algunas de las más relevantes, las ascensiones del *Monte Rosa* (4634 m.), *Combin de Grafeneire* (4309 m.), *Grand Combin* (4309 m.), *Weisshorn* (4505 m.), *Dent Blanch* (4375 m.), *Parrotspitze* (4434 m.), *Schreckhorn* (4078 m.), *Barre des Écrins* (4102 m.) —ambas por Whymper en 1864, al igual que el *Aiguille Verte* (4122 m.) y las *Grandes Jorasses* (4184 m.) en 1865— hasta la ascensión del *Matterhorn*.

Uno de los aspectos fundamentales de esta era dorada fue la creación del *Alpine Club*. El interés creciente de juntar a un grupo de personas con la finalidad de discutir aspectos técnicos, intercambio de información y proyectar futuras expediciones, llevó a la idea de conformar un club de montañistas y expedicionarios. El mismo Wills, junto a Edward S. Kennedy y los hermanos William y Charles Edward Mathews —por nombrar a cuatro de los doce fundadores del *Alpine Club*—, establecieron formalmente el club el 22 diciembre de 1857 en el *Ashley's Hotel*, en *Covent Garden*.⁴⁰⁷ Desde su creación, el *Alpine Club* se consolidó como una asociación exclusiva y muy estricta, sobre todo en lo concerniente a la elección de quiénes podían o no ser admitidos como miembros. Estas consideraciones se basaban en requerimientos como haber ascendido a una montaña superior a los 3900 m de altura.⁴⁰⁸ A lo largo de las décadas de 1850 y 1860, el *Alpine Club* tuvo en sus filas a una amplia diversidad de sujetos burgueses como abogados, médicos, científicos, políticos, artistas, clérigos y negociantes,⁴⁰⁹ además de figuras (pocas) provenientes de la realeza británica.

Más allá de precisar una fecha exacta sobre el inicio de la era dorada del montañismo, tal y como sugiere Schaumann, valdría fijarse en la década de 1850. Durante esos años se consolida una mirada generalizada del montañismo como una actividad intrínsecamente valiosa. Esta concepción dio inicio a una interacción en torno a los Alpes en al menos dos niveles vinculados al surgimiento de una industria dedicada al consumo de historias alpinas, y al avance en la conquista de cumbres cada vez más desafiantes.⁴¹⁰

⁴⁰⁷ Ronald Clark, *The Victorian Mountaineers* (London: B.T. Bastford, 1953), 79-80.

⁴⁰⁸ Summit Post, Koen van Looke, “How the British created modern mountaineering”, párr. 9, accedido el 10 de noviembre de 2020, <https://www.summitpost.org/how-the-british-created-modern-mountaineering/713630>

⁴⁰⁹ Looke, “How the British created”, párr. 6 .

⁴¹⁰ Schaumann, *Peak Pursuits*, 154-5.

El mismo Whymper, en una conferencia realizada en la *American Geographical Society* en noviembre 1900, expuso ese carácter competitivo que implicó la fundación del *Alpine Club* en las consecutivas ascensiones a las “cumbres intocadas”,⁴¹¹ lo que evidencia la impronta del desafío en términos deportivos. Este desarrollo, observado en materia de dificultad, alcanza su cúspide precisamente con la conquista del *Matterhorn* como un hito que complementa esa impronta de la presencia masiva de la muerte.

1.3. De la modernidad en el alpinismo a una nueva frontera del montañismo en los Andes

La conquista del *Matterhorn* se logró el 14 de julio de 1865, tras una larga serie de disputas. Un grupo de siete personas, liderados por Whymper, llegaron a la cumbre en una jornada de intensa competencia frente al grupo del *Club Alpino Italiano* comandado por Jean-Antoine Carrel.⁴¹² La expedición italiana fue planificada por uno de los fundadores del *Club* y también ingeniero en jefe de las minas de Italia: Felice Giordano (1825-1892).⁴¹³ Carrel, quien había sido guía de Whymper en ascensiones previas, especialmente en intentos al *Matterhorn*, era conocido en *Valtournanche*, a decir del alpinista inglés, como “el gallito del valle”. Su figura exhibía una evidente fortaleza física, actitud resuelta y “cierto aire desafiante”.⁴¹⁴ Whymper lo consideraba como “el único escalador de primer nivel [...] que creía que la montaña no era inaccesible”.⁴¹⁵

Carrel, al igual que su familia ampliada, como fue el caso de su tío Jean-Jaques Carrel, se dedicaba a los diversos oficios que podía otorgar la economía local: agricultura, pastoreo, caza o guianza de montaña. Aparte de la preocupación por la subsistencia, el alpinismo también despertaba un interés que iba más allá de lo meramente económico.

⁴¹¹ Edward Whymper, “Abstract of an Address by Mr. E. Whymper. «Twenty Thousand Feet above the Sea»”, in *Bulletin of the American Geographical Society* 33, n.º 2 (Oxford: Taylor & Francis, 1901): 154.

⁴¹² El *Club Alpino Italiano* fue creado en 1863 en Turin. No sólo la referencia de esta institución irradia por la presencia de Carrel y su primo en los Andes, al ser los guías contratados por Whymper para su expedición, sino también a inicios del siglo XX por la figura del italiano Celestino Uselli. Véase el capítulo cuarto.

⁴¹³ Whymper publica en su libro sobre los Alpes un breve estudio de Felice Giordano sobre la geología del *Matterhorn*, “*Courte note sur la Géologie du Matterhorn*”, en la que reproduce un perfil de la montaña en donde sitúa no sólo las formaciones rocosas sino la altitud en la que se ubican las diferentes secciones relevantes a lo largo de las campañas de ascensión. Whymper, *Scrambles amongst the Alps...*, 424-425. El estudio completo de Giordano, así como todo el perfil mencionado, se encuentra en Felice Giordano, “Sulla orografia e sulla geologica costituzione del Gran Cervino”, in *Atti della Reale Accademia delle scienze di Torino* (Torino: Stamperia Reale, 1869), 4:304-22.

⁴¹⁴ Whymper, *Scrambles amongst the Alps*, 81.

⁴¹⁵ *Ibid.*, 121.

Whymper menciona a los Carrel como algunos de los primeros en intentar alcanzar la cumbre de la montaña entre 1858 y 1859.⁴¹⁶ Jean-Antoine también había servido de guía a otro alpinista, John Tyndall,⁴¹⁷ miembro distinguido del *Alpine Club*, quién buscó, al igual que Whymper y Carrel, la cumbre del *Matterhorn* en más de una ocasión.⁴¹⁸

Whymper y su grupo ascendieron por el flanco suizo, siguiendo una nueva ruta que, aunque parecía más difícil que la italiana, resultó ser la opción ideal tras siete años de intentos fallidos. Junto a él estaban Lord Francis Douglas (parte de la realeza británica), los guías suizos Peter Taugwalder y su hijo, el guía Michael Croz de Chamonix, el capellán Charles Hudson y su joven acompañante, Mr. Hadow. Todos eran alpinistas experimentados. Los más jóvenes, Douglas y Hadow, habían ascendido por una nueva ruta al *Ober Gabelhorn* (4063 m.), y completado una rápida ascensión al Mont Blanc respectivamente.

Aunque el grupo italiano llevaba dos días de ventaja, las condiciones del flanco suizo permitieron a Whymper y su equipo alcanzar la cima el 14 de julio de 1865. Desde allí, vieron al equipo italiano a 380 metros por debajo, lanzando piedras para llamar su atención.⁴¹⁹ Sin embargo, el triunfo logrado terminó en tragedia. Douglas, Croz, Hudson y Hadow murieron en el descenso tras un resbalón de este último que provocó una cadena de caídas. La cuerda que los unía falló, dejando a los demás aislados.⁴²⁰ Este suceso desató una polémica que involucró a diversos sectores de la sociedad británica, desde periodistas

⁴¹⁶ *Ibid.*, 84.

⁴¹⁷ Jhon Tyndall (1820-1893) fue un físico y montañista Irlandés. Conocido por sus estudios de diamagnetismo, radiación térmica y glaciología, fue parte del *X-Club* junto a científicos laureados como Herbert Spencer. El interés científico por las montañas pasó a segundo plano tras emprender un viaje a Suiza, a partir del cual forjó una larga carrera por conquistar varias de las cumbres alpinas. Fue también un gran difusor de la ciencia, sus libros cuentan entre los mejores ejemplos pioneros de la popularización de la ciencia para un público no especializado. Véase W. H. Brock, “Tyndall, John”, in *Oxford dictionary of national biography*, ed. Henry Colin Grant & Brian Howard Harrison (Oxford: Oxford University Press, 2004), 55:789-93. En 2020 fueron publicados sus poemas, los cuales, mencionan sus editores, mantienen un gran espectro sobre la relación entre los imaginarios científicos y poéticos, “y otras cuestiones más amplias sobre la naturaleza y la finalidad de la poesía en relación con la ciencia y la religión en el siglo XIX.” véase Roland Jackson et al., “Introduction”, in *The Poetry of John Tyndall*, comp. Roland Jackson et al. (London: University College of London Press, 2020), 1-73.

⁴¹⁸ Véase Shauman, *Peak Pursuits*, 174-208. Tyndall escaló el Matterhorn en 1868.

⁴¹⁹ La ruta italiana fue completada, a petición de Felice Giordano, el 18 de julio por el mismo Carrel, Baptiste Bich, Augustine y Aimé Gorret, todos de Valtournanche. Al momento en que volvieron a salir el 16 de julio de Breuil, aún no tenían conocimiento del accidente. Sobre la finalización de esta ruta, en 1869, el mismo Carrel supo mencionar a Whymper que “el ser humano no tiene capacidad de hacer nada más difícil que eso”. Whymper, *Scrambles amongst the Alps*, 393. Sobre uno de los primeros relatos de esta ascensión, véase: G. Carrel, “Notes sur l’ascension du Mont-Cervin du 17 juillet 1865”, in *Bullettino Trimestrale del Club Alpino di Torino*, n.º 2 (Torino: Tipografía G. Cassone e Comp., 1865): 15-9.

⁴²⁰ *Scrambles amongst the Alps* tiene la impronta de ser leído como un testimonio de Whymper acerca de los pormenores y del accidente suscitado en el Matterhorn. Véase los capítulos XXI, “*The ascent of the Matterhorn*”, y XXII “*The descent of the Matterhorn*”.

hasta la familia real, extendiéndose también por Europa continental. El *Club Alpino Italiano*, por ejemplo, reprodujo en su primer boletín trimestral un artículo del diario suizo *Journal de Genève* del 18 de julio que describía el accidente.⁴²¹ El debate sobre los límites de arriesgar vidas por alcanzar una cumbre generó opiniones divididas. Algunos veían el alpinismo como una actividad irracional y egoísta, mientras otros lo consideraban un deporte que reflejaba el espíritu patriótico y el poder imperial que caracterizaba a Inglaterra como la gran potencia colonizadora.⁴²² Después de la tragedia en el *Matterhorn*, la misma Reina Victoria se vio consternada hasta el punto de escribir sobre el evento en su diario personal.⁴²³

La pregunta sobre quién fue el primero en alcanzar una cima, como bien ha señalado Hansen, invita a plantear diversas formas de modernidad relacionadas con el montañismo en sus dimensiones deportiva, turística, conmemorativa y científica.⁴²⁴ A pesar de la referencia escurridiza que puede suscitar el término *modernidad*, se lo puede examinar bajo el pensamiento de Bolívar Echeverría. Este filósofo ecuatoriano conceptualiza a la modernidad como la característica determinante de una nueva lógica que identifica a un complejo de hechos y comportamientos ineficaces o incompatibles con la configuración que se establece del mundo, concibiéndose en contraste de aquello que señala como tradicional. Esta nueva lógica se articula en tres fenómenos: la técnica científica, la secularización de lo político y el individualismo.⁴²⁵ Entre las tres, resalta la preponderancia de la tecnicidad científica en estos términos:

Me refiero a la aparición de una confianza práctica en la ‘dimensión’ puramente mundana o ‘física’ —es decir, no ‘metafísica’— de la capacidad técnica del ser humano; la confianza en una técnica basada en el uso de la razón, pero protegida del delirio especulativo [...]; una técnica que atiende así, de manera preferente o exclusiva, al funcionamiento empíricamente medible lo mismo de la naturaleza que del mundo social. Lo central en este primer fenómeno moderno está en la confianza que aparece, dentro del

⁴²¹ “Ascensione del Gran Cervino dal versante svizzero”, *Bullettino Trimestrale del Club Alpino di Torino*, n.º 1 (Torino: Tipografia G. Cassone e Comp., 1865): 14-6. Cabe resaltar que Whymper también llegó a ser socio del *Club Alpino Italiano*.

⁴²² Peter Hansen, “Albert Smith”: 318-21. Hoy en día se conserva la cuerda en el *Matterhorn Museum* en Zermatt. La cuerda fue una parte importante del juicio que se llevó a cabo en torno a la muerte de los cuatro integrantes de la ascensión.

⁴²³ Clark, *The Victorian Mountaineers*, 187. La Reina mostró en numerosas ocasiones interés en las montañas: ascendió al Lochnagar y a algunos picos más alrededor del Balmoral en Escocia. Para una edición sobre su deleite por las montañas véase: Queen Victoria, *Leaves from the Journal of Our Life in the Highlands, from 1848 to 1861*, ed. Arthur Helps (Cambridge: Cambridge University Press, 2011). A pesar de lo sucedido, la intención de prohibir el ascenso a las altas montañas alpinas como mandato real no sucedió sino hasta 1882.

⁴²⁴ Hansen, *The Summits of Modern Man*, 3-29.

⁴²⁵ Bolívar Echeverría, *¿Qué es la modernidad?* (Ciudad de México: Universidad Autónoma de México, 2009), 7-8.

comportamiento del ser humano, en la capacidad de aproximarse o enfrentarse a la naturaleza en términos puramente profanos, [...], y de alcanzar así, mediante una acción programada y calculada a partir del conocimiento matematizado de la misma, efectos más favorables para la sociedad que los que podría garantizar la aproximación tradicional a lo otro [...]. Lo moderno reside en esta confianza en la eficiencia inmediata (“terrenal”) de la técnica; una entrega que se detiene de cualquier implicación mediata (“celestial”) que no sea inteligible en términos de una causalidad matemática razonable.⁴²⁶

Siguiendo estos lineamientos, se puede leer a la correlación entre el *Alpine Club* y los Alpes, como una “nueva lógica” moderna donde la confianza en la profanación de las montañas se disemina en esa ópera de vigorosidad corporal y conquista de los espacios inhóspitos. Esa modernidad tiene precisamente como escenario zonas de tensión que se evidencia en la relación con *lo Otro*: los otros “montañistas” —a los que no siempre se los puede catalogar como tales—, la otra sociedad —que concibe a las montañas como otro mundo—. A esto se vincula también el proceso de elaboración del objeto montaña en términos de objeto inaccesible.

El guía alpino, por ejemplo, representa esa inmediatez de *lo Otro* frente al sujeto burgués que se identifica como alpinista. El guía no era comúnmente concebido bajo esa identificación (alpinista), lo que permite visualizar jerarquías y maneras de constreñir ese juego de identidades. Los registros de las ascensiones de los clubes alpinos, por ejemplo, develan una diferenciación explícita entre el guía y el alpinista. Se puede inferir que el calificativo de alpinista comprende ciertas características que debe cumplir un individuo que se identifica como tal, entre ellas la organización, la planificación, el financiamiento y la participación activa en la expedición; además de la comunicación o reporte emitido y publicado por organizaciones o instituciones afines. No está de más resaltar la importancia de la afiliación institucional que avala una ascensión. Esto es lo que hace a la actividad del alpinismo una actividad valiosa en sí misma, es decir, al ocupar una centralidad en las lógicas de legitimación. El uso del lenguaje, el contar el evento de la ascensión —la presencia intrínseca de la aventura—, representa el estatus del individuo como sujeto montañista. Qué se cuenta y dónde se lo cuenta, hace que ese evento cumpla o no con los parámetros de legitimidad de lo realizado.

Para 1882, durante la denominada Era Plateada del Montañismo, empezaba a surgir una brecha cada vez más amplia y frecuente entre los alpinistas que usaban guías y los que no, como bien señala la edición del *Alpine Journal* de mayo de ese año. Este comportamiento empezaba a reorganizar la semántica de la identidad montañera, cuyo

⁴²⁶ *Ibíd.*, 8-9.

gesto marcaba a la actividad del alpinismo sin guías como una nueva expresión que merecía ser mencionada. Señalaba nuevas formas deportivas que fomentaban la competitividad, como bien resalta el editor del *Alpine Journal*: “las numerosas y espléndidas ascensiones realizadas en los últimos años por algunos de los miembros más emprendedores del Club, parecen haber estimulado el celo de sus rivales extranjeros”,⁴²⁷ a la que añade una larga lista de expediciones a los Alpes Orientales.

Un año antes, en 1881, Charles Edward Mathews,⁴²⁸ quien fuera presidente del Club entre 1869 y 1871, en una conferencia ante esa institución, incluso abrió su lectura con un fragmento del poema *Ulysses* de Alfred Tennyson. Esta cita implicaba una alusión a las fronteras de la dificultad de la actividad montañera, y que también lo vinculaba al viaje de Whymper a los Andes: “Toda experiencia es un arco a través del cual / brilla ese mundo no transitado, cuyo borde se desvanece / por siempre y para siempre cuando me muevo”.⁴²⁹

Mathews especifica la implicación de ese movimiento en su comentario sobre el alpinismo de esos años de la siguiente manera: “me propongo decirles algo sobre el crecimiento del montañismo [...]. Estamos haciendo historia alpina con extraordinaria rapidez. El ascenso al *Dru*, el ascenso del *Meije* sin guías, el paso del *Col du Lion* y el ascenso al *Matterhorn* desde el *Zmutt* y desde los glaciares *Furggen*, parecen cerrar otro capítulo en los anales del montañismo”. Además de esta apreciación, Mathews destaca la expedición de Whymper a los Andes, aunque con la intención evidente de señalarla como un hito de referencia que marcaba una nueva frontera en el montañismo: “pero la vida, especialmente la nuestra, está llena de nuevos puntos de partida, y ningún punto de partida es más señalado, ni es probable que conduzca a resultados más duraderos, que la expedición del señor Whymper a Sudamérica y sus excursiones entre los Grandes Andes

⁴²⁷ “Mountaineering without Guides”, in *Alpine Journal: a record of mountain adventure and scientific observation. By members of the Alpine Club*, ed. by William Augustus Brevoort Coolidge (London: Longmans / Green & Co., 1882), 10:498.

⁴²⁸ Charles Edward Mathews (1834-1905), montañista inglés y uno de los pioneros líderes de la exploración alpina. Principal colaborador de *Peaks, Passes, and Glaciers*, así como de numerosos artículos en el *Alpine Journal*. Su libro *The Annals of Mont Blanc*, publicado en 1898, es considerado como su mayor contribución a la literatura alpina. Véase A. L. Mumm & Julian Lock, “Mathews, Charles Edward (1834-1905)”, in *Oxford Dictionary of National Biography*, ed. Matthew H.C.G & Brian Harrison (Oxford: Oxford University Press, 2004), 37:298-9.

⁴²⁹ Fragmento de *Ulysses*, poema que pertenece a su libro *Poems* de 1842. Se reproduce aquí los versos que le preceden y continúan para complementar el sentido poético que se expresa en este fragmento del poema: “Soy parte de todo lo que he conocido; / pero toda experiencia es un arco a través del cual / brilla ese mundo no transitado, cuyo borde se desvanece / por siempre y para siempre cuando me muevo. / ¡Qué aburrido es pausarse, poner fin, / oxidarse sin pulir, no brillar en el uso! / Como si respirar fuera vida.”

del Ecuador”.⁴³⁰ Al hacerlo, sitúa este evento no solo como una proeza, sino como un momento fundacional que redefine los horizontes y las aspiraciones de esta práctica.

Retomando la cuestión de *lo Otro*, la otra sociedad se basa, al menos en lo concerniente al caso del *Matterhorn*, en la diferenciación de la concepción de los espacios naturales de alta montaña. Estas concepciones llegan incluso a seducir en términos discursivos al científico de otro tiempo, como bien lo expresa Whymper:

Los supersticiosos nativos de los valles circundantes (muchos de los cuales tenían aún la firme certeza de que no era sólo la montaña más alta de los Alpes sino del mundo entero) hablaban de una ciudad en ruinas en la cumbre de la montaña donde habitaban los espíritus; y si nos reíamos, acentuaban con gravedad diciendo que mirásemos los muros y castillos, advirtiéndonos que no debíamos aproximarnos puesto que los demonios podrían desatar su venganza por la burla que hemos generado. [...] Mentos más fuertes cayeron bajo la influencia de estas formas maravillosas, y hombres que hablaban o escribían ordinariamente como seres racionales parecían perder el juicio, y despotricaban en rapsodias, perdiendo por un momento toda forma discursiva aceptable.⁴³¹

A pesar de la presencia de esas fronteras de la razón, volviendo a Echeverría, la presencia de la modernidad implica una íntima ambigüedad de esa aparente “superioridad cuantitativa y cualitativa respecto de lo tradicional [...], algo de lo viejo, alguna dimensión, algún sentido de lo ancestral y tradicional queda siempre como insuperable, como preferible en comparación a lo moderno”.⁴³² A pesar del tono hilarante y sarcástico que utiliza el discurso de Whymper al referirse a los nativos de los valles aledaños al *Matterhorn*, él mismo, y a partir de la experiencia, no puede evitar la presencia de la superstición. Antes de emprender las horas finales del intento de cumbre, “los hombres estaban tan confiados en el éxito de la ascensión que tomaron uno de los palos de la tienda. Protesté diciendo que eso era tentar a la Providencia”.⁴³³ Esta conexión con la desgracia se manifiesta también a través de una aparición singular del efecto de Brocken,

⁴³⁰ Charles Edward Mathews, “The Growth of Mountaineering. By C.E. Mathews, late President of the Club. (Read before the Alpine Club, December 15, 1880.)”, *Alpine Journal: A Record of Mountain Adventure and Scientific Observation*, ed. William Augustus Brevoort Coolidge (London: Longmans / Green & Co., 1882), 10: 251.

⁴³¹ Whymper, *Scrambles amongst the Alps*, 82. Las expresiones a la que se refiere Whymper son a las de Horace Bénédic de Saussure: “¡Qué fuerza habría sido necesaria para hacer añicos y barrer las partes que faltaban de esta pirámide, pues no la vemos rodeada de montones de fragmentos; sólo se ven otros picos, ellos mismos enraizados en el suelo, cuyas laderas, igualmente desgarradas, indican una inmensa masa de escombros, de la que no vemos rastro alguno en las cercanías. Sin duda, se trata de los escombros que, en forma de guijarros, rocas y arena, llenan nuestros valles y nuestras llanuras!”. Horace Bénédic de Saussure, citado a modo de epígrafe en Whymper, *Scrambles amongst the Alps*, 80.

⁴³² Echeverría, *¿Qué es la modernidad?*, 13.

⁴³³ Whymper, *Scrambles amongst the Alps*, 391.

que aconteció tras el accidente mientras Whymper y los Taugwalder aún descendían. Su descripción oscila entre expresiones de asombro, horror y la reflexión sobre el fenómeno:

Cuando, ¡he aquí!, apareció un poderoso arco que se elevaba [...] muy alto en el cielo. Pálido, incoloro y silencioso, pero perfectamente nítido y definido, excepto donde se perdía entre las nubes, parecía una visión de otro mundo; y, casi horrorizados, observamos con asombro el desarrollo gradual de dos enormes cruces, una a cada lado. Si los Taugwalder no hubieran sido los primeros en percibirlo, habría dudado de mis sentidos. Ellos creían que tenía alguna relación con el accidente, y yo, después de un tiempo, que podría tener alguna relación con nosotros. [...] nuestros movimientos no tenían ningún efecto sobre el fenómeno. Las formas espectrales se mantenían fijas. Fue una visión llena de terror y maravilla a la vez; única en mi experiencia e impresionante más allá de toda descripción al llegar en un momento como ese.⁴³⁴

La presencia de la superstición y de la muerte se impone como esos registros arcaicos que se incrustan y fusionan en los monumentos retóricos de la tecnicidad moderna. Es decir, aun siendo el alpinismo una actividad guiada por la capacidad técnica y racional que permite finalmente un acercamiento más íntimo a la montaña, no puede anular esa presencia tradicional e inmanente de la premonición o del reflejo mismo de la muerte.

Esas relaciones con *lo Otro* también se irradian a esas otras cordilleras que requieren de cierta *autoridad* para ser explicadas, ilustradas o representadas. Catorce años más tarde de la tragedia del *Matterhorn*, en diciembre de 1879, Whymper se vincula con otra montaña, cuya cima también era considerada, al menos localmente, como inaccesible.

2. A través de los altos Andes del Ecuador (1880-1892)

El viaje de Whymper se impregna en la atención de los lectores con un título retóricamente seductor que sitúa a las montañas en la línea ecuatorial. Este gesto, que sigue siendo el mismo gesto arcaico de esa vieja novedad de las montañas nevadas del trópico, evidencia que la referencia al equinoccio aún mantenía vigente esa estrategia discursiva que, al nombrar un elemento inherente del imaginario de la Tierra, se empleaba

⁴³⁴ *Ibíd.*, 399-400. Whymper, en su explicación meditada sobre el fenómeno a pié de página, en el que incluso exhibe un diagrama explicativo del mismo, no repara que el origen de la descripción de ese efecto se remonta a 1748, experimentado precisamente en los Andes y descrito como “Phenomeno de los tres yris Observado por primera vez en Pambamarca y despues Repetido en otras varias montañas [*sic*]”. Véase Jorge Juan y Antonio de Ulloa, “Lámina XIV”, en *Relacion Historica del viaje a la America Meridional hecho de Orden de S.Mag. para medir algunos grados del meridiano. Primera Parte, Tomo Segundo* (Madrid: Antonio Marin, 1748).

como un ancla en términos de exotismo y aventura. Si bien ese exotismo sintoniza con la búsqueda de atención de receptores, el imaginario que representa hace entrever una realidad remota y ajena que escenifica, nuevamente, la idea de *lo Otro*: el otro mundo, la otra realidad.

Estudios especializados han expuesto una mirada de larga duración sobre las expediciones europeas a Sudamérica, enfatizando la imbricación entre el interés científico y la apropiación de los recursos naturales desde el último tercio del siglo XVIII.⁴³⁵ Este interés respondió generalmente al contexto de las nuevas expansiones culturales que llevaban a cabo Inglaterra, Francia y Prusia por hegemonizar su influencia política y económica en América, particularmente a raíz de la formación de las nuevas repúblicas. Dentro de dichas expansiones, el oficio científico mediaba entre el entendimiento de las fuerzas físicas del mundo y la apropiación de los recursos naturales.⁴³⁶

La expedición de Whymper, sin embargo, tenía un propósito distinto. Aunque reflejaba una actitud imperial, sus motivaciones no estaban vinculadas a la explotación de recursos naturales desde una perspectiva extractivista. Con un viaje autofinanciado, los intereses científicos y de apropiación cultural estaban motivados por la posibilidad de entablar debates con pares franceses o con quienes lo precedieron en el terreno. Sin embargo, lo más relevante era la legitimación de su figura como autoridad científica basada en su capacidad para formular teorías y desarrollar innovaciones técnicas en diversos campos, todos relacionados con la capacidad de ascender a las altas montañas. Whymper navega con astucia la posibilidad de legitimarse como científico, sin haber tenido una capacitación formal, a través de la expertise en lo que él denominó “el arte del montañismo”⁴³⁷.

Este contexto, sin embargo, no reivindica esa “imagen utópica de un sujeto burgués europeo, simultáneamente inocente e imperial, imponiendo una visión hegemónica inofensiva, que no instala aparato alguno de dominación”.⁴³⁸ Al contrario, amplifica los alcances que emprendieron las visiones hegemónicas sobre los territorios

⁴³⁵ Véase, entre otros: Elisa Sevilla, “Imperios informales y nacionales poscoloniales: la autoridad de la ciencia” (tesis doctoral, Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, sede Ecuador, 2011); Ana Sevilla y Elisa Sevilla, “Inserción y participación en las redes globales de producción de conocimiento: el caso de Ecuador en el siglo XIX”, *Historia Crítica*, n.º 50 (Bogotá: Universidad de los Andes, 2013): 79-103.

⁴³⁶ Sevilla y Sevilla, “Inserción y participación en las redes globales”, 84-5.

⁴³⁷ Un estudio preliminar de esta sección, véase Patricio Aguirre Negrete, “Edward Whymper y el Chimborazo: “el arte del montañismo” y la autoridad científica (1880-1892)”, *Anuario de Historia Regional y de las Fronteras* 26, n.º 2 (2020): 75-103. doi: 10.18273/revanu.v26n2-2021003

⁴³⁸ Pratt, *Ojos imperiales*, 68.

naturales de los altos Andes a través del montañismo y la exploración científica. Específicamente en las formas en que se representaron y produjeron tanto el Chimborazo y los Andes para los círculos montañeros y científicos londinenses, como la proyección y fabricación de la propia figura de Whymper frente a esos grandes objetos naturales de los Andes. En medio de ese movimiento de producción, se encuentra el evento de la ascensión experimentado y pensado como aventura desde ese arte del montañismo, arte basado en su actividad y desempeño técnico y corporal. El evento de la ascensión, en este sentido, se entiende a través de la representación de las altas montañas andinas, donde los elementos que caracterizan sus condiciones de posibilidad permitieron subjetivizar a Whymper como un montañista científico.

La presencia del *Alpine Club* en la expedición de Whymper se manifiesta en las redes que facilitaron significativamente su viaje al Ecuador. Desde el apoyo consular y gubernamental hasta la edición de su libro y su impacto en el ámbito científico, el *Alpine Club* desempeñó un papel crucial tanto en la viabilidad de su viaje como en los resultados obtenidos. El *Alpine Club* manejaba casos similares e incluso los exhibía de manera periódica. Esto mostraba cierta consistencia en la manera en que la red de influencias movía una expedición, así como en la práctica del ordenamiento discursivo. El relato de viaje del miembro común del club tenía esa impronta regular en los detalles al punto que podría afirmarse que el desempeño retórico podría ser descrito como afín o incluso normado en consenso del cuerpo institucional. Esto se debía a que el *Alpine Club* no sólo contaba con reuniones en donde se compartía información relevante sobre las experiencias en las montañas, sino que también, desde 1863, impulsó su propia revista.

La configuración discursiva en torno a la variedad de elementos constitutivos de las ascensiones a las montañas, al igual que lo eran tanto las reuniones como las ediciones de *Peaks Passes and Glaciers* que precedieron al *Alpine Journal*,⁴³⁹ forjaron la impronta que fue caracterizando a los artículos especializados en alpinismo: detalles sobre la tecnicidad de las montañas, apreciaciones geográficas, teorías sobre los glaciares, mediciones de altura, discusiones técnicas sobre barómetros, datos históricos y culturales sobre los lugares que se visitaban, etc. Esta impronta característica se expande así mismo a otras áreas de las que sus miembros formaban parte: museos, jardines botánicos, sociedades científicas o instituciones académicas. El círculo editorial inglés, por ejemplo,

⁴³⁹ Ball, John ed., *Peaks, Passes and Glaciers. Excursions by members of the Alpine Club* (London: Longman / Green / Longman / Roberts, 1859); Edward Kennedy ed., *Peaks, Passes and Glaciers. Excursions by members of the Alpine Club* (London: Longman / Green / Longman / Roberts, 1862).

contaba durante el último tercio del siglo XIX con un repertorio importante sobre alpinismo, cuyos autores eran miembros adscritos del *Alpine Club* así como también de otras sociedades e instituciones. Quienes publicaban sobre sus exploraciones o bien realizaban conferencias frente al *Alpine Club*, lo hacían también frente a otras instituciones, principalmente de carácter científico. Whymper, en este contexto, fue también un visitante regular de las reuniones y cenas de la *Royal Geographical Society*, de la cual constaba como miembro desde 1865.

Esta característica científica o académica, si bien ya no representa la impronta predominante de la actividad montañera, siguió pautando su presencia en los relatos y lecturas del *Alpine Club*. Inclusive si se toma en cuenta la ascensión de Smith al *Mont Blanc* donde participaron estudiantes de licenciatura de la Universidad de Oxford, o bien la afición de Wills en temas de botánica y glaciología, o más aún en la gran presencia de Tyndall en el campo científico, la formación de un complejo de redes internas en temas de interés académico o científico que se desarrollaban en el *Alpine Club* fue un aspecto característico de las interacciones de sus miembros. Esto incidía en la preparación, desarrollo y hasta en el producto cultural o científico de una ascensión o exploración a las montañas. Sin embargo, esta incidencia no quita la calidad *moderna* del alpinismo —la competitividad o la valoración intrínseca de la actividad—, sino que resalta el refuerzo que la calidad científica aportaba a una ascensión y viceversa.

2.1. El arte del montañismo en los Andes

Si se realiza un acercamiento a lo que Whymper entiende por el arte del montañismo, éste responde a algunos aspectos que ya señaló en *Scrambles amongst the Alps*. Su concepción se basa en el impulso por explorar lo desconocido, y responde precisamente al deseo de que la excursión tenga el mérito de ser realizada por primera vez. Ir más allá de los límites del turista común, así como la exposición subsecuente a los riesgos considerables del terreno alpino (roca y glaciar), implicaba una diferenciación social que señalaba al cuerpo como el principal motor de esa diferencia, es decir, el poner a prueba la capacidad física en la exposición a entornos *extremos*. A esto se juntan las técnicas propias del alpinismo donde el uso de equipo básico se le entiende como una herramienta de extensión del cuerpo, un engranaje subsecuente del movimiento corporal. Asimismo, se toma en consideración el conocimiento que sólo se puede conseguir a partir de la experiencia en el terreno.

Si bien en *Scrambles* deja en claro que sus “escaladas en los Alpes fueron excursiones de ocio, y como tal deben ser juzgadas”, que “se describen como una actividad deportiva y nada más”, y que la satisfacción que le otorgaron “no puede ser transferida a otros”,⁴⁴⁰ su expedición a los Andes y el despliegue de ese arte del montañismo implicó un modo distinto de ese *juzgamiento*.

En *Travels Amongst the Great Andes of Equator*, la lectura de la montaña o el cómo saber interpretar el terreno, por ejemplo, responden a un aspecto imprescindible de este arte: distinguir a la distancia los aspectos morfológicos de la montaña para visualizar las posibles rutas de acceso, además de contar con la ayuda profesional correspondiente. Es necesario un desenvolvimiento diestro en disciplinas técnicas como la geografía, así como de dispositivos de medición. Sin embargo, la técnica que convierte en arte el ejercicio alpino en los Andes es la demostración de que ascender a la cumbre es siempre posible, y que esa posibilidad se puede conjugar plenamente con la actividad científica. Así se demuestra con la implementación de las verificaciones y experimentos en las altas cumbres, así como en el componente humano ya mencionado, es decir, la presencia profesional inherente en la práctica del alpinismo victoriano, que recae en el guía alpino, quien desempeña un papel crucial al garantizar la seguridad y el logro de las expediciones.

Whymper contaba con 39 años al momento de arribar a Guayaquil; Jean-Antoine Carrel, su viejo conocido, 51 años, y el primo de éste, Louis Carrel, 25 o 26 años. Estos guías alpinos tenían entre sus oficios armar campamentos, cargar los barómetros mercuriales, o verificar las mejores rutas posibles de ascenso a las montañas. Los guías, tal y como estaban acostumbrados en los Alpes, manejaban la tecnicidad en la montaña, aspecto que sobresalía como pilar fundamental de cualquier ascensión o intento de ascensión.

A su regreso a Inglaterra el *Alpine Journal* publicó, entre noviembre de 1880 y mayo de 1882, el itinerario de viaje desde su llegada a Colón el 24 de noviembre de 1879 —tras partir de Southampton—, hasta su arribo a Londres el 28 de agosto de 1880. Bajo el título de *Expeditions among the Great Andes of Ecuador*, aporta datos e impresiones generales de lo que había sido el viaje a Sudamérica. Entre muchos otros aspectos, el itinerario de Whymper hace énfasis sobre las condiciones de la viabilidad interna del país, los tambos y hoteles a lo largo de los caminos y en las ciudades, incluye información sobre fauna, comercio y asentamientos urbanos, intercalando referencias sobre su

⁴⁴⁰ Whymper, *Scrambles amongst the Alps*, vi.

interacción con la población local, muchas veces ambiguas, aunque con la tendencia de expresarlas en tonos irónico y de inconformidad.

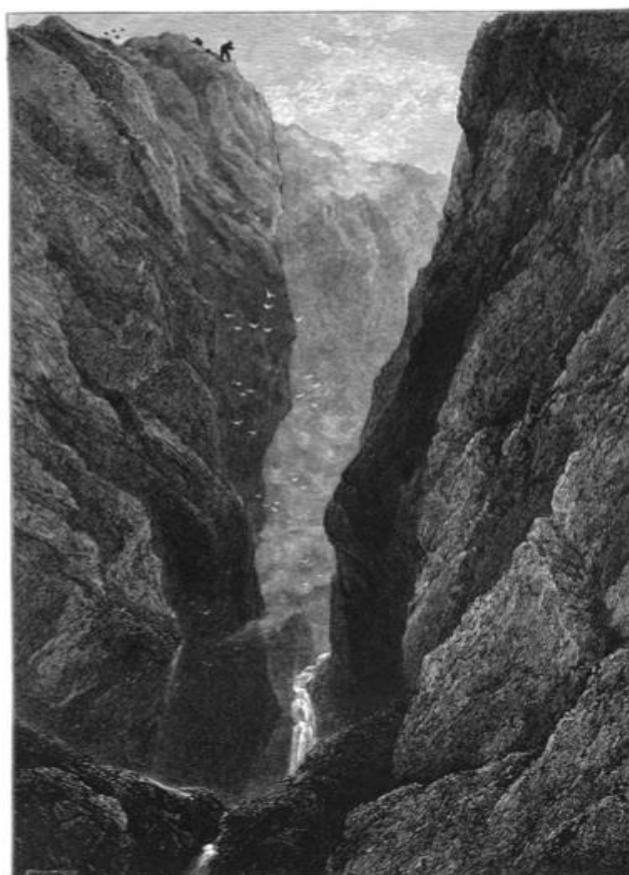
La narración intercala vivencias corporales de experimentación y sufrimiento. Tal es el caso de los efectos de la presión barométrica, o el tratamiento de lesiones causadas por la humedad y el frío glacial andino, o bien la ceguera infligida por los reflejos del sol en el manto de nieve. A esto se suman las posiciones geográficas de las montañas, campamentos y rutas de ascenso que se calculan en medio de un paisaje casi siempre cubierto de nubes, impronta climática que caracterizó el panorama andino y que impidió la observación de la totalidad de la cordillera desde las cumbres de sus altas montañas. Se destacan también aspectos sobre la orografía de los volcanes cuyos detalles se presentan en términos precisos para la práctica del montañismo: aristas, seracs, grietas, puentes de nieve, rampas y paredes de hielo. El itinerario tampoco descuida los aportes, datos, referencias y hasta la descripción de objetos materiales hallados en relación con ascensiones que precedieron a la expedición, como lo que se expone con relación a la ascensión al Cotopaxi.⁴⁴¹

Su narrativa maneja un trasfondo espacial de esta región como es el caso de la percepción de las distancias siempre subestimadas.⁴⁴² Un elemento que ilustra este aspecto, además recurrente a lo largo del viaje, responde al accidente geológico al que se refiere con el término local de “quebrada”, al que dedica un grabado titulado “The Great

⁴⁴¹ Sobre la aproximación y ascenso al Cotopaxi, se menciona: “Elegimos la dirección que seguimos porque creíamos que era la mejor línea que se podía tomar, y sin referencia a ninguna otra ascensión que se hubiera hecho previamente. No recibimos ayuda de nuestros nativos, que eran profundamente ignorantes respecto de otros viajeros que habían estado en este distrito. Por lo tanto, fue curioso descubrir posteriormente que habíamos tomado la línea exacta que había seguido el Barón von Thielmann unos dos años antes, y que habíamos acampado a pocos metros de la posición que él eligió. Encontramos una botella que contenía su tarjeta a poca distancia del lugar donde estaba nuestra tienda. Unos mil pies más abajo había rastros de otro campamento, pero no pudimos averiguar quién lo había construido. Después de que nos hubimos instalado, oímos ruidos ocasionales dentro del Cotopaxi. Eran apenas más alarmantes que el ruido de una puerta que se cerraba de golpe en una parte distante de una casa grande”. *Ibíd.*, 118-9. Sobre el explorador alemán Barón Max von Thielman y las ascensiones por alemanes al Cotopaxi ejecutadas previo y posterior al viaje de Whymper, ver el Capítulo Tercero de esta tesis.

⁴⁴² Con respecto a las distancias, Whymper las ilustra en comparación a los Alpes para que el lector montañista, para el que está seguramente dirigida las descripciones del itinerario, se haga una idea del terreno andino: “Al principio, cuando se suponía que un objeto estaba a una milla de distancia, generalmente se encontraba a una distancia de entre 2 y media y 3 millas. Incluso, al final del viaje, las estimaciones eran generalmente 50 por ciento por debajo. Las laderas inferiores de la mayoría de las montañas son de una longitud enorme y tres o cuatro veces más largas que las laderas similares de los Alpes. Así, una franja de bosque de tamaño mediano en un callejón sin salida parece, a poca distancia, un grupo de arbustos, los grandes barrancos parecen simples zanjas, y en las proximidades se encuentran laderas herbosas de aspecto ordinario con vegetación que crece a cinco o seis pies de altura.” Edward Whymper, “Expeditions among the Great Andes of Ecuador. 2.”, in *The Alpine Journal: A Record of Mountain Adventure and Scientific Observation by Members of the Alpine Club*, ed. William Augustus Brevoort Coolidge (London: Longmans / Green & Co., 1882), 10:115.

Quebrada at Quito” (Fig. 4).⁴⁴³ Ya en su conferencia frente a la *Royal Geographical Society*, menciona que ese término “se emplea para casi todo, desde un desvío a un costado del camino hasta un valle de considerable tamaño”, y que la gran quebrada que encontró en Guayllabamba normalmente se la consideraría un gran valle, “ya que tiene [...] 3000 pies y muchas millas de largo”.⁴⁴⁴



THE GREAT "QUEBRADA" AT QUITO.

Figura 4. Edward Whymper: “The Great Quebrada at Quito”.
Fuente: William Augustus Brevoort Coolidge (ed.) (1882), 10:41.

⁴⁴³ En su cuarta y quinta entrega al *Alpine Journal*, menciona como gran quebrada a la que encuentra en Guayllabamba, sobre cuyas dimensiones no duda en expresar la impresión que le causó: “Llegamos al extremo sur de la gran quebrada de Guallabamba. La altura era de 9.306 pies (2836 m.). La vista desde este punto era inmensa, dominando una maravillosa extensión de terreno, fisurado en multitud de lugares por grietas sísmicas, la mayor de las cuales era necesario atravesar. Tardé 1h35min. descendiendo hasta el fondo de la misma, y allí encontré que la altura sobre el nivel del mar era de 6.472 pies (1972 m.). Esta fisura tenía por tanto, en números redondos, 3.000 pies (914 m.) de profundidad.” Edward Whymper, “Expeditions among the Great Andes of Ecuador. IV”, en *The Alpine Journal: A Record of Mountain Adventure and Scientific Observation by Members of the Alpine Club*, ed. William Augustus Brevoort Coolidge (London: Longmans / Green & Co., 1882), 10:241-2.

⁴⁴⁴ Whymper, “*A Journey among the Great Andes*”, 465. También en su libro define al término quebrada, aunque obviando el término valle, como “una palabra que se escucha muy a menudo en Ecuador. Una zanja es una quebrada, al igual que una grieta de unos pocos pies de ancho producida por un terremoto o un abismo de más de 2000 pies de profundidad”. Whymper, *Travels amongst the Great Andes*, 218.

El itinerario de viaje incluye un total de cinco imágenes: el Cotopaxi en erupción de Antonio de Ulloa (de cuyos ángulos y tamaño representado se menciona como una exageración irracional),⁴⁴⁵ los grabados de la gran quebrada de Quito, el tercer campamento del Chimborazo y la erupción del Cotopaxi que comparte con el plano del campamento de junio 25-27 a un costado de la alta vía en las faldas del Chimborazo (Fig. 5). A excepción de la gran quebrada y del plano del campamento, esas imágenes son reproducidas en el libro de viaje.

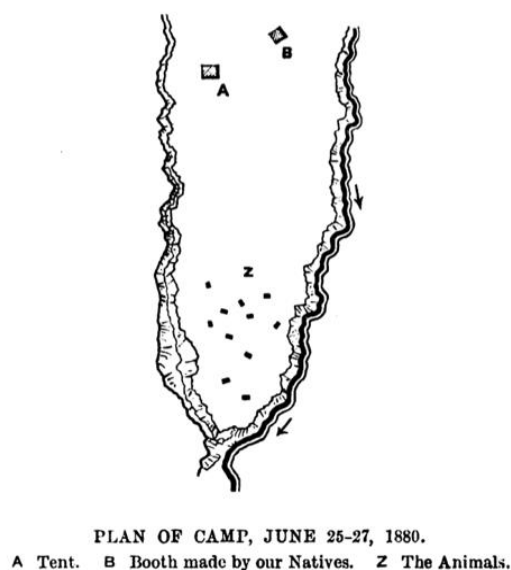


Figura 5. Edward Whymper: “Plan of Camp, June 26-27, 1880”.
Fuente: William Augustus Brevoort Coolidge, ed. (London: 1882), 10:436.

En el registro del lenguaje propio de la actividad montañera, el itinerario da cuenta de los encuentros de esos espacios extremos. Tal es el caso del relato a propósito del ascenso al Shincholagua (4899 m.):

Los últimos trescientos pies demostraron ser duros, y pasaban por una delgada pendiente de nieve dura y hielo que finalmente se hizo extremadamente empinada, y terminaba en un pequeño diente de roca que era demasiado pequeño para permitir que los tres estuviéramos de pie sobre él a la vez. Al descender, ninguno de los miembros del grupo se aventuró a hacerlo de cara al exterior. La tormenta de truenos continuaba inmediatamente alrededor de la cima final; nuestras hachas [piolets] silbaban y se producían explosiones alrededor cada pocos segundos. La posición era extremadamente peligrosa, sólo se hizo lo suficiente para asegurar fragmentos de la cumbre, y no se hizo nada con ninguno de los instrumentos.⁴⁴⁶

⁴⁴⁵ Whymper, “Expeditions among the Great Andes of Ecuador. 2”, 122.

⁴⁴⁶ Whymper, “Expeditions among the Great Andes of Ecuador. III”, in *The Alpine Journal: A Record of Mountain Adventure and Scientific Observation by Members of the Alpine Club*, ed. William Augustus Brevoort Coolidge (London: Longmans / Green, and Co., 1882), 10:181.

Este evento vuelve a ser nombrado en su conferencia ante la Royal Geographical Society, en la cual devela con mayor énfasis esa tensión a modo de justificación con respecto a la práctica del alpinismo y el esfuerzo de la recolección de datos científicos. Eso se evidencia a propósito de la explicación sobre el comportamiento meteorológico que presencié en los Andes:

En ninguna ocasión, mientras permanecemos a elevaciones considerables, estuvimos libres de tormentas de mayor o menor severidad. Todo el aire parecía saturado de electricidad, y las descargas podían determinarse en cualquier momento. Creo que los destellos ocasionales y aislados que a veces brillaban entre nosotros y una cresta intermedia, [...] nos hacían pensar más que esas grandes exhibiciones cuando el cielo se llenaba de dardos ardientes y un estruendo tras otro resonaban sin interrupción. Nunca olvidaré la ocasión en que, en la cima del Sincholagua, en una estrecha cresta de nieve helada en la que estábamos cortando pasos —una cresta tan empinada y estrecha que el más mínimo toque podría habernos hecho caer a uno u otro lado—, nos sorprendió una tormenta que en pocos segundos se desencadenó por encima, por debajo y a nuestro alrededor, con una furia que nos hizo temblar [...] mientras un rayo tras otro se lanzaba a través de nuestra cresta, y otros golpeaban o parecían golpear los pináculos de roca debajo de nosotros. Con las palas de nuestros piolets silbando huimos, apenas atreviéndonos a mirar atrás.⁴⁴⁷

Esta descripción propia de la experiencia corporal de la aventura es a la vez la razón por la cual no pudo establecer datos de relevancia científica como las mediciones de temperatura y altitud correspondientes a esa montaña.

Unos de los momentos más llamativos del itinerario, en ese registro del montañismo, es la narración sobre el arribo a la cima del Chimborazo en la segunda ascensión (3 de julio de 1880), donde expresa una especie de complicidad entre los fenómenos naturales y su práctica del alpinismo:

A la una de la tarde, cuando estábamos cerca del punto más alto, vimos que el barrido regular de la nieve en el vértice de la cúpula se veía interrumpido por algo. A la 1.20 llegamos a la cima, y un gran clamor y cacareo estalló entre los hombres, porque allí estaba nuestra asta de bandera todavía en pie a unos 4 pies fuera de la nieve, con jirones de la bandera roja sujeta, y en conexión con ella estaba la singular circunstancia de que la Naturaleza había construido un muro de hielo en el lado oriental, como para protegerla. Esta pared tenía seis o siete pies de largo y dos pies de espesor, y se elevaba hasta el nivel del poste. Difícilmente podríamos haberlo construido nosotros mismos con mayor precisión. Por delante, el poste estaba despejado.⁴⁴⁸

⁴⁴⁷ Whymper, “A Journey among the Great Andes”, 460-1.

⁴⁴⁸ Whymper, “Expeditions among the Great Andes of Ecuador. VI”, in *The Alpine Journal: A Record of Mountain Adventure and Scientific Observation by Members of the Alpine Club*, ed. William Augustus Brevoort Coolidge (London: Longmans / Green, and Co., 1882), 10:437-8.

El registro montañoso, ya en lo que fue su conferencia frente a la *Royal Geographical Society*, está permeado con elementos muy cercanos al registro de la aventura literaria. Sobre la ascensión al “Sara-urco [*sic*]”, la montaña que presentó la mayor cantidad de dificultades a lo largo de todo el viaje, expone episodios que oscilan entre lo cómico y lo extremo, como el episodio de los toros “tan gordos como la mantequilla y hábiles como una gamuza” que atacaron a Jean-Antoine Carrel, quien confesó el evento diciendo: “Señor, justo ahora que estaba mirando hacia el glaciar tratando de encontrar una vía, escuché un ruido por detrás y al girarme vi dos grandes toros a pocas yardas de distancia, avanzando con sus cabezas gachas listos para embestir y lanzarme hacia el precipicio [...], pero logré escapar [...] casi sin aliento”.⁴⁴⁹ O bien en cuanto a la vinculación entre aventura, ciencia y muerte:

A medio día envié a dos hombres a que llevaran provisiones hacia la dirección en que supuse estaba situada nuestra montaña. Regresaron con un cráneo humano que habían recogido no muy lejos. “Conozco ese cráneo”, dijo uno de los indios [...], “es de un hombre que salió hacia aquí a buscar corteza de quina. Este se durmió y no volvió a despertar”.⁴⁵⁰

A esto se puede añadir, también con respecto al Sara-Urco, la impronta del registro cinestésico que se ve expuesto al abrirse camino en una tierra “completamente pantanosa, incluso donde las pendientes eran considerables” llenas de “un junco o caña en tal densidad que era casi impermeable”, y cuya superación a través del movimiento, escenifican los límites regionales a los que se accede mediante la experiencia corporal extrema:

Era imposible hacer uso alguno de nuestros machetes, pues nos habría llevado varias semanas de trabajo, a todo el grupo, despejar una senda [...]. La única manera de atravesarlo era separándolo continuamente con las manos y, como era extremadamente rígido y más alto que el hombre de mayor altura, volvía en cuanto lo soltábamos y nos impedía vernos. Los bordes de las hojas eran muy afilados y cortaban como navajas, de modo que en poco tiempo nuestras manos estaban manchadas de sangre, pues de vez en cuando nos veíamos obligados a agarrarlas para salvarnos de hundirnos en el suelo pantanoso. Ese día cruzamos la cresta que divide los ríos orientales de los occidentales, y las corrientes empezaron a fluir hacia el Atlántico.⁴⁵¹

Las descripciones de la expedición al Sara-urco brindadas en su conferencia, suscitaron un comentario muy sugerente por parte del presidente de la sociedad donde se

⁴⁴⁹ Whympers, “Expeditions among the Great Andes”, 249-50.

⁴⁵⁰ *Ibid.*, 249.

⁴⁵¹ Whympers, “Expeditions among the Great Andes of Ecuador. IV”, 248

vincula a esa narración con obras maestras de la literatura europea: “sólo entre los poetas podría encontrarse alguna descripción parecida al relato del señor Whympers sobre sus aventuras en las alturas pantanosas del Sara-urcu. Se parecía más a la descripción de Milton del viaje de Satanás a través del caos que a cualquier otra cosa que haya leído”.⁴⁵²

La relación con lo literario que resalta el Lord de Aberdare, no es aislada, de hecho, lo extiende a todo el cuerpo del viaje, invitando a la audiencia a observar la estadía de Whympers en la cumbre del Cotopaxi bajo el umbral de unos versos de Coleridge:

El presidente, al proponer un voto de agradecimiento al autor de la ponencia, dijo que el Sr. Whympers había afirmado que uno de sus objetivos al visitar los Andes era descubrir a qué altura era posible la existencia. Esto le recordó el argumento de Coleridge entre el suicida y la naturaleza, en el que el suicida decía: “Si la vida era la pregunta, una cosa enviada para probar, / Y para vivir es ‘sí’; ¿qué puede ser ‘no’? Morir”.⁴⁵³

El poema *The Suicide's Argument* de Coleridge, bien pudiera cobrar relevancia pensando en la muerte de Edward Whympers en 1911 a los pies del *Mont Blanc*. El argumento del suicida en Coleridge encuentra una respuesta de la propia naturaleza, “¿Se ha devuelto como se otorgó? ¿No está peor? / ¡Piensa primero en lo que eres! Recuerda lo que fuiste. / Te di inocencia, te di esperanza, / te di salud, y genio, y un amplio campo. / ¿Me devuelves la culpa, el letargo, la desesperación? / Inventa, inspecciona, compara. / Luego muere, si es que te atreves a morir”.⁴⁵⁴

El itinerario tiene un enfoque extendido del relato de la ascensión al Cotopaxi, remarcando la instalación del campamento en las cercanías del cráter. Sobre esa experiencia en medio del comportamiento eruptivo del volcán, entre otros aspectos, se puede destacar la impresión nocturna de la vista del cráter: “Cuando ya casi había anochecido, subimos a ver el interior del cráter y por primera vez pudimos contemplar sus enormes proporciones. La parte inferior estaba iluminada por hogueras incandescentes, y la mitad del acantilado superior estaba brillantemente iluminado por una luna casi llena”.⁴⁵⁵

La particularidad e importancia del caso de Whympers estuvo marcada a su vez por la poca presencia de británicos interesados en los Altos Andes durante el siglo XIX.

⁴⁵² Whympers, “A Journey amongst the Great Andes”, 470.

⁴⁵³ *Ibíd.* El poema completo es el siguiente: “Antes del nacimiento de mi vida, si lo deseaba o no, / Ninguna pregunta me fue hecha - ¡no podía ser así! / Si la vida era la pregunta, una cosa enviada para probar, / Y para vivir es ‘sí’; ¿qué puede ser ‘no’? Morir”. Samuel Taylor Coleridge, *The Complete Poems of Samuel Taylor Coleridge* (London: Penguin Books, 1997): 683

⁴⁵⁴ Samuel Taylor Coleridge, *The Complete Poems*, 684.

⁴⁵⁵ Whympers, “Expeditions among the Great Andes of Ecuador. 2”, 121.

De doce británicos en el continente, cuatro de ellos visitaron e intentaron ascender a los Andes del Ecuador.⁴⁵⁶ Entre ellos aparece el nombre de Mr. Brenchley, quién, en 1856, realizó una expedición a Panamá y Ecuador junto al francés Jules Remy. Este viajero francés presentó en el *Journal of Botany and Kew Gardens* (1857)⁴⁵⁷ un relato sobre una ascensión a la cumbre del Chimborazo que ambos habrían efectuado. Según el relato de Remy, cuya ascensión tuvo lugar en medio de una tormenta, habían determinado una altura de 6543 m. hasta el lugar en dónde habrían llegado, dato a partir del cual, debido a la poca visibilidad producida por la tormenta, dedujeron que ese punto era la cumbre de la montaña. Remy resaltó que la supuesta ascensión emprendida por él y su acompañante era una viva evidencia de que la cima del Chimborazo era perfectamente accesible.⁴⁵⁸ Whymper, a raíz de un análisis del mismo relato y su experiencia en la montaña, como las declaraciones vertidas por parte de Remy, demuestra que no pudo haber existido dicha ascensión, refutando así los datos proporcionados por Remy y dedicando varias páginas a señalar el fraude.⁴⁵⁹

En su libro de viaje, en cuanto a este registro del montañismo, Whymper parte de una serie de errores con respecto a lo que se había catalogado desde los intentos de ascensión que le precedieron en el Chimborazo: la morfología que se había expuesto, sobre todo a propósito de Humboldt y Boussingault, no se ajustaba a la realidad del terreno, a pesar de haber consultado personalmente a Boussingault para tener detalles sobre la ruta de ascenso que éste había emprendido, sin éxito, 48 años antes junto a Francis Hall.

Sus predecesores nunca hablaron de las cumbres, sino de la cumbre. Humboldt no mencionó específicamente la presencia de glaciares en el Chimborazo, e incluso llegó a negar su existencia en los trópicos. En un pasaje de *Asie Centrale*, como resalta Whymper, Humboldt “no vio en los Trópicos nada parecido a los Glaciares de Suiza; y Boussingault afirma que el único glaciar que vio en América Tropical estaba en el

⁴⁵⁶ Evelio Echevarría menciona a Francis Hall (1831), William Jameson (1857) y Edward Whymper. Evelio Echevarría, “Early British Ascents in the Andes” (1831-1946), in *The Alpine Journal*, ed. Ernst Sondheimer (London: Alpine Journal, 1987), 97:61-2.

⁴⁵⁷ Una traducción al español de este relato se encuentra en: Jules Remy, “Ascensión al Chimborazo, por el señor Jules Remy, un caballero francés, y su compañero de viaje, un caballero inglés, el señor Brenchley”, en *La conquista del trópico. Exploradores y botánicos en el Ecuador del siglo XIX*, comp. Fernando Hidalgo Nistri (Quito: Centro de Publicaciones PUCE, 2017), 137-44.

⁴⁵⁸ Remy, “Ascensión al Chimborazo”, 144.

⁴⁵⁹ Edward Whymper, “Note on an alleged Ascent of Chimborazo in 1856”, en *The Alpine Journal. A record of mountain adventure and scientific observation. By members of The Alpine Club*, ed. William Augustus Brevoort Coolidge (London: Longmans, 1882), 10:226-31. A demás, Humboldt, en su cuarto tomo de *Kosmos*, también dedicó algunas palabras a contrarrestar la supuesta ascensión de Remy.

Tungurahua”.⁴⁶⁰ Para Whymper, tanto Humboldt como Boussingault fracasaron porque no tenían práctica en el arte del alpinismo ni disponían del “auxilio profesional” (entendido en alusión a la experticia de los guías italianos). Sin embargo, a pesar de que dijeron haber llegado a alturas de 5878 m. y 6003 m. respectivamente, su perplejidad aumentó cuando vio el Chimborazo desde Guaranda, y estudió la montaña en relación con las narraciones de estos dos famosos viajeros, quedando totalmente desilusionado: “admitiendo que su altura era de 21.425 pies, podía tener una idea aproximada de dónde llegarían los 19.500 pies. Era evidente que nadie podía estar a esa altura, en ninguna parte de la montaña, sin tener glaciares delante, detrás y a cada lado”.⁴⁶¹

En un tono de matices irónicos, Whymper hace un cálculo sobre la “divina” celeridad con la que bajaron los naturalistas en contraste con sus descripciones sobre el terreno, lleno de peligros, bajo las inclemencias del clima, y cargando barómetros y recolectando muestras geológicas a su paso. La narración de Whymper sobre su proceso de ascensión, que culmina con la cumbre el 4 de enero de 1880, da a conocer las pericias de caminar y hasta gatear durante varias horas sobre la acumulación de nieve blanda, sumado al delicado manejo del barómetro para obtener datos pertinentes. Siguiendo en detalle el relato de sus predecesores en contraste con lo que observa, sugiere que el punto máximo al que estos llegaron no debió superar los 5600 m. La segunda ascensión del 3 de julio al Chimborazo, lo realizó en compañía de dos locales: el intérprete Francisco Javier Campaña y David Beltrán. A Campaña lo hizo declarar, de forma detallada, frente al Cónsul Británico en Guayaquil.⁴⁶²

La retórica de la aventura en Whymper comprende un juego que desmitifica y vuelve a mitificar al Chimborazo. En alusión a una cita tomada del primer volumen de *Aspects of Nature*, en la que el naturalista menciona que hasta 1820 se creía que el Chimborazo todavía era la montaña más elevada de la tierra, Whymper recalca el impacto que provocó en Humboldt: “a una edad en que los hombres no hablan a la ligera, declaró que seguía considerando que era la montaña más grandiosa del mundo”.⁴⁶³ No es fortuito que, ochenta y un años después, al publicarse el trabajo de Whymper, este rastro mítico del Chimborazo, vinculado a la figura de Humboldt, resulte un componente ineludible.

⁴⁶⁰ Whymper, *Travels amongst the Great Andes*, 348.

⁴⁶¹ Whymper, *Travels amongst the Great Andes*, 35.

⁴⁶² Sobre ellos no se ha podido dar mayor información que la propiciada por Whymper. Campaña al parecer tenía cierto conocimiento arqueológico y lo había quizás adquirido en el Perú. El Instituto Leibniz de Geografía Regional, conserva fotografías de Campaña, entre ellas un retrato, y una imagen tomada en Río de Janeiro. Al parecer estas fotografías fueron enviadas a Whymper durante la década de 1880.

⁴⁶³ Whymper, *Travels amongst the Great Andes*, 27.

Según Whymper, la creencia de la sociedad ecuatoriana sobre el Chimborazo se sostenía en el carácter inaccesible de su cumbre. Al menos así lo elabora al narrar el encuentro con el Jefe Político de Guaranda, quién le hizo comprender que se corría el rumor, tan frecuente en la época, de que había llegado, desde Europa, en búsqueda de tesoros, ya que era poco creíble que alguien estuviese decidido a emprender la ascensión puesto que todo el mundo la concebía como imposible.

El registro romántico del alpinismo tampoco escapa al libro de viaje de Whymper. Sus referencias y escritura revelan además que ese espíritu victoriano de la época aún mantenía el ímpetu romántico del sujeto como ente corporal en medio de los espacios naturales extremos. Como bien menciona Bainbridge, la expresión romántica, o bien la recurrencia a los poetas románticos para expresar emociones y sensaciones que se experimentan al escalar una montaña, era una práctica “muy extendida en la literatura del alpinismo del siglo XIX, un género creado en gran parte por los profesionales, académicos y clérigos de clase media con formación universitaria que desarrollaron el propio alpinismo”.⁴⁶⁴ De manera que las referencias poéticas de autores del período romántico, era una parte integral de la literatura del montañismo de la época victoriana.⁴⁶⁵

El caso del libro de Whymper, ya para finales del siglo XIX. no representa una excepción, tal y como lo demuestra su epígrafe de Lord Byron:

Sentarse en las rocas, contemplar la crecida y la caída, / Para rastrear lentamente la escena
sombreada del bosque, / Donde habitan cosas que no pertenecen al dominio del hombre,
/ Y los pies mortales que nunca, o rara vez han estado. / Para escalar la montaña sin
senderos toda indivisible, / Esto no es soledad; no es más que sostener / Conversar con
los encantos de la naturaleza, y ver cómo se despliegan sus tesoros.⁴⁶⁶

Esta impronta tiene una comunicación directa con la manera en que Whymper fue situado en el centro de las discusiones científicas de la época, donde se evidencia todavía la huella de la ciencia romántica y sus remanencias en una época caracterizada por la hegemonía de la ciencia del positivismo. En su búsqueda de la verdad fáctica, caracterizada principalmente por un nuevo hermetismo en los laboratorios —sobre todo a raíz de los descubrimientos de la termodinámica y los avances de la química—, esta nueva lógica de la ciencia no permitía confiar del todo en la información que proporcionaba la literatura de viajes con un contenido infestado de discursos subjetivos.

⁴⁶⁴ Bainbridge, *Mountaineering and British Romanticism*, 273.

⁴⁶⁵ *Ibid.*

⁴⁶⁶ anteportada del libro.

Sin embargo, como se presenta en Whymper, el viaje y el producto de los resultados efectuados tienen rezagos propios de la ciencia romántica: la fijación del cuerpo, o los padecimientos sensoriales en medio del gozo estético del paisaje, son aspectos que forman parte de sus aspiraciones científicas. Las ascensiones a los Andes demuestran que la ciencia de la época aún conservaba y valoraba celosamente esa relación entre la literatura de viajes con el informe científico.

2.2. Las verdades geográficas y el laboratorio andino

Al finalizar las entregas del itinerario, en la sección de *Alpine Notes* de la revista, Whymper menciona que no le fue posible incluir ninguna referencia a los resultados obtenidos. Sin embargo, anticipa diez puntos principales relacionados a mediciones teodolíticas, observaciones barométricas, ebullición del agua y temperatura corporal a grandes elevaciones; incluye la referencia de 100 fotografías tomadas durante el viaje, colecciones de historia natural, y objetos de valor arqueológico y de arte local.⁴⁶⁷

Si bien Whymper no era un científico de formación académica, su reputación como investigador interesado en el mundo natural fue bien recibida y elogiada tras los resultados de su expedición a Groenlandia, donde encontró varias especies de flora fosilizadas.⁴⁶⁸ Su reputación a raíz del viaje a los Andes, sin embargo, fue redimensionada. Esta expedición le ubicó en la cúspide de su afición científica en varias disciplinas: fisiología, geografía, historia natural, pero también en la descripción de objetos arqueológicos, así como en el manejo técnico y comparativo de los barómetros aneroides. A esto se añade su contribución al campo de la geología y zoología. Al menos

⁴⁶⁷ “1. Una serie de ángulos tomados con teodolito para las posiciones de las grandes cumbres. / 2. Una serie de observaciones de barómetro mercurial para las altitudes de 110 lugares, y numerosas observaciones por aneroides para puntos intermedios. / 3. Observaciones sobre el punto de ebullición del agua a grandes elevaciones, en comparación con las lecturas del barómetro mercurial. / 4. Observaciones sobre la temperatura corporal a grandes alturas. / 5. Una serie de 100 fotografías, incluyendo negativos de las cumbres del Chimborazo y Cotopaxi. / 6. Colección de especímenes de rocas, incluyendo muestras de las rocas de todos los puntos más altos alcanzados. / 7. Colecciones zoológicas, que ascienden a unos 8.000 especímenes (probablemente unas 1.000 especies), incluyendo mariposas, escarabajos, etc., de 16.000 pies. Localidad y altitud registradas en todos los casos. / 8. Colecciones botánicas de las posiciones más altas visitadas; localidades y altitudes registradas. / 9. Colección de antigüedades, que asciende a más de 500 especímenes, principalmente en cerámica y piedra. / 10. Colecciones para ilustrar los productos del país.” William Augustus Brevoort Coolidge, “Alpine Notes. Mr. Whymper’s Exploration in the Andes”, in *The Alpine Journal. A record of mountain adventure and scientific observation. By members of The Alpine Club*, ed. William Augustus Brevoort Coolidge (London: Longmans, 1882), 10: 498.

⁴⁶⁸ Whymper, “Some Notes on Greenland and the Greenlanders”, 161-168; 209-220; Edward Whymper y Oswald Heer, “Contributions to the Fossil Flora of North Greenland, being a Description of the Plants Collected by Mr. Edward Whymper during the Summer of 1867”, in *Philosophical Transactions of the Royal Society of London* (London: Royal Society, 1869), 159:445-88.

un trabajo temprano resalta este aporte: “Notes on the microscopic structures of some rocks from the Andes of Ecuador, collected by E. Whymper F.R.G.S” por Thomas George Bonney, publicado en los *Proceedings* de la *Royal Society* de Londres en 1884.⁴⁶⁹

El posicionamiento científico de Whymper se basa en la disputa por las verdades geográficas y fisiológicas principalmente. En su conferencia ante la *Royal Geographical Society* anticipa los pormenores de su crítica sobre el contenido geográfico, así como sus apreciaciones geológicas y meteorológicas específicas de las montañas. A raíz del mapa de Manuel Villavicencio,⁴⁷⁰ “el único” de acceso “disponible”, desata lo que será un largo descrédito de los trabajos cartográficos en el Ecuador. Al mapa de Villavicencio, por ejemplo, lo encuentra lleno de imaginación, con ríos encantadoramente simétricos “y de maravillosas cadenas montañosas que el ojo humano haya podido ver jamás”.⁴⁷¹ Aparte de calificarlo como ridículo, el mapa, según afirma, es conocido como una mala copia del trabajo de Pedro Vicente Maldonado.

En la conferencia mencionada, a raíz de esa discrepancia entre lo que observó en el país y los trabajos cartográficos, cataloga a la geografía del país en tres regiones “(1) todas las tierras del lado del Pacífico, (2) las altas montañas del interior, y (3) las tierras más bajas del este que contienen las cabeceras de los ríos que desembocan en el Amazonas”.⁴⁷² La manera en que determina una escenificación del terreno, es muchas veces en comparación con los Alpes, como es el caso sobre el territorio entre la región del litoral y la serranía: “no existe ninguna ruta en los Alpes que se recorra con tal regularidad, en la que se alcance una altura tan grande y en una distancia lateral tan corta, como la que se logra yendo desde el pueblo de Muñapamba a 1.300 pies (396 m.), hasta la cima del paso en la cordillera exterior que está a 10.400 pies (3169 m.)”.⁴⁷³ Hace notar que la presencia de esta formación montañosa, que tiene sus bases en el río Chimbo (alimentado por las vertientes del Chimborazo y Kariwayrazo) y extendiéndose hasta 40 millas de norte a sur, antecede a la principal cadena de los Andes con picos que llegan a

⁴⁶⁹ Véase Thomas George Bonney, “Notes on the microscopic structures of some rocks from the Andes of Ecuador, collected by E. Whymper F.R.G.S”, in *Proceedings of the Royal Society of London* (London: Harrison and Sons, 1884), 36:241-48; 426-34; Thomas George Bonney, “Notes on the microscopic structures of some rocks from the Andes of Ecuador, collected by E. Whymper F.R.G.S”, in *Proceedings of the Royal Society of London* (London: Harrison and Sons, 1884), 37:114-37; 394-410.

⁴⁷⁰ Manuel Villavicencio, *Geografía de la República del Ecuador* (Nueva York: Imprenta de Robert Craighead, 1858). Cabe decir que la obra de Villavicencio fue reconocida en 1865, al ser nombrado miembro corresponsal de la *Royal Geographical Society*. Véase: Ana Sevilla, *El Ecuador en sus mapas* (Quito: Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, 2013), 41.

⁴⁷¹ Whymper, “A Journey among the Great Andes”, 453.

⁴⁷² *Ibid.*

⁴⁷³ *Ibid.*

alcanzar los 15 mil pies de altura (4572 m.). Compara, por ejemplo, al Kariwayrazo (5018 m.), con el *Blüemlisalp* (3664 m.) en Suiza,⁴⁷⁴ o al Sincholagua, cuya cima la encuentra similar a los picos de Chamonix. De igual manera establece una comparación en su esfuerzo por describir el punto más sobresaliente del Altar, el cual “no es muy diferente del aspecto que presentarían algunos de los picos como *Aiguille de Dru* si estuvieran encaramados en la cima del *Eiger*”.⁴⁷⁵

Nombra, entre otros detalles geográficos, a la vía sobre el Gran Arenal, al pie del Chimborazo, que conduce a Quito, situándose a una gran altura (14 mil pies —4257 m. — sobre el nivel del mar). Otorga una imagen general de la Sierra entre el Chimborazo y las montañas en dirección norte, como una escenografía de grandes montañas aisladas. Hacia el noroeste del Chimborazo, desde el “Illiniza [*sic*]” (17 mil pies, o 5181 m.) hasta el Pichincha”, habla de montañas conectadas casi de forma alineada, aunque sin constituir una cadena ininterrumpida, con depresiones que llegan hasta los 10 mil pies (3048 m.). Después de cruzar la quebrada de Guayllabamba, se encuentra el Mojanda, una montaña previamente mencionada en su itinerario de viaje. Aunque respecto a este macizo, que en realidad es un complejo volcánico inactivo con varios picos, si bien no supera la línea de las nieves perpetuas, está convencido de que “abarca más terreno que cualquier otra montaña en Ecuador”.⁴⁷⁶ Así también retoma las descripciones brindadas en su itinerario sobre Ibarra y sus montañas aledañas (Imbabura y Cotacachi).

De las altas montañas nevadas al norte, fija su atención en el Cayambe por la importante masa de nieve y glaciar que presenta, así como su posición en la línea ecuatorial. Hacia el sureste del Cayambe se encuentra el Sara-Urco, continuando hacia el sur, sin más elevaciones de gran importancia hasta llegar al Antisana, comparable al Cayambe en cuanto a su masa de glaciar. Entre el Antisana y el Cotopaxi, se encuentran montañas de menor elevación. Nombra al Tungurahua, un volcán que se yergue sobre los 16 mil pies (4900 m.), del que no ofrece más información. Hacia el sur de esta elevación, describe al Altar como un volcán extinto formado por tres cuartos de círculo y dibujada por la línea superior en la que se levantan sus pináculos. Termina finalmente su descripción de los altos Andes con el Sangay.

Esa “enumeración tediosa” de las montañas —en el sentido de que se podría haber obviado—, la justifica debido a la identificación común de las formaciones montañosas

⁴⁷⁴ También compara el terreno de esta montaña con el Monte Rosa y el Wetterhorn.

⁴⁷⁵ Whympers, “A Journey among the Great Andes”, 455.

⁴⁷⁶ *Ibid.*, 454.

de “estas latitudes”. Ya fuera por la enseñanza escolar o lo que se expone en los mapas, se las han dividido “en dos cadenas —paralelas entre sí, y que discurren aproximadamente al norte y al sur—, y que reciben de nombre Cordillera Occidental y Cordillera Oriental”. Esta descripción, “que ha calado hondo en la mente del público” a modo de “credo geográfico”, se la ha vinculado a “los académicos franceses que viajaron por esta región a principios del siglo pasado” aunque “su aceptación popular quizá se deba más a Alexander von Humboldt que a ellos”.⁴⁷⁷ Expone así su explicación sobre este error geográfico:

Ustedes verán en un momento que no hay [...] tal cosa como dos cordilleras que corran una hacia la otra. En el oeste, es cierto, se encuentran [...] las cuatro montañas (Illiniza, Corazón, Atacazo y Pichincha), en una línea tolerablemente regular. Estos deben constituirse de inmediato en la dificultad de no saber si enlazar Cotacachi, Imbabura y Mojanda, o cualquiera de ellos. Tanto si los enlaza como si no, le resultará igualmente difícil construir su segunda cordillera, o cordillera oriental. Si colocando en ella el Pasochoa y el Rumiñahui, cuyas dos montañas son aproximadamente paralelas a las cuatro del otro lado, ¿qué hará con los picos más importantes del Sincholagua y el Cotopaxi, y los aún más importantes Antisana y Cayambe? Haber extendido el diagrama más hacia el sur habría hecho una ilustración de tamaño inconveniente e innecesario [...]. Afirmo inequívocamente que no hay ninguna parte de todo el país en la que se encuentren dos líneas de Cordilleras siquiera aproximadamente paralelas entre sí, y que posean la importancia que, durante este siglo, se les ha atribuido. No siento que me incumba intentar explicar cómo se ha cruzado este mito. La prontitud con la que ha sido adoptado por los geógrafos europeos se ha debido sin duda a la ausencia de cualquier mapa en el que las posiciones de las grandes cumbres hayan sido correctamente fijadas.⁴⁷⁸

En este esfuerzo por la demarcación geográfica, incluye también su apreciación sobre el territorio al oriente de los Altos Andes, una región aún por conocer. Sus rutas de acceso (Papallacta y Baños) son poco frecuentadas y con una geografía entre ellas completamente inédita para los especialistas. A pesar de haber pretendido acceder a una perspectiva de este territorio desde las altas cumbres, las condiciones climáticas impidieron su observación. El único punto en el que logró apreciar en algo su paisaje fue en el campamento del Sara-Urco, donde lograron divisar cadenas montañosas hacia el sur y el sur-sureste, volcándose completamente hacia el oriente —teniendo como referencia el Río Napo al norte—, y con elevaciones que superaban los 14 mil pies de altura (4167 m.). Además, fue el único lugar donde encontraron rocas metamórficas como gneis y pizarra.⁴⁷⁹

⁴⁷⁷ *Ibid.*, 455.

⁴⁷⁸ *Ibid.*, 456.

⁴⁷⁹ Esto se debe a que el Sarauro es una de las pocas montañas en el Ecuador que no es de origen volcánico. Otra de ellas es el Cerro Hermoso (4571 m.) ubicado en el páramo de los Llanganates. La

En cuanto a los Altos Andes, califica a todas las montañas en las que estuvo, a excepción del Sara-Urco, como “elevaciones que se han formado sobre conos de montaña que han estallado y se han apilado sobre una base de arenisca”.⁴⁸⁰ Whympers no denota particularmente un manejo especializado en vulcanología, sin embargo, otorga datos sobre las detonaciones del Sangay, las cuales fueron “tan agudas y fuertes como para generar sobresaltos”. Visto desde el Chimborazo, esa montaña presentaba una forma muy pintoresca de cono regular, aunque de menor imponentia y simetría que el Cotopaxi, con “grandes mantos de nieve en la parte superior del pico que desaparecen antes de alcanzar la cumbre, [...] y formado por laderas de fina ceniza volcánica”. Describe además lo que apreció de su comportamiento eruptivo: “Apenas vimos salir humo de él, pero a intervalos de veinte a treinta minutos se producían chorros de vapor que se elevaban con inmensa rapidez hasta una altura de 4000 o 5000 pies (1500 m.) sobre el borde del cráter, y luego se extendían formando una cabeza en forma de hongo que era gradualmente arrastrada por el viento”.⁴⁸¹ Whympers no deja pasar la oportunidad de comparar sus apreciaciones del fenómeno volcánico del Sangay con el del Cotopaxi, además de contrarrestar los criterios habituales sobre los temidos lahares producidos en sus eventos eruptivos de mayor importancia:

Estuvimos mucho tiempo en las cercanías del Cotopaxi y lo vimos con frecuencia [...]. De su cráter emanaba siempre más o menos humo mezclado con vapor, de manera pausada a diferencia de la violencia de las erupciones que procedían del Sangai [...]; de hecho, era difícil creer que pudiera ser un volcán muy peligroso. Sin embargo, como he relatado en otro lugar, nosotros mismos fuimos testigos una vez, a una distancia de 65 millas, de una erupción de ceniza que se proyectó a 20000 pies (6097 m.) en el aire, y se derramó con tal efecto de crepúsculo poco después del mediodía. Pero el Cotopaxi ha generado efectos peores, y lo que parece más temido son las inundaciones que ya han sido experimentadas durante sus mayores erupciones. Los ecuatorianos, y quizás otros, piensan que el agua procede del interior de la montaña [...] Yo no creo nada de eso. Estas inundaciones son el resultado del calentamiento inusual del cono, el cual licua los glaciares que descansan sobre él. Estos glaciares, y otros considerables, [...] son bastante imperceptibles a la distancia por estar ennegrecidos y oscurecidos por la ceniza.⁴⁸²

A propósito del tópico de los glaciares, arremete en contra de los “viajeros de gran eminencia” que han visitado y publicado sobre la región, quienes manifestaron una completa ignorancia sobre el tema. Lo mismo aplica para la *Encyclopædia Britannica* al

ascensión de Whympers y su colección de muestras representan un primer registro sobre este tipo de formación geológica en el Ecuador.

⁴⁸⁰ Whympers, “A Journey among the Great Andes”, 457.

⁴⁸¹ *Ibid.*

⁴⁸² *Ibid.*, 458. Whympers expone también unas palabras sobre el material volcánico y muestras recogidas en la montaña, las cuales posteriormente serán analizadas y comentadas por T.G. Bonney.

declarar al cráter del Altar como el único glaciar existente en los Andes del Ecuador. Whymper resalta la existencia de importantes masas de glaciar en el borde externo del Altar que incluso superan a las situadas en el cráter. También subraya la presencia de dimensiones considerables de glaciar en el “Carihuairazo, Illiniza, Cotacachi, Sincholagua, Quilindaña, Cotopaxi, Cayambe, Sara-urcu, Antisana y Chimborazo”, dando cuenta de ello con evidencias fotográficas, como bien demuestra la imagen tomada a 18.400 pies (5600 m.) en el Chimborazo (Fig. 6) —que no exhibe solo una extensión considerable sino el gran espesor que corona la montaña, “lo cual es raramente comparable con glaciares en cualquier lugar” —.⁴⁸³



Figura 6. Edward Whymper, “Las paredes del Chimborazo”

Fuente: *Leibniz-Institut für Länderkunde* (IfL), Archivo Digital, Sam102-0473, SF01: Naturraum / RD04.15: Ecuador.

⁴⁸³ *Ibid.*, 459. Whymper no tenía acceso a imágenes de las altas montañas de la Cordillera Blanca, o la Cordillera del Huayhuash en Perú, con características similares a las descritas sobre el Chimborazo pero de dimensiones aún mayores.

Aunque si bien los glaciares de varias montañas del Ecuador cubren un área comparable con el del *Mont Blanc*, no descienden a tan bajas alturas como los icónicos glaciares de los Alpes suizos. Whymper había observado una línea de base de los glaciares entre los 4200 m. y 4500 m.⁴⁸⁴ A esto añade su apreciación sobre las morrenas (material barrido y acumulado por movimientos de los glaciares), escasas en los Andes, así como las *roches moutonées* (rocas de marcada protuberancia y estriaciones onduladas, producidas por la fricción del hielo o la erosión glaciár), aunque en “el lado del sur de Chimborazo, en un valle en el cual ahora no hay ningún glaciar”, fue el único lugar en el que tenía la seguridad de haberlas hallado, si bien “esta sola instancia probó que los glaciares en esa montaña se han extendido antiguamente más abajo de lo que lo hacen ahora”.⁴⁸⁵ A esto añade descripciones sobre las grietas y el movimiento del glaciar (también en comparación con los Alpes), en las que expone su asombro por las enormes grietas en la parte alta del Antisana, cuyas dimensiones jamás había experimentado.

En cuanto a la meteorología, menciona a la humedad y las condiciones del viento producidas por la Amazonía y el Pacífico y su incidencia en las montañas, mostrando interés en el comportamiento de las tormentas eléctricas, tal y como lo experimentó en el Sincholagua. Así también en cuanto al rango de amplitud termométrica que discute con respecto a lo descrito por William Jameson sobre la ciudad de Quito, rango que Whymper encuentra de mayor extensión. Asimismo, en cuanto al rango de temperatura experimentado entre el punto más bajo en las montañas al más alto al interior del país, siendo la mínima de -7 grados C. en la cumbre del Cotopaxi y la máxima de 24 grados C. en el fondo de la gran quebrada de Guayllabamba. Además de lo expuesto, confiere un dato poco conocido sobre el comportamiento de la temperatura oscilante de los glaciares:

Hubo ocasiones en las que ocurrieron diferencias considerables en períodos cortos. En una ocasión, en el Chimborazo hubo una variación de 50 grados en tres horas; y la anotación más notable que tengo en mis diarios, respecto a la temperatura, se refiere al Antisana, en cuya cumbre permanecimos casi dos horas a la sombra y con una atmósfera perfectamente tranquila todo el tiempo, aun así el termómetro oscilaba entre 6.6 grados C. y 15.5 grados C., u once grados más alta que la temperatura máxima que experimentamos durante tres días en la hacienda de Antisana, que estaba 6000 pies más abajo.⁴⁸⁶

⁴⁸⁴ El Sarauro fue la montaña de menor elevación a la que ascendió, estableciendo una altura de 15500 pies (4724 m.). Allí encontró una de las grandes formaciones de glaciar que descendían a un límite inferior que cualquier otra montaña en el Ecuador (4200 m.).

⁴⁸⁵ Whymper, “A Journey among the Great Andes”, 459.

⁴⁸⁶ *Ibid.*, 162.

Ante la posible discordancia entre la temperatura y las alturas registradas por Whymper, “contrarias” a las “nociones preconcebidas sobre lo que debe ocurrir en la cima de una montaña nevada de 19.000 pies de altura”,⁴⁸⁷ señala su comprobación en comparación a los trabajos de los científicos alemanes Wilhelm Reiss y Alphons Stübel, realizados entre 1870 y 1874, y bajo análisis emprendidos por William Ellis del Real Observatorio de Greenwich. A esto le siguen sus impresiones sobre la misión hispanofrancesa del siglo XVII, a la que dedica una larga descripción sobre las pirámides de La Condamine.⁴⁸⁸

El valor científico que presentó el formato de libro, publicado inicialmente en 1891, tuvo un año más tarde una edición exclusiva para cien suscriptores, entre los que resaltan algunas instituciones como *The Royal Library (Windsor Castle)* o *The British Museum*, y sociedades como *The Linnean Society* y *The Zoological Society*. Ese mismo año contó también con una edición norteamericana a cargo de la editorial *Charles Scribner's Sons*.⁴⁸⁹

La publicación del trabajo de Whymper estuvo a cargo de la firma John Murray. Esta empresa editorial,⁴⁹⁰ ya de larga tradición en Europa, iniciada en 1768, publicó varios títulos de éxito comercial notable, como *El origen de las especies* de Darwin, o *Principles of Geology* de Charles Lyell. La editorial, entre los años de 1840 y 1891, estuvo a cargo de John Murray III, nieto del fundador de la firma. John Murray III publicó y dirigió también las obras de otros autores de literatura de exploración como David Livingstone, Samuel Smiles, o William Gladstone. Murray era miembro de la *Royal Geographical Society*, la cual, en el Obituario del *Proceedings*,⁴⁹¹ destaca que uno de sus últimos actos en el ámbito del negocio de los libros fue ver y felicitar al Sr. E. Whymper por la

⁴⁸⁷ Ibid.

⁴⁸⁸ Sobre las pirámides de La Condamine, véase Lafuente y Mazuecos, *Los caballeros del punto fijo*, 206-219; Safier, *La medición del nuevo mundo*, 51-90.

⁴⁸⁹ La primera traducción al español fue realizada por César Bahamonte. Impresa en Quito en 1921 como *Entre los Altos Andes del Ecuador: Relación de viaje*, fue una edición incompleta en cuanto a texto e imágenes. La traducción íntegra, aunque basada en la de Bahamonte, fue realizada por William Orr y Jorge Gómez, con tres reimpresiones hasta el momento (1993, 1994, 2001) bajo el sello editorial Abya Yala, con una ligera, aunque sustancial, modificación de su título: *Viajes a través de los majestuosos Andes del Ecuador*.

⁴⁹⁰ *Encyclopedia Britannica: A Dictionary of Arts, Science, Literature, and General Information* (New York: Cambridge University Press, 1911), 41; National Library of Scotland, *John Murray Archive*, 11 de junio de 2007, <http://www.nls.uk/jma/mss/search/index.cfm>

⁴⁹¹ J. Scott Keltie ed., *Proceedings of the Royal Geographical Society and Monthly Record of Geography* (London: Royal Geographical Society, 1892), 14:334-5.

publicación de su libro sobre los Andes, asombrado por su volumen y peso considerables mientras lo revisaba en detalle.⁴⁹²

Otro de los nombres que rodean la producción de Whymper es el de Henry Walter Bates,⁴⁹³ quien de joven había sido recomendado por Murray para la ocupación de ciertos cargos al interior de la sociedad y fue quien dirigió el *Supplementary Appendix to "Travel Amongst the Great Andes of the Equator"*, también publicado por John Murray. Este libro suplementario tuvo el aporte de otros catorce especialistas en historia natural que se dedicaron a clasificar e identificar las colecciones que Whymper había traído consigo. Bates fue editor de los *Proceedings* y del *Journal* de la *Royal Geographical Society*, al igual que de muchas de las publicaciones sobre expediciones alrededor del mundo, y ocupó el cargo de secretario durante 27 años. Como menciona John Dickenson, "El mandato de veintisiete años de Bates en la Royal Geographical Society coincidió con un periodo crucial en el desarrollo de la geografía en Gran Bretaña, desde su tradición esencialmente exploradora hasta su establecimiento como disciplina académica en escuelas y universidades".⁴⁹⁴ Sobre las colecciones de Whymper, en contraste a las vinculadas a la academia francesa, Bates menciona:

Las investigaciones de Humboldt y Bonpland [...] fueron insatisfactorias, ya que no se obtuvieron especies a grandes elevaciones; y, al igual que aquellos famosos viajeros, los exploradores posteriores han sacado de las laderas y valles superiores de Ecuador y Colombia, hasta dentro de los últimos años, sólo formas tropicales americanas, o especies de géneros andinos estrechamente relacionados con los productos de las llanuras a sus pies. [...] Poco antes de las maravillosas ascensiones del Sr. Whymper a los picos nevados del Ecuador, habían llegado a Europa unos pocos Coleópteros y Lepidópteros de grandes elevaciones de allí y de Colombia, que desalentaron cualquier expectativa: pero podemos decir que la búsqueda más minuciosa y completa del Sr. Whymper, en todas las elevaciones y en casi todas las montañas más altas, ha resuelto la cuestión.⁴⁹⁵

⁴⁹² *Ibid.*, 334.

⁴⁹³ Henry Walter Bates (1825-1892), naturalista británico, se formó junto a Alfred Russel Wallace en Leicester Collegiate School. Ambos compartieron lecturas de Darwin, Humboldt y Charles Lyell, y organizaron un viaje a la Cuenca del Amazonas en 1848. Tras la expedición con Wallace, Bates permaneció en Sudamérica por once años realizando estudios y colecciones, principalmente de insectos pero también de aves, reptiles, plantas, entre otros, a lo largo del Amazonas. Sus estudios contribuyeron a los argumentos de la selección natural de Darwin y fue consultado con frecuencia por el sabio inglés acerca de la vida silvestre de la Amazonía. Fue Darwin quien recomendó a Bates a su editor, John Murray. Su libro, *The Naturalist on the River Amazons*, fue publicado en dos volúmenes y con reediciones en varios países. Murió en 1892 a causa de enfermedades contraídas en su viaje a Sudamérica. Véase John Dickenson, "Bates, Henry Walter", in *Oxford Dictionary of National Biography*, ed. H.C.G. Matthew Y Brian Harrison (Oxford: Oxford University Press, 2004), 4:316-9.

⁴⁹⁴ *Ibid.*, 318.

⁴⁹⁵ Henry Walter Bates, "Introduction", in Edward Whymper, *Supplementary Appendix to Travels amongst the Great Andes of the Equator* (London: John Murray, 1891), 3. Sobre Bates, Barragán resalta las concordancias entre Humboldt y Whymper con respecto a que la biodiversidad de insectos disminuye en relación a las grandes alturas. Así también sobre la práctica, muy poco común, de precisar la fecha.

Mientras las colecciones de insectos estuvieron a cargo de Bates, las muestras de rocas fueron estudiadas por Thomas George Bonney. Al respecto, Bonney menciona: “La colección tiene un interés excepcional por el hecho de que muchos de los especímenes se han obtenido en lugares nunca visitados antes por los viajeros, y en no pocos casos por ningún ser humano, ya que entre ellos hay fragmentos de los riscos más altos de varios picos hasta ahora sin ascender”.⁴⁹⁶ Como ya se había señalado anteriormente, no era la primera vez que Bonney escribía sobre las muestras de Whymper. En 1884, en los *Proceedings of the Royal Society of London*, Bonney realizó un estudio aún más extenso que el realizado en el *Supplementary Appendix* sobre las rocas recolectadas en el Chimborazo y Cotopaxi. Intercala allí su análisis con la narración de Whymper sobre los detalles del contexto geográfico y vulcanológico de estas montañas, así como la atención a los pormenores de la aproximación, campamentos y ascensiones.

En la narrativa del registro geográfico del libro, Whymper propone nombrar a la cordillera que se levanta entre el litoral y la serranía como *Pacific Range of Ecuador*. Después de hacer una descripción sobre las falencias de los mapas de La Condamine y Maldonado, así como una breve narración biográfica de este último, dice que deja totalmente de lado los mapas de estos académicos, empezando de nuevo. Su fijación hacia los trabajos de los científicos franceses vuelve a ser notorio con respecto a Humboldt y Boussingault. Cabe recordar que en el seno de la Academia de Ciencias de París, Boussingault recomendó los trabajos de científicos americanos como los de Carlos Aguirre y Gabriel García Moreno.⁴⁹⁷ Sus producciones, ligadas a las montañas ecuatorianas, incluso fueron traducidas al alemán de la mano de Humboldt. Según Ana y Elisa Sevilla, el suceso de aquellas traducciones tenía una alta significación, debido a que Humboldt era el máximo referente y legitimador del conocimiento sobre América en aquel entonces: su figura cubría todo el discurso científico sobre el Ecuador durante el siglo XIX.⁴⁹⁸ Desvirtuarlo de la manera en que Whymper se propuso hacerlo, implicaba no sólo una corrección de los aspectos geográficos del Ecuador, sino suspender por

localidad y altura de cada espécimen. Véase Álvaro Barragán et al., “The History of Entomology in Ecuador”, *Annales de la Société Entomologique de France* 45, n.º 4 (2009): 415-41.

⁴⁹⁶ Thomas George Bonney, “Note on Rocks from The Andes”, in *Supplementary Appendix to Travels amongst the Great Andes of the Equator*, por Edward Whymper (London: John Murray, 1891), 140.

⁴⁹⁷ Sevilla y Sevilla, “Inserción y participación en las redes globales”, 92; Fitzell, “Teorizando la Diferencia en los Andes”, 39. Carlos Aguirre recibió la Legión de Honor en Francia en 1892. En dicha condecoración se resaltaron sus observaciones meteorológicas y su contribución a la ciencia.

⁴⁹⁸ Sevilla y Sevilla, “Inserción y participación en las redes globales”, 92.

completo la voz autorizada de Humboldt y Boussingault sobre los altos Andes, sobre todo sobre la montaña que les otorgó, en gran parte, su fama y reconocimiento.

La academia francesa expuso y colocó al Chimborazo durante más de medio siglo como la montaña más elevada del planeta. Esto tuvo lugar en la verificación de la disputa teórica que los académicos franceses sostuvieron frente a la *Royal Society* sobre la forma de la tierra.⁴⁹⁹ Ante ese imaginario de *lo Otro*, se puede inferir en el campo de la geografía ese espíritu de las ciencias británicas de larga data. Al igual que como reza el lema francés en el escudo británico,⁵⁰⁰ el afán por escenificar la idea de ese *Otro*, no podía escapar al campo de las rivalidades imperiales en el registro de las verdades científicas.

Cada año, desde 1839, la *Royal Geographical Society* se dedicó a condecorar los trabajos que en su criterio eran los más importantes y de mayor aporte a las ciencias geográficas en términos de exploración, elaboraciones cartográficas e incluso de historia natural.⁵⁰¹ La condecoración a Whymper puede especificar una historia doble. Según Ana Sevilla, los mapas tienen “por un lado, la evolución de las redes sociales donde se mueven los productores de mapas, sus patrocinadores y sus consumidores; y, por otro lado, el debate alrededor de preguntas epistemológicas sobre su función como documentos de precisión”.⁵⁰²

El mapa por el que fue premiado Whymper responde a una carta dividida en cuatro secciones: a la derecha se ilustra todo su trayecto durante el tiempo empleado en el Ecuador, con los datos de las ciudades y demás asentamientos humanos, así también ofrece detalles sobre las montañas a las que ascendió. A la izquierda se muestra, de abajo hacia arriba, la lengua de glaciar *Débris*,⁵⁰³ delineando la ruta de la primera ascensión del Chimborazo —en el aspecto sur de la montaña—, una parte entera del coloso andino, y el flanco occidental del nevado Cayambe. A diferencia de otros mapas realizados sobre el Ecuador, el de Whymper, sobre todo el que se dedica por entero al Chimborazo (Fig. 7),

⁴⁹⁹ Tal y como fue mencionado anteriormente, la Misión Geodésica Hispanofrancesa tuvo un gran impacto en la cuestión de los récords de altura, aspecto que se adelanta en varias décadas a la ascensión de Saussure al *Mont Blanc* y marca una filiación directa con la de Humboldt.

⁵⁰⁰ “Dieu et mon droit” (Dios y mi derecho).

⁵⁰¹ Sobre la condecoración de Whymper, Insley recopila también lo siguiente: “ha corregido en gran parte y aumentado nuestros conocimientos geográficos y físicos de los sistemas montañosos del Ecuador, ha fijado la posición de todas las grandes montañas ecuatorianas, ha elaborado un mapa construido a partir de observaciones teodolíticas originales que se extienden a lo largo de 250 millas, y ha determinado setenta altitudes por medio de tres barómetros mercuriales”. Insley, “«Lower It would not Go»”, 9-10.

⁵⁰² Sevilla, *El Ecuador en sus mapas*, 17.

⁵⁰³ El término *Débris*, del francés, hace referencia a “escombros”. Es una formación de flujos de depósitos de masas que encuentran reposo en cambios o pérdida de pendiente en la morfología de una elevación en particular.

tiene una particularidad que no pasa desapercibida. En este recuadro no hay líneas cartográficas comunes, se dedica por entero a una suerte de mirada cenital del macizo, identificando y bautizando con los nombres de sus predecesores, además, casi en su mayoría —puesto que él mismo señala no haber podido ver uno de los flancos de la montaña— muestra las ramificaciones de glaciación que descienden de la cumbre hacia los valles y quebradas. Whymper no solo desprende de toda autoridad, por así decirlo, a sus predecesores, sino que incluso resalta por completo la suya, al autorizarse a sí mismo al nombrar los glaciares constitutivos y la antecumbre del Chimborazo (gesto que también lo demuestra en otras montañas como el Cayambe). Todos los glaciares que identifica Whymper con nombre de personas, a excepción de uno (al que nombra “García Moreno”), responden a figuras europeas de ciencia. Tibiamente, hasta con cierta sorpresa, accede a nombrar a la menor de las dos cumbres que identifica en el Chimborazo como cumbre Veintemilla, tras la solicitud del entonces presidente Ignacio de Veintemilla. Evento capcioso, puesto que Whymper, después de que el presidente le mencionase que había creído que el Chimborazo tenía treinta mil pies de altura (9100 m.), éste dice haber respondido: “Perdóneme, Excelencia, [...] no se hubiera podido asociar el nombre de Veintemilla a un pico de treinta mil pies de altura”.⁵⁰⁴

Whymper, aparte de desechar los mapas de La Condamine y Maldonado, apenas nombra a Villavicencio en una de sus notas al pie de página, para especificar que si los anteriores describen precariamente la cadena de montañas que él identificó, en el de Villavicencio no aparece nada.

La disputa por la apropiación de la capacidad de reorganizar el territorio a partir de la elaboración de mapas, da muestra de la dinámica que se emprende por la pertinencia del conocimiento geográfico, y con ella el incremento del prestigio científico. Se podría interpretar la escritura y actitud de Whymper frente a la comunidad científica local vinculada a la francesa, como el ejemplo de una mirada posicionada desde arriba que minimiza por entero su producción. Valdría sugerir que esa mirada *desde arriba* responde justamente a sus estrategias de producción en apariencia sustentadas en un proceso de diálogo y comprobación. Sin embargo, este supuesto diálogo termina siendo un encuadre de comprobación, descalificación y desecho.

⁵⁰⁴ Whymper, *Travels amongst the Great Andes*, 172.

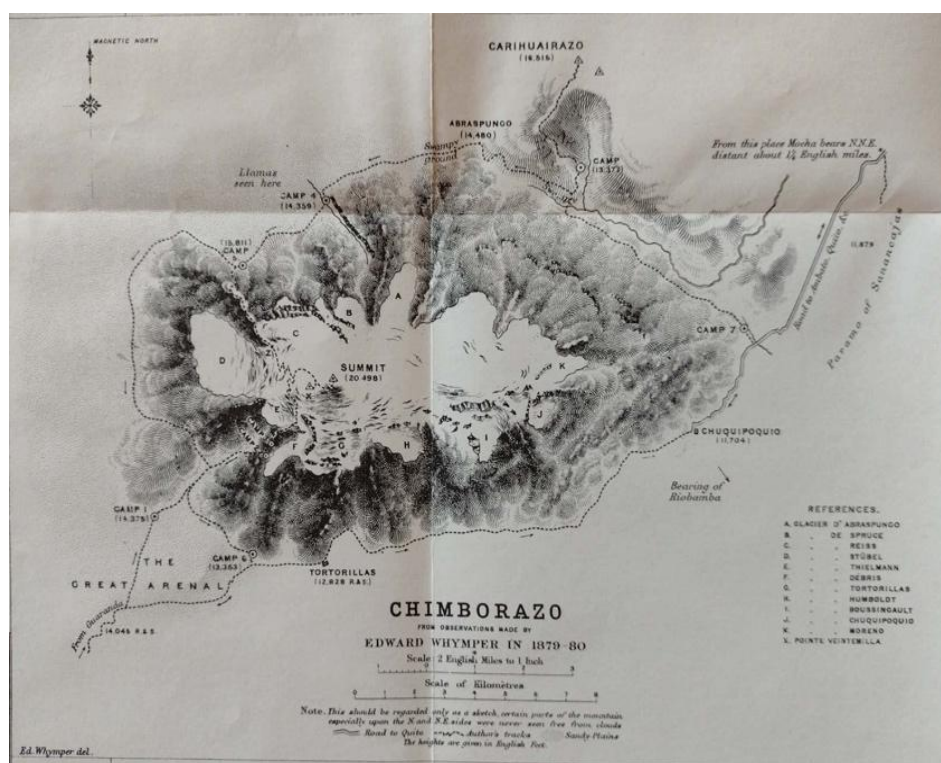


Figura 7. Edward Whymper: “Chimborazo from observations made by Edward Whymper in 1890-80”

Fuente: Edward Whymper (1892), suplemento.

Como ha sido resaltado anteriormente, el trabajo de campo y la producción científica, tanto como el relato de viaje que pauta su mediación, producción y recepción en lo que respecta al siglo XIX, presentan asimetrías expresadas en valores culturales que ejercen influencia en la mirada de la sociedad, no solo por lo que describe y enfatiza, sino también por lo que omite.⁵⁰⁵ En este sentido, las cartas y los planos tienen, como todo discurso, no sólo una referencia directa de la representación, sino que también hablan acerca del emisor y el destinatario.⁵⁰⁶

Los ideales del prestigio científico vinculado a América y concretamente al espacio andino dan cuenta de una larga tradición de personajes que pasaban, como dice Neil Safier, “gran parte del tiempo escalando picos volcánicos, cruzando ríos embravecidos, y resguardándose de vientos helados, todo para transformar el escarpado paisaje andino en trazos entrecruzados de formas angulares sobre el papel”.⁵⁰⁷ Desde el

⁵⁰⁵ J. B. Harley, *La nueva naturaleza de los mapas. Ensayos sobre la historia de la cartografía* (Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica, 2005), 62-97; Roberto Gómez Echevarría, *Mito y archivo: Una teoría de la narrativa latinoamericana* (Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica, 1990), 140-2.

⁵⁰⁶ Teodoro Bustamante, “Una interpretación de la naturaleza y el espacio en el Ecuador: Las áreas protegidas como discurso actual de conservación” (tesis doctoral, Universidad de Salamanca, 2013), 91, <https://gredos.usal.es/handle/10366/122921>.

⁵⁰⁷ Safier, *La medición del nuevo mundo*, 26.

siglo XVII, quienes encabezaban las expediciones eran miembros —o lo serían, eventualmente— de las prestigiosas academias científicas europeas.⁵⁰⁸ La disputa decantó en el acto de recordar y olvidar expresada, en cierta medida, en la enorme proliferación de textos que configuraban “nuevas estrategias para eliminar lo que se había escrito anteriormente”.⁵⁰⁹

Neil Safier ha realizado una minuciosa indagación acerca del trabajo de Maldonado, sobre todo en lo que respecta a la publicación póstuma de su célebre mapa.⁵¹⁰ Ese trabajo, sumado a varios apuntes que dejó a su amigo y colega La Condamine poco antes de dirigirse a Londres, ciudad donde falleció súbitamente, da indicios sobre las perspectivas del quehacer cartográfico. El científico riobambeño dejó anotaciones sobre las correcciones que deberían hacerse con respecto al mapa, lo cual, según el rastreo de Safier, fueron por entero obliteradas. Maldonado llamó la atención sobre un elemento en específico que, para el caso de la crítica de Whymper, resulta pertinente:

[Maldonado] escribió a La Condamine que la separación entre Europa y el Nuevo Mundo “hace que los objetos se vean más pequeños de lo que en realidad son: América queda lejos de Europa y las montañas de Quito son muy altas comparadas con aquellas de París y Madrid”. Maldonado nunca tuvo la oportunidad de mirar la versión terminada de su mapa de la provincia de Quito. Pero ya desde antes de su muerte parecía entender que a partir de la perspectiva de París, los Andes se verían aplanados y sus características disminuidas.⁵¹¹

Maldonado no adaptó los métodos a modo de receta de La Condamine a su trabajo. Whymper, en este contexto, es una línea referencial de cómo la producción en América muchas veces retorna a modo de bucle: no responde a lo que se dice, tampoco a la disputa por el prestigio ni al círculo académico que ampara aquello que se dice. Lo que esta línea referencial devela es el resurgimiento de lo que no pudo ser dicho, esa realidad que subyace en silencio, en el proceso de su ocultamiento, y que llega a decir, gracias al trabajo del historiador, una certeza que no encontró la posibilidad de ser amparada.

Más allá de elaborar una imagen de la naturaleza en términos de verdad o falsedad, “los mapas redesciben el mundo, al igual que cualquier otro documento, en términos de

⁵⁰⁸ Ibid., 36.

⁵⁰⁹ Ibid., 38.

⁵¹⁰ Pedro Vicente Maldonado, *Carta de la Provincia de Quito y sus adjacentes: Obra póstuma de Don Pedro Maldonado, hecha sobre las Observaciones Atrónicas y Geográficas de los Académicos Reales de las Ciencias de Paris, y de las Guardias Mars. de Cádiz y también de los RR. PP. Missioneros de Maynas* (Paris: 1750), mapa publicado a cargo de Charles Marie de la Condamine.

⁵¹¹ Safier, *La medición del nuevo mundo*, 214.

relaciones y prácticas de poder, preferencias y prioridades culturales.”⁵¹² Toda la cartografía de Whymper, y sobre todo el mapa del Chimborazo, responde a la imagen que documenta un elemento a saber: la pretensión de legitimidad de una figura emergente bajo el nombre de montañista científico. No es fortuito que el mapa de mirada cenital, visualizado desde lo alto, nombradas (bautizadas) sus partes desde lo alto, acentúe la conquista no sólo de una montaña sino de las verdades científicas. Whymper está tanto en la verdad (su círculo editorial y científico) como en la cúspide de la actividad imperial por excelencia (la conquista de una montaña que ni alemanes ni franceses lograron concretar). El Chimborazo es una multiplicidad de significados que este explorador se encarga de debatir, conquistar y resignificar, es el juego del incremento de un poder simbólico: decir *yo estuve aquí, yo llegué a la cumbre, yo conquisté lo que otros no pudieron, soy yo quien dice la verdad y está en la verdad*. De manera que las significaciones, no son espacios vacíos, sino “campos de cultivo de configuración y transformación de las relaciones de poder”.⁵¹³

Es desde el ideal de la altura, donde se sustenta propiamente el mecanismo a partir del cual Whymper impone su mirada significativa sobre el espacio geográfico. Las disputas de Whymper sobre las verdades geográficas, verdades sustentadas en la subjetividad del montañista, de aquel que sube a interpretar el orden del mundo desde la altura, lleva a inspeccionar el lugar que ha ocupado el oficio de la cartografía de los exploradores europeos. Tener la capacidad de nombrar los glaciares, además de los glaciares que se habían dicho que no existían en los Andes meridionales, hace de sí mismo una autoridad. Quien sube a donde nadie ha subido antes, quien corrige aspectos cartográficos y determina los límites donde habrían llegado sus predecesores, quien está cobijado por una de las instituciones del más alto nivel europeo de la época, hace del juego de la disputa de los significados y las verdades geográficas su propio escenario, su propio patio de eventos. Y en tanto eventos, las ascensiones a los Andes, la conquista del Chimborazo, son los ejes que crean esa subjetivación del sujeto. Ya en su descripción montañera sobre los Alpes, Whymper insistía en la exclusividad no sólo del terreno con respecto al sujeto alpinista, sino incluso en el propio entendimiento de la actividad y su concepción de dificultad:

⁵¹² Harley, *La nueva naturaleza de los mapas*, 112.

⁵¹³ Max Hering y Amanda Pérez, “Apuntes introductorios para una historia cultural desde Colombia”, en *Historia cultural desde Colombia. Apuntes y debates*, ed. Max Hering y Amanda Pérez (Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 2012), 25.

Es inútil intentar describir tales lugares. Tanto si se describen a la ligera o con minuciosidad, se corre el peligro de no ser comprendido. Su encanto, para el escalador, consiste en la intensa exigencia a la que obliga a sus facultades y a su fuerza, y en el placer que le produce superarlos con habilidad. El lector que no sea montañero no puede sentir esto y su interés por la descripción de tales lugares es normalmente escaso, a no ser que suponga que las situaciones son peligrosas. No lo son necesariamente, pero creo que es imposible evitar dar esa impresión si se insiste especialmente en las dificultades.⁵¹⁴

Su desempeño en los Andes no es menor en cuanto a la exposición del cuerpo humano a las grandes alturas, donde “el arte del montañismo” es el medio propicio para esa suerte de enfrentamiento con la naturaleza entendida como ente extremo. Si la observación desde la altura no resulta efectiva al tomar en cuenta la poca visibilidad obtenida en las cimas de las montañas andinas, el acceso a esa altura se convierte en una metáfora que refuerza la capacidad de Whymper para legitimar y dar veracidad a los estudios realizados. En comparación a los mapas elaborados por Theodor Wolf desde la publicación de la *Geografía y Geología del Ecuador* en 1892,⁵¹⁵ obra que supera en estudio y rigurosidad en materia geográfica a la realizada por Whymper, lo que en mayor medida se resalta, al elogiar su viaje y su obra, implica una vinculación íntima al desempeño corporal y la calidad expresiva en el detalle de esos espacios naturales.

2.3. Una “cuestión de presión”

Las disputas frente a la academia francesa no se agotan en las discusiones geográficas. El campo de la fisiología de altura representa en el libro de Whymper un medio aún más evidente de esta disputa imperial de largo aliento, y con juegos retóricos que no son siempre claros.

Su lectura ante la *Royal Geographical Society* se inició con una corta referencia a lo que ya había compartido en su lectura anterior en la *Royal Institution*, donde enfatizó su estadía prolongada en la cumbre del Cotopaxi. A pesar de la intención de no insistir en el tema, esta referencia lo llevó a un acercamiento, a modo reflexión, sobre la posibilidad de alcanzar las más altas cumbres de la Tierra (a catorce años antes del primer intento de ascensión al *Nanga Parbat*). Whymper veía factible la supervivencia por sobre los siete mil metros de altura, pero especifica que su experiencia no prueba que se “pueda permanecer por un tiempo prolongado a una elevación de 24000 pies (7315 m.); y a

⁵¹⁴ Whymper, *Scrambles amongst the Alps*, 112-3.

⁵¹⁵ Theodor Wolf, *Geografía y Geología del Ecuador publicada por orden del Supremo Gobierno de la República* (Leipzig: Tipografía de F.A. Brockhaus, 1892).

menos que esto pueda lograrse”, no existe la menor garantía “de que alguien pueda alcanzar, a pie, las cumbres de las montañas más altas conocidas”.⁵¹⁶ Al tratar de esclarecer este supuesto, subrayó que no se trataba únicamente de “superar dificultades físicas”, sino que el verdadero desafío residía en una “cuestión de presión”. Según él, quedaba “por ver si el sistema humano” podía “adaptarse a una presión de solo un tercio de la que experimentamos al nivel del mar”.⁵¹⁷

Para Whymper, los Andes del Ecuador distaban mucho de ser su primera opción como escenario de investigación. Al pretender estudiar los efectos de la rarefacción del aire en el organismo humano, la cordillera de los Himalayas ofrecía ser el lugar óptimo. Sin embargo, la expedición no fue posible debido a que el Imperio británico había impuesto una frontera científica a la India, probablemente en alusión al estallido y consecuencias de la Segunda Guerra Anglo-Afgana en 1878. Así también, a causa de la Guerra del Pacífico, se vio imposibilitado de visitar las más altas montañas de la cordillera de los Andes. Finalmente, resolvió dirigirse hacia los altos volcanes de la República del Ecuador, el territorio accesible más elevado al que podía acudir.⁵¹⁸

En las páginas introductorias del libro menciona que el Chimborazo había llamado su atención por su gran elevación sobre el nivel del mar (6523 m., según Humboldt). Su objetivo era establecer campamentos en alturas gradualmente mayores hasta poder alcanzar la cumbre, de manera que pudiese verificar con certeza los efectos fisiológicos de la rarefacción del aire. Al no tener la certeza de llevarlo a cabo, puso en mente a la vez otros objetivos ya descritos en las publicaciones realizadas anteriormente: las alturas de las principales montañas, las comparaciones entre el punto de ebullición y los datos obtenidos de los barómetros aneroides y mercuriales. Así también la toma de muestras y colecciones de botánica y zoología a grandes altitudes, y de modo recreativo, algunas muestras materiales de cultura local.⁵¹⁹ Resalta, particularmente, que no tenía interés

⁵¹⁶ Whymper, “A Journey among the Great Andes”, 449.

⁵¹⁷ *Ibid.*

⁵¹⁸ Whymper, *Travels amongst the Great Andes*, xi.

⁵¹⁹ En 1898, Ormonde Maddock Dalton publicó en *The Journal of the Anthropological Institute of Great Britain and Ireland* un análisis sobre la colección de objetos culturales que recolectó Whymper. Al respecto Dalton menciona “Los objetos reunidos por él tienen, pues, un valor considerable y pueden servir de documentos que algún día serán de gran utilidad cuando haya que llenar los espacios en blanco de la historia de América del Sur.” Ormonde Maddock Dalton, “An Ethnographical Collection from Ecuador”, in *The Journal of the Anthropological Institute of Great Britain and Ireland*, vol. 27 (London: Anthropological Institute of Great Britain and Ireland, 1898): 148-55. El análisis de Dalton se enfoca principalmente en las hachas encontradas en las localidades de Quito, Otavalo, Caranqui, Cayambe, Penipe y Riobamba. Este breve estudio fue seguido y anticipado por un corto comentario de Daniel Garrison Brinton de la Universidad de Pennsylvania: Daniel Garrison, “Current notes on Anthropology, The aboriginal art of Ecuador”, *Science* 6, n.º 152 (1897): 803-4, <https://www.jstor.org/stable/1623443>.

alguno en el comercio, la política o “los curiosos comportamientos” de los habitantes. Sin embargo, como se analizará más adelante, los relatos en torno a esos curiosos comportamientos son numerosos, así como la gran cantidad de grabados que dedica a los nativos. A esto se unen las intensas descripciones sobre sus modos de relacionarse con arrieros, indígenas, autoridades locales, etc. En varios pasajes denota esa lógica propia de la escritura de los relatos de viaje europeos, principalmente británicos de inicios de siglo, donde la conquista no es la conquista de reinos sino de emplazamientos; ya no se superan problemas militares sino logísticos, donde la ineficiencia, la falta de compromiso de los arrieros y portadores, el desafío de los caminos, la incomodidad y precariedad de las posadas, son elementos constantes del día a día.

Un pilar fundamental en la observación de la altura se encontraba en los datos proporcionados por los barómetros. El itinerario ya había remarcado las dificultades en el empleo específico de los barómetros aneroides, y las implicaciones de usar al menos ocho de ellos durante su viaje. Su método de uso incluyó comparaciones con la ebullición del agua y con el uso de barómetros mercuriales. Con este propósito dejó uno de los tres barómetros mercuriales que llevó consigo en Guayaquil, con la finalidad de que se hicieran observaciones periódicas a determinadas horas del día. Esto fue posible gracias a la intervención directa de Lord Salisbury (Robert Gascoyne-Cecil), una de las figuras más relevantes de la época victoriana y que en ese momento ejercía el cargo de secretario de Relaciones Exteriores. Las instrucciones oficiales emitidas por Lord Salisbury, “fueron interpretadas con simpatía por Mr. Chambers, [...] cónsul en Guayaquil, quien, con inconvenientes personales considerables” realizó lecturas del barómetro mercurial “a las 11 de la mañana y a las 6 de la tarde, entre diciembre de 1879 y julio de 1880”.⁵²⁰

Jean-Antoine Carrel era quien cuidaba, por lo general, de los dos barómetros mercuriales con suma dedicación, aspecto que Whympers destaca en uno de sus grabados “Jean-Antoine and the babies”.⁵²¹ Dedicó también varias imágenes, además de los datos obtenidos, contrastados y verificados, de todas las alturas tomadas, detallando el lugar y la hora. Además de cuadros comparativos con las mediciones efectuadas por expediciones anteriores. Los barómetros permitían a Whympers relacionar y contrastar las sensaciones y síntomas corporales con respecto a la altura en la que se encontraba.

⁵²⁰ Whympers, “A Journey among the Great Andes”, 451.

⁵²¹ Whympers, *Travels amongst the great Andes*, 344.

El libro, al inscribirse en la disputa por los significados de las verdades fisiológicas, lo hace en torno a los trabajos del científico Paul Bert (1878),⁵²² quien entonces dominaba este campo de investigación y era una figura de gran autoridad en Francia. El comportamiento fisiológico en grandes alturas venía siendo estudiado principalmente por la academia francesa tanto en laboratorios como en países como México desde 1861.⁵²³ Con la publicación del estudio de Whympers, sin embargo, la fisiología de altura adquirió un carácter de experimentación distinto debido a que trasladó la noción de laboratorio a las altas montañas. Dentro del registro de la preocupación por develar si es factible para el ser humano habituarse a las bajas presiones atmosféricas mediante la exposición gradual del cuerpo humano a grandes alturas, el libro da inicio a su narrativa explicando los efectos comunes de dicha exposición: la disminución de la presión atmosférica produce síntomas asociados a la desorientación, presencia de náuseas y vómitos, así como lasitud, depresión y fatiga, y de sentimientos indescriptibles de dolencia; todos ellos curados conforme se producía el desplazamiento a zonas más bajas.

Los estudios del mal de altura tuvieron un lugar preponderante en la época de Whympers y, como todo espacio de saber, estuvo sujeto a debates, disputas y evasiones con respecto a lo que se investigaba, comprobaba y proponía en este campo científico. Whympers denota familiaridad con los relatos que se habían generado alrededor de los supuestos efectos del mal de altura. En este contexto, gira principalmente en torno a los experimentos realizados en Francia. A lo largo de su narración, Whympers teje un juego retórico en torno a las investigaciones de Bert, oscilando entre la descalificación de lo que considera insuficiencia en varios de los experimentos realizados,⁵²⁴ y una aparente admiración por la perseverancia y los interesantes datos que el científico francés aportó.⁵²⁵ Esto podría tener una explicación enmarcada en estudios de fisiología que

⁵²² Paul Bert, *La Pression Barométrique* (Paris, Masson, 1878).

⁵²³ Ver Laura Cházaro, “La fisiología de la respiración en las alturas, un debate por la patria: mediciones y experimentos”, en *México Francia: Memoria de una sensibilidad común; siglos XIX-XX*, dir. Javier Pérez-Siller y Chantal Cramaussel (México: Centro de estudios mexicanos y centroamericanos, 1993), 2:317-39.

⁵²⁴ Paul Bert fue un reconocido fisiólogo y político francés, discípulo del gran referente de autoridad científica francesa de la época, Claude Bernard. Whympers resalta que el trabajo de Bert recibió los más altos honores en Francia. Sin embargo, los experimentos del francés, sobre todo aquellos realizados en simulaciones de altura mayores al Chimborazo —incluyendo una equivalente a la cima del Everest—, tuvieron una duración menor a los noventa minutos y con asistencia de oxígeno cada cierto tiempo. Whympers los califica como insuficientes para llegar a una comprobación certera sobre el fenómeno. Whympers, *Travels amongst the Great Andes*, viii-ix.

⁵²⁵ En “Appendix J”, Whympers dedica varias páginas específicamente a sus apreciaciones sobre Bert. Whympers, *Travels amongst the Great Andes*, 437-42.

estaban siendo llevados a cabo en otros lugares, y en los cuales Bert tuvo cierta participación.

El estudio de la disminución de la presión atmosférica no era un tema exclusivo de Europa.⁵²⁶ El continente americano jugó un papel importante tanto como laboratorio de científicos franceses como de producción científica local. El caso de México resalta por ser un espacio pionero en donde surgieron estudios y debates a partir de la *Commission Scientifique du Mexique*.⁵²⁷ La argumentación sobre los efectos de la altura en el cuerpo humano fue llevada a cabo por dos médicos franceses: Denis Jourdanet y Leon Coindet. Ambos fueron miembros de la Sección Médica de la Comisión Científica. Jourdanet, en 1861, defendía la suposición, comúnmente sostenida por la medicina europea, de que en la altura se producía el empobrecimiento de la sangre;⁵²⁸ mientras que Leon Coindet, para 1864, proponía reconsiderar la insuficiencia de oxigenación a nivel sanguíneo, concluyendo en varias de sus investigaciones que los individuos habitaban en la altura no absorbían menos oxígeno que a nivel del mar. La versión de Coindet, que entonces proponía una génesis del concepto de aclimatación fisiológica del cuerpo humano a la altura, no fue tomada en cuenta por no estar acorde, en gran parte, a las tesis de Paul Bert, quien estaba amparado por el aura de Claude Bernard y de todo el círculo hegemónico de la ciencia francesa.⁵²⁹

Para 1888, creado el Instituto Médico Nacional, se montó el primer laboratorio de fisiología de México. Durante veinte años, Daniel Vergara Lope investigó la fisiología de la respiración principalmente en respuesta a las investigaciones europeas que señalaban la incidencia de efectos negativos en el organismo humano. Efectos estigmatizados en términos de anormalidad fisiológica y con ello la incapacidad de progreso moral, sobre todo cuando la exposición a la altura superaba los 2500 m. Las investigaciones de Vergara señalaron que las diferencias fisiológicas y antropométricas no eran anormales sino

⁵²⁶ Sobre un acercamiento al balance de los estudios, tanto de campo como de laboratorio basados en grandes alturas en los Alpes, Himalaya y la Antártica, véase Vanessa Heggie. "Higher and colder: The success and failure of boundaries in high altitude and Antarctic research stations", *Social Studies of Science* 46, n.º 6 (SAGE journals, 2016): 809-32, doi:10.1177/0306312716636249.

⁵²⁷ Cházaro, "La fisiología de la respiración en las alturas", 317-39. Véase también Marcos Cueto, *Excelencia científica en la periferia. Actividades científicas e investigación biomédica en el Perú (1890-1950)* (Lima: GRADE, 1989). Sobre la *Commission Scientifique du Mexique*, véase Leoncio López-Ocón, "La Comisión Científica del Pacífico (1862-1866) y la Commission Scientifique du Mexique (1864-1867). Semejanzas y diferencias de dos viajes colectivos de naturalistas europeos a tierras americanas", en *Viajeros y migrantes franceses en la América española y portuguesa durante el siglo XIX*, dir. Chantal Cramaussel y Delia González (Michoacán: Colegio de Michoacán, 2007): 179-214.

⁵²⁸ Cueto, *Excelencia científica en la periferia*, 155.

⁵²⁹ Cházaro, "La fisiología de la respiración en las alturas", 327.

adaptativas, comprobando el concepto de aclimatación propuesto por Coindet. Según Laura Cházaro, las conclusiones de Vergara terminaron estableciéndose como un vuelco a la construcción de un modelo moral que sostenía el proyecto nacional del porfiriato, donde lo científico y lo moral se fundían con la intención de nombrar y apuntalar constantemente al ideal de lo civilizatorio. El deber ser del mexicano debía conjugarse con una meta teleológica de progreso, salud e higiene.⁵³⁰

A la par de las investigaciones sobre la fisiología de las alturas en México, algunos médicos franceses continuaron nutriendo sus estudios en tierras americanas. Gilbert Viault —discípulo de Bert e impulsado por éste—, viajó a Perú en 1889 y realizó su investigación en Morococha. Viault estudió el incremento de los glóbulos rojos en la sangre de las personas que habitaban o bien ascendían a la altura, conocido con el nombre de policitemia. Para Viault, “este fenómeno podía ser una adaptación del organismo a un ambiente con oxígeno enrarecido”,⁵³¹ por lo que sus estudios daban cuenta de la existencia de mecanismos compensatorios. Todos los estudios mencionados, tuvieron la subvención de sus respectivos gobiernos. Para el caso francés los intereses de expansión económica contaban tanto como los políticos.⁵³²

Whymper tuvo una tendencia general alineada a las figuras de Coindet, Vergara y Viault, con respecto a la capacidad adaptativa del organismo humano a la presión atmosférica en lugares de altitud considerable. A pesar de dar a conocer al lector que no fue sino a su regreso a Londres que prestó atención al trabajo de Bert, llegó a estar muy familiarizado con sus investigaciones. Sin embargo, poco o nada nombra a Coindet, ni Vergara, ni Viault. Si bien podría argumentarse que las conclusiones de Whymper estuvieron enfocadas en el componente de los gases corporales y en la frecuencia respiratoria, a diferencia de, por ejemplo, los estudios hematológicos de Viault, el silencio sobre las tesis de Coindet y sobre todo la de Vergara, caso que implica una producción de conocimiento científico en la América Latina, son sepulcrales.

⁵³⁰ Ibíd. La consideración del efecto del clima sobre el organismo humano y las posibilidades de progreso de las poblaciones, tuvo impactos similares en países como Perú y Colombia. Para el caso colombiano, véase Stephan Pohl-Valero, “¿Agresiones de la altura y degeneración fisiológica? La biografía del «clima» como objeto de investigación científica en Colombia durante el siglo XIX e inicios del XX”, *Revista Ciencias de la Salud* 13, n.º 4 (Bogotá, Universidad del Rosario, 2015): 65-83, doi:10.12804/revsalud13.especial.205.05.

⁵³¹ Cueto, *Excelencia científica en la periferia*, 155.

⁵³² Los franceses, por ejemplo, buscaron resolver el problema de la altura de las tropas francesas que intentaban consolidar el régimen de los Habsburgo de Maximiliano I en México.

La manera en que la escritura de Whympers aborda su discusión con Bert,⁵³³ responde a una estrategia retórica que juega a señalar, pero no condenar, resalta las debilidades, pero no llega a anularlas. Es decir, establece un distanciamiento evidente, pero otorga una venia a su vez. Esta actitud en la escritura quizá se deba justamente a la intención de expresar ingenuidad. Una ingenuidad que vela esa otra información que debilitaría el argumento científico que se pretende demostrar. Al disputar y a la vez dar resalte a la autoridad de Bert, conduce la mirada lejos de otros aportes, como el de Coindet, y mantener así un lugar en la verdad científica, además de conservar un halo de novedad al incluir al montañismo como una disciplina y laboratorio favorable para la investigación fisiológica.⁵³⁴

Al concebir a los Andes del Ecuador como un laboratorio científico, la corporalidad se manifiesta como el medio que permite el despliegue del desarrollo de los estudios en materia de ciencias. La imbricación directa entre ciencia y alpinismo, para los propósitos de indagar sobre la rarefacción del aire, en este sentido, tiene una dependencia directa con el cuerpo en tanto objeto y herramienta de investigación. Esta fijación sobre la corporalidad en la época de Whympers condujo a observar al cuerpo humano como objeto de relevancia científica, donde se lo articula en tanto especie (animal) y objeto de rendimiento (herramienta). A esto se adhiere una dimensión donde los ritmos retóricos o

⁵³³ “Ignora la influencia del tiempo y argumenta como si el efecto producido en un minuto fuera similar al que se produciría en una hora, un día o una semana; y da un valor desmesurado a la comprobación aparente de la frecuencia del pulso, que en sí misma, aparte de otras consideraciones, tiene poca importancia. Supone que la frecuencia del pulso se acelera permanentemente cuando se experimentan presiones bajas, y basa sus recomendaciones en esa suposición.”. Whympers, *Travels amongst the Great Andes*, 380. “Sostengo que no se pueden sacar conclusiones seguras, en relación con este tema, en cuanto a los efectos que se producirán en horas a partir de experimentos que se extienden durante minutos.”, “Aunque no estoy de acuerdo con las conclusiones del Sr. Bert, aprovecho la ocasión para expresar mi admiración por el valor y la perseverancia con que ha llevado a cabo sus experimentos.”. *Ibid.*, 442

⁵³⁴ En Quito conoce a un viajero austríaco-francés estudioso del mundo incaico, quien suscitó controversias por una supuesta ascensión al Illimani (Andes Bolivianos) tras haber llegado “al punto extremo” de la montaña en condiciones nocturnas: “conoci [...] a Mons. Charles Wiener, de quien se dice que alcanzó una altura de más de 20.000 pies en el Illimani. Me percaté de que había determinado su altitud mediante un barómetro anerode. La manera imperfecta en que funcionan los aneroides a grandes alturas hace que no sea imposible que la altura alcanzada por M. Wiener fuera sobreestimada, aunque, al señalar esto, no pongo en duda en lo más mínimo su buena fe. [...] [después] muchas horas agradables en su compañía, partió de Quito el 24 de mayo de 1880, camino hacia las cabeceras del Amazonas donde sigue comprometido con su exploración”. Este episodio representa una de las pocas referencias en las que no se evidencia una retórica hostil frente a un sujeto vinculado a la academia francesa. Este episodio, sin embargo, no se repite en su libro, y se refiere a Wiener en dos ocasiones, específicamente en registro arqueológico. Véase: Charles Wiener, “Expédition Scientifique Française au Pérou et en Bolivie: Ascension de L’Illimani, l’une des plus hautes montagnes du monde. Par M. Wiener”, dans *La Nature. Revue des Sciences* (Mayo, 1878): 71-5; Whympers, “Expeditions among the Great Andes of Ecuador. V”, in *The Alpine Journal: A Record of Mountain Adventure and Scientific Observation by Members of the Alpine Club*, ed. William Augustus Brevoort Coolidge (London: Longmans / Green & Co., 1882), 10:376-7; Whympers, *Travels amongst the Great Andes*, 270-4.

expresivos que lo inscriben, hacen del movimiento y del contacto con el mundo un escenario que no se reduce a lo puramente científico: lo subjetivo y lo estético representan un papel clave, aunque no determinante. La extensión del cuerpo a raíz de objetos materiales que permiten el despliegue de habilidades en el terreno de montaña, es decir, en el uso adecuado de implementos, es una manifestación que tampoco se reduce a herramientas de carácter exclusivamente científico, sino que nuevamente implicaron la calidad de la especialización técnica de la actividad del montañismo que facilita el movimiento corporal. Lo que Whymper calificó como arte, implica esa relación del cuerpo y la montaña como una actividad vigorosa que se experimenta en “el desafiante paisaje de las montañas”⁵³⁵ a través de pies, manos y ojos. Precisamente, como afirma Bainbridge, ésta fue una concepción que “se desarrolló como actividad en Gran Bretaña durante la época romántica”.⁵³⁶ Es así que hacer de los Andes un laboratorio científico acarrea una promiscuidad entre el alpinismo y el trabajo de indagación científica donde la corporalidad figura como su vinculación más inmediata.

La singularidad y pertinencia de la discusión científica que establece Whymper con respecto a los síntomas de mal de altura producidos por el agotamiento, se apoyaba en sus lecturas sobre el efecto de la disminución de la presión atmosférica en las personas que lo acompañaban. Los Carrel, por ejemplo, no conocían este lado de la expedición, y quizás nunca lo supieron. Este uso del cuerpo como herramienta representaba un uso que, como propone Michel Reidy, estuvo presente no sólo en Whymper sino que era una constante en el círculo de los montañistas victorianos de la época. La concepción del cuerpo como objeto y herramienta estuvo inscrita en las propuestas teóricas de Darwin. Como explica Reidy, los tres textos fundacionales del montañismo británico, *Hours of Exercise* de Tyndall, *Playground of Europe* de Stephen, y *Scrambles amongst the Alps* de Whymper, fueron publicados en 1871, el mismo año de *El origen del Hombre*. Todos tienen como principio la inscripción en la línea darwiniana de ver al cuerpo humano como un animal, un espécimen, y un objeto experimental.⁵³⁷ A esto se añade los aportes de la termodinámica que facilitaron la concepción, también del cuerpo, como un motor-máquina. Estos dos aspectos están muy presentes tanto en los procedimientos como en la actitud científica de Whymper.

⁵³⁵ Simon Bainbridge, *Mountaineering and British Romanticism. The Literary Cultures of Climbing 1770-1836* (Oxford: Oxford University Press, 2020), 2.

⁵³⁶ Ibid., 1.

⁵³⁷ Reidy, “Mountaineering, Masculinity”, 160.

Es evidente el resalte de una masculinidad victoriana enfocada sobre todo en el cuerpo como máquina y extensión de la curiosidad científica. Sin embargo, el espíritu masculino no se agota en las aseveraciones de Reidy, puesto que este aspecto no es ajeno a la tendencia del espíritu del círculo científico y editorial victoriano de las últimas dos décadas de ese período que merodea tanto a las condiciones de posibilidad del viaje como a la publicación de *Travels Amongst the Great Andes of the Equator*. Estas condiciones abren espacios para considerar la carga subjetiva que contiene la ciencia, donde el contacto físico y sensorial transitan libremente en los dominios de la práctica científica.⁵³⁸

Si el saber científico es a la vez un contacto corporal y sensorial, con el mundo, donde lo subjetivo como lo simbólico intervienen en el conocimiento del espacio, entonces para el caso de Whymper, la concepción del cuerpo como máquina, al transitar en los registros del alpinismo, le permite inclusive resignificar la identificación de los espacios, como es el caso sobre su ascensión al Pichincha que tanto había marcado para sus predecesores como un lugar de dificultad montañera:

Como los caminos (o senderos) son en algunos lugares, como de costumbre, malos, es mucho más agradable y rápido ir a pie; pero a nadie, excepto a alguien totalmente desacostumbrado a las montañas, se le ocurriría hablar de esta excursión como si presentara alguna dificultad, y el lenguaje extravagante que han utilizado los antiguos viajeros al respecto, no merece ser ridiculizado sino condenado.⁵³⁹

En este contexto es curioso notar que la otra condecoración, la *Founder's Medal*, otorgada el mismo año de la condecoración de la *Patron's Medal* a Whymper (1892), fue entregada a Alfred Russel Wallace, “el conocido naturalista, viajero y codescubridor, con Charles Darwin, de la teoría de la selección natural, en reconocimiento al alto valor geográfico de sus grandes obras”.⁵⁴⁰ Las condecoraciones a Wallace y Whymper, otorgadas ya a finales de siglo, permiten interpretarlas dentro del contexto de la preponderancia del paradigma darwiniano en la racionalidad científica europea. Quizá Whymper no sea sino la figura culminante de la validación y la legitimidad que otorgan las líneas abiertas por la teoría de la evolución y el adaptacionismo, donde mirar el cuerpo como objeto de comprobación científica y espécimen evolutivo que se justifica en la capacidad de llegar a lugares a los

⁵³⁸ Vale aquí recordar que “la ciencia no es una actividad inmaterial, carente de un lugar donde se representa, una práctica discursiva que sucede al margen del cuerpo de quien observa y experimenta”. Pimentel, *Testigos del mundo*, 181.

⁵³⁹ Whymper, “Expeditions among the Great Andes of Ecuador. III”, 192.

⁵⁴⁰ Royal Geographical Society, “Medals and Awards, Gold Medal Recipients”, *Royal Geographical Society*, párr. 117, accedido el 4 de octubre de 2019, <https://www.rgs.org/CMSPages/GetFile.aspx?nodeguid=5e66a0af-8ada-4b4b-9b00-915cbc97082b&lang=en-GB>.

que *nunca* antes se había llegado, calza precisamente con el acontecimiento de pisar una cumbre como el Chimborazo.

Que se haya condecorado a Whymper y Russel Wallace en 1892, quizá responda al esfuerzo de subrayar esa doble condición que ampara la subjetividad masculina victoriana. Por un lado, la inspiradora teoría Darwiniana de encontrar en el cuerpo, el espécimen, una herramienta legítima de investigación, y por otro, el posicionamiento aéreo de la mirada sobre los objetos de conquista, mirada que permitió experimentar aquello que se quería estudiar.

2.4. “Yo, Francisco Javier Campaña”

En medio de todo el proceso de indagación y experimentación que implicó el viaje de Whymper, la presencia de agentes locales como ingleses residentes en el país, personajes de la élite terrateniente, intérpretes mestizos, arrieros y guías indígenas, destacan como esos sujetos-otros que sostuvieron la expedición y dieron cuerpo a los usos y servicios que requirió la expedición de Whymper.

Una figura clave, en lo que implicó, por ejemplo, el trayecto de Guayaquil a Guaranda y la primera ascensión al Chimborazo, responde a Mr. Perring, un inglés asentado en el país que había trabajado en numerosas ocasiones como conductor de correos del Gobierno entre Guayaquil y Quito. Mr. Peering se desempeñó como intérprete de Whymper durante las primeras semanas, siendo más tarde reemplazado por otro inglés, Mr. Verity, un mecánico que había sido empleado en las fábricas de Chillo. Verity, sin embargo, fue a su vez reemplazado, después del viaje por las montañas al norte de Quito, por el quiteño Francisco Javier Campaña debido a los problemas que presentaba con el alcohol. Whymper también recibió ayuda por parte de Carlos Aguirre, propietario de las fábricas de Chillo en Quito, y cuya familia, parte de la élite terrateniente, se había destacado por haber sido particularmente hospitalarios con los viajeros europeos entre 1832 y 1880.⁵⁴¹ Otro nombre de la élite terrateniente es el de Antonio Jarrín de Espinosa, Jefe Político de Cayambe, quien decía ser el propietario del nevado del mismo nombre y del Sara-urco. Jarrín facilitó toda la logística y su hacienda para la expedición de Whymper a esas montañas. A todo esto, se suma la mano de obra de los indígenas que fueron contratados por Whymper y quizás hasta obligados por los hacendados o

⁵⁴¹ Jill Fitzell, “Teorizando la Diferencia en los Andes del Ecuador”, 39-68.

autoridades políticas que podrían haber figurado muchas veces como intermediarios,⁵⁴² o bien habrían presentado sus ofrecimientos de asistir al inglés.

La gran mayoría de las descripciones de sus interacciones con los locales sobresalen muchas veces por la incompatibilidad cultural. A lo largo de sus informes y de su libro de viaje, Whympers devala roces que en numerosas ocasiones decantan en displicencias y sarcasmos. Desde el itinerario de viaje, los detalles sobre el comportamiento de los agentes locales son abundantes, haciendo énfasis en cuestiones de hurtos, amenazas y engaños, así como de promesas incumplidas, en su mayoría, por parte de las autoridades. Estas relaciones son descritas por Whympers como su experiencia inmutable en todos lados”.⁵⁴³ Aun así, estos episodios se intercalan con comentarios elogiosos, como los que dedica en cierto momento a las personas que contrató, lo que revela una tensión constante en sí mismo entre la desconfianza hacia ciertos sectores y el reconocimiento de la eficiencia individual, como bien lo demuestra en la siguiente cita:

Campaña demostró ser una gran adquisición, y fue excelente como intérprete de trabajo y ayudante en general. Cevallos era un hombre útil. David había sido intachable en todo momento, y deseaba continuar; [...] y contraté [...] a un muchacho fuerte (Domingo) y muy dispuesto de Machachi, que ambicionaba ascender. Estos cuatro hombres (ayudados ocasionalmente por otros) permanecieron con nosotros continuamente hasta el final, y realizaron su trabajo de forma muy satisfactoria.⁵⁴⁴

Esta tensión puede incluso observarse en el plano del campamento del 25 al 27 de junio que exhibe en el itinerario de viaje; campamento que, si bien trajo muchos problemas a la expedición por su ubicación a un costado de la vía del Gran Arenal, se aprecia en él la imagen de dos carpas, a las que describe como “hechas por nuestros nativos” (ver Fig. 5). En este registro, el itinerario también confiere información sobre la relación de los sujetos locales con la fauna silvestre. Quizás el más llamativo responde a esta escena sobre la caza del cóndor en los valles cercanos al volcán Antisana:

Me dirigí con Verity y algunos indios a un valle vecino para ver cómo lazaban [...] cóndores. Este [...] deporte resultó un fracaso, ya que sólo habían tendido el caballo muerto para el banquete de los cóndores esta mañana, en lugar de toda la noche, según

⁵⁴² Se conoce por Manuel Almagro y Vega, antropólogo de la Comisión Científica del Pacífico, que las autoridades mantenían a los cargadores para evitar su huida y se les pagaba una pequeña suma de ½ real por día. *Ibíd.*, 51.

⁵⁴³ Whympers, “Expeditions among the Great Andes of Ecuador. V”, 374.

⁵⁴⁴ *Ibíd.*, 377.

las instrucciones. Dieciocho cóndores se habían reunido para el festín, pero no se habían saciado lo necesario y se alejaron antes de que pudiéramos acercarnos lo suficiente.⁵⁴⁵

En cuanto al contexto de objetos arqueológicos, Whympers brinda también información sobre lo que califica como un nulo conocimiento e interés por la abundancia de este tipo de material prehispánicos, particularmente en el norte del país. Objetos de metal, cerámica y piedra, además de vasijas y esqueletos humanos, son muchas veces desenterrados y desechados por grupos que no están interesados más que por el oro. A pesar de que “es muy raro encontrar hoy en día objetos de gran antigüedad en oro o plata, [...] las piezas de cerámica y los utensilios de piedra son numerosos”, a lo que añade un dato paradójico frente a su intención de adquirir piezas significativas: “al parecer nunca habían oído a nadie preguntar por las piedras de los incas, aunque, cuando se expusieron especímenes, se trajeron otros de todas las direcciones”.⁵⁴⁶

En la conferencia ante la *Royal Geographical Society* se acerca también a la descripción sobre los individuos locales inscribiéndolos en el tópico de las fronteras limítrofes: “Sobre el norte y el sur tienen una idea leve de los límites del país, pero si se pregunta a los grandes propietarios del lado oriental cuán extensa es su propiedad, ellos dirán ‘estaríamos muy agradecidos que usted nos lo dijera’, ‘tan lejos como se puede ir hasta el este’, ‘no tenemos límites’”.⁵⁴⁷ El discurso de Whympers vuelve a inscribirse en el uso de la afirmación clásica sobre el desinterés local por el entorno natural, sobre todo en términos científicos. Sin embargo, como se ha abordado con anterioridad, el espacio andino no sólo fue un espacio de interés exclusivo de la investigación científica de Occidente, los locales también ocuparon, en la época de Whympers, posiciones centrales.

Como se ha podido develar, Whympers expresó una extensa erudición con respecto al manejo de autores sobre los Andes ecuatoriales. Utiliza al menos la referencia de los trabajos (diversos en su campo) entre los que resaltan, además de los ya mencionados, los nombres de William H. Prescott, William Bennet Stevenson, y en especial los científicos alemanes Wilhelm Reiss y Alphons Stübel, y del explorador y diplomático Max von Thielman. Sobre este último, menciona haber recibido datos “frescos”. Thielman estuvo en Ecuador en 1879, y fue quien le refirió al geólogo Alphons Stübel. Este geólogo le envió inclusive una copia aún inédita de su libro sobre el estudio realizado en los Andes

⁵⁴⁵ Whympers, “Expeditions among the Great Andes of Ecuador. III”, 191-2. A propósito de la cita, Whympers señala que en el poblado de Machachi se comercializaban pieles de pumas. Aún hasta hace pocos años se utilizaba la piel del puma para confeccionar zamarros.

⁵⁴⁶ Whympers, “Expeditions among the Great Andes of Ecuador. V”, 373.

⁵⁴⁷ Whympers, “A Journey among the Great Andes”, 453.

del Ecuador. La presencia alemana tuvo una gran incidencia en la ciencia local, sobre todo a raíz del proyecto modernizador impulsado por Gabriel García Moreno, en el que se efectuaron avances significativos en la educación profesional académica con la apertura de la Escuela Politécnica Nacional en la que participaron jóvenes académicos alemanes vinculados a la orden jesuítica. Stübel mantuvo una cercanía con algunos de estos académicos, entre los que resalta Theodor Wolf, puesto que su expedición coincidió con las primeras magistraturas de García Moreno.⁵⁴⁸

En este contexto, el campo de la meteorología, por ejemplo, venía desarrollándose en Quito por parte de jesuitas en el Colegio Seminario de San Luis, con observaciones sistemáticas desde junio de 1864. Este observatorio meteorológico y astronómico, precedió al Observatorio Astronómico de Quito, y contó con dos boletines entre 1864 y 1866.⁵⁴⁹ Si bien Whympers tuvo la intención de conocer en Quito al Padre Juan Bautista Menten, en aquel entonces director del Observatorio Astronómico, no da mayor detalle ni muestra interés con respecto a las investigaciones que Menten estaba llevando a cabo en los altos parajes andinos junto a uno de sus jóvenes colaboradores, el ambateño y precursor de la vulcanología en el Ecuador, Augusto N. Martínez.⁵⁵⁰ De lo poco que menciona, hace referencia a un mapa de la ciudad de Quito realizado por Menten, que él mismo se encarga de actualizar, así como algunos datos del registro de observaciones barométricas publicados por el Boletín del Observatorio Astronómico de Quito en 1880.⁵⁵¹

Así también, alude apenas al geólogo Theodor Wolf, quién había ascendido al Cotopaxi en compañía del joven Alejandro Sandoval, alumno de Wolf durante los años en los que estuvo adscrito a la Escuela Politécnica Nacional. Las referencias a Wolf se limitan a la publicación realizada por von Thielman, a propósito de su ascensión en 1878, un año más tarde de la efectuada por Wolf.⁵⁵² Destaca también la ausencia del botánico jesuita italiano Louis Sodiro, quien, al igual que Menten y Wolf, había sido parte del cuerpo docente de la Escuela Politécnica y mantenía contacto con ex estudiantes de esa institución en materia de interés científico, como el mismo Augusto Martínez.

⁵⁴⁸ Para una explicación más detallada véase el Capítulo Tercero.

⁵⁴⁹ Éricson López, *132 años de historia del Observatorio Astronómico de Quito* (Quito: Escuela Politécnica Nacional, 2005), 58-9.

⁵⁵⁰ Véase Capítulo Cuarto.

⁵⁵¹ Whympers. *Travels amongst the Great Andes*, 402-4.

⁵⁵² "Alpine Notes: Cotopaxi", in *Alpine Journal: A record of mountain adventure and scientific observation*, ed. Douglas Freshfield (London: Longmans, Green, and Co., 1880), 9:45-7.

La mirada desde arriba, que tanto sustenta los modelos rígidos de centro y periferia, termina siendo para el caso de Whymper nuevamente un condicionante de la validez de los trabajos americanos, pudiéndosela considerar como una manifestación más de la tensión constante de la mirada imperial hacia los sujetos que forman parte de ese *Otro* mundo exótico. Cabe resaltar que la expedición de Whymper, a pesar de su evidente inscripción de gestos propios de la ciencia romántica, no puede ser catalogada como un acontecimiento individual. Más bien ha de ser contemplada como una experiencia colectiva, no tanto por la importancia de sus guías italianos, sino también por la relevante presencia de los sujetos locales. Estos fueron entes constitutivos que aportaron y sostuvieron la expedición con sus conocimientos logísticos, espaciales, sus interacciones socioculturales y habilidades lingüísticas, como fue el caso de Francisco Javier Campaña en calidad de intérprete.

Whymper no vacila en hacer un uso específico de la voz del sujeto local para otorgar veracidad a sus “hazañas”. Aún frente a las evidencias presentadas por Whymper, resulta llamativo que, antes de su partida, hiciera que Campaña brindara un testimonio oficial ante el cónsul británico en Guayaquil. En dicha declaración, el quiteño relata con precisión los detalles de la segunda ascensión al Chimborazo.⁵⁵³ La declaración forma parte de los anexos del libro, y representa un aspecto fundamental en la consolidación de la figura de Whymper en tanto alpinista científico.

Este uso de la voz del sujeto local puede ser leído en términos del sujeto subalterno propuesto por Gayatri Spivak. La voz del subalterno es la inclusión de una voz entendida como la irrupción del juego consciencia/inconsciencia que ha ayudado a introducir a la figura del sujeto monolítico en términos de sujeto subalterno. La conocida crítica de Spivak, se basa en la suspensión de la constitución de una pretendida *transparencia* por parte del investigador occidental al momento de representar a los sujetos oprimidos en su producción intelectual.⁵⁵⁴ Esa transparencia puede ser entendida como una problemática de la cuestión de la representación en dos vías: “representación como ‘hablar en favor de’, como en la política, y ‘re-presentación’, como en arte o en filosofía”.⁵⁵⁵ Para la autora, existe una dislocación o tergiversación en colocar a estas dos formas como continuas, ante lo cual identifica dos términos germanos: *darstellen* y *vertreten*. El

⁵⁵³ Whymper, *Travels amongst the Great Andes*, 435-6.

⁵⁵⁴ Spivak, Gayatri. “¿Puede hablar el subalterno?”, *Revista Colombiana de Antropología* 39 (Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología e Historia, 2003): 309, doi:10.22380/2539472X.1244.

⁵⁵⁵ *Ibid.*, 308.

primero hace referencia a la representación en el contexto político o de la economía política, mientras que el segundo responde a la enmarcación posible de un tropo-artificio: la escenificación del mundo en representación enmarcada en la teoría del sujeto. Al operar en conjunto los dos tipos de representación, se confunde la voz de ese sujeto otro, heterogéneo, con la de un sujeto monolítico e indivisible.

La llamada de atención de Spivak es la de percatar esa doble sesión de representaciones y no encapsularlas en una complicidad que termine reintroduciendo aquello que se intenta evitar: el sujeto individual a través de conceptos totalizantes.⁵⁵⁶ Al ubicar la problemática del tropo como un artefacto de *re-presentación*, la autora plantea la existencia del signo/estructura que opera la experiencia, ubicando a la constitución del sujeto en dos niveles: la presuposición metodológica del sujeto de deseo y poder, y el yo auto-auténtico sujeto de los oprimidos. Al no ser ninguno de los dos, los sujetos intelectuales se transfieren a sí mismos como transparentes, “analizan —sin analizar— los trabajos del —Sujeto innombrado irreductiblemente presupuesto por— el poder del deseo”.⁵⁵⁷ El intelectual, modulando a través de esa *transparencia*, termina siendo cómplice y artífice de la constitución del Otro como sombra del Yo,⁵⁵⁸ disfrazando así una no-representación ausente que permite la ilusión de que los oprimidos hablan por sí mismos.⁵⁵⁹

Esto no significa que el subalterno no tenga voz, sino cómo aparece esta voz en tanto producto del trabajo intelectual occidental, así como el camino que recorre ese constructo, terminando finalmente como la constitución o elaboración del Otro en tanto sombra de ese Yo, además europeo y codificado en una ideología que proscribía intereses económicos hegemónicos. Al intentar tomar un sendero distinto al expuesto al error de los intelectuales franceses (Foucault y Deleuze), Spivak propone acudir al recurso derridiano del “‘cuasi-otro’ [...] como opuesto al otro auto-consolidante—, a ‘volver delirante esa voz interior que es la voz del otro en nosotros’”.⁵⁶⁰

La declaración de Campaña plantea algunas implicaciones que podrían profundizar esa pregunta sobre la voz del subalterno, y abordarla desde ese recurso derridiano por el que aboga Spivak y que pretende volver delirante esa voz del otro en ese “nosotros”. En este sentido, la voz no hace referencia a la dirección común de

⁵⁵⁶ Ibid., 314.

⁵⁵⁷ Ibid., 315.

⁵⁵⁸ Ibid., 316.

⁵⁵⁹ Ibid., 335.

⁵⁶⁰ Ibid., 338.

ontologizar los elementos de la realidad, más bien señala el estatus que ocupa en el cuerpo de la misma escritura que los instaure.

Al trasladar ese uso del sujeto intelectual occidental sobre la voz del Otro, a la relación entre el alpinista científico en el uso de la voz de Campaña expuesta en su declaración, se podría empezar con la nota introductoria de Whympers que abre esa declaración: “A nuestro regreso a Guayaquil hice que Campaña hiciera una declaración ante el Cónsul Británico sobre lo que sabía en relación con el segundo ascenso al Chimborazo. Se adjunta una traducción de este documento”.⁵⁶¹

Campaña menciona haber acompañado el 3 de julio de 1880 a Whympers al punto más alto de la cima del Chimborazo, en la que participaron también los guías italianos y David Beltrán. Aporta datos específicos sobre la ubicación geográfica, las alturas implicadas del campamento, así como los puntos de referencia durante el trayecto hacia la cumbre. Detalla también, con especial atención, el itinerario, la indumentaria, el equipo técnico, y lo concerniente a la ruta: condiciones del terreno, composición de la nieve. Incluso menciona haber visto el mar a mitad de camino.

Al seguir el relato de la declaración, detalla la exposición de la sección más comprometida del terreno. Enfatiza que en dicho tramo todo el grupo procedió a encordarse “con un buen cabo, por si alguien resbalase, y a no ser por esto y por lo que nos habían proporcionado, no habría podido avanzar en absoluto”.⁵⁶² Al alcanzar la cumbre, el relato exhibe una escena peculiar: “Al acercarnos al punto más alto, vimos que había algo extraño en él, y, cuando subimos, encontramos el mástil de la bandera que el Sr. Whympers había izado el 4 de enero de 1880”. Al describir ese material, menciona: “Se alzaba aproximadamente 1½ varas por encima de la nieve, y quedaba muy poco de la bandera, ya que el viento la había hecho pedazos. Tomé un pedacito de la bandera para mostrársela a mis amigos de abajo, y me llené de alegría por ser el primer ecuatoriano en llegar a la cumbre del gran Chimborazo”. La declaración de Campaña describe también cómo Whympers calibró su barómetro mercurial en busca de precisar y comparar con los datos obtenidos en la primera ascensión. También relata la erupción del volcán Cotopaxi ubicado al nor-noreste del Chimborazo, cuya expulsión de ceniza dejó en pocas horas opaco el cielo, cubriendo más tarde la nieve y dificultando la vista y la respiración, envolviendo finalmente a los valles aledaños a la montaña con una espesa bruma. La declaración cierra, como todo *documento*, con la figuración de la firma de Campaña con

⁵⁶¹ Whympers, *Travels amongst the Great Andes*, 345.

⁵⁶² *Ibid.*, 436.

fecha del 19 de julio de 1880. Aparece también la referencia del Cónsul, el cual afirma: “Declarado y suscrito en Guayaquil a los veinte días del mes de julio de 1880, Ante mí: Geo. Chambers. Cónsul de S.B.M., Guayaquil.”⁵⁶³

La subalternidad de Campaña está codificada en primera instancia por la constitución del Otro al que responde. Las condiciones a partir de las cuales esta carta es producida, es decir, la declaración de un ascenso de montaña a pedido de quien contrata sus servicios, tiene un fin específico y es otorgar la calidad de veracidad de la ascensión. Esta veracidad confiere el sustento material, el encuentro con la prueba de que Whymper ya había estado ahí. En segundo lugar, esta subalternidad se configura por la yuxtaposición entre representación y *re-presentación* en al menos dos niveles. La representación, claramente en términos jurídicos más que en términos políticos, en tanto representación de los hechos: Campaña representa a Whymper frente al Cónsul al aportar información que corrobore la que ha afirmado el británico.

Lo curioso es que la *re-presentación* que exhibe la declaración en el libro, responde a la conversión de esa representación a través de las mediaciones y el artefacto del tropo en el interior de la producción científica del alpinista. Hay, por lo tanto, un desplazamiento de la representación a favor de la construcción singular del Otro: una figura, “mestizo”; una conciencia, “Yo, Javier Campaña de Quito”; y una voz que resuena en lo local “me llené de alegría por ser el primer ecuatoriano en llegar a la cumbre del gran Chimborazo”. La traducción y el uso en sí de la palabra que hace posible la voz del Otro, existe para producir no sólo la diferencia en la que se basa el Yo de Whymper frente al Otro “mestizo”, sino frente a la alegoría de un Otro aún más radical: la otra cultura, otra sociedad, el otro continente, el otro mundo. A través de la referencia de esos otros se consolida el privilegio del sujeto alpinista-científico. De modo que esos otros sirven de sombra en la constitución de este sujeto.

Existe un motivo que desenmascara la ansiedad del alpinista en Whymper. Más allá de constituirse como alpinista científico, hay un elemento que irradia por sí mismo, y es el elemento de seguridad. La conquista del *Matterhorn* también implicó para Whymper un punto de quiebre y señalamiento del rechazo y desaprobación social. A raíz del fatídico episodio, se empezó a cuestionar hasta qué punto la conquista de una montaña debía compensarse con la muerte, dando lugar a una efervescencia y enfrentamiento de valores morales. Este escenario se centró en el fallo del manejo de la cuerda que al

⁵⁶³ Ibid.

romperse decantó en la muerte de los cuatro alpinistas. No es de asombrarse cuando la supuesta voz de Campaña menciona la cuerda (o cabo) buena y fuerte, con la que se encordaron en la sección más expuesta del trayecto. Más aún cuando la declaración eleva al evento como exitoso al no haber implicado ningún tipo de percance. Aspectos que responden a la voz ansiosa de Whympers hablando a través del artefacto creado de la escritura bajo el signo de la inserción del documento: declaración-documento-sustento que lleva el nombre de *Yo, Francisco Javier Campaña*.

La *re-representación* de esa representación, como ya se ha mencionado, se construye en la traducción y en la utilización deliberada y auto-justificada de una supuesta voz o palabra que valida a Whympers y viceversa, un acto que lo auto-referencia sin hacerlo de forma directa. La voz construida como artificio textual al interior del libro permite duplicar la voz del emisario subyacente, que no es otro que el mismo Whympers. De esa manera se constituye, a la sombra de esos otros, como sujeto transparente entre lo que presenta como declaración y lo que leen los sujetos receptores: el público interesado en la literatura de viajes y el relato científico. O, más aún, el público victoriano interesado en la figura del alpinista-científico. La declaración de Campaña se confunde con un artificio que complementa la estructura de la representación no sólo del Otro sino del escenario de la Otra realidad, consumible, apetecible por un público editorial específico. La declaración por lo tanto no puede ser vista, ni como un acto inocente, ni como la voz supuesta de Campaña. Lo que se puede apreciar es un movimiento que posiciona la mirada científica y social desde un limbo artificial creado por el relato del viajero científico decimonónico.

Whympers dedicó, al menos en su itinerario de viaje, algunas palabras sobre el contexto social de Campaña en un episodio después de haberlo contratado, no sin dejar de lado su gesto anecdótico y hasta irónico: “Salimos [de Quito] a las 6.30 de la mañana con J.A. Carrel, Campaña, David y Cevallos. A pocas millas de camino nos encontramos con un pequeño grupo de gente que se había reunido para despedir a nuestro intérprete, incluida su mujer, que lloraba, y gritaba, y se echaba sobre su cuello como si fuera a ser ejecutado”.⁵⁶⁴ Sin embargo, nada de eso queda en el libro, tampoco el sentimiento de gratitud y conformidad con respecto al trabajo de Campaña y compañía que expresó en el itinerario. Si existió algún tipo de correspondencia que lleve a suponer alguna suerte

⁵⁶⁴ Whympers, “Expeditions amongst the Great Andes. VI”, in *The Alpine Journal: A Record of Mountain Adventure and Scientific Observation by Members of the Alpine Club*, ed. William Augustus Brevoort Coolidge (London: Longmans / Green & Co., 1882), 10:425.

de relación entre pares, queda únicamente reducido a un retrato que parece haber enviado Campaña a Whymper en 1886 (Fig. 8).

El clásico “problema del sujeto europeo, el cual pretende producir un Otro que consolidaría un interior, su propio estatus de sujeto”,⁵⁶⁵ para el caso de Whymper, puede ser también complementado con la teoría de los regímenes escópicos propuesta por Martin Jay. El régimen pertinente podría ser el que Jay denomina perspectivismo cartesiano. Este modelo visual responde a un concepto del espacio racionalizado como geométricamente isotrópico, rectilíneo, abstracto y uniforme,⁵⁶⁶ conforme reza el concepto de perspectiva surgido en el *Quattrocento*. Como expone Jay, a partir de la composición del velo o ventana de Alberti, este modelo visual puede ser entendido “como un espejo plano que refleja el espacio geometrizado que irradia desde el ojo observador”. La mirada, debido a la concentricidad del modelo, es singular más que binocular: “fue concebida a la manera de un ojo solitario que mira a través de una mirilla la escena que tiene delante”.⁵⁶⁷ El ojo es entonces estático, fijo y absoluto. Así también, Jay expone un modelo que denomina baconiano, enfocado más en la descripción que en la explicación, donde la lógica de la mirada está más dispuesta a percibir los fragmentos y los detalles.⁵⁶⁸

El capítulo XVIII del libro de Whymper, por entero dedicado a la segunda ascensión al Chimborazo, cierra con un grabado de la cumbre bajo el lema “*The sky was dark with the clouds of ash*”, a la que complementa con su procedencia: “de una fotografía tomada en la cumbre del Chimborazo, julio 3, 1880” (Figura 9.). El grabado muestra, de afuera hacia adentro, a David Beltrán a la izquierda, Campaña a la derecha, Jean-Antoine Carrel (más elevado que los otros dos) cercano a Beltrán, y al medio de todos ellos lo que sería el punto más sobresaliente de la cumbre con el bastón de la conquista ligeramente inclinado y exhibiendo algunos pedazos de tela. Esta centralidad del grabado está enmarcada con el contraste que provocan la palidez de la nieve y el fondo oscuro, brumoso de las cenizas que amenazan con precipitarse. Sin embargo, hay una segunda centralidad provocada por una suerte de luminosidad que rodea a Campaña. Esta segunda centralidad, que en apariencia parecería disputar con la del punto más sobresaliente de la cumbre, es subordinada a esta última no sólo por el espacio que abren los sujetos al interior del recuadro para que sobresalga, sino por el aura de púlpito o altar que exhibe.

⁵⁶⁵ Spivak, “¿Tiene voz el subalterno?”, 136.

⁵⁶⁶ Martin Jay, “Scopic Regimes of Modernity”, in *Vision and Visuality*, ed. Hal Foster (Seattle: Bay Press, 1988), 6.

⁵⁶⁷ Ibid., 7.

⁵⁶⁸ Ibid., 15.

Esta subordinación parte, quizás, por una tensión ligera y superficial entre los modelos visuales cartesiano y baconiano. Cartesiano debido a la preponderancia que establece el grabado al situar la mirada según un movimiento concéntrico, conducido hacia el espacio que evidencia y explica las dos ascensiones: ese altar en el que figura el bastón. Y el componente baconiano debido al juego descriptivo, aunque limitado, dirigido hacia el centro del espacio ocupado por los tres sujetos, con un movimiento visual restringido, y que muestra una tonalidad clara en torno a Campaña a modo de aureola. Y es justamente esta tonalidad clara la que facilita el salto breve en la dirección de la visualidad y que conduce a otro componente más: la inclinación que mantiene la pose de Campaña, compaginada con la inclinación del bastón, provoca una especie de complicidad entre los dos.



Figura 8. “Francisco Javier Campaña, Quito 1886”

Fuente: *Leibniz-Institut für Länderkunde (IfL)*, Archivo Digital, Sam001-0126, SF06: Personen / RS: Ohne direkten Regionalbezug.

La complicidad entre la pose de Campaña y la inclinación del bastón que conforma el altar de la cumbre no es otra que la omnipresencia del alpinista-científico marcada por la ausencia de Whymper en el recuadro. La tonalidad clara que envuelve a Campaña y conduce a la complicidad con el bastón inclinado y posicionado en la parte más prominente de la cumbre, es esa omnipresencia del sujeto alpinista-científico que

posibilitó las dos ascensiones. Es esa figura que colocó su señal de conquista en lo más alto de un espacio que no había registrado, en términos oficiales, la huella del ser humano. La subordinación del Otro por lo tanto confecciona la matriz subjetiva del sujeto alpinista-científico, subrayada además por la relación y multiplicación de suplementos que lo evidencia: un grabado de una fotografía que sustenta la traducción de una declaración documentada, que a la vez da sustento al relato de viaje y al informe científico y viceversa.

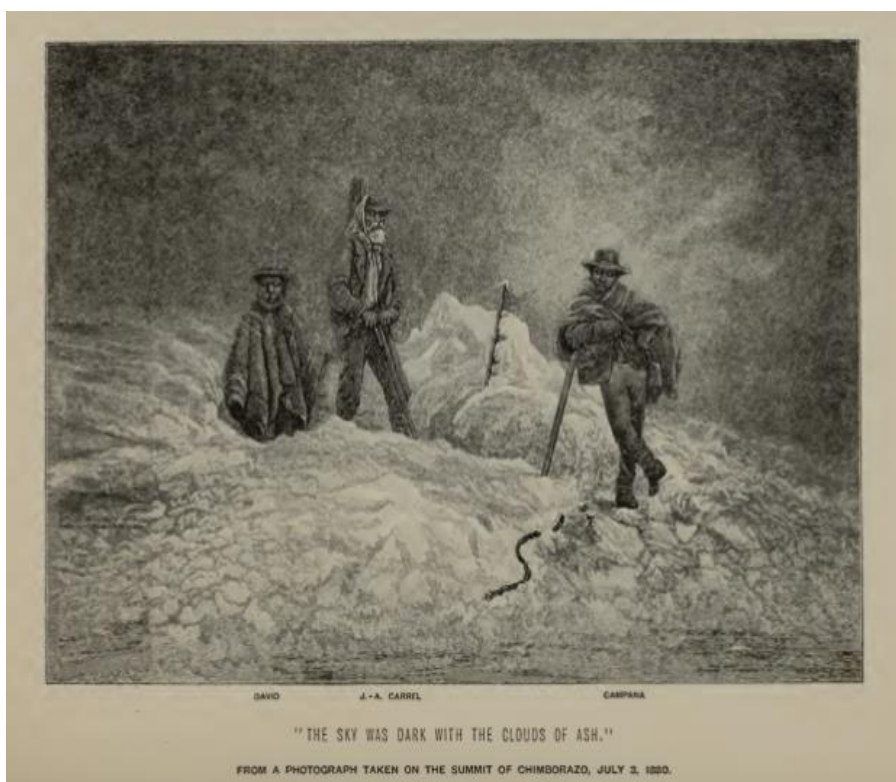


Figura 9. Edward Whymper: “The sky was dark with the clouds of ash. From a photograph taken on the summit of Chimborazo, July 3, 1880”

Fuente: Edward Whymper (1892), 326.

La propuesta derridiana de hacer delirante la voz del Otro en el Nosotros se la puede localizar aquí no tanto en término de un Nosotros sino de un Uno. El Uno que reclama su lugar de sí mismo a partir del Otro. Ese sí-mismo constituido, en el caso de Whymper, parte de la referencia incesante a la ansiedad de construir al sujeto alpinista científico. Esta construcción no sólo avizora al Otro, sino que desde su *re-presentación* permite escenificar al otro continente, la otra sociedad, la Otra realidad, el Otro mundo. El suplemento y su multiplicación es donde se talla la voz, la imagen y la escritura de ese *Otro* (“half-Indian”) de Campaña. Es curioso el resultado del bucle a modo “representame para re-presentarte”, casi como un mandato más que una sugerencia, sustraído de entre los deberes y obligaciones del contrato laboral. Esa voz del otro puede darse también en

la presencia del objeto-montaña, es decir, la voz silenciosa de la montaña presente en los retratos, que eventualiza y subjetiviza la posibilidad de esa constitución del sujeto en tanto alpinista-científico.

3. Paisajes que dialogan

El trabajo y la figura de Whymper fueron valorados en términos que recuerdan a los salones de las instituciones científicas de fines del siglo XVIII, donde la aventura era la partitura que regía la exploración en nombre de la ciencia. Si bien la ciencia romántica era cuestionada y hasta ridiculizada en aquel entonces, su medio prominente de expresión, la producción de la literatura de viajes, terminó siendo laureada en una época que se pretendía distinta por la confianza depositada en sus paradigmas científicos y metodológicos. Este registro continuó hasta bien entrado el siglo XX. Tal es el dedicado comentario que le expresó el geólogo británico Thomas George Bonney a propósito de su muerte en 1911:

Sus dos grandes libros, bellamente ilustrados, *Scrambles among the Alps* y *Travels among the Great Andes of the Equator*, contienen mucho valor científico. Fue un estudioso de los glaciares y un agudo crítico de quienes afirmaban que tenían un gran poder de erosión; un observador minucioso de los fenómenos volcánicos y otros fenómenos geológicos, y un coleccionista que sabía lo que valía la pena traer al mundo [europeo].⁵⁶⁹

La veracidad y legitimidad de Whymper se posicionó en esa vinculación inherente e indiscutible de su figura como alpinista con la rigurosidad con que exhibe sus datos de relevancia científica. La imbricación del procedimiento de sus estudios con la aventura de la alta montaña se resume en la ascensión a la montaña insigne de la mitad del mundo, lo que implicó un nuevo hito de ascensiones a montañas de esa altitud, así como en la estadía prolongada en una cumbre volcánica de dimensiones colosales como el Cotopaxi (la segunda elevación más alta del Ecuador). Esos dos eventos, sin embargo, no evaden los eventos anteriores de inicios del siglo XIX.

El grabado que acompaña la llegada de Whymper a la cumbre del Chimborazo, a pesar de inscribirse en términos de novedad, no sólo constituye un testimonio de su

⁵⁶⁹ Bonney, “Edward Whymper”, 388. Thomas George Bonney (1833-1923), geólogo británico, fue presidente de la *Geological Society*, la *Mineralogical Society* y del *Alpine Club*. A pesar de no haber tenido una educación formal en el área, ocupó puestos importantes como profesor y obtuvo títulos honorarios de universidades como Cambridge, Dublin, Sheffield y Montreal. Ver David Oldroyd, “Bonney, Thomas George”, in *Oxford Dictionary of National Biography*, ed. H.C.G. Matthew & Brian Harrison (Oxford: Oxford University Press, 2004), 6:561-2.

presencia física en la cima y de la presencia subalterna de locales. Esta imagen actúa como un comentario visual que dialoga con el legado científico y simbólico de Humboldt. Y es este diálogo el que enmarca a la expedición de Whymper aún más en el registro de la ciencia romántica.

Al igual que el perfil transversal de los Andes, el grabado revela una compleja interrelación entre el paisaje y la autoridad del conocimiento científico. Mientras que la entonces antigua innovación gráfica humboldtiana, el *Tableau del Essai*, sitúa desde la distancia al Chimborazo junto a un Cotopaxi en erupción, el grabado de Whymper manifiesta lo que el viajero prusiano sólo pudo imaginar: la conquista de la cumbre más alta del mundo (según las creencias de la época). El Chimborazo de Whymper, no obstante, trasciende la mera hazaña. En comparación con la representación vertical, sintetizadora y totalizante de Humboldt, la versión de Whymper revela un cambio paradigmático en la percepción científica: un movimiento horizontal, de análisis minucioso y detallado. Lo que el perfil transversal expresó en términos de armonía con los fenómenos naturales, el grupo de Whymper lo experimenta en las dimensiones cinestésicas y hápticas. No se trata ya de un 'todo' orgánico donde plantas, los paisajes, o la totalidad de los fenómenos naturales se escenifican en el cuerpo de la montaña, sino más bien de una fragmentación y clasificación precisa del espacio geográfico. Los glaciares, identificados y bautizados en su mayoría por expedicionarios extranjeros, reemplazan el interés por la flora, y el paisaje se convierte en un territorio cuadrículado, dominado por la lógica del registro y la presencia del alpinista científico.

El Chimborazo, entonces, deja de ser un símbolo de la naturaleza interconectada para transformarse en una superficie de observación, medición y apropiación. Los retratos de Whymper, particularmente el que se exhibe actualmente en el *Museo Nazionale della Montagna "Duca degli Abruzzi"* de Torino, lo muestran erguido junto a su piolet, con la mirada baja, como si contemplara un valle desde las alturas. Esta representación evoca quizás la misma meticulosidad con la que elaboraba sus mapas, dirigiendo su atención hacia detalles precisos. La pose, cargada de simbolismo, sugiere una actitud de conquista, mientras que su figura solitaria resalta la naturaleza individualista de sus hazañas. Sin embargo, esta imagen también es el producto del paso del tiempo, si se la expone en contraste con otras dos imágenes, una de joven, igualmente con su piolet, pero con el ímpetu de querer alcanzarlo todo, con la mirada hacia arriba, simulando tal vez el deseo de un objeto al que nombramos cima. Otra, ya a una mediana edad, con la mirada desafiante hacia el frente, que no deja al observador desligarse de la misma, centrada en

una madurez que ya ha conquistado todo y cuya grandeza está completa. El retrato de un Whymper de avanzada edad está compuesto a su vez por una oscuridad que lo absorbe, como si estuviera preparado para entregarse al olvido de la muerte, pero una entrega a su vez desafiante, como si pretendiera conquistar esos nuevos abismos.⁵⁷⁰ Aún así, las tres imágenes no hacen más que acentuar ese posicionamiento de la figura individual que tanto aclama el Romanticismo, gesto paradójico de alguien que se encontraba hurgando en el positivismo científico de la época.

⁵⁷⁰ Estas tres imágenes se pueden encontrar en los siguientes enlaces: Montagna T.V., <https://www.montagna.tv/181390/edward-whymper/> y <https://revistamundodiners.com/las-postales-del-olvido/>.

Capítulo tercero

Hans Meyer y los altos Andes: El *yo geográfico* y los *cuadros vivos* como elementos constitutivos en la práctica de la exploración alemana a las altas montañas del Ecuador (1903-1907)

Los primeros años del siglo XX responden a un nuevo periodo de exploración científica y de producción de literatura de viajes que tuvo como escenario a las altas montañas de la República del Ecuador. La preocupación glaciológica y su comparación transcontinental en torno al cinturón ecuatorial, fueron dos aspectos que marcaron una nueva fijación en los altos volcanes. La presencia del geólogo alemán Hans Meyer (1858-1929), en compañía del pintor y alpinista alemán Rudolf Reischreiter (1868-1939), entre junio y agosto de 1903, implicó un nuevo giro en torno al conocimiento geográfico y glaciológico sobre los Andes ecuatoriales.

Al igual que en expediciones anteriores, el Chimborazo y el Cotopaxi siguieron siendo los grandes protagonistas en los registros de la escritura de viajes y de la indagación científica. Entre la producción de esta expedición alemana, Meyer y Reischreiter realizaron representaciones visuales y ascensiones a algunas de las altas montañas del país. En el registro discursivo e iconográfico de Meyer, el Chimborazo y el Cotopaxi ocuparon un lugar prominente en la producción científica como en los ámbitos culturales y subjetivos del conocimiento. Entre otros aspectos, la expedición efectuó una circunvalación del coloso andino, lo que permitió cartografiar los glaciares y ventisqueros, al igual que parte del entorno circundante del volcán, que hasta ese momento aún quedaban inéditos. En términos de la actividad del montañismo, los alemanes intentaron llegar por dos ocasiones a su cumbre máxima, alcanzando, según la narración de Meyer, los 6050 m. en el primer intento, y los 6180 m. en el segundo.⁵⁷¹ Ambos intentos fueron impedidos por la presencia de grietas en las alturas indicadas, anulando la posibilidad de progresión hacia la cumbre. En lo que respecta al Cotopaxi, Meyer, al basarse en las ascensiones que precedieron a la de Whymper, emprendidas o lideradas por alemanes, la reclama como una montaña germana, resaltando, sobre todo, sus atributos estéticos que la posicionan por encima de varias elevaciones de otras

⁵⁷¹ Es decir, tomando en cuenta las mediciones de la época, a menos de cien o doscientos metros de la cumbre occidental.

cordilleras del Globo. Meyer y Reischreiter lograron alcanzar la cumbre de esta montaña sin mayores contratiempos.

El libro de Meyer titulado *In den Hoch-Anden von Ecuador: Chimborazo, Cotopaxi etc. Reisen und Studien* (En los altos Andes de Ecuador: Chimborazo, Cotopaxi, etc. Viajes y estudios), publicado en Berlín en 1907,⁵⁷² fue precedido por una serie de artículos científicos entre los que resalta una presentación en el XIV Congreso Internacional de Americanistas que tuvo como sede la ciudad alemana de Stuttgart.⁵⁷³ El libro de Meyer mantiene la misma impronta de las producciones de sus predecesores del siglo XIX al caracterizarse por una narrativa diversa que transita entre esa promiscuidad entre el informe científico y la literatura de viajes, abarcando temas, aparte de los ya mencionados, en materia de arqueología, geología y vulcanología. La escritura de viajes mantiene ese mismo tono de los registros abordados por otros exploradores: el énfasis en la aventura, las reflexiones en torno a la apreciación estética de la montaña, los posicionamientos de autoridad científica y su imbricación en la exploración en los altos escenarios de las montañas, así como el gesto descalificativo hacia la cultura y la exploración local.

En los relatos de Meyer es común reconocer la actitud imperial que expresó Whymper en su libro de viajes a los Andes. Al igual que Whymper, Meyer se posiciona en el estatus de viajero científico donde su relato de viaje y sus estudios encuentran una suerte de encabalgamiento con sus exploraciones anteriores. Meyer encontró en África Oriental el escenario ideal para consolidar su prestigio y autoridad en el ámbito de la geografía en relación con las montañas. Su ascenso al Kilimanjaro (5.895 m.), la montaña más alta del continente africano, y su trabajo geográfico sobre lo que fue la colonia alemana en el este de África, le permitieron legitimar su reputación como geógrafo. Esta legitimación siguió el mismo patrón de la producción de conocimiento geográfico dirigido al público europeo del siglo XIX, donde la aventura se mantiene fiel a las

⁵⁷² Hans Meyer, *In den Hoch-Anden von Ecuador: Chimborazo, Cotopaxi etc. Reisen und Studien* (Berlín: Dietrich Reimer, 1907). La traducción al español: Hans Meyer, *En los Altos Andes del Ecuador*, trad. Jonás Guerrero (Quito: Abya-Yala, 1993). Aquí se analizan ambas versiones. Debido a la dificultad del idioma alemán, se recurre a la versión original cuando la traducción del libro en español se vuelve confusa o se ha percibido alguna inconsistencia.

⁵⁷³ “Sobre mi viaje he publicado una serie de artículos en revistas científicas, disertaciones en las sociedades geográficas, artículos de periódicos, una parte de los cuales se ha incorporado a la presente narración de viaje; así, por ejemplo, el capítulo 6 incluye un fragmento del ‘Zeitschrift für Gletscher Kunde’ (Revista de Glaciología), de E. Bruckner (cuaderno 2, 1906); el capítulo 15, trozos del «Globus» (tomo 85, Nro. 10); de «Verhandlungen des 14 Internationalen Amerikanisten Kongress» (Actas del XIV Congreso Internacional de Americanistas), 1904, etc.”. Véase Hans Meyer, *En los Altos Andes del Ecuador*, traducido por Jonás Guerrero (Quito: Abya-Yala, 1993), 11.

experiencias de un sujeto masculino, blanco y europeo. Tanto la aventura como la producción de conocimiento se justifican en el acto del viaje, cuya veracidad depende de la figura que observa y experimenta el terreno en primera persona.⁵⁷⁴

A diferencia de Whymper, Meyer pertenece a una tradición científica que transitó los altos Andes del Ecuador. En lo que fue un despliegue importante de las exploraciones alemanas de finales del siglo XIX, destacan las figuras de Alphons Stübel (1835-1904), Wilhelm Reiss (1838-1908) y Teodoro Wolf (1841-1924), quienes llevaron a cabo estudios vulcanológicos y glaciológicos en los altos Andes, así como las primeras ascensiones al Cotopaxi. En estos científicos, al igual que en Meyer, la influencia de Humboldt seguía presente en sus trabajos, aunque no siempre con aprecio, y a menudo con una tendencia a suspender, corregir y criticar el conocimiento humboldtiano sobre los Andes. En el caso de Meyer, además de Humboldt, es la figura de Whymper la que emerge como un eje central de crítica. En los mismos sentidos que había manifestado Whymper con respecto a sus predecesores, Meyer plantea frente al alpinista británico una disputa en términos de corrección de las verdades científicas. Meyer no sólo reelaboró el mapa del Chimborazo, en el que ofrece nuevas interpretaciones en materia glaciológica, sino que extiende sus interpretaciones al cinturón ecuatorial, contrastando sus investigaciones en los Andes con las efectuadas en el Kilimanjaro. Así también las inscribe en un plano comparativo con otras cordilleras y montañas. Esta impronta en el ámbito de la investigación y producción de la geografía física, comprende un cambio significativo respecto al mapa de Whymper.

El viaje de Meyer y su producto impreso sobre los altos Andes del Ecuador, al mantener un diálogo directo con sus expediciones al África ecuatorial, suscitó la disputa de los imperios en y por las alturas de las montañas, resaltando el campo de la veracidad del estudio de las altas montañas donde Meyer profundizó, sustentando sus aportes en el estudio de los glaciares del cinturón ecuatorial. El método comparatista de Meyer incluye relacionar el escenario andino, no sólo con respecto a sus glaciares, sino con otros paisajes del mundo que él conoció. Este gesto lo inserta en una tradición que concibe el espacio geográfico como *composición viva*, *imagen viva* o *cuadros vívidos*. En este enfoque, la

⁵⁷⁴ Felix Driver, "The active life: the explorer as biographical subject", en *Oxford Dictionary of National Biography*, párr. 3, 22 de septiembre de 2005, doi:10.1093/ref:odnb/94053; Michael Heffernan, "«A dream as frail as those of ancient Time»: The In-credible Geographies of Timbuco", *Environment and Planning D: Society and Space* 19, n.º 2 (2001): 203-25, doi:10.1068/d231t; Boris Mitchel, "Making Mount Kilimanjaro German: Nation building and heroic masculinity in the colonial geographies of Hans Meyer", *Transactions of the Institute of British Geographers* 44, n.º 3 (2019): 493-508, doi:10.1111/tran.12283; Steven Shapin, *A Social History of Truth* (Chicago: University of Chicago Press, 1994).

experiencia del lector no sólo refuerza la veracidad del relato en primera persona, sino también la representación estética de los espacios exóticos que el relato puede ofrecer. La autenticidad y la vitalidad del relato científico, basadas en la experiencia directa del viajero, se entrelazan con materiales visuales. A través de la fotografía y el arte plástico, se refuerzan tanto la visibilidad como el posicionamiento de un *yo geográfico*, cuya autoridad descansa en el estudio geográfico y en la capacidad de instruir a otros viajeros. Estos elementos (la experiencia, la construcción del relato, su conexión con imágenes, el posicionamiento de la autoridad científica y la instrucción en viajes geográficos y científicos) convergen en la creación de espacios que son a la vez sublimes y salvajes.

Las apreciaciones culturales de Meyer coinciden con lo abordado en Whympers al inscribirse en una mirada generalmente despectiva hacia los sujetos nativos. Según su visión, el ecuatoriano es incapaz de interesarse en algo más allá de su sustento económico. La idea de que el acercamiento a la naturaleza es irrelevante para el sujeto local se extiende a todas las esferas sociales de la meseta andina. Este aspecto, señalado reiteradamente por otros viajeros, se combina en Meyer con su estudio científico y su enfoque estético del paisaje, en una campaña retórica que, a través de esas composiciones o cuadros vivos, construye el espacio andino no sólo como un escenario de disputas imperiales y corrección geográfica, sino como una representación estética de la experiencia. En este marco, convergen la apreciación del paisaje, la percepción de los locales, la dureza del terreno y el carácter radicalmente distinto, aunque globalmente comparable, de los Andes.

La disputa con el trabajo de Whympers, publicado dieciséis años antes que el de Meyer, se enmarca en lo que aquí se ha denominado una *disputa imperial por las alturas*. Esta fricción no sólo implica la competencia por la correcta interpretación y lectura del alto terreno andino, sino también la búsqueda de establecer una montaña que rivalice en primacía estética y grandeza con el Chimborazo. Mientras Whympers reclamó al Chimborazo como una montaña británica, los alemanes, y en particular Meyer, redefinieron al Cotopaxi como una montaña alemana. Esta disputa tiene como antecedente la destacada participación de Meyer en la delimitación fronteriza entre las colonias británicas y alemanas en África, donde la primera ascensión al Kilimanjaro fue celebrada como la culminación geográfica de esa frontera; de hecho, la montaña africana fue consagrada como la gran elevación del imperio alemán.

Si bien Meyer reclama al Cotopaxi como una montaña alemana, cabe resaltar que es sobre el Chimborazo donde concentra sus preocupaciones glaciológicas y

cartográficas. Dedicó a esta montaña dos capítulos de su libro, y lo representa como un espacio que debe ser constantemente corregido. Esta apreciación, a diferencia de concebir al espacio como vacío o por descubrir, responde a la constitución de un escenario donde la deconstrucción y el volver a estructurar ocupan una preocupación que no deja espacio alguno para la abulia. El tipo de voluntad que le acerca al Chimborazo es el de una voluntad cognitiva por la conquista científica en términos de imperio de altura.

La estructura interna de este capítulo está dividida en tres partes. La primera de ellas aborda el contexto científico de Meyer y las expediciones alemanas que lo precedieron. La relevancia de la disciplina geográfica en el Imperio alemán estuvo íntimamente vinculada a las colonias alemanas del África oriental, donde Meyer cumplió un papel fundamental. El desarrollo de la ciencia geográfica mantuvo elementos constitutivos propios del romanticismo alemán en su expresión más hegemónica, es decir, la prevalencia de la imagen tanto en sus composiciones retóricas como visuales. En este sentido, la cuestión de la heroicidad y el arte del viaje no sólo se mantienen como partes inherentes de ese romanticismo, sino que coinciden con lo abordado con respecto a la escritura humboldtiana y la aventura en términos del viaje, los eventos de ascensión y su manifestación escrita. Se efectúa un breve recorrido de las expediciones alemanas que generaron un precedente del ejercicio geográfico y glaciológico para Meyer.

En la segunda sección se analiza la relación entre Meyer y el Chimborazo, la aplicación y descubrimientos en torno al estudio glaciológico, así como la incidencia de la *composición viva* en la indagación y producción científica sobre los altos escenarios geográficos. A esto se suma la instrucción del viajero geográfico y cómo desarrolló su crítica frente a Whymper. La tercera y última parte expone la elaboración de la rivalidad imperial que plantea Meyer entre el Cotopaxi y el Chimborazo, así como las formas en que compuso un escenario de exotismo con respecto al paisaje natural y cultural, así como en sus relaciones interpersonales con los sujetos nativos y la evasión a los agentes locales de ciencia.

Las preguntas que rigen este capítulo siguen siendo las mismas de las dos anteriores secciones de la tesis, sobre todo lo correspondiente a Whymper, si bien aplicándolas al contexto imperial germano. El aporte se encuentra, sin embargo, en el desarrollo evidente de la apropiación de las montañas como símbolos de nacionalismo y orgullo imperial, la cual no se reduce al escenario andino sino que implica un tránsito de las disputas ejercidas desde el continente africano al sudamericano. Así también en la inmersión de las implicaciones glaciológicas transcontinentales y globales que

inscribieron a los glaciares andinos en la lectura del cambio climático que tuvo lugar a finales del siglo XIX e inicios del XX.

1. La ciencia y el montañismo en la veracidad de la producción del conocimiento geográfico

Hans Meyer fue un reconocido explorador, geógrafo, editor, y político del colonialismo alemán. Impulsó la *Comisión de Investigación y Exploración de las Áreas Protegidas Alemanas*, la cual fue financiada por el Estado y de la que fue presidente hasta su muerte en 1929.⁵⁷⁵ Financió la cátedra de Geografía Colonial en varias universidades germanas, y se asentó como académico a cargo del Departamento de Geografía Colonial de la Universidad de Leipzig después de la Primera Guerra Mundial.⁵⁷⁶ Estas facetas se imbricaron en Meyer de manera profunda, como menciona el obituario de la *Geographical Review* de 1929: “Su labor se orientó esencialmente a fundamentar la política colonial a través del conocimiento científico de las regiones coloniales y sus habitantes”.⁵⁷⁷

Meyer obtuvo una presencia relevante fuera del territorio germano a raíz de la primera ascensión al Kilimanjaro en 1889 y el estudio de los glaciares del África Ecuatorial.⁵⁷⁸ Su libro, *Ostafrikanische Gletscherfahrten: Die Ersteigung Des Kilimandscharo Und Forschungsreisen Im Kilimandscharo-Gebiet... (Viajes a los glaciares de África Oriental: la ascensión al Kilimanjaro y las expediciones en la región...)* publicado en Leipzig en 1890, tuvo una edición inglesa un año más tarde titulada *Across East African Glaciers: An Account of the First Ascent of Kilimanjaro*,⁵⁷⁹ de la firma *Longmans*, la cual generó una muy buena recepción por parte del círculo geográfico británico.⁵⁸⁰ El libro recoge las cuatro expediciones que Meyer realizó al

⁵⁷⁵ Michel, “Making Mount Kilimanjaro”, 495.

⁵⁷⁶ *Ibid.*

⁵⁷⁷ “Hans Meyer”, *Geographical Review* 19, n.º 4 (1929): 692, <https://www.jstor.org/stable/209700>.

⁵⁷⁸ Cumbre *Kibo* alcanzada junto al alpinista austriaco Ludwig Purtscheller (1849-1900).

⁵⁷⁹ El mismo año de la publicación del trabajo de Whymper sobre los Andes.

⁵⁸⁰ *The Royal Geographical Society* siguió de cerca la expedición de Meyer que publicó en *Proceedings* a partir de comunicaciones telegráficas, además de ofrecer una buena reseña sobre los intentos de ascenso y su conquista. A esto se añade también una comunicación de su informe realizado en la Sociedad Geográfica de Berlín el 8 de febrero de 1890. La recepción de este evento por parte de la *Royal Geographical Society*, se evidencia en un apartado que menciona: “Nos complace anunciar que el Dr. Hans Meyer, el viajero emprendedor y observador que, después de dos intentos perseverantes, logró alcanzar y estudiar la peculiar formación de la cumbre del Kilimanjaro, viene a Londres con el propósito de leer un artículo sobre sus exploraciones a nuestra Sociedad”. Henry Walter Bates, “Dr. Hans Meyer”, in

continente africano desde 1886, donde expone, en materia geográfica, sus observaciones glaciológicas de África oriental. El interés por los glaciares en las altas montañas de la zona ecuatorial fue uno de los principales tópicos de estudio por parte de Meyer, lo cual en 1903 lo impulsó a realizar un viaje a Sudamérica.

En 1884 Meyer había ya publicado en alemán un libro sobre su viaje por el mundo titulado *Eine Weltreise*,⁵⁸¹ en donde tuvo un primer acercamiento con el continente americano. Su fama de geógrafo se acrecentó aún más con la publicación de un libro sobre Tenerife, posterior a algunos de los trabajos sobre el Kilimanjaro, titulado *Die Insel Tenerife Wanderungen im Canarischen Hoch-und Tiefland* (*La isla de Tenerife: Caminatas en las zonas altas y urbanas de una isla canaria*) en 1896.⁵⁸² Este viaje también suscitó el interés de científicos alemanes y británicos, principalmente por las apreciaciones glaciológicas de Meyer, dónde, entre otros aspectos, resaltó el valor de la fotografía dentro del conjunto de la actividad científica. Como se aprecia aquí, su experiencia como viajero y su formación académica tienen la impronta del plano comparativo en materia geográfica de distintos lugares del mundo, sobre todo en lo que respecta a las altas montañas.

Como se menciona en un artículo de 1930 dedicado a su vida y obra, las facetas de Meyer se exhiben como inherentes, a modo de sistema cartográfico, a la figura de geógrafo, “porque en el geógrafo todas las líneas convergen finalmente”.⁵⁸³ Así lo resaltó el geógrafo académico alemán Heinrich Schmitthenner (1887-1957): “Si uno examina el trabajo de toda la vida de Hans Meyer, hay una unidad interna y una voluntad clara que debe ser comprendida y apreciada”.⁵⁸⁴ Meyer había mostrado interés en las elevaciones a muy temprana edad, apreció las colinas de Turingia a lo largo de su vida, pero fue a partir del final de su adolescencia que mostró curiosidad por el alpinismo, gesto que habría

Proceedings of the Royal Geographical Society and Monthly Record, ed. Henry Walter Bates (London: Edward Stanford, 1890), 12:230. Su discurso fue realizado el 14 de abril de 1890 e incluye un mapa con detalle glaciológico. Hans Meyer, “Ascent to summit of Kilimanjaro. By Dr. Hans Meyer (Read at the Evening Meeting, April 14th, 1890)”, in *Proceedings of the Royal Geographical Society and Monthly Record*, ed. Henry Walter Bates (London: Edward Stanford, 1890), 12:331-45. Con respecto a la traducción al inglés de su libro, *The Scottish Geographical Magazine* registra una serie de comentarios de la prensa, como la del *Liverpool Post*, el cual menciona: “La más fascinante e instructiva historia de aventura y exploración”. “New Books”, *The Scottish Geographical Magazine* 7, n.º 2 (1891): 112, doi:10.1080/14702549108554710.

⁵⁸¹ Hans Meyer, *Eine Weltreise. Plaudereien aus einer Zweijährigen Erdumseglung* (Leipzig: Verlag des Bibliographischen Instituts, 1885).

⁵⁸² Hans Meyer, *Die Insel Tenerife Wanderungen im Canarischen Hoch-und Tiefland* (Leipzig: Hirzel, 1896).

⁵⁸³ Heinrich Schmitthenner, “Hans Meyer”, *Geographische Zeitschrift*, 36, n.º 3 (1930): 129.

⁵⁸⁴ *Ibid.*

marcado los inicios de su figura de explorador y geógrafo. A esto se añade su inmersión en los libros, ya que su abuelo y su padre fueron importantes editores. Las producciones de los atlas y libros de viajes conjugadas con el alpinismo, así como las noticias de los viajeros al continente africano, fueron alentando sus ansias de viajero que respiraba y evocaba el nacionalismo del imperio alemán. Meyer vivió su adolescencia y juventud en los albores de la Alemania imperial. Para su generación, el Estado bismarckiano era el exponente del gran desarrollo germano que había comenzado en 1872.⁵⁸⁵

Se formó en las universidades de Leipzig, Berlín y Estrasburgo, doctorándose en esta última con una “tesis de economía nacional sobre el gremio de orfebres de Estrasburgo desde sus orígenes hasta 1681”.⁵⁸⁶ Según asegura Schmitthenner, la fijación de Meyer por la geografía y la exploración empezó a raíz de su primer viaje en 1881, el cual tenía como propósito recopilar ilustraciones y ampliar su perspectiva de futuro editor. El viaje terminó por prolongarse durante dos años, recorriendo una buena parte del mundo.⁵⁸⁷

La geografía como disciplina académica, antes de las cátedras que se abrieron en Leipzig a mediados de la década de 1880, se reducía a Berlín,⁵⁸⁸ y había quedado marginada a raíz de la muerte de Oscar Peschel (1826-1875),⁵⁸⁹ a quien muchos, incluyendo a Meyer, lo conocían más como etnólogo que como geógrafo.⁵⁹⁰ Este viaje, además de suscitar la publicación de su primer libro, generó colecciones culturales que donó posteriormente al Museo de Etnología de Leipzig, así como un primer trabajo de investigación científica sobre los Igorrote de la isla filipina de Luzón. Este viaje, como señal Schmitthenner, despertó interés por la política colonial que se conjugaba con el espíritu imperialista alemán:

Su obra complementaria contiene una gran cantidad de observaciones comparativas de los sistemas coloniales inglés, holandés y español. Durante su viaje alrededor del mundo, Hans Meyer aprendió a observar a Alemania desde el exterior. Al mismo tiempo, fue

⁵⁸⁵ Ibid., 131.

⁵⁸⁶ Ibid., 132.

⁵⁸⁷ Ibid.

⁵⁸⁸ Ute Wardenga, “German Geographical Thought and the Development of Landerkunde”, in *Silvia Telles e os 100 Anos do Ensino Superior da Geografia em Portugal*, ed. Mario Vale (Lisboa: Colibri, 2006), 136-7.

⁵⁸⁹ Peschel fue un reconocido geógrafo que suscitó el interés de Alexander von Humboldt y Leopold Ranke. Es considerado como un historiador geográfico y divulgador de la geografía. Reformó la geografía como asignatura académica, desarrollando la geografía física, económica, etnológica y regional, creando además el primer atlas nacional, *Physisch-Statistischen Atlas des Deutschen Reiches*, junto a Richard Andree (1835-1912). Véase: Rainer W. Gärtner, “Peschel, Oscar”, *Neue Deutsche Biographie* (Berlín: Duncker & Humboldt, 2001): 20:209-10.

⁵⁹⁰ Schmitthenner, “Hans Meyer”, 131.

testigo de cómo la reputación imperial y económica alemana crecían en todo el mundo. En ese momento, los caminos en el mundo estaban más abiertos que nunca para los alemanes.⁵⁹¹

El primer acercamiento de Meyer a una alta montaña, como fue el caso del Kilimanjaro (la montaña de mayor altitud del continente africano), tuvo una carga alta de implicación política. El objetivo central se fijó en la ocupación y conocimiento del territorio que el Imperio Alemán se había adjudicado en 1884 y que posteriormente pasó a denominarse África Oriental Alemana. El Kilimanjaro, en este contexto, llegó inclusive a ser considerado como el pico más alto de las montañas alemanas. En la primera, de cuatro expediciones que realizó al Kilimanjaro, Meyer logró subir hasta los 5500 m. de los 6000 m. que había calculado como su altura máxima. De esa expedición obtuvo una colección fotográfica que fue publicada en Berlín en 1880 bajo el título de *Zum Scheedom des Kilimandsharo. 40 Photographien aus Deutsch-Ostafrika* (A la cúpula nevada del Kilimanjaro. 40 fotografías del África Oriental Alemana). Sin embargo, a pesar de sus esfuerzos y debido a complicaciones políticas al interior de las colonias, no sería hasta el 6 de octubre de 1889, en su tercer viaje al África, que Meyer alcanzó la cumbre del Kilimanjaro. Como señala Boris Michel con respecto a un informe que envió Meyer al emperador, el alpinista geógrafo resalta no sólo el alcance heroico de la ascensión sino una suerte de “punto de convergencia para la emergente disciplina académica de la geografía, la construcción de la nación alemana y el imperialismo europeo”.⁵⁹²

Las colonias que Alemania adquirió en lo que hoy es Tanzania tuvieron un periodo corto de control territorial y vio su fin al término de la Primera Guerra Mundial. Sin embargo, el campo de la geografía jugó un papel importante en el proceso colonial, principalmente por su posición dentro del proyecto nacional alemán. Esta época coincidió con la institucionalización de la geografía como ciencia académica en las universidades germanas, donde los geógrafos combinaban la cátedra con el activismo en organizaciones pro-coloniales, sosteniendo que la consolidación de una colonia dependía tanto del poder militar como de un conocimiento geográfico detallado.⁵⁹³ De manera que la naciente Geografía Colonial estaba ligada al proyecto imperial y nacionalista. Además de eso, la geografía tuvo una presencia importante en el imaginario popular ya que formó parte del orgullo nacional alemán que se reflejó en la recepción de la publicidad del colonialismo

⁵⁹¹ Ibid., 133.

⁵⁹² Michel, “Making Mount Kilimanjaro”, 494.

⁵⁹³ Ibid., 495.

en los centros metropolitanos, “Ya sea en forma de exposiciones, sociedades coloniales o publicaciones populares [...]. La geografía tuvo su parte en este movimiento, y Hans Meyer fue una figura clave de esas ‘culturas de exploración’ emergentes [...] en la cultura popular”.⁵⁹⁴ Cada expedición tuvo su producto editorial, pero lo que más sobresalió fue la representatividad de la imagen nacional que implicó la ascensión al Kilimanjaro, en donde, aun para 1930, como se puede observar en Schmitthenner, la actividad alpina en esta montaña hizo posible colocar la bandera alemana en la cumbre más alta de África, consolidando además las demarcaciones fronterizas de la colonia alemana.⁵⁹⁵ Lo interesante de ese apartado de Schmitthenner, es la diferenciación que se halla en Meyer con respecto al contenido deportivo, vacío, además, del alpinismo. A esto se añade la cuestión de la aventura de los viajes, o la asociación que hace de la aventura con respecto a la cacería: “la conquista del Kilimanjaro no fue un récord vacío del montañismo alpino”, “un hombre con la certeza de propósito de Hans Meyer nunca dio su vida y energía sólo por la aventura”, “siempre ha tenido un único juicio condenatorio sobre la inutilidad de las expediciones de caza”.⁵⁹⁶ Hay por lo tanto en el montañismo una practicidad de validez científica, nacional y geopolítica.

Este aspecto fue recalcado por Meyer en los años posteriores a la conquista del Kilimanjaro, sobre todo en el nuevo viaje al continente americano en 1903. En su libro sobre los Altos Andes titulado *In den Hoch-Anden von Ecuador: Chimborazo, Cotopaxi, etc. Reisen und Studien*, publicado en Berlín en 1907 (bajo la línea editorial *Dietrich Reimer*),⁵⁹⁷ tal y como lo hizo Boussingault setenta años antes, Meyer deja en claro la subordinación del alpinismo con respecto a la ciencia: “Nuestros intereses no podían menos que ganar en utilidad, sino los acortábamos con el gasto de tiempo y fuerza y con empresas alpinísticas, que hubieran servido más bien como medios para alcanzar el fin de la investigación científica de las altas montañas”.⁵⁹⁸ Esta cita sitúa su perspectiva al momento de comparar su expedición con la de Whymper, con un afán de diferenciación que termina irónicamente exhibiendo más similitudes que diferencias. Para Meyer, el montañismo incluso representa una herramienta de consolidación de proyecciones y

⁵⁹⁴ Ibid.

⁵⁹⁵ Schmitthenner, “Hans Meyer”, 136.

⁵⁹⁶ Ibid., 135.

⁵⁹⁷ Fundada en 1845 por Dietrich Arnold Reimer (1818-1899) y de prominencia internacional, se enfocó en la publicación de mapas, geografía, arqueología y arte. Véase: Geographicus, “Reimer, Dietrich Arnold (May 13, 1818 – October 15, 1899)”, *Geographicus Rare Antique Maps*, accedido 30 de julio de 2023, párr. 1, https://www.geographicus.com/P/ctgy&Category_Code=reimerdietrich.

⁵⁹⁸ Meyer, *En los Altos Andes del Ecuador*, 142.

agendas coloniales, especialmente si se analiza la manera como promulgó la recuperación de las colonias perdidas después de la Gran Guerra, con la finalidad de que Alemania pudiera mantener un papel de potencia mundial.⁵⁹⁹

Cabe resaltar, con relación al Chimborazo, la fuerte carga simbólica que el Kilimanjaro tuvo en el colonialismo alemán al competir con otras potencias, sobre todo la británica.⁶⁰⁰ Al reclamar la montaña como una elevación alemana, el descubrimiento sólo podía existir desde el posicionamiento de la mirada europea en el contexto de las rivalidades imperiales. Esta rivalidad, que incluso condujo al germano a ridiculizar las apreciaciones de los ingleses, principalmente a las alusiones sobre la inexistencia de nieve en el África Ecuatorial,⁶⁰¹ responde a un afán nacionalista por el reclamo no sólo del dominio, sino del conocimiento y la producción del conocimiento de las nuevas tierras.

Resaltado ese afán nacionalista marcado por la competitividad entre imperios, la exploración y el producto de su conocimiento se sustentaron en criterios que no eran del todo científicos. Estaban más bien asociados a las consideraciones decimonónicas de raza, clase y género del sujeto que ejercía la exploración.⁶⁰² En este sentido, sólo el sujeto blanco y masculino podía ejercer un conocimiento legítimo. Este aspecto, delineado por un imaginario compartido de la exploración y ciencias geográficas de la Europa imperial, llevó a invisibilizar el conocimiento y el soporte local, aunque la exploración misma, incluyendo la vida de un explorador (Meyer, dado el caso), y su éxito académico, dependía de ese soporte. Esto puede fácilmente sustentarse en el despliegue de cientos de porteadores locales, la asistencia y pactos con jefes o caciques que facilitaron la logística, así como la conservación de su estatus de vida burguesa en el transporte masivo de artículos de lujo. A esto se añade la firma de documentos que sellaban la exclusividad de Meyer en el uso de los hallazgos de las expediciones. Todo este despliegue estuvo destinado a convertir a la montaña como un objeto de conocimiento geográfico y de símbolo nacional alemán.⁶⁰³

Además de la rivalidad imperial en la agenda nacionalista, la figura de Meyer ha dado lugar a la cuestión de la configuración heroica del sujeto explorador. Meyer representa una manifestación más de una expresión frecuente, en lo que puede llamarse como el arte del viaje científico. Este “arte” fue esbozado y promulgado por los geógrafos

⁵⁹⁹ Michel, “Making Mount Kilimanjaro”, 496.

⁶⁰⁰ Ibid.

⁶⁰¹ Ibid.

⁶⁰² Heffernan, “«A dream as frail as those of ancient Time»”, 220.

⁶⁰³ Michel, “Making Mount Kilimanjaro”, 497.

europeos en cuanto al uso de los instrumentos y técnicas de registro desde mediados del siglo XIX. Tal es el caso de *Hints to Travels* de la *Royal Geographical Society* de 1854, o bien las producciones alemanas de Georg von Neumayer de 1875 y Ferdinand von Richthofen de 1886.⁶⁰⁴ Como retoma Michel del mismo relato de Meyer, este arte del viaje se caracteriza por la experiencia principalmente física. Incluye ascensiones a montañas de otras cordilleras, acercamiento y observación de cráteres, haber remontado ríos y mares, estar expuesto a toda clase de condiciones y climas, etc.⁶⁰⁵ A esto se añade la práctica detallada y minuciosa en el uso de los instrumentos científicos destinados a legitimar la producción del conocimiento geográfico. El arte del viaje, compaginando el gesto físico y el empleo de instrumentos científicos, fundó la imagen del explorador como sujeto heroico. Así lo demuestran los rastros biográficos imperiales que se construyen sobre la imagen y la retórica de y sobre los sujetos exploradores.⁶⁰⁶

Este arte del viaje, en lo que respecta a esa especificidad física, contenía al menos tres fases: la preparación del viaje, la batalla por la vida en las tribulaciones del viaje *per se*, y la experiencia del regreso (aunque bien pueda ser infructuosa). Entre ellas, la metáfora de la batalla por la vida, como expone Driver, “podía concebirse como una especie de expedición o campaña, donde el carácter se ponía a prueba perpetuamente”.⁶⁰⁷ El caso del alpinista inglés, Leslie Stephen, es un buen exponente en cuanto a la particularidad de hacer frente a la magnitud de la montaña. Este enfrentamiento se medía

⁶⁰⁴ Georg Balthasar von Neumayer, *Anleitung zu wissenschaftlichen Beobachtungen auf Reisen: Mit besonderer Rücksicht auf die Bedürfnisse der Kaiserlichen Marine* (Berlin: Robert Oppenheim, 1875), (Guía de observaciones científicas en los viajes. Con especial atención a las necesidades de la Armada Imperial). Ferdinand von Richthofen, *Führer für Forschungsreisende: Anleitung zu Beobachtung über Gegenstände der physischen Geographie und Geologie* (Berlin: Oppenheim, 1886), (Guía para exploradores. Pautas de observación sobre objetos de geografía física y geología). Georg von Neumayer (1826-1909), fue un geofísico alemán de gran trayectoria, laureado por instituciones científicas alemanas y miembro de la Royal Society. Realizó varias aportaciones en materia de magnetismo terrestre, meteorología, navegación marítima e hidrografía. Como parte de su exploración a Australia, fundó en Melbourne el Observatorio de Flagstaff en 1857, la cual contó con el apoyo del astrónomo Sir George Biddell Airy en Inglaterra, así como de Humboldt, George Rümker, y del rey Maximiliano de Bavaria. Al respecto, véase: “Obituary Notices of Fellows Deceased. Georg von Neumayer”, *Proceedings of the Royal Society of London: Series A, Containing Papers of a Mathematical and Physical Character* 83, n.º 566 (London: Royal Society, 1910): xi-xiv, <https://www.jstor.org/stable/92930>. El Barón Richthofen fue un académico y explorador alemán, famoso por sus exploraciones y estudios sobre China. Se le adjudica la autoría del origen de los depósitos de *loess* eólicos. Ocupó diversos cargos académicos e institucionales relacionados con la geografía y geología en Alemania, entre ellos la presidencia de la Sociedad Geográfica de Berlín. La necrología de Richthofen, realizada en *The Journal of Geology*, menciona: “Sus aportaciones a la ciencia se caracterizan por las cualidades que le distinguen como explorador de tierras desconocidas: capacidad de observación minuciosa y detallada, combinada con un amplio conocimiento de su materia y una audaz concepción de las ideas”. Véase Bailey Willis, “Ferdinand, Freiherr von Richthofen”, *The Journal of Geology* 13, n.º 7 (1905): 561-7.

⁶⁰⁵ Michel, “Making Mount Kilimanjaro”, 497.

⁶⁰⁶ Driver, “The active life”, párr. 18.

⁶⁰⁷ *Ibid.*

en términos musculares más que en unidades matemáticas “sencillas”, generando así una noción encarnada del paisaje, donde el sujeto se enfrenta a los obstáculos y desafíos naturales.⁶⁰⁸

La configuración de esta heroicidad, además, iba acompañada de la cuestión de la veracidad y la calidad de la transmisión de la verdad: a la experiencia del enfrentamiento con lo natural le seguía la facilidad de la confianza en las aseveraciones del sujeto que lo había vivido en primer plano. Como se ha estudiado en el caso de los hidalgos ingleses del siglo XVII, confiar y aceptar como verdaderos los relatos del otro se basaba muchas veces en las relaciones de sociabilidad e interacciones culturales masculinas que acompañaban a la practicidad del testimonio.⁶⁰⁹ Esta fiabilidad depositada en la experiencia de quién daba el testimonio, para el caso de los exploradores, fue central al momento de producir conocimiento. Esta experiencia daba un sustento de confianza a la cuestión de la veracidad y dependía de una dimensión espacial, el testimonio del sujeto era un reflejo fidedigno de su inscripción en el espacio. En este sentido, los viajeros eran sometidos a un examen dual: por un lado, se encontraban los juicios sobre los temas, y por otro, el juicio sobre quienes brindaron testimonio sobre esos temas.⁶¹⁰ El explorador representaba así una figura de mediador que le permitía movilizarse entre esos juicios, su habilidad se ubicaba específicamente en la capacidad de traducción de los espacios experimentados. Esto convierte al sujeto en una suerte de mediador móvil, de manera que el explorador hacía factible la traducción de una realidad lejana, ya fuese para su circulación o conocimiento de y en las realidades próximas.⁶¹¹ Relatos, imágenes, mapas y colecciones materiales servían como base para esta movilidad y traducción. Este conocimiento a distancia, a decir de Bruno Latour, despliega un conjunto de pruebas en los que han participado científicos, sociedades, museos, jardines botánicos, y que representan una especie de móviles inmutables, o bien centros de cálculo, de las excursiones de campo.⁶¹²

Para mediados del siglo XIX, la inserción del componente físico entre la cuestión del viaje, la veracidad y la configuración del conocimiento, formó a la vez una concepción distinta del yo.⁶¹³ El explorador se concibió como un ejemplar único al producir nuevos

⁶⁰⁸ Driver, “The active life”, párr. 19.

⁶⁰⁹ Shapin, *A Social History of Truth*, 65-125.

⁶¹⁰ Ibid., 245-6.

⁶¹¹ Hefferman, “«A dream as frail as those of ancient Time»”: 205.

⁶¹² Bruno Latour, *Ciencia en Acción: Cómo seguir a los científicos e ingenieros a través de la sociedad* (Barcelona: Labor, 1992), 205-44.

⁶¹³ Driver, “The active life”

conocimientos sobre el espacio y culturas exteriores a la idea de civilización o cultura europeas imperiales. Para el caso de Meyer, ese *yo geográfico* se sustenta como un sujeto heroico, masculino, blanco y alemán dentro de la agenda nacionalista, y se posicionaba por ende como sujeto adecuado y testigo creíble, un sujeto heroico, óptimo para la traducción y el dominio de la naturaleza y cultura exóticas.⁶¹⁴ Ya que, entre la heroicidad, la cuestión de la confianza en la producción del conocimiento geográfico, y esa nueva concepción del yo, tanto en el caso del Kilimanjaro como del Chimborazo, emerge la concepción del *yo geográfico* (*geographical self*).⁶¹⁵

Meyer estaba convencido de que *hacer* geografía era una experiencia a la vez corporal y estética situada en el trabajo de campo, y que un buen libro de geografía debería destacarse por la reproducción de esas experiencias para los lectores,⁶¹⁶ dado que la puesta en práctica, o bien aquello que condiciona la experiencia del individuo, estaba íntimamente imbricada en la visualidad. A través de la visualización era posible registrar el terreno y los objetos destinados al estudio científico, pasando por una especie de mirada etnográfica hasta la documentación cotidiana. En ese sentido, la fotografía era la técnica ideal, y Meyer la utilizó ampliamente en todas sus expediciones. Para Meyer, como destaca Michel, la fotografía resalta con fidelidad todas las características de un objeto independientemente de la importancia relativa que posea o se inscriba.⁶¹⁷ Como explica en su libro sobre los altos Andes del Ecuador, a modo de instrucción, según Meyer el lente de la cámara fotográfica debía estar, en primer lugar, como una asistencia del ojo humano, de manera que otorga al observador una representación correcta del escenario o de los objetos naturales.⁶¹⁸

La cuestión de la visualidad en la geografía alemana se fundamentó, desde los trabajos de Ritter y la ciencia romántica de Humboldt, en la descripción holística de los individuos espaciales como paradigma geográfico.⁶¹⁹ La confluencia entre la geografía y el romanticismo filosófico alemán, posibilitaron una narrativa poética y estética de la naturaleza.⁶²⁰ Uno de los grandes nombres de la geografía política alemana, como fue el de Friedrich Ratzel (1844-1904), figura muy cercana a Meyer y de profunda influencia

⁶¹⁴ Michel, "Making Mount Kilimanjaro", 494.

⁶¹⁵ Ibid.; Driver, "The active life", párr. 22.

⁶¹⁶ Michel, "Making Mount Kilimanjaro", 497.

⁶¹⁷ Ibid., 498-9.

⁶¹⁸ Meyer, *En los Altos Andes del Ecuador*, 125.

⁶¹⁹ Michel, "Making Mount Kilimanjaro", 504.

⁶²⁰ Ibid.

en su obra geográfica, produjo precisamente una obra y pensamiento que oscilaban “entre el esteticismo y la profundidad, la poesía y la ciencia”.⁶²¹

El Chimborazo, dentro de un pensamiento delineado por esos lugares inexplorados y la traducción de ese espacio al público europeo, fue para Meyer un escenario idóneo en dónde poder desplegar esas narrativas visuales. Una visualidad en la que el ojo del sujeto explorador sitúa a esos espacios como lugares monumentales. Sin embargo, la cuestión de la monumentalidad siempre plantea elementos relegados al margen y sobre los cuales muchas veces se instaura esa proyección colosal. La pregunta acerca de qué aspectos de la montaña quería registrar Meyer y en base a qué criterios erigió su monumentalidad, quedan inscritos dentro de los mismos mapas, las mismas fotografías y el mismo relato producidos por Meyer. Y son en estas fronteras de lo colosal donde aparecen otros agentes, tanto humanos como no humanos, dentro de los registros enmarcados en el ambiente del relato del yo-geográfico de Meyer. En los intersticios entre la proyección y la experiencia de la monumentalidad, y los elementos que aparecen al margen, se revela una voluntad cognitiva que se caracteriza por una actitud imperial en favor del posicionamiento del sujeto como explorador y figura de autoridad científica, pero ante todo en una disputa que puede ser catalogada como imperial de altura. Se puede afirmar que esta disputa imperial por las alturas es un aspecto que Meyer desarrolla intensamente hacia las miradas y estudios ingleses, concretamente hacia Whympster.

1.1. La presencia alemana en los Andes: Alphons Stübel y Teodoro Wolf

La proyección de la ciencia alemana, apelando al término científico en un marco general, no se redujo al África, ni tampoco se detuvo durante y después de la Primera Guerra Mundial. A inicios del siglo XX el Imperio alemán era un nuevo estado-nación que no había tenido un legado colonial y que a finales del siglo XIX surgió como una potencia que nadie esperaba. Como menciona Lewis Pyenson, los aparatos estatales alemanes se habían fusionado con grandes asociaciones industriales y financieras. Ese tipo de interacción sirvió incluso a Lenin como modelo para su tesis sobre el imperialismo y el monopolio capitalista. En lo concerniente a la especificidad del campo científico, con especial énfasis en las ciencias exactas, el Imperio alemán despuntaba a nivel global. Esto se pudo reflejar hasta el primer tercio del siglo XX en una presencia importante en lugares

⁶²¹ Schmitthenner, “Hans Meyer”, 137.

considerablemente lejanos, pero con un gran impacto académico de la época, como lo fueron Apia (Samoa), La Plata y Buenos Aires (Argentina), y Woosung (China).⁶²²

En lo que concierne a las representaciones y estudios científicos en los que fue incluido el Ecuador en el contexto alemán de finales del siglo XIX, están relacionados con la creación del primer museo geográfico del mundo occidental en la ciudad alemana de Leipzig. En él se exhibieron las colecciones de una de las expediciones de mayor permanencia en los Andes: la expedición de Alphons Stübel (1835-1904) y Wilhelm Reiss (1838-1908). La ciudad se destacó como centro editorial del imperio, sobre todo en materia geográfica. Meyer continuó en Leipzig el fructífero negocio editorial familiar, y ocupó también la cátedra de Geografía en la Universidad de esta ciudad.

Desde Humboldt, el Ecuador se había consolidado como un “país clásico de los viajes”.⁶²³ Dentro de una larga lista de científicos alemanes que exploraron los Andes ecuatoriales, y que puede remontarse hasta 1665,⁶²⁴ destacan nombres que estuvieron interesados en varias áreas científicas, como fue el caso del naturalista Herman Karsten (1817-1908) quien viajó a Sudamérica en 1844 siguiendo la recomendación de Humboldt y, entre otros aspectos, desarrolló un mapa geológico del norte del Ecuador. O bien el caso de la naturalista botánica Teresa Carlota, Princesa de Baviera (1850-1925), quien cruzó los Andes en 1898.⁶²⁵ Sin embargo, la expedición de Stübel y Reiss se destacó por una duración de cuatro años, la recolección de material geológico, botánico o arqueológico, y las representaciones visuales que realizaron en su paso por el Ecuador.⁶²⁶

Stübel y Reiss recorrieron los Andes y parte del Oriente del Ecuador entre 1870 y 1874. Durante esos años coincidieron con el gobierno de Gabriel García Moreno, también apasionado por las ciencias, quién les brindó facilidades a la expedición bajo el

⁶²² Lewis Pyenson, *Cultural Imperialism and Exact Sciences. German Expansion Overseas 1900-1930* (New York: Peter Lang, 1985), 14.

⁶²³ Meyer, *En los Altos Andes del Ecuador*, 6.

⁶²⁴ Véase Misael Acosta Solís, *Científicos Alemanes que han contribuido a la Geografía e Historia Natural del Ecuador* (Quito: 1982).

⁶²⁵ Charlotte Marianne Auguste von Bayern Therese, hija del príncipe regente Luitpold de Baviera y de Auguste Ferdinand de Austria, fue una autodidacta en materias botánica y etnológica. Realizó viajes por el Mediterráneo, Rusia, Oriente Próximo, Los Balcanes, Norteamérica, México, y Sudamérica. Fue la primera mujer admitida como miembro de la Sociedad Geográfica de Baviera en 1897. Publicó varias obras sobre sus expediciones, entre ella una dedicada por entero a la botánica bajo el título *Auf einer Reise in Westindien und Südamerika gesammelte Pflanzen* (1902) (Plantas recolectadas en un viaje por las Indias Occidentales y Sudamérica).

⁶²⁶ Existen varios trabajos sobre la expedición, que se realizó durante ocho años (nueve para el caso de Stübel) en Colombia, Ecuador, Perú, Bolivia, Brasil, Uruguay, Chile y Argentina. En cuanto al contexto concerniente a las representaciones visuales, entre los últimos trabajos realizados, ver Sven Schuster y Jessica Neva ed., *Colombia: Un viaje fotográfico: Las colecciones de Stübel y Reiss (siglo XIX)* (Bogotá: Universidad del Rosario, 2022).

requerimiento de que se le enviaran informes sobre los hallazgos de interés científico. Los dos alemanes coincidieron así mismo con la fundación y desarrollo de la Escuela Politécnica Nacional, proyecto educativo impulsado por el mismo García Moreno, la cual fue instaurada con la participación de académicos, en su mayoría alemanes, adscritos a la Compañía de Jesús, entre ellos el geógrafo Theodor Wolf (1841-1924).

Los expedicionarios alemanes, al enfrentarse a una geología diversa y en gran parte inexplorada, se vieron desafiados por los postulados humboldtianos, que ya no concordaban con las teorías vulcanológicas formuladas a mediados del siglo XIX.⁶²⁷ Esta tensión se refleja en los trabajos de viajeros anteriores a la expedición de Reiss y Stübel. Mientras estos exploraban el Ecuador, Marcos Jiménez de la Espada (1831-1898), quien recorrió los Andes y el Oriente Ecuatoriano como parte de la Comisión Científica del Pacífico entre diciembre de 1864 y agosto de 1865, publicó en 1871 un influyente estudio vulcanológico que cuestionaba de manera significativa las observaciones humboldtianas. Esto es evidente, en particular, en sus afirmaciones sobre el volcán al que el viajero prusiano se refirió como “Ansango”.⁶²⁸

Es importante destacar la campaña sistemática de mediciones que la expedición alemana emprendió en la cordillera de los Andes. En ella definieron 6310 m. como la altura oficial del Chimborazo. Meyer siguió defendiendo esta cifra en sus trabajos sobre los Andes, en contraposición a las mediciones de la expedición hispanofrancesa de mediados del siglo XVIII y las efectuadas por Whymper. Al igual que en las expediciones precedentes, la expedición de Reiss y Stübel incluyó algunas ascensiones a las montañas andinas, entre las que destaca la efectuada por Reiss, junto a su mayordomo bogotano Ángel María Escobar, a la cumbre y borde del cráter del Cotopaxi el 28 de noviembre de 1872. Esta ascensión puede ser identificada como el primer registro conocido de la huella humana y no humana, pues el cánido de Reiss lo habría acompañado a la cumbre. El Cotopaxi estaba considerado entonces como el volcán activo más alto de la superficie terrestre. Esta ascensión fue repetida el 7 de marzo de 1873 hasta el borde del cráter por Stübel en compañía de varios trabajadores locales, realizando también la primera

⁶²⁷ Schuster y Neva, *Colombia: Un viaje fotográfico*, 16.

⁶²⁸ Marcos Jiménez de la Espada, “El volcán de Ansango por Don M. Jiménez de la Espada. Anales de la Sociedad Española de Historia Natural, vol. 1, 49-76”, en *Marcos Jiménez de la Espada (1831-1898): Tras la senda de un explorador*, ed. Leoncio López-Ocón y Carmen María Pérez-Montes (Madrid: CSIC, 2000), 225-42. Este volcán responde a un volcán que pertenece a la caldera Antisana. Jiménez de la Espada menciona que es conocido por los locales como *Yana-volcán* (“volcán negro” en kichwa). También se lo identifica hoy en día como *Chusalongo* y colinda con la laguna de *Muertepungo* (“puerta de la muerte” en kichwa).

ascensión al Tungurahua en febrero de 1873. En 1877 se registró una nueva ascensión después de una erupción de considerable magnitud, esta vez liderada por Theodor Wolf.

De la expedición de Reiss y Stübel, que permanecieron por casi una década en varios países de Sudamérica, cabe destacar cómo entre las colecciones de muestras etnográficas, arqueológicas, de historia natural y registros fotográficos, destacaban las ochenta y dos pinturas al óleo realizadas por el pintor ecuatoriano Rafael Troya (1845-1920), bajo la dirección específica de Stübel, durante la estancia de los alemanes en el Ecuador. Años más tarde, Stübel, con la ayuda de Wolf, organizó una buena parte de ese material para la constitución de lo que fue el primer museo geográfico del mundo occidental inaugurado en Leipzig en 1896.⁶²⁹ Todo el proceso del museo fue muy cercano y familiar para Meyer, quien enriqueció las salas de exposición con numerosas colecciones de sus viajes, la del Ecuador incluido. Además de esto, el mismo Stübel fue una de las influencias geográficas y de materia vulcanológica en Meyer, a quien también le unía un vínculo personal.

La influencia de Stübel en Meyer no sólo evoca al territorio andino, también resalta la importancia del valor estético del paisaje en el estudio científico. Ha sido un lugar común reconocer la formación rigurosa como dibujantes que requerían los geólogos durante el siglo XIX, como lo demuestran, entre otros, los trabajos de Martin Rudwick, John Barrell, o Stephen Daniels y Denis Cosgrove.⁶³⁰ Para Stübel, el arte era el medio ideal para poder captar en detalle la perspectiva orográfica del espacio. Sobre todo, daba un alto valor a la fidelidad estética que la representación artística del paisaje podría dar para el estudio científico, de manera que dibujos a plumilla, acuarelas y especialmente óleos, daban individualización, color, perspectiva y vida al espacio representado.⁶³¹ Con la finalidad de captar los volcanes andinos, Stübel contrató al pintor ecuatoriano Rafael

⁶²⁹ “Había enviado más de doscientas cajas a su tío, quien vivía en Dresde, para que las custodiara. Se trataba de varios miles de piezas de rocas y minerales, pinturas y mapas, fotografías y libros, artefactos etnológicos y antropológicos, además de sus notas, resultados de mediciones y dibujos. Analizar y evaluar sistemáticamente todo el material era una tarea imposible para una sola persona”. Véase: Heinz Peter Brogiato, “Presentación. Las colecciones de Alphons Stübel en el Instituto Leibniz de Geografía Regional”, en *Colombia: Un viaje fotográfico. Las colecciones de Stübel y Reiss (siglo XIX)*, ed. Sven Schuster y Jessica Neva (Bogotá: Universidad del Rosario, 2022), 3.

⁶³⁰ Martin Rudwick, “The Emergence of a Visual Language for Geological Science 1760-1840”, *History of Science* 14, n.º 3 (1976): 149-195, doi: <https://doi.org/10.1177/007327537601400301>; John Barrell, *The Idea of Landscape and the Sense of Place 1730-1840* (Cambridge: Cambridge University Press, 1972); Stephen Daniels y Denis Cosgrove eds., *The Iconography of Landscape. Essays on the Symbolic Representation, Design and Use of Past Environments* (Cambridge: Cambridge University Press, 1988).

⁶³¹ Alexandra Kennedy-Troya, “Alphons Stübel: paisajismo e ilustración científica en Ecuador”, en *Las Montañas volcánicas del Ecuador. Retradas y descritas geológica-topográficamente por Alphons Stübel* (Quito: Banco Central del Ecuador / UNESCO, 2004), 22.

Troya entre 1871 y 1873, a quién instruyó justamente en el género paisajístico.⁶³² Todos estos óleos se encuentran nombrados en los grabados del libro *Skizzen aus Ecuador* (1886), fueron exhibidos en el Museo Grassi de Leipzig, desapareciendo, al igual que toda la colección de arte y una buena parte de la colección de mapas de Stübel, a raíz del bombardeo del 4 de diciembre de 1943. A pesar de que Stübel utilizó la cámara fotográfica durante toda su vida, la consideraba más como una herramienta de apoyo o registro, ya que, según él, la fotografía no permitía acceder a un proceso de individualización de los elementos.⁶³³ Sin embargo, para Meyer el valor estético se expresaba principalmente en la fotografía, aunque no desdeñaba del pincel. Como explica Meyer en su libro, “no he seguido el método de Stübel, porque no he querido crear como él, con sus dibujos, ‘cartas de perspectiva, hasta cierto punto’, sino reproducciones correctas del paisaje y de sus particularidades”. Para Meyer hay un elemento subjetivo “que en los dibujos, como en los de Stübel, se presenta siempre en el primer plano y hace resaltar solamente lo que el dibujante ve o lo que quiere ver”. Sin embargo, el pincel le permitía “una reproducción a color de objetos del paisaje o de una impresión”.⁶³⁴ Esta manera de nombrar y percibir el paisaje refleja un eco de la visión estética humboldtiana sobre el entorno natural.

Es relevante destacar que Alphons Stübel proyectó sobre el Chimborazo y sus alrededores, en particular la perspectiva desde la ciudad de Riobamba reflejada en sus trabajos. En ella replicó el discurso de grandeza y notoriedad que expresaron sus predecesores. Entre sus contribuciones determinó la depresión del hielo glaciar hasta los 4700 m., además de precisar las mediciones de algunos puntos geográficos que se elevan por sobre la altura de Riobamba, y estableció como 6310 metros la altura máxima de este volcán. A esto se suman el análisis de la geografía de esta parte de los Andes, la amplia visión de la dureza del clima y del temido camino de herradura (sección del Camino Real que cruzaba los páramos del Chimborazo y desembocaba en la costa). Además de ilustrar en el texto el medio natural, tiene presente también el aspecto cultural. Los criollos o mestizos, para él, no dimensionaban la grandeza del paisaje que les rodeaba. Además de hablar de las viviendas de la población mestiza y de la indígena, nombra a una figura no

⁶³² Sobre la expedición científica, Rafael Troya y el paisajismo en los Andes, ver: Alexandra Kennedy-Troya, *Rafael Troya 1845-1920 El Pintor de los Andes Ecuatorianos* (Quito: Banco Central del Ecuador, 1999); Xavier Puig Peñalosa, *Rafael Troya: estética y pintura de paisaje* (Loja: Universidad Técnica Particular de Loja, 2015).

⁶³³ Meyer, “En los Altos Andes”, 10.

⁶³⁴ *Ibid.*

humana, el camélido andino (la llama), cuyo uso local como animal de carga se extendía “sólo un poco más allá de Riobamba”. Observa a este animal, que se encuentra a gusto en la meseta arenosa de esta parte del Ecuador, y que está “estrechamente relacionado con la casa del indio”. Detalla, además, algunas de sus características de uso y proporciona información acerca del contexto de la hacienda:

La carga que es capaz de transportar [...] no debe exceder los 25 kilogramos en distancias más largas. Al igual que el camello, su pariente en el mundo antiguo, presta su espalda a la carga sólo de mala gana y expresa su disgusto con tonos quejumbrosos. Generalmente, la carga que el indio lleva al mercado a lomos de la llama consiste en papas, habas, ullucas [...] y otros cultivos. El indio los construye en su propia chacra [...] si es uno de los pocos que no sirven como “conciertos” en el trabajo forzado de una hacienda en las tierras altas de Ecuador. En la mayoría de los casos sólo el terrateniente le habrá confiado la venta.⁶³⁵

La escritura científica de Stübel presenta algunas consideraciones con respecto a la luz y cómo ésta afecta a la manera en que se observa el paisaje en cuanto a su detalle topográfico: “La topografía del Chimborazo aparece más nítida a la luz del atardecer, por el sombreado de gran parte de su superficie nevada; en el Carihuairazo, en cambio, brilla con toda su luz la ancha ladera nevada que se inclina hacia el sur”.⁶³⁶ En la apreciación del paisaje, Stübel incluso hace una advertencia al viajero geógrafo sobre elementos que pueden alterar la percepción. Para Stübel existen circunstancias que favorecen a la sobredimensionalidad de los objetos distantes, esto debido a las capas de aire llenas de polvo las cuales tienen el mismo efecto que las capas de niebla, lo que provoca que el ojo pierda “el juicio correcto de la extensión”.⁶³⁷ Este fenómeno, en cuanto a la percepción de una montaña como el Chimborazo, no resulta extraño. La apreciación meteorológica en torno al Chimborazo tampoco queda de lado, y su inclusión está en perspectiva con el resto de las altas montañas de la cordillera andina: “la nieve recién caída siempre se puede reconocer por el curso horizontal uniforme del borde inferior. Es un fenómeno muy común en los Andes que de las montañas vecinas sólo una es golpeada por una ventisca mientras que la otra se salva”.⁶³⁸

Stübel realizó una circunvalación absoluta de la montaña a una altura media de 4000 metros, e incluso llegó a los 5810 metros. De acuerdo con la perspectiva desde dicha elevación —y además de proporcionar un dato curioso de carácter local—, su comentario respecto a los récords de altura es tajante:

⁶³⁵ Alphons Stübel, *Skizzen aus Ecuador* (Berlin: Verlag von Asher & Co., 1886): 19.

⁶³⁶ Stübel, “Skizzen aus Ecuador”, 21.

⁶³⁷ *Ibid.*, 22.

⁶³⁸ *Ibid.*, 21.

Humboldt afirma haber llegado a los 6.000 metros y Boussingault a su vez dice haber alcanzado una altura superior que Humboldt. Estas informaciones son bastante curiosas, si se contemplan más de cerca las condiciones del terreno. Pues ambos hicieron el intento de ascender en un sitio donde es absolutamente imposible alcanzar esa altura. Pero también es sabido aquí, por tradición oral, que Boussingault sólo llegó a la zona baja de nieve a 5.000 metros, y él mismo da dos informaciones distintas sobre el punto alcanzado, como lo ha mostrado Moritz Wagner. Puesto que en esos ascensos tienen tan poquísima viabilidad, es tanto más risible que hombres cultos no se avergüencen de contar tales inexactitudes.⁶³⁹

En el contexto urbano andino, la presencia del Chimborazo, tanto en la descripción textual como en la representación visual y fotográfica realizada por Stübel, revela un encuentro del espacio a través de distintos tiempos históricos. En su obra, Stübel no solo captura la majestuosidad del volcán, sino que también articula una conexión entre las interpretaciones científicas, estéticas y culturales que han marcado la relación de las sociedades andinas con su entorno natural a lo largo de las épocas. Tal es el caso de Riobamba, a la que cataloga como ciudad nueva (ochenta años desde su fundación), en contraste con el “Viejo Riobamba”, a una hora de camino hacia el oeste, la cual se ubicaba “en una depresión en forma de valle, rodeada de colinas y montañas”, destruida por el terremoto de 1797, “aún fresca en la memoria cuando Humboldt, tan solo seis años más tarde, visitó la región y relató los horrores de la misma”, volviendo a corregir de los datos aportados por el prusiano:

Por la posición que tenía la ciudad vieja, se puede concluir que su población era menor que la que posee actualmente la nueva Riobamba (7-8000). Según los registros que recopiló Humboldt, 40.000 personas murieron en la catástrofe en la propia ciudad de Riobamba. Sin embargo, a partir de los archivos de Quito, el Sr. Theodor Wolf pudo probar fehacientemente que este número es demasiado alto, que los 40.000 muertos se reducen a 2036, y que incluso estos no provienen exclusivamente de la ciudad, sino más bien de toda la provincia.⁶⁴⁰

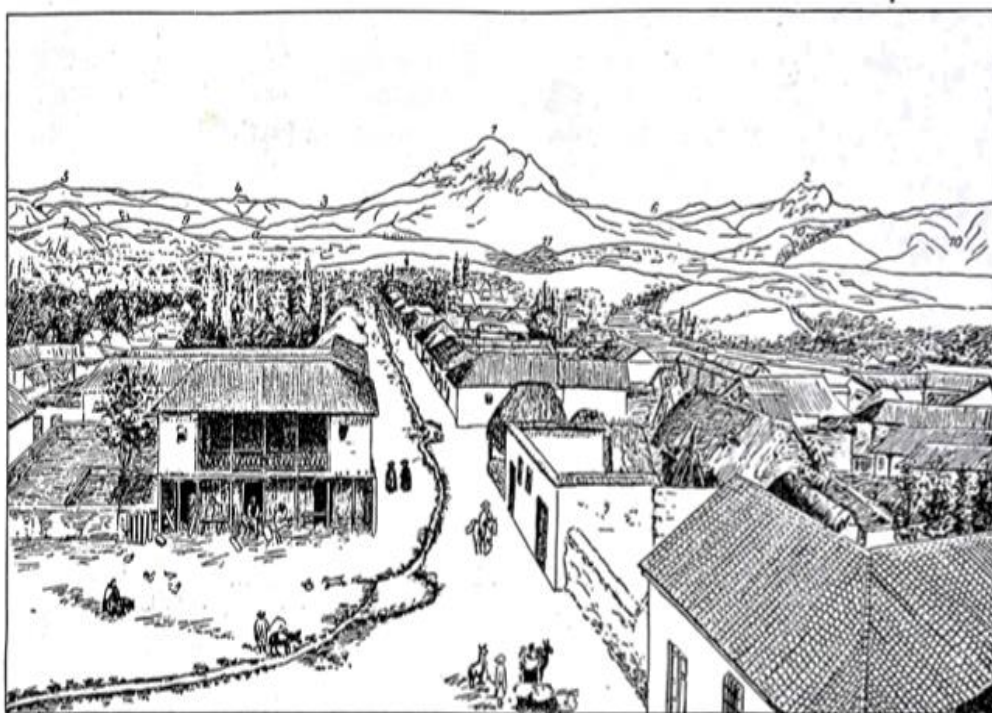
El grabado sobre el Chimborazo del óleo de Troya de abril de 1872 (Fig. 10), cuya vista se sitúa desde una de las torres de la iglesia La Merced de Riobamba, comprende una vinculación singular con dos fotografías que fueron tomadas probablemente a pocos metros de la Iglesia. La primera (Fig. 11) pertenece al fotógrafo y viajero norteamericano

⁶³⁹ Alphons Stübel, “Carta del 2 de agosto de 1872”, citado en Andreas Brockmann y Michaela Stüttgen, *Tras las huellas: dos viajeros alemanes en tierras latinoamericanas* (Bogotá: Banco de la República, 1996), 28.

⁶⁴⁰ Stübel, “Skizzen aus Ecuador”, 20.

Camillus Farrand (1820-1878),⁶⁴¹ y la segunda, a la colección de Stübel (Fig. 12) y que hoy forma parte del archivo del *Leibniz-Institut für Länderkunde* (IfL). Ambas fueron tomadas desde el mismo lugar, a horas opuestas del día (al decir de las sombras de las construcciones sobre la avenida). La fotografía de Farrand contiene un elemento anecdótico que ha sido recopilado y traducido por Lucía Chiriboga y Lourdes Rodríguez:

En una escena que se suscitó una clara mañana en la República de Ecuador. El Gobernador, Vicente Espinosa, durante su paseo matinal, se sintió atraído hacia el fotógrafo que retrataba una calle en la ciudad de Riobamba, con el Chimborazo a la distancia; y como nunca había visto un instrumento de tal índole, él desmontó de su caballo, dejó el caballo al cuidado de un sirviente y procedió en silencio a examinar el aparato, después de lo cual se dirigió al operador de esta forma: “Ustedes fabrican tantas máquinas en su país, Sr. Fotógrafo, desearía que usted me envíe una para llevármela al cielo”. Y señalando al monarca andino, continuó: “¡Mire qué maravillosa montaña; qué blanca, y brillante y bella es, sin una mancha, una elevada pureza que ningún mortal ha llegado a alcanzar! El cielo apenas está por encima y yo quiero una máquina para llevarla conmigo allí”.⁶⁴²



Original 1.24 m lang, 0.79 m hoch.

R. Trepa pinz. April 1872.

Figura 10. Alphons Stübel: “Der Chimborazo und die Stadt Riobamba” (1872).

Fuente: Alphons Stübel (1886), 17. Cortesía Biblioteca Nacional del Ecuador “Eugenio Espejo”.

⁶⁴¹ Véase: Pablo Rosero, “Los itinerarios de la luz. La trayectoria del fotógrafo Camillus Farrand en los Andes”, *Sociedad Amigos de la Genealogía* 335 (Quito: Colección Amigos de la Genealogía, 2024): 65-90.

⁶⁴² Lucía Chiriboga y Lourdes Rodríguez, *Un legado del siglo XIX* (Quito: Instituto Nacional de Patrimonio Cultural, 2014), 16.

La fotografía de Stübel es parte de una hoja de álbum con dos imágenes más sobre Riobamba y el Chimborazo, una de ellas tomada desde la Catedral de San Pedro. El autor, según detalla la colección digital del Instituto de Leibniz, es desconocido. La comparación con la imagen de Farrand evidencia el deterioro material de la arquitectura en menos de doce años, con la presencia del Chimborazo apenas imperceptible en la de Farrand, e imponente en la de Stübel. Este aspecto es curioso en la obra escrita y legado fotográfico de Stübel. Meyer, en un escrito sobre la vida del vulcanólogo, dice que Stübel jamás se pronunció, más allá de lo que expuso en sus textos, sobre su gran viaje por Sudamérica, por lo que el medio para conocer sobre el mismo fue la única conferencia sobre el viaje americano pronunciada por Reiss en 1887.⁶⁴³ Aun así, poder establecer conexiones entre imágenes, ha sido posible a partir del material que recolectó en sus viajes, así como los dibujos realizados por Troya que constan en su libro sobre el Ecuador publicado en 1886.

Theodor Wolf,⁶⁴⁴ por otro lado, publicó en 1892 su trabajo *Geografía y Geología del Ecuador* en Leipzig,⁶⁴⁵ tras una estadía de veinte años en el país. Este trabajo recopila fotografías y consideraciones geográficas y geológicas de Stübel, además de las imágenes que tomó Wolf desde distintas posiciones geográficas. En su libro Wolf habla del Chimborazo como una montaña que, a pesar de que hace mucho tiempo había dejado de ser considerada como el cerro más alto del continente, se mantiene como “la divisa y el blasón del Ecuador [...] cuya contemplación imprime huellas indelebles en el espíritu del hombre”.⁶⁴⁶ Además de realizar una descripción detallada de la geografía de esta parte de

⁶⁴³ Hans Meyer, “Alphons Stübel”, in *Mitteilungen des Vereins für Erdkunde zu Leipzig 1904*, Verein für Erdkunde zu Leipzig (Leipzig: Duncker & Humboldt, 1905), 64.

⁶⁴⁴ Wolf llegó al Ecuador como parte del cuerpo docente de la Escuela Politécnica, impulsada por el proyecto educativo y científico de García Moreno. A finales de 1870 el gobierno realizó la contratación, además de Wolf, del físico Juan Bautista Menten y del botánico Luis Sodiro, añadiendo a otros seis académicos un año más tarde, todos ellos alemanes y adscritos a la Compañía de Jesús. Wolf renunció a la orden jesuíta y consecuentemente a la Escuela Politécnica en 1874, viajó a Guayaquil y se encontró en la suma indigencia siendo ayudado económicamente por Stübel, hasta que un año más tarde ocupó el puesto permanente como geólogo del Estado. Permeneció en el país hasta 1891. A diferencia de otros trabajos de estudios científicos sobre el Ecuador, en los libros de Wolf aparecen varias referencias de colaboradores locales, entre las que destacan los hermanos Martínez Holguín, sobre todo Augusto Martínez, con quien mantuvo una amistad que perduró a la distancia. Véase: Iván Cruz Cevallos, *Viajeros, científicos, maestros: Misiones alemanas en el Ecuador* (Quito: CCE, 1989); Franklin Barriga López, “Semblanza de la Escuela Politécnica Nacional y su relevancia histórica para el Ecuador”, *Boletín de la Academia Nacional de Historia* 97, n.º 202 (2019): 490-509.

⁶⁴⁵ Para la consulta de un importante trabajo dedicado a Wolf véase: Manuel Restrepo, “Teodoro Wolf y el conocimiento geográfico del Ecuador, 1875-1895. Redes de relaciones en la producción de saber y orden simbólico del territorio” (tesis de maestría, Universidad Andina Simón Bolívar, sede Ecuador, 2022), <http://hdl.handle.net/10644/8797>.

⁶⁴⁶ Teodoro Wolf, *Geografía y Geología del Ecuador* (Leipzig: Tipografía de F.A. Brockhaus, 1892): 61.

la cordillera resalta la preocupación por la etimología del nombre de la montaña en la que toma la referencia del cronista Pedro Cieza de León, según su consideración, “el más prolijo en materia de geografía”:

Lo llama “Urcolazo” [Urcu-razo, cerro-nieve]. [...] hablando de la provincia de los Puruhaes [...] prosigue: “A la parte del poniente está otra sierra nevada, y en ella no hay mucha población, que llaman Urcolazo. Cerca desta sierra se toma un camino que vá a salir á la ciudad de Santiago que llaman Guayaquil. Puede ser que el nombre “Chimborazo” fué usado primero por los indios de la antigua provincia de Chimbo (pues su traducción más natural es la de “nieve de Chimbo”), y que los de Riobamba lo llamaron Urcozaro; más tarde se habrá generalizado el primero [sic].⁶⁴⁷

Wolf y Stübel confluyen en una nueva consideración de lo más alto. El Chimborazo es suplantado en este sentido bajo la consideración de que el Cotopaxi “siendo solamente de 367 metros más bajo [...], pero entre los volcanes activos de todo el globo terrestre [es] el primero; pues ninguno de los demás se eleva a considerable altura de 5943 metros”, aparte de “su imponente presencia exterior y hermosura pintoresca, ninguno de los volcanes del Ecuador le aventaja y poquísimos en el resto del mundo le igualan”.⁶⁴⁸ Wolf realizó la tercera ascensión al cráter, y la segunda ascensión a la cumbre del Cotopaxi el 9 de septiembre de 1877 en compañía de su amigo y antiguo discípulo Alejandro Sandoval. Wolf no tomó la ruta efectuada por Reiss y Stübel debido a que fue

⁶⁴⁷ Ibíd., 61-2. La preocupación por la referencia etimológica de la montaña había sido también abordada un siglo antes por Antonio de Alcedo en su diccionario de 1786, donde califica al “Chimborazo” como “Monte muy alto ó páramo de la Cordillera de la Provincia y Corregimiento de Riobamba en el Reyno [sic] de Quito, que en el idioma del país significa monte de la otra vanda”. Esta referencia está ligada, seguramente, a la definición del verbo *Chimbana* que define el *Lexicon o Vocabulario de la Lengua General del Perú* de Domingo de Santo Tomás de 1560: “vado de río, o de agua”. Así también en referencia a la definición que Diego González Holguín, en el *Vocabulario de la Lengua Quichua* de 1608, da con respecto al prefijo “Chimpa”: “La otra parte o vanda del río o quebrada acequia, o cosa larga atravesada”. Diccionarios como el de Diego de Torres Rubio y Juan de Figueredo, ya para 1754, mantienen el significado de “Chimpa” como “De la otra vanda”. Esta imagen que otorga todos estos significados mantiene una relación con la representación del Escudo de Armas que empezó a raíz de uno de los escudos maristas de 1845 donde, según la interpretación de Aurelio Espinosa Pólit, se muestra al Chimborazo con el río Guayas. Véase: Aurelio Espinosa Pólit, *Temas ecuatorianos* (Quito: Editorial Clásica, 1954), 127-30. Segundo Moreno resalta esta vinculación de la palabra Chimborazo con la identificación a la etnia Chimbo (que se ubicó al suroccidente de la montaña), o bien con los Puruháes (la etnia predominante de la región). Sobre ésta última, Moreno hace referencia a la información aportada por la relación de Fray Juan de Paz Maldonado (1582), donde los prefijos de la lengua puruhá “Bat” y “Tun”, identifican muy probablemente al sistema dual andino de lo alto y lo bajo. El prefijo “Bat” está relacionado con varias de las designaciones de los lugares aledaños a la montaña. Además, menciona Moreno, podría existir cierta correspondencia del prefijo “Tun” en lo que respecta al Tungurahua, montaña que consta como la pareja femenina del Chimborazo en la cosmología andina. Moreno sugiere la posibilidad del término “Bat-Guragua” para asignar la posible denominación puruhá del Chimborazo. Así también, siguiendo tanto a Fray Juan de Paz como al cronista Cieza de León, Moreno asegura la identificación masculina de la montaña, donde, además del prefijo puruhá, las partículas lingüísticas kichwa urcu y razu, en sus posibles combinaciones, hacen referencia a “macho”, “monte nevado” y “monte nevado de arriba”. Segundo Moreno, “El Chimborazo: ancestro sagrado andino”, *Antropología. Cuadernos de Investigación*, n.º 7 (Quito: PUCE, 2007): 88-90.

⁶⁴⁸ Wolf, “Geografía y Geología”, 75.

completamente borrada por la erupción del 26 de junio de ese año. A pesar del evento eruptivo, Wolf señala una relativa facilidad del ascenso, y que cualquier persona “de una constitución corporal robusta” podría “repetir el viaje sin riesgo y dificultad”. Los pormenores de la ascensión los cuenta en la *Memoria sobre el Cotopaxi* (1878).⁶⁴⁹ La ascensión fue nuevamente repetida cuatro meses más tarde por una cuarta figura alemana. Se trata del diplomático y viajero alemán Max von Thielmann (1846-1929).⁶⁵⁰



Figura 11. Camilus Farrand: “Street in Riobamba, with ‘Chimborazo, the Monarch of Andes’ in the distance”

Fuente: Lucía Chiriboga y Lourde Rodríguez (2014), 49.

Las ascensiones al Cotopaxi y la producción científica en las áreas geográficas y geológicas realizadas por alemanes, quedaron de alguna manera empequeñecidas por la posterior presencia de Whymper en los Andes. El peso de su nombre como alpinista,

⁶⁴⁹ Teodoro Wolf, *Memoria sobre el Cotopaxi y su última erupción acaecida el 26 de junio de 1877. Con una lámina y una carta topográfica* (Guayaquil: Imprenta del Comercio, 1877).

⁶⁵⁰ En su faceta de viajero, Thielmann fue muy elogiado por su expedición al Oriente Próximo de la cual produjo una obra titulada *Streifzüge im Kaukasus, in Persien und in der Asiatischen Türkei* (Incursiones en el Cáucaso, Persia y la Turquía asiática), publicado por *Duncker & Humblot* en Leipzig en 1875. Sobre su viaje a América, se menciona: “América, especialmente el centro y el sur, fue una segunda área de su interés científico junto a Oriente. En los años comprendidos entre 1875 y 1880, [...] tuvo tiempo y ocasión de realizar numerosos viajes, que más tarde describió detalladamente en una obra mayor titulada *Vier Wege durch Amerika* (Cuatro viajes por América)”, obra publicada en 1879, también por *Duncker & Humblot*. Véase: Friedrich Rosen, “Max von Thielmann”, in *Zeitschrift der Deutschen Morgenländischen Gesellschaft*, ed. Georg Steindorff (Leipzig: Deutschen Morgenländischen Gesellschaft, 1929), 83:262-4.

conjugado con varias ascensiones inéditas a las cumbres de las altas montañas del Ecuador, a lo que se añade la importancia que se le concedió a su trabajo geográfico, la recepción general que tuvo su expedición y su libro durante más de una década configuró un escenario que desplazaba la presencia, relativamente recurrente, de los alemanes en los Andes. Ante este panorama, pero sobre todo en el enfoque al trabajo inconcluso que, explícitamente, dejó Whymper en el levantamiento cartográfico del Chimborazo, Meyer se convierte en una figura determinante en el contexto de las disputas sobre las interpretaciones y representaciones científicas del terreno. Es además un agente de gran experiencia en torno a las discusiones en el campo de la glaciología frente a viajeros ingleses.



Figura 12. Alphons Stübel (1874): “Der Chimborazo von Riobamba aus gesehen”
Fuente: Leibniz-Institut für Länderkunde (IfL), SAm102-484 / F16009.

El desafío de Meyer está en compaginar un posicionamiento de inscripción comparativa en el área global de la geografía. En esta inscripción deja por fuera las pretensiones totalizadoras de Humboldt y la sitúa más bien en la presencia ártica del cinturón ecuatorial. En esta suerte de la rivalidad en cuanto a la representatividad de los imperios en las alturas de las montañas, que seguirá extendiéndose en otras cordilleras (con una gran carga simbólica durante el primer tercio del siglo XX en la conquista de los Himalayas), Meyer utiliza toda una arquitectura discursiva en donde compagina la imagen visual con la imagen narrativa. Esa estructura es la herramienta que, frente a los

registros de otros viajeros, disputa los escenarios exóticos para consolidar una representación correcta, científica y estética, de los espacios naturales. Las altas montañas del Ecuador, tan recurrentes en materia de expediciones científicas, fueron un escenario que, vinculado a sus trabajos anteriores, representaba un elemento que para Meyer no podía pasar desapercibido.

2. Hans Meyer y el Chimborazo: Entre el arte del viaje científico y el reposicionamiento de la autoridad geográfica

Meyer zarpó de Southampton (Inglaterra), junto al pintor alemán Rudolf Reschreiter (1868-1939), el 29 de abril de 1903 en el vapor *Tagus* de la *Royal Mail Packet Co.* Los alemanes llegaron a la República del Ecuador desde Colón (Panamá) en un vapor costero de nombre *Quito*. Después de varios percances, entre ellos una cuarentena que el pequeño vapor tuvo que realizar frente a las costas ecuatorianas, desembarcaron en Guayaquil el 6 de junio, tiempo considerablemente mayor al que Meyer había previsto. Los alemanes atravesaron el río Guayas hacia la localidad de Durán, cuatro días más tarde, para embarcarse en el ferrocarril que cruzaba la temida sección de los flancos occidentales de la cordillera cubierta de selva y pantanos, con lluvias constantes hasta el pueblo de Alausí, para después adentrarse en la zona alta de los Andes y explorar los parajes de los gigantes volcanes de hielo.

Algunas instituciones, fuera del territorio alemán, mostraron interés en esta expedición. Así lo demuestra *The Geographical Journal* de 1903, en su sección *América*, la cual siguió de cerca los pormenores de la expedición en un comunicado que Meyer envió a la Sociedad Geográfica de Berlín en donde resume brevemente las actividades e impresiones de su viaje a las altas montañas del Ecuador. El producto del viaje, *In den Hoch-Anden von Ecuador: Chimborazo, Cotopaxi, etc.* (1907), corresponde a un libro que, además del enfoque científico, intercala la narración de los acontecimientos del día a día del viaje con información histórica, económica y política de las zonas que recorre la expedición alemana.⁶⁵¹ Las montañas que transitaron los alemanes son las grandes elevaciones, además de las nombradas en el título, situadas en los Andes centrales del

⁶⁵¹ El primer capítulo, por ejemplo, lleva como título “Einleitung: Ecuador und seine Geschichte” (Presentación: el Ecuador y su historia).

Ecuador: Kariwayrazo, Antisana, Altar, y una montaña poco concurrida por viajeros europeos, el Quilindaña (4878 m.), ubicada al sureste del Cotopaxi.⁶⁵²

El libro no tuvo una producción editorial inmediata. El aplazamiento de tres años posteriores al viaje se debió a que Meyer, según resalta en su texto, concebía al tiempo de espera de los resultados del trabajo científico como una incubación de los aspectos más importantes de la producción del conocimiento. Además de eso, también señala el ejercicio demandante de la construcción de la narración, en la que enfatiza las implicaciones que hubiera tenido la separación del relato del viajero del relato científico. Para Meyer, realizar tal separación hubiese reducido al relato de viaje a una dimensionalidad puramente turística “y pobre de contenido”, mientras que la científica tendía a estar destinada a un estrecho círculo de lectores.⁶⁵³ A pesar de que Meyer contaba con varias publicaciones que precedieron al trabajo sobre los altos Andes, sobre todo en lo concerniente al Kilimanjaro, recurre una vez más a la justificación de la aplicación del tipo de relato que implicó su trabajo. Esto se debió a las formas de cerciorar la presencia de la narración científica que, en los albores del siglo XX, se encontraba cada vez más en procesos de especialización en contraste con las producciones científicas del siglo XIX. Pero, ante todo, como el mismo Meyer aclara explícitamente, compaginar la narración de viaje con las apreciaciones científicas hace que el lector acceda a esos “cuadros vívidos de las unidades o individuaciones geográficas completas en el espacio, como lo son las grandes montañas o las hoyas de las altiplanicies”, y que “solamente así, —cuando el

⁶⁵² Esta montaña aparece de forma breve en el libro de Stübel (*Skizzen aus Ecuador*), además del grabado de un cuadro de Rafael Troya realizado en 1872. Véase: Stübel, *Skizzen aus Ecuador*, 12. Anterior al trabajo de Meyer, fue Teodoro Wolf quien se ocupó de esta montaña en la sección quinta “La región de Sananclajas y Tiopullo” del segundo capítulo “La Región Central o Andina” de su *Geografía y Geología del Ecuador*. Además, cabe resaltar que Marcos Jiménez de la Espada también recorrió los parajes inmediatos al Quilindaña durante su estadía en los Andes Centrales del Ecuador en 1864, es decir, varios años antes de la expedición de Reiss y Stübel, y por ende de la llegada de Wolf al Ecuador. Vale resaltar que Jiménez de la Espada realizó algunos bocetos del perfil de esta zona montañosa en sus diarios de viaje, que hoy se custodian en el Archivo de la Biblioteca Tomás Navarro Tomás del Centro de Ciencias Humanas y Sociales del CSIC, los cuales resaltan por una combinación entre imagen, con cierto cuidado en su detalle, seguramente realizados en el terreno gracias a la dimensión física de este producto de fabricación inglesa específicamente hecho para viajeros. El primero de los seis diarios que contiene una caja metálica específica para logística, da algunos detalles con respecto a la fabricación y destino del producto “Memorandum Books. Metallic paper with prepared pencil. Particularly recommended to Travelers and all persons conducting outdoor business” (“Libros de notas. Papel metálico con lápiz preparado. Especialmente recomendados a los viajeros y a todas las personas que realizan negocios al aire libre”), acompañado con el escudo de armas de la corona británica. Los diarios tienen una dimensión aproximada de 8cm. de ancho por 14cm. de largo, de apertura longitudinal. Se puede señalar que los diarios de viaje son la materia prima del expedicionario, no sólo aportaba datos, representaciones o estados de ánimo, sino que pretendían ser la inscripción fiel del terreno explorado. Algunos de esos diarios de Jiménez de la Espada están accesibles en los fondos digitalizados del CSIC. Ver por ejemplo <http://simurg.csic.es/view/1372187/diario-de-la-expedicion-vol-01>

⁶⁵³ Meyer, “En los Altos Andes”, 12.

lector experimenta las dificultades del viaje—, obtiene la representación correcta de la clase y valor de los resultados alcanzados”.⁶⁵⁴ Con esta apreciación explícita de *cuadros vívidos* es difícil no vincularlo al legado de la impresión estética del paisaje.⁶⁵⁵ Meyer, en la estructura interna del libro, deja un apartado por fuera de esta estrategia discursiva, el cual corresponde al último capítulo dedicado a sus investigaciones glaciológicas.

In den Hoch-Anden von Ecuador está dividido en quince capítulos, un apartado de anexos sobre las alturas barométricas a cargo de E. Grossmann, y una sección de apéndice dividido en tres partes: una sobre las alturas tomadas durante el viaje, la segunda sobre la clasificación de las especies botánicas recolectadas por Meyer y a cargo de estudiosos de Leipzig, Viena y Berlín, y una sección paleontológicas sobre los restos de mamíferos de las tobas pleistocénicas de Punín a cargo de Franz Etzold. Meyer también recopila observaciones meteorológicas realizadas por el Observatorio Astronómico de Quito entre 1901 y 1904.⁶⁵⁶ El libro de Meyer también tuvo una publicación francesa un año más tarde de la edición alemana: *Les hautes Andes de l'Equateur: Chimborazo, Cotopaxi, etc. Atlas et text* (1908), a cargo de la casa editorial A. Challamel de París.

The Geographical Journal, en 1907, publicó una reseña sobre el libro de Meyer. El redactor, además de resaltar el estudio glaciológico, enfatizó en la particularidad que describe Meyer con respecto a la formación montañosa de los altos Andes. En ella, ofrece una *imagen viva* donde “difícilmente puede concebirse algo menos parecido a la idea de paisaje montañoso que podría extraerse de los Alpes o de las montañas de Gran Bretaña”, ya que “la impresión de una cadena montañosa parece esperar, y en su lugar hay una extensión ondulada y semidesértica del terreno”, en la que “se elevan en grandeza aislada las poderosas masas volcánicas, dispuestas en dos bandas paralelas pero tan separadas entre sí que no transmiten la impresión de una cadena conectada”.⁶⁵⁷

El redactor del *The Geographical Journal* aplaude la fijación de Meyer en cuanto a las imágenes: “las ilustraciones del libro merecen una mención especial, no sólo por su excelencia técnica y artística, sino por la acertada combinación de bocetos y fotografías,

⁶⁵⁴ Meyer, “En los Altos Andes”, 12.

⁶⁵⁵ Ver, por ejemplo: Alexander von Humboldt, *Cuadros de la Naturaleza* (Madrid: Gaspar Editores, 1876).

⁶⁵⁶ Este periodo, 1901-1904, corresponde a la dirección del astrónomo francés François Gonnesiat (1865-1934), quién llegó al Ecuador a pedido del gobierno francés con la finalidad de ocuparse del Observatorio Astronómico como parte de la Segunda Misión Geodésica Francesa (1901-1906). Nicolás G. Martínez, hermano menor del anterior director del Observatorio, Augusto N. Martínez, fue nombrado como ayudante astrónomo en mayo de 1904. Véase el Capítulo Cuarto.

⁶⁵⁷ “Researches in the Andes: In den Hoch-Anden von Ecuador: Chimborazo, Cotopaxi, Etc. by Hans Meyer”, *The Geographical Journal* 29, n.º 5 (London: The Royal Geographical Society, 1907): 559, doi:10.2307/1776181

y la habilidad con que han sido seleccionadas para dar una impresión inusualmente realista del aspecto de las regiones recorridas”.⁶⁵⁸ Sin embargo, hay un gran silencio sobre el nuevo trabajo cartográfico de Meyer que destaca por su precisión y detalle geográfico, al igual que glaciológico, en comparación a lo realizado por Whymper, cuyas apreciaciones científicas y trabajo en general son considerados como endeble y erróneas por parte de Meyer.

El libro del geógrafo alemán incluye datos, apreciaciones y discusiones científicas de otras áreas de la geografía física. El amplio y variado número de imágenes fotográficas y pictóricas a lo largo del libro se complementa con un *Bilderatlas* (atlas ilustrado) dedicado por entero a las fotografías y cuadros del paisaje andino. Editado por la misma editorial, constan en él 24 láminas en litografía a color de 34 cm x 40 cm y 20 láminas de 40 imágenes en colotipia de 13 cm. x 20 cm.⁶⁵⁹ A lo largo de su libro, Meyer realiza comparaciones detalladas no sólo al interior del territorio nacional, sino que también lo coloca en perspectiva con parajes de otras regiones del mundo, al punto de comparar al valle de Totorillas, ubicado al pie del Chimborazo en su aspecto oeste, con las islas Kerguelen (Océano Índico Meridional).⁶⁶⁰

Ahora bien, ¿por qué el Ecuador? Al pensar en el campo científico y el legado alemán al que pertenece Meyer, el nombre de Humboldt no sólo se vincula a las discusiones y erratas que los mismos alemanes, antes que Whymper, vislumbraron en el estudio de campo, sino también al imaginario de una larga tradición de viajes que descansaban por igual en esa aventura pragmática del conocimiento que no se deslinda de la inmersión o el énfasis de las dificultades del terreno, así como una entrada directa a las gestas del reconocimiento y la fama. Así lo cataloga Meyer:

Y en estos alrededores nos acordamos siempre de lo que ya decía Alexander von Humboldt del mundo volcánico de Ecuador; que estas hileras de volcanes no eran ciertamente ni las más largas ni las más estrechamente apretadas ni las más altas del Nuevo Mundo, pero que “los volcanes de Quito gozan, entre todos los del Nuevo Continente, de la más extensa reputación, porque a cada montaña de la cadena de los Andes, a cada meseta de Quito, está ligada la memoria de trabajos penosos, efectuados

⁶⁵⁸ Ibid.

⁶⁵⁹ Sobre una versión que retoma en parte el material publicado en el Atlas, ver: Heinz Peter Brogiato, *Die Anden - geographische Erforschung und künstlerische Darstellung: 100 Jahre Andenexpedition von Hans Meyer und Rudolf Reschreiter 1903 - 2003 (Deutscher Alpenverein: Wissenschaftliche Alpenvereinshefte; H. 37)* (München: Deutscher Alpenverein, 2003). (Los Andes, exploración geográfica y representación artística: 100 años de la expedición a los Andes de Hans Meyer y Rudolf Reschreiter 1903-2003).

⁶⁶⁰ “El fondo del valle es, en parte pantanoso y está cubierto allí, espesamente, de almohadones de wernerías, azorellas, de un verde oscuro, redondos y de medio metro de altura, [...]. Es un paisaje parecido al de las islas Kerguelen”. Meyer, *En los Altos Andes*, 156.

con los más importantes fines astronómicos, geodésicos, ópticos y barométricos; a la memoria de dos nombres brillantes, Bouguer y La Condamine. Donde impera el intercambio espiritual, donde se suscita una plenitud de ideas que han conducido simultáneamente a la aplicación de muchas ciencias, el lugar queda igualmente ligado a la fama”.⁶⁶¹

Y al igual que Humboldt, la inquietud sobre cómo realizar una representación fiel y atractiva de este espacio andino, era un factor constante en Meyer. A partir de los *cuadros vívidos* o *composición viva*, es decir, de un montaje retórico y visual del paisaje atravesado por su preocupación estética, Meyer se auto invoca al legado alemán y al imaginario europeo decimonónicos en la traducción de esos espacios exóticos. Al utilizar un amplio abanico de recursos visuales dentro de sus publicaciones, Meyer inscribe una mirada delineada por la perspectiva estética, a la que considera, además, imprescindible. Para este geógrafo alemán no existe un estudio del terreno sin un manejo adecuado de la imagen. La imagen no se posiciona como un elemento aislado, sino que está profundamente imbricada en concordancia y armonía con el texto escrito. El producto del viaje, en este sentido, no se reduce únicamente al énfasis del viajero científico o el *yo geográfico*, sino a la manera en que la mirada y el pensamiento de ese viajero o *yo geográfico* llega al lector, trabajada y destinada a influir en su percepción.

Las influencias estéticas en vínculo con la geografía que posee Meyer están situadas en el pensamiento de Friedrich Ratzel y Ferdinand von Richthofen.⁶⁶² Éste último, a finales del siglo XIX, instruía sobrada y metódicamente a los viajeros científicos alemanes. Richthofen señalaba al menos tres aspectos generales que delineaban el éxito de un viajero: su espíritu emprendedor, la predisposición “natural” a realizar observaciones, y las habilidades necesarias adquiridas que debían ser destinadas al aprovechamiento de aquello que se observaba.⁶⁶³ Como se aprecia aquí, Richthofen colocaba en un mismo nivel a la cualidad “natural” de la observación con la capacidad de las habilidades destinadas al procesamiento de esa observación. Un elemento corporal, como es el ojo humano, representa para Richthofen una herramienta práctica, y lo coloca explícitamente como el “instrumento” más importante del viajero. La experiencia y los conocimientos previos perfeccionan ese instrumento, y quienes no lograban adquirir la habilidad de la observación, “agudizado por la práctica”, y por ende, su aprovechamiento,

⁶⁶¹ Meyer, *En los Altos Andes*, 102.

⁶⁶² Friedrich Ratzel, *Über Naturschilderung* (München: Druck und Verlag von R. Didenbourg, 1906); Ferdinand von Richthofen, *Führer für Forschungsreisende. Anleitung zu Beobachtung über Gegenstände der physischen Geographie und Geologie* (Berlin: Oppenheim, 1886).

⁶⁶³ Richthofen, *Führer für Forschungsreisende*, 8.

se daban cuenta con pesar, al regreso del viaje, de que habían perdido los aspectos más fructíferos del mismo.⁶⁶⁴ La posibilidad del conocimiento que podía generar y desarrollar el viajero científico, para Richthofen, se situaba por igual en la observación y el bagaje del saber científico, así como en la experiencia práctica. Mientras más afinados se encontraban, el resultado era de mayor perfección.⁶⁶⁵ Por otro lado, la geografía estética era, a finales del siglo XIX, un legado germano que compaginaba la ciencia y filosofía románticas, y se nutría así también del idealismo alemán. Desde Humboldt, pasando por Ritter, la humanidad, la vida y la mente eran tomadas como partes constitutivas de la superficie de la tierra.⁶⁶⁶

Ratzel particularmente consideraba que la geografía, como producto mental, era en parte una expresión de profundidad poética inmersa en los componentes sublimes del paisaje. En la introducción de *Über Naturschilderung* (1906) (Acerca de la descripción de la naturaleza), al enfocarse en la representación de la naturaleza, Ratzel transita un movimiento que borra el extrañamiento de las expresiones artísticas y líricas en materia de ciencias, justamente para relacionar y posicionar al trabajo científico con la representación de la naturaleza. Este vínculo entre ciencia y representación otorgaba a la escritura científica un tipo de descripción más elevado de los objetos naturales.⁶⁶⁷ Si bien las imágenes pueden ocupar la tarea de mostrar cómo se alzan y ven los objetos en el paisaje, para Ratzel, compaginarla con la descripción representaba un tipo de instrucción que las imágenes por sí mismas no podían otorgar, de manera que ambas, imagen y descripción, se complementaban.⁶⁶⁸ Esta complementación no es catalogada por Ratzel —quién además se sostiene en trabajos científicos de otros autores— como un “adorno”, sino que se fundamenta como una necesidad científica del conocimiento del mundo natural.⁶⁶⁹ Las descripciones, además de ser una necesidad científica, otorgan un elemento importante para la descripción de los objetos que puede apreciar el lector.⁶⁷⁰

La cuestión estética y su proyección particular sobre los Andes en Meyer, puede remitirse igualmente a la discusión e influencia que recibió por parte de Alphonse Stübel. Para Meyer la fotografía y el pincel, aunque si bien este último elemento le parecía una

⁶⁶⁴ Ibid., 8.

⁶⁶⁵ Ibid., 9.

⁶⁶⁶ James Hunter, *Perspective on Ratzel's political geography* (Boston: University Press of America, 1983), 361.

⁶⁶⁷ Ratzel, *Über Naturschilderung*, 1.

⁶⁶⁸ Ibid., 1-2.

⁶⁶⁹ Ibid., 2.

⁶⁷⁰ Ibid., 2.

perspectiva algo limitada, dan un alcance de veracidad relacionada al goce estético que experimenta el lector. El relato del *yo geográfico*, como se ha señalado anteriormente, se codifica en esa primera persona que responde al sustento de veracidad de sus vivencias y discusiones científicas. Este aspecto se posiciona aún más cuando, frente al lector, el relato del viajero científico proyecta directrices para un cuerpo, en el caso específico de Meyer, de viajeros geográficos. La manera en que se proyectan esas directrices encierra una perspectiva estética que eleva el producto del viajero al exhibir una *composición viva* de aquello que ha presenciado. El yo viajero, su proyección estética y la formulación de la *composición viva*, se posicionan de esta manera como un deber general: “nunca debe olvidar el viajero geográfico su tarea general: la fijación y representación de la fisonomía totalitaria del paisaje y debe, tanto con las palabras, tanto con las imágenes, hacer el ensayo de una visión tan plástica como sea posible”.⁶⁷¹ En un esfuerzo por escenificar la singularidad del paraje andino, al que caracteriza como incomparable “no para expresar con ello un superlativo de la impresión, sino porque este paisaje de los altos volcanes andinos del Ecuador es tan peculiar que ningún otro, ni aún en el resto de Sudamérica, puede ser comparado con él”,⁶⁷² plantea una reflexión sobre la capacidad limitante que posee el arte frente a la naturaleza como totalidad: “Como la estepa o el desierto, no es susceptible de ser pintado como un todo, y no puede, por tanto, ser reproducido por el pintor como un conjunto, en su totalidad. Para subrayar la magnitud de la Naturaleza debe el Arte, también en este caso, abarcar y generalizar, de otro modo, tiene que contentarse con recortes, con partes”.⁶⁷³

Este rasgo de nula equiparabilidad, como se verá más adelante, en cuanto al recurso comparativo que utiliza Meyer, unifica varios escenarios que ha experimentado el viajero geográfico, siendo la huella particular de este paraje andino “en contraste con un paisaje alpino europeo o asiático, con sus cadenas de montañas conjuntas, con sus largas crestas y cimas cubiertas de nieve”, varios “cerros aislados de gran magnitud, generalmente en forma cónica o piramidal, que están separados entre sí por intervalos de dimensiones mucho más grandes que las que tienen los cerros mismos”.⁶⁷⁴

La presencia del pincel en el viaje de la expedición alemana no pertenece a Meyer. Rudolf Reschreiter, además de pintor, era también un “experimentado alpinista” (como

⁶⁷¹ Meyer, *En los Altos Andes*, 10.

⁶⁷² Ibid., 188.

⁶⁷³ Ibid., 188.

⁶⁷⁴ Ibid., 188.

lo califica Meyer). La figura activa de un compañero artista, según Meyer, permitía la inmediatez, fidelidad y detalle de la representación del medio natural. Como él mismo menciona sobre Reschreiter, y además se puede apreciar en una fotografía tomada en las faldas del Cotopaxi (Fig. 13), “sus dibujos y cuadros, ejecutados frecuentemente en las más difíciles circunstancias, aún en las montañas mismas, son por esto especialmente valiosos, pues unen a la representación artística una fidelidad completa a la naturaleza y la corrección de los detalles”.⁶⁷⁵



Figura 13. Hans Meyer: “Cotopaxi desde el Oeste”, fotografía de 1903
Fuente: *Leibniz-Institut für Länderkunde (IfL)*, SF01 / RD04.15.⁶⁷⁶

La cuestión de la percepción de totalidad no sólo corresponde a cómo captar la impresión del paisaje, sino que ésta es una parte incluida en la experiencia del viaje captada por quién está expuesto y viviendo esa experiencia. La idea de totalidad es, por lo tanto, el plano perceptivo de la totalidad de la experiencia del viaje. Esta totalidad, al ser construida desde el *yo geográfico*, es un producto que llega a las manos del lector europeo alemán. Meyer, con la finalidad de presentar esta totalidad, entrelaza justamente la *composición viva* del relato con imágenes fotográficas, trabajos cartográficos y el arte

⁶⁷⁵ *Ibíd.*, 10-1. Reschreiter fue discípulo de Gabriel von Hackl en la Academia de Munich. Se especializó en la acuarela y priorizó una representación hiperrealista de la naturaleza. Tras su viaje al Ecuador, Meyer nombró a uno de los glaciares del Chimborazo con su nombre, y en 1906, el príncipe regente, Luitpold de Baviera, adquirió una de sus representaciones sobre el Chimborazo.

⁶⁷⁶ Se observa a Rudolf Reschreiter realizando un boceto. Nótese a los trabajadores nativos entre el pintor y su objeto.

plástico, los cuales giran en torno al relato de viaje y al relato científico, abarcando así su percepción singular de totalidad como un gesto que no se reduce, al plano científico y de aventura de viajes solamente, sino también a una preocupación estética, como ha sido enfatizado previamente.

De la expedición al Ecuador, Meyer tomó más de 500 fotografías. En un afán de captar la inmediatez de los espacios que visitó, se aprecia cómo la mayoría de las imágenes de objetos que no habían sido fotografiados con anterioridad, exponen un aura de novedad, rigurosidad y veracidad, atravesados por el estilo estético de la *composición viva* de su producción de viaje.

2.1. Entre la glaciología y los *cuadros vivos*

El propósito de la expedición de Meyer estuvo conectado estrechamente con las expediciones que realizó al África oriental. Las preocupaciones de Meyer se orientaban al estudio del factor predominante del clima al momento de abordar de manera comparativa los glaciares de las altas montañas del África tropical con los de los Alpes “y de las otras serranías de más elevadas latitudes”, los cuales “se apartan mucho, en sus características internas y externas”.⁶⁷⁷ En un primer esbozo de esa comparación y enfocado en la orografía y glaciología del Kilimanjaro, Meyer plantea el estado de un fuerte retroceso de la capa de nieve y hielo presentes en la montaña africana a la que da una altura de 6010 m. Determina que dichas capas de hielo y nieve han llegado en un pasado geológico reciente hasta mil metros más abajo de lo que él encontró a finales del siglo XIX, y cuya evidencia la sustenta en el estado en que encontró a las morrenas.⁶⁷⁸

Este acercamiento temporal en la narración aparece en términos del pasado y estado actual de los glaciares. Esto hace ver, en los *cuadros vivos* que exponen sus imágenes y su narración, la concepción de la montaña como una entidad de masa en movimiento pero que no se reduce al aspecto vulcanológico. El glaciar es un registro histórico del comportamiento o la interacción del hielo glaciar y las formaciones de nieve con la posición que ocupan en la geografía, la variabilidad del clima y las mismas manifestaciones volcánicas de las montañas. Esta tríada de manifestaciones se evidenciaba específicamente en Sudamérica. Para Meyer faltaban observaciones extensas

⁶⁷⁷ Ibid., 5.

⁶⁷⁸ Ibid., 6.

“de las altas cadenas de montañas de la propia zona ecuatorial”.⁶⁷⁹ Por eso mismo, en cuanto a la novedad a la que él está llamado a abordar y no dejará de señalar, es que los estudios que lo habían precedido en los Andes del Ecuador estuvieron precisamente enfocados en el campo de la vulcanología, puesto que “la inmensidad de la formación volcánica reclamó casi totalmente la atención y el interés de los viajeros”, y que “los múltiples esfuerzos de aquel tiempo por escalar los gigantescos montes sirvieron casi exclusivamente para los estudios del vulcanismo”.⁶⁸⁰

Esta presencia glacial en el escenario volcánico con el que comúnmente se han identificado a las grandes montañas del cinturón ecuatorial, sería la expresión culminante de la existencia de la diversidad universal en el trópico. Además de la diversidad climática y el crisol de especies del reino animal, esta inclusión de la presencia del ártico completa la mirada cenital del paisaje reinante que exhibe el trópico. Si bien Alexander von Humboldt planteó esa fijación de la presencia universal de los climas en una zona geográfica única, esa presencia ya había sido planteada con anterioridad por José de Acosta (1540-1600) a finales del siglo XVI. La discusión sobre el nuevo mundo que Acosta evidenció en Sudamérica, lo colocó en contraste a los planteamientos aristotélicos que dominaron la mirada del mundo durante una buena parte de la historia de Occidente:

Afirma ser del todo inhabitable la región media, que llaman Tórridazona, por el excesivo calor causado de la vecindad del sol, y por esta causa carecer de aguas y pastos, esto todo pasa al revés. Porque la mayor parte de este nuevo mundo, y muy poblada de hombres y animales, está entre los dos Trópicos en la misma Tórridazona; y de pastos y aguas es la región mas abundante de quantas tiene el mundo universo; y por la mayor parte es región muy templada, [...]. En conclusión, la Tórridazona es habitable, y se habita copiosísimamente, quanto quiera que los antiguos lo tengan por imposible.⁶⁸¹

La cuestión de la altitud, además de la grandeza de la diversidad, se sumó a la dimensionalidad vertical del trópico. Estas perspectivas fueron desarrolladas y adoptadas principalmente por alemanes en lo que respecta al interés por las montañas durante el siglo XIX. Meyer se posicionó en esta línea de discusión como la figura de autoridad que no sólo estudió la presencia ártica, sino que trasladó el problema de cómo describirla correctamente, y qué tipo de proyección o problemática temporal comprendía. A diferencia del Kilimanjaro, ni el Chimborazo ni los Andes fueron parte de una disputa

⁶⁷⁹ Ibid., 6.

⁶⁸⁰ Ibid., 7.

⁶⁸¹ Joseph de Acosta, *Historia Natural y Moral de las Indias, en que se tratan las cosas notables del Cielo, elementos, metales, plantas y animales de ellas; y los ritos, ceremonias, leyes, gobierno y guerras de los Indios. Libro Primero* (Nueva York: Forgotten Books, 2016), 30.

fronteriza colonial. Aunque si bien esta cuestión política no fue una parte sustancial del imaginario en torno a los Andes del Ecuador, sí formó parte de una disputa menos estridente: completar, complementar y amplificar de *forma correcta* las lecturas del terreno de las altas montañas del cinturón ecuatorial.

La presencia de los glaciares, desde la mirada de los alemanes, se fue suscitando desde la figura del naturalista Moritz Wagner (1813-1887) quién visitó el Ecuador entre 1858 y 1859. A Wagner se le concede el primer reconocimiento del “único glaciar verdadero” al sur de la línea ecuatorial,⁶⁸² situado en el ramal superior del Valle de Collanes que desciende del Altar (5319 m.).⁶⁸³ La particularidad de la observación de los glaciares en los Andes, como sucedió con los casos de Humboldt y Boussingault, fue la de mantener un apego a la comparación con grandes formaciones de los valles glaciares de los Alpes, como es el caso del valle glaciar de *Aletsch* en el sureste de Suiza. Otro de los viajeros alemanes que se fijaron en la cuestión glacial, fue Wilhelm Reiss cuando se interesó por la mirada geológica y orográfica sobre los altos Andes. A decir de Meyer, Reiss fue el único que introdujo, “en el círculo de sus investigaciones fundamentales, las capas de nieve y hielo del Ecuador”, además de que atribuyó “una serie de fenómenos geomorfológicos observados por él en estas Cordilleras” a la dinámica de los glaciares en un margen temporal de mayor amplitud.⁶⁸⁴

El aprecio de Meyer hacia las investigaciones o apreciaciones glaciológicas de exploradores como Whymper, cuyo interés sobre los glaciares en el Ecuador no pasa inadvertido, resulta en gran parte en una serie de contribuciones irrelevantes.⁶⁸⁵ Esta irrelevancia, además, no sólo resulta aplicable al campo glacial, sino que también la traslada a la propuesta de Whymper sobre la formación comúnmente aceptada en Europa de que los Andes del Ecuador se dividían en dos cadenas paralelas:

Es indispensable defender, de modo notable, la existencia de las dos cordilleras ecuatorianas, pues en la novísima edición del Manual Geográfico de A. H. Keane, tomo de Sudamérica y editado nada menos que por Sir Clements Markham, se da cabida, invocando la autoridad de E. Whymper, al falso concepto de que: “las cadenas paralelas deben por lo tanto ser removidas” y de que existe solamente, en la extensa meseta, una “avenida de volcanes”.⁶⁸⁶

⁶⁸² Bernard Francou, “Andes del Ecuador: los glaciares en la época de los viajeros (siglos XVIII a XX)”, en *Los Andes y el reto del espacio mundo: Homenaje a Olivier Dollfus* (Lima: IFEA, 2004), párr. 3, accedido 2 de febrero 2022, <http://books.openedition.org/ifea/503>.

⁶⁸³ Ibid.

⁶⁸⁴ Meyer, *En los Altos Andes*, 7.

⁶⁸⁵ Ibid.

⁶⁸⁶ Ibid., 17.

En este afán de rectificación geográfica, Meyer también increpa al Manual Geográfico de Keane, al colocar a la ascensión de Whymper como la primera conquista de la montaña, así como “otras inexactitudes”, como asegurar que el Sangay y Cotopaxi son los únicos volcanes en actividad, o que “el Cotopaxi está cubierto de nieve solo en su lado Oriental y completamente desnudo de ella en el Occidental, cuando el manto de nieve cubre de una manera bastante regular el contorno del cono”,⁶⁸⁷ o que en el Ecuador no hay arados, cuando su presencia es hallable, aunque nada abundante, en la meseta interandina. Meyer en su afán por reconstruir y reivindicar la mirada geográfica de los Andes del Ecuador, realiza todo un despliegue comparativo que no sólo fija una mirada contraria a las apreciaciones de Whymper, sino que exhibe una postura de erudición visual de parajes observados por él, aspecto que resulta, además, sustancial.

Al comparar a los Andes con otros parajes montañosos, Meyer plantea una mirada holística en la que aborda, por ejemplo, el detalle del espacio y sus tonalidades lumínicas. Así, “la ausencia de formas escarpadas” de las montañas en el paisaje de esta parte del mundo, está más bien caracterizado por “la monotonía del color pardo-oliva de la paja que lo cubre todo, así como la capa de toba”.⁶⁸⁸ No falta en el viajero alemán la comparación entre los Andes y los Alpes. El carácter del paisaje andino tiene poca semejanza con el terreno alpino, su principal impronta responde a que, a pesar de situarse en el trópico, ostenta la gran formación de ventisqueros. Como bien resalta Meyer en referencia a las altas montañas, sobre todo a las formaciones glaciológicas de volcanes como Cotopaxi, Sangay y Tungurahua:

Ciertamente [...] son, de todas las montañas de la Cordillera Oriental y Occidental, las que están recubiertas de las más potentes capas de hielo, porque durante todo el año soplan del Este los vientos dominantes, los alisios, que traen continuamente de las extensas, cálidas y húmedas llanuras amazónicas, grandes cantidades de agua, cayendo en los flancos orientales de la Cordillera fuertes y temibles tempestades en forma de lluvia, granizo y nieve.⁶⁸⁹

Los objetivos preponderantes de Meyer se centraban en la determinación de los límites de la nieve y del hielo, así como observaciones meteorológicas en las altas regiones. A estos se añadían representaciones topográficas de los grandes cerros nevados, incluyendo observaciones vulcanológicas, puesto que los Andes del Ecuador presentaban

⁶⁸⁷ *Ibíd.*

⁶⁸⁸ *Ibíd.*, 22.

⁶⁸⁹ *Ibíd.*, 23.

una “comarca volcánica por excelencia”.⁶⁹⁰ Meyer tampoco descuida el estudio de la vegetación y recolección de flora. En el contexto de los estudios de glaciología en el Ecuador, fue pionero en realizar una indagación detallada sobre los glaciares ecuatoriales, especificando su formación de nieve, hielo y residuos rocosos, a lo que se suma la interpretación sobre los límites inferiores de las nieves perpetuas, el efecto de la insolación de la franja ecuatorial sobre la constitución de las superficies glaciares, y un especial cuidado y énfasis de la mirada sobre los glaciares como una memoria de los efectos del cambio del clima.⁶⁹¹ Este último aspecto representa un aporte único que logra localizar, en términos temporales, lo que fue el final de la Pequeña Edad de Hielo, Era que se produjo entre el siglo XII e inicios del siglo XX a nivel global, aunque con ciertas variaciones regionales.⁶⁹²

Un fenómeno que contribuyó a la permanencia de la Pequeña Edad del Hielo durante el siglo XIX fue la gran erupción del volcán Tambora en abril de 1815. Ese evento también alcanzó al Ecuador. Los eventos climáticos provocados por esa gran erupción fueron producto de un velo volcánico que se prolongó durante varios años en la atmósfera. Esto intensificó los procesos de precipitación y el enfriamiento de la superficie terrestre, facilitando el avance de los glaciares a lo largo de la cordillera. Para inicios del siglo XX, estos efectos fueron drásticamente identificables. El retroceso de los glaciares en el Ecuador aconteció en los últimos veinte años del siglo XIX, y fue precisamente un aspecto estudiado y registrado por Meyer.⁶⁹³

En su capítulo sobre glaciología, Meyer realiza una triangulación comparativa entre los Alpes, el Kilimanjaro y los Andes Ecuatoriales. Desde los copos de nieve hasta las diferencias en la morfología de los glaciares, abre un plano comparativo que destaca por la profundidad del conocimiento de la materia, así como por la posición que ocupa como testigo creíble fundamentado en su *yo geográfico*. Lo que observa lo sitúa estratégicamente en la veracidad de sus comparaciones. Así, por ejemplo, trabaja la cuestión de los límites de la nieve y el glaciar, tomando en consideración las mediciones realizadas por La Condamine y Bouger a mediados del siglo XVIII, así como las de Humboldt, Boussingault y Hall durante el primer tercio del siglo XIX. A esto se suma las realizadas por Wilhelm Reiss, consideraciones que Meyer tiene en gran estima, hasta las

⁶⁹⁰ Ibid., 7.

⁶⁹¹ Francou, “*Andes del Ecuador: los glaciares*”, párr. 6.

⁶⁹² Silvestre, *Glaciares de los Andes Tropicales*, 30.

⁶⁹³ Ibid., 32.

de Edward Whymper. Meyer menciona que desde las últimas mediciones “se ha producido un desplazamiento hacia arriba del límite de la neviza que alcanza por lo menos 50 metros. Por lo tanto, se puede tomar como norma para el límite actual de la neviza algo como 4700 metros para la Cordillera Oriental y 4800 metros para la Occidental”.⁶⁹⁴ Y así, el plano comparativo de los límites de la nieve y orografía del terreno se pone en perspectiva con otras cordilleras, caracterizando la particularidad del territorio andino. Efectúa esa comparación en la parte dedicada a sus estudios científicos. Pero no descuida el ofrecer los “cuadros vivos” que delinear la concepción y perspectiva de la narrativa científica que caracteriza a Meyer:

Después de una nevada reciente, el límite inferior de la nieve está constituido generalmente por una línea horizontal, recta o ligeramente ondulada, pero después de la fusión de la nieve fresca el límite de la neviza restante es una línea muy fuertemente dentada, en el cual toman expresión todos los efectos de los factores climáticos y orográficos. Este límite [...] está en estado de corrosión, de igual modo que el hielo [...]. Así, en todas partes en que las cúspides poco desmembradas, de figuras piramidales o cónicas regulares, como en el Sangay, Tungurahua, Cotopaxi, el manto de nieve yace sobrepuesto y este manto o escudo de nieve en el nivel alto desaparece al fundirse mediante el equilibrio entre la caída de nieve y el calor de fusión, sin que puedan avanzar, cerro abajo, a causa de los flancos conformados regularmente y que carecen de grandes valles y hondonadas orográficamente favorables para la formación de glaciares, largas lenguas de hielo por debajo del límite de la neviza. Solo llega a la formación de girones o lacinias marginales más pequeñas. Entonces sale, en este borde del manto de neviza, el hielo, [...] generalmente como una pared escarpada, en la cual se ven perfectamente las bandas de hielo. El conjunto toma la forma del llamado “glaciar de nevizas”, en el cual coincide el límite de la neviza y del hielo, y el cual se aproxima mucho más, desviándose esencialmente del tipo de glaciar alpino, al escandinavo de meseta [...] cuyas comarcas de recolección tienen de igual modo una forma convexa, en contraposición a la forma cóncava de las regiones de recolección del ventisquero del tipo alpino.⁶⁹⁵

La singularidad de los glaciares de los Andes como en el trópico africano, “es la llamada forma penitente de los campos de neviza y la forma en carros de la superficie del glaciar. Allí, donde asoma el hielo de ventisquero, bajo el manto de neviza, pueden presentarse ‘penitentes’ y ‘carros’, unos junto a otros, o pasar de unos a otros respectivamente”. Y con respecto a su formación aclara: “las primeras existen solamente en la neviza permeable” mientras que “las formas de carros” forman parte del “hielo grueso del glaciar”.⁶⁹⁶ Estas formaciones las ha visto, en su más singular expresión, en la parte media del glaciar Stübel (bautizado así por Whymper) en el Chimborazo. La causa explicativa para el fenómeno de los penitentes, cuya forma se caracteriza por presentarse

⁶⁹⁴ Meyer, *En los Altos Andes*, 594.

⁶⁹⁵ Ibid., 595.

⁶⁹⁶ Ibid., 599.

como pirámides aisladas de hasta un metro y medio de altura, según sus “observaciones ecuatorianas”, comprende una mirada de influencia múltiple más que a la designación unívoca de elementos en juego. Así es como lo explica: “aún en estas creaciones pintorescas, la naturaleza no procede tan esquemáticamente que ponga en juego solo una causa exclusivamente. Así como los más variados agentes, como, por ejemplo, la desagregación, el agua, los glaciares, el viento, producen figuras, en la conformación de relieve del suelo [...] así también sucede en la conformación de los campos de neviza”.⁶⁹⁷ Este fenómeno también es colocado en perspectiva comparativa con las descripciones de los Andes argentinos por parte de sus pares. De esta manera Meyer, dentro de una lectura y observación detenida de la meteorología, abre una nueva dimensión del entendimiento del alto terreno glaciar entre las cordilleras europeas y americanas.

Esta forma particular de configurar el estudio glaciológico, hace del alto espacio de las montañas de hielo un lugar donde la voluntad cognitiva imperial no sólo domina y posiciona la figura y autoridad del viajero científico, sino que, al exhibir esa voluntad, se posiciona como la mirada dominante del estudio correcto de esta parte de las alturas. La gran importancia que da la voz narrativa de Meyer a su propia figura está precisamente en el enfoque del plano comparativo y las distintas miradas sobre el fenómeno para situar su discusión, y a la vez la exhibición de lo que ha recorrido, visto y finalmente analizado. Esta voluntad se evidencia, por ejemplo, al momento de profundizar su discusión frente a la afirmación de varios científicos que habían declarado como inexistente la presencia de Penitentes en el cinturón ecuatorial. Ante esto, Meyer no sólo destaca lo que ha observado tanto en el Kilimanjaro como en el Chimborazo, sino que también subraya una postura que sitúa como inamovible a la practicidad o la experiencia del observador científico, donde antepone la naturaleza a la teoría. Es así que “debe, pues, sacarse la doctrina de la Naturaleza, y no al revés, las observaciones naturales de la teoría”.⁶⁹⁸ Es el terreno, y la experiencia sobre ese terreno, lo que hace posible la comparación y la formulación de las verdades glaciológicas. El viajero científico es sobre todo un sujeto de voluntad pragmática, un científico de ciencia aplicada donde lo observado se antepone a la teoría. Y el efecto de practicidad de la alta montaña implica la capacidad de movilidad y habilidad que puede expresar corporalmente el viajero científico, lo cual está imbricado en la práctica del alpinismo.

⁶⁹⁷ Ibid., 600.

⁶⁹⁸ Ibid., 603.

2.2. ¿Cómo instruirse en el arte del viaje científico a las altas cordilleras?

El montañismo o alpinismo representa entonces la materia práctica de la expedición. La condición de posibilidad de las imágenes y el estudio científico en espacios de alta montaña depende de este elemento que facilita la movilidad de los sujetos en este tipo de ambientes, es decir, en el terreno alpino o de montaña. Esta practicidad en el relato de Meyer parte a través de la voluntad de instrucción. El libro de viajes es también una divulgación para la formación y el procedimiento de otros sujetos que pretendan constituirse como viajeros geográficos o científicos. Con ello, la practicidad que demanda el libro al viajero geográfico se fundamenta en el uso de sus habilidades, pero a su vez precisa idealmente de un sujeto experto en esta área.

Además de la presencia de un artista, Meyer pretendió contar con un guía de montaña europeo. A pesar de este requerimiento, tuvo que prescindir de un guía alpino por fuerzas mayores poco antes de embarcarse hacia el continente americano. Sin embargo, Meyer sustenta la “gran utilidad” de “una tercera persona de comprobada capacidad y familiarizado con la técnica alpinística”.⁶⁹⁹ Lo interesante aquí es el movimiento de ese requerimiento hacia una suerte de nivelación de las condiciones debido a su experiencia. Como resulta común a lo largo del libro, Meyer teje su relato entre los requerimientos ideales y la exhibición de su propia experiencia. Esta exhibición, conforme avanza el relato y su desempeño adecuado en el terreno de los altos Andes, y que decanta en la posibilidad de suplir la carencia de un guía con la habilidad que posee a raíz de su experiencia, sirve para instruir al lector como posible viajero geográfico.

La instrucción que imparte Meyer, en materia específica sobre los guías alpinos europeos, la hace efectuando una distinción entre aquellos provenientes de la región de Wallis, al norte de Italia y sur de Suiza, frente a los tiroleseos o suizos del norte. Según Meyer, los primeros suelen adaptarse mejor a las circunstancias, mientras que los segundos resultan ser más apegados a sus costumbres natales. Resalta, además, que “una de las normas principales en la elección de compañeros para tales viajes, es siempre la de que, aparte de la aptitud personal, congenien en el carácter y que la autoridad del jefe haga evidente la subordinación de los otros”, aún más si se comprende que “el número de expediciones fracasadas o insuficientes por causa de disensiones internas es mayor de lo que el público llega a saber”.⁷⁰⁰

⁶⁹⁹ *Ibid.*, 11.

⁷⁰⁰ *Ibid.*

El discurso de instrucción para el viajero científico en Meyer, además de adaptarse a cualquier situación y en todo tipo de cordillera o montaña, es el lugar que ensambla él mismo para posicionarse como agente de autoridad en cuanto a la instauración y administración de la organización y la jerarquía. El enunciado sobre la importancia del guía, además, responde a la fiabilidad de un individuo cuyo valor profesional destaca en la manera en que puede prescindir de sus costumbres habituales, donde la idea de adaptabilidad, situada en la supresión automática del origen cultural del sujeto, está imbricada directamente con el éxito de la expedición. Por ende, la exploración de estos ambientes es proyectada en el relato de Meyer como un evento o campo difuso, donde la jerarquía o la administración del personal que lo integra requiere la presencia de un yo masculino que organice la actividad, se desempeñe físicamente en el medio, y sea adaptable a las circunstancias.

Meyer, al igual que Stübel, Wolf, y Moritz Wagner (medio siglo antes), realizó una circunvalación del Chimborazo. A diferencia de sus antecesores tuvo muy presente la disciplina del alpinismo como herramienta de estudio geográfico y glaciológico. El alpinismo tiene como base el uso instrumental de los implementos de progresión en el terreno. En este sentido, el equipo de montaña a emplearse en los Andes, equipo que permite la movilidad en terrenos de nieve, roca y hielo, es el mismo que se debe utilizar en los Alpes: “hachas para el hielo, cuerdas para glaciares, crampones, botas de clavos, pasamontañas, etc.”,⁷⁰¹ los cuales resultan indispensables para los Andes. Entre ellos Meyer destaca el uso de los crampones debido a la gran inclinación y a las superficies “lisas como espejos”. A pesar de que la verticalidad no es una de las cualidades esenciales del terreno, y en eso se diferencia de los Alpes, la exposición y la altura juegan como elementos de atención para el explorador.

El equipo alpino da sentido al equipo científico. Las herramientas de progresión en el terreno de montaña preparan el espacio donde se ponen en juego las herramientas científicas de recolección de datos. En este panorama, Meyer no deja de señalar su diferencia con respecto a Whymper. Meyer menciona haber prescindido del barómetro de mercurio, de manejo delicado y tan usado por Whymper en su expedición, y destaca que a diferencia del alpinista inglés —quien contó con la ayuda de un experimentado guía alpinista como fue Jean Antoine Carrel, encargado del cuidado de los barómetros durante la expedición—, él no dispuso de guías alpinos experimentados que le hubieran podido

⁷⁰¹ “Eispickel, Gletscherseile, Steigeisen, Nagelschuhe, Sturmhauben, u. s. w.”. Meyer, *In den Hoch-Anden von Ecuador*, 6.

asistir de manera efectiva. En lugar del barómetro de mercurio Meyer usó barómetros aneroides de fabricación alemana (O. Bohne, Berlín), tres hipsómetros y dos termómetros de fronda (seco y húmedo) también de manufactura germana (Fuess-Steglitz). Las alturas tomadas por estos instrumentos fueron analizadas y comentadas por E. Grossman, incluidas en los anexos del libro. Grossman resalta el uso de los implementos que Meyer ya había usado en sus expediciones anteriores, como lo son las fórmulas de cálculo que toman en consideración la atracción de las masas que sobresalen sobre el nivel del mar, la disminución de la presión atmosférica y las columnas de aire. A esto se añade la diferencia de la precisión del termómetro de fronda seco en vez del termómetro del aneroide, así como la presión del vapor en los termómetros y puntos de ebullición, cuyos valores son puestos en comparación y en base a logaritmos para detallar el margen de error y precisión. Grossman compara los valores dentro del territorio andino y los ubica también en perspectiva con los datos recopilados por Meyer en el Kilimanjaro.⁷⁰²

Otro de los elementos que Meyer describe como de aportación científica, se encuentra en el aparato fotográfico. El uso de la representación visual de la naturaleza ha sido un componente inseparable de la ciencia. Ha hecho posible que los científicos interactúen con fenómenos complejos de modo esencial.⁷⁰³ Dicha esencialidad se fundamenta en la capacidad de poner a trabajar la inscripción de la legibilidad para crear construcciones fácticas, donde la visibilidad es diseminada.⁷⁰⁴ Mientras más dispositivos se despliegan más se concreta el objeto en su significación, pero también contribuye a ello en la medida en que se pone en despliegue la circulación de la información y productos elaborados.⁷⁰⁵ Esto se vuelve crucial al momento de analizar el trabajo de Meyer, al menos en comparación al trabajo de Whymper. Meyer despliega una gran cantidad de imágenes, datos, comparaciones. La carta del Chimborazo como el mapa de viaje tienen un detalle y una novedad de fabricación más sofisticada que la de Whymper, a cuya carta se refiere como “el pequeño mapa especial de Whymper”.⁷⁰⁶

2.3. La afirmación de una autoridad científica frente a Whymper

⁷⁰² Meyer, *En los Altos Andes*, 679-703.

⁷⁰³ Anne Richards, “Argument and Authority in the Visual Representations of Science”, *Technical Communication Quarterly* 12, n.º 2 (London: Routledge, 2003): 184. doi:10.1207/s15427625tcq1202_3

⁷⁰⁴ Bruno Latour, “Drawing things together”, en *Representation in Scientific Practice*, ed. Michael Lynch & Steve Woolgar (London: The MIT Press, 1990), 44.

⁷⁰⁵ Michel Lynch & Steve Woolgar, “Introduction: Sociological Orientations to Representational Practice in Science”, *Human Studies* 11 (Amsterdam: Kluwer Academic Publishers, 1988): 99-116, doi:10.1007/BF00177300.

⁷⁰⁶ Meyer, *En los Altos Andes*, 151.

Meyer publica en su libro un mapa glaciar completo del Chimborazo (Fig. 14.). Durante el desarrollo de los capítulos dedicados a la montaña, sitúa la discusión científica sustentándola en contraste con el trabajo de sus antecesores. Entre sus planteamientos llama precisamente la atención la descalificación que efectúa respecto a las apreciaciones científicas de Whymper. Esta descalificación hacia el inglés es recurrente a lo largo de la obra. Su poca consideración por las apreciaciones y estudios de Whymper, se ve reflejado desde el título, *In den Hoch-Anden von Ecuador: Chimborazo, Cotopaxi, etc.*, pasando por la similitud en la organización interna de *Travels amongst the Great Andes of the Equator*. Aún más que en Whymper, Meyer enfatiza la presencia del Chimborazo desde el título de su obra y a lo largo de toda su narrativa, y lo mismo sucede en el atlas. En el libro de viajes nombra 544 veces al Chimborazo en 551 páginas, y en el atlas son 17 imágenes las dedicadas a esta montaña. Si se comparan estas dos publicaciones (el libro de viaje y el Atlas) con las dos de Whymper (el libro de viaje y el apéndice suplementario), Meyer hace una seña en la que coloca como completo su libro en todas las áreas incursionadas, sin necesidad de un volumen suplementario de carácter científico como lo hizo Whymper, y resalta más bien la presencia del suplemento ilustrado, cubriendo así, a diferencia de Whymper, el campo específico del arte del paisaje.

Meyer coloca al Chimborazo como pórtico y clausura en lo que respecta a la exploración, es el primer volcán en el que realiza sus investigaciones y, al igual que Whymper, vuelve al coloso andino antes de retornar al Pacífico con la finalidad realizar un nuevo intento de ascensión en el que tampoco consigue llegar a la cumbre máxima de la montaña. Su estudio geográfico tiene un enfoque particular en el Chimborazo. La carta, a la que denomina como “especial” del Chimborazo, fue realizada en base a las aportaciones de Stübel y Theodor Wolf, y con el material que obtuvo a través de sus orientaciones, bocetos y fotografías, y “aunque todavía quedan muchas incertidumbres en el nuevo mapa, sin embargo, es evidente el progreso respecto del mapa del Chimborazo hecho por Whymper”.⁷⁰⁷ El mapa del inglés, como señala Meyer, al igual que muchas de las muestras y datos recolectados durante la primera ascensión a la montaña, resultó defectuoso, además de que otorga “muy pocas noticias científicas utilizadas sobre la nieve y el hielo. Afirma solamente que existen colosales capas de nieve endurecida y de lenguas de glaciares cubiertas de escombros”.⁷⁰⁸

⁷⁰⁷ Ibid., 13.

⁷⁰⁸ Ibid., 138.

En cuanto a la descripción orográfica, Meyer, a diferencia de Whymper, determina acertadamente tres domos en la sección más prominente de la montaña y no dos como propuso el inglés. Incluso señala que son seis cumbres las que componen la montaña:

Hacia el oriente (*de los tres domos que conforman el complejo más prominente de la montaña*) sigue una cuarta que se arquea fuertemente hacia la mitad del lomo y después una quinta en el extremo oriental de la cresta, mientras que el gran manto de nieve, que reúne todas las cúspides y todas las hondonadas que las separan, continúan en un buen espacio hacia el este y el oeste. Cerca del borde oriental vemos finalmente el manto de nieve desgarrado por un pico rocoso, ancho y obscuro, del cual se pudiera decir que es la sexta cumbre del Chimborazo, aunque no parece subordinado a las otras cimas. [...] es más posible que sea solamente el resto de una pequeña cumbre lateral del Chimborazo mismo destrozada por la erosión. Este pico rocoso obscuro lo han denominado los moradores de la vecindad “Piedra Negra”, a causa de su color, forma y situación, es un punto llamativo en el paisaje de la montaña. Es sorprendente que ninguno de los viajeros anteriores hayan hecho mención de él.⁷⁰⁹

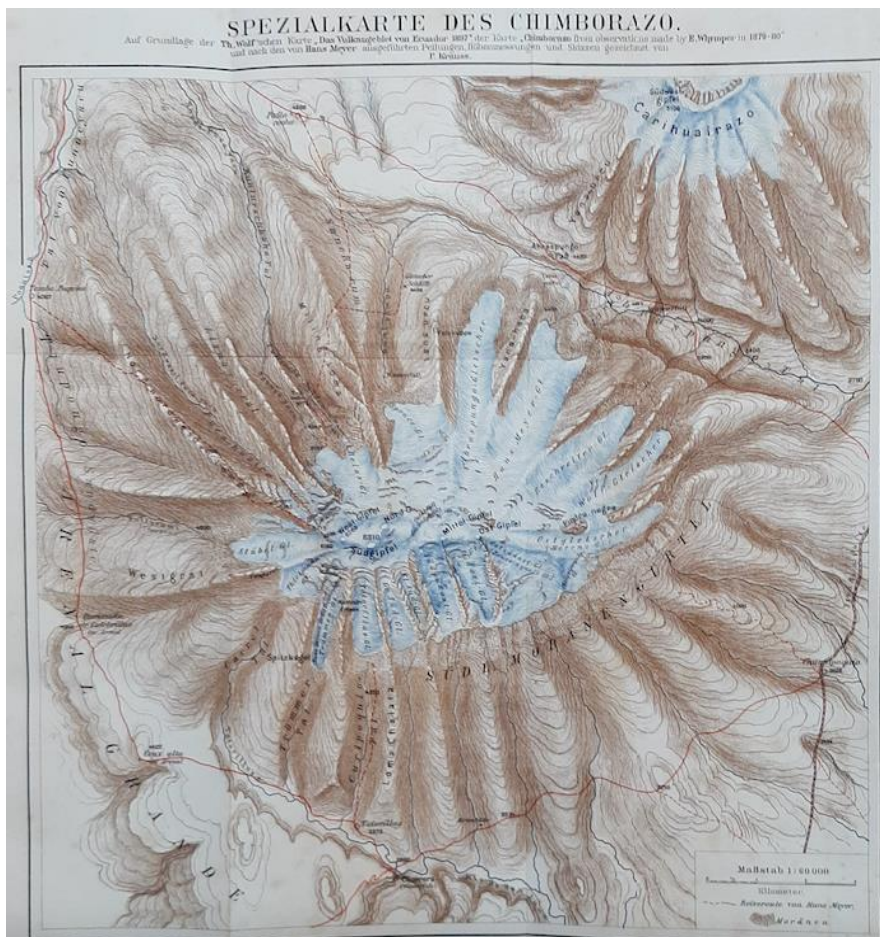


Figura 14. Hans Meyer: Spezialkarte des Chimborazo 1:60000
Fuente: Hans Meyer (1907), 69.

⁷⁰⁹ *Ibíd.*, 111-2. Énfasis añadido.

Whymper no fue capaz de acertar en la dimensionalidad en cuanto a la extensión de los glaciares, no observó que la presencia de glaciar a lo largo y ancho de toda la montaña yacía sepultada en los depósitos de escombros de morrenas que se ubican más abajo de la línea evidente o superficial del manto de nieve, y eso sólo puede ser fijado por un estudio realizado con medida.⁷¹⁰ Pero va aún más allá al minimizar la segunda ascensión del inglés: Whymper se basó en los datos de Stübel, quién catalogó como factible la realización de una ascensión por la cresta nor-noroccidental y, además, a pesar de haber realizado dos ascensiones a la cumbre de la montaña, “nada se había obtenido para el conocimiento de la nieve y el hielo”.⁷¹¹

Finalmente, a modo de sentencia: “sus consideraciones sobre la causa de la enfermedad de las montañas son completamente unilaterales y erróneas en sus conclusiones, con las cuales embelleció científicamente sus trabajos deportivos”, y que trabajos “de una tal decoración científica, no necesitan en lo absoluto sus grandes proezas alpinísticas”, además de que, para Meyer, “Whymper es mejor un consumado alpinista y un distinguido descriptor de la Naturaleza, que un mal físico o geólogo ascensionista”.⁷¹²

Un aspecto que Meyer no deja pasar es el de señalar como errónea la aseveración de Whymper sobre el lugar en dónde habría llegado Humboldt en su intento de ascensión al Chimborazo. Comparando los datos proporcionados por Humboldt en los *Kleinere Schriften* (1853) (Escritos menores) y en *Vues des Cordilleres* (1810), con los proporcionados por Boussingault, ridiculiza la aseveración de Whymper de que dicho intento de ascensión fue realizado por el aspecto Suroeste sobre el Gran Arenal, “la misma cresta que Whymper utilizó también indicando en el texto y en un grabado, en el sitio hasta donde avanzó Humboldt.”⁷¹³ Meyer hace gala de una correcta lectura de las relaciones de los predecesores y del terreno que indaga, comparando crestas, murallas y superficies, es decir, utilizando el instrumento del ojo, con la fuente escrita. Aunque ciertamente Meyer termina coincidiendo con Whymper en la forma alpinísticamente ingenua de Humboldt:

Humboldt escogió como punto de partida el pueblo, que aún hoy existe, de Calpi, al sureste del Chimborazo, y creyó que podía ir desde allí hasta la cima del cerro y regresar a Calpi en un día, con su pequeña caravana. Un desconocimiento tan ingenuo de las dificultades solo era posible en la más primitiva infancia de la alpinística; había que pensar en que debía vencerse una diferencia de altura de 3000 metros; una distancia

⁷¹⁰ Ibid., 151.

⁷¹¹ Ibid., 139.

⁷¹² Ibid.

⁷¹³ Ibid., 127.

horizontal de cerca de 19 kilómetros; empinadas faldas de escombros; murallas colosales de roca, grietas gigantescas de los glaciares; los efectos del aire enrarecido, etc. Para llevar a cabo tal empresa eran necesarios por lo menos tres días, aunque dudo que dominar el monte, principalmente por este lado, sea posible, a causa de los tremendos agrietamientos del hielo y de la nieve endurecida. A un alpinista experimentado nunca le vendrá a la mente dar preferencia al difícil lado Sur del Chimborazo sobre el flanco, alpinamente más fácil del Suroeste o del Noroeste.⁷¹⁴

Esta sentencia también la réplica con respecto a la figura de Boussingault, aunque reconoce que fue “el primero, de todos los viajeros, que habla de los “glaciares” del Chimborazo, sin describirlos”.⁷¹⁵ Además de cierta “exageración francesa” de mencionar a esta parte de los Andes como el “más magnífico diorama del mundo”.⁷¹⁶ Tampoco está de acuerdo en considerar que Simón Bolívar habría alcanzado una altura mayor a la de Humboldt y Boussingault, lo que califica como “nada menos que una invención patriótica”,⁷¹⁷ aspecto que adjudica a Manuel Villavicencio en su *Geografía de la República del Ecuador* (1858).

Las condiciones de posibilidad de la línea de ascensión que siguió Whymper en el aspecto nor-noroccidental del Chimborazo, son señaladas por Meyer como un acierto que pertenece al orgullo de la exploración alemana: primero por los reconocimientos y observaciones realizados desde todos los flancos del cerro por parte de Moritz Wagner, así como las efectuadas por Stübel —quién además intentó una ascensión por el lomo nor-noreste, anticipada ya por Wagner—. Resulta pertinente reiterar que Whymper había mantenido correspondencia con Stübel, por lo que no resulta una mera casualidad que él mismo emprendiera la ascensión por este aspecto o flanco de la montaña.

⁷¹⁴ Ibid., 128.

⁷¹⁵ Ibid., 133.

⁷¹⁶ Ibid., 101.

⁷¹⁷ A demás de lo expuesto también señala, reivindicando la postura de Humboldt a pocos años antes de su muerte, sobre el pronunciamiento que había tenido con respecto a la supuesta ascensión de Jules Remy y Brenchley a la cumbre del Chimborazo: “Y completamente apócrifa es la ascensión al Chimborazo hecha por el francés Jules Remy y el inglés Brenchley, el 3 de Noviembre de 1856, que habrían llegado a la cima ‘envueltos en la niebla y sin darse cuenta de ello’. En el cuarto tomo del ‘Kosmos’ [...], Humboldt, en pocas palabras y de manera concluyente ha acabado con tal historia.” Meyer, *En los Altos Andes*, 134. Humboldt hace referencia al error del cálculo de la altura que Remy establece a partir del punto de ebullición del agua con respecto a la altura que él estableció según sus mediciones trigonométricas desde Riobamba: “Esta coincidencia entre una medición trigonométrica y otra basada en el punto de ebullición del agua es aún más sorprendente, dado que mi resultado implicaba, como suele ser el caso en las cordilleras, una corrección barométrica (para la altitud de la llanura de Tapi) que, por la falta de observaciones correspondientes a nivel del mar, no podía alcanzar la precisión deseada”. El resultado de un cálculo “más satisfactorio bajo las suposiciones más probables”, a través de un cálculo siguiendo las Tablas de Regnault y las de Oltmann, supondrían, tras haber efectivamente alcanzado la cumbre del Chimborazo, “haber dado el punto de ebullición 2.25 grados centígrados más alto de lo que dio”. Véase Alexander von Humboldt, *Cosmos: Sketch of a Physical Description of the Universe*, trad. Mayor General Edward Sabine (London: Longman / Brown / Green / Longsman & Roberts / John Murray, 1858), 4:689.

Entre los numerosos elementos de discordancia entre Meyer y Whymper, uno de los puntos que critica el viajero alemán es que según él Whymper no realizó de manera correcta la diferenciación entre lo doméstico y lo salvaje:

Las llamas, como animales domesticados de rebaño, en los páramos son siempre un fenómeno especial, al que, aún después de una larga permanencia, no se puede uno acostumbrar sino difícilmente, y causan la impresión de salvajismo tanto como los ciervos y los antílopes, animales que se paran, otean y se aseguran y que han engañado aun a muchos viajeros experimentados. Aun a Whymper le ha acontecido esto. En su mapa del flanco norte del Chimborazo ha introducido las palabras “Llamas seen here”, lo que naturalmente, sólo puede significar “llamas salvajes” y no que allí sean dignas de notarse, de manera especial, las llamas domesticadas, pues hace ya muchísimo tiempo que no existen llamas salvajes en el Ecuador.⁷¹⁸

El Chimborazo es, para Meyer, además de un espacio escenificado de la corrección científica, un tópico de reflexión sobre el tiempo, donde toda montaña, como todo objeto existente, enfrentará su declive: “desde hace incontables milenios roen sus oscuras murallas andesíticas los rayos del sol, las heladas nocturnas, los vientos, las aguas y los ventisqueros, que baten al coloso, cuyas heridas no se cicatrizarán nunca [...]. También él, el más orgulloso [...] de los cerros andinos ecuatorianos sufrirá la suerte de todo lo terrenal: el aniquilamiento”.⁷¹⁹

Así también no deja de lado el plano comparativo: su “estructura volcánica”, “poco más alta que la del Cotopaxi sobre su plano de base”, es “menor que la del Etna (3313 m.) o que la del Pico Tenerife (3716 m.), sobre su pie”.⁷²⁰ Sin embargo, para un observador situado sobre la llanura de Tapi en Riobamba, “se levanta la cima nevada del Chimborazo, sobre el plano próximo”, a una altura comparable a la del “Mont Blanc sobre Chamoni”, o bien a la del “Kasbek, en el Cáucaso”.⁷²¹ Estas apreciaciones comparativas que, según Meyer se aproximan “a la realidad bajo muchos aspectos”, dan continuidad a las estimaciones de su antepasado en materia de exploración de los Andes: “Ya Humboldt decía que solo los excursionistas que hayan visto la cima del Mont Blanc de cerca eran capaces de apreciar ‘el carácter de la impotente escena, tranquila y llena de majestad’ que ofrece el Chimborazo visto desde la llanura de Tapi”.⁷²²

La dimensión comparativa en su obra es relevante. Plantea por ejemplo la comparación con respecto a la impresión de la cordillera andina del Ecuador “cuando con

⁷¹⁸ Meyer, *En los Altos Andes*, 171.

⁷¹⁹ *Ibid.*, 117.

⁷²⁰ *Ibid.*, 107.

⁷²¹ *Ibid.*, 108.

⁷²² *Ibid.*

sus cumbres, blancas o violeta-oscuro hasta la ilimitada lejanía, sobre la blanca superficie gris clara del mar de nubes, que cubría poco a poco las planicies y los grupos de cerros más bajos”, le provocó la impresión de hallarse “ante el panorama de grandes islas polares”, pensando “en la isla volcánica de Jan Mayen (Noruega), cubierta de nieve y en los paisajes del Archipiélago de las Kuriles (Rusia)”.⁷²³ Así también hace equiparaciones respecto a los perfiles de algunas elevaciones icónicas de los Alpes, siguiendo la misma lógica comparativa que había resaltado Whymper con varios años de anterioridad: para Meyer, dos de los picos más sobresalientes del Altar, el Obispo (5319 m.) y el Canónigo (5260 m.), tenían una semejanza con el *Eiger* y *Matterhorn* respectivamente.⁷²⁴ Lo mismo sucedía con el Tungurahua, al que cotejaba con el *Königspitze* (3851 m.).

Sin embargo, estas alusiones a los Alpes, al observar y transitar los Andes del Ecuador, oscilan tanto en su distinción como en su semejanza en cuanto a la singularidad que pueden tener estas grandes elevaciones andinas en contraste con las icónicas montañas alpinas. Así es como lo expone:

El panorama montañoso de Riobamba no debe imaginarse como alpino en el sentido europeo, ni como un anfiteatro o una cadena de picos nevados. No es el “diorama más grandioso del mundo”, como lo llamó Boussingault con exuberancia francesa; pero a gran distancia, de modo que los detalles sólo pueden discernirse con un cristal, la larga pared montañoso de la Cordillera Occidental se extiende de norte a sur en el oeste de la amplia cuenca de Riobamba, la de la Cordillera Oriental en el este, y esporádicamente los picos volcánicos nevados se asientan sobre ellas o más bien contra ellas. En la Cordillera Oriental, el escarpado Altar con su pico Obispo que parece un *Matterhorn* y el Tungurahua, que desde aquí se asemeja a un *Königspitze*; en la Cordillera Occidental, el múltipico Carihuairazo y el poderoso domo del Chimborazo.⁷²⁵

Meyer hace uso de este plano comparativo para sustentar precisamente su figura de viajero científico, pero también para dar crédito a las apreciaciones discursivas que consolidan sus apreciaciones sobre los Andes. Este recurso discursivo en su relato no da paso a una ingenuidad perceptiva o a un plano dubitativo de sus aseveraciones sobre lo que dice, puesto que es el elemento recursivo de la experiencia en tanto viajero geográfico lo que sustenta su enunciación.

⁷²³ Meyer, *In den Hoch-Anden*, 189.

⁷²⁴ *Ibid.*, 182.

⁷²⁵ *Ibid.*, 66.

3. La rivalidad de las montañas y las elaboraciones del exotismo salvaje

El Chimborazo sirve también a Meyer para plantear y profundizar en una comparación con el Cotopaxi. Si bien ambos aparecen “como una personalidad montañosa cerrada”, en la manera en que destacan por su singularidad, la impronta de su carácter va en dirección contraria. La forma del Chimborazo es “completamente diferente” respecto al “elegante y simétrico Cotopaxi”.⁷²⁶ Esta diferencia está marcada por las líneas duras y rígidas de los perfiles y formas del Chimborazo, en las que sus crestas retorcidas y cúspides de suaves curvas se mezclan con “las amplias y tranquilas bóvedas de su región nevada que se levanta al cielo, en una armonía de fuerza y dulzura” y “del respeto que exige lo sublime”.⁷²⁷ El Cotopaxi remarca, en cambio, por una arquitectura cuyo perfil es cercano a lo matemático.⁷²⁸ El Chimborazo para Meyer tiene una forma orgánica, “una expresión inconsciente de impresión” que lleva a vincular “su alargada forma a la de un león en descanso”.⁷²⁹ Esta idea arquitectónica, permite a Meyer colocar a la montaña andina bajo un estilo “románico”,⁷³⁰ o recurriendo a Ratzel, “clásico”,⁷³¹ donde el domo nevado, “cuya quietud olímpica”,⁷³² se asemejaba a la cúpula de San Pedro.⁷³³

La comparación interna entre el Chimborazo y el Cotopaxi tiene un propósito. Como bien expresó la reseña del redactor del *The Geographical Journal*, el Chimborazo no es el gran protagonista en el libro de Meyer. En vez del coloso andino, como habría normalmente de esperarse, “es el gran cono del Cotopaxi, que el profesor Meyer considera, el más grande y hermoso de todos los volcanes en conjunto”.⁷³⁴ De manera que esta montaña empezó a esbozarse como el gran rival del Chimborazo. A diferencia del coloso, que fue reclamado como una montaña británica al ser conquistado por Whymper, la ascensión a la cumbre del Cotopaxi cuyo primer registro responde a Reiss, seguidas por las ascensiones de Stübel, Wolf y von Thielman, todas dentro del contexto del surgimiento del imperio alemán, convirtieron al Cotopaxi en una montaña alemana. A inicios del siglo XIX en el *Tableau* del *Essai* de Humboldt aparecieron ambas

⁷²⁶ Meyer, *En los Altos Andes*, 118.

⁷²⁷ *Ibid.*

⁷²⁸ *Ibid.*, 108

⁷²⁹ *Ibid.*, 118.

⁷³⁰ *Ibid.*, 108.

⁷³¹ *Ibid.*, 118.

⁷³² *Ibid.*, 109.

⁷³³ *Ibid.*, 101.

⁷³⁴ “Researches in the Andes: In den Hoch-Anden von Ecuador”, 559.

montañas, estando subordinado el Cotopaxi ante el Chimborazo. Pero a principios del siglo XX, Meyer retoma el carácter de grandeza esbozado por Reiss y Stübel para resaltar la presencia del Cotopaxi en el escenario internacional. Y para hacerlo recurre a la comparación de esta montaña con el monte Fuji que para entonces dominaba el escenario estético del paisajismo, ante lo cual, el redactor del *The Geographical Journal*, menciona cierta sorpresa y levanta su protesta por tal comparación:

Aquí no podemos seguir su ejemplo. De la gran belleza del pico aislado del Cotopaxi sus fotografías son prueba suficiente, y en su aislamiento, su forma y la manera en que domina todo el país circundante y se impone a los habitantes, se asemeja asombrosamente a la gran montaña del Japón; pero si es más alta, en altura sobre el nivel del mar, no se eleva tan alto sobre su base y si lleva nieve perpetua, carece de la vecindad del mar que baña la base del Fujisan. Sería mejor reconocer a estas dos montañas como incomparables, cada una en su propio dominio, que instituir una rivalidad o intentar una comparación que debe ser una cuestión de predilección personal.⁷³⁵

El redactor del *The Geographical Journal* acude a un importante aspecto en cuanto a la definición de altura y grandeza implicadas en la apreciación estética de la montaña. La altura queda relativizada no sólo en cuanto a los límites que ocupa una elevación desde el nivel del mar sino desde su base. Los metros que puede ganar una montaña desde su superficie, más que los metros que ésta pueda alcanzar en la atmósfera, implica una mirada distinta en la comparación de los Andes con otras cordilleras, en la que ya no juega puramente el tópico de la altura total, aspecto que se había destacado con creces desde mediados del siglo XVIII.

Vale recalcar cómo Meyer se sitúa frente a la cuestión de la altitud. Y es que no sólo coloca al Cotopaxi en comparación con el Monte Fuji. Al abordar su “simetría arquitectónica”, en la cual descansa “una tranquilidad más grandiosa y una grandiosidad más tranquila, que aun sube de punto a causa de la gigantesca uniformidad de la nieve y el hielo”, hace de la fijación sobre su “colosal altura absoluta, con sus 6.000 metros”, el elemento principal de la montaña, la cual “no sería alcanzada si pudiéramos colocar uno sobre otro el Etna, el Vesubio y el Stromboli”.⁷³⁶ Este recurso comparativo de la altura sirve a Meyer para hacer transitar la montaña, en tanto objeto natural, a la de una materialidad activa. Y ese tránsito empieza con su elegancia arquitectónica que, tomada como un conjunto, le inspira los más altos sentimientos estéticos y éticos, lo cual proviene de la *personalidad* de la montaña. Para resaltar esta idea del carácter de personalidad,

⁷³⁵ Ibid.

⁷³⁶ Meyer, *En los Altos Andes*, 296-7.

recurre a una cita de Ratzel: “como en las figuras históricas, estas personalidades montañosas encierran las particularidades en el todo”.⁷³⁷

Siguiendo la línea de inmersión en el Cotopaxi, que se esboza como una montaña equiparable al Chimborazo, Meyer hace un recorrido sobre las representaciones de la montaña considerando a muchas de ellas como representaciones tergiversadas de la verdadera arquitectura de la montaña.⁷³⁸ Esta idea, según Meyer, se extendió a todo tipo de “verticalismo” que conlleva “a reproducir una montaña, un árbol, un edificio, etc., con una altura y una inclinación excesivas, despreciando su anchura”.⁷³⁹ Este verticalismo “encontró en la teoría plutónica de las catástrofes un nuevo apoyo, tanto para la descripción científica como para la representación artística de los paisajes”.⁷⁴⁰ De forma curiosa, desde la primera representación realizada por Jorge Juan y Antonio de Ulloa, mucho antes de la formulación de la teoría plutónica, sobre una erupción del Cotopaxi de 1743, pasando por el cuadro décimo de Humboldt en *Vues de Cordillères*, hacen de esta montaña una figura monstruosa: “de pie hasta la cima ascienden los flancos con ángulos de inclinación desde 40 hasta 53 grados, y todo el macizo del monte ha sido dividido esquemáticamente en tres zonas paralelas horizontales: la geografía vegetal como región de los bosques; la región de las cenizas y la región de la nieve”.⁷⁴¹ Esta figura difundida por Humboldt pasó a varios libros, entre ellos, la tan criticada *Geografía de la República del Ecuador* de Villavicencio, y que han llegado incluso a aumentar su “escarpadura” y “deformidad” como es el caso de la “completa caricatura” de la imagen del Cotopaxi en *Vulkanischen Erscheinungen* (Fenómenos volcánicos) de Friedrich Pfaff (1871) (Fig. 15).⁷⁴² Estas representaciones cambiaron cuando se abandonó “la teoría catastrófica y se estableció otra vez, con los conceptos geológicos nuevos, una visión imparcial. La concepción de que los volcanes, en su mayor parte, son ‘conos de acumulación de escombros’, ayudó a la corrección”.⁷⁴³ Anterior a Pfaff, en 1865, Carl Wilhelm Casimir Fuchs, en *Die Vulkanischen Erscheinungen* (Los fenómenos volcánicos) publica una tabla de alturas de los volcanes *Höhen Tafel der Vulkane* (Cuadro de altitud de los volcanes) (Fig. 16),⁷⁴⁴ en la que todos y cada uno de los volcanes expuestos del viejo y

⁷³⁷ Ibid., 297.

⁷³⁸ Ibid.

⁷³⁹ Ibid.

⁷⁴⁰ Ibid., 298.

⁷⁴¹ Ibid.

⁷⁴² Friedrich Pfaff, *Vulkanischen Erscheinungen* (München: Rudolf Didenbourg, 1871).

⁷⁴³ Meyer, *En los Altos Andes*, 298-9.

⁷⁴⁴ Carl Fuchs, *Die Vulkanischen Erscheinungen* (Leipzig: C.F. Winter'sche Verlagshandlung, 1865)

nuevo mundo, donde consta el Cotopaxi, aparecen como imágenes piramidales pronunciadas.

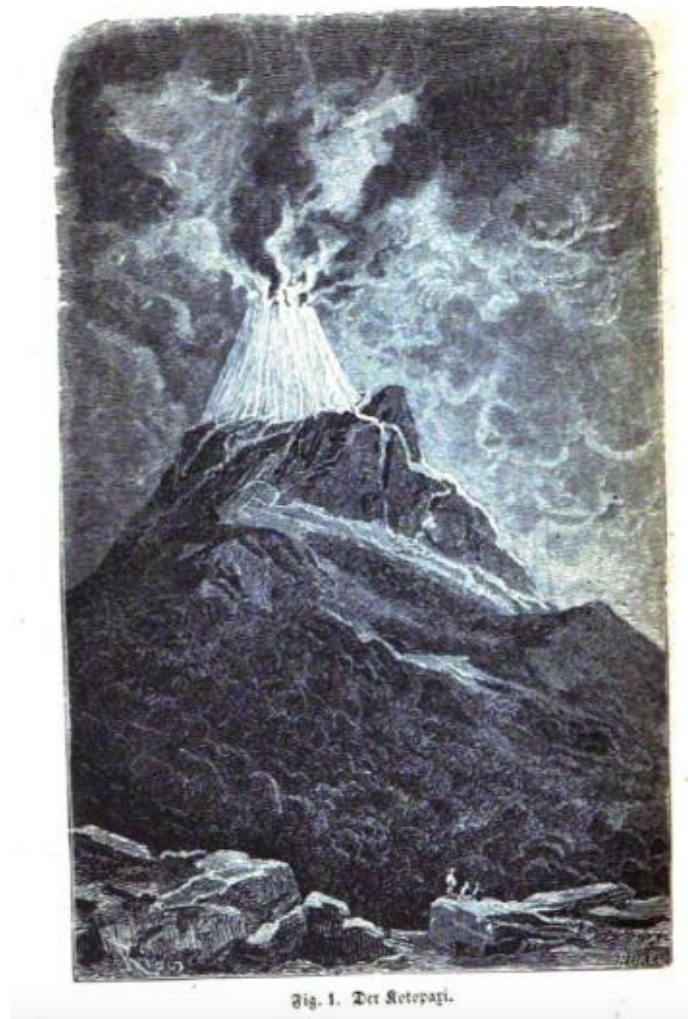


Figura 15. Friedrich Pfaff: “Der Cotopaxi”
Fuente: Friedrich Pfaff (1871), 6.

El verticalismo es una forma de las representaciones que anteceden quizás no sólo a la formulación de las teorías vulcanológicas que surgieron a mediados del siglo XIX, sino también a la difusión de la exploración alpina. Un ejemplo de ello es el grabado sobre el ya citado Jan Mayen del siglo XVIII,⁷⁴⁵ muy parecido a la proyección vertical del Cotopaxi de Juan y Ulloa, y cuyos ejemplos se pueden seguir extendiendo. El alpinismo, sin embargo, ayudó a la especificación de las secciones verticales de una montaña y a relativizar su verticalidad. Basta con mencionar las ilustraciones de las producciones editoriales en torno a la conquista de las grandes montañas de los Alpes en las que se

⁷⁴⁵ Véase en https://en.m.wikipedia.org/wiki/File:18th_century_arctic_whaling.jpg el grabado de la montaña, tomado de Richard Ellis, *Monsters of the Sea* (London: Robert Hale Ltd., 1994).

incluye Whymper, así como a los comentarios con respecto a la particularidad del terreno alpino frente a otras cordilleras. Este último aspecto se acrecienta al proyectar la práctica del alpinismo en elevaciones no alpinas. Sin duda es un aspecto que aún falta por profundizar, pero vale resaltar aquí que la practicidad va de la mano en los cambios de mirada o concepción de las representaciones. Para inicios del siglo XX, tal y como se analizará en el siguiente capítulo, la mirada sobre la perspectiva de la altura sobre la que Meyer llama la atención, está imbricada tanto en el énfasis de la fotografía como en la representación artística por parte de exploradores locales, como es el caso de los Martínez Holguín.

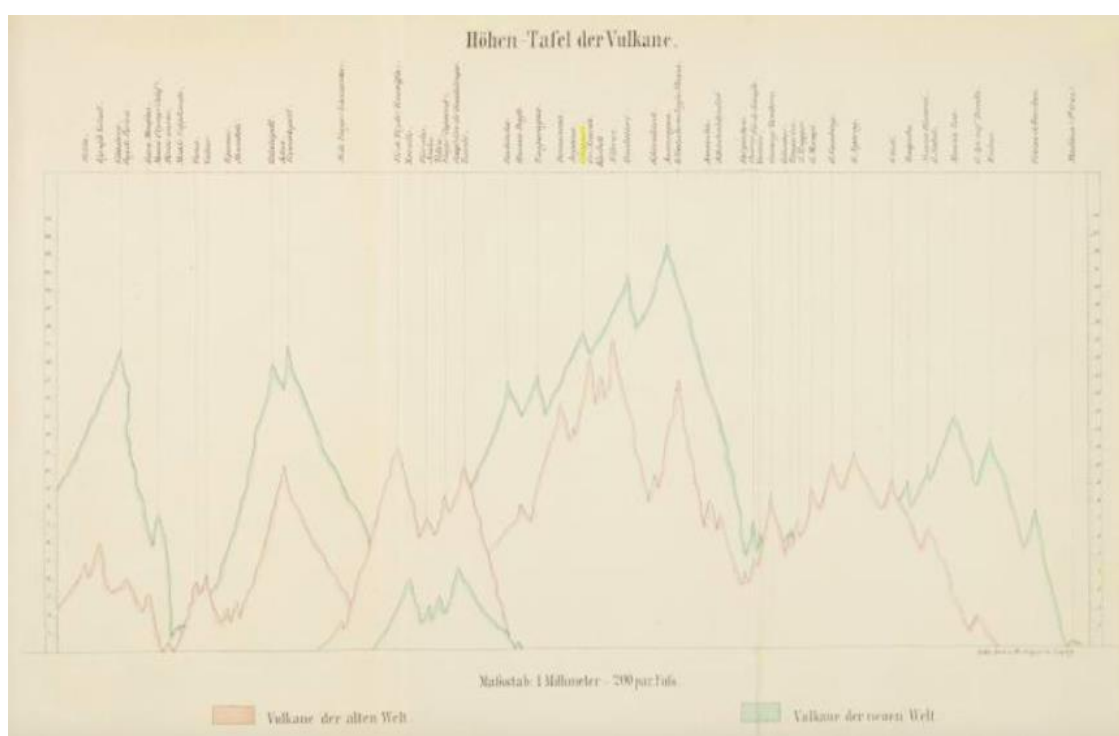


Figura 16. Carl Wilhelm Casimir Fuchs: “Höhen Tafel der Vulkane”

Fuente: Carl Wilhelm Casimir Fuchs (1865).

Vale recordar, volviendo a la crítica de Meyer sobre las imágenes de Humboldt, que la verticalidad humboldtiana enfatiza no sólo la mirada plutónica de la vulcanología sino la impresión de síntesis que otorga la verticalidad en la distribución de la biogeografía y los elementos inmersos en el ambiente. Con ello, a través de la verticalidad, se pretende generar la impresión de totalidad. Así lo menciona en cuanto a las representaciones que Humboldt realiza a propósito del Chimborazo, especialmente las que cataloga como más estrictas en su representación científica, las cuales fueron publicadas en *Vues des Cordilleres*, concretamente en las láminas XVI y XXV. De la

primera, también reproducida y comentada 40 años más tarde, Meyer señala: “solo tenía el valor de reproducir, de una manera completamente precisa, el contorno del Chimborazo, que había sido determinado por medio de medidas de ángulos. La verdad del conjunto y de los detalles ha sido conservada del modo más escrupuloso”,⁷⁴⁶ y “Medí cuidadosamente con el sextante, cada una de las partes del contorno”.⁷⁴⁷ A pesar de la poca veracidad con respecto a lo que Meyer encuentra en el terreno frente a las imágenes humboldtianas, realiza una acotación sobre las representaciones excesivamente verticales de Humboldt. Lo que Humboldt estaba representando era su fidelidad rigurosa con las teorías vulcanológicas que defendía, de manera que esa ingenuidad del verticalismo con la que exhibe insistentemente los perfiles de la montaña respondería más a una acción inconsciente que a una deliberada:

Humboldt ha intentado expresar la magnitud de la colosal montaña, para lo cual, en el cuadro lo hizo significativamente más alto y, en su mayor parte, también más escarpado del mismo modo que lo realizó en los cuadros de las otras montañas ecuatorianas, especialmente en el Cotopaxi. En consecuencia, la base del cerro es demasiado estrecha. En vez de la articulación natural del cerro, ha introducido Humboldt otra artificial, la cual pone en claro la “idea” de las regiones horizontales o de los límites de altura y esquematizada la totalidad. Pero no podemos dudar de que Humboldt realmente vio así el cerro. Este, así como todos sus cuadros de montañas, están influidos, inconscientemente por la teoría, suya y de L. Buch de los “cráteres de levantamiento”, originados por catástrofes, que dio al ingenuo verticalismo del siglo pasado nuevo alimento y nuevo apoyo. Si se miran los volcanes como la obra de poderosas revoluciones en el interior y el exterior de la tierra, se acentúa en el cuadro y en la descripción, involuntariamente, la altura y el declive de manera desmesurada, a costa de la masa y de la anchura de la base; se forma, como dijo Ratzel, “una especie de estética plutónica”. Y de esto son los mejores ejemplos los cuadros de Humboldt.⁷⁴⁸

Los cuadros de Troya y Stübel, efectuados siete décadas más tarde que los de Humboldt, fueron los únicos, según Meyer, que subsiguieron a los del sabio prusiano.⁷⁴⁹ Sin embargo, lo que fueron cinco grandes dibujos panorámicos de Troya y varios pequeños bocetos de la mano de Stübel, no se vieron liberados “completamente de la intención, en ellos de seguro inconsciente, del efecto pintoresco o también de la

⁷⁴⁶ Alexander von Humboldt, *Atlas pittoresque* (París: F. Schoel, 1810), 202, citado en Meyer, *En los Altos Andes*, 120.

⁷⁴⁷ Alexander von Humboldt, *Kleineren Schriften* (Stuttgart: F. G. Gotta's der Berlag, 1853): 154; 459, citado en Meyer, *En los Altos Andes*, 120.

⁷⁴⁸ Meyer, *En los Altos Andes*, 120.

⁷⁴⁹ A pesar de esta aseveración, cabe recalcar que han existido esfuerzos por representar el perfil del Chimborazo que no fueron llevados o bien a una publicación de los mismos o una difusión como es el caso conocido de Francisco José de Caldas, o los bocetos de los perfiles de algunas montañas andinas, incluido el Chimborazo, que constan en los diarios de Marcos Jiménez de la Espada. A estos se añaden los cuadros de Church, así como los efectuados por pintores ecuatorianos Joaquín Pinto y Rafael Salas.

individualización, demasiado fuerte de la montaña representada”,⁷⁵⁰ aun cuando se pretendía dar reproducciones fidedignas de la naturaleza, resultaban en alturas excesivas. Sin embargo, Meyer encomia en esas imágenes el cuidado de los detalles, como la exposición del pico rocoso Piedra Negra, al cual considera, como ha sido mencionado, una sexta cumbre del Chimborazo. Así también “el ancho cinturón de morrenas recientes sobre las corrientes de lava y las colinas de toba de la zona de base” que se vieron representados por primera vez.⁷⁵¹ Aunque la nieve y el hielo están reproducidos en las representaciones de Stübel y Troya, se echa en falta el reconocimiento de sus límites a los que se muestra como casi horizontales, al igual que una nula diferenciación de los campos de nieve endurecida de los glaciares, ni tampoco se lleva a cabo el reconocimiento de las capas de hielo, “incomparables en su grandiosidad, ni se ha realizado una sola de las anchas lenguas de glaciares magníficamente abundantes en grietas”.⁷⁵²

Meyer observa en estos cuadros la expresión de las ideas científicas de su tiempo, puesto que “la nieve, del hielo y de las morrenas no datan más de lo que la mayor parte de los geólogos de entonces sabían”.⁷⁵³ Así también otorga un carácter incomparable del trabajo de Stübel: “la intención de Stübel de crear con sus dibujos y con la infinita abundancia de sus detalles, ‘mapas de cierto modo en perspectiva’, ha sido realizada, para el Chimborazo, con una perfección que no se ha alcanzado hasta ahora y que ciertamente no se alcanzará nunca”.⁷⁵⁴ De las pocas ocasiones en las que celebra a Whymper, lo hace con respecto a las “figuras correctas del Chimborazo tomadas por él en 1880”.⁷⁵⁵ Aunque si bien el geógrafo alemán expresa una consideración sobre los grabados en madera como defectuosos en su procedimiento técnico, él mismo publica en su Atlas dos de las fotografías de Whymper.

Retomando la noción de la totalidad observada en Humboldt, Meyer también aboga por una concepción estética totalizadora, aunque desde una perspectiva diferente. Mientras en Humboldt la totalidad aparece como un horizonte unificador, en Meyer emerge como un despliegue estético que busca capturar la “personalidad” del Chimborazo. Aquí, la montaña no es objeto, sino acontecimiento; no es representación, sino producción de “cuadros vivos”. La voluntad de conocimiento y la impresión del

⁷⁵⁰ Meyer, *En los Altos Andes*, 123.

⁷⁵¹ *Ibid.*

⁷⁵² *Ibid.*, 123.

⁷⁵³ *Ibid.*, 125.

⁷⁵⁴ *Ibid.*

⁷⁵⁵ *Ibid.*

paisaje coexisten en un devenir donde lo sensible y lo cognitivo se entrelazan en una cartografía estética:

Desde la gris monotonía de las colinas que están a su pie arrastra el monte nuestra escrutadora rocosa y hasta sus glaciares, rotos y de un azul oscuro en la luminosa región nevada y se desliza lentamente por las amplias superficies de sus campos y cúpulas de nieve, que brillan como plata a los rayos del sol. Allí está la calma, la soledad, la sublime grandeza. No podemos describirlas, sino solamente sentir las en un profundo recogimiento; “reverenciarlas en calma”, como expresaba Goethe respecto de lo inescrutable en la Naturaleza. Comprendemos que ningún pintor puede reproducir un cuadro tan sublime, aun en su grandeza especial fracasará su arte. Solo cuando prescinde de la infinita riqueza de los aspectos particulares, simplifica la totalidad, realza lo típico, y da con las formas y las líneas tomadas en un gran conjunto, un cuadro correcto, puede triunfar en la pintura de una personalidad tan poderosa como el Chimborazo y contribuir, al mismo tiempo, al adelanto de la ciencia geográfica.⁷⁵⁶

Sin embargo, estos “cuadros vivos” que resaltan por la exposición de la imagen o esa *composición viva*, no se agotan en el enfoque de la descripción sublime de la montaña. Un elemento, que no deja de estar imbricado en la *composición viva* de Meyer, mantiene una correspondencia con el abanico de los desafíos que plantea el terreno de los altos Andes. La cuestión de ese desafío se elabora como un escenario donde el viajero científico imperial se enfrenta al exotismo de lo salvaje. En este sentido, tanto la montaña como el paraje andino configuran un espacio escenificado por el enfrentamiento: “La crudeza y la inestabilidad del tiempo, los frecuentes y bruscos cambios entre los extremos, entre el sol radiante de la alta montaña y el furioso viento helado, con lluvia y nieve”, todo esto compone “las características de la región del páramo, que ponen un sello propio a la comarca más inhospitalaria entre la costa tropical y el límite de las nieves”.⁷⁵⁷

Para ilustrar la manera de hacer frente a los desafíos del terreno, entre varias aristas que exhibe Meyer, se encuentran las consideraciones que instruye Meyer a los viajeros geográficos alpinistas, tanto por su importancia para el desempeño en la montaña como por su función de implementación científica, pero sobre todo por su enfoque pragmático. Este aspecto tiene que ver con la cuestión del peso. Medir la carga y lo que eso implica en la interacción con los altos Andes, para Meyer resulta un asunto que amortigua los imprevistos: “cada gramo que se tenga que llevar en la mochila es una sobrecarga penosa”.⁷⁵⁸ La altura de montañas como el Chimborazo es fundamental en el cálculo de la mano de obra (porteadores locales, animales de carga) y el equipo necesario

⁷⁵⁶ Ibid., 118-19.

⁷⁵⁷ Ibid., 149.

⁷⁵⁸ Ibid., 9.

para instalar campamentos y poner en práctica la labor científica. Así también en torno a la cuestión del *soroche* o la enfermedad de las montañas.

En una primera instancia Meyer consideró al mal de altura como un cansancio excesivo motivado por la fuerte demanda del esfuerzo muscular. Sin embargo, después de su viaje a los Andes y con un acervo de investigaciones de sus pares alemanes, ve en el *soroche* una afección nerviosa provocada por la disminución de la presión atmosférica que ocasiona un estancamiento de líquidos en los pulmones.⁷⁵⁹ De sintomatología diversa, su aparición se agrava cuanto mayor sea el esfuerzo corporal y psíquico empleados, produciéndose en escalas de intensidad a partir de los 3000 m., siendo por sobre los 6000 m. de altura un espacio donde “nadie puede existir de una manera permanente”.⁷⁶⁰ Inclusive, según Meyer, sobre los 5000 metros los animales de carga se rehúsan a seguir trabajando, presentando síntomas semejantes al que manifiesta el ser humano.⁷⁶¹ Su apreciación es que para todo ente “llega un límite de altura para el *soroche*” y más aún si a esas alturas se emprende una subida por escarpadas cuestas con la dificultad que puede presentar la superficie del terreno.⁷⁶² Así también, mencionando a Sir Martin Conway (1856-1937),⁷⁶³ señala cómo la dificultad del terreno se compagina con la inclemencia del clima, ya que el mal tiempo crece en progresión geométrica con la altura en todas las estaciones. Meyer, a lo largo de su relato, expone cierta admiración por Conway. Este inglés, para la época en que Meyer emprendió su viaje a los Andes, fue presidente del Alpine Club entre 1902 y 1904. Conway viajó a los Andes Bolivianos en 1898 y ascendió al Sorata e Illimani,⁷⁶⁴ e intentó una ascensión al Aconcagua a finales de ese mismo año,

⁷⁵⁹ Ibid., 537.

⁷⁶⁰ Ibid., 544.

⁷⁶¹ Ibid., 539.

⁷⁶² Ibid., 540.

⁷⁶³ William Martin Conway (Barón Conway de Allington) (1856-1937), fue un historiador del arte y montañista inglés desde temprana edad. Realizó una serie de publicaciones de guías alpinas y bautizó a varias montañas como el *Wellenkuppe* (Suiza) o el *Dent du Requin* (Francia). En 1892 lideró una larga expedición al *Karakorum* en los Himalayas, donde inspeccionó los glaciares de la región del K2. Conway además realizó la primera ascensión al *Pioneer Peak* (Alaska) de 6398 metros, lo que significó un nuevo récord de altura en la época. En 1896 inspeccionó también la isla de *Spitsbergen* situada en el círculo ártico, realizando experimentos con esquís en su travesía por la isla, lo que lo convirtió en un pionero del esquí británico, disciplina que lo convirtió además en el primer presidente del *Alpine Ski Club* en 1908. En el ámbito científico y académico, Conway fue galardonado con la *Founder's medal* de la *Royal Geographical Society* en 1905, y ocupó varias cátedras relacionadas con el arte en Cambridge. Fue también director general del *Imperial War Museum* hasta su muerte, y un hacedor político del conservadurismo inglés. Véase: Peter Hansen, “Conway, (William) Martin, Baron Conway of Allington (1856-1937)”, in *Oxford Dictionary of National Biography*, ed. H.C.G. Matthew & Brian Harrison (Oxford: Oxford University Press, 2004), 13:58-9.

⁷⁶⁴ Véase: Sir Martin Conway, *The Bolivian Andes: A Record of Climbing & Exploration in the Cordillera Real in the Years 1898 and 1900* (London: Harper & Brothers Publishers, 1901); Hansen, “Conway, (William) Martin”, 59.

realizando observaciones glaciológicas y geológicas de la montaña.⁷⁶⁵ Meyer subraya la propuesta del inglés de subir por etapas cortas en las que se permanece una noche en cada campamento, como la manera en que se puede alcanzar las grandes alturas.

Esta sección sobre la enfermedad en las montañas hace de la figura del viajero científico un elemento más en su campaña de enfrentamiento a los desafíos naturales. La voluntad y el carácter son pilares que Meyer expresa como recursos de enfrentamiento y superación de esos desafíos: “Es una dura lucha, cuyo desenlace depende en primera línea, de la energía del viajero. Aquél que en sí mismo no alberga una fuerte voluntad, puede dar por pérdida, de antemano, la partida”.⁷⁶⁶ La cuestión de la afectación del mal de altura es utilizada también como una forma de clasificar lo que es humano. En una cita que utiliza Meyer del fisiólogo alemán Hugo Kronecker (1839-1914), hace del padecimiento y su superación una actitud digna de ser elevada como una proeza heroica, mientras que la presencia de una suerte de inmunidad frente a una altura considerable, es señalada como una función degradante: “Quien se enorgullezca de no haber sentido a los 6000 o más metros de altura, perturbación de ninguna clase en sus funciones vitales, es como lo dice una bonita frase de H. Kronecker, ‘no es un súper hombre, sino un humilde infra-hombre’”.⁷⁶⁷

Otro elemento que se engloba con el exotismo salvaje son las consideraciones de Meyer sobre la burda presencia de los elementos locales y sus costumbres. Esta elaboración en torno a la rudeza activa y hasta desmedida de la barbarie local, toma cuerpo en el relato de Meyer con respecto al soporte de la expedición, es decir, la estructura o logística de apoyo local, y concretamente con la cuestión de la carga. En este marco entran en juego porteadores, peones, recuas, cajas, etc., los cuales quedaron registrados en el material fotográfico, material entretelado con el texto en episodios de selección del personal, malestares frente a las costumbres locales, o simplemente en la descripción de aquellos sujetos que, entre el exotismo y la virilidad, parece provocar en el lector una sensación más cercana a la animalidad o a la naturaleza, que a la descripción de sujetos culturales:

En parte indios puros, en parte media sangre, todos de complexión rechoncha y musculosa, todos atrozmente sucios, todos de fieltro arruinado por las intemperies, ponchos de lana y pantalones de piel de llama con el pelo largo, descalzos y en cuyos pies

⁷⁶⁵ Ver Sir Martin Conway, *Aconcagua and Tierra del Fuego. A book of climbing, travel and exploration* (London: Cassel and Company, 1902).

⁷⁶⁶ Meyer, *En los altos Andes*, 542.

⁷⁶⁷ *Ibid.*, 545.

se ajustan con hebillas unas espuelas verdaderamente colosales, con rodajas del tamaño de la palma de la mano. En sus caballitos, flacos y lanudos, corren los mozos, como el diablo, sobre un suelo, ante cuyos huecos, grietas, pantanos y bloques de piedra, un teniente de caballería prusiano reflexionaría diez veces si no sería más agradable conducir a su caballo por la rienda. Escogí un mozo moreno y vigoroso, bonachón y de buen aspecto, que había acompañado ya un trimestre antes al viajero italiano Usuelli hasta el límite de la nieve, y no tuve que arrepentirme de mi elección. Nicolás se llamaba el valiente.⁷⁶⁸

La supuesta valentía de Nicolás se plantea en situaciones de suma precariedad, como el momento en que pisan por primera vez la nieve en el Chimborazo, donde llevaba apenas un par de calcetines otorgados por Meyer y unas alpargatas. Ante una breve vacilación, un sucre de propina hizo que continúe sobre la nieve “sin que hubiera experimentado el menor daño; caso de inaudita fortaleza”.⁷⁶⁹ En términos generales Meyer mira a los indígenas como una raza degenerada, holgazana a pesar de sus formas musculosas y rechonchas, con los cuales resulta difícil de lidiar. Al referirse a esta población da la impresión de que se refiere a una especie animal, lo cual ayuda en su retórica a incrementar el exotismo del espacio andino. Además de esto, hay un vínculo geográfico con respecto a su personalidad: “Su temperamento es melancólico, rara vez se ríen, hablan poco; y es admisible que estos rasgos deban atribuirse, en parte, al carácter triste de la naturaleza en que viven”.⁷⁷⁰ Entre sus pocas cualidades, está su desempeño en trabajos de gran esfuerzo, lo cual, según Meyer, resulta entendible por la opresión que han sufrido por las élites sociales del territorio andino.

Para Meyer, todos los habitantes del Ecuador no tienen interés alguno en las montañas, ni en estudiarlas ni en ascenderlas: “Nunca ha subido un ecuatoriano, por su propio impulso, a un cerro nevado”.⁷⁷¹ Y aún “entre los ‘cultos’ [...] que se adjuntaron a algunos de los investigadores europeos”, como el caso de Alejandro Sandoval en la ascensión al Cotopaxi que emprendió con Theodor Wolf, fue “más por curiosidad o por vanidad que por un serio impulso de saber o de obrar”, ya que “ni su fuerza física, ni su denuedo, ni su energía” eran “suficientes”.⁷⁷² Las únicas montañas que les suscitan cierta impresión, siendo “tan apáticos para las impresiones de la Naturaleza”,⁷⁷³ son el Chimborazo y el Cotopaxi, desconociendo por completo las demás elevaciones.

⁷⁶⁸ *Ibid.*, 169-70.

⁷⁶⁹ *Ibid.*, 184.

⁷⁷⁰ *Ibid.*, 25.

⁷⁷¹ *Ibid.*, 40.

⁷⁷² *Ibid.*, 290.

⁷⁷³ *Ibid.*

Meyer forja en la percepción del lector un espacio de total ignorancia, incredulidad e incapacidad en materia de alpinismo por parte de la población local. Según Meyer, “en el Ecuador no se cree en su coronamiento de la cima del Chimborazo. Sin embargo, esto nada prueba en contra, pues el ecuatoriano se siente a sí mismo tan absolutamente incapaz de realizar y aún de emprender en un empeño semejante”, aspecto tan arraigado “que duda que otro cualquiera pueda tener tal capacidad y ha estatuido como un dogma la imposibilidad de ascender a su más grande cerro nevado”.⁷⁷⁴

Aún ante este panorama de interés parco por parte de los ecuatorianos, a su llegada a Guayaquil, observó una suerte de fascinación por la figura de Celestino Uselli (1877-1926), un joven negociante italiano. Según Meyer, algunos meses antes de su llegada, “quiso ascender al Chimborazo” este “joven italiano de Milán, de cuyas proezas alpinas nadie, hasta el presente, sabía nada, en Italia ni en ninguna otra parte”.⁷⁷⁵ El diario guayaquileño *El Grito del Pueblo*, en su edición del 11 de abril de 1903, anunció la intención del italiano quién “es conocido como uno de los más valientes alpinistas de Europa y lo prueba la ascensión al nevado Chachani del Perú”, además del Misti, ambas montañas icónicas del sur de Perú. El diario menciona que Uselli ascendió “en los Alpes, el Mont Blanco, el Mont Rosa y el Cervino”. Además de las mencionadas ascensiones, se suman el Huayna Potosí y el Illimani en Bolivia, y excursiones al Sorata y Aconcagua. El diario termina el reportaje diciendo que Uselli “lleva una bandera ecuatoriana que la colocará en la cima del Chimborazo y una carpa, construida aquí, que le servirá de alojamiento”.⁷⁷⁶ Meyer mostró su desconfianza ante tales hazañas. No sólo manifestó que “un genio alpino tan potente” era desconocido para él y para Reschreiter, sino que también resaltó que todos los detalles expuestos por Uselli a un diario guayaquileño estaban plagados de inconsistencias. Así lo relata:

De regreso a Guayaquil, se deja festejar Uselli, por los periódicos y sus paisanos que influyen en ellos, como el primer ascensionista verdadero de la cima del Chimborazo, —“de la cumbre del Chimborazo” —, pero en el “Grito del Pueblo” hizo él algunas publicaciones sobre las condiciones geológicas del Chimborazo y sobre la región de las cumbres, las cuales están copiadas en su mayor parte del libro de Whymper, sin que Uselli mencione a este último o a cualquiera con una sola sílaba. Es superfluo decir una palabra más sobre esta clase de “ascensiones a las montañas”, y sobre sus narraciones.⁷⁷⁷

⁷⁷⁴ Meyer, 136.

⁷⁷⁵ Meyer, 142.

⁷⁷⁶ “Cosas del Día”, *Grito del Pueblo*, Guayaquil, 11 de abril de 1903, 1.

⁷⁷⁷ Meyer, 142.

¿A qué atribuye Meyer la falta de interés de los habitantes locales hacia el entorno natural? Entre las fotografías que exhibe Meyer en su libro se encuentran algunas tomadas por el ambateño Augusto N. Martínez Holguín (1860-1946), quien a corta edad asistió a las clases de algunos científicos de la orden jesuítica contratados por el gobierno de García Moreno en 1870, entre ellos Teodoro Wolf, con quien además mantuvo correspondencia tras su regreso a Europa. De Martínez, Meyer destaca brevemente la importancia de sus fotografías y lo pone como uno de los pocos científicos competentes de Quito, pero recalcando que no tiene una importancia internacional.

Augusto Martínez también fue director del Observatorio Astronómico de Quito entre julio de 1895 y junio de 1900.⁷⁷⁸ Theodor Wolf, un gran conocido de Meyer, era cercano a Martínez, y debió por lo menos tener algún tipo de noticia sobre las ascensiones efectuadas por el mismo Augusto y sus hermanos Anacarsis, Luis Alfredo y Nicolás Guillermo, en compañía de otros sujetos locales cuyos intereses oscilaban entre el arte y las ciencias. Todos ellos habían empezado a realizar exploraciones sistemáticamente desde finales del siglo XIX e inicios del XX, entre las que destacan las observaciones de Augusto durante dos meses de exploración al Antisana, o bien la ascensión de Luis Alfredo al Tungurahua.⁷⁷⁹ Sin embargo, Meyer se empeña en decir que “los señores ecuatorianos no conocen ni saben nada, absolutamente, del magnífico mundo de montañas que les rodea”, y que “nunca ha subido un ecuatoriano, por su propio impulso, a un cerro nevado y para esto, como nosotros lo queríamos efectuar allí, demostraban muy poca comprensión y real interés”. Este aspecto poco concuerda, además, con una pausa temporal: “lo que sucedía hace 30 años, en tiempos de Reiss y Stübel, aún lo es ahora”.⁷⁸⁰ Esta manera de referirse a la debilidad científica y desinterés por las montañas por parte de los ecuatorianos, se debe al mismo impulso por construir una imagen de la sociedad ecuatoriana como una sociedad bárbara, incapaz y sin ningún tipo de materialidad civilizada. Esta mirada ayuda a la imagen exótica y salvaje de este espacio extraño y alejado de la vida europea y alemana.

La voluntad cognitiva de Meyer al exponer finalmente su posición sobre el Ecuador, los ecuatorianos, los Andes y el Chimborazo, no responde a la elaboración de un espacio vacío para recrearlo como prístino, sino a la construcción de un escenario de

⁷⁷⁸ Ericson López, *132 años de fundación. Observatorio Astronómico de Quito* (Quito: Escuela Politécnica Nacional, 2005), 17.

⁷⁷⁹ Véase el Capítulo Cuarto.

⁷⁸⁰ Meyer, 40.

reelaboración y corrección de las representaciones sobre las montañas, el estudio científico y la instrucción al viajero geográfico. Todos estos aspectos convergen en la sustentación de la figura de Meyer no sólo como científico viajero, sino en su afán de consolidar la autoridad de su *yo geográfico* a través de la *composición viva*, la fotografía como herramienta científica y la importancia de la experiencia o practicidad que se expone y otorga el terreno frente a las posiciones teóricas que puedan tomarse. El Chimborazo en este sentido no sólo es vuelto a observar, dibujar o cartografiar, sino que se lo enfrenta a otra montaña, cuya personalidad o presencia, es equiparable, y hasta superior en varios aspectos, al mismo Chimborazo, como el Cotopaxi, según él sostuvo.

En Meyer el Chimborazo sigue de cierta manera expuesto de manera borrosa (fig.17), en el sentido en que sirve de telón para la exposición del aspecto que lo antecede precisamente para notar lo que se antepone a él: los indígenas, la soledad desértica del espacio andino, los animales de carga afectados por la altura y el cansancio, mientras que la montaña en sí se alza imponente, a la espera de ser hollada, estudiada y ascendida. Es ése precisamente el carácter romántico que no escapa al paisaje visual y retórico de Meyer.



Abb. 25. Der Chimborazo aus Nordnordwesten. Standpunkt südlich von Cunucyacu bei 4000 m Höhe. Oben der Westgipfel mit dem Stübelgletscher nach rechts, dem Reißgletscher nach links.
Photographie von Hans Meyer.

Figura 17. Hans Meyer: “Fig. 25: Chimborazo desde el norte-noroeste. Punto de vista al sur de Cunucyacu a 4000 m de altitud Sobre la cumbre oeste con el glaciar Stübel a la derecha, el glaciar Reiss a la izquierda”

Fuente: Hans Meyer (1907), Tabla 9.

Capítulo cuarto

Exploraciones a los Andes: concepción, práctica, y pliegues modernos del montañismo en las ascensiones de Celestino Usulli y Nicolás G. Martínez Holguín (1903-1933)

El interés generado por los grandes volcanes del Ecuador entre los agentes locales contrasta con la percepción constante de algunos exploradores extranjeros que se esmeraban por denunciar la supuesta apatía de la sociedad ecuatoriana hacia los espacios naturales. Este interés se mantuvo activo en medios científicos, sociales y culturales, registrando acercamientos y sensibilidades respecto a los altos parajes andinos. Estas expresiones, entre las que se encuentran también las literarias, mantuvieron un rasgo común respecto al tópico de la grandeza del escenario natural, enfatizada generalmente en la imagen del volcán Chimborazo. La fuerza de esta imagen se sobrepuso al juicio despectivo de los predecesores foráneos y permitió formular concepciones particulares en la mirada local sobre el escenario natural del alto paisaje andino.

Este capítulo explora dos casos singulares relacionados con el Chimborazo, que pueden ser analizados desde dos categorías que permiten delinear el gesto de modernidad que comprendió la actividad del montañismo en los Andes ecuatorianos a inicios del siglo XX. Una de ellas corresponde a la idea de la modernidad como un cambio en la concepción tecnológica de la relación entre lo humano y el otro-natural, según la definición de Bolívar Echeverría.⁷⁸¹ La otra atañe a la idea de pliegue propuesta por Guilles Deleuze a partir de la cual se plantea un acercamiento a las manifestaciones flexibles o elásticas.⁷⁸² Aunque Deleuze se centra en el barroco, la noción de pliegue que desarrolla sustenta las formas en que, en lugar de identificar una mera invención, se encuentran métodos para trabajar con lo ya establecido. Se trata de la habilidad de curvar y recurrir los rasgos en lugar de fijarlos.

Los dos casos singulares analizados en este capítulo corresponden a la figura del alpinista y aeronauta italiano Celestino Usulli (1877-1926) y a la del andinista ecuatoriano Nicolás Guillermo Martínez Holguín (1875-1934). En él se explora la diferencia entre los términos “alpinista” y “andinista”, los cuales no solo se refieren a la

⁷⁸¹ Echeverría, *¿Qué es la modernidad?*, 9.

⁷⁸² Deleuze, *El pliegue*.

práctica geográfica del montañismo, sino también a gestos de apropiación y maleabilidad. Para comprender estos gestos, se ha adoptado el término *transducción*, tomado de la crítica literaria, para destacar cómo el concepto de 'andinismo' y la redefinición de las herramientas utilizadas en el montañismo, cuya nomenclatura pertenece a la lengua inglesa, no fueron simplemente acuñadas al español a partir de la traducción. La *transducción* aquí se entiende como un campo fértil en términos semióticos donde se fusionan la interpretación y la recepción de un término. Es decir, se procura abordar cómo en un momento determinado los términos que hacen mención de la funcionalidad específica de las herramientas utilizadas en la práctica del alpinismo, fueron adaptados, representados y resignificados en el contexto de la alta orografía andina.

El caso de Celestino Usuelli se enfoca a partir del seguimiento que la prensa local realizó sobre su expedición al Chimborazo. A diferencia de otros exploradores masculinos europeos, este seguimiento, desde su llegada a Guayaquil a principios de 1903, suscitó un interés particular, mostrando una manifestación diferente en la práctica retórica que se había observado con respecto a las expediciones en tierras andinas.

Esta manifestación no solo demuestra el interés local por este tipo de noticias, sino también la importancia y legitimidad que fueron otorgados desde Europa a los registros locales como fuente de validación de la ascensión a una montaña como el Chimborazo, gesto que encontró particularmente eco en Milán (Italia). La recurrencia a la voz local demuestra un giro distinto a las formas que se habían expuesto con anterioridad al momento de legitimar el acto de subir montañas.

Este gesto vuelve a ser evidente sesenta y cuatro años más tarde, cuando el alpinista italiano Marino Tremonti, en un esfuerzo por legitimar y consolidar la veracidad de la ascensión de Usuelli, tan cuestionada en 1903 como en años posteriores por agentes alemanes, principalmente, recurre a una figura local instruida en el arte del montañismo. Contemporánea a la de Usuelli, esta figura responde al nombre de Nicolás G. Martínez.

Quiteño de nacimiento, pero vinculado a sus raíces ambateñas, Nicolás Guillermo Martínez Holguín es considerado como el precursor del montañismo en el Ecuador. A él se le adjudica el uso del término *andinismo*, el cual representa, hoy en día, la práctica del montañismo en los Andes. Este término comúnmente se equipara y se distancia a la vez del *alpinismo*, es decir, de la práctica del montañismo en los Alpes. Martínez pertenece a una familia situada en los cimientos del desarrollo científico del Ecuador contemporáneo, relacionada también con relevantes acontecimientos políticos suscitados durante los periodos históricos del garcianismo y el dominio del partido liberal. La presencia de sus

parientes y de él mismo en ámbitos de interés nacional, representan una huella singular cara a observar los acercamientos locales a los espacios naturales, no sólo en los altos Andes sino también a las regiones del litoral, la Amazonía y las Galápagos. Los registros de esta familia resaltan por la intensidad con la que impulsaron estudios científicos, proyectos viales y representaciones visuales, tanto artísticas como fotográficas.

La importancia de Nicolás Martínez se encuentra precisamente en la posición del sujeto local como un sujeto explorador de los altos volcanes. Sin embargo, a diferencia de sus predecesores, sobre todo viajeros científicos instruidos en alpinismo, no se sitúa en las disputas de las verdades científicas, sino que observa al escenario natural como un espacio de deleite personal, aspecto que no desdeña, y a partir del cual intenta no descuidar los aportes del estudio científico.

Este capítulo se centra sobre todo en el análisis de la presencia de registros diversos manifestados por la convivencia de la retórica, la impresión del paisaje y el informe científico, aún en una época en el que la ciencia correspondía a la exactitud y el despojo de la subjetividad en materia de ciencia. En este sentido se plantea un diálogo particular con el registro pictórico, del que se destaca la obra *Río Babahoyo* (Fig. 18) realizada por su hermano Luis A. Martínez, óleo que plasma al Chimborazo visto desde el litoral. Esta imagen, que se inscribe en la formulación del Escudo de Armas de la República del Ecuador desde 1845, sitúa a esta montaña en dos formas posibles de representación. La primera y más evidente se refiere al ideal de representarla como una montaña de dimensiones colosales. La segunda, se refiere precisamente a la presencia de las huellas que, sin bien han inscrito ese lugar de grandeza, han sido históricamente marcadas por la presencia de una grandeza colosal perdida. Se coronó por haber sido la montaña más alta del mundo, pasó después a ser la más alta del continente, y finalmente se limitó a ser la de mayor altura del país. Se conjugaron esos gestos con los récords de altura de las hazañas humanas y no humanas. Ambas manifestaciones darían sentido a un ideal que persiste en remarcar su presencia colosal, una presencia que ha sido inscrita a lo largo del tiempo y que se ha fundamentado en distintas esferas humanas, entre las que destacan la impresión del paisaje humboldtiano, su calidad de escenario científico y artístico, o bien en el afán de la construcción del imaginario de nación.



Figura 18. Luis A. Martínez: Río Babahoyo, 1903, óleo sobre tela 170 x 108
Fuente: Club Tungurahua, Ambato.

1. Escribir (a/sobre) los Andes

La presencia de los altos Andes en los registros escritos por parte de locales mantuvo un lugar preponderante en diversos contextos. Un ejemplo de ello es el diálogo que se produjo entre los ámbitos científicos y literarios. El tópico de la montaña, conjugado desde la expresión poética que canta a la grandeza y a lo sublime, utiliza la referencia de la presencia científica que transitaron estos escenarios. Las expresiones retóricas que tuvieron lugar a finales del siglo XIX mantuvieron una conexión, en cuanto a su expresión o lógica retórica, con obras de corta extensión de inicios de ese siglo como *Mi delirio sobre el Chimborazo* de Simón Bolívar, donde el texto, preponderantemente lírico, mantiene la imagen colosal del motivo de la montaña en diálogo con figuras científicas romantizadas, a la vez que entrelazadas con personajes de carácter mítico.

En 1873, el escritor ambateño y compositor del himno nacional, Juan León Mera Vásconez (1832-1894) produjo un texto de 188 versos a propósito de la expedición de los científicos alemanes Alphons Stübel y Wilhelm Reiss titulado *El genio de los Andes. Canto a los ilustres viajeros M. M. Wilhelm Reiss y Adolph Stübel, con motivo de su ascensión al Cotopaxi y al Tungurahua*.⁷⁸³ Entre otros aspectos, este poema plantea el

⁷⁸³ Juan León Mera, *El genio de los Andes: Canto a los ilustres viajeros MM. W. Reiss y A. Stübel, con motivo de su ascensión al Cotopaxi y al Tungurahua* (Ambato: Imprenta de Juan Campuzano, 1873).

enmudecimiento de la naturaleza frente a las hazañas científicas que la subyugan. El “glacial océano septentrional” es profanado y sometido por la acción triunfal de los científicos. Lo que se canta, en ese sentido, es el tan remarcado gesto de la época de subrayar la supremacía de la ciencia sobre la naturaleza que, para el caso de la conquista de los alemanes, responde a la imagen de las montañas que yacen bajo sus pies. La inteligencia y la instrumentalización científica glorifican la presencia humana en la cumbre de los grandes volcanes.

Según Ana y Elisa Sevilla, este poema evidencia ese punto de quiebre entre la humillación de la naturaleza y la glorificación del hombre.⁷⁸⁴ Este aspecto tiene una influencia importante en el ámbito administrativo y científico de la nación. Apenas dos años después de la composición poética de Mera, acontece en el Ecuador, bajo la administración del garcianismo, la instauración de una figura con toda la potestad de tejer el relieve del territorio bajo la autoridad de *Geólogo de Estado*.⁷⁸⁵ Esta sincronía entre ciencia y Estado tuvo su correlato en el alcance público de la expedición alemana según se aprecia en la prensa. Se desataron importantes debates en torno al lugar que ocupaba en la sociedad la presencia de la ciencia en sentido pragmático: a pesar de su supuesta supremacía, poco o nada se podía hacer frente a eventos estridentes de volcanes, como las erupciones del Cotopaxi que se produjeron tras la expedición alemana.⁷⁸⁶

La lírica ecuatoriana, a finales del siglo XIX, siguió observando al Chimborazo bajo el tópico de la grandeza que jamás perece. Tras un viaje a Guayaquil en 1868, el escritor y académico quiteño Quintiliano Sánchez (1848-1925), al divisar la cima del Chimborazo “como un trozo de nieve suspendido entre las nubes”, se atrevió a elogiarlo motivado por esa naturaleza que habla “con mudo lenguaje”,⁷⁸⁷ un lenguaje al que se adhiere para escenificar la alta cordillera andina donde se mantiene imponente la cumbre del Chimborazo. Este resalte sirve, además, como un elemento que se coloca, en contraposición a lo que anunciaba Mera, como una manifestación donde la naturaleza se sobrepone o persiste por sobre la presencia humana. El poema, según declara Sánchez,

Sobre un análisis del poema véase: Elisa Sevilla y Ana Sevilla, “Deshojando flores frente a los volcanes andinos: El impacto de la expedición de Stübel en el Ecuador”, accedido 30 de septiembre de 2023, https://www.academia.edu/8587865/Deshojando_flores_frente_a_los_volcanes_andinos.

⁷⁸⁴ Sevilla y Sevilla, “Deshojando flores frente a los volcanes andinos”, párr. 4.

⁷⁸⁵ *Ibid.*, párr. 6.

⁷⁸⁶ *Ibid.*, párr. 5.

⁷⁸⁷ Quintiliano Sánchez, *Al Chimborazo: Oda* (Quito: Imprenta Nacional, 1881), 3-4.

tuvo una reescritura casi total para 1881, conservando de su primera producción no más de treinta versos.⁷⁸⁸

En un comentario a esta producción literaria de Sánchez, el diplomático y literato quiteño Carlos R. Tobar y Guarderas (1854-1920), hace alusión, a modo de citación, a la glorificación de los tópicos románticos del infinito y lo inmenso, ambos entrelazados a la cuestión de la fortuna y la satisfacción que las montañas andinas suscitan, ya que su contemplación provoca éxtasis y gloria: “¿Queréis, por ventura, sublimaros hasta el cielo, extasiaros en lo inmenso, anonadados con lo infinito? Aquí tenéis cómo conseguir vuestro objeto, aquí tenéis medios, aquí alas, y no prestadas ni fementidas que os encumbren para precipitaros: el Antizana (sic.), el Cayambe, el Chimborazo, aquí están, monstruosos peldaños por donde subiréis á la gloria y al éxtasis”.⁷⁸⁹ Lo que acontece aquí es la presencia tácita del científico romántico, donde figura Humboldt como su mayor exponente en los Andes. La contemplación y la impresión del paisaje están omnipresentes en el poema de Sánchez. En este registro contemplativo, el poema proyecta la imagen de la montaña como una figura mística, imponente en su soledad, eterna frente a la minúscula presencia humana: “Pasa la humanidad: tú, portentoso / Permaneces, burlando / El poder de los tiempos impetuoso. / Ciudades y naciones / Tórnense en campos mustios y desiertos, / Y se atropellan mil generaciones. / Los siglos se suceden / En derredor de ti, raudos girando: / Tu destrucción anhelan... mas ¿qué pueden? / Los siglos quedan en tu cumbre yertos”.⁷⁹⁰

La figuración de esta “montaña sin rival” la coloca por encima de las demás elevaciones andinas que la contemplan como vasallos, entre las que nombra al Altar, Sangay, Tungurahua, Cotopaxi, Iliniza, Sincholagua Corazón, Atacazo, Rumiñahui, Antisana, Pichincha, Cayambe, Imbabura y Cotacachi. Es decir, la voz poética sobresale por el manejo de las principales elevaciones, sobre todo por la forma en que las caracteriza. La voz poética utiliza también a la montaña como un testigo de la historia natural: “los siglos quedan en tu cumbre yertos”, y de la historia local al referirse a la conquista española y su posterior independencia. El poema de Sánchez circuló como un suplemento de la *Revista Literaria*, publicación quiteña que mantuvo impresiones periódicas entre 1881 y 1882.

⁷⁸⁸ *Ibid.*, 4.

⁷⁸⁹ Carlos Tobar, “Al Se. D. Quintiliano Sánchez.”, en *Al Chimborazo: Oda*, por Quintiliano Sánchez (Quito: Imprenta Nacional, 1881), 5.

⁷⁹⁰ Sánchez, *Al Chimborazo*, 11.

Con anterioridad a la primera versión del poema de Sánchez, en 1866, se publica en París el poemario “Cantos Americanos” del guayaquileño Numa Pompilio Llona (1832-1907),⁷⁹¹ donde el Chimborazo aparece en más de una ocasión para hilvanar la grandeza del telurismo americano entremezclado con los nombres de Simón Bolívar o Vicente Rocafuerte en tanto figuras patrias. Así también, para 1889, aunque firmado en Guayaquil en 1888, aparece en la revista limeña *El Perú Ilustrado* del 9 de marzo, el poema “El Chimborazo”, donde surge la montaña “Tras el confín de la selvosa playa, / Y por encima de azulados montes”, “como inmóvil atalaya / Dominando los vastos horizontes...”.⁷⁹² El tópico de la grandeza vuelve a posarse sobre la mirada colosal que invoca las alturas de la montaña.

Estos ejemplos retóricos ayudan a figurar el recurso de la naturaleza como un ente sagrado en el que sobresalen dos opciones: la de la subyugación o la de la contemplación. Estas dos posibilidades se manifiestan en dos registros: los de la ciencia positivista y la ciencia romántica caracterizada por la impresión del paisaje. El término “genio”, presente en Mera y Sánchez, acrecienta esta imagen de lo natural como lo vasto y lo eterno. En común plantean el canto del telurismo continental en el que se insertan figuras políticas o científicas. Mientras la novedad en Mera se caracteriza por la composición de una poética de la aventura del registro científico, la de Sánchez es una aventura del bardo que observa la atalaya y la invoca a través de sus versos.⁷⁹³

A finales del siglo XIX, el tópico de la exploración científica por parte de locales a las montañas andinas no estuvo ausente en los medios impresos nacionales ni extranjeros. El diario *La Nación* de la ciudad de Guayaquil, publicaba desde 1880, y de manera recurrente, informes sobre las expediciones y estudios geológicos del ambateño

⁷⁹¹ Numa Pompilio Llona, *Cantos Americanos* (París: Imprenta de P.A. Bourdieu, 1866).

⁷⁹² Numa Pompilio Llona, “El Chimborazo”, *El Perú Ilustrado*, n.º 96 (1889): 1051.

⁷⁹³ Aunque no representa el enfoque central de este acápite, vale resaltar ejemplos de otros ámbitos, como lo fue el campo de las artes plásticas. Figuras locales como Rafael Salas (1826-1906), Joaquín Pinto (1842-1906) o Rafael Troya (1845-1920) —a quién se hizo ya una alusión en el capítulo anterior, desarrollaron un acercamiento importante a la representación del paisaje de los altos Andes y que ha sido ampliamente estudiado—. Véase, por ejemplo: José Vargas, *Los pintores quiteños del siglo XIX* (Quito: Editorial Santo Domingo, 1971); Ximénez Carcelén et.al., *Academias y Arte en Quito 1849-1930* (Quito: Museo de Arte Colonial / Casa de la Cultura Ecuatoriana Benjamín Carrión, 2017); José Gabriel Navarro, *La pintura en el Ecuador del XVI al XIX* (Quito: Dinediciones, 1991); Xavier Puig, *Rafael Troya: estética y pintura de paisaje* (Loja: Ediloja / Universidad Técnica Particular de Loja, 2015); Alexandra Kennedy-Troya, “Paisajismo e ilustración científica en Ecuador. Rafael Troya y Alphons Stubelt”, en *Monografía de Ibarra*, ed. Enrique Ayala Mora (Ibarra: Sociedad Cultural “Amigos de Ibarra”, 2015), 319-34; Alexandra Kennedy-Troya coord., *Escenarios para una patria. Paisajismo ecuatoriano 1850-1930* (Quito: Museo de la Ciudad, 2008); entre otros.

Augusto N. Martínez Holguín (1860-1946): “Memorias sobre el Volcán Antisana”,⁷⁹⁴ la ascensión al entonces desconocido Casahuala (4565 m.), en las inmediaciones occidentales a Ambato, así como exploraciones al Carihuairazo, Puñalica (3996 m.) (en Mocha, localidad situada entre Ambato y Riobamba) y al volcán Tungurahua. Esos escritos irrumpieron en medio de la hegemonía que habían mantenido exploradores y científicos extranjeros en cuanto a la exploración de las tierras andinas. La presencia de estos exploradores fue para el mismo Augusto N. Martínez un impulso determinante: declaró haber sentido en su adolescencia el llamado de la exploración científica a raíz de “las cartas que escribieron, en aquella época al Doctor Gabriel García Moreno, los sabios Profesores alemanes Reiss y Stübel relacionadas con sus viajes y ascensiones a las montañas”.⁷⁹⁵ Augusto Martínez incluso llegó a realizar aportaciones con artículos e imágenes fotográficas que fueron publicadas en revistas científicas y libros de viajeros alemanes a finales del siglo XIX e inicios del siglo XX, como fue la aparición de algunas de sus fotografías en el libro de viaje al Ecuador de Hans Meyer.⁷⁹⁶

Durante los primeros años del siglo XX, la prensa expuso aspectos de este registro exploratorio y científico. Pero también en sus páginas apareció el término Chimborazo como reclamo publicitario, sin haber correspondencia entre su uso comercial con su entidad geográfica. Como muestra de ello, en 1906, *El Comercio* de Quito publicó el nombre y logotipo de una cerveza bajo el nombre del coloso andino: “Crystall Lager-Bier El Chimborazo [*sic*]”,⁷⁹⁷ imagen que poco o nada tiene que ver con el perfil común de la montaña (Fig. 19). Dicha imagen, sin embargo, no resulta sorprendente en su vinculación con el terreno escarpado o vertical propio de la geografía alpina.

La vinculación de lo andino con lo alpino estuvo enmarcada por la concurrencia, de larga data, de figuras europeas en esas cordilleras, a las que ahora se añadían figuras ecuatorianas que subieron o intentaron subir a las montañas andinas y que además plantearon, como se analizará aquí, conexiones y comparaciones con la cordillera alpina y con otros parajes montañosos. Si bien la noción de verticalidad no es comparable entre

⁷⁹⁴ Esta memoria, publicada en varios números del periódico guayaquileño, fue revisada por Teodoro Wolf, quien había sido su profesor de geología en la Escuela Politécnica. Luis Dressel, otro de sus profesores de la Escuela, tradujo esta memoria al alemán, la cual fue publicada en la ciudad de Bonn. Véase: Julio Arauz, “Datos biográficos y trabajos del maestro Augusto Martínez Holguín”, *Boletín de Informaciones Científicas Nacionales: Augusto N. Martínez 1860-1960*, dir. Julio Arauz (Quito: Casa de la Cultura Ecuatoriana, 1960):11-2.

⁷⁹⁵ Ibid., 9.

⁷⁹⁶ Ver capítulo 3.

⁷⁹⁷ Publicidad, *El Comercio*, Jueves 17 de Mayo de 1906, Centro Cultural Biblioteca Ecuatoriana Aurelio Espinosa Pólit, Quito.

lo alpino y lo andino, los relatos de las ascensiones y los estudios científicos se empeñaron muchas veces en nombrar lo escarpado, y hasta compensar esa diferencia de la verticalidad con la cuestión de la altura.⁷⁹⁸ Los relatos que más se acomodan a este planteamiento tienen que ver con las ascensiones o la búsqueda de las cumbres andinas y sobre todo la del Chimborazo.⁷⁹⁹

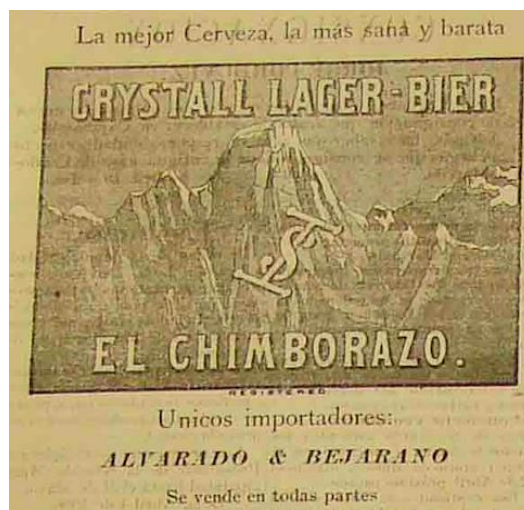


Figura 19. Alvarado y Bejarano: “Crystall Lager-Bier”

Fuente: *El Comercio*, Jueves 17 de mayo de 1906, 1. Imagen de Centro Cultural Biblioteca Ecuatoriana Aurelio Espinosa Pólit, Quito.

Para inicios del siglo XX, se contaba únicamente con las ascensiones de Edward Whymper a la cumbre del Rey de los Andes, hasta que, en 1903, un joven de origen italiano de 26 años, llamado Celestino Uselli, es nombrado por la prensa guayaquileña a propósito de su proyecto de ascender a la cumbre de esta montaña. Uselli, después de dar a conocer su ascenso, narró su “hazaña” a la prensa de la ciudad portuaria explicando los pormenores de su conquista, lo cual fue posteriormente reproducido en medios italianos con referencia precisamente al eco que obtuvo en la prensa ecuatoriana. Este gesto de legitimación, como se analiza más adelante, tiene la implicación de un revés en

⁷⁹⁸ A pesar de que este aspecto ha sido señalado en los capítulos anteriores, vale recalcar las diferencias entre desnivel positivo y altitud. Los Alpes, al igual que otras cordilleras europeas, mantienen desniveles colosales en comparación a los Andes ecuatoriales, así, una montaña como el Eiger, en su aspecto norte, tiene una pendiente vertical de 1800 metros, tomando en cuenta que su altitud máxima es de 3967 msnm. El Chimborazo no posee, en sus 6267 msnm, una altura vertical semejante desde su base, ya que, difiriendo de sus aspectos, sus pendientes verticales, como la denominada “La directísima”, no superan los 1100 m.

⁷⁹⁹ Vale recalcar que su uso o laxitud semántica dentro del contexto sudamericano, no se circunscribe únicamente a la actividad montañera. Para la década de 1920, su término llega incluso a constar en folletos de cancioneros argentinos a modo de seudónimo: un compositor se hace llamar “Chimborazo, tal y cómo aparece en el cuadernillo bonaerense *La canción del día*, aparece “Chimborazo” como seudónimo de su compositor. Chimborazo, *La canción del día*, año 1, n.º 5 (Buenos Aires: 1922): 20.

las formas de validación o legitimidad desde Europa hacia América. Este revés, situado en la presencia del registro local que valida la ascensión de un alpinista europeo, se destaca ya no por el uso de la voz del subalterno tal y cómo se evidenció en Edward Whymper, sino en el reconocimiento de la voz local como autoridad que legitima esa ascensión. Esta autoridad de la voz local le da un lugar distinto en los discursos europeos en el ámbito del montañismo: no es el europeo que legitima su propia ascensión, sino los registros locales los que le otorgan su veracidad, y sobre todo el reconocimiento de ese registro local por parte de distintas organizaciones y agentes europeos que recurren a ellas.

Con respecto a la presencia del registro literario en las ascensiones de las montañas, ésta representa un tópico central en la ascensión de Usueli. La manera en cómo el alpinista italiano concibió su conquista mediante la escritura de un registro poético, habla de esa presencia de lo literario que oscila en Usueli entre la conquista de la cumbre, el exotismo y la mirada que enaltece a las altas montañas.

2. Celestino Usueli: encuentros y desencuentros de un montañista “moderno”

En 1967, el alpinista italiano Marino Tremonti (1923-2020), a propósito de lo que fue la primera ascensión al Pico Obispo (5319 m.), la mayor elevación del macizo del Altar,⁸⁰⁰ montaña que presenta las mayores características alpinas en los Andes del Ecuador, realizó una extensa reseña en el *Bolletino del Club Alpino Italiano* denominada “Le Ande dell’ Ecuador”.⁸⁰¹ Entre varios aspectos que aborda Tremonti, como un acercamiento histórico sobre las ascensiones, destaca el énfasis que otorga a la ascensión de Celestino Usueli al Chimborazo en 1903. A diferencia de la crítica efectuada por Hans Meyer, la narrativa de Tremonti denota una predilección particular hacia la figura de

⁸⁰⁰ Denominado en lengua Kichwa como *Capac Urco* “Cerro Majestuoso”, ubicado al Oriente de la ciudad de Riobamba, en el límite entre las provincias de Chimborazo y Morona Santiago, es un volcán extinto conformado por una herradura de picos que circundan su caldera (Laguna Amarilla). Dentro del contexto del montañismo es considerada como la montaña de mayor dificultad técnica del Ecuador. El Obispo, su pico de mayor prominencia, comprende una altura de 5319 m.

⁸⁰¹ Marino Tremonti, “Le Ande dell’ Ecuador”, *Bolletino del Club Alpino Italiano* 46, n.º 79 (1967): 243-78. La ascensión de Tremonti, junto a Claudio Zardini y el guía Ferdinando Gaspar, natural de *Valtournache* —el mismo pueblo al que pertenecían los guías de Whymper—, realizada el 7 de julio de 1963, es considerada como la primera ascensión técnica realizada en el Ecuador debido a la exposición y la verticalidad y complejidad en términos alpinos. El mismo Tremonti menciona además que “la solución de este problema marca [...] el fin del ‘período clásico’ del alpinismo ecuatoriano ya que no quedan otros grandes macizos cuya cima principal siga siendo virgen”. *Ibid.*, 276.

Usuelli, destacando su importancia en el contexto nacional, así como al interior del *Club Alpino Italiano*,⁸⁰² al cual Usuelli estaba adscrito como miembro de la sección de Milán.

A Usuelli, Tremonti lo destaca desde varios aspectos: espíritu aventurero, rebelde, viajero, alpinista, poeta y aeronauta. Lo llega a definir incluso como “el primer alpinista en el sentido moderno de la palabra”,⁸⁰³ característica que, quizás, se sitúa por la valoración de la personalidad polifacética de Usuelli. Recurriendo al gesto en que Usuelli relacionó su escritura con el entorno natural, y por ende ligado a la cuestión de la aventura, es probable también que este rasgo de “modernidad” haya significado un aspecto único en el entorno del alpinismo italiano. Al menos así lo manifiesta la conmemoración de su ascensión y la publicación de un análisis de su texto inédito sobre el Chimborazo, suscitadas en el periódico del Club Alpino Italiano, *Lo Scarpone Alpinismo-Sci-Escursionismo*, en su publicación del 1 de mayo de 1938. La impronta de ese texto inédito, imbricada en la ascensión a este volcán andino, sobresale por el entrelazamiento de su figura de alpinista con la de poeta.

Lo que en Humboldt pareció disiparse en cuanto a las apreciaciones sobre la aventura,⁸⁰⁴ se encuentra sedimentado en la figura de Usuelli. Aparte de apuntalar una subjetividad marcada por lo polifacético, manifiesta en sus escritos un afán por el registro poético de la composición del relato de ascensión. Siguiendo, una vez más, los lineamientos de Agamben, en donde evento y narración, cosa y palabra, evidencian una unidad inescindible que surge a raíz de una experiencia determinada que solo puede ser expresada como la designación de lo maravilloso que le acontece a un individuo,⁸⁰⁵ el relato de Usuelli resalta esa impronta de la aventura que implicó su ascensión al escribirla o contarla a través del uso de la voz poética. Al utilizar el verso para escenificar su ascensión, no sólo adquiere un gesto que lo separa de los demás ascensionistas que transitaron por el coloso andino, sino que, siguiendo a Tremonti, Usuelli hace de la

⁸⁰² El Club Alpino Italiano fue fundado en Turin el 23 de octubre de 1863. Véase al respecto: Riccardo Cerri, “Cultura della Montagna e fondazione del Club Alpino. Il contributo degli Uomini del Monte Rosa”, in *Atti del convegno Patria Scienza e Montagna. Negli Anni Rosorgimentali. Una prospettiva valsesiana*, ed. Commissione Scientifica del Club Alpino Italiano-Sezione di Varallo Sesia (Alagna Valsesia: Associazione Culturale Zeisciu Centro Studi, 2011), 99-131; Jean-Paul Zuanon, “La première ascension italienne au Monviso (août, 1863), acte fondateur de l’alpinisme italien”, *Babel*, n.º 8 (2003): 71-85, <http://journals.openedition.org/babel/1318>; Stefano Morosini, *Sulle Vette della Patria. Politica, guerra e nezione nel Club alpino italiano (1863-1922)* (Milán: Franco Angeli, 2009), entre otros.

⁸⁰³ “En 1903 apareció en nuestras montañas el primer alpinista en el sentido moderno de la palabra: el italiano Celestino Usuelli, miembro de la sección milanese del Club Alpino Italiano, definido por Castiglioni como un ‘espíritu aventurero lleno de iniciativa e intolerante con toda restricción, viajero, comerciante, alpinista, aeronauta, científico y poeta’”. Tremonti, “Le Ande dell’ Ecuador”, 261.

⁸⁰⁴ Ver Capítulo Primero.

⁸⁰⁵ Agamben, *La aventura*, 17-32.

ascensión un evento alejado de los motivos científicos,⁸⁰⁶ aproximándolo a la presencia del esfuerzo basada en el placer propio. Así también, en contraposición a la impronta de las expediciones lujosamente equipadas y meticulosamente preparadas, la ascensión de Usuelli destaca por la “sencillez e ímpetu garibaldino”.⁸⁰⁷

Tremonti, en protesta a lo que se había establecido con respecto a las ascensiones al Chimborazo, sobre todo después de las declaraciones de Hans Meyer en su libro sobre los Andes del Ecuador de 1907, donde ridiculiza la veracidad de las declaraciones de Usuelli, se posiciona en sustentar la legitimidad de la ascensión italiana. Con ese fin, Tremonti recurre a varias citas que extrae de la *Rivista Mensile del Touring Club Italiano*,⁸⁰⁸ de la sede de Milán, publicada en 1904. Esta revista exhibió el informe de la ascensión, enviado por el mismo Usuelli, con el título *La bandera italiana en el Chimborazo (6562 metros sobre el nivel del mar)*. El redactor que introduce el informe de Usuelli, destaca que varios diarios de la ciudad de Guayaquil, como *El Grito del Pueblo*, *La Nación* o *Las Noticias de la Tarde*, habían mencionado a inicios de 1903, que un joven comerciante italiano se proponía ascender a la cumbre del Chimborazo. Los mismos diarios, unos días más tarde, anunciaron “que la audaz impronta se había visto

⁸⁰⁶ Aspecto que también lo separa de *Mi delirio sobre el Chimborazo* de Simón Bolívar. A pesar de que autores como Raúl Serrano han enfatizado, sobre el texto de Bolívar, el señalamiento de una experiencia que sobrepasa lo contemplativo, “pues, el ascenso a la cima del coloso es una fusión de los desbordes de lo imaginario y de lo vivido”, ascenso en sentido onírico, donde el trasfondo de su sentido responde a la configuración de un lenguaje romántico acorde con la emancipación. En este sentido, el delirio que provoca la montaña responde a su vez al delirio, en sentido dramático, obsesivo y apasionado del proyecto político de Bolívar. Raúl Serrano, “«Mi delirio sobre el Chimborazo»: anuncios y fundación”, *Kipus: Revista Andina de Letras*, n.º 26 (2009): 80.

⁸⁰⁷ Tremonti, “Le Ande dell’ Ecuador”, 262.

⁸⁰⁸ El *Touring Club Italiano* fue creado en Milán en 1894 con un enfoque de viabilidad ciclista fundamentada en el conocimiento del territorio nacional italiano en las que sobresalió el aspecto turístico. Destaca en la producción de mapas (desde 1906), guías (desde 1914) y publicaciones fotográficas (desde 1930), así como en la elaboración de proyectos de reforestación y regulación de las fuentes de agua de montaña desde 1909. Impulsó la creación de escuelas de gestión hotelera. Su presencia e influencia se extiende a lo largo del siglo XX y persiste hasta el día de hoy. Al respecto ver su página web: <https://www.touringclub.it/chisiamo/la-nostra-storia>. Una mirada sobre su vinculación a la burguesía y proyecto nacional italiano: R. J. B. Bosworth, “The Touring Club Italiano and the Nationalization of the Italian Bourgeoisie”, *European History Quarterly* 27, n.º 3 (1998): 371–410. Sobre su archivo: https://artsandculture.google.com/story/the-touring-club-italiano-historical-archive/kwWxKdaSkGX_LA. En la Revista, en la edición a la que recurre Tremonti, se menciona: “Queremos reproducir aquí algunas de las líneas publicadas hace dos años, en el primer número de 1902, cuando la Revista dio, más que un paso, un verdadero salto: ‘Aspiramos a hacer de nuestra Revista no sólo el órgano del Touring Club, sino también el del turismo, y a reflejar y fomentar todas las acciones y todas las personas que hacen, o podrían hacer, fáciles, cómodas, agradables, seguras las comunicaciones entre las diversas ciudades, provincias y regiones de Italia [...], e ilustrar todo aquello que en parte es todavía tan desconocido o incomprendido’”. Las publicaciones en forma de revista o boletín se remontan a 1895, como bien explica el mismo número, las cuales se fueron derivando en las futuras guías y folletos especiales. La revista denota un fuerte interés por el nacionalismo italiano, aspecto que, al considerar la ascensión de Usuelli al Chimborazo, resalta desde el título al enfatizar la presencia de la bandera italiana en la cumbre de la montaña. “La Rivista del Touring del 1904”, portada de la *Rivista Mensile del Touring Club Italiano* X, n.º 1 (1904).

coronada por el éxito”.⁸⁰⁹ El redactor enfatiza la afiliación de Usueli al *Touring Club*, y por ende la exclusividad del informe escrito enviado a la revista. Por la extensión de la misiva, el texto introductorio menciona que el informe tuvo un recorte, dando prioridad a la sección dedicada a la ascensión. Aun así, el redactor hace un recuento breve sobre el viaje de Usueli desde Guayaquil hasta las faldas de la montaña. Como resulta ya habitual en la descripción de las expediciones al Ecuador, en este recuento se mencionan las mismas localidades, las impresiones en torno a la altura, así como un repaso de los nombres de los viajeros que lo precedieron, de los cuales “sólo Whympfer, el domador del Cervino, alcanzó la cima antes que Usueli”.⁸¹⁰ Sobre la montaña, se recuerda al lector que el Chimborazo es el pico más alto de los Andes, y que, a pesar de ser superado por otros picos de Bolivia y Chile, es el de mayor majestuosidad de todo el sistema andino.⁸¹¹ Una vez más el idilio de grandeza de esta montaña rebosa en plenitud.

El lugar común que responde a nombrar los viajeros que intentaron subir al Chimborazo, no escapa tampoco al registro de la prensa guayaquileña. En *El Grito del Pueblo* del 29 de abril de 1903 se da a conocer una comunicación enviada por Usueli en la que anunciaba encontrarse al “pie del Chimborazo” y que estaba pronto a comenzar su ascensión. El redactor de “Cosas del día” del diario guayaquileño, donde aparece la mención de esta comunicación, hace un recorrido de los viajeros entre los que añade a Simón Bolívar dentro de una mirada errada sobre lo que fue su acercamiento retórico al Chimborazo:

En varias ocasiones han visitado nuestro país algunos sabios europeos como Humboldt, Boussingault y Wimper [*sic.*] y ascendido al Chimborazo [...]. También el Libertador escaló las escarpadas cumbres del coloso andino, llegando hasta donde su predecesor, el barón de Humboldt no llegó. Allí tuvo el Delirio inmortal que la Historia ha recogido como uno de los sublimes actos del Genio de Bolívar. Pero quien positivamente ha hollado hasta la hora presente la cima del granítico gigante es Wimper pues Humboldt acompañado del botánico A. Bonpland, el 23 de junio de 1802 llegó a 5875 metros [...] según unos y a 5909, según otros; el 15 de Diciembre de 1831, el físico Boussingault y el coronel Francisco Hall, ascendieron á la altura de 6004 metros [...]. Veremos hasta dónde asciende el intrépido Usueli.⁸¹²

El diario guayaquileño también se hace eco del mismo discurso sobre los Andes del Ecuador y la línea equinoccial, al igual que el esfuerzo por resaltar la importancia de

⁸⁰⁹ Celestino Usueli, “La bandiera italiana sul Chimborazo”, *Rivista Mensile del Touring Club Italiano* X, n.º 1 (1904): 122.

⁸¹⁰ *Ibid.*, 122.

⁸¹¹ *Ibid.*

⁸¹² “Cosas del día”, *El Grito de Pueblo*, 20 de abril de 1903, 1. Archivo de la Casa de las Culturas “Benjamín Carrión”, Quito.

la altura: “El Ecuador es notable por el sinnúmero de volcanes que encierra su territorio y hallarse en la línea equinoccial [...] de la cual toma su nombre, línea que esta región atraviesa por el punto más alto que puede encontrarse en América y África, únicos continentes por los que pasa la ecuatorial.”⁸¹³ Días después, el 1 de mayo, el diario da a conocer que Usuelli coronó finalmente “la cumbre de aquella elevada montaña”.⁸¹⁴

En el informe enviado al *Touring*, Usuelli expone con su retórica lo que sería una inusual preocupación por resaltar la labor de los sujetos locales que le asistieron como arrieros o peones, a quienes nombra, distanciándose así del registro habitual de las narraciones de sus predecesores europeos. Estos nombres son los primos Rinaldo (¿Reinaldo?) y José María Aldas de Ambato, e Isidro Capuz y Lino Paucar de la hacienda Cunucyacu, ubicada en las faldas noroccidentales del Chimborazo. Usuelli da cuenta con numerosos detalles del acercamiento a la montaña que inició el 23 de abril y cuya duración se extendió hasta el 28 de abril, día en que levantó su campamento. El relato intercala los eventos sobre la dificultad de transportar la carga con la información sobre las horas de las actividades emprendidas, al igual que datos sobre las fluctuaciones de la temperatura, los rumbos y las alturas. La narración se preocupa por mantener activa la presencia e importancia de los peones y arrieros, además de aumentar el interés del lector con los riesgos e inclemencias que presentó el terreno andino.

En cuanto a las particularidades de su informe, Usuelli describe que el 24 de abril instauró su campamento al pie de la cresta sur-sureste del Chimborazo a una altura de 5310 m., donde siguió la ascensión junto a Rinaldo, a quien había proporcionado indumentaria de alpinismo, según él, “para que pudiera atravesar las altas regiones de hielo”.⁸¹⁵ Su objetivo era encontrar un lugar favorable, a mayor altura, para montar una tienda que facilitase el acercamiento a la cumbre. Al no hallarlo, y tras haber llegado a una altura de 5780 m., divisó hacia el lado nor-noroeste lo que parecía un lugar mejor ubicado para instaurar sus campamentos. El 25 de abril, tras hallarse bajo un tiempo “espléndido”, transportó nuevamente la carga, llegando a una altitud de 5365 m., donde se quedó junto a Rinaldo instaurando la tienda. Al día siguiente intentan alcanzar la mayor elevación posible, con un tiempo favorable, divisando “la cumbre del Chimborazo, resplandeciente en los primeros rayos de luz” que los dominaba perpendicularmente.⁸¹⁶

⁸¹³ *Ibid.*

⁸¹⁴ “Cosas del día”, *El Grito del Pueblo*, 2 de mayo de 1903, 1. Archivo de la Casa de las Culturas “Benjamín Carrión”.

⁸¹⁵ Usuelli, “La bandera italiana sul Chimborazo”, 122.

⁸¹⁶ *Ibid.*, 123.

Usuelli destaca la presencia del piolet: su uso forma parte de una relación inherente entre el montañista y el terreno de glaciar. Este aspecto se hace evidente al enfrentar la posibilidad de interrumpir la continuidad de la ascensión, y más aún si esa posibilidad decanta en la exposición que evoca el riesgo de caída. El distanciamiento entre el piolet y el montañista equivale a la imagen del horror o la desgracia. Sin embargo, encuentra en esa línea mortal la viabilidad de la consagración de la conquista.⁸¹⁷ Así lo narra Usuelli:

Llego a las rocas semicirculares que emergen de la nieve helada y que sostienen la cumbre del Chimborazo [...] formando un inmenso escalón perpendicular de lava compacta que forma una gran banda inaccesible alrededor; estudio la manera de pasarlo; [...] bordeo las columnas de hielo que descienden de él; de pronto creo que lo conseguiré, apresuro el paso [...], doy un tirón, el piolet se me resbala de las manos, pierdo el equilibrio y caigo al precipicio. Doy varias vueltas saltando y resbalando sobre el desnivel del campo de nieve, mi ropa y mis guantes; con las uñas intento aferrarme, pero es en vano; y me siento perdido. No sé cómo consigo contenerme ante una grieta en el hielo, a unos 60 metros de profundidad, y permanezco inmóvil para recuperar la compostura. Compruebo que mi piolet [...] se quedó atascado allí arriba donde resbalé, y me encuentro entonces pegado a la grieta del hielo sin poder fijar los pies a ella. Cojo mi cuchillo e intento con él formar los peldaños necesarios para alcanzar el piolet, pero el hielo es demasiado duro y el cuchillo permanece ahí clavado, y yo, cansado, decido dejarme caer lo más lento posible. Consigo colocar la parte delantera de mi poncho bajo mis manos magulladas para poder frenar el descenso presionándola sobre la nieve helada; me dejo deslizar por el glaciar [...], una serie de grietas oblicuas a mi derecha y pienso que en cualquier momento caeré en una de ellas. Finalmente, después de 400 metros de descenso, encuentro nieve más blanda, puedo parar y volver a ponerme en pie, feliz de estar vivo de nuevo. Continúo mi descenso a paso tranquilo. No muy lejos Rinaldo (sic), que lo había visto todo, viene a reunirse conmigo, desconcertado, y me toca [...]. Pronto llego a la tienda, donde los nativos ya habían llegado con provisiones de repuesto, me arreglo el vestido andrajoso y dispongo que la tienda sea llevada más arriba, a un lugar que yo había considerado oportuno. Desde el punto al que había llegado, no había más de 500 metros para alcanzar mi piolet abandonado, así que decidí intentar nuevamente la ascensión al día siguiente.⁸¹⁸

Este relato se inscribe en la imagen particular de riesgo y de la verticalidad propias del alpinismo. El tópico de la mayor altura alcanzada, como ha tenido lugar en cada uno de los exploradores de los altos Andes, vuelve una vez más en Usuelli: dice haber instaurado la carpa a una altura de 5694 metros, es decir, el campamento de mayor altitud registrada en el Chimborazo. A propósito de este pasaje, Hans Meyer había notado a una altura de 5400 m. la presencia de dos estacas de madera. El mismo menciona que

⁸¹⁷ Como ha mencionado Luis Garagalza, el terror provocado por el abismo es una sensación compensada por el deseo de la ascensión en donde las formas de la representación del peligro son equivalentes a la forma de domesticar tanto al evento en sí como a la montaña. Ver: Luis Garagalza, *Introducción a la hermenéutica contemporánea* (Barcelona: Anthropos, 2002), 96. Ver también Aguirre, “Montañas y sujetos”, 67-78.

⁸¹⁸ Usuelli, “La dandiera italiana sul Chimborazo”, 123.

pertenecieron probablemente al campamento de Uselli (ubicado junto a unas rocas en un lugar muy expuesto), debido a que le aparentaban ser muy recientes.⁸¹⁹ Nicolás G. Martínez, durante su intento de ascensión a la montaña en 1906, también encontró una pequeña estaca de madera en un pequeño espacio desprovisto de nieve a una altura de 5320 m., “resto sin duda, de uno de los campamentos de Useli [*sic*]”.⁸²⁰

Para el 27 de abril a las 15h10, Uselli dice haber alcanzado el espacio de mayor prominencia de la montaña, a la que describe como una llanura redonda de 250 metros de diámetro, en medio de la cual se levanta una convexidad que dominaba a otras circundantes. Esta imagen de elevación convexa, elevada sobre una gran llanura blanca habitada por domos de menor altura, era la cumbre del Chimborazo. Fue ahí donde plantó su piolet y ató la bandera italiana (Fig. 20): “el místico Chimborazo de los ecuatorianos está ganado” con “el símbolo de Italia plantado a mayor altura sobre el nivel del mar”.⁸²¹ La figuración de la bandera italiana era, para entonces, un hito que el espíritu nacionalista italiano no podía dejar escapar. En 1903, Italia llevaba algo más de 30 años de su culminado proceso de unificación que concluyó con la inclusión de Venecia y Roma. El espíritu nacionalista podía observar con orgullo la conquista de un mítico nevado de Sudamérica.



Figura 20. Celestino Uselli: “La bandiera italiana sulla vetta del Chimborazo”

Fuente: Rivista Mensile del Touring (1904), 124. Imagen de L’ Archivo del Tuoring Club Italiano.

⁸¹⁹ Meyer, *In den hoch-Anden*, 379.

⁸²⁰ Nicolás Martínez, *Ascensiones a los Andes* (Quito: Librería e Imprenta Escolar de Ricardo Costales, 1920), 92.

⁸²¹ Uselli, “La dandiera italiana sul Chimborazo”, 124.

Los diarios del CAI siguieron nombrando a Usuelli como un conquistador del Chimborazo a lo largo de los años. En una comunicación sobre su conferencia en la sección de Turín del CAI, el redactor de la revista, además de mencionar el recuento del viaje de Usuelli y sus impresiones sobre Nueva York, el istmo de Panamá, los atrevidos ferrocarriles que se construyen en altitudes superiores al Mont Blanc, el carácter del paisaje y las costumbres de los nativos, “pasó a narrar modestamente los episodios de su ascensión al Chimborazo, realizado con la única compañía de un indígena”.⁸²² Esta comunicación nombra el episodio con el que Usuelli describió a la bandera italiana ondulando sobre el gigante volcánico acompañado con el estruendoso aplauso de los presentes, quienes vieron ochenta proyecciones de los lugares descritos por Usuelli. Así también, en otra de las publicaciones del CAI, *Lo Scarpone Alpinismo-Sci-Escursionismo*, en su edición del 18 de febrero de 1934,⁸²³ el alpinista Guido Bertarelli volvió a recordar la ascensión de Usuelli a propósito de la expedición alpina del Coronel Federico De Giorgis,⁸²⁴ aunque con algunas imprecisiones en el texto y las imágenes que correspondían a grabados Whymper y no a imágenes de la autoría de Usuelli.

El mismo periódico del CAI en su edición del 1 de mayo de 1938, publicó los extractos de un poema inédito de su alpinista sobre el Chimborazo. El redactor de esta columna menciona que Usuelli solía describir en sus cuadernos los hechos más

⁸²² “Sezione di Torino: Conferenza con proiezioni del socio Celestino Usuelli”, *Rivista Mensile del Club Alpino Italiano* XXV, n.º 3 (1906): 109.

⁸²³ Guido Bertarelli fue un alpinista recordado sobre todo por sus maniobras militares-alpinistas durante la Primera Guerra Mundial. Denominada como la *Guerra Bianca*, la defensa del Val Zebrù por parte del grupo Ortler-Cevedale en defensa de las incursiones austrohúngaras entre 1915 y 1918, fue librada desde las posiciones en las montañas de *Alta Valtellina*, combinando logísticas alpinas de trineo, sky de alta montaña y puestos de avanzada conformados por alpinistas y guías de montaña. El V refugio Apini (2878 m.), creado por el Club Alpino Italiano en 1884, situado en la base del glaciar Zebru (en lo que hoy es el Parque Nacional Stelvio), fue el cuartel general de estas operaciones militares. Desde 1969 lleva el nombre de Bertarelli. Véase: Giuseppe Magrin, *Battaglie per la Trafojer: La Guerra 1915-1918 sul più alpinistico settore del fronte* (Milán: Alpinia, 2007); Lorenzo Barco, *Le posizioni altissime nel Gruppo dell'Ortler 1915-1917. Cenni sulle occupazioni e sulle sistemazioni di alta montagna* (Brescia: Museo della Guerra Bianca, 2021).

⁸²⁴ Sobre Federico De Giorgis, Guido Bertarelli escribe: “miembro de la Sección de Milán tras una prolongada ausencia, después de haber sido Jefe de la Misión Militar Italiana en Quito (Ecuador). Oficial del 5º Regimiento Alpino, instructor, campeón de esquí desde 1910, fue durante la guerra Jefe de Estado Mayor de la Zona Ortles - Cevedale con distinguidos generales alpinos como Barco y Giordano; más tarde fue Agregado y luego Jefe de nuestra Misión Militar en Ecuador”. La expedición de De Giorgis fue la primera ascensión italiana del volcán Cotopaxi, además del segundo registro de ascensión al Iliniza Sur (5245 m.) después de la ascensión de los guías de Whymper Louis y Jean-Antoine Carrel en 1880. Véase: Guido Bertarelli, “Le importanti ascensioni italiane nelle Ande dell’ Ecuador: Compilate dal Colonnello Federico De Giorgis”, *Lo Scarpone Alpinismo-Sci-Escursionismo*, 18 de febrero de 1934, 1. Archivo del Club Alpino Italiano, Milan.

destacados de sus aventuras en verso, donde incluso realizó una oda a los cocodrilos.⁸²⁵ En lo que puede ser definido como un poema narrativo organizado en cuartetos, Uselli empieza con una impresión sobre el país al que describe como “La encantadora tierra perfumada / Que engendra una vegetación / Semejante a la flora de un inmenso invernadero”. Según menciona el redactor, en los versos de Uselli “se magnifican las bellezas de la naturaleza y especialmente de la Cordillera de los Andes”, y abordan “minuciosamente las condiciones climáticas con las oportunas notas explicativas, el régimen de vientos y mareas, la flora, los bosques, los cultivos y la fauna”. Así también menciona el columnista que el escrito de Uselli responde a “un verdadero tratado de geografía en verso, lleno de consejos útiles para el viajero”.⁸²⁶

En lo que respecta al Chimborazo los versos se reducen a transmitir la imagen monolítica de la conquista individual del sujeto montañista, y de la conquista colectiva en cuanto a la referencia nacionalista de la bandera italiana. De manera que se centran en “contar sus bellezas poco conocidas” y del estandarte italiano “que estuvo cerca del sol”. El redactor que va comentando los versos de Uselli hace medición de “leyendas que rodean a la misteriosa montaña”, a la que se considera inaccesible “salvo para seres divinos o sobrenaturales”, lo cual envuelve la misticidad de la montaña andina como objeto exótico. En torno a la ascensión, la voz poética de Uselli la anuncia a partir del preludio de la contemplación: atraído “por el misterio de esa escarcha eterna / Que el pie humano nunca ha albergado”. Posteriormente aborda el instante de la caída como elemento central que implica el desafío de la excursión en las nieves perpetuas, y finalmente la conquista de la cumbre sellada con la imagen de la bandera italiana. Sobrevivir a la caída, recuperar el piolet, y poder clavarlo en la cima en señal de conquista, responde precisamente a esa recompensa individual y colectiva que inspira el espíritu nacionalista: “Clavo el hacha de hielo, y allí sujeto / El pecíolo tricolor símbolo de Italia / Que ondea tembloroso en el viento diabólico / Sobre el Chimborazo, y mi mirada seduce”.⁸²⁷

La presencia indígena es recurrente en este texto poético y tiene un episodio que escapa a todos los demás relatos que abordaron la ascensión de Uselli. Definido por el redactor como “El obsequio de la virgen”, la imagen indígena aparece reducida a una

⁸²⁵ “Primizie alla Mostra dell’Alpinismo nel mondo: Celestino Uselli, alpinista e poeta”, *Lo Scarpone Alpinismo-Sci-Escursionismo*, 1 de Mayo de 1938, 3. Archivo del Club Alpino Italiano, Milan.

⁸²⁶ Ibid.

⁸²⁷ Ibid.

escena propia de los relatos decimonónicos de viajeros europeos en la Polinesia: “Como si fuera un verdadero Dios, [...] / doncella agraciada, y bella y hermosa, / entonces otras y otras aún, y las bellas / me rinden supremo homenaje / e inclinan sus cuerpos juveniles”. Además de llegar a su clímax al concluir la escena en una consumación del acto imbricada con la imagen de la montaña y la autoridad del sujeto que la conquista: “Extiendo mi mano a una de las doncellas [...] / Y, ardiendo toda en la morena piel / entrecierra los ojos con divino deleite / su cuerpo encantador me toca suavemente / de modo que al contemplarla la estrecho contra mí / y la llevo al amparo de la montaña”.⁸²⁸ Este episodio, ciertamente inventado, coloca al espacio andino dentro de una esfera de exotismo donde, además de los elementos locales de la interacción del sujeto europeo con los indígenas, este sujeto se proyecta a sí mismo como un sujeto divinizado por los indígenas debido a su conquista de la cumbre.

El poema, que aparece treinta años más tarde del informe y fotografías de Usuelli en la revista del *Touring Club*, difiere precisamente de los demás relatos por una hipérbole del exotismo de los altos volcanes con esa vinculación distorsionada en los versos dedicados al ofrecimiento de doncellas. Al relacionar las montañas con las doncellas, el poema ofrece una imagen donde el panorama andino, abierto a las posibilidades de elegir ascender a sus montañas, el Chimborazo representa precisamente esa “Venus roja de purísima belleza” de la que habla al describir a la “joven doncella”. Aquí hay una necesidad de agotar en el lenguaje poético la imagen de conquista y de contemplación de la montaña como un cuerpo femenino, marcando así una diferencia radical con respecto a las descripciones científicas positivistas. Este aspecto es aún más evidente al finalizar el poema. En la escena final, cuando la comunidad enciende hogueras para despedir al joven viajero, la voz poética de Usuelli compara estos espacios cercanos a las altas montañas como lugares puros y naturalizados, lugares “donde reina la sencillez” en contraste con la ciudad, lugar ubicado en la depresión de un valle, espacio que “tiraniza la civilización”, lugar que conduce a la lejanía, a la oscuridad de una imagen de profundidad que invoca el océano y la inmersión del sujeto en la lejanía: “así, en la llama alta, que vívida brillaba largamente, / mientras abajo todo el mundo estaba oscuro / y hacia las costas a las que volvían mis pasos”.⁸²⁹

Dentro del *Club Alpino Italiano* la figura de Usuelli surge también como una autoridad al momento de abordar aspectos sobre ciertos elementos perjudiciales para el

⁸²⁸ Ibid.

⁸²⁹ Ibid.

organismo humano en la altura. Así, por ejemplo, en el octavo número de la *Rivista Mensile del Club Alpino Italiano* de agosto 1910,⁸³⁰ se hace una reseña acerca de un folleto de Doménico Pastorello sobre si el alcohol era o no perjudicial en las actividades de montaña, para lo que recoge, entre otros, la apreciación de Uselli quien “afirma categóricamente que sería un gravísimo error en las ascensiones recurrir a bebidas alcohólicas, de las que por tanto se abstiene”.⁸³¹

Ahora bien, Marino Tremonti, después de utilizar y abreviar lo que Uselli expuso en la revista del Touring Club, retoma un último comentario en donde Uselli se dirige a futuros ascensionistas interesados en el Chimborazo. Para hacerse una idea de lo que se debe enfrentar respecto a la singularidad de su ascensión, por su morfología y las bandas horizontales de roca volcánica, expone que el ascenso puede ser efectuado desde sus laderas en cuatro días.⁸³²

Frente a la sencillez del alpinista italiano, Tremonti denuncia el tono despótico con que Meyer se refiere a la ascensión del joven de 26 años que decía haber ascendido al Chimborazo. Meyer arremete en su libro contra el montañero italiano al calificar a Uselli como impostor. Sin embargo, para Tremonti, las observaciones de Meyer no tienen un sustento claro, además de encontrar en él sentimientos que no se destacan por ser del todo nobles.⁸³³ Entre las acusaciones de Meyer están los tiempos empleados y las mediciones realizadas por Uselli. Como menciona Tremonti, estos tiempos estarían bien considerados si se compara las distancias desde los campamentos instaurados, así también las alturas tomadas con el barómetro aneroide que, si bien son erróneas por exceso, mantienen entre ellas una proporción razonable.⁸³⁴ Así también con respecto al paso de dificultad de *Murallas Rojas*, que el propio Meyer y Whymper realizaron con empeño, y de la falta de equipo que poseía Rinaldo (Reynaldo), lo cual no concuerda con el relato de Uselli donde afirma que lo había equipado con todo el material de alpinismo. Meyer

⁸³⁰ Doménico Pastorello (1887-1981), fue un piloto condecorado durante la Primera Guerra Mundial, y militante socialista dedicado a la promoción de campañas en contra del abuso del alcohol. Perseguido por los fascistas por su postura antimilitarista y sus campañas sobre el alcohol, entre otros eventos, se vio obligado a abandonar Italia. Después de la Segunda Guerra Mundial colaboró con la prensa anarquista y anticlerical, causando revuelo con sus posturas morales, psicológicas y sexuales, con un amplio abanico de temas históricos, literarios, políticos y sociales. Llegó a hablar nueve idiomas. Véase: Biblioteca Franco Serantini, “Pastorello, Domenico”, *Biblioteca Franco Seratini*, accedido 5 de octubre de 2023, <https://www.bfscollezionidigitali.org/entita/14353-pastorello-domenico>.

⁸³¹ Antonio Sebastiani, “Domenico Pastorello: Alcohol en la montaña. - Varallo, Tip. Camaschella y Zanfa, 1910. Centesimi 30”, *Rivista del Club Alpino Italiano. Pubblicazione Mensile* 29, n.º 8 (1910): 257-8. Archivo del Club Alpino Italiano, Milan.

⁸³² Tremonti, “Le Ande dell’ Ecuador”, 263.

⁸³³ Ibid.

⁸³⁴ Ibid., 264.

se queja también de que las descripciones geológicas fueron extraídas del libro de Whymper, sin percatarse de que Uselli se mantuvo durante muy poco tiempo en la cumbre y que no era precisamente un erudito en las ciencias de la tierra.

Para Tremonti, el desprecio que manifiesta Meyer queda expuesto al momento en que el geógrafo alemán define a las descripciones de Uselli como retórica romántica, pero también en el alemán resplandece una decepción por no haber alcanzado la cumbre del Chimborazo a pesar de haberlo intentado en dos ocasiones. Decepción que en términos hilarantes le hace evocar a Tremonti la fábula “La zorra y las uvas” de Esopo: cuando Meyer escribe que Reschreiter y él habrían llegado a la cumbre gustosos, pero dado el poco tiempo del que disponían, prefirieron subordinar el interés montañoso al científico.⁸³⁵ Al abordar estas referencias y actitudes en el texto de Meyer, Tremonti plantea cierta ignorancia del geógrafo alemán en materia del alpinismo. Uselli había escalado el Monte Rosa, el Cervino, el Mont Blanc, y había efectuado ascensiones en Perú y Bolivia. Su ignorancia se extiende al calificar a los Carrel, de la expedición de Whymper, como guías suizos de “Valtournenche”, cuando esa localidad estaba ubicada en territorio italiano. Esta ignorancia de Meyer sobre la figura de Uselli se extiende también a otros eventos protagonizados por el italiano en Europa.

En noviembre de 1906, un año antes de la publicación del libro de Meyer, Uselli atravesó los Alpes en globo por sobre el macizo del *Mont Blanc*, cubriendo la distancia entre Milán y Aix-les-Bains en Saboya en cuatro horas. Meses después, el 10 de mayo de 1907, dio una conferencia en el CAI en su sección de Milán, no sólo sobre el cruce en globo, sino también acerca de otras ascensiones aeronáuticas, como la tragedia suscitada en junio del mismo año en la que dos de sus acompañantes murieron tras ser arrastrados desde Milán hacia el mar Adriático, saliendo él ileso del impacto. El redactor de la revista mensual del CAI, en el informe sobre esta conferencia, además de resaltar esa “audaz hazaña de atravesar los Alpes en globo”, manifestó que tuvo una gran acogida entre la concurrencia, señalando que Uselli, durante dos horas, sin ayuda de notas o escritos de apoyo, narró “de forma clara y brillante [...], como ya lo había hecho el año pasado sobre su aventurado ascenso al Chimborazo”. El redactor celebra además la “audacia, sangre fría y vigor físico en grado sumo” de Uselli para salir “victorioso de tales pruebas”.⁸³⁶

⁸³⁵ Ibid.

⁸³⁶ Carlo Ratti, “10 maggio: Conferenza del socio Celstino Uselli, *Rivista Mensile del Club Alpino Italiano* 26, n.º 6 (junio 1907): 286.

A pesar de todo estos registros sobre la figura de Uselli al interior del CAI, los cuales desacreditan las acusaciones de Meyer, existe además un componente corroborativo que se expone desde una figura de autoridad local. Al concluir sobre la veracidad de la ascensión de Uselli, Tremonti acude a la figura de un agente local que se destacó entre 1900 y 1933 en el ámbito de las exploraciones a las altas montañas del Ecuador. Se trata de Nicolás Martínez Holguín, quién practicó el montañismo como una actividad vinculada a la ciencia y el deporte, gesto que Martínez propone en su libro de 1933, *Exploraciones en los Andes Ecuatorianos: Chimborazo, Carihuaírazo, Quilindaña, Iliniza*. Esta obra se basa en la recopilación de cartas, diarios e informes, varios de ellos publicados en la prensa quiteña a lo largo de sus años de ascensionista. En ese extracto al que recurre Tremonti, Martínez escribe que no hay razón para dudar de la ascensión de Uselli, ya que aparte de ser un notable alpinista, no tenía interés alguno en mentir. Martínez nombra a testigos que presenciaron la ascensión de Uselli como al mayordomo de Pogyos, quién le aseguró en 1906 que el alpinista italiano había efectivamente llegado a la “copa del cerro”, ya que lo vio allí desde la base de la zona nevada hasta donde lo había acompañado. Según este dato, Uselli habría llegado al menos hasta la cumbre Veintemilla, la cual era el único punto visible desde aquel lugar.⁸³⁷

Tremonti corrobora la descripción de Uselli con la perspectiva del terreno tanto en el levantamiento de la información de los viajeros del siglo XIX y de los montañistas ecuatorianos, como en base a lo que observa en el alto paisaje andino, de manera que sentencia el derecho a la legitimidad de la ascensión de Uselli: “La ruta está claramente indicada con variaciones respecto a la descrita por Whymper (Uselli desde arriba de Murallas Rojas sube directamente sin dar la vuelta en espiral alrededor de la Cumbre Veintemilla)”, de manera que la cumbre Veintemilla y la cumbre máxima “se ilustran desde un ángulo visual completamente distinto al de Whymper (Whymper subía desde la hondonada hacia el norte entre los domos, derecha e izquierda como dos relieves equivalentes [...], mientras que Uselli llega a la meseta de la cumbre Veintemilla por el oeste y se encuentra con una llanura —la propia Cumbre Veintemilla—”, cumbre que presenta “una ligera depresión —una hondonada entre los domos—” y que “se eleva ligeramente en la cumbre máxima”. La comparación sobre las condiciones de la montaña difiere completamente a las descritas por Whymper en sus dos ascensiones, sin nieve blanda relativamente profunda sino con un manto de glaciar cubierto superficialmente

⁸³⁷ Nicolás G. Martínez, *Exploraciones en los Andes Ecuatorianos: Chimborazo, Carihuaírazo, Quilindaña, Iliniza* (Quito: Talleres Gráficos Nacionales, 1933), 53.

por nieve fresca de diez centímetros, y tres centímetros de nieve húmeda en la cumbre. A esto se añaden las “grietas en la depresión que antecede al pico más alto, que Whympfer no había descrito”, y la obviedad de “las altitudes completamente diferentes de las de Whympfer”. Todo esto, para Tremonti es, en resumen, una descripción que resulta muy distinta “al informe de Whympfer, al que sólo un *embaucador*”, como denunció Meyer, “habría podido recurrir”.⁸³⁸ El relato de Tremonti, además de establecer una coherencia entre sus observaciones y ascensos a los Andes del Ecuador en comunión con la narración de Usuelli, otorga también espacio a la figura de Rinaldo Aldas como testigo de la ascensión. Aldas fue también parte de los peones contratados por Hans Meyer, y según Tremonti, fue maltratado y acosado, puesto que el geógrafo alemán lo consideraba cómplice del fraude, calificativo con el que tanto empeño remitió a la ascensión de Usuelli.

Hans Meyer a la hora de referirse a los arrieros que contrató para su expedición, se basó precisamente en la experiencia que éstos habían adquirido en la expedición de Usuelli. Meyer, sin embargo, poco o nada informa al lector sobre los pormenores que los peones le habrían proporcionado respecto a la ascensión de Usuelli. Aún más si se considera que Meyer da voz, en ciertos momentos, a ciertos arrieros que no son precisamente de nacionalidad ecuatoriana, como es el caso de “Espiridión”, a quién exhibió en una escena al final de la expedición como un guitarrista de pleno sentimiento:

A mi pregunta de porqué no había demostrado antes su arte, respondió riendo: “En tanto que tú trabajas durante el día, Patrón, yo no quiero perturbarte o tengo igualmente que trabajar, y cuando tú descansas por la tarde estoy tan cansado, que ya no pienso en la música”. Lástima de haber llevado inútilmente durante semanas, el instrumento. Por lo demás, el hombre era, como se ha mencionado, colombiano. Entre los ecuatorianos solo por excepción se encuentra un arte que no da de comer, como la música casera”.⁸³⁹

Este menosprecio hacia el contingente local ecuatoriano termina siendo casi una expresión abyecta y poco agradable. Y esto se vincula con el desprecio hacia lo italiano, no sólo al momento de calificar de forma peyorativa “la retórica románica” en la forma de expresarse de Usuelli, sino en la higiene de las cabañas alpinas: “no he visto ejemplares tan espléndidos de pulgas como en las cabañas indias del Alto Ecuador, ni siquiera en las cabañas alpinas italianas, que son por ello muy denostadas, pero en cuanto a cantidad, la Italia alpina es quizá incluso superior a la altiplanicie ecuatoriana”.⁸⁴⁰ Lo mismo sucede

⁸³⁸ Tremonti, “Le Ande dell’ Ecuador”, 264.

⁸³⁹ Meyer, *En los Altos Andes*, 523.

⁸⁴⁰ Meyer, *In den Hoch-Anden*, 162.

al referirse al sistema vial italiano al momento de hablar de los ferrocarriles en comparación a la red norteamericana: “La gentuza que se congrega en la construcción ferroviaria ya es mala en Europa; pensemos en los ferroviarios italianos”.⁸⁴¹

Otro componente en tensión está vinculado a la presencia de comerciantes italianos en el Ecuador. Al término del informe enviado al *Touring Club*, Usuelli menciona que después de la ascensión, y de partir por la mañana del 29 de abril de la hacienda Cunucyacu, llegó a la ciudad de Ambato en “donde los conocidos, y en particular los italianos que vivían allí”, fueron “en masa” a recibirlo.⁸⁴² Meyer también habla sobre el encuentro que tuvo con un comerciante italiano, esta vez en Riobamba:

Descubrí a un comerciante italiano que tenía en su tienda las mejores cosas que yo podía utilizar para las excursiones a la montaña y que no había esperado en Riobamba, a saber, excelentes macarrones italianos, arroz italiano de grano fino, varios tipos de galletas, queso rojo-amarillo de buena grasa, fruta conservada en latas, especialmente melocotones y peras californianos y chilenos, y otras cosas buenas. Así que estábamos mucho mejor equipados para nuestra próxima vida de campamento de lo que yo podría haber esperado después de nuestras anteriores experiencias de posada y viaje por Ecuador.⁸⁴³

Meyer obtuvo material en exceso para contrastar, más allá de su prejuicio, la información que expuso Usuelli con respecto a las posibles versiones de quienes participaron en su expedición, así como de la información que manejaban los mismos habitantes italianos en las ciudades andinas. Pero elige quedarse en la supuesta ignorancia local de resaltar a impostores, incluso en referencia a los diarios guayaquileños a los que desacredita completamente.

Para Tremonti, la ascensión de Usuelli fue, efectivamente, la tercera ascensión absoluta a la cumbre del Chimborazo. El gesto de hacer referencia a una revista de 1904, que a su vez resalta la presencia de la prensa local, representa un momento distinto en el trasfondo de la veracidad de los eventos de ascensión en los Andes ecuatoriales. Lo que comúnmente aparece anulado, relegado o invisibilizado en las publicaciones de las exploraciones en los Andes, representa un doblez en la resignificación de la importancia que se le otorga a la veracidad de un evento. Es decir, el enfoque en la validez que otorgan los registros y enunciados de agentes locales. Este gesto, además, es utilizado por el propio Usuelli como recurso retórico al interior del texto poético, recurso que resultaría impensable por parte de viajeros científicos como Hans Meyer o Edward Whymper. Al

⁸⁴¹ Meyer, *In den Hoch-Anden*, 414.

⁸⁴² Usuelli, “La bandera italiana sul Chimborazo”, 124.

⁸⁴³ Meyer, *In den Hoch-Anden*, 67.

nombrar a los indígenas celebrando su ascensión y ofreciéndole doncellas, si bien implica un abordaje burdo, exótico y ficticio, contrasta con la imagen común de la figura del indígena como un sujeto pasivo, huido y desgraciado.

El giro de la mirada hacia la legitimidad que otorga la comunidad local se vuelve a sedimentar en la forma en que Tremonti utiliza a la figura de Nicolás G. Martínez Holguín como fuente de veracidad. El juicio de Tremonti descansa en la voz de Martínez al utilizarla como una fuente autorizada que reivindica a Usulli como un conquistador del Chimborazo. Este giro disloca además la figura de Hans Meyer, figura de peso que no sólo se inscribe en el centro de la ciencia geográfica del Imperio alemán, sino que personifica precisamente esa figura del viajero científico que conquista las altas cumbres, como fue el caso de su ascensión al Kilimanjaro.⁸⁴⁴

Este posicionamiento que se otorga a la palabra local, representa un pliegue en la medida del giro de las expresiones de veracidad sobre los eventos: los espacios que han sido constantemente obliterados a lo largo del siglo XIX en el campo de las expediciones europeas encuentran aquí una presencia distinta. El centro de la modernidad global que representaba Europa desde la colonización de América se diluye y se reemplaza aquí por un posicionamiento que no es ya la de la ausencia o de la anulación. Sin embargo, tampoco se pretende con ello demostrar una resignificación, o peor aún, un enaltecimiento o reivindicación de la voz local. Este pliegue, esta presencia distinta, sigue siendo parte de la problematización en el campo de las apropiaciones o conquistas del alto espacio andino y por ende de las disputas de legitimidad. De manera que no se puede catalogar como un cambio radical de esquema en la sustentación de esas legitimaciones. La mirada que parece atenta, por ejemplo, sobre la participación de los arrieros o el exotismo con el que el relato y poema de Usulli reduce la imagen de la población indígena dan cuenta de ello. Si bien, a diferencia de figuras como Whymper o Meyer, no se proyecta una mirada degradada del sujeto indígena y se lo posiciona más bien como un acompañante que colabora con la ascensión, sus presencias no cuentan más que como elementos que adornan el relato y la figura del viajero. El recurso discursivo en Usulli sigue confinando al indígena a una posición monolítica, condescendiente, complaciente, y que lo mimetiza con el escenario natural.

Dentro de los relatos de ascensiones a las montañas, esta dinámica en el uso del sujeto indígena por parte de figuras como Nicolás G. Martínez, como se analizará más

⁸⁴⁴ Ver capítulo 3.

adelante, es aún más intensa: sus voces tienen un lugar relevante, no sólo aparecen, sus cuerpos son laureados como máquinas de rendimiento físico, o bien como sujetos fieles y de entrega al servicio del sujeto blanco-mestizo. Este aspecto tampoco puede ser laureado, debido a los usos desmedidos que hacen Martínez y sus compañeros de ascensión con respecto a la corporalidad del sujeto indígena.

La figura de Martínez intensifica ese giro donde el sujeto europeo se inclina a mostrar reverencia hacia el sujeto local. Es decir, la mirada sobre el criollo latinoamericano que proyecta el sujeto encarna esa curvatura donde la admiración encuentra un escenario idóneo. Este escenario es precisamente el mismo plano de juego creado en los Alpes como expresión deportiva y científica atravesada por la conquista de la cumbre de una montaña y su aventura, con la diferencia de los elementos que lo componen y la transformación de la terminología con la cual se lo identifica: el *andinismo*.

Esta expresión de reverencia se evidencia así mismo desde el propio Martínez hacia la figura del sujeto indígena, con la única diferencia que la voz de éstos no existe más allá que lo expuesto por Martínez y lo que muestra el registro fotográfico. El punto clave en donde convergen estos giros se encuentra precisamente en la ascensión al Chimborazo de 1911, así como en los usos de los testimonios de los indígenas que Nicolás Martínez emplea. En ellos es plausible el planteamiento de ese pliegue en términos de modernidad que encuentra lugar en el territorio ecuatoriano durante el primer tercio del siglo XX.

3. La imagen del Chimborazo, el proyecto nacional y la iridiscencia del Andinismo

La atención que se le otorgaba al Chimborazo al acentuar su imagen desde los márgenes del Río Babahoyo en el litoral ecuatoriano, dentro de la proyección simbólica nacional, responde a una representación que se remonta a la Convención de Cuenca de 1845. En dicha asamblea se hizo una declaración con respecto a la constitución del escudo de armas de la república. En ella, tras mencionar que el escudo es ovalado, se añadía que en su parte inferior “se representará el monte histórico Chimborazo del que nacerá un río y donde aparezca más caudaloso estará un buque de vapor que tenga por mástil un caduceo como símbolo de la navegación y del comercio que son las fuentes de

prosperidad del Ecuador”.⁸⁴⁵ Esta imagen, si bien ha sido comúnmente referida como una creación de José Joaquín de Olmedo (1780-1847),⁸⁴⁶ responde a la representación de una exagerada cotidianidad: era un lugar común, aunque no se lo divisaba con regularidad, de que se podía apreciar al Chimborazo desde el Río Babahoyo (e incluso desde Guayaquil). Este era el lugar por donde todo viajero debía pasar para dirigirse hacia las ciudades de la Sierra a través del Camino Real.⁸⁴⁷

Hasta la década de 1840, como se analizó en el primer capítulo, se pensaba todavía al Chimborazo como el punto más elevado del continente. Con el transcurrir de los años se fueron develando, de manera oficial, varias montañas de la Cordillera Real de Bolivia que superaban en altura al Chimborazo. Para el último tercio del siglo XIX eran numerosas las montañas de Chile, Bolivia y Perú que extendieron la brecha en esa materia. A pesar de ello, en 1903, la imagen del Chimborazo y otras elevaciones, en el contexto paisajístico del litoral, adquirió nuevamente una intensidad singular. El óleo sobre lienzo de autoría de Luis A. Martínez (1869-1909), titulado *Río Babahoyo* (Fig. 18),⁸⁴⁸ representa el escenario tropical con la impronta característica de sus ecosistemas en dimensiones panorámicas. Este cuadro resume las dos regiones principales que configuraban la imagen del Ecuador en ese momento, la del Litoral, con su vegetación extendida a lo largo del río Babahoyo, y la de la Sierra con sus cadenas montañosas interlineadas a través de la presencia del perfil nevado del Chimborazo. Su gesto estético impregna un abanico de tonalidades azuladas, principalmente las del cielo, recreando así distintas percepciones de la atmósfera según el espacio que ocupan los objetos naturales.⁸⁴⁹ El cuadro también caracteriza la arquitectura y presencia cultural del litoral

⁸⁴⁵ “Periódico Oficial”, 21 de Junio, No. 22, (Quito, 1845): 1, citado en Rex Sosa, *El escudo de armas del Ecuador y el proyecto nacional* (Quito: Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador, 2014), 65.

⁸⁴⁶ Esta referencia se remonta a Aurelio Espinosa Pólit, *Temas Ecuatorianos* (Quito: Editorial Clásica, 1954), 127-30.

⁸⁴⁷ Valdría recalcar nuevamente lo expuesto en el primer capítulo en cuanto a la imagen del Chimborazo como telón de fondo de muchos de los cuadros de Humboldt, así como la mirada que, desde el litoral, se corresponde con la verticalidad de la biodistribución geográfica y la impresión humboldtiana del paisaje.

⁸⁴⁸ Este óleo se encuentra custodiado hoy en día por el Club Tungurahua de la ciudad de Ambato. Se ha colocado aquí el año 1903 de acuerdo a la identificación que ha realizado Martín Jaramillo, quien ha comparado el plano inferior del cuadro, correspondiente a las barcazas del río Babahoyo, con una fotografía del mismo plano, la cual pertenece a Augusto N. Martínez, tomada en 1903. La interpretación de Jaramillo sugiere que Luis A. Martínez se habría basado en esta fotografía para la realización inferior de su cuadro. Véase: Martín Jaramillo, “Paisaje. La representación de Los Andes ecuatorianos en la obra fotográfica y pictórica de Augusto, Nicolás y Luis Martínez Holguín (1892-1933)” (tesis de maestría, Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, Sede Ecuador, 2024), 184-5, <http://hdl.handle.net/10469/20731>. El cuadro no posee ni firma ni fecha, y algunos autores incluso lo han situado en 1901.

⁸⁴⁹ Al respecto existe un importante trabajo inédito dedicado a ésta y otras obras de Luis A. Martínez, sobre todo desde un análisis estético. Agradezco a su autor, Xavier Puig Peñalosa, por haberme facilitado

imbricándolos en el escenario natural, con su fauna y flora. Uno de los objetos que resalta a primera vista es el símbolo de progreso global encarnado en el barco de vapor, pero en conjunción con el medio de transporte local de las pequeñas embarcaciones.

Luis Alfredo Martínez Holguín fue el único de los pintores ecuatorianos de fines del siglo XIX e inicios del XX que dedicó por entero su obra pictórica al paisajismo, donde varios de sus cuadros están dedicados a las altas montañas. El Chimborazo se desempeña como un tópico inamovible en su mirada y pensamiento, enraizados en la ideología romántica y liberal. Conocido especialmente como literato por su novela *A la costa* (1904),⁸⁵⁰ los estudios que se han basado en la labor de Luis Alfredo Martínez han suscitado en los últimos años una atención particular sobre su obra pictórica en las áreas de los estudios visuales y de la estética en el Ecuador.⁸⁵¹ *Río Babahoyo*, en su despliegue propio de la pintura romántica y dada su vinculación con respecto a la idea de progreso, coincide con lo que Sosa Rex ha mencionado sobre la cuestión de un proyecto nacional de largo aliento que se ve expresado en la Convención de Cuenca: “el escudo empieza a constituirse en la bisagra que reúne [...] las imágenes de un pasado heroico y fundador y [...] el futuro de un progreso prometido pues está llamado a convertirse en imagen omnipresente en el imaginario colectivo como referente de legitimación identitaria”.⁸⁵² Esta imagen del Chimborazo con el río Babahoyo y el barco de vapor, se consolidará en el escudo de armas que conserva la República del Ecuador oficialmente desde 1916.⁸⁵³

En cuanto a su cumbre, aún a pesar de las ascensiones de Whymper en 1880, y las que llevaron a cabo Celestino Usulli en 1903, y posteriormente, en 1911, Nicolás G. Martínez, hermano menor de Luis A. Martínez, era usual encontrarse en la cosmovisión local con comentarios de incredulidad con respecto a que la huella humana haya efectivamente alcanzado la cumbre de esa montaña. Así lo expresaron, a modo de queja, el mismo Whymper, Meyer, y Nicolás G. Martínez.

Si bien el Chimborazo dejó de ser considerado la mayor elevación del globo y del continente desde hacía varias décadas —sobre todo a las que siguieron después de las conquistas de su cumbre—, su presencia de grandeza aún persistía de manera intensa en

su texto inédito: Xavier Puig Peñalosa, *Luis A. Martínez y su tiempo: política, literatura y pintura de paisaje*. Inédito. Vale resaltar que este trabajo representa uno de los pocos esfuerzos por abordar, desde la perspectiva estética, al paisajismo del Ecuador de inicios del siglo XX, aspecto que se ha mantenido relativamente ausente de las letras ecuatorianas.

⁸⁵⁰ Publicada originariamente en 1904, la versión más antigua a que se puede acceder es la de 1946, publicada por la Casa de la Cultura Ecuatoriana.

⁸⁵¹ Jaramillo, “La representación de la montaña”; Puig, *Luis A. Martínez y su tiempo*.

⁸⁵² Sosa, *El escudo nacional*, 60.

⁸⁵³ *Ibíd.*, 118.

el imaginario colectivo. Por un lado, esta persistencia podría interpretarse como un gesto nostálgico hacia su estatus perdido frente a los valores, cada vez más frecuentes y abundantes, atribuidos a otras elevaciones. Este gesto, tejido además de ideales colectivos y personales, parece alentar la compulsión de regresar a ella una y otra vez.⁸⁵⁴ Además, la insistencia en la importancia del Chimborazo como símbolo del alto espacio andino, puede considerarse también como un motivo de orgullo nacional: motivo donde los relatos nacionales encuentran un espacio óptimo para rememorar los esfuerzos científicos y artísticos que transitaron en los Andes. Así, partiendo del perfil del Chimborazo de Humboldt hasta la imagen del Chimborazo en el Escudo de Armas, puede incluso interpretarse esa montaña como una oscilación entre la concepción científica y la simbología cultural de los objetos naturales.⁸⁵⁵

Ahora bien, continuando con lo expuesto en los capítulos anteriores, el enfoque en la actividad del ascensionismo y la aventura que lo acompaña representa un fenómeno particular en dónde se registra la oscilación de los objetos naturales no sólo entre la ciencia y la simbología cultural que rememora la grandeza perdida, sino también entre la estética, la retórica y los gestos de modernidad. El acto de subir montañas, o bien, el arte de subir montañas, como lo resaltó Whympers, representa una actividad donde la cuestión de la aventura y la exploración científica se posicionan como elementos que modelan y moldean expresiones singulares en torno a imágenes e ideales del entorno y de los mismos sujetos que las producen. Al establecer un contraste con lo que fue el ascensionismo europeo en tierras andinas durante el siglo XIX, cabe preguntarse sobre las diferencias existentes entre estas ascensiones con respecto a las efectuadas a inicios del siglo XX. La búsqueda de las cumbres andinas durante la primera década de 1900 no se reduce al retorno de las huellas humanas en la cumbre de una montaña como el Chimborazo. El eco de registros precedentes al momento del florecimiento del término *andinismo*, es decir, la presencia de viajeros extranjeros, las manifestaciones y tendencias de los registros escritos y visuales, tanto de producciones extranjeras como locales, envolvió el

⁸⁵⁴ Al respecto de esta idea nostálgica, se puede mencionar el trabajo de Jon Juaristi, *El bucle melancólico* (Madrid: Espasa Calpe, 1997), donde el nacionalismo vasco es definido en base a una afrenta que jamás existió, afrenta que por tanto no puede ser jamás reparada. Uno de los epígrafes que utiliza Juaristi para abrir su libro, tomado de Giorgio Agamben, reza: “Mientras el luto sigue a una pérdida realmente acaecida, en la melancolía no sólo no está claro de hecho qué es lo que se ha perdido, sino que ni siquiera es seguro que se pueda hablar de veras de una pérdida”. La particularidad del Chimborazo, es que hasta el día de hoy, como se ha mencionado varias veces a lo largo de esta tesis, su grandeza vuelve una y otra vez, en esta ocasión, en posicionarlo como el punto más cercano al sol medido desde el centro del globo terráqueo, al menos durante los equinoccios.

⁸⁵⁵ Cañizares-Esguerra y Thurner, “Andes”, 217-24.

desarrollo de la práctica local del montañismo. Esta práctica fue ejercida y representada principalmente por los hermanos Martínez Holguín, y de manera particularmente intensa por el menor de ellos, Nicolás Guillermo.

Los siguientes acápites parten de la presunción de que la cuestión del testimonio de la ascensión y sus ecos, al reunir por igual lo retórico, lo artístico y el ímpetu nacionalista bajo la cuestión de la aventura, representan un marco donde se adhieren no sólo diferentes tipos de expresiones sociales, como el motivo de los espacios naturales que desafían la presencia humana o el simple alcance social que implica esa supuesta “conquista”, sino más bien una presencia que merodea la noción de modernidad.

A partir de ese despliegue de expresiones que evoca la ascensión al Chimborazo al igual que a los demás volcanes andinos del Ecuador, como expresión de una hazaña nacional, se define algo distinto: un revés en las formas de concebir al montañismo y a la propia expresión científica como distintivamente *andinos*. Bajo esa sigla se gesta no sólo una apropiación sino más bien una *transducción*. Tomada desde la teoría literaria, la *transducción*, como ya se explicó anteriormente, hace referencia a la fertilidad semiótica que posee un objeto retórico dentro de un proceso activo en el que desempeñan un papel fundamental, hilvanándolo, la interpretación y la recepción.⁸⁵⁶ Es decir, la práctica de la exploración científica y el acto de subir montañas como expresiones distintivamente *andinas*, no sólo responden a una adaptación de las prácticas exploratorias y montañismo europeos, sino que implica un cambio en su significación y referencia. Con esto se pretende hablar de un tipo específico de montañismo que no equivale al *alpinismo* como tal, y por ende responde a un distinto concierto de expresiones en su escenario geográfico y transcultural.

Estos elementos concernientes en torno al término andinismo acuñado por Martínez, puede ser catalogada como una *modernidad de pliegue*. Con esta categoría analítica se hace referencia, como ya se expuso con anterioridad, a la cuestión de modernidad entendida como el movimiento de un nuevo enfoque tecnológico, o como expresa Bolívar Echeverría, un recentramiento tecnológico que se produce con relación a una base distinta en la interacción entre lo humano y lo otro-natural.⁸⁵⁷ Esta interacción se define por una mirada y tratamiento ambivalente de la naturaleza como un “adversario/colaborador”⁸⁵⁸ y por las innovaciones tecnológicas que esa mirada y

⁸⁵⁶ Lubomír Doležal, *Historia breve de la poética* (Madrid: Arco Libros, 1997), 231.

⁸⁵⁷ Echeverría, *¿Qué es la modernidad?*, 17.

⁸⁵⁸ *Ibid.*, 18.

tratamiento ambivalente implican. El trasfondo de lo moderno, como sostiene Echeverría, en cuanto a este amalgamiento en términos de naturaleza innovadora, resalta su ambigüedad, y se sitúa siempre inconsistente e inacabado. Lo moderno, en este sentido, conlleva lógicas de obstáculo de su proyecto ante la invocación constante de aquello que intenta modificar, es decir, lo que identifica como arcaico o tradicional.⁸⁵⁹ En cuanto al término pliegue, se lo ha tomado aquí en tanto metáfora para ilustrar lo que G. Deleuze denominó punto elástico o curvaturas entremezcladas, cuya centralidad no remite a coordenadas fijas sino a las estrías flexibles de la elasticidad.⁸⁶⁰ En el pliegue la técnica se torna borrosa al momento de intentar descifrar su finalidad, puesto que, como menciona Heidegger, la multiplicidad de finalidades se disipa en la multiplicidad de instrumentos.⁸⁶¹ Sin embargo, no es tanto la multiplicidad de instrumentos lo que se vuelve visible en el pliegue, sino en cuanto a lo plausible del uso extensivo del término al igual que en la obliteración de su uso. Como se analizará en cuanto al término *andinismo*, lo deportivo se confunde como “origen” pero es justamente en anular ese supuesto origen en donde se localiza esa multiplicidad de elementos simultáneos que disemina su puesta en práctica: lo deportivo, lo científico, lo narrativo, lo fotográfico, la fuerza de trabajo indígena y su inclusión en la elaboración de misticidad andina, así como la presencia masiva de sujetos locales que, en 1933, lograron ascender a una alta montaña como el Tungurahua (5023 m.), resultan en aspectos que ponen en juego toda esa multiplicidad.

Ya que se ha nombrado al Tungurahua, en lo que respecta al contexto de la relación que implican las exploraciones del Chimborazo con los demás volcanes y el elevado entorno andino, se han podido visualizar expresiones de disputa en cuanto a la apropiación de las montañas a partir de la exploración y conquista de sus cumbres, los cuales han decantado inclusive en rivalidades nacionales.⁸⁶² Resaltando este último aspecto, y en un encabalgamiento con los capítulos anteriores, valdría preguntarse si, habiendo una montaña reclamada como británica, en alusión al Chimborazo a raíz de las ascensiones de Edward Whymper, o una montaña considerada como alemana, en cuanto al Cotopaxi como fue el caso de las expediciones germanas que ascendieron a su cumbre,

⁸⁵⁹ Ibid., 21-2.

⁸⁶⁰ Deleuze, *El pliegue*, 25.

⁸⁶¹ Martín Heidegger, *Filosofía, Ciencia y Técnica* (Santiago de Chile: Editorial Universitaria, 1997), 111-49.

⁸⁶² En el capítulo anterior se planteó la rivalidad entre el imperio británico y el alemán, con respecto a las conquistas de la cumbre de Chimborazo y del Cotopaxi respectivamente.

¿es posible nombrar una montaña a la que se la pueda considerar en términos de apropiación por parte de exploradores locales? Ante la suposición de una respuesta afirmativa, ¿qué implicaciones tendría esa suerte de pertenencia?

4. Nicolás G. Martínez Holguín y el andinismo como práctica del montañismo en los Andes

Cuando contaba seis años de edad, Nicolás Guillermo Martínez Holguín observó desde la ciudad de Ambato la erupción de 1880 del Cotopaxi, evento que generó en él una fascinación hacia los grandes fenómenos naturales. Ante él, una gran “masa de nubes negras como tinta” sumió el paisaje en “profunda oscuridad”. En su extremo, como si fuese un gran bostezo que tragaba la luz con sus nubes de cenizas, el Chimborazo “brillantemente iluminado por el sol” se mantenía indiferente ante esa oscuridad amenazante. Frente a esa imagen de la infancia, Martínez se pregunta, cincuenta y tres años más tarde, si se podía suponer que en aquel momento cuatro seres humanos contemplaban desde la altura el avance interminable de las nubes volcánicas.⁸⁶³

Esa escena, que corresponde al mismo evento que relató Edward Whymper durante su segunda ascensión al Chimborazo, auguraba de alguna manera la huella de Martínez en la cumbre de una montaña que consolidaría su figura como montañista. Este episodio, impregnado “para siempre” en su memoria, se encuentra en su libro *Las grandes erupciones del Tungurahua en los años 1916-1918*, publicado en 1932. Ese año y el siguiente representaron un tiempo de producción inusual a lo largo de su trayectoria intelectual, de manera que vieron la luz las compilaciones de sus últimos escritos montañosos y estudios científicos: *Exploraciones y estudios efectuados en el Cotopaxi y el Pichincha* (1932), *Estudios Meteorológicos y Climatéricos* (1932), *Exploraciones en los Andes Ecuatorianos: El Tungurahua* (1933), *Exploraciones en los Andes Ecuatorianos: Chimborazo, Carihuairazo, Quilindaña, Iliniza* (1933). Estos libros, que tuvieron el sello del Observatorio Astronómico de Quito, del cual Martínez se desempeñaba como su director desde 1929, estuvieron inscritos en una temporada insólita, no sólo por la magnitud impresa de esas publicaciones, a lo que se suman la importancia que tuvieron las ascensiones que emprendió en ese año, sino porque a las 10h00 del 11 de agosto de 1934, moría en Guayaquil afectado por una pulmonía,

⁸⁶³ Se refiere a Whymper, Campaña, Beltrán y Jean-Antoine Carrel.

ocasionada por la ingesta de una naranjada helada, según mencionaron las necrologías.⁸⁶⁴ Muerte irónica para quien es considerado como el precursor del montañismo ecuatoriano.

Para esos años, Nicolás G. Martínez era una figura pública de renombre. En 1911, llegó a la cumbre máxima del Chimborazo, a la que bautizó además con el nombre de Whymper, “en recuerdo del célebre alpinista inglés, quien fue el primero en llegar a esta altura”.⁸⁶⁵ Esta ascensión fue el proyecto con el que completó la ascensión a la mayoría de las altas montañas que sobrepasan los cinco mil metros de altura en el Ecuador, quedando en falta el Altar y el Sangay (5286 m.).

Martínez construyó una personalidad delineada por la ciencia, la agronomía, la ocupación de cargos gubernamentales, pero sobre todo por su afán explorador. La relación Chimborazo-Cotopaxi-Tungurahua en sus últimos libros, y la evocación a Whymper en la escena de su recuerdo de la infancia, no representan una alusión inocente. Si hubiese que utilizar una imagen que plantee la consagración del origen del montañismo en el Ecuador como una práctica impulsada por locales de la serranía, sería ésta. No por su lugar cronológico, sino por su relevancia simbólica y lo que aborda precisamente en esa relación entre los tres volcanes y la evocación a Whymper como el primer explorador que holló, casi en su totalidad, las altas cumbres del país. A raíz de emular a Edward Whymper y Hans Meyer, al proyectar el Chimborazo como una montaña que se vincula con el imperio británico, y al ser el Cotopaxi un escenario insigne de la estética de la ciencia geográfica alemana,⁸⁶⁶ el Tungurahua fue para Nicolás G. Martínez y sus hermanos la antesala de un paisaje en el que fraguaron sus impresiones estéticas, espirituales, ideales políticos, estudios científicos y esfuerzos deportivos. El Tungurahua no fue un remanente de las altas cumbres por reclamar, sino la apropiación constante de un espacio desde la actividad del montañismo local.

Nicolás Guillermo Martínez nació en Quito en 1874, en el seno de una familia que irrumpió en los campos de la ciencia, la política, el arte y el excursionismo a distintas regiones del país. Desde su niñez mostró inclinación por las ciencias naturales y el conocimiento del mundo antiguo grecolatino.⁸⁶⁷ Luego se dedicó a la agricultura y meteorología, y su afición a la vulcanología lo llevó a la exploración de cráteres de altos volcanes. A los 26 años, en enero de 1900, realizó una primera ascensión a una alta

⁸⁶⁴ “Inesperada muerte del Director del Observatorio”, cuaderno de recortes de periódico, Fondo Martínez, Carpeta SG. 00065.11, Archivo Histórico del Ministerio de Patrimonio y Cultura, Quito.

⁸⁶⁵ Martínez, *Exploraciones en los Andes Ecuatorianos: Chimborazo*, 29.

⁸⁶⁶ Ver capítulos 2 y 3.

⁸⁶⁷ Echevarría, *The Andes: The Complete History of Mountaineering*, 103.

montaña, llegando hasta el “borde inferior del cráter” del Tungurahua, al que no pudo “contemplar en toda su extensión, a causa del mal tiempo”.⁸⁶⁸ Emprendida su ascensión en los albores del siglo XX, esta montaña fue el destino de una carrera de exploraciones que perduró durante toda su vida adulta.⁸⁶⁹ El Tungurahua inauguró, en la última ascensión a una alta montaña efectuada por Martínez, la exploración a gran escala a una alta cumbre en el país, lo que acarreó la fundación del primer club de montañismo del país, y el bautizo de uno de los dos picos prominentes del borde del cráter con su nombre, nombrando al otro como Club Andino.

Desde temprana edad, estuvo vinculado al Observatorio Astronómico de Quito, primero como calculador y después como ayudante de meteorología, tareas desempeñadas bajo la dirección del astrónomo francés Francois Gonnessiat (1856-1934), quién ejerció como director del Observatorio entre 1900 y 1905. Gonnessiat asumió el cargo como parte de los preparativos y desarrollo de la Segunda Misión Geodésica Francesa en el Ecuador. Martínez fue también meteorólogo de la Quinta Normal de Agricultura de Ambato, ocupó el cargo de Superintendente del ferrocarril al Curaray, proyecto impulsado por su hermano Luis Alfredo en 1904, y que fue reactivado, nuevamente sin éxito, en 1916.⁸⁷⁰ Su producción sobre sus ascensiones a los Andes encontró eco en diarios de la ciudad de Quito, como *La Prensa* y *El Comercio*, siempre atentos a lo que suscitaban sus exploraciones a las altas montañas. Aparte de sus publicaciones sobre sus excursiones, escribió también un libro sobre el Archipiélago de las Galápagos bajo el título de *Impresiones de un viaje*, el cual contó con tres ediciones (1915, 1919, 1934), así también un trabajo titulado *Impresiones de viaje a las provincias del norte* publicado en 1929 por *El Comercio*. Efectuó, además, continuos viajes al oriente ecuatoriano. Al igual que su padre, y su hermano Luis Alfredo, incursionó en el debate social y étnico de la época con la publicación de *La condición actual de la raza indígena*

⁸⁶⁸ Nicolás Martínez, *Exploraciones en los Andes Ecuatorianos: El Tungurahua* (Quito: Imprenta Nacional, 1933), 59.

⁸⁶⁹ *Ibid.*, 104.

⁸⁷⁰ “El Sr. Presidente de la República ha tenido a bien, según Acuerdo No. 29D. de esta fecha, nombrar a Ud Super-Intendente-Inspector del Ferrocarril al Curaray, con la asignación determinada en el Presupuesto respectivo”. Véase: Acta del Ministerio de lo Interior, 31 de octubre de 1916, Fondo Martínez, Carpeta SG. 065.2., Archivo Histórico del Ministerio de Cultura y Patrimonio, Quito.

en la provincia de Tungurahua en 1916,⁸⁷¹ y publicó un libro dedicado a su afición científica: *Estudios Meteorológicos y Climatéricos* publicado en 1932.⁸⁷²

En lo que respecta a sus relatos de ascensiones a los altos Andes, Martínez publicó desde 1920 sus libros en materia de andinismo, los cuales compilaban sus excursiones publicadas en diarios quiteños, cartas a amigos nacionales y extranjeros, informes y comunicaciones emitidas a instancias gubernamentales. En detalle, estos libros contenían sus ascensiones efectuadas desde 1904, los cuales se mantenían íntegros, en su gran mayoría, con respecto a las publicaciones que los diarios capitalinos publicaron, muchas veces por entregas semanales. Estos textos, según declara Nicolás Guillermo, fueron escritos en cuadernos de campo que llevaba consigo a las excursiones. A su muerte, la mayor cantidad de notas necrológicas hicieron referencia o bien remarcaron la relevancia de su figura como prominente montañista, además de científico. El *Boletín del Órgano* de la Cámara de Comercio e Industrias de Tungurahua, lo nombra como “el más grande andinista del País”.⁸⁷³

Dentro del contexto académico, Tamara Estupiñán-Freile, en su importante trabajo sobre la familia Martínez Holguín,⁸⁷⁴ presentó un primer acercamiento exhaustivo a la figura de Nicolás Guillermo. Dado que este abordaje se encuentra inserto en su contexto familiar e histórico, por los objetivos que dictaba el libro, sus actividades científicas y su producción escrita en materia vulcanológica y meteorológica, en tanto explorador de los Andes, son ámbitos que quedan aislados o poco nombrados.

En otros campos, sobre todo impulsados por montañistas o aficionados al montañismo, la figura de Martínez ha obtenido una presencia notable. La referencia a su figura estuvo presente desde mediados del siglo XX a partir de una serie de publicaciones realizadas por un sector étnico y social particular de la población ecuatoriana conformado principalmente por blanco-mestizos. Este sector, como bien ha mencionado Jeroen Derkinderen, se orientó fundamentalmente a la exposición de sus propias hazañas en

⁸⁷¹ Sobre este tema en particular, ver: Mercedes Prieto, *Liberalismo y temor. Imaginando los sujetos indígenas en el Ecuador postcolonial 1895-1950* (Quito: Abya-Yala, 2002), sobre todo el segundo capítulo “La invención científico social de una raza vencida, c. 1900-1930”, donde analiza lo escrito por Martínez.

⁸⁷² Nicolás G. Martínez, *Estudios Meteorológicos y Climatéricos* (Quito: Imprenta Nacional, 1932).

⁸⁷³ Boletín de la Cámara de Comercio e Industrias de Tungurahua, Nota necrológica, cuaderno de recortes de prensa, párr. 4, Fondo Martínez, Carpeta SG.00065.11, Archivo Histórico del Ministerio de Cultura y Patrimonio.

⁸⁷⁴ Tamara Estupiñán-Freile, *Una familia republicana: los Martínez Holguín* (Quito: Banco Central del Ecuador, 1988).

materia de exploración y montañismo,⁸⁷⁵ espacio donde la figura de Martínez fue expuesta como un referente y antepasado directo de la actividad montañera en el país. La revista *Andinismo Ecuatoriano: Órgano de la Agrupación Excursionista “Nuevos Horizontes”*, activa desde la segunda mitad de los años cuarenta del siglo XX, y el libro de José Sandoval, *En pos de “Nuevos Horizontes”* publicado en 1951,⁸⁷⁶ instauraron el registro y la conmemoración de la figura de Martínez en el imaginario de la comunidad de andinistas.⁸⁷⁷ A esto se suma un libro de culto dentro del ámbito del montañismo en el país: *Nieve y selva en Ecuador*, publicado en 1952 por el explorador, conservacionista y educador alemán Arturo Eichler (1905-2001).⁸⁷⁸ Con 191 grabados en cobre y un mapa, cuya portada lleva una ilustración realizada por Oswaldo Guayasamín, el trabajo de Eichler es un compendio de varios artículos publicados en *El Comercio*, principalmente sobre sus ascensiones a las altas montañas y exploraciones a la Amazonía. Entre otros aspectos, el libro destaca por una temprana cronología de las ascensiones realizadas hasta ese momento en el Ecuador. En sus páginas iniciales, Eichler menciona a Nicolás Guillermo Martínez como una figura equiparable a sus predecesores europeos, y le asigna el mérito de haber sido el precursor del andinismo en el Ecuador.

En la misma línea marcada por Eichler, el montañista y docente chileno radicado en EE.UU., Evelio Echevarría, publicó en 1986 en la revista quiteña *Campo Abierto* dedicada a la difusión de noticias y eventos relacionados con el montañismo, una reseña biográfica sobre Nicolás G. Martínez y su importancia en el origen del montañismo en Sudamérica. Esta preocupación por Martínez, por parte de montañistas o aficionados al montañismo, llevó a la publicación en 1994 de tres tomos bajo el título de *Pioneros y*

⁸⁷⁵ Jeroen Derkinderen, “Modernities, subalternity, and orality in ecuadorian mountaineering history (ca. 1900-1960)”, *Les Sports Modernes. Société, Culture, Temporalité, Territoire*, n.º 1 (2023): 140.

⁸⁷⁶ José Sandoval, *En pos de Nuevos Horizontes*, Tomo I (Quito: Mercedario Tirso de Molina, 1951).

⁸⁷⁷ Derkinderen, “Modernities, subalternity, and orality”, 146-7.

⁸⁷⁸ Arturo Eichler, *Nieve y selva en Ecuador* (Guayaquil: Bruno Moritz, 1952). De origen alemán, viajó al Ecuador huyendo del nazismo, ocupó diversos oficios en Puyo, Guayaquil y Quito, entre ellos como columnista de viajes y aventuras en el diario *El Comercio*. Después de varios años de vivir en el Ecuador (1934-1953), emprendió un viaje de exploración a la Guayana Venezolana, asentándose posteriormente en Caracas en donde desarrolló una carrera fructífera como ecólogo y conservacionista vinculado a la creación del Sistema de Parques y Reservas Nacionales de Venezuela. Participó en programas internacionales de conservación natural, y llegó a ocupar la cátedra de conservación y ecología en la Universidad de Los Andes en Mérida desde 1962, recibiendo el Doctorado en *Honoris Causa* en 1966 por la misma universidad. Ver: Diccionario de Historia de Venezuela DHV-BiblioFEP Historia, “Eichler Berndt, Arturo Eric”, accedido 22 de abril de 2024, https://www.venciclopedia.org/index.php/Arturo_Eric_Eichler_Berndt; La Venciclopedia, “Arturo Eric Eichler Berndt”, accedido 22 de abril de 2024, <https://bibliofep.fundacionempresaspolar.org/dhv/entradas/e/eichler-berndt-arturo-eric/>; Diccionario Biográfico del Ecuador Rodolfo Pérez Pimentel, “Eichler Arturo”, accedido 23 de abril de 2024, <https://rodolfoperezpimentel.com/eichler-arturo/>

precursores del andinismo ecuatoriano impulsada por la *Agrupación Excursionista Nuevos Horizontes* y bajo el sello de la editorial *Abya-Yala*. Los tres tomos recopilan por separado los trabajos de tres de los hermanos Martínez Holguín que se dedicaron a la exportación, estudios científicos y representación literaria y pictórica de las montañas andinas: además de Nicolás Guillermo,⁸⁷⁹ están el vulcanólogo Augusto Nicolás,⁸⁸⁰ y el escritor y artista plástico Luis Alfredo.⁸⁸¹ En el primer tomo, que recopila la mayoría de las publicaciones de Nicolás, Hernán Rodríguez Castelo realiza una introducción dedicada a su faceta montañista. En ella, Rodríguez Castelo aborda su labor de una manera sucinta y en clave en cuanto a su desempeño retórico, definiéndolo como escritor nato, más que montañista científico. Rodríguez talla la personalidad de Martínez como un espíritu aventurero que anduvo por las montañas con lápiz y libreta en mano, para “contar después sus andanzas en cartas y crónicas y en fragmentos de diario”.⁸⁸² Indirectamente esta imagen dialoga con los retratos de Humboldt que hacen referencia al escenario andino, y representa, entre otros matices que Rodríguez involuntariamente deja abiertos, posibilidades interpretativas y aristas inconclusas que son difícilmente exigibles en el contexto de un prólogo. Sin embargo, sugiere al menos un acercamiento distinto a la importancia montañera de la figura de Nicolás que Rodríguez Castelo estaba en condiciones de apreciar gracias a su faceta montañera.⁸⁸³

En el mismo contexto de la preocupación de montañistas por el montañismo, Evelio Echeverría publicó en 2018 el libro *The Andes: The Complete History of Mountaineering in High South America*. Es, quizás, un libro único al abordar la inscripción general de los eventos de exploración en la Cordillera de los Andes. A pesar de su impronta particularmente descriptiva, su registro sobre el Ecuador es vasto y retoma su texto publicado en la revista *Campo Abierto* para volver a invocar el origen de la actividad montañera en tierras ecuatorianas. En “Campo Abierto”, Echeverría ya señalaba que los libros de Martínez confirmaban su “mentalidad del alpinista nato”⁸⁸⁴ al exhibir

⁸⁷⁹ José Sandoval y Luis Carrera ed., *Pioneros y Precursores del Andinismo en el Ecuador: Nicolás G. Martínez Holguín*, vol. 1 (Quito: Abya-Yala: 1994)

⁸⁸⁰ José Sandoval y Luis Carrera ed., *Pioneros y Precursores del Andinismo en el Ecuador: Augusto N. Martínez Holguín. Contribuciones para el conocimiento geológico de la región volcánica del Ecuador*, vol. 3 (Quito: Abya-Yala, 1994).

⁸⁸¹ José Sandoval y Luis Carrera ed., Horizontes ed., *Pioneros y Precursores del Andinismo en el Ecuador: Luis A. Martínez. Andinismo, arte y literatura*, vol. 2 (Quito: Abya Yala, 1994).

⁸⁸² Hernán Rodríguez Castelo, “Nicolás G. Martínez: caminante, científico y artista”, en *Pioneros y precursores del andinismo ecuatoriano: Nicolás G. Martínez*, ed. José Sandoval y Luis Carrera, 1:VIII.

⁸⁸³ Hernán Rodríguez Castelo, además de ser uno de los referentes intelectuales más importantes del Ecuador, formó parte del Grupo Ascensionista del Colegio San Gabriel de Quito.

⁸⁸⁴ Evelio Echeverría, “Nicolás Martínez”, *Revista Campo Abierto*, n.º 9 (1986): 18.

una práctica sistemática que no cuadraba con la imagen del montañista de dos o tres cumbres, gesto que lo convirtió en una figura equiparable a “los europeos de valía de su tiempo”.⁸⁸⁵ La gran cantidad de ascensiones realizadas por Nicolás Guillermo Martínez lleva a Echevarría a preguntarse sobre qué otro ascensionista, en todo el continente americano, podía presentar tal trayectoria. La ascensión del Chimborazo, como resalta Echevarría, “en tiempos en que trepar una cumbre de más de 6000 metros era un sueño” tuvo una relevancia destacada si se considera que “no había en todo el mundo para aquellos años (1911) más de 20 o 25 ascensiones de esa clase”.⁸⁸⁶ Su vocación difería de otras figuras contemporáneas a la de Martínez que hollaron sus montañas nacionales como el caso del venezolano Alfredo Jahn y el chileno Luis Riso Patrón, quienes estuvieron sobre todo comprometidos con la cartografía, estableciendo así una vocación específica por el ascensionismo.⁸⁸⁷

En el libro *The Andes*, en la sección correspondiente a los Andes ecuatoriales, Echevarría ubica a Martínez como un pionero del ascensionismo en los Andes en la medida en que fue él quien inició la terminología del montañismo hispanoamericano. Fue en su tiempo el único sudamericano que encargó el envío de equipo desde Europa, y realizó la inscripción de los términos *bastón ferrado*, en alusión al *alpenstock* (bastón largo de punta de hierro usada en el alpinismo), o *piolet* (herramienta de mayor difusión para la progresión en terreno glaciar).⁸⁸⁸ Pero lo más representativo, menciona Echevarría, es que Nicolás Guillermo “acuñó los términos *andinismo* y *andinista* necesarios para denominar este deporte, utilizándolos por primera vez en enero de 1906, recién escalado el Cotopaxi”.⁸⁸⁹ Este aspecto lo lleva a situar a Martínez no sólo como un precursor sino también “comparable a los mejores de la época en cualquier país con tradición de alpinismo”.⁸⁹⁰ Si bien el trabajo de Echevarría no profundiza en la figura de Martínez ni en ninguna otra de las aristas posibles que podría ofrecer el estudio del andinismo, enuncia un paisaje nuevo en cuanto a la temática de la fundación, origen o resignificación de la actividad del montañismo por parte de agentes locales en los Andes del Ecuador.

⁸⁸⁵ Ibid., 18.

⁸⁸⁶ Ibid., 19.

⁸⁸⁷ Ibid.

⁸⁸⁸ Echevarría, *The Andes: The Complete History of Mountaineering*, 103.

⁸⁸⁹ Ibid., 102.

⁸⁹⁰ Ibid.

Un acercamiento pionero al tópico del andinismo en ámbitos académicos, con un amplio enfoque latinoamericano, se encuentra en el artículo *Los Andes: investigación científica y regeneración patriótica* de Jordi Martí-Henneberg. Dentro de un marco sintético, Martí-Henneberg plantea “directrices generales sobre cómo debería desarrollarse la investigación sobre el andinismo”.⁸⁹¹ Para este autor, el montañismo en sus facetas científicas, estéticas y deportivas fue posible a partir de la emigración de alpinistas a los países andinos. El montañismo del Viejo Continente fue introducido en Sudamérica en el siglo XIX, y precisa el cambio de terminología de alpinismo a andinismo a inicios del siglo XX. Como menciona este autor, “los pioneros de este proceso fueron naturalistas y aventurados montañistas [...] movidos por su afán de estudiar nuevos parajes y culminar resonantes gestas, una vez el ámbito europeo estaba ya explorado”.⁸⁹² Paralelamente a los esfuerzos científicos y gestas deportivas surgieron también valores patrióticos, educativos y regeneradores, tal y cómo evocan los boletines de andinismo de las sociedades montañeras en los Andes. Para este autor, el estudio científico y la impronta de los valores patrióticos son dos elementos que participan en el surgimiento y desarrollo del andinismo, teniendo finalmente una prevalencia en el espíritu nacionalista.

Siguiendo el auge científico y romántico desde el siglo XVIII, Martí-Henneberg propone una suerte de rastreo de esas dos vías que favorecieron la actividad del montañismo. El caso del excursionismo, como un primer paso para el surgimiento del alpinismo, fue impulsado por los estudios científicos, los cuales, gracias a su ímpetu aventurero, favorecieron la consolidación de las bases culturales para la apreciación del terreno natural aún desconocido. Este gesto fue propicio para la popularización del excursionismo en Europa que se vio posteriormente acrecentado con la expansión de la estructura ferroviaria. En este sentido, para Martí-Henneberg, la creación de los clubes europeos siguió la misma lógica a partir de la expansión de las ciencias positivistas a mediados del siglo XIX, creando así “uno de los fenómenos sociales más característicos de los ochocientos”.⁸⁹³

Esta impronta científica, sin embargo, tuvo una corta duración: “el fenómeno del espíritu de hegemonía entre las clases sociales, la regeneración de la sociedad por medio

⁸⁹¹ Jordi Martí-Henneberg, “Los Andes: investigación científica y regeneración patriótica”, en *Ciencia, vida y espacio en Iberoamérica*, coord. José Luis Peset (Madrid: CSIC, 1989), 3:127.

⁸⁹² *Ibid.*, 134.

⁸⁹³ *Ibid.*, 129.

del deporte y la cultura”⁸⁹⁴ que se promulgaban en conjunto con el nacionalismo, representaban los valores burgueses del siglo XIX, valores que fueron fácilmente integrados al fenómeno del alpinismo. Basándose en el primer artículo de los estatutos de del Club Alpino Suizo en 1863, así como en el reglamento de la Asociación Catalana de Excursionismo Científico, Martí-Henneberg llama la atención de los intereses de estas sociedades por recorrer y conocer el territorio que se correspondían con esos valores burgueses. Todo esto marcó una tradición que llegó posteriormente a América, bajo la presencia preponderante de inmigrados alemanes, como bien lo comprueba Martí-Henneberg, en países como Chile, Argentina y México.

Al igual que en Europa, el auge de lo que llegó a denominarse como andinismo estuvo delineado por las expediciones y exploraciones de carácter científico, para luego dar paso a una hegemonía, en la creación y desarrollo de los clubes andinos, de los valores morales, patrióticos, físicos, así como de apreciación estética, la conservación del mundo natural del excursionismo, y el carácter técnico del montañismo.⁸⁹⁵ En esta tendencia del andinismo por evocar principios y valores morales, Martí-Henneberg se pregunta, a modo de posibles investigaciones a futuro, “si efectivamente la línea científica del alpinismo se desarrolló en América del Sur”.⁸⁹⁶ Si bien este trabajo de Martí-Henneberg plantea cimientos claves para el estudio del andinismo, queda en deuda en cuanto a la referencia del surgimiento del término andinismo, así como a ofrecer más información sobre los Andes del Ecuador. En parte el presente capítulo responde a esa pregunta sobre la línea científica al igual que la presencia de los Andes Ecuatoriales en el contexto del fenómeno del andinismo.

Un trabajo reciente en el ámbito académico en torno a la figura de Nicolás G. Martínez es el artículo ya citado de Derkinderen. Este trabajo se aproxima al surgimiento e interpretación del andinismo al preguntarse cuán andino resultaría ser el andinismo. Abriendo una primera línea en torno a las relaciones entre élites mestizas y sujetos indígenas, y situando como eje inicial de su análisis el caso de Martínez y Lorenzo Guaigua, Urcu Cama (guardián de la montaña o cuidador de hacienda) del Antisana, Derkinderen observa estos inicios del andinismo como una actividad moderna impregnada de componentes orales, elementos referentes a la subalternidad y formas de legitimación. Este autor coloca la mirada en la importancia de los arrieros, cuya

⁸⁹⁴ Ibid.

⁸⁹⁵ Ibid., 134-7.

⁸⁹⁶ Ibid., 133.

contribución como agentes cruciales para el montañismo ha sido historiográficamente invisibilizada.⁸⁹⁷ La presencia de la oralidad del Urcucama de la hacienda Antisana en los escritos de Martínez, según Derkinderen, ofrece una perspectiva distinta para entender cómo se aunaba el relato oral dentro de la expresión moderna de la escritura del montañismo por parte de locales republicanos en el Ecuador.

En un escrito sobre su ascensión al Antisana, Martínez habla de su encuentro con un anciano que en 1904 estimó en 120 años. De nombre Lorenzo Guaigua, éste dice recordar al barón de Humboldt y a Marcos Jiménez de la Espada. Para Derkinderen, Martínez, al estar inscrito en la ciencia positivista, completa un doble registro. Guaigua cumple en tanto eje intermediario entre el pasado y el presente de esa montaña, conectando a Martínez con un pasado glorioso. Al estar inscrito su relato en el contexto de la ciencia positivista, el testimonio de Guaigua debía tener la precisión de un termómetro, de manera que a esa presencia testimonial se le exigía cumplir con la mayor exactitud posible, así como incidir en el gesto de legitimidad al seguir la misma ruta que los exploradores europeos.⁸⁹⁸ Con estos registros “Martínez conectó como científico con ese espacio, pero también encontró un camino a través de la memoria de Guaigua”,⁸⁹⁹ representando, además, según Derkinderen, una confrontación con lo testimonial que enfrenta Martínez por la recurrencia a interpretaciones mediadas y selectivas.⁹⁰⁰ En este encuadre, Martínez simbolizó la reapropiación en términos nacionales de una actividad dirigida desde el extranjero.

Basándose en un trabajo inédito de mi autoría, Derkinderen sitúa a la fundación del andinismo como un acto bautismal al reemplazar el término alpinismo por *andinismo*, acto que implicaría además un gesto moderno. En esta traducción de un concepto ya existente, según Derkinderen, Martínez amplió la posibilidad del alcance que podría tener esta nueva práctica al igual que su historiografía: “no sólo era científica, también podía ser deportiva, y se le atribuían beneficios para la salud”, esperando “que con el paso de los años creciera una comunidad de montañeros”, de modo que “abrió nuevas formas de ver, practicar y dar significado al concepto de andinismo”.⁹⁰¹ Además de concebir al andinismo como una intersección entre ciencia, deporte y salud, y de imaginar o sugerir una comunidad, el uso de ese término inscribía una búsqueda de identidad. Así mismo, el

⁸⁹⁷ Derkinderen, “Modernities, subalternity, and orality”, 139-40.

⁸⁹⁸ Ibid., 143-4.

⁸⁹⁹ Ibid., 144.

⁹⁰⁰ Ibid.

⁹⁰¹ Ibid., 142.

despliegue abarcador del término andinismo es palpable en la transición idiomática de palabras como *Andenstick* en referencia al *Alpenstick*.

Derkinderen inscribe a esta práctica impulsada por Martínez dentro de un campo modernizador. Siguiendo a Coronado y a Koselleck,⁹⁰² Derkinderen entiende por modernización un complejo de cambios en materia conceptual y material que facilitó el despliegue de nuevas ideas y prácticas, entre las que se puede inscribir el montañismo; mientras que la modernidad sería una resultante de múltiples encuentros y el cambio de las formas culturales.⁹⁰³ Habría que notar que, a Martínez, Derkinderen lo define como un pensador liberal y un firme creyente del progreso.⁹⁰⁴

El estudio de Derkinderen, al visualizar el componente andino del andinismo, representa un momento clave en la identificación de una actividad poco indagada en el ámbito académico. Esta visualización de lo andino permite referenciar la geolocalización de la actividad del montañismo como actividad moderna y como gesto de reapropiación de una actividad creada en los Alpes. Sin embargo, frente a los escritos de Martínez, así como respecto a la iconografía que él mismo desplegó, ¿se puede realmente hablar del andinismo en Nicolás Martínez como una construcción semántica concisa?, es decir, ¿habría una definición clara del término en sus inicios o representa un terreno más bien oscilante e indeterminado? Cabe también preguntarse si efectivamente este término se agota en la apropiación de una actividad europea en expresiones locales. Además de preguntarse si el campo en el que surge efectivamente pertenece a la modernidad, y si es así, ¿sería posible observar alguna particularidad que ubique este término en el marco de la modernidad y la modernización?

Las preguntas que abren el análisis del texto de Derkinderen podrían también abordarse respecto al componente testimonial en el sentido de qué manera la presencia oral en la escritura resulta ser un aspecto exclusivo de lo andino. Y finalmente, si colocamos en perspectiva a Martínez y la presencia activa de los agentes locales como arrieros o peones indígenas, frente a las dinámicas expuestas de los viajeros europeos en las altas montañas, valdría preguntarse ¿qué más podría ofrecer la comparación del montañismo en los Andes, frente al alpinismo, que pueda contextualizar y permitirnos

⁹⁰² Ver: Jorge Coronado, *The Andes imagined. Indigenismo, Society, and Modernity* (Pittsburg: University Press, 2009); Reinhart Koselleck, *Futures Past. On the semantics of historical time* (New York: Columbia University Press, 2004).

⁹⁰³ Derkinderen, "Modernities, subalternity, and orality", 141.

⁹⁰⁴ *Ibid.*, 142.

entender la aparición del andinismo en el registro de la exploración a los altos Andes a fines del siglo XIX e inicios del XX?

4.1. Siguiendo el rastro del Andinismo

Si nos ceñimos a las fuentes, podría afirmarse que no existe en términos cabales una definición clara del andinismo durante la primera década del siglo XX. Esa inexistencia implica además indagar en la práctica excursionista presente en los escritos de Nicolás G. Martínez, y en las inscripciones de diversos sentidos que se pueden interrogar respecto a las posibilidades semánticas del término. Es decir, en un examen de la palabra y las prácticas exhibidas en relatos e imágenes, se puede hacer plausible la formación de distintas percepciones, justamente por la indeterminación o laxitud de su definición en sus inicios. Apostar por una aplicación cabal de su semántica no es sólo viable, sino que se sitúa en su condición de posibilidad semántica tentativa a partir de la década de los años veinte, y con presencia oficial, como consta en varios nombres de clubes a lo largo de los países andinos, en los años treinta. El *Diccionario Incompleto de Montaña*, por ejemplo, hace mención con respecto a la oficialización de este término a finales de la década del treinta:

En junta del 15 de abril de 1937, la Academia Argentina de Letras acordó comunicar que el vocablo ‘andinismo’, es recomendable para designar el deporte consistente en la ascensión de los Andes, pues está difundido con esta acepción, no sólo en la Argentina sino en otros países de América. Y por tratarse de una expresión que se refiere a todo un sistema orográfico americano.⁹⁰⁵

Esta referencia, en realidad, fue extraída del apartado “Acuerdos” del *Boletín de la Academia Argentina de Letras* de 1946,⁹⁰⁶ y que lleva de título “Consulta acerca de las palabras andinismo y alpinismo”, cuya resolución se basó en un informe presentado por el académico argentino Luis Alfonso, en aquel momento a cargo del Departamento de Investigaciones Filológicas.⁹⁰⁷ Lo que omite el *Diccionario* es que la junta del 3 de junio

⁹⁰⁵ José Herminio Hernández, *Diccionario incompleto de montaña* (Buenos Aires: Editora Gráfica Independencia Argentina, 2002), 31.

⁹⁰⁶ Arturo Maraso dir., “Acuerdos: Consulta acerca de las palabras andinismo y alpinismo”, *Boletín de la Academia Argentina de las Letras* XV, n.º 55 (Buenos Aires: 1946): 367.

⁹⁰⁷ Luis Alfonso (1907-1985) fue un destacado académico de la lengua, miembro correspondiente de La Real Academia Española en 1959, y, entre otros cargos, fue secretario general de la Asociación de Academias de la Lengua Española (ASALE), fundador de la Sociedad Argentina de Americanistas y presidente de la Comisión para el Estudio del Habla Hispanoamericana. Ver: Asociación de Academias de

del mismo año (1937), “resolvió añadir que al recomendar el uso de andinismo no excluía el vocablo alpinismo con el significado que le es propio y que aparece en el Diccionario de la Academia española”.⁹⁰⁸ Vale recalcar que estas referencias a las que alude Alfonso se encuentran registradas en el quinto volumen del *Boletín* de 1937. De manera que, desde una mirada retrospectiva y continental, se pueden problematizar algunas particularidades al respecto.

Lo que ha sido registrado, al menos desde 1887, es que agrupaciones en Chile, formadas principalmente por colonos alemanes, gestaron y llevaron a cabo varias exploraciones en la cordillera. El Club Gimnástico Alemán (*Deutscher Turnverein*) de Valparaíso contaba con una sección de excursionismo en Santiago. Más tarde, en 1909, también por colonos alemanes, se fundó el Club Excursionista Concón (*Ausflugverein Mitmit*), denominado un año más tarde como Club alemán de Excursionismo de Valparaíso (*Deutscher Ausflug-Verein zu Valparaíso*).⁹⁰⁹ Las siglas DAV de este club concuerdan con las del Club Alpino Alemán (*Der Deutsche Alpenverein*) el cual se remonta a 1869. Como resalta Echevarría, este club fue precedido en el continente solamente por el *Appalachian Mountain Club* (1876) y *The American Alpine Club* (1902) en EE. UU., y *el Alpine Club* de Canadá (1906).

Estas agrupaciones chilenas de Santiago y Valparaíso, al ser impulsadas por la comunidad alemana, estuvieron vinculadas a la Sociedad Científica Alemana de Santiago de Chile (*Deutschen Wissenschaftlichen Vereins zu Santiago de Chile*). Esta sociedad publicó desde 1885 la revista “Transacciones de la Sociedad Científica Alemana de Santiago de Chile” (*Verhandlungen des Deutschen Wissenschaftlichen Vereins zu Santiago de Chile*), donde se fomentaron distintas excursiones a varias regiones de Chile y Argentina, entre ellas al Aconcagua en 1898. El fascículo destinado a esta exploración publicado en 1899, escrito por Gustav Brant (1865-1952), contiene en sus primeras líneas un aporte central no sólo al momento de equiparar el montañismo en los Alpes con el de la cordillera andina, sino en la especificidad del apelativo “deportivo” de esta disciplina:

Los deportes de montaña son prácticamente desconocidos en Chile. Las pocas personas —casi exclusivamente alemanas— que cada año se adentran en el bello mundo

la Lengua Española, “Luis Alfonso, Primer Secretario General de la ASALE (1964-1979)”, accedido 25 de abril de 2024, <https://www.asale.org/noticia/luis-alfonso>.

⁹⁰⁸ Arturo Maraso dir., “Acuerdos: Consulta acerca de la palabra andinismo”, *Boletín de la Academia Argentina de las Letras* V, n.º 18 (Buenos Aires: 1946): 320.

⁹⁰⁹ Al respecto Evelio Echevarría menciona que el nombre, en alemán *Mit Mit*, fue una traducción directa del nombre de un pequeño hotel de la costa de Concón en la región de Valparaíso. Echevarría, *The Andes: The Complete History of Mountaineering*, 295-6.

montañoso de los Andes se amortizan rápidamente. Muy al contrario que en los Alpes, donde el alpinismo ya ha degenerado en un exceso, donde el viajero, que encuentra cómodo cobijo en hoteles y refugios, sigue rutas precisamente prescritas y marcadas con una bañera en la mano; donde los lugares peligrosos están equipados con cuerdas y escalones, y donde —por último, pero no por ello menos importante— guías expertos asumen la dificultad principal de la ascensión pensando por el viajero, tirando de él, empujándolo y sujetándolo, y donde el zorro de montaña arriesga el cuello si quiere pasar paredes escarpadas, —bastante diferente es el deporte de montaña en la cordillera—. Aquí, el viajero tiene que transportar en mulas todo lo que necesita para la duración de su viaje. Tarda varios días y a veces incluso semanas en llegar a la zona que pretende recorrer desde el último lugar habitado. Los arrieros y baqueanos que ha llevado consigo pueden mostrarle el camino siempre que la expedición permanezca en los valles donde los pastores se han familiarizado con el terreno, pero sólo a partir de la frontera alta donde se encuentra el alimento para los animales, y donde un pastor no tiene nada más que buscar, todo es terra incógnita para ellos, y suelen mirar las altas cumbres coronadas de nieve con temor supersticioso, profetizando todo tipo de desgracias para los insensatos que quieran escalarlas.⁹¹⁰

La cita de Brant curiosamente señala a los mineros como los sujetos más aclimatados y acostumbrados a las alturas de la cordillera, dado que se han realizado campamentos a 5700 metros de altura. El minero podría ser un elemento de gran aporte para el expedicionario, pero como Brant menciona, “es desconfiado; no puede entender que un viajero sea atraído a las montañas por otra cosa que no sean las minas, y se negará a prestar servicio al supuesto concurrente”, para finalmente sentenciar, irónicamente, la diferencia entre el alpinismo y el montañismo en terreno andino: “de modo que el viajero en la Cordillera depende enteramente de sí mismo, es su propio guía, bañista y hotelero”.⁹¹¹ Este escenario no es distinto a lo descrito por los exploradores en el Ecuador, y representa la impronta de la gran diferencia de hacer montañismo en los Andes, es decir, la falta de comodidad, las malas condiciones del terreno desde que se emprende el acercamiento a las montañas, la falta de guías formados y especializados, a lo que se añade la gran humedad e inclemencia del clima, éstos últimos, al menos, como rasgos particulares en el Ecuador debido a su cercanía inmediata con la región amazónica.

La presencia alemana y la vinculación que establecieron entre ciencia, excursionismo y montañismo, tuvo una fuerte incidencia en toda la región. Para Marti-Henneberg, la figura de Brant representó de hecho el primer auge del andinismo.⁹¹² Otra

⁹¹⁰ Gustav Brant, *Zwei Aconcagua-Fahrten. Separatabzug aus den Verhandlungen des Deutschen Wissenschaftlichen Vereins in Santiago, Band IV* (Valparaíso: Imprenta del Universo de Guillermo Helfmann, 1899): 1-2.

⁹¹¹ *Ibid.*, 2.

⁹¹² Gustav Brant nació en Limache en 1865. Se trasladó a Santiago en 1889 y fue parte del Club Gimnástico Alemán y posteriormente de la Sociedad Científica, en donde se dedicó a pronunciar varias conferencias. Martí-Henneberg, “Los Andes: investigación científica”, 135.

figura de renombre es la del alemán Fritz Reichert (1878-1952). Para Evelio Echevarría, Reichert representa un momento clave en el montañismo de los Andes de inicios del siglo XX.⁹¹³ Considerado como el padre de los andinistas para montañistas chilenos y argentinos, fue un químico y geólogo alemán que tuvo una trayectoria importante como alpinista y esquiador desde temprana edad. A los 25 años formó parte de la expedición alemana al Cáucaso, donde se registró la primera ascensión al Ushba (4707 m.). Su llegada a Sudamérica en 1904 fue el caso de tantos graduados alemanes contratados por el gobierno de Argentina en su búsqueda de recursos naturales. Formó parte del profesorado de química y geología de la Universidad de Buenos Aires, donde posteriormente se ocupó como profesor de química analítica y agricultura de la Facultad de Agronomía y Veterinaria desde 1907.

Su vocación de alpinista en el Nuevo Continente empezó en 1904 con su primer encuentro con los Andes en el noroeste argentino, mientras cumplía la misión encargada por el Ministerio de Agricultura en la búsqueda de yacimientos de borato.⁹¹⁴ En 1905 ascendió al volcán Socompa (6031 m.) donde encontró un manojo de madera de algarrobo a una altura de 5300 m., lo que significó el primer acercamiento a las ruinas incaicas encontradas en 1973 por el arqueólogo y montañista Antonio Beorchia. Reichert, a pesar de no haber podido ascender al Aconcagua, registró primeras ascensiones a numerosos picos en los Andes Centrales de Argentina y Chile entre 1906 y 1912, y posteriormente en la Patagonia, en donde tampoco pudo ascender a su máxima elevación, el monte San Valentín (4053 m.). Fue en esta última región donde concibió junto a Cristóbal von Hicken, presidente de la Sociedad Argentina de Estudios Geográficos, un plan de exploración sistemática de la Patagonia, que se llevó a cabo entre 1914 a 1940 mediante ocho expediciones.⁹¹⁵ La Universidad de Buenos Aires le otorgó el Doctorado Honoris Causa, como lo manifiesta en su libro *La exploración de la Alta Cordillera de Mendoza por Federico Reichert Dr. H. C. de la Universidad de Buenos Aires* de 1929.⁹¹⁶ También publicó en idioma alemán dos tomos autobiográficos bajo el título de *Aus Berges und aus*

⁹¹³ Echevarría, *The Andes: The Complete History of Mountaineering*, 143-54.

⁹¹⁴ Daniel Hirsch coord., *Federico Reichert: padre del andinismo argentino* (Buenos Aires: Fundación Parques Nacionales: 2010), 6.

⁹¹⁵ Hirsch, *Federico Reichert*, 21-8; Echevarría, *The Andes: The Complete History of Mountaineering*, 151-4.

⁹¹⁶ Fritz Reichert, *La exploración de la alta cordillera de Mendoza* (Buenos Aires: Talleres Gráficos de Luis Bernard, 1929).

Lobenshöhe en 1946, traducido al español en 1967 (y posterior a su muerte acaecida en 1952) como *En la cima de las montañas y de la vida*.⁹¹⁷

Los usos del término andino empiezan a surgir en diálogo y reemplazo del término alpino como se puede localizar a raíz de la publicación de revistas y en la denominación o cambio de nominación de los clubes de excursionismo. En 1919, el DAV de Valparaíso contaba con su propia revista en donde las ascensiones y excursiones ocupaban su principal interés. En el índice de su primera revista D.A.V. *Mitteilungen* publicada el 1 de julio de 1919, lleva el lema de “Revista para amantes de la naturaleza y excursionistas”. En ella, entre 1919 y 1924, se expusieron, además de las excursiones, suplementos de arte y reflexiones en torno a la naturaleza y el senderismo en todos sus números, así como noticias de sus miembros, concursos de fotografía y hasta poemas a la naturaleza. En 1924 la revista cambió de nombre a “Andina”, al igual que la denominación de su sección de Santiago: *Deutscher Andenverein*,⁹¹⁸ es decir, Club Andino Alemán, en contraste a su referente directo *Deutscher Alpenverein* (Club Alpino Alemán), nombre con el que continúa sus actividades hoy en día.

Además de la comunidad alemana, y aún antes de la publicación de la revista del DAV, Echevarría llama la atención de la presencia de un grupo en Santiago al que se refiere como el club “nativo” andino de mayor antigüedad que se haya registrado. Se trata del *Cuerpo Central de Andinos Exploradores de Chile*, fundado el 21 de mayo de 1913, y que se proclamaba como un grupo de jóvenes entusiastas que buscaban la experiencia de la vida en la cordillera en contraposición a los malos hábitos de las ciudades.⁹¹⁹ Para 1916, el *Cuerpo* poseía 65 miembros y varias subdivisiones. Incluso, muy tempranamente, en 1918, se formó la Federación de Excursionistas y Exploradores de Chile, la cual buscaba unir a todos los aficionados del ascensionismo al igual que fomentar la construcción de refugios en las montañas, tal y cómo se venía haciendo en Europa.⁹²⁰

Sin embargo, siguiendo la línea alpina, como acertadamente expone Echevarría, lo que podía ser equiparable a los clubes europeos en Sudamérica responde al enfoque especializado en la tripartita de excursionismo, alpinismo y esquí, es decir, al gesto deportivo en cuanto a su impronta de esfuerzo físico y técnico en los terrenos de roca y

⁹¹⁷ Fritz Reichert, *En la cima de las montañas y de la vida* (Buenos Aires: Academia Nacional de Agronomía y Veterinaria, 1967).

⁹¹⁸ Echevarría, *The Andes: The Complete History of Mountaineering*, 296.

⁹¹⁹ *Ibid.*, 296.

⁹²⁰ *Ibid.*, 298.

nieve.⁹²¹ En este sentido, según Echevarría, el club sudamericano que instauró el enfoque en esta construcción específica del montañismo deportivo, fue el Club Cordillera de Chile, fundado en 1920 por un grupo de artistas, fotógrafos y montañistas.⁹²²

El entusiasmo por seguir creando clubes se extendió a países como Venezuela, en donde surgió El Centro de Excursionismo de Caracas en 1930. En Argentina, los integrantes de un grupo perteneciente a una comunidad de italianos eran anunciados por los periódicos de la ciudad como esquiadores en la década de 1920. Y fue en esa ciudad donde se fundó, en 1935, el Club Alpinista Mendoza, siendo en 1942 modificado el título de alpinista por andinista (Club Andinista Mendoza). Así también, en la Patagonia argentina, se fundó en 1931 el Club Andino Bariloche, aún existente en el presente. En Bolivia, al término de los años treinta, se establecería el Club Andino Boliviano. Regresando la mirada a Chile surge en 1939 la Federación Santiago de Ski y Andinismo, con la adscripción de trece clubes de Santiago de Chile.⁹²³

Con respecto al club mendocino, Fritz Reichert en su libro de 1929, hace referencia a un “importante y activo Club del Andinismo de Mendoza”,⁹²⁴ lo que se puede contrastar con la información que proporciona Echevarría, dado que el término “andinismo” se reduce a estos años por parte de Reichert a esta única mención. No es el caso en lo que respecta al término “andino”: se encuentra en numerosas ocasiones en referencia a las montañas (mole andino, gigante andino, cíclope andino), al Ferrocarril (Transandino), o bien al panorama o paisaje “andino”. Así mismo, una apreciación central en el libro de Reichert es la distinción entre alpino y andino en lo que respecta a la formación de glaciares de la Cordillera Central, donde la impronta andina o “el sello típicamente andino”⁹²⁵ se caracteriza por la irregularidad de la línea de las nieves, donde el engarzamiento difiere en una misma cadena montañosa de acuerdo con su condición topográfica.⁹²⁶

⁹²¹ Baste recordar que para esos años los juegos olímpicos tenían un espacio importante como entes reguladores de la disciplina y el imaginario deportivo en las sociedades occidentales.

⁹²² Echevarría, *The Andes: The Complete History of Mountaineering*, 298.

⁹²³ *Ibid.*, 298-302.

⁹²⁴ Reichert, *La exploración de la alta cordillera*, 126.

⁹²⁵ *Ibid.*, 319.

⁹²⁶ De acuerdo a la explicación de Reichert, en el grupo de elevaciones que conforman el “grupo Aconcagua” y otras secciones de esa parte de la Cordillera, los grandes grupos de nieves se sitúan al abrigo del viento de cadenas protectoras, mientras que en otras secciones principalmente expuestas a vientos occidentales, se encuentran libre de nieve a alturas que sobrepasan los 6000 metros, fenómeno que se puede observar en una misma formación de faldas contrapuestas. Reichert, *La exploración de la alta cordillera*, 318-9.

Como se puede evidenciar, este entrecruzamiento entre los términos *Alpenverein-Andeverein*, Alpino-Andino, Alpinismo-Andinismo, en materia deportiva o montañera en los casos abordados, a diferencia de la rama glaciológica, es constante. Aún a mediados de la década de los años 1930, algunas publicaciones sudamericanas seguían evocando el término alpinista. La primera guía impresa en Sudamérica para montañeros posiciona el término alpinista, como fue “El Baqueano del Alpinista Chileno. Guía para los amigos de la Cordillera Central”.⁹²⁷ Por lo tanto, se puede aseverar la dificultad de encontrar una semántica concisa respecto al término andinismo frente al alpinismo aún en la década de los años treinta.

En lo que se refiere a Nicolás G. Martínez, no identifica al andinismo como un deporte sino hasta la publicación de su libro *Ascensiones a los Andes* de 1920. Es en este libro, y no en su texto de 1904, donde el lector encuentra a modo de “Advertencia”, un gesto autorreferencial con el que Martínez se ubica como andinista y precursor de ese deporte en el país, inscrito en el entrecruzamiento de los términos alpinismo-andinismo, además de presentarse como un estudioso de la naturaleza:

Aun cuando las cartas que siguen han sido ya publicadas —a raíz de mis ascensiones a los nevados de Los Andes ecuatorianos— en varios periódicos de la Capital de la República, ahora les presento reunidas en este folleto a fin de que los jóvenes de la generación actual, en vista del éxito obtenido por mí en lo que atañe a nuestro *alpinismo* o andinismo, traten de seguir mis huellas, sientan afición decidida por este género de *Sport* que sin duda alguna es el más brillante de todos; porque nos da ocasión para admirar y estudiar la Naturaleza al mismo tiempo que fortifica intensamente nuestro organismo. Ojalá no pase mucho tiempo para que veamos dentro de nuestra patria un respetable grupo de *sportmen* en materia de alpinismo.⁹²⁸

Nicolás G. Martínez fue una figura clave en lo que se podría denominar el inicio de la práctica del montañismo por locales en el Ecuador, pero no responde a una figura aislada, sino que forma parte de todo un contingente de eventos que facilitaron las condiciones para que Martínez haya podido posicionarse dentro del imaginario del andinismo. Las actividades políticas de su familia, empezando por las de su abuelo materno y su padre, favorecieron el surgimiento de su afición por el mundo natural, o a ese oficio de Quijotes, como él mismo mencionó ya en 1904, a propósito de la ascensión al Antisana: “Al fin, a los ocho días de haber salido de esta ciudad (*Quito*), regresamos todos los excursionistas, cargados de un gran botín de caza y más aún de recuerdos

⁹²⁷ Kurt Klemm, *El Baqueano del Alpinista Chileno: Guía para los amigos de la Cordillera Central* (Santiago de Chile: Talleres Gráficos del Diario Alemán, 1934).

⁹²⁸ Martínez, *Ascensiones a los Andes*, 4. Las cursivas pertenecen a la fuente.

imperecederos, y después... a seguir con la monótona vida de siempre, hasta que se nos presente otra oportunidad de volvernos Quijotes”.⁹²⁹ A lo que se añade también la presencia e influencia de sus hermanos mayores y el contacto con científicos y diplomáticos franceses que enriquecieron tanto su conocimiento académico como su práctica en materia de alpinismo.

4.2. Los Martínez Holguín

La fascinación de Nicolás Guillermo Martínez por las montañas fue un sentimiento familiar inspirado por sus hermanos mayores y compartido con ellos: Augusto Nicolás, Anacarsis del Carmelo, Arturo y Luis Alfredo. Hernán Rodríguez Castelo afirma que fueron los Martínez Holguín quienes pusieron fin a la hegemonía de las exploraciones europeas a los Andes del Ecuador.⁹³⁰ Augusto y Anacarsis, que de hecho consideraban insoportable a un infante Nicolás que inundaba de rabietas la casa al no poder acompañar a sus hermanos a las montañas, habían realizado algunas excursiones durante el último tercio del siglo XIX. Pero fue Augusto N. Martínez (1860-1946), a quien se le considera como el principal precursor local del vulcanismo en el Ecuador, y quien más vínculos desarrolló y mantuvo con círculos científicos, sobre todo alemanes y franceses, el que más influyó en las actividades de Nicolás Guillermo.

La sensibilidad desarrollada por los Martínez Holguín en torno a los espacios naturales se debe en parte a la manera en que su padre, Nicolás Martínez Vásquez, concibió sus propiedades en materia de agricultura y botánica. Según Juan León Mera,⁹³¹ la afición por la agricultura fue heredada del abuelo materno, Juan Manuel Vásquez, quien fue una figura local de las guerras independentistas. El mismo Mera habló sobre el ímpetu explorador de las zonas naturales que manifestó Nicolás Martínez Vásquez, y de cierta melancolía al momento de alejarse de ellas.⁹³² Se puede destacar entonces que había una práctica familiar y una sensibilidad especial sobre los espacios naturales que heredaron los hermanos Martínez Holguín.

⁹²⁹ *Ibid.*, 23.

⁹³⁰ Rodríguez Castelo, “Nicolás G. Martínez”, VII.

⁹³¹ Juan León Mera, “El Doctor Don Nicolás Martínez”, en *Recuerdos y apuntes: Varios escritos en diversas épocas y circunstancias*, por Juan León Mera (Quito: Universidad Central del Ecuador, 1920), 50. Originalmente fue publicado en *Revista Ecuatoriana*, en 1891.

⁹³² *Ibid.*, 51.

Considerado como “una de las grandes personalidades de la vida republicana”,⁹³³ Nicolás Martínez Vásconez ocupó varios cargos políticos y responsabilidades en la administración pública, entre ellos la gobernación de la Provincia de Tungurahua y el Ministerio de la Corte Suprema de Justicia, ambos cargos desempeñados durante los mandatos de Gabriel García Moreno. Dirigió una buena parte del proyecto de construcción vial que impulsó ese presidente durante su primera administración,⁹³⁴ y presenció los hitos científicos impulsados por García Moreno: la Escuela Politécnica Nacional y el Observatorio Astronómico y Meteorológico de Quito. Ambos personajes se habían conocido en la Facultad de Derecho de la Universidad de Quito y pertenecieron a la sociedad *Filantrópica-Literaria* fundada por los estudiantes de la misma Universidad. Su participación en el ámbito político, sobre todo en la sociedad “Filotécnica” que sucedió a la “Filantrópica” encabezada por García Moreno, los llevó al accionar férreo en contra de las medidas constitucionales de la segunda administración de Flores (1839-1845) que llegó a su desenlace con la Revolución Marcista.⁹³⁵ El padre de los Martínez Holguín produjo innovaciones importantes en el campo de la agricultura en su predio de *La Liria*, al igual que en otras propiedades que fue adquiriendo con el tiempo. En *La Liria* efectuó varios ensayos en torno al cultivo de la viña, las papas, el eucalipto, y desarrolló una visión singular sobre la producción agrícola al interior de las provincias de la Sierra.⁹³⁶ Su aportación a la agricultura fue catalogada como científica, e incluso se habla de que tradujo trabajos europeos sobre el tratamiento de viñedos.⁹³⁷ Sus hijos también ejercieron el oficio de agricultores, pero fue sobre todo Anacarsis del Carmelo (1862-1930) quien gestionó de forma pragmática el legado económico de Nicolás Martínez Vásconez.

La Liria fue un término familiar para los lectores de los Martínez Holguín puesto que está presente en la mayoría de los escritos, cartas y tratados que éstos produjeron. Una buena parte de las publicaciones de Augusto Martínez en materia de vulcanología y agricultura, así como los de Anacarsis del Carmelo, en materia de agricultura, y la gran mayoría de las publicaciones de Nicolás Guillermo, cerraban con *La Liria* como el lugar de producción del texto. *La Liria* había empezado con pequeñas adquisiciones de terrenos que colindaban con la propiedad de la tía de los Martínez Holguín, Josefa Martínez Vásconez, quién vivía en las inmediaciones de Atocha junto a su madre y su hijo Juan

⁹³³ Estupiñán-Freile, *Una familia republicana*, 12.

⁹³⁴ Ver capítulo 2.

⁹³⁵ Estupiñán-Freile, *Una familia republicana*, 13-4.

⁹³⁶ Una lista detallada de estos ensayos se encuentra en *Ibíd.*, 255-6.

⁹³⁷ *Ibíd.*, 45-6.

León Mera.⁹³⁸ La propiedad se fue expandiendo a partir del ejercicio de la profesión de abogado de Martínez Vásconez y después de casarse con Adelaida Holguín (1840-1921), hija de Ignacio Holguín Sánchez (1798-1870), natural de Bugalagrande (Colombia). Holguín fue parte de las filas libertarias, se radicó en Ambato tras una estadía de once años en Quito, y acumuló una gran fortuna que lo llevó a ocupar varios cargos políticos. Holguín mantuvo amistad con figuras políticas como José Joaquín de Olmedo, Vicente Rocafuerte y García Moreno.⁹³⁹

Tamara Estupiñán destaca a los Martínez Holguín como una familia que sobresalió “en la vida nacional por casi cien años, debido a sus cualidades científicas, sus dotes artísticas y su gran participación política”,⁹⁴⁰ lo cual los ubica en el centro de una élite cultural. Sin embargo este aspecto no necesariamente permite clasificar a los Martínez Holguín como una familia que pertenecía a una élite adinerada. Si se parte de las propiedades adquiridas por Martínez Vásconez a lo largo de su vida, como resalta Estupiñán, éstas fueron adquiridas paulatinamente gracias al ejercicio de su profesión y sólo después del adelanto de la herencia que hizo Ignacio Holguín a su hija Adelaida.⁹⁴¹ *La Liria*, su principal predio, no ostentaba grandes lujos, y su construcción “había sido levantada modestamente, con paredes de bahareque y canagua y soportes de chaguarquero”,⁹⁴² a lo largo de un lapso de veinte años. A la muerte de Martínez Vásconez, la economía de la familia pasó por momentos difíciles. Además, cabe resaltar que la posesión de tierras no era tomada entre los Martínez Holguín como una característica aristocrática, sino “más bien como un espacio cohesionador de la familia o como el lugar para nuevas iniciativas agrícolas y científicas”.⁹⁴³ Por lo tanto, manifestar que Nicolás G. Martínez pertenecía a una familia adinerada o terrateniente, como afirma Derkinderen,⁹⁴⁴ puede ser sujeto a discusión. La situación económica del mismo Nicolás G. Martínez, a decir de Tamara Estupiñán, “fue casi siempre lastimosa”, de manera que, para los primeros años de la década de 1930, cuando “se había constituido en un ecuatoriano de relevancia”, su estatus financiero mantuvo cierta precariedad por lo que se ha señalado “que la ciencia había triunfado sobre las ambiciones materiales”.⁹⁴⁵

⁹³⁸ Ibid., 15.

⁹³⁹ Fernando Jurado Noboa, *Un Soldado de Bolívar en Ambato: Ignacio Holguín Sánchez* (Quito: Edición Privada, 1998), 1:123-79.

⁹⁴⁰ Estupiñán-Freile, *Una familia republicana*, 17.

⁹⁴¹ Ibid., 15-20.

⁹⁴² Ibid., 32.

⁹⁴³ Samuel Guerra, “Prólogo”, en Estupiñán-Freile, *Una familia republicana*, XXVI.

⁹⁴⁴ Derkinderen, “Modernities, subalternity, and orality”, 142.

⁹⁴⁵ Estupiñán-Freile, *Una familia republicana*, 120.

Nicolás Guillermo llegó incluso a excusarse de pertenecer a instituciones científicas del extranjero, como la *American Geographical Society* (Fig. 21), precisamente por no contar con el dinero suficiente para cubrir las cuotas que estas instituciones exigían a sus miembros.⁹⁴⁶

Las élites letradas no necesariamente confluían en élites adineradas, y quizás la relación con otros estratos de la población, como lo fue la presencia de la población indígena en los escritos de Nicolás Guillermo, difiere justamente a partir de esas diferencias económicas e ideológicas entre unas y otras elites. Tampoco esto quiere decir que no existía una confluencia entre ellas, puesto que es claro que muchos de los amigos y familiares de Nicolás, por no decir su gran mayoría, pertenecían a la élite aristocrática de Quito y Ambato.

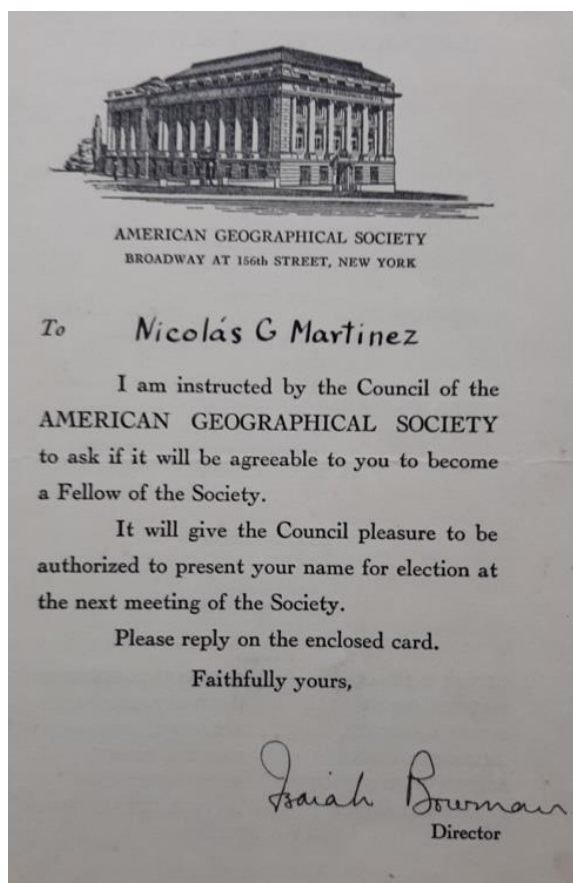


Figura 21. Isaiah Bowman a Nicolás G. Martínez, invitación a formar parte de la American Geographical Society

Fuente: Fondo Martínez, Carpeta SG. 065.2. Archivo Histórico del Ministerio de Cultura y Patrimonio.

⁹⁴⁶ Ibid.

Durante el mandato de García Moreno, dada la amistad del patriarca de la familia con el presidente de la República, según Estupiñán, *La Liria* fue “concebida como una especie de plan modelo donde se pondrían a prueba muchas de las ideas que tenía el mandatario” que, al utilizar “la estructura básica dotada por Martínez”, logró “adaptar varias especies vegetales importadas de diversas partes del mundo”.⁹⁴⁷ Dentro de los planes de gobierno de García Moreno se intentó crear una Escuela de Agricultura que nunca llegó a concretarse.⁹⁴⁸ Sin embargo, fue a partir de la injerencia de los hermanos Martínez que ese proyecto se llevó a cabo. Para 1905, Luis Alfredo impulsó la creación del primer instituto de agronomía del país: la denominada *Quinta Normal de Ambato*, la cual contó con la participación activa de los Martínez Holguín. La *Quinta Normal* publicaba su propio boletín donde Nicolás Guillermo se dedicó durante varios números a exponer sus impresiones e investigaciones en el campo de la meteorología. El instituto incluso tenía su propia estación meteorológica. En la inmersión de ese mundo, Luis Alfredo llegó a publicar en formato de libro tres trabajos sobre la agricultura: *La agricultura del interior. Causas de su atraso y modos de impulsarla* (1897), *La Agricultura Ecuatoriana* (1903) y, el facsímil para estudiantes *Catecismo de Agricultura* (1905).⁹⁴⁹ Esa hacienda había pertenecido a su abuelo materno, quien la dejó en herencia a Adelaida Holguín. Mulalillo, hoy en día, responde al nombre de la parroquia ubicada en la Provincia de Cotopaxi. Su escuela, que lleva el nombre de Luis Alfredo Martínez, conserva un retrato de él realizado por Rafael Salas.⁹⁵⁰

La figura de García Moreno y su programa político en torno a la educación y las ciencias fue un pilar central en el bagaje formativo de los Martínez Holguín.⁹⁵¹ El garcianismo impulsó la creación de varios proyectos e instituciones científicas, como fueron la fundación de la primera estación de investigaciones meteorológicas o la creación de la Academia Nacional, pero sobre todo la Escuela Politécnica Nacional, el proyecto de mayor impacto educativo y científico.

Augusto N. Martínez, desde muy joven, mantuvo un estrecho vínculo con figuras científicas de la orden jesuítica que llegó al Ecuador en 1870 para ejercer la docencia en

⁹⁴⁷ Ibid., 37.

⁹⁴⁸ Luis Robalino, *Orígenes del Ecuador de hoy. García Moreno*, vol. IV (Puebla: Editorial Cajica), 435.

⁹⁴⁹ Estas obras son abordadas a profundidad en el libro inédito de Puig, *Luis A. Martínez y su tiempo*.

⁹⁵⁰ Adolfo Holguín ha realizado monitoreos de este retrato a lo largo de los años. La escuela se halla en un estado crítico en materia financiera que se evidencia en su estructura material, por lo que el cuadro se encuentra en una situación frágil.

⁹⁵¹ Estupiñán-Freile, *Una familia republicana*, 48.

la Escuela Politécnica, entre ellos el mencionado geólogo y geógrafo Theodor Wolf. Augusto Nicolás Martínez asistió a esta institución como oyente de las clases de geología del propio Wolf desde febrero de 1874, cuando contaba con apenas 14 años de edad. Su principal motivación para asistir a esas clases se debió a la lectura que realizó de los informes que escribieron los alemanes Reiss y Stübel a García Moreno, “relacionados con sus viajes y ascensiones a las montañas”.⁹⁵² Pese a la notoria diferencia de edad con los demás estudiantes, pronto se convirtió en el discípulo más destacado de Wolf. Para octubre de ese año logró inscribirse formalmente, pero dado que Wolf abandonó esa institución educativa tras su renuncia a la orden jesuítica, pasó a ser discípulo del físico, químico y geólogo alemán Ludwig Dressel (1840-1918). Llegó incluso a contar con una beca de 20 pesos mensuales concedidos por García Moreno; y junto a Dressel, emprendió excursiones a los volcanes andinos entre marzo de 1875 y julio de 1876.⁹⁵³

Gracias a su ingreso a la Escuela Politécnica, Augusto N. Martínez se interesó en el idioma alemán, impulsado primeramente por Dressel y más tarde motivado por una promesa que le había hecho el presidente de la República de concederle una beca para ir a Alemania al término de sus estudios. Esa propuesta se vio truncada por el asesinato de García Moreno en agosto de 1875. Para 1883 dominaba el alemán, aspecto que se evidenció cuando tradujo en ese año las monografías de materia arqueológica de Wilhelm Reiss sobre Loja, Azuay y Cañar. Su interés por las lenguas también lo llevó a traducir, esta vez del idioma inglés, los dos tomos de viajes de Richard Spruce, según afirma Fernando Jurado Noboa.⁹⁵⁴ Al cerrarse la Escuela Politécnica bajo el mandato de Antonio Borrero, logró titularse como profesor de Ciencias Naturales y Química con apenas 16 años de edad. Colaboró desde entonces con dos de los académicos jesuitas que no salieron del país, el astrónomo alemán Hans Menten en el Observatorio Astronómico de Quito, y con el botánico italiano Luis Sodiro en el Museo Herbológico y Mineralógico respectivamente.⁹⁵⁵

La actividad científica de Augusto fue intensa en los Andes del Ecuador. Además de las excursiones realizadas junto a Dressel, permaneció durante un mes en el Antisana en 1878, y en 1880, con veinte años, realizó una segunda ascensión en solitario a este

⁹⁵² Arauz, “Datos biográficos y trabajos”, 9.

⁹⁵³ Jurado Noboa, *Un Soldado de Bolívar*, 477-8.

⁹⁵⁴ *Ibid.*, 478-82.

⁹⁵⁵ Como menciona Jurado Noboa con respecto a Sodiro, “fue Augusto su mano derecha en la organización del Museo [...], considerado de los mejores del continente en su época”. Jurado Noboa, *Un Soldado de Bolívar*, 479.

volcán. Como resultado de la ascensión y estadía en el Antisana escribió el artículo “Memoria sobre el volcán Antisana” publicado por *La Nación* en Guayaquil y traducido al alemán por Dressel, titulado *Das Vulkangebirge des Antisana*.⁹⁵⁶ En el mismo diario, en noviembre de 1881, publicó sobre una ascensión que realizó junto a sus hermanos Anacarsis y Arturo (1868-1931), de apenas 13 años de edad.⁹⁵⁷ En 1883 también realizó una ascensión al cráter del Tungurahua junto a su hermano Anacarsis y su primo segundo Trajano Mera (hijo de Juan León Mera), “al mismo lugar al que llegó Stubel”.⁹⁵⁸ Rodríguez Castelo supone imaginar a Nicolás Guillermo, quien por entonces tenía ocho años de edad, mostrarse ansioso por acompañar a sus hermanos, y que, “desconsolado al no lograr su anhelo”, los vería partir con angustia.⁹⁵⁹

Tras el asesinato de García Moreno hubo un período de gran inestabilidad política que repercutió negativamente en la familia Martínez Holguín, perseguida por el régimen de Ignacio de Veintemilla. Augusto se enfrentó militarmente a ese presidente. Participó en las batallas de Quero y Chambo en julio de 1882, en la toma de Quito del 10 de enero de 1883, y la de Guayaquil el 9 de julio del mismo año, llegando a obtener el grado de Teniente Coronel.⁹⁶⁰ Años más tarde Augusto se comprometió con la revolución liberal, movimiento al que fueron seducidos todos los hermanos por Anacarsis después de su regreso de Europa, participando en las filas dirigidas por Eloy Alfaro en 1895. Esa revolución puso fin a un período neoconservador, desencadenado por el episodio conocido como “venta de la bandera” durante la presidencia de Luis Cordero. Augusto Nicolás Martínez participó en la toma de Guaranda y la batalla de Gatazo, y acompañó a Eloy Alfaro cuando éste entró en Quito el 4 de septiembre de 1895.⁹⁶¹ Con Alfaro mantuvo desde 1883 una amistad que se quebraría doce años más tarde. Curiosamente era también amigo de Luis Cordero.⁹⁶² Sus hermanos Luis Alfredo y Nicolás Guillermo fueron protagonistas de la batalla suscitada en las inmediaciones de *La Liria*, donde ochenta liberales se enfrentaron con los refuerzos del gobierno que se dirigían a Riobamba y que contaba con más de 300 soldados. En el encuentro sangriento salieron victoriosos los liberales.⁹⁶³

⁹⁵⁶ Arauz, “Datos biográficos y trabajos”, 12; Jurado Noboa, *Un Soldado de Bolívar*, 479.

⁹⁵⁷ Jurado Noboa, *Un Soldado de Bolívar*, 480.

⁹⁵⁸ Nicolás G. Martínez, “Las grandes erupciones del Tungurahua”, en *Pioneros y precursores del andinismo ecuatoriano: Nicolás G. Martínez*, Sandoval y Carrera ed., 1:124.

⁹⁵⁹ Rodríguez Castelo, “Nicolás G. Martínez”, XXIV.

⁹⁶⁰ Jurado Noboa, *Un Soldado de Bolívar*, 480-1.

⁹⁶¹ *Ibid.*, 483.

⁹⁶² Estupiñán-Freile, *Una familia republicana*, 80.

⁹⁶³ *Ibid.*, 80-3.

A pesar de la participación de los hermanos en la Revolución Liberal, Luis e indirectamente Nicolás, tendrían fuertes diferencias con Eloy Alfaro, desligándose con el tiempo del gobierno liberal a excepción de Arturo Martínez. Primero se distanció Augusto, debido a cómo organizó Alfaro el proyecto de la Segunda Misión Geodésica, que según Augusto había sido una idea suya al haber iniciado los primeros contactos con los franceses. Este distanciamiento con Alfaro se hizo manifiesto con su renuncia como director del Observatorio Astronómico de Quito en junio de 1900, después de cinco años de estar al frente de esta institución. Más tarde Luis Alfredo Martínez también tuvo fuertes discrepancias con Eloy Alfaro en torno al proyecto del Ferrocarril al Curaray.⁹⁶⁴ Sin embargo, aún en esa coyuntura durante los primeros años de la nueva centuria, Luis y Arturo Martínez lograron incorporar a su hermano Nicolás al Observatorio Astronómico, en el que Francis Gonnessiat figuraba como director y con quien mantenían una estrecha relación. La preocupación de Augusto Martínez por la meteorología, lo llevó incluso a concebir una estación en la cumbre del Guagua Pichincha, con el nombre además de *Observatorio Humboldt*, idea que según el mismo Augusto decía había tenido una gran acogida en Europa y Norteamérica, “pero como no se dejó oír palabra oficial, del Gobierno del Ecuador, por cuanto juzgaba el proyecto una locura, se fue a pique y quedaron ahí las cosas”.⁹⁶⁵

Se puede evidenciar la influencia que tuvo la figura de Augusto en Nicolás. Los separaban quince años, pero su cercanía resulta palpable en los proyectos científicos que Nicolás consiguió realizar en el campo de la meteorología, así como en las excursiones en materia vulcanológica que emprendió a volcanes con actividad moderada durante sus años de montañista como el Tungurahua, el Cotopaxi o el Reventador. Nicolás instaló una estación meteorológica a cuatro mil metros de altura en el sector de Cruz Loma en el macizo del Pichincha, y mantenía pequeños cuadernos a resguardo, bajo las piedras, en cumbres como el Ruco y Guagua pichincha en donde registraba y comparaba los datos que recolectaba a lo largo de los años.⁹⁶⁶ Sin embargo, a pesar de que en más de una ocasión envió a su hermano Augusto muestras de rocas volcánicas, y adjuntó sus informes

⁹⁶⁴ Al respecto ver Fernando Jurado Noboa, *Luis A. Martínez. Espada, pluma y espátula* (Quito: Banco Central del Ecuador, 2010). El trabajo inédito de Puig Peñalosa aborda a detalle, y con un gran soporte bibliográfico, el proyecto del ferrocarril al Curaray impulsado por Luis A. Martínez.

⁹⁶⁵ Carta confidencial de Augusto N. Martínez al coronel Telmo Paz y Miño, citado en Estupiñán-Freile, *Una familia republicana*, 83.

⁹⁶⁶ Testimonio de Gabriel Holguín, primo hermano de Nicolás Martínez y abuelo de Adolfo Holguín. Una referencia escrita de esto se encuentra en Adolfo Holguín Utterman, “Nicolás Guillermo Martínez Holguín, el andinista”, Jurado Noboa, *Un Soldado de Bolívar*, 544.

en las publicaciones de sus relatos de ascensión, no es usual que haga menciones o referencias sobre las actividades que realizó su hermano a fines del siglo XIX. Esto se deba probablemente a que, para inicios del siglo XX, Augusto era una figura relevante en el campo cultural y científico del Ecuador, y quizás Nicolás encontró innecesario volver a resaltar sus excursiones. Como bien menciona Tamara Estupiñán, para 1901, “al haber publicado más de veinte ensayos de carácter científico, [Augusto] era considerado nacionalmente como uno de los científicos más sobresalientes del país”.⁹⁶⁷

Nicolás compartía la fijación por el volcán Tungurahua, la alta montaña con más ascensiones en su haber, y a la que Augusto dedicó su atención científica y exploratoria, no sólo en cuanto al estudio a propósito de la gran actividad que presentó el volcán en 1886, o en 1903, sino también en la influencia productiva que puede tener la ceniza volcánica en materia de agricultura.⁹⁶⁸ Además de la vocación científica, en la búsqueda de las ascensiones se manifiesta en los Martínez un gesto de satisfacción o incluso en términos de bienestar de tintes espirituales. Así lo expresa Anacarsis Martínez, con respecto a la ascensión al Tungurahua de 1883, en un escrito firmado en La Liria en mayo de 1884:

El temor de morirme el día menos pensado, consumido por el tedio y la tristeza (enfermedades propias de la vida de Provincia, y aún de capital en el Ecuador) me hizo pensar, hace poco tiempo, en buscarme alguna impresión nueva y fuerte que viniese a descargar mis espaldas del enorme peso de monotonía y fastidio que las agobia. En consecuencia, y como un remedio al mal que me aquejaba, resolví visitar uno de los colosos nevados de los Andes; los viajes combaten admirablemente el *spleen*, y entre ellos, las ascensiones a las montañas elevadas han tenido siempre mi preferencia. Mi elección entre los nevados andinos no fue larga: en el horizonte que recorren todos los días mis miradas, se presenta allá, a lo lejos, el hermoso cono del Tungurahua, uno de los gigantes más esbeltos de nuestra cordillera. Rápidas son sus pendientes; nieves eternas le cubren la frente, un cráter misterioso se abre en su cima a más de cinco mil metros de altura sobre el nivel del mar.⁹⁶⁹

Luis Alfredo Martínez, también compartió esta cercanía al Tungurahua. En enero de 1900, a los pocos días del primer intento de ascensión de Nicolás Guillermo, quien llegó al borde inferior del cráter en su cara nororiental, excursión que representó la

⁹⁶⁷ Estupiñán-Freile, *Una familia republicana*, 94. Cursivas añadidas.

⁹⁶⁸ Augusto Martínez, “Las cenizas del Tungurahua desde el punto de vista agrícola”, *Boletín de la Quinta Normal*, n.º 3 (1916).

⁹⁶⁹ Anacarsis Martínez, “Recuerdos de una ascensión al Tungurahua”, *Lunes de Ambato*, 26 de julio (1969): 3, Fondo Martínez, Carpeta SG.000.65.35, Archivo Histórico del Ministerio de Cultura y Patrimonio. El texto es de 1884. El uso de vocablos en otros idiomas, como sucede con el término francés *spleen* en Anacarsis, es común en los Martínez Holguín.

primera ascensión al cráter después de la gran erupción de 1886,⁹⁷⁰ Luis concretó el ascenso a uno de los picos de mayor prominencia del cráter, mas no al de mayor elevación, el 13 de enero junto a dos peones guías. Uno de estos peones era Francisco Caicedo, quien había servido a Wilhelm Reiss veintitrés años antes.

Con respecto a esta ascensión, el relato de Luis A. Martínez representa un acercamiento particular desde varios aspectos que pueden resumir el espíritu montañero de los Martínez Holguín. Luis menciona haber tenido un fuerte deseo u obsesión por subir a este volcán, además de que ese “estímulo era poderoso; las relaciones de los viajeros que lo habían escalado, desde el Dr. Stübel hasta mi hermano, ponderaban la magnificencia del cráter, y el inmenso panorama que desde sus bordes se descubre”.⁹⁷¹ En su relato se evidencia, dentro de un registro estético o literario, la presencia de la región polar en la zona tórrida que habría de remarcar Hans Meyer desde el estudio glaciológico. Luis plasma este encuentro en el poblado de Baños, el cual se encuentra al pie del volcán y a las puertas de la región amazónica:

Cerca de Ambato hay un rincón de mundo, un microcosmos prodigiosamente bello: el valle de Baños. Extraña comarca, donde la naturaleza hace lujo de contrastes y se burla de las leyes y límites que le asigna el hombre. Allí el verde sombrío de una poderosa vegetación tropical, está dándose la mano con los hielos eternos; allí las grandes hojas de plátano o la corpulenta copa del aguacate, sombrean las peladas lavas del Tungurahua; allí las aguas frías brotan juntas, cavernas, allí de los precipicios insondables; allí lo risueño en consorcio con lo severo, *la zona tórrida*, con sus pompas, mezclada con *la polar*.⁹⁷²

La imagen de la presencia del hielo en la zona tórrida mantiene una intensidad aún mayor al momento en que Luis describe desde la cima el cráter de uno de los dos picos prominentes que se alzaban sobre sus bordes, descripción que magnifica la idea de lo abismal en su coexistencia con los elementos polares:

Ya es una enorme caverna que muestra su oscura boca, ya un pico negro y pelado que se avanza hacia el abismo, ya una grieta profunda y retorcida que, como enorme serpiente, desgarrar la muralla de rocas, ya una inmensa catarata de piedras negras azules y rojas que se desploma de borde hasta el fondo, donde ruge un mar hediondo, con ruido de una colosal caldera [...]. Aquí y allá, donde el calor es menos sensible, se desprenden desde

⁹⁷⁰ “Después de la formidable erupción de Enero de 1886, yo fui el primero de los viajeros en llegar al cráter, justamente a los 14 años de aquella, y pude comprobar que el cráter, y en general, toda la cuspide, salvo la profundidad de aquel, que era insondable, no había cambiado en nada respecto a la descripción de Stübel.” Martínez, *Exploraciones en los Andes Ecuatorianos: El Tungurahua*, 28.

⁹⁷¹ Luis A. Martínez, *Los escritos de Fray Colas* (Quito: Casa de la Cultura Ecuatoriana, 1961), 162.

⁹⁷² Martínez, *Los escritos de Fray Colas*, 161-2, énfasis añadido.

el borde flecaduras de hielo suspendidas sobre el abismo: es la lucha entre dos naturalezas muertas la del frío y la del calor.⁹⁷³

Uno de los gestos que exhibe Luis en cuanto a la referencia del sujeto que asciende a las montañas está presente bajo el término de turista y ascensionista. Lo interesante de esto es que lo vincula al gesto subjetivo o personal de la experiencia *per se*. El deleite que produce el mundo natural en su vasta y terrorífica expresión se antepone a cualquier pretensión de representarlo ya sea con imágenes o palabras: “Mi paleta de artista era inútil delante de esa manifestación sublime de las fuerzas de la creación. Mi pluma era más deficiente aún para describir lo informe y caótico de esa resurrección del mundo primero”,⁹⁷⁴ o como bien resalta al final de su relato: “nada han sacado la ciencia ni el arte con mi exploración, nada, por desgracia; para la primera no soy apto, no tenía ni un instrumento que me permitiera hacer observaciones; para el segundo me considero impotente delante del maravilloso cuadro”. Pero además lo vincula con una suerte de goce, y con esa expresión oscilante entre el romanticismo europeo y los pensamientos conservacionistas norteamericanos de inicios y finales del siglo XIX respectivamente: “Mi satisfacción es egoísta y buena para mí solo; gocé, gocé mucho y me basta. Bueno es, de vez en cuando, elevarse sobre las diarias preocupaciones de la vida, para no quedar asfixiados”, además de calificar como “bueno” el “levantar ese algo que todos tenemos de poético, para no hacer de la existencia una larga cadena de ansiedades y remordimientos, y bueno es aspirar, mediante la contemplación de lo sublime y bello, al subir a las regiones de ideal”.⁹⁷⁵

A pesar de ello, hay aportes que implican una observación en detalle de las condiciones orográficas del cráter que pueden ser interpretadas como de registro científico, aunque de aspecto rudimentario: “para tener una idea de la profundidad, desprendí un grueso canto redondeado (tal vez de un metro de diámetro) y lo lancé al abismo [...]. Calculo, pues, la profundidad, en cuatrocientos metros, y con esta base, la anchura del cráter, en su parte mayor (de O a E), en quinientos”. O bien en lo que respecta al manto glaciar: “Los bordes comprendidos entre el talud y el cráter, en el sur y en el oriente, tienen una prodigiosa cantidad de hielo compacto y azul, y son anchos y poco accidentados”;⁹⁷⁶ así como la descripción a modo de cuadro general de esa parte de la

⁹⁷³ Martínez, *Los escritos de Fray Colas*, 170.

⁹⁷⁴ *Ibid.*

⁹⁷⁵ *Ibid.*, 175.

⁹⁷⁶ *Ibid.*, 171.

cordillera y los altos Andes. Uno de los aspectos más llamativos del relato de Luis A. Martínez es la fidelidad narrativa con la que describe el comportamiento volcánico en las paredes del cráter. Si bien su motivación dista de ser científica, mantiene una cercanía intensa con la fijación de la descripción viva por la que tanto abogaba Hans Meyer: “Por entre las grietas de las paredes se escapan, con verdadera furia y ruido estridente, pequeñas columnas de humo que, al llegar a cierta altura, es absorbido de nuevo por las mismas hendiduras, cual si fuera aspiración de colosales pulmones”.⁹⁷⁷

Si habría que mencionar un gesto narrativo que exprese esta filiación de los Martínez por el Tungurahua, sería precisamente un pasaje del mismo Luis Alfredo, en donde se logra avizorar la huella del impacto de la expedición alemana de Reiss y Stübel que había llevado a Augusto a asistir a las clases de geología, además de vincularlo no sólo como un observatorio científico, sino también como un lugar de apreciación estética en sentido metafórico al vincular a esa cumbre con la barquilla de un globo: “El Tungurahua, sin duda por estar aislado de otras montañas altas, y por la rapidez de sus faldas, es lugar sin parecido en el Ecuador, para la contemplación de gran parte del territorio. Según la expresión del Dr. Stübel, más parece encontrarse uno sobre una altísima torre o en la barquilla de un globo, que en la cima de una montaña”.⁹⁷⁸

En 1905 Nicolás Martínez realizó una tercera ascensión al Tungurahua. En esa ocasión alcanzó la cima del pico, bautizándolo como “Pico Luis A. Martínez”,⁹⁷⁹ en honor de su hermano que había estado en él en 1900. Le dio además la razón al considerar que el pico Sur, a diferencia del Pico Luis A. Martínez, corresponde al de mayor altura. Nicolás tampoco logró llegar al pico Sur por las condiciones adversas del terreno. El pico “Luis A. Martínez” desapareció durante las erupciones de marzo de 1916, apenas 7 años después de la muerte de Luis Alfredo, debido a un largo padecimiento por paludismo, pero afectado también por la muerte de su esposa, y prima segunda, Rosario Mera Iturralde (1876-1905), hija de Juan León Mera. En 1933, cuando Nicolás Martínez hizo su última ascensión al Tungurahua, al describir el cráter mantuvo todavía la impronta de las descripciones vivas de Luis, imbricando sus observaciones con una suerte de comparación nostálgica: “Toda esa parte de la cumbre, tan conocida por mí, la encontré absolutamente cambiada, [...] en vez de la monstruosa abertura del cráter que se hallaba allí y de la hermosa y tersa llanura de nieve que le limitaba por el Oriente [...], se ve una

⁹⁷⁷ *Ibíd.*

⁹⁷⁸ *Ibíd.*

⁹⁷⁹ Martínez, *Ascensiones a los Andes*, 36.

extensa llanura casi horizontal, cubierta de rocas negras despedazadas y surcada de infinidad de grietas humeantes y de algunos pequeños campos de nieve”.⁹⁸⁰

Fue precisamente en el Tungurahua donde Nicolás Martínez, en esa última excursión de enero de 1933, realizó una ascensión masiva al cráter de la montaña. Esta ascensión significó un evento sin precedentes para una montaña que se eleva sobre los cinco mil metros de altura. No sólo se realizó una ascensión a modo “deportivo” sino que implicó observaciones vulcanológicas, meteorológicas, botánicas y hasta de fauna,⁹⁸¹ a las que se añadieron también experimentos en el campo de la medicina o fisiología de altura, y a la que se suma la fundación del primer club de andinismo del Ecuador, el “Club Andino Ecuatoriano”. Fue en esta ascensión donde se bautizaron los dos nuevos picos prominentes del borde del cráter con los nombres de “Club Andino” y de “Nicolás Martínez”. La prevalencia de este club, si bien no ha sido posible encontrar más indicios, se palpa en una nota a propósito de la muerte de Nicolás (Figs. 22 y 23) y firmada por sus miembros con fecha del 15 de agosto de 1934, donde se destaca a Martínez como su “eximio presidente”, “hombre de ciencia i (*sic*) el más grande andinista de la Patria”, acordándose, entre otros aspectos, “organizar una gran ascensión al cráter del Tungurahua para colocar una bandera negra en el picacho *Nicolás G. Martínez*”, y el acuerdo de titular al club con su nombre.⁹⁸²

La trayectoria profesional de Nicolás estuvo fuertemente ligada a su vida institucional en el Observatorio Astronómico, como ya se ha recalcado anteriormente. El nombramiento de Nicolás Guillermo como Primer Ayudante de Meteorología fue expedido por el presidente Leónidas Plaza en marzo de 1904. Como ya se ha podido ver ese año fue particularmente intenso en su actividad de montañismo, actividad que se dilató hasta 1906, cuando llevó a cabo su primer intento de ascensión al Chimborazo. El mismo Francois Gonnessiat, en una correspondencia a Paul Rivet, donde se queja de todos los problemas que acarreaba la dirección del Observatorio Astronómico, ya fuera por el mal estado de los instrumentos o bien por las fuertes discusiones con los antiguos encargados, sobre todo los académicos alemanes que habían instaurado el Observatorio (como fue el caso de Menten y Wickmann), menciona que Nicolás mantenía una ausencia

⁹⁸⁰ Martínez, *Exploraciones en los Andes Ecuatorianos: El Tungurahua*, 17.

⁹⁸¹ Según menciona Nicolás Martínez, es el curioso hallazgo del esqueleto de una cervicabra, “pequeño rumiante que vive en los bosques cercanos”, ante lo cual se pregunta “¿por qué y cómo fue a morir allí este pobre animalito?”. Martínez, *Ascensiones a los Andes*, 24.

⁹⁸² “El Club Andino Ecuatoriano”, cuaderno de recortes de prensa y hoja escrita a puño y letra, Fondo Martínez, Carpeta SG. 00065. 11, Archivo Histórico del Ministerio de Cultura y Patrimonio.

frecuente en el Observatorio: se excusaba por estar enfermo, “y cuando no está enfermo suele perder 8 o 10 días”.⁹⁸³ Fue precisamente en este período marcado por importantes ascensiones, donde Nicolás empieza a utilizar el término andinismo.

A diferencia de lo que expone E. Echevarría, cabe señalar que el uso del término andinismo en términos cronológicos ocurre en Martínez en un texto anterior al de la ascensión al Cotopaxi. En una carta dirigida el 2 de noviembre de 1905 a su amigo Pacífico Chiriboga (1872-1931), nieto homónimo de una de las figuras políticas más importantes del Ecuador de mediados del siglo XIX, Martínez deja abiertas algunas aristas al respecto. Con el propósito de informar sobre su ascensión al Tungurahua, se dirige a su amigo nombrándolo como a un aficionado del andinismo, no sin antes realizar la vinculación del término con respecto al del alpinismo: “Como Ud. es de los aficionados al alpinismo, o andinismo más bien, le voy a hacer una relación aunque ligera de mi viaje y estoy seguro que me va a tener envidia, si consigo trasladar a esta carta una mínima parte de las impresiones que he escrito en los dos días que duró mi ascensión”.⁹⁸⁴

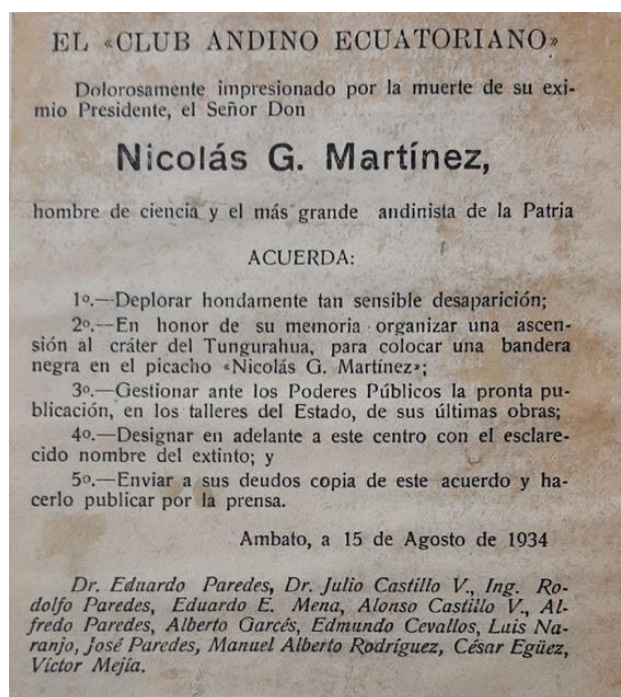


Figura 22. Nota de prensa (1934): “El Club Andino Ecuatoriano”

Fuente: Fondo Martínez, Carpeta SG. 00065.11. Archivo Histórico del Ministerio de Patrimonio y Cultura. Necrología publicada en prensa.

⁹⁸³ Correspondencia entre Paul Rivet y Francois Gonnessiat, carta del 26 de octubre de 1905, citado en Emmanuel Pécontal, “Francois Gonnessiat: un encargado ideal para apoyar a la Misión Geodésica Francesa en Ecuador”, *Boletín de La Academia Nacional de Historia* XCIX, n.º 206-A (2021): 136.

⁹⁸⁴ Martínez, *Ascensiones a los Andes*, 26.

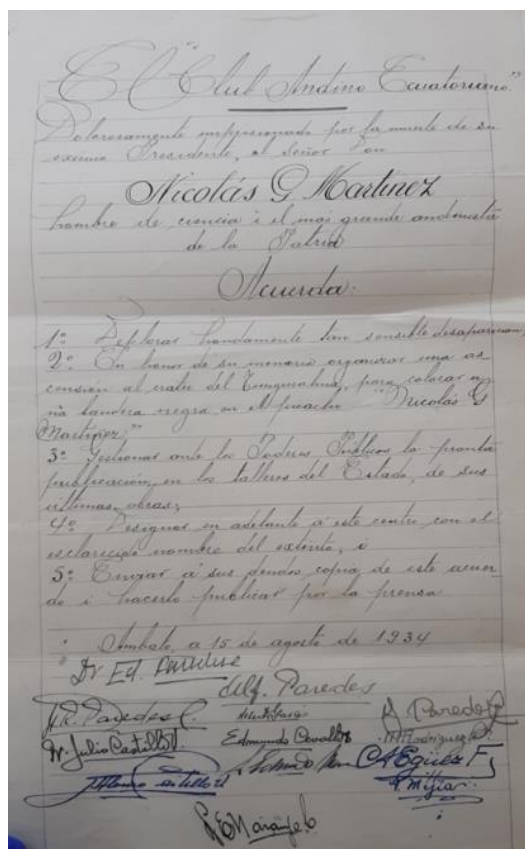


Figura 23. Hoja firmada por los miembros del Club Andino Ecuatoriano (1934): “El Club Andino Ecuatoriano”

Fuente: Fondo Martínez, Carpeta SG. 00065. 11. Archivo Histórico del Ministerio de Patrimonio y Cultura. Hoja escrita y firmada por los miembros del club.

Junto a Pacífico Chiriboga y otros quiteños, como el primo segundo de Chiriboga, un juvenil Ángel Isaac (1885-1962), quien se convertiría en una importante figura de la milicia y de la historia militar del Ecuador, Martínez había ascendido previamente al Antisana y realizado un intento de ascensión al Cayambe. Todos ellos, en plena juventud a inicios del siglo XX, pertenecían al club social “Ecuador”. De hecho, Martínez se dirige en varias ocasiones a sus “amigos del Club Ecuador” al momento de relatar sus excursiones a las montañas.

Es probable que el término andinismo haya empezado a ser pronunciado en alguna de la ascensiones o reuniones previas a la ascensión de Martínez de 1905 al Tungurahua⁹⁸⁵. De todas maneras, acontece aquí su uso en vinculación directa con el término alpinismo, pero en tanto rectificación al manejo discursivo de la conjunción disyuntiva del *o* y el uso referencial del *más bien*, lo que implica su reemplazo. Aun así, como evidencia su *advertencia* de 1920, no queda clara una diferenciación determinada

⁹⁸⁵ Hasta el presente no me ha sido posible encontrar el informe de ascensión al Cayambe de Martínez.

en cuanto al manejo de los términos alpinismo y andinismo. Y vale acotar la anexión tardía de la relación entre el montañismo con el término *andino*, la cual se presenta en el Tungurahua en la ascensión de 1933. En este informe de 1905 se encuentra sobre todo la impronta de las anotaciones, interpretaciones e impresiones en torno al gesto científico que la ascensión puede aportar: el estado de la nieve de esta montaña en comparación con otros escenarios en la misma y otras montañas,⁹⁸⁶ suposiciones y correcciones en torno a la altura y de posición geográfica,⁹⁸⁷ así como la identificación de la cumbre como un Observatorio.

En su relato de ascensión al Cotopaxi en enero de 1906, el uso del término “andinista” se vuelve constante y en diálogo con sus “compañeros de viaje” del *Club Ecuador*, como bien se encarga de enfatizar: “No hace mucho, dirigiéndome a uno de ustedes, relaté, como Dios me dio a entender, mi última ascensión al Tungurahua; después, a viva voz, les he comunicado más detalladamente mis impresiones de entonces, y nos hemos forjado mil proyectos relacionados con muestras comunes aficiones de andinistas”.⁹⁸⁸ Pero también usa el término con énfasis al diferenciar el oficio de andinista del de científico o sabio:

Al emprender una expedición de esta naturaleza, no hemos de llevar únicamente la intención de ver y gozar de un modo egoísta, sino que hemos de procurar, en la medida de nuestras fuerzas, sacar algún provecho de otro género en beneficio de los demás, siquiera recogiendo productos y observaciones que sirvan de material útil en manos de los verdaderos sabios. Pensando así, obtuve la aprobación y los consejos del eminente sabio y querido maestro señor Gonnessiat, y me preparé a la expedición con lecturas y estudios adecuados. Si mis buenos deseos en este sentido no se vieron colmados, no fue mía la culpa, como verán ustedes más adelante. Únicamente mi orgullo de andinista ha quedado satisfecho.⁹⁸⁹

⁹⁸⁶ “Ud. recordará que en el Antisana y en el Cayambe, la nieve que cubre el hielo es consistente, pudiéndose caminar sobre ella sin dificultad; aquí no existe hielo, y la nieve es tan blanda, que cede al peso del cuerpo, de manera que es casi imposible dar un paso. Es un fenómeno que no me explico: hay capas de veinte y treinta metros de espesor formadas únicamente de nieve suave, con capas alternas de ceniza volcánicas; pero hielo compacto, empedernido, como lo hemos visto en otros nevados, no lo hay aquí. No creo difícil que al Oriente y al Sur, exista aquel; pues en esa dirección parece que hay ventisqueros, pero es imposible llegar a ellos para estudiarlos. ¿Será acaso los depósitos de cenizas entre la nieve los que impiden la formación del hielo?; ¿o será tal vez la edad relativamente pequeña de los campos de hielo? díganlo los sabios”. Martínez, *Ascensiones a los Andes*, 33-4.

⁹⁸⁷ “Creo que el Pico Sur, que es el más alto, pasa de la altura señalada por los sabios alemanes citados [*en referencia a Reiss y Stübel*], quienes talvez hicieron sus medidas trigonométricas desde el valle de Patate, donde no se puede ver la cumbre más alta del volcán”, “Wolf coloca al Cerro Hermoso en su mapa, mucho más al norte de la situación que tiene en realidad; pero él mismo confiesa que esta parte de la República le es completamente desconocida”. Martínez, *Ascensiones a los Andes*, 40. *Cursivas añadidas.*

⁹⁸⁸ *Ibid.*, 43.

⁹⁸⁹ *Ibid.*, 45.

La manera en que expone sus impresiones de carácter científico, sin embargo, son abundantes. Como buen seguidor de sus predecesores, sobre todo en lo que respecta a Whymper, en sus informes de ascensión realiza balances científicos en materia vulcanológica, exposición de datos y recolección de materiales, así como de balance historiográfico en lo que respecta a las ascensiones. El ejemplo más evidente lo expone en uno de los suplementos que acompañan al informe de su ascensión a la cumbre del Chimborazo en 1911, publicados en su libro *Exploraciones en los Andes Ecuatorianos: Chimborazo, Carihuairazo, Quilindaña, Iliniza* de 1933. En él da noticia, una vez más, de las suposiciones y datos conocidos de los intentos de ascensión a la montaña desde los días de La Condamine y Bouguer, donde no escapa tampoco a la ingenuidad. Este último aspecto se manifiesta cuando afirma sobre Simón Bolívar que “dejando a un lado la espada victoriosa”, empuñando “el bastón de alpinista”, no sólo superó a Humboldt en altura, sino que desistió de llegar a la cumbre “debido [...] a que, como todos los verdaderos genios, fue generoso, y talvez [sic] no quiso humillar a su rival, hollándose en su frente inmaculada”⁹⁹⁰. Sin embargo, la vieja novedad, al incluir las ascensiones hasta 1933, es la aparición de un nuevo récord de altura, en lo que al registro continental se refiere, que tiene a los Andes del Ecuador y particularmente al Chimborazo como escenario:

Los norteamericanos Terris Moore y Paul Austin, siguiendo el mismo itinerario del Noroeste, que habíamos seguido todos desde Whimper [sic.], llegaron a la cumbre el 28 de Agosto de 1929, y como les faltara tiempo para regresar a su campamento, se vieron obligados a pasar la noche en la cumbre Veintemilla, al abrigo de una pequeña tienda de campaña llevada a prevención. Estos dos viajeros son, sin duda alguna, los hombres que a mayor altura han dormido en América.⁹⁹¹

Para 1933, en lo que respecta al Chimborazo, según expone Martínez, son un total de diez ascensionistas los que han “coronado la empresa, [...] cuatro ecuatorianos, tres italianos, dos norteamericanos y un inglés”.⁹⁹²

Ahora bien, ¿qué implicaciones abarca el nombrar a esos cuatro ecuatorianos, siendo él uno de ellos, al momento de resaltar no sólo la cumbre de una montaña como el Chimborazo, sino también al aludir al espacio que esa cumbre ocupa, es decir, a ese alto espacio al que responden los volcanes del Ecuador? Si bien Martínez establece una correspondencia directa de su imagen como montañista dentro de ese selecto grupo de

⁹⁹⁰ Martínez, *Exploraciones en los Andes Ecuatorianos: Chimborazo*, 51.

⁹⁹¹ *Ibid.*, 54.

⁹⁹² *Ibid.*, 54.

sujetos que han logrado coronar la montaña, en donde vuelve a inscribir, además, el registro de los récords de altura o elevación tan presentes en sus predecesores marca una diferencia en la distinción que hace con respecto al lugar que ocupa la presencia indígena en esos espacios. Es en esa distinción donde se localiza el revés o pliegue de la legitimidad de las ascensiones: la construcción de la veracidad de la ascensión no sólo se sustenta en el relato y el registro fotográfico, sino en el elogio de la presencia de los sujetos indígenas en las altas montañas. Este aspecto es constante en los relatos de Martínez, sobre todo en lo que respecta a la ascensión al Chimborazo, una ascensión además que juega al despliegue de un abanico de espejos en cuanto a la mirada europea hacia el local blanco-mestizo, y la del blanco-mestizo hacia el sujeto indígena.

4.3. El doblez interno

La particularidad de las exploraciones de Nicolás G. Martínez a los Altos Andes, a diferencia de las ascensiones realizadas por sus pares europeos y más allá del laureado espíritu de la ciencia y montañismo nacional, radica en la presencia activa de sujetos indígenas. Este es el caso de la ascensión al Chimborazo, tanto en el registro fotográfico como en el retórico. En sus relatos e informes Nicolás destacó la figura de Miguel Tul, peón indígena y entregado compañero de ascensiones. Las descripciones que realiza Martínez sobre Tul proyectan una relación e interacción étnica que puede ser interpretada no sólo desde la subordinación sino desde una forma distinta de concebir el cuerpo y rendimiento del sujeto indígena masculino. Esta concepción oscila principalmente entre la descripción natural o animalizada, y la apreciación mistificada del sujeto en el entorno de la alta montaña. Esa misma concepción se extiende a otros sujetos que no sólo acompañan a Nicolás sino a los que éste conoce a lo largo de sus ascensiones a los volcanes del país.⁹⁹³ Este aspecto, como el conjunto de ascensiones y trabajos científicos que realizó Martínez en los Andes del Ecuador durante el primer tercio del siglo XX, guardan una intensa relación con su exploración al Chimborazo. Esta ascensión pone en juego no sólo la presencia de un local en la cumbre de esta montaña, sino la consolidación de su figura de conquistador proyectada por sus pares franceses, vinculados a la Segunda Misión Geodésica Francesa, quienes, a pesar de haber acompañado a Nicolás en la expedición, no lograron llegar a la cumbre.

⁹⁹³ Derkinderen, “Modernities, subalternity, and orality”, 139-51.

Nicolás G. Martínez alcanzó la cumbre máxima del Chimborazo, o como él menciona, la cumbre matemática o verdadera cumbre de esta montaña, a las 12h55 del 20 de enero de 1911. El registro fotográfico que demuestra esa conquista tiene dos imágenes de sumo interés publicadas en su libro: corresponden a dos fotografías de Miguel Tul, una a pocos metros de la denominada cumbre matemática de la montaña, y la segunda sobre dicha cumbre⁹⁹⁴. Miguel Tul había servido a Martínez en cuatro ascensiones previas al Tungurahua entre octubre de 1910 y enero de 1911, las cuales habían servido de entrenamiento para la ascensión al Chimborazo. Martínez describe a Tul como “un compañero valiente y decidido a toda prueba”, demostrándose sereno ante los peligros “y sobre todo, desprovisto en lo absoluto de nervios y de una gran resistencia a la fatiga, verdaderamente maravillosa”; declara además que gran parte del éxito de la ascensión se lo debía “a este indio excepcional”.⁹⁹⁵

Cuando menciona a los ecuatorianos que han coronado el Chimborazo, resalta que Miguel Tul fue el tercero, después de los dos acompañantes de Whympers en 1880, “por haber llegado a la meta”⁹⁹⁶ antes que Martínez. Esta forma de nombrar a los sujetos indígenas es constante en los relatos de Martínez. En el primer intento de ascensión al Chimborazo en 1906, Martínez da cuenta de un adolescente indígena de 15 años de nombre José Antonio Buenaño, quien ya lo había acompañado previamente “en otras excursiones de este género”. Confiaba plenamente en sus habilidades. Además, resalta las tensiones en juego entre la fortaleza y fragilidad del cuerpo indígena, tratándose más aún de un adolescente. Al llegar a una altura de 5600 m., Martínez se sentó a esperar a sus tres acompañantes; el primero que lo alcanzó fue José Antonio, admirando su fortaleza “pues sin embargo de haber hecho todo el viaje a pie, y de estar desprovisto de calzado y de guantes (llevaba sólo alpargatas), subía sin decaer” y “cargando aún víveres”, bajo una temperatura de tres grados bajo cero “que producía una impresión muy terrible por el viento cada vez más impetuoso”. Su primo Juan León Mera Iturralde quien había mencionado que subiría “hasta donde buenamente pudiera”, se quedó a esa altura para “atender a José Antonio que iba helándose: trabajo le costó reaccionarle, lo que no consiguió sino después de largo rato de darle fricciones, al abrigo de una roca”.⁹⁹⁷

⁹⁹⁴ Martínez, *Exploraciones en los Andes Ecuatorianos: Chimborazo*, 24.

⁹⁹⁵ *Ibid.*, 12.

⁹⁹⁶ *Ibid.*, 54.

⁹⁹⁷ *Ibid.*, 86-7.

El protagonismo de la presencia de los cuerpos indígenas está muy presente en la mayoría de los informes de ascensión elaborados por Martínez. Sin embargo, no se encuentra una forma constante en cuanto a la manera en que los presenta. Si bien la imagen de fortaleza y compromiso del indígena es palpable en lo que respecta a sus relatos sobre el Chimborazo, esto cambia con respecto a su ascensión al Antisana en 1904. En ese relato sobre el Antisana, Martínez emprende una mistificación del sujeto indígena fijada en la figura de Lorenzo Guigua, “famoso indio [...] cuya edad le calculan en más de 120 años”, y a quien describe como un sujeto que reúne todas las cualidades milenarias de las montañas andinas, a lo que añade un elogio con tintes de religiosidad católica:

El indio Guaigua, a pesar de su avanzadísima edad, es fuerte y recorre los páramos con agilidad y resistencia de un joven; es pequeño de cuerpo, ancho de espaldas, gordo y bien musculado; tiene la dentadura completa y en perfecto estado y el cabello cano, únicamente en las caídas, y casi negro, en la parte de la cabeza que lleva siempre cubierta con las ropas de un viejo sombrero de lana, a modo del birrete con que suelen adornarle los pintores a Santo Tomás de Aquino.⁹⁹⁸

Cuando incluye este relato en formato de libro en 1920, Martínez recalca que Guaigua aún vivía. Contaba en aquel entonces con 135 años de edad. Como él mismo menciona, aquello no le parecía una exageración dado que Guaigua recordaba “la visita que hizo el Barón de Humboldt al hato del Antisana a principios del siglo XIX, y con más razón, la de Dn. Marcos Jimenez de la Espada en 1860 [sic], pero al recordar esta última”, aseguraba que era ya “hombre maduro y viejo”.⁹⁹⁹ Algo similar sucede con Miguel Tul en cuanto a la proyección mimética en que lo coloca Martínez para diferenciarlo de su actitud y presencia en la cumbre: “Permanezco [...] cerca de una hora: estos momentos son para mí de aquellos que jamás se borran en la memoria”, y después de imaginar la montaña como el cuerpo de una mujer virgen, registro que lo acerca íntimamente a Usuelli,¹⁰⁰⁰ menciona: “abandonando en mi éxtasis me apartaba del mundo sensible para seguir soñando, y así hubiera continuado hasta despertarme tal vez en la eternidad, si

⁹⁹⁸ Martínez, *Ascensiones a los Andes*, 13.

⁹⁹⁹ *Ibid.*, 13. La posible ascensión de Marcos Jiménez de la Espada pudo haberse dado a finales de diciembre de 1864 o los primeros días de enero de 1865.

¹⁰⁰⁰ Nicolás Martínez lo expone de esta manera: “Al vernos aislados del mundo habitado del que nos separa el inmenso mar de nubes, me figuro hallarnos en un islote de mármol blanco, pero de un blanco, deslumbrador, perdido en medio de la inmensidad infinita y nosotros dos, los únicos habitantes de ese pequeño mundo encantado y maravilloso. A veces en mi somnolencia, me figuro también, que no somos otra cosa sino dos miserables hormigas sobre el pecho blanco de una mujer gigantézca, cuyos senos erguidos y duros son las dos cúpulas gemelas de redondeces perfectas y voluptuosas, que se hallan separadas por un valle, cuyas grietas de tonos azulinos y verdosos semejan las venas del cuerpo de una virgen”, Martínez, *Exploraciones en los Andes Ecuatorianos: Chimborazo*, 27-8.

Miguel, que de nada se admira y que se halla muy tranquilo como si estuviera en su casa, no me despertara recordándome que ya es hora de emprender el regreso”.¹⁰⁰¹

Para Derkinderen el caso de Guaigua en el relato de Martínez cumplía la función de un intermediario entre el pasado y el presente, de manera que vinculaba y legitimaba su ascensión (en el presente) con un glorioso pasado científico.¹⁰⁰² Pero a pesar de la incursión de la oralidad o la subalternidad presente en el testimonio que utiliza Martínez en sus relatos, que tanto resalta Derkinderen, existe un afán por nombrar a estos sujetos que no se reduce únicamente al espacio de la legitimación científica o montañera del sujeto blanco-mestizo. La literatura alpina desde mediados del siglo XIX está impregnada de la mirada etnográfica por parte de los viajeros alpinistas: es usual encontrar leyendas locales en torno a las interacciones de los sujetos con las montañas y espacios naturales, como bien lo resaltó Whymper tantas veces con respecto a los habitantes de los valles que circundaban al Cervino,¹⁰⁰³ de modo que la oralidad está presente en el centro de la literatura europea de aventuras. Si hay precisamente una impronta de lo andino en el andinismo como práctica de ascender montañas de altura más que de dificultad técnica, está en que no existió una competitividad interna por ascender a estos altos nevados a inicios del siglo XX dada la falta de estructura vial y turística comparable a la existente en los Alpes, que había, por ejemplo, resaltado Brant en el caso chileno. De hecho, Nicolás G. Martínez marca una distancia con la posibilidad de adherirse a ese juego competitivo alpino.

Para 1911, la figura del sujeto indígena permanece, en el relato de Martínez, aún a costa de la legitimación que le otorgan sus pares europeos. Martínez organizó la ascensión al Chimborazo en conjunto con dos franceses que estuvieron vinculados a proyectos comerciales y científicos a inicios de siglo XX, como fue el caso de Pierre Reimburg,¹⁰⁰⁴ quien era además integrante del Club Alpino de su país. Incluso fue, gracias

¹⁰⁰¹ Martínez, *Exploraciones a los Andes Ecuatorianos: Chimborazo*, 28-9.

¹⁰⁰² Derkinderen, “Modernities, subalternity, and orality”, 144.

¹⁰⁰³ Como se puede corroborar en el siguiente extracto tomado de *Scrambles amongst the Alps*: “Los supersticiosos nativos de los valles circundantes (muchas de los cuales todavía creen firmemente que no solo es la montaña más alta de los Alpes, sino del mundo) hablaban de una ciudad en ruinas en su cumbre donde moran los espíritus. Si te reías se limitaban a sacudir gravemente la cabeza Y te pedían que miraras por ti mismo los castillos y las murallas. Advertían contra un acercamiento imprudente, no fuera que los demonios enfurecidos desde sus alturas inexpugnables pudieran descargar su venganza”. Edward Whymper, *Scrambles amongst the Alps in the years 1860-69* (London: John Murray, 1871), 82.

¹⁰⁰⁴ Pierre Reimburg estuvo vinculado a la Segunda Misión Geodésica Francesa como parte del cuerpo diplomático de Francia. El Observatorio Astronómico conserva el monumento conmemorativo de la Misión Geodésica que fue instaurado por iniciativa del Comité Franco-Ecuatoriano, en donde Reimburg consta como su presidente, iniciado en abril de 1911 e inaugurado en julio de 1913.

a la cooperación con los franceses, que Martínez pudo acceder al material alpino de calidad que necesitaba para poder superar las dificultades del terreno que presentaba el Chimborazo. En su intento de ascensión de 1906 se quejaba de lo parco que había resultado su material alpino por la poca ayuda que pudo ofrecerle frente a “ese hielo más duro que el cristal”.¹⁰⁰⁵ En su relato de 1911 enfatiza que, si en 1906 no habían llegado a la cumbre, fue sobre todo por “la deficiencia y mala calidad” del material de alpinismo disponible, “fabricado en gran parte en el país, [...] nada apropiado para trepar por lugares tan difíciles y peligrosos, como son los que se encuentran en la gran muralla de rocas que por el Noroeste, interrumpen el paso hacia la cumbre”,¹⁰⁰⁶ conclusión a la que pudo llegar únicamente probando la solidez y calidad de una buena fabricación de material alpino.

Reimburg no sólo protagonizó una extensa nota de prensa a propósito de una entrevista realizada para el diario *La Prensa* de Quito¹⁰⁰⁷, sino que obsequió a Martínez su “pico de alpinismo” con una inscripción que detalla: “A Nicolás Martínez, recuerdo del Chimborazo, al vencedor, el vencido. Dr. P. Reimburg”.¹⁰⁰⁸ El mismo gesto se presenta en un portarretrato que le obsequió el mismo Reimburg (Fig. 24), en donde escribe: “A mi querido amigo Nicolas Martínez. En recuerdo de nuestros paseos al Topo, Tungurahua y Chimborazo, al vencedor el vencido” con fecha de marzo de 1911.¹⁰⁰⁹

En su postura científica, Nicolás G. Martínez incluso abre una suerte de reflexión en torno a ese gesto de exaltación de la autoridad científica y de encomio de la prioridad científica tan presentes entre los competitivos viajeros europeos: “Aquí debemos declarar que al publicar esos folletos, no pretendemos pasar por sabios, así como tampoco creemos que nuestros trabajos científicos sean perfectos, ni mucho menos; pues nuestro propósito no es otro sino el de hacer conocer en cuanto sea posible, algunas de las particularidades más notables de nuestro país”.¹⁰¹⁰ La particularidad de la elaboración del relato de Nicolás G. Martínez, sobre todo en referencia a sus predecesores, no se inscribe en la discusión de las verdades científicas, tal y como sucedió en los casos de Edward Whymper y Hans Meyer. Todo lo que fue realizado por sus predecesores se enfoca en la nueva arquitectura de un sujeto local que explora las grandes alturas.

¹⁰⁰⁵ Martínez, *Ascensiones a los Andes*, 90.

¹⁰⁰⁶ Martínez, *Exploraciones a los Andes Ecuatorianos, Chimborazo*, 5-6.

¹⁰⁰⁷ “Los secretos de un gigante”, *La Prensa*, 30 de enero de 1911, en *Exploraciones en los Andes Ecuatorianos: Chimborazo*, 35-40.

¹⁰⁰⁸ Martínez, *Exploraciones en los Andes Ecuatorianos: Chimborazo*, 30.

¹⁰⁰⁹ Tarjeta de presentación de Pierre Reimburg para Nicolás G. Martínez, marzo 1911. Archivo personal María de los Ángeles Fabara. Cortesía fotográfica de Adolfo Holguín.

¹⁰¹⁰ Martínez, *Exploraciones en los Andes Ecuatorianos: El Tungurahua*, 5-6.

El caso de Martínez no se dirige al posicionamiento relevante de un yo-geográfico o científico. Sus relatos de ascensionismo resaltan la presencia de una actividad que figura a la vez en el plano de la excursión y conocimiento del territorio nacional como del desempeño físico. Sus escritos, al igual que sus fotografías, descansan en la referencia de un yo-montañista que pueda acercarse a ese imaginario del yo-alpinista, pero marcando esa singularidad de lo que esboza como andinismo, sin necesariamente ser del todo explícito ni tener la pretensión de aclarar qué implicaba esa diferenciación. El mapa que elabora del Chimborazo se basa explícitamente en los trabajos de Whymper, Wolf y Meyer. Ese no es el caso del mapa del Tungurahua, al que dedica varios bocetos de elaboración, el cual, además, por las erupciones que presentó a lo largo de su vida de montañista, le hace pensar precisamente en esa maleabilidad que tienen las verdades científicas.

La cuestión de la novedad de la naturaleza americana representada en lo primigenio y paradisíaco de esa naturaleza que expuso Humboldt con esmero en sus libros sobre el Nuevo Continente, corresponde en Martínez, precisamente, en la configuración de esos altos espacios andinos como un terreno exclusivo que aún proporcionaba la oportunidad de seguir estudiando, y ascendiendo, lo que plasmó en sus relatos e imágenes. A esto Martínez añade el gesto de la mimetización y mistificación de los sujetos indígenas con el escenario de las altas montañas.

La figura del sujeto indígena aparece entonces como un sujeto arcaico inmerso en actividades modernas: al igual que Usueli, Martínez dotó de indumentaria alpina a sus acompañantes indígenas, pero también dispuso despojarlos en circunstancias que él mismo resalta como penosas al utilizar uno de los cuatro pantalones de Miguel Tul al igual que su bastón, aspecto que lo expuso “a que se mate en el descenso, sin tener en qué apoyarse”.¹⁰¹¹ Todo ello para dejar constancia de su ascensión a la cumbre. Esas actitudes oscilantes expresan tanto su preocupación como la interacción propia del sujeto blanco-mestizo con respecto al uso del cuerpo e imaginario del sujeto indígena.

Su preocupación con respecto a un sector importante de la población de la Sierra ecuatoriana se manifiesta en su libro *La condición actual de la raza indígena en la provincia del Tungurahua* (1916). En él mantiene de forma explícita esa misma oscilación entre la virtud y la desgracia de la población nativa. Resalta una supuesta inferioridad presente en los vicios y religiosidad pagana de esa “raza”. Sin embargo,

¹⁰¹¹ Martínez, *Exploraciones a los Andes Ecuatorianos: Chimborazo*, 29.

Nicolás Martínez marca una diferencia en su manera de ver la realidad indígena con respecto a otros integrantes de su grupo social, precisamente por la interacción cercana que él ha experimentado en sus excursiones y trabajos científicos, donde los indígenas contribuyeron a su labor de andinista y meteorólogo (tenía peones que se encargaban de mantener las estaciones meteorológicas), e incluso en materia de agronomía. Lo que Martínez expone en cuanto a la imagen que proyecta de los sujetos indígenas, es la de un sujeto masculino a la vez animalizado y mimetizado en el entorno de montaña, pero sin despojarle de su estatus humano, al exponerlo como sujeto consciente de la ascensión provisto de los implementos de alpinismo. Es decir, Nicolás G. Martínez proyecta en el sujeto indígena la imagen de un sujeto híbrido.



Figura 24. Pierre Reimburg (1911): Tarjeta de presentación para Nicolás G. Martínez
Fuente: Archivo Personal de María de los Ángeles Fabara. Cortesía de Adolfo Holguín

En esa imagen híbrida del sujeto, lejos de la proyección mestiza que resaltó Whymper con respecto a Campaña, destaca el uso y elogio de las facultades físicas. Su mimetismo con el ambiente del nevado, y el uso de los implementos técnicos de alpinismo, lo ubican al frente mismo de la ascensión al ser el primero de la expedición en

llegar a la cumbre. En este sentido, el relato de Martínez de alguna manera imita a la relación entre Whymper y Jean-Antoine Carrel. En medio de todo esto, la presencia del Chimborazo resulta como la construcción de un pliegue en sí mismo que regula el imaginario de la figura del montañista. Como ya se mencionó, a la muerte de Nicolás G. Martínez en 1934, entre los elogios que se le tributaron abundan los referentes a su conquista del Chimborazo. La posición en que ubica a sus predecesores también habla de un distanciamiento no sólo en la manera en que se puede efectuar el ejercicio científico, sino que también expresa un afán de reclamar un espacio soberano y manifestar una intencionalidad en la inmersión de sus propósitos como sujetos de ciencia. Así en 1933, Martínez en la “Advertencia” de su libro *Exploraciones en los Andes Ecuatorianos: El Tungurahua* resalta:

No solamente los extranjeros son los que se han atrevido a hollar las cumbres inmaculadas de nuestros gigantescos volcanes, sino que también han habido, y hay ecuatorianos, que posponiendo todo temor y venciendo toda clase de dificultades, han podido también trepar a esas alturas, llevados únicamente por el amor a la ciencia, investigando y estudiando a medida de sus escasos conocimientos científicos, los diferentes fenómenos y particularidades que se observan en esas regiones casi desconocidas.¹⁰¹²

Todos estos gestos son novedosos en la medida en que da a conocer los lugares que pocos o ningún otro explorador criollo había ascendido, sobre todo al destacar la frecuencia con que visitó esos espacios, entre los que sobresalen, por número, las ascensiones realizadas al Tungurahua. En este sentido, ningún otro ascensionista, al menos hasta pasada la década de los años 1950, pudo igualar esa gran cantidad de ascensiones que impuso Martínez en su tiempo. Incluye y destaca también la presencia femenina en el andinismo. El primer registro de la presencia de una mujer en la cumbre de una montaña como el Tungurahua, responde a Elsbeth Bolle Werner de Robalino, de origen alemán y esposa de Luis Robalino Dávila, quien fue una importante figura diplomática y hombre de letras del Ecuador del siglo XX. Elsbeth Bolle ascendió a la cima del Tungurahua en abril de 1911, y de ella Martínez elogió su resistencia y energía. Así declaró que, en algún momento, pensó que resultaría “difícil que todos subieran; pero indudablemente el buen resultado fue debido a la Sra. Robalino, quien daba ejemplo a sangre fría en los peligros y de una energía sin igual”.¹⁰¹³

¹⁰¹² Martínez, *Exploraciones en los Andes Ecuatorianos: El Tungurahua*, 6.

¹⁰¹³ Nicolás G. Martínez, “Diversas exploraciones efectuadas en el Tungurahua”, en *Pioneros y precursores del andinismo ecuatoriano*, ed. Sandoval y Paredes, 1:33-4.

En 1953, la revista *Andinismo Ecuatoriano* realizó una entrevista a Elsbeth Bolle. En ella mencionó que había participado en varias excursiones efectuadas en grupo y lideradas por Nicolás Martínez, a quien recuerda además por sus valores personales y “sus conocimientos de todas las Ciencias Naturales, que hicieron muy interesantes todos los paseos, sobre todo por sus conocimientos botánicos”.¹⁰¹⁴ Bolle declara haber ido a varias montañas de cuatro mil metros como el Corazón, Rumiñahui, Paschoa, pero también al Antisana. Hay particularmente una fotografía (Fig. 25) en las nieves bajas del Antisana realizada por Julio Enrique Paredes, también compañero de excursión de Martínez, en donde se divisa la silueta de una mujer por su vestido. Además, aunque no está presente en los relatos de Nicolás, se puede apreciar a canes transitando por el ventisquero, hoy extinto. Conviene resaltar este último aspecto ya que los Martínez Holguín fueron amantes de los canes, como se revela en sus numerosas fotografías y retratos.

En una mirada general, se puede mencionar que Martínez destaca en marcar un espacio, en parte impulsado por sus hermanos, como es la configuración de un territorio exclusivo en su práctica montañera. Esta exclusividad se determina no sólo por el acceso de un grupo determinado, el cual está ligado al círculo social y cultural del que forman parte los Martínez, sino a raíz de elementos cognitivos y físicos que condicionan su acercamiento a él. Dichos elementos se empiezan a esbozar en la cuestión de las interacciones entre el cuerpo mestizo o criollo y el cuerpo indígena en tanto objetos de rendimiento físico y adaptables a la altura (o naturales de altura). Estos elementos se legitiman justamente por la presencia de ese yo-montañista, ese sujeto que puede registrar y facilitar su desempeño, y que se intercala con la figura de viajero científico interno que indaga y compara el interior del territorio nacional, tomando y procesando muestras y observaciones a lo largo del tiempo.

Este “yo-montañista” y viajero interno, reconfigura la exploración de los Andes Ecuatoriales en la auto referenciación de esta cadena montañosa al cobijar su actividad con el término andinismo. En Nicolás Martínez vuelve a aparecer la cuestión de la aventura como vinculación entre evento y relato que no pueden ser escindidos. Esa aventura está registrada por la fotografía en la que el sujeto local tiene una presencia relevante en las altas montañas.

¹⁰¹⁴ “Entrevista a la Primera Mujer que Ascendió a la Cumbre del Volcán Tungurahua”, *Andinismo Ecuatoriano: Órgano de la Agrupación Excursionista “Nuevos Horizontes”*, n.º 7 (1953).



Figura 25. Fotografía del Volcán Antisana (1911)

Fuente: Archivo Personal de Raúl Paredes Ruiz. Cortesía de Adolfo Holguín.

5. Río Babahoyo

En 1903, Luis A. Martínez abre los primeros años del nuevo siglo en el Ecuador con una imagen que, podría decirse, consagra los ideales nacionales en su vinculación histórica con el paisaje. El óleo sobre tela titulado como *Río Babahoyo* resume el telurismo americano en el escenario andino: el trópico, el río adornado de follajes, con un fondo de cadenas montañosas, ubicando la presencia imperante de los glaciares que une lo telúrico con lo cenital, todos estos elementos en conjunción de las dos regiones preponderantes del Ecuador: la costa y la sierra. *Río Babahoyo* ubica además al perfil del Chimborazo como un objeto que sobresale en el cuadro cuando se lo mira, pero que no constituye precisamente su objeto central, destacando a la vez como soberano y eje contemplativo del paisaje, a la vez que como cualquier otro de los elementos que compone el cuadro.

Al dar cuenta de los últimos instantes de la vida del personaje central de su novela *A la costa*, Luis A. Martínez maneja una narrativa llena de matices geográficos, sobre todo en las partes finales de esa obra, además considera en la cumbre de la literatura ecuatoriana, donde el cuerpo y la mirada del personaje central se conjugaba en la escena “de la ventana” donde “se divisaba el ancho Guayas” en “la orilla opuesta desde Santay

hasta Durán”, en cuya “tarde el lejano Chimborazo, limpio de nubes, dominaba el inmenso paisaje”.¹⁰¹⁵ Y cerrando la narración con esta imagen: “la cara tomó una expresión beática y bellísima, y los ojos vidriosos quedaron fijos en el Chimborazo, que allá, en el confín del paisaje inmenso resplandecía con los últimos rayos del sol”.¹⁰¹⁶

Así también, en la “atmósfera” del cuadro *Río Babahoyo*, como bien destaca Puig Peñalosa,¹⁰¹⁷ se percibe una correspondencia con la descripción efectuada en la novela sobre los ríos Babahoyo y Guayas, donde se destacan sus “orillas idílicas”, las “galerías de cañas sombreada por mangos [...] y otros árboles de pomposo follaje”, así como “el sombrío huerto de cacao [...] limitadas en el horizonte por bosques azulinos, cortados a trechos [...] por grupos de cañas que parecen plumajes verdes y pomposos, que emergieran de un océano de hierbas”. Y hay también en el cuadro analogía con otras descripciones de la novela como cuando su autor alude al “cielo nacarado que domina toda la inmensidad sin límites”, siendo ése “el cuadro que se presenta desde la proa de un vapor que navega”, un “vapor favorecido por la vaciante bajada rápida, espantando [...] a las partidas de caimanes que, perezosamente acostados en la arena de la orilla y recibiendo el sol radiante del medio día, parecerían viejos troncos arrojados allí por las crecientes invernales del río”.¹⁰¹⁸

El reino de la naturaleza y el de los objetos cuyo movimiento se produce a raíz del ímpetu e impacto de las aspiraciones de la idea (o mito) del progreso, constituyen elementos que parecen comunicarse con otros elementos presentes en otras imágenes. Uno de esos elementos son los grandes lagartos o caimanes. Este actor, el caimán, ubicado en la parte inferior derecha del interior del cuadro (Fig. 26) dialoga con la primera representación de *Alturas del Viejo y Nuevo Mundo comparadas visualmente* de Goethe¹⁰¹⁹ (Fig. 27). Ambos ejemplares están ubicados en la misma posición de sus cuadros. Son dos presencias no humanas mínimas arrojadas al interior de la imagen y que

¹⁰¹⁵ Luis A. Martínez, *A la costa* (Buenos Aires: Biblioteca Virtual Universal, 2003), 164.

¹⁰¹⁶ *Ibid.*, 165. Sobre un acercamiento en torno a esta novela en términos de ideología, paisajismo y geografía, véase: Emmanuelle Sinardet, “La geografía cultural de Luis A. Martínez: espacios e identidad”, *Kipus: Revista Andina de Letras y Estudios Culturales*, n.º 49 (2021): 25-40, doi:10.32719/13900102.2021.49.2; Emmanuelle Sinardet, “A la costa de Luis A. Martínez: ¿la defensa de un proyecto liberal para Ecuador?”, *Bulletin de l'Institut français d'études andines* 27, n.º 2 (1998): 285-307, <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=12627205>; Xavier Puig Peñalosa, “Apreciaciones sobre dos escritos de Luis A. Martínez: La pintura de paisaje en Ecuador (1898) y A la costa (1904)”, *Boletín de la Academia Nacional de Historia* XCVIII, n.º 204 (2010): 125-45.

¹⁰¹⁷ Puig, *Luis A. Martínez y su tiempo*, 155.

¹⁰¹⁸ Martínez, *A la costa*, 99-100.

¹⁰¹⁹ Johann Goethe, *Höhen der alten und neuen Welt bildlich verglichen* (Weimar: 1813), cuadro 1, accedido 19 de febrero de 2024 https://haab-digital.klassik-stiftung.de/viewer/image/3518090895/8/LOG_0002/.

aun así reclaman su presencia. Constituyen una supervivencia marcada por la tensión: mientras en Goethe este actor parece sobresalir de manera súbita en el cuadro, asomando su cabeza desde el río tropical, en la pintura de Luis A. Martínez el caimán parece reclamar su salida en un gesto que sugiere su intención de sumergirse al río azulado, tal y cómo se hace constar en el pasaje de la novela mencionada: “espantando [...] a las partidas de caimanes”. Como se describe, también en la novela al momento de la descripción de la ventana del buque, lugar donde “se divisaba el ancho Guayas, la orilla opuesta desde Santay hasta Durán”, así como su posicionamiento en el cuadro, el Chimborazo no sólo es un ente determinado a la distancia. Es el nombre de la montaña. Pero en la novela es también el buque de vapor que realiza el tránsito entre Guayaquil y Babahoyo, el mismo que espanta a los caimanes de su aparente descanso, conectando la voz narrativa con la imagen del cuadro.

Luis A. Martínez reflexionó y teorizó sobre el arte pictórico. Así en su escrito de 1898 *La pintura de paisaje en el Ecuador. Carta al Señor Celiano Monje*, expuso que la particularidad y mérito del arte del paisajismo “consiste en la fiel y exacta reproducción de la naturaleza, pero con su misma alma”.¹⁰²⁰ Esta apreciación, como bien ha señalado Puig Peñalosa, responde a la impronta romántica de Martínez,¹⁰²¹ pero también denota un acercamiento al reino natural concibiéndolo como crisol de agentes o actores. Este crisol que expone la imagen permite destacar las relaciones no sólo entre todos sus elementos constitutivos, sino que, al alejarlos de la presencia humana, ya que el sujeto humano como tal se encuentra ausente del cuadro, permite una mirada panorámica de cómo interactúan los objetos *modernos* con objetos más rústicos, así como su disseminación en el paisaje. La presencia del sujeto como tal sólo permite su entrada en la mirada estética que éste tiene del paisaje en el interior de la novela, de manera que las dos obras, el cuadro y la novela, invocan la tensión de lo que permanece en la exterioridad del sujeto y cómo esa exterioridad, en la novela, termina interiorizada en sus momentos finales. Aun así, sin pretender establecer las corrientes estéticas que alimentan las obras artísticas de Luis A.

¹⁰²⁰ Luis A. Martínez, “La pintura de paisaje en el Ecuador: Carta al Señor Celiano Monje”, *Revista de Quito. Semanario de Política, Literatura, Noticias y Variedades* XII (1898): 389.

¹⁰²¹ Puig Peñalosa, “Apreciaciones sobre dos escritos de Luis A. Martínez”, 129. Puig Peñalosa también ha resaltado el componente modernista en Martínez, en la medida que declara que el *paisista* (sic), término que usa Martínez, “puede formarse autónomamente, copiando directamente de la naturaleza”, además de su etapa de madurez en la que experimentó y buscó “nuevas formas expresivas mediante el uso de la espátula o las gruesas pinceladas creando así marcados relieves y texturas en muchas de sus obras, o esos ‘timbres impresionistas’ de color casi puro en lugar de los formalmente académicos contornos bien delineados (dibujo)”. *Ibíd.*, 131.

Martínez, sea su cuadro o su novela,¹⁰²² lo que se quiere subrayar aquí es la concepción del cuadro como montaje en el sentido benjaminiano.



Figura 26. Luis A. Martínez: Río Babahoyo, 1903, óleo sobre tela 170 x 108
Fuente: Club Tungurahua, Ambato. Ampliación del marco inferior derecho donde se representa un caimán.



Figura 27. Johann W. Goethe: Höhen der alten und neuen Welt bildlich verglichen (1813), cuadro 1
Fuente: Colecciones Digitales de *Herzogin Anna Amalia Bibliothek*. Ampliación del marco inferior derecho donde aparece un caimán.

¹⁰²² Aspecto que Puig Peñalosa lo hace sobradamente: Puig, *Luis A. Martínez y su tiempo*, 154-157.

Cabe resaltar aquí una apreciación a nivel teórico para justificar este diálogo entre las imágenes. En torno a la cuestión de la temporalidad en la relación historia e imagen, Georges Didi-Huberman plantea una arqueología de las imágenes basada en los planteamientos teóricos expuestos por Walter Benjamin en el *Libro de los Pasajes*.¹⁰²³ En términos generales, esta lectura arqueológica resalta por su enfoque en las discontinuidades, en el tópico del inconsciente como elemento constitutivo de la historia, y en las formas minúsculas y singulares de los componentes materiales y psíquicos de la existencia. Esta arqueología de las imágenes plantea la cuestión del montaje como su método y forma de conocimiento, el cual desemboca en un enfoque de series omnidireccionales: los hechos del pasado no son vistos como cosas inertes y recogidas en un relato causal, sino que los hechos se sitúan y conciben como movimientos.¹⁰²⁴ Didi-Huberman, citando a Benjamin, encuadra su planteamiento en los términos de una fenomenología de las texturas, donde “el tiempo es incluso la materia de las cosas”,¹⁰²⁵ y las supervivencias responden a esa materialidad del tiempo. El pasado sería en este sentido lo que está cercanamente lejano, por lo que se precisa leer esa cercanía en su actualización de desechos que hallamos en el presente.

La dimensión o inmersión psíquica que invocan estos enfoques teóricos benjaminianos, hace que el procedimiento arqueológico por el que apuesta Didi-Huberman se evidencie en lo que denomina como componente onírico o la inconsciencia del tiempo en las supervivencias: “cada época sueña a la siguiente”.¹⁰²⁶ Es por esta dimensión inconsciente que el material mismo de la memoria desborda la noción de documento objetivo, así como la noción de facultad subjetiva: cada época histórica se construye dialécticamente como un espacio de tiempo y como un sueño de tiempo. La imagen muestra el movimiento dialéctico que lo sitúa en el centro neurálgico de la historia, y su temporalidad es de doble faz: la significación sintomática y la historicidad anacrónica. La imagen-dialéctica es la línea de fractura entre las cosas, y su poder es un poder de umbral, de un lado está la presencia y de otro lado la representación, de un lado el devenir de lo que cambia y del otro la estasis plena de lo que permanece.¹⁰²⁷

¹⁰²³ Georges Didi-Huberman, “La imagen-malicia. Historia del arte y rompecabezas del tiempo”, en *Ante el tiempo. Historia del arte y anacronismo de las imágenes*, ed. Georges Didi-Huberman (Buenos Aires: Adriana Hidalgo, 2011), 132-206.

¹⁰²⁴ *Ibíd.*, 151-2.

¹⁰²⁵ *Ibíd.*, 160.

¹⁰²⁶ *Ibíd.*, 146.

¹⁰²⁷ *Ibíd.*, 153-5.

La imagen tiene un espacio que le es propio, que caracteriza su temporalidad actual y de apertura a todos lados del tiempo. Depende de la actualización de la memoria, su fantasía y profecía: es un gesto que está siempre por recomenzar. Es de acuerdo con esa actualización que se nos muestra su contenido como un relampagueo incómodo, siempre destinado a pasar a través de una heterogeneidad de temporalidades. La imagen es, por lo tanto, el fenómeno originario de la historia: la aparición en el presente que se muestra como la forma fundamental de la relación posible entre el ahora y el tiempo pasado, escenario de tiempos donde juega el espacio y el deseo, la arquitectura y el suspenso. Esta relación del pasado con el ahora es una imagen entrecortada; evidencia una cesura debido a las tensiones que provoca una saturación en el pensamiento debido a la polirritmia de los tiempos heterogéneos contenidos en ella, pero que sin embargo permite percibir las supervivencias: es el choque de tiempos, la violencia, astucia, malicia en la imagen. La malicia en la imagen es la malicia visual del tiempo en la historia, la predicación de un régimen siempre desdoblado: aparece, se hace visible y al mismo tiempo disgrega.¹⁰²⁸

Contemplado desde ese enfoque se puede plantear que el cuadro permite indagar en su diálogo no sólo con la imagen de Goethe, sino también con otras pinturas o iconografías. Este es el caso de *Musa pintando un paisaje* (Fig. 28). Al igual que *Río Babahoyo*, este cuadro no posee firma ni fecha, pero ha sido adjudicado a Rafael Troya.¹⁰²⁹ Esta imagen es la representación de una representación, un paisaje suspendido al interior del cuadro, donde la musa aún sostiene su pincel y en cuyo movimiento solo podemos inferir la inmediatez de las nubes que parece estar pintando por encima de la montaña, que es el volcán Imbabura. Esta composición hace que el cuadro que se exhibe dentro del cuadro parezca inacabado, y sin embargo, es un cuadro que está completo, es una obra finalizada. Esta cuestión de representar lo que está finalizado posee una vinculación con la manera en la que el pintor se acerca a los espacios materiales. La montaña, en este sentido, en tanto objeto material, es en sí misma una materialidad sólida, acabada. Lo que hace el pincel de la musa, no es un acto que permita apreciar si ha retirado el pincel o si persiste en retocar el espacio representado, pero lo que sí permite es avizorar al objeto acabado y que, sin embargo, sigue suspendido en el acto de su representación,

¹⁰²⁸ *Ibíd.*, 172-5.

¹⁰²⁹ Ver: Alexandra Kennedy Troya, *Rafael Troya: El pintor de los Andes* (Quito: Banco Central del Ecuador, 1999).

generando así una tensión dialéctica: la actitud de la musa en la indeterminación fija de su pincel frente a la obra acabada.

La tensión de los ritmos se exhibe en la intención de trabajar sobre lo que está concluido. La labor de una musa es inspirar la perfección de lo que está perfecto en sí mismo, representar lo acabado y que, a pesar de estar concluido, hay una insistencia en seguir perfeccionándolo. El escenario de la representación es entonces el escenario del tiempo donde juegan el espacio y el deseo, la arquitectura y el suspenso. La montaña, dentro y fuera de las imágenes, visibiliza los detalles históricos de su representación suspendidos en su tiempo y materialidad. Si bien el Imbabura es una montaña distinta al Chimborazo, el contexto de los Andes permite un encabalgamiento preciso con el motivo que se expone en la pretensión de dibujar la representación de esta montaña. Una comparación inicial entre *Río Babahoyo* y *Musa pintando un paisaje* no vincularía elementos más allá del celaje en su combinación de tonos celestes. Sin embargo, plantear un diálogo entre esos dos cuadros permitiría observar la puesta en práctica de una concepción de la representación sobre el paisaje andino. Así *Río Babahoyo* puede ser considerada como una representación de la mirada del litoral hacia la sierra andina y también una representación de las representaciones que se han hecho bajo este concepto. No sólo implica una fidelidad con el espacio que se observa desde el litoral hacia la cordillera de los Andes, sino también manifiesta un diálogo directo, al menos, con las obras más representativas que han utilizado a la montaña y el paisaje tropical como motivos inspiradores. Existen al menos dos imágenes que permiten avizorarlo: el perfil humboldtiano del Chimborazo y la imagen del escudo nacional.

Río Babahoyo es la hipóstasis de ese montaje entre las temporalidades y lo material. Al igual que en la *Musa*, pretende representar un espacio que condense los usos visuales e ideológicos sobre el objeto montaña, objetos que, como el Chimborazo, a pesar de haber sido representados desde distintas áreas como la científica, deportiva y retórica a lo largo de los años, e incluso despojado de sus diversos títulos vinculados con la altura, se mantiene suspendido en esa ambigüedad que persiste en subrayar, una y otra vez, su relevancia, su altura, su grandeza.

El cuadro de Luis A. Martínez recrea algo que representaron, a su manera, todas las imágenes que la antecedieron en orden cronológico, sobre todo en su vinculación con los distintos pisos climáticos. Aun así, fue la que hizo evidente su perspectiva más común: la fidelidad visual de la correspondencia del litoral con la sierra. La perspectiva de la imagen ya propuesta en el escudo marcista, tiene en *Río Babahoyo* una exposición

palpable con el escenario material, pero también es una magnificación del concepto que expone el mismo escudo. A diferencia del cuadro de Martínez, el escudo juega en dos sentidos en cuanto a la representación de la montaña: a la vez que la representa también la distorsiona. El posicionamiento del Chimborazo, al ocupar el espacio del centro superior izquierdo del escudo, se sitúa como el símbolo de mayor resalte, es el objeto que más llama la atención en una primera mirada, únicamente seguido por el buque que se encuentra en primer plano. El cuadro de Martínez sitúa a la montaña más bien con una ligera difuminación a la distancia. Aún en esa distancia, y en ese sentido opuesto a la impresión que otorga el escudo, la impronta de la imagen de la montaña ocupa la posición de un objeto que, a la vez que otorga la impresión de estar difuminado, permite la aparición de una gran precisión de su orografía: el detalle de sus lenguas de glaciar y la exactitud de la distribución de sus cumbres. Ambos, el cuadro y el escudo marcista, sin embargo, con respetable y clara diferencia, se inclinan a recrear la mirada humboldtiana debido al lugar que ocupa el espectador desde el Litoral, el segundo como símbolo, y el primero como alegoría que juega con la fidelidad del escenario material.

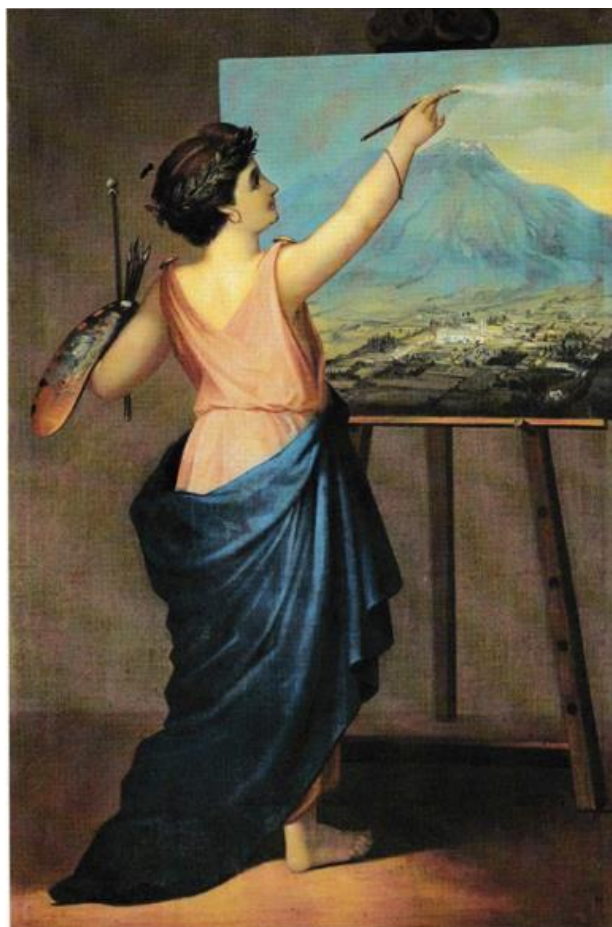


Figura 28. Rafael Troya (adjudicado): Musa pintando un paisaje. Óleo sobre lienzo.
Fuente: Alexandra Kennedy-Troya (1999), 116.

No es la primera vez que un pintor emprendía esa aplicación estética de la ciencia humboldtiana que sitúa a la impresión del paisaje como el centro del conocimiento sensorial de la naturaleza americana. Church ya lo había realizado en 1859 con *The Heart of The Andes*. Tampoco implica un esfuerzo por representar la orografía de la montaña pues, aunque con propósitos distintos, Rudolf Reschreiter ya lo había realizado en algunos bocetos que después se plasmaron en cuadros sobre las altas montañas del Ecuador. Luis A. Martínez había conocido la obra de Church en el taller de Salas en 1886, y tuvo acceso a las imágenes de los cuadros de Reschreiter que fueron publicados en 1907 en la edición del Atlas del viaje de la expedición alemana, del que incluso llegó a hacer una copia de una de las imágenes dedicada al Chimborazo, como también lo hizo con el Cotopaxi y otros encuadres presentes en la obra de Church. Pero ninguna de esas representaciones dialoga con la estética humboldtiana de la materialidad del paisaje como lo hace Martínez en su cuadro al abordar la perspectiva de la montaña desde la fidelidad paisajística que se obtiene desde el Litoral: la atmósfera con sus tonalidades celestes y azuladas, la proyección de los pisos climáticos diseminados en sus tonos verdes, marrones y blancos. Además, que muestra en detalle la inclusión de la presencia no humana que ya se apreciaba en *La Geografía de las Plantas*.

La presencia activa de lo no humano se ve latente en su diálogo, como ya se mencionó, con la imagen de Goethe. En ambos cuadros, la figura del caimán sobresale en el lado inferior izquierdo, configurando su posición al pie de las elevaciones y pisos climáticos. Sin embargo, también hay que resaltar la diferencia entre los dos cuadros: en Goethe está presente la figura humana, pues Humboldt en el nuevo mundo, como Saussure, en el viejo, se encuentran saludándose desde el Chimborazo y el Mont Blanc respectivamente (Fig. 29). Sin embargo, Martínez evade a la figura humana en su cuadro, o al menos no le da un lugar significativo.

El posicionamiento del espectador en *Río Babahoyo* da la espalda al Océano Pacífico. La no presencia de esa masa de agua podría estar relacionada con la posición del sujeto al ubicarse frente a la cordillera, desde un espacio, además, marcado por el murmullo de la ciudad portuaria de Guayaquil donde, quienes llegaban a ella, divisaban en el horizonte el perfil del Chimborazo. O bien porque el pintor quiso establecer una contraposición de lo que supone la inmersión en tierra firme frente a la navegación en el océano. Así se quería resaltar la tensión exploradora del viajero: un sujeto que posiciona su mirada a partir del alejamiento del mar, ese espacio que marca la distancia de su origen,

con la imagen de Tierra Firme cuya implicación denota el componente de aventura que se esboza, paradójicamente, también a la distancia.

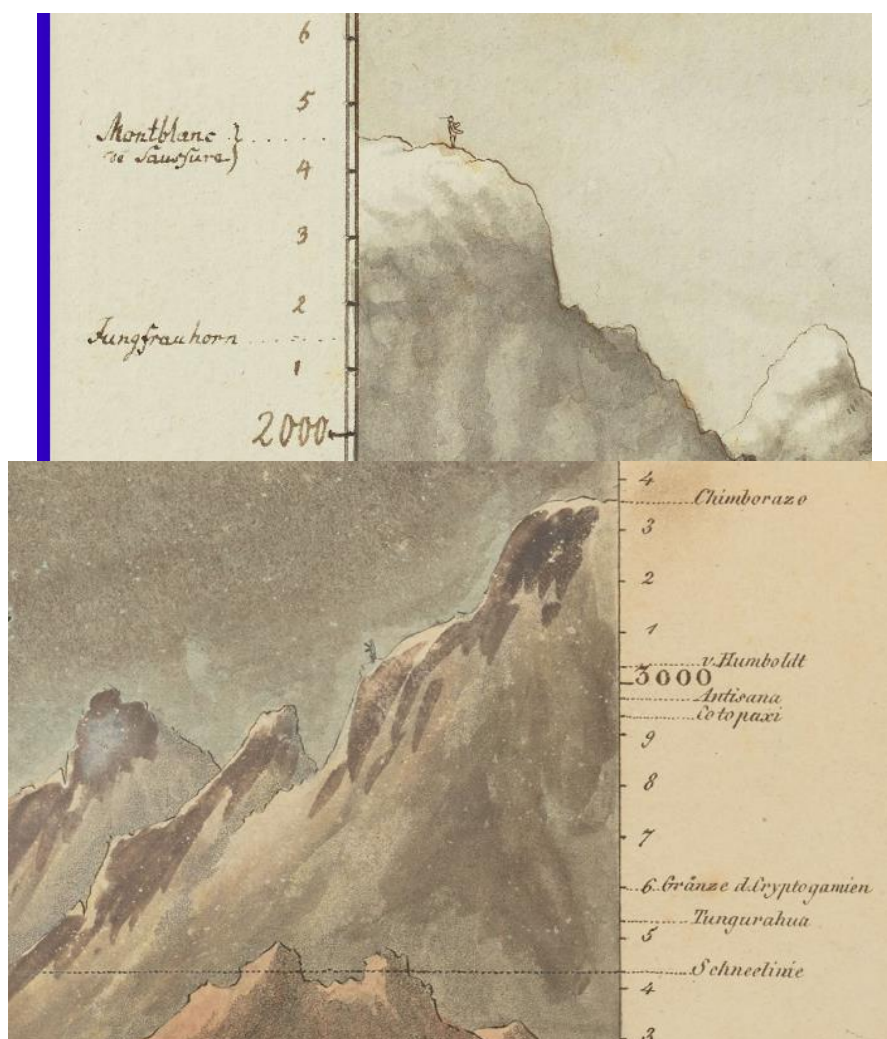


Figura 29. Johann W. Goethe: Höhen der alten und neuen Welt bildlich verglichen (Weimar: 1813), cuadro 1

Fuente: Colecciones Digitales de *Herzogin Anna Amalia Bibliothek*. Ampliación de los marcos superiores izquierdo y derecho.

Acceder al espacio continental después de una larga navegación era el destino final de todo viajero de aquella época que ingresaba en el territorio ecuatoriano. De alguna manera, esta figuración idílica, que también está representada en el mismo escudo de armas, vincula el espacio que ocupa la montaña del Chimborazo con los ideales tanto naturales como nacionales: el espíritu de la exploración del mundo natural se corresponde con la vía del progreso como ideal nacional. La máquina de vapor, cuya dirección puede ser contemplada tanto en dirección hacia las tierras altas como hacia el océano, hace de la impronta de su comunicación un movimiento bidireccional, o hacia arriba o hacia abajo, hacia el espacio teleológico que implica el avanzar, o favoreciendo la

comunicación con lo arcaico o tradicional que implica toda expresión de modernidad. Se podría decir que la imagen del Ecuador se condensa en una mirada que va desde los puertos hacia las regiones del interior, y en la presencia de una montaña nevada de la que no ha sido posible desprenderse de su grandeza, una grandeza que persiste en regresar una y otra vez.

Durante la segunda magistratura de Eloy Alfaro (1906-1911), se convocó un concurso para definir la imagen del escudo de la nación. Varios integrantes de la Escuela de Artes de la capital de la República participaron, siendo el ganador el pequeño cuadro del pintor y musicólogo quiteño Pedro Pablo Traversari,¹⁰³⁰ obra que se instauró oficialmente en 1916. Vale notar que la segunda magistratura de Alfaro coincidió además con el período de mayor actividad de las ascensiones a los altos nevados por parte de Nicolás Martínez, sobre todo de sus intentos de ascensión al Chimborazo (1906) y de su posterior conquista de la cumbre (1911).

¹⁰³⁰ Los cuadros presentados tenían una dimensión de 25 x 30cm y aún se encuentran custodiados en el Archivo y Biblioteca Ecuatoriana “Aurelio Espinosa Pólit”. Al respecto ver: Sosa, *El escudo*, 109-18.

Conclusiones

Esta examinación de las exploraciones a los altos Andes del Ecuador durante el siglo XIX y principios del XX, ha revelado una intersección compleja entre las concepciones científicas y estéticas del entorno natural. Este territorio, marcado por sus alturas extremas y volcanes imponentes, no solo constituyó un escenario para la experiencia humana, sino que fue traducido, domesticado y reinscrito en las producciones retóricas e iconográficas de quienes llegaron a situarse en el corazón de los campos científicos y sociales de su tiempo. Los Andes no han representado un paisaje simple ni han podido reducirse a una curiosidad geográfica. Emergieron como un nodo en el entramado de debates científicos y estéticos que modularon formas “novedosas” y disputas en el campo de cómo transitar y representar los altos escenarios andinos.

Las expediciones europeas a los Andes configuraron una imagen de la naturaleza profundamente entrelazada con las subjetividades culturales y nacionales. En ellas, el sujeto científico se erigió como figura de autoridad, en tanto que el nacionalismo imperial y las disputas de apropiación territorial, en este caso de manera “simbólica”, encontraron en estas montañas un escenario de proyección y rivalidad. La experiencia andina no solo produjo mapas y clasificaciones, generó también narrativas heroicas y estéticas que apuntalaron el yo del viajero, montañista y geógrafo. En este marco, Alexander von Humboldt, Edward Whymper y Hans Meyer, encarnaron distintas maneras de inscribir el paisaje andino en las dinámicas globales en los ámbitos del conocimiento y de la representación.

La figura de Humboldt, con su ascenso al Chimborazo y su enfoque fitogeográfico, sintetizó una visión romántica y científica de la naturaleza. En su narrativa, el explorador no se redujo a la figura de un observador, sino a la de un sujeto heroico capaz de desentrañar los secretos de un mundo concebido y elaborado como inhóspito y sublime. Ayudó a construir la ciencia romántica en la que Humboldt articuló una alianza singular entre medición empírica y sensibilidad estética. Esta alianza se vió ejemplificada en su célebre perfil transversal de los Andes, donde naturaleza y arte convergieron en un modelo reducido y modulado desde la totalidad de los fenómenos físicos y la impresión del paisaje. Este ejercicio de síntesis fue entendido, en su época y en tiempos posteriores, desde una impronta simbólica, donde el intento de ascensión al

Chimborazo, en aquel entonces considerada la montaña más elevada del Globo, no solo respondía a una ambición científica, sino a un acto de autoconstitución donde el explorador encarnaba la cima de la modernidad ilustrada y romántica.

Estas concepciones estuvieron imbricadas en caracteres constitutivos de la ciencia romántica, entre los cuales ha resaltado la figura de un sujeto solitario, heroico, que hacía frente a las adversidades de la naturaleza para develar sus secretos. A través a este tipo de figuración, su modelo se basó en la exigencia de obliteraciones. La ciencia romántica, al afianzar en su narrativa o en su composición visual a ese sujeto solitario, demandaba la exclusión de otras voces y experiencias que pudieran desestabilizar su centralidad. El ascenso al Chimborazo, como evento y relato, este último inconcluso o tácito en una primera instancia, se consolidó como una *aventura cenital* o sagrada. En esta aventura, el compaginamiento de la cima y la impresión total del paisaje simbolizaron el dominio sobre una geografía que, paradójicamente, se constituyó como sublime en su resistencia a ser dominada, es decir, a través del ascenso frustrado. Esta aventura, que encuentra su escenario en un paradigma del conocimiento del mundo natural, es decir, el perfil transversal de los Andes, tuvo su recepción no sólo por esa imagen transversal sino por la *hazaña* de haber alcanzado, a través de ese ascenso frustrado, la mayor altura efectuada por un ser humano.

Estos elementos, marcados por las obliteraciones, como la exclusión del aporte y el conocimiento de otros agentes (principalmente locales), y que fueron humillados por las prácticas locales que, antes de la Conquista, lograron alcanzar alturas que sobrepasan al mismo Chimborazo, difieren de esa otra *aventura mundana*, que implicó el relato de los dramas y padecimientos corporales. Este segundo tipo de aventura también fue recurrido por el mismo Humboldt: tres décadas más tarde de su intento de ascensión, brindó su relato en clave de esos padecimientos del cuerpo humano en las alturas en un terreno concebido como extremo. En ambos casos, el evento ha transcurrido como aquello que posibilita la constitución del sujeto como sujeto de exploración científica de las grandes alturas; y al ser un elemento constitutivo de la aventura, es en ella donde el sujeto se eventualizó como sujeto heroico, solitario, romántico.

Aunque esta tesis no pretendió explorar a fondo las implicaciones de la presencia activa de lo no humano, dicha presencia también se ha manifestado en el núcleo de la aventura a través de los Andes. Este escenario, lejos de ser un simple telón de fondo, emergió como un agente dinámico que moldeó las percepciones, narrativas, controles y estudios de la naturaleza. En este sentido, los Andes ocuparon un lugar central en el

pensamiento y el imaginario de las sociedades imperiales, donde se convirtieron en un actor esencial en la intersección entre lo humano y lo no humano. Es decir que el Chimborazo y los Andes ecuatorianos, no sólo fueron únicamente objetos de exploración, fueron territorios que escenificaron dramas epistemológicos y estéticos a partir de su presencia, su orografía, su singularidad.

Siguiendo las huellas de esa *aventura mundana*, así como su entrecruzamiento con la *aventura cenital*, el evento de ascensión al Chimborazo no solo se erigió como emblema de la ciencia romántica, a su vez consolidó elementos que encarnaron las tensiones entre lo local y lo global, lo imperial y lo nativo, lo sublime y lo utilitario, el conocimiento y la colonización del conocimiento. Estos elementos se manifestaron con mayor claridad en los casos analizados de las expediciones británica y alemana.

La expedición de Edward Whymper ha sido señalada como un caso paradigmático de la interacción entre el alpinismo y la ciencia en el siglo XIX. Whymper, figura emblemática del alpinismo, encarnó no solo el espíritu imperial de conquista, sino también el entrelazamiento de este con los nuevos paradigmas que redefinieron las concepciones del cuerpo humano y las disputas sobre la legitimidad de las verdades científicas. Estas tensiones no se limitaron al plano de las ideas, sino que se desplegaron en el terreno de las montañas, donde *el arte del montañismo* —la capacidad de interactuar eficazmente con el terreno de las altas montañas a través de las técnicas del alpinismo— funcionaba como una herramienta tanto epistemológica como en el posicionamiento de la autoridad científica. En este sentido, Whymper representó una figura que, gracias a su instrucción técnica y experiencia alpina, desafiaba y, en ocasiones, humillaba a aquellos exploradores que carecían de tales competencias. Este dominio del montañismo no solo lo legitimó como un observador científico privilegiado, sino que también tuvo un impacto decisivo en la reformulación del conocimiento geográfico y orográfico de los Andes ecuatoriales y sus altos volcanes. Esta combinación entre alpinismo y ciencia, plasmada en los registros de la aventura, le permitió generar contribuciones en materia de geografía y fisiología de altura, campos dominados en gran medida por franceses o figuras vinculadas a la academia francesa. Estas contribuciones representaron un intento de intervenir y reconfigurar los discursos científicos transnacionales sobre las montañas andinas y los efectos de la rarefacción del aire en el organismo humano a grandes alturas.

A través del estudio del caso de Whymper, estos discursos no solo han manifestado al montañismo como una tecnología imperial de apropiación simbólica del territorio, sino que también revelaron cómo estas expediciones jugaron un papel crucial

en la cartografía de los paisajes de altura, inscribiéndolos en el vasto mapa global de la ciencia. Los logros de Whymper, aunque enmarcados en disputas de legitimidad intelectual, respondieron a un proyecto más amplio de redefinición de los Andes, no solo como un espacio físico de exploración, sino como un laboratorio vivo para los debates sobre los límites del cuerpo humano, las dinámicas climáticas y la construcción del conocimiento geográfico.

Este registro no fue ajeno a la ciencia de Romanticismo, volvieron a figurar elementos románticos como la presencia en el posicionamiento de la figura solitaria del expedicionario heroico que obliteró, a favor del buen reconocimiento de sus propuestas científicas, los aportes de otras figuras que trabajaron las temáticas que él estudió y desarrolló. Se produjo así el desconocimiento o la anulación de una buena parte de sujetos locales y extranjeros en materia de exploración e indagación científica en el terreno natural. Al aunar ciencia y alpinismo, y al establecer su posicionamiento como alpinista-científico, *el arte del montañismo* se planteó también como una vía de construcción de su legitimidad científica a través de los usos de los cuerpos y las voces locales. Este fue el caso de la declaración de Francisco Javier Campaña, en cuyo uso de su voz, para legitimar las dos ascensiones a la cumbre del Chimborazo, dió cuenta no sólo de su injerencia, sino también sobre la tensión de ese *Otro* en el que se expresa no sólo un sujeto, sino esa *otra realidad* codificada en la traducción de los escenarios extremos o exóticos.

Además de la resonancia de la figura heroica, se evidenciaron también elementos presentes del romanticismo británico, como el despliegue de elementos cinestésicos y hápticos que desbordan en sus relatos de ascensión. Así también, y en el campo de la eventualización, estos elementos se han propuesto en el diálogo entre la imagen humboldtiana del perfil transversal de los Andes, y el grabado de Whymper de la cumbre del Chimborazo en lo que fue la segunda ascensión que efectuó su grupo a esta montaña. Estas dos imágenes han establecido la diferencia entre un espacio imaginado y un espacio experimentado. El espacio imaginado responde a la imagen del perfil del Chimborazo con el Cotopaxi subordinado a esta montaña y en erupción, mientras que el espacio experimentado devela a la cumbre del Chimborazo en los ámbitos cinestésicos y hápticos que experimentan la conquista de la montaña en medio de una erupción del Cotopaxi. El evento aquí se traduce en la creación de un sujeto que abre nuevos estándares en el campo del alpinismo al conquistar una cumbre de seis mil metros, aspecto que denota una impronta transoceánica.

La llegada de Hans Meyer a las montañas ecuatorianas a inicios del siglo XX inauguró un nuevo capítulo en la intersección del alpinismo, la ciencia y las disputas imperiales. Su expedición, centrada en la glaciología y en el estudio comparativo entre las montañas ecuatoriales y otros picos emblemáticos del planeta, situó al Chimborazo y al Cotopaxi como protagonistas no solo en el plano geográfico de las grandes masas volcánicas, sino también en los registros culturales e imperiales. En el contexto de una geografía científica moldeada por las aspiraciones del Imperio alemán, Meyer planteó una narrativa en la que las montañas andinas no eran meros accidentes geográficos, sino símbolos de identidad nacional y plataformas para las disputas por la legitimidad científica y estética.

El Chimborazo, cuya ascensión a su cumbre había sido lograda por la expedición de Whymper, fue incorporado simbólicamente al imaginario británico, mientras que el Cotopaxi, con un historial de ascensiones lideradas por figuras del ámbito germánico, como Wilhelm Reiss y Alphons Stübel, representó un bastión de la geografía imperial alemana. Para Meyer, esta rivalidad científica e imperial estaba mediada por la estética: el Cotopaxi, descrito por él como la montaña más bella del mundo, se erigía como un paradigma de la perfección volcánica, comparable al Monte Fuji, emblema de la estética sublime de la época. Este gesto estético no solo reivindicó la centralidad del Cotopaxi en la ciencia y la estética, sino que lo posicionó dentro de un discurso global que vinculaba las montañas con nociones de belleza, poder y prestigio científico.

La contribución de Meyer trascendió el ámbito técnico, integrando la experiencia personal y visual en sus relatos con el fin de llegar a ser experimentado estéticamente por los lectores. Su enfoque comprendía el espacio geográfico como un conjunto de *cuadros vívidos*, donde la observación directa y la vivencia corporal del viajero reforzaban tanto la autenticidad del relato como la vitalidad de las representaciones. Este estilo, heredero de la tradición romántica visual alemana, buscaba compaginar el rigor científico con la narración evocativa propia de los libros de viajes. Meyer estaba convencido de que un buen texto geográfico debía transmitir no solo datos, sino también la experiencia corporal de atravesar paisajes extremos, de modo que el lector pudiera apreciar la complejidad y el valor de los resultados obtenidos.

Tanto como la experiencia corporal, la visualidad fue central en la obra de Meyer. Además de emplear fotografías, a las que sustentaba como una técnica documental óptima, se apoyó en el talento artístico de su compañero de viaje, el pintor Rudolf Reschreiter, cuyo pincel capturó detalles y atmósferas imposibles de registrar con las

cámaras de la época. Para Meyer, esta colaboración entre arte y ciencia otorgaba a sus observaciones una inmediatez y fidelidad inalcanzables por otros medios, haciendo que el paisaje no solo fuera estudiado, sino también estetizado y re-imaginado.

El trabajo de Meyer también evidenció las contradicciones inherentes al proyecto imperial. Aunque sus aportes buscaban reformular y corregir las verdades científicas precedentes—particularmente las de Humboldt y Whymper—, su enfoque científico estaba impregnado de una visión eurocéntrica que descalificaba las perspectivas locales. Meyer describía a las poblaciones indígenas como ajenas a la apreciación estética de la naturaleza, reduciendo su relación con el entorno a una lógica de subsistencia. Este juicio, típico del pensamiento colonial, consolidó la figura del explorador europeo como el único capaz de otorgar significado científico y estético a los paisajes andinos.

En el plano metodológico, Meyer aportó una perspectiva comparativa que situaba a los Andes ecuatorianos no sólo en diálogo con otras cordilleras y sus sistemas glaciares, sino también en planos comparativos de sus características orográficas con parajes alrededor del mundo. Antes de llegar a Ecuador, su recorrido por los océanos, así como sus expediciones al África oriental, donde suscitó su célebre ascensión al Kilimanjaro—emblema de las disputas territoriales entre alemanes y británicos—, le permitió establecer estos paralelismos entre paisajes lejanos. En este marco comparativo, sus estudios sobre los glaciares del cinturón ecuatorial abrieron un campo de análisis que iba desde las escalas globales hasta las locales, consolidando una visión integradora de la geografía que combinaba observación estética, rigor técnico y una narrativa evocadora.

A pesar de sus méritos científicos, el análisis del caso de Meyer no deja de lado la atención crítica. Considerando las tensiones entre la experiencia del paisaje como objeto de conocimiento y su apropiación como símbolo de dominación, su legado, si bien contribuyó a una comprensión más rica y compleja de los Andes, también reafirmó las dinámicas de poder que marcaron la ciencia geográfica en el contexto imperial. Lo local por lo general está delineado de carencia, desdén y vacuidad desde una mirada que resalta por su miopía cultural.

Tanto Whymper como Meyer estuvieron situados en el centro de la ciencia de sus imperios, ambos cumplieron un estatus europeo al ser sujetos del imperio, blancos y masculinos. La concepción del *yo* en ambos exploradores fue la de un sujeto de ciencia y exploración, delineada por la heroicidad de sus experiencias en escenarios elaborados como extremos y exóticos, donde predominó la indagación científica a través de la experiencia corporal y estética. Esto hace que ambos exploradores, más allá de decir *la*

verdad sobre la geografía y la fisiología en el alto terreno andino, se encuentren *en* la verdad desde dos registros: el de ese *yo-geográfico*, y en el amparo por las grandes instituciones científicas imperiales. Ambos reforzaron una imagen de orgullo nacional en sus viajes a los Andes, y fueron rodeados por la ritualidad que ha exigido el orden discursivo de las instituciones de ciencia. Sin embargo, la eventualización en Meyer fue distinta a la rastreada en Whymper. Fue a través de la estética, al encontrar la singularidad e incluso la personalidad de las montañas según las impresiones que han provocado su formas y líneas, donde el sujeto o *yo-geográfico* formó parte del despliegue que generó la presencia de la estética como elemento constitutivo del trabajo científico en los ámbitos de la geografía y glaciología.

Finalmente, el cuarto capítulo ha ofrecido un análisis sobre la irrupción del andinismo como práctica del montañismo en los Andes en el Ecuador durante el período de 1903 a 1933. A pesar de que se habían esbozado las diferencias entre el terreno alpino y el andino desde mediados del siglo XVIII, la diferencia entre su aplicación en materia de ascensionismo o montañismo se empezó a esbozar en los relatos de Nicolás G. Martínez Holguín. Uno de los argumentos centrales en este acápite es que, a pesar de las percepciones negativas de algunos exploradores extranjeros sobre la supuesta apatía de la sociedad ecuatoriana hacia sus montañas, existió un fuerte interés local registrado en diversos medios. Este interés se reflejó en la literatura, la ciencia y la cultura, donde se ensalza la grandeza del paisaje andino, especialmente a través de la figura del volcán Chimborazo.

Al montañismo ecuatoriano lo se ha presentado aquí como una actividad moderna, aspecto que se sostiene sobre dos ejes fundamentales: por un lado, la noción de transformación tecnológica que redefine la interacción con el entorno natural; y por otro, la noción de *pliegue*, extraída de las reflexiones filosóficas de Deleuze, que ha permitido interpretar giros comportamentales en el discurso de legitimidad y posicionamiento de la figura de autoridad. Desde esta perspectiva, se ha planteado que la práctica del montañista no decantó en una invención homogénea y monolítica, sino más bien representó una compleja reconfiguración de elementos preexistentes en el ámbito local, que dialogaron y se entrelazaron en un constante proceso de creación y adaptación. Esto se evidencia en la diferenciación entre los términos *alpinista* y *andinista*, reflejando no solo las distinciones de sus rasgos geográficos, sino también en lo que respecta a las distintas formas de apropiación y flexibilidad de la práctica del montañismo a lo largo de la Cordillera de los Andes. Esto se ha desglosado a partir de la ascensión del italiano

Celestino Usuelli al Chimborazo en 1903, la cual captó la atención de la prensa guayaquileña. Esto no solo ha indicado un interés por parte de la población en materia de ascensionismo, sino también un reconocimiento de la validez de los relatos locales en contraposición a las narrativas extranjeras. Este aspecto implicó un giro significativo hacia la legitimación de la experiencia local como valorada y respetada en el ámbito internacional, puesto que en Italia se utilizó como soporte de veracidad de esa ascensión lo que la prensa guayaquileña había anunciado sobre la ascensión de Usuelli. Este gesto se repite siete décadas más tarde por parte del alpinista italiano Marino Tremonti, quien utilizó la aseveración de Nicolás G. Martínez para recalcar que Usuelli había efectivamente alcanzado la cumbre del Chimborazo, aspecto que sopesa frente a las dudas y hasta ridiculizaciones vertidas sobre el asunto por parte de Hans Meyer, quien no logró alcanzar la cumbre del Chimborazo durante su expedición a pesar de haberlo intentado en dos ocasiones.

Nicolás G. Martínez Holguín es considerado como el precursor del montañismo ecuatoriano. Su perspectiva sobre el montañismo como una experiencia de deleite personal, oscila profundamente con la indagación científica, aunque en ocasiones se subordinó a la primera. Además de esto, sus relatos se situaron lejos de las disputas científicas que atravesaban la retórica de sus predecesores. Este gesto sugirió un nuevo modelo de conexión con el entorno natural que combina disfrute y desarrollo científico, en contraposición a los dramas, tragedias y padecimientos físicos comunes en la práctica del alpinismo. Martínez no sólo acuñó el término *andinismo* en la región, sino que fue, en su tiempo, el único sudamericano que encargó el envío de equipo desde Europa, y realizó la inscripción de términos que designan los implementos para la práctica, como *andenstock*, en alusión al *alpenstock* (bastón largo de punta de hierro usada en el alpinismo).

A través de un acercamiento a los sentidos del término *andinismo*, conviene constatar que hasta finales de la década de 1930 no existió una unidad semántica clara, como bien lo demuestran los casos chileno y argentino. Incluso en el mismo Martínez, no se puede establecer una diferenciación tajante entre andinismo y alpinismo. Atendiendo a lo establecido a partir de una categoría utilizada en la crítica literaria, la *transducción*, en la cual se evidencian los movimientos y laxitudes de unidades semánticas de un ámbito a otro, cabe plantear que la labor de Nicolás G. Martínez no se la puede catalogar como una simple apropiación sino más bien como un campo fértil que difiere por la diferencia geográfica palpable en las particularidades del terreno y los usos de las herramientas

aplicables a él. A esto se adhiere el apoyo local, así como la característica andina de las distancias y las alturas que implican sus montañas. Todos esos elementos han ido configurando al andinismo con aspectos característicos que lo han alejado de la expresión alpina.

El caso de Usueli representó un cambio en el contexto de la veracidad al recurrir a los registros e imaginarios locales para legitimar su ascensión al Chimborazo. Esto se ha denominado aquí como un pliegue moderno en el sentido en que este tipo de actos sustentaron las formas en que la mirada europea ha encontrado una fuente de validación en los registros locales. Este aspecto difiere de los usos de la voz del subalterno presentes en Whympfer, porque no existió una acción vertical de mando que posibilitó su producción tal y como fue el caso de la declaración de Francisco Javier Campaña, sino que se perfiló como un amalgamamiento de voces autorizadas en el campo de la veracidad y legitimidad de la ascensión. Así también ha sucedido en el caso del *andinismo*, en el que más allá de la identificación de una mera invención, los nuevos términos representaron recursos para trabajar con lo ya establecido, de manera que implicaron una habilidad en cuanto al establecimiento de un juego lúdico en la semántica de sus sentidos originales.

En el contexto de la rivalidad de las montañas, el Tungurahua resalta como la montaña ecuatoriana, en el sentido en que Nicolás G. Martínez, al igual que sus hermanos, asimilaron esta montaña en sus preocupaciones personales, científicas, retóricas y hasta deportivas. Esta montaña suscitó, un año antes de la muerte de Nicolás G. Martínez, un evento insólito en el marco de las expediciones a nivel regional: representó el ascenso masivo a su cumbre. En esa ascensión se fundó el primer club de andinismo del Ecuador, se nombró también a uno de sus dos picos prominentes del cráter con el nombre de Nicolás Martínez, y hasta se realizaron mediciones fisiológicas por parte de médicos ambateños.

Finalmente, las reflexiones sobre la representación del Chimborazo, tanto en el contexto visual como literario, resaltaron cómo la montaña llegó a conformarse como un símbolo de grandeza nacional y científica a lo largo del tiempo. Esto se manifestó en obras literarias y pictóricas que buscaron enaltecer su monumentalidad, al tiempo que se reconocía la pérdida de su estatus como la montaña más alta del mundo. Este proceso de representación también se entrelazó con el imaginario nacional y las contribuciones artísticas de figuras como Luis A. Martínez y Rafael Troya (obra adjudicada), cuyos cuadros mantienen una comunicación con otras obras de la época, así como del siglo XIX.

A esto también se ha añadido el diálogo con las impresiones humboldtianas sobre el paisaje y su impronta romántica.

Se demuestra así la presencia de la representación de la montaña andina como un acto inacabado a pesar de su estatus de perfección. Este rasgo ha pretendido exponer el estatus olímpico de la naturaleza: la grandeza de lo sublime que no se agota en el abanico de las representaciones. En el curso de esta proyección, tanto el lenguaje como la practicidad de las ascensiones en el despliegue de las exploraciones científicas, se mantienen insuficientes: no alcanzan a asir la complejidad del objeto montaña a pesar de la multiplicidad de registros con los que la abordan. En este contexto, lo olímpico no solo establece un vínculo directo con Occidente y sus concepciones sobre estos escenarios, considerados como dominios exclusivos de aquellos con la capacidad de ascender o habitar, aunque sea temporalmente. La exploración de las montañas revela una conexión profunda con los planos cinestésicos y hápticos, un concierto de movimientos y tacto en medio de escenarios poco o nada habitables. Representar estas cumbres desde perspectivas comparativas y estéticas implica la necesidad de desafiar los límites del imaginario y la concepción de estos espacios, con todas las connivencias que esto conlleva en el ámbito de las representaciones retóricas y visuales. Estas dimensiones, a su vez, son reflejo de la magnitud de un objeto que a lo largo de la historia ha sido motivo de admiración, pero cuya grandeza ha oscilado entre el reconocimiento y la pausa, destacando un patrón de decaimiento y resurgimiento en su representación.

Bibliografía

Fuentes primarias

- “Ascensione del Gran Cervino dal versante svizzero”. *Bullettino Trimestrale del Club Alpino di Torino*, n.º 1 (Torino: 1865): 14-6.
- Acosta de Samper, Soledad. *Biografía del General Joaquín Acosta: Prócer de la independencia, historiador, geógrafo, hombre, científico y filántropo*. Bogotá: Librería Colombiana, 1901.
- Acosta, José. *Historia Natural y Moral de las Indias*. 2 vols. Nueva York: Forgotten Books, 2016.
- “Acta del Ministerio de lo Interior”. 31 de octubre de 1916. Fondo Martínez, Carpeta SG. 065.2. Archivo Histórico del Ministerio de Cultura y Patrimonio, Quito.
- Alcedo, Antonio. *Diccionario geográfico-histórico de las Indias Occidentales o América. Es á saber: de los reynos del Perú, Nueva España, Tierra Firme, Chile, y Nuevo reyno de Granada*, Volumen 1. Madrid: Benito Cano, 1786.
- Ayala Mora, Enrique, comp. *Simón Bolívar: Pensamiento fundamental*. Quito: Corporación Editora Nacional, 2006.
- Bates, Henry Walter. “Dr. Hans Meyer”. *Proceedings of the Royal Geographical Society and Monthly Record* 12 (1890): 230.
- Barret, Elizabeth. *A Poem in Nine Books*. London: Smith, Elder, & Co., 1890.
- Bertarelli, Guido. “Le importanti ascensioni italiane nelle Ande dell’ Ecuador: Computate dal Colonnello Federico De Giorgis”. *Lo Scarpone Alpinismo-Sci-Escursionismo*, 18 de febrero de 1934, 1. Archivo del Club Alpino Italiano, Milan.
- Bertuch, Friederich Justin. *Allgemeine Geographische Ephemeriden*, vol. 41. Weimar: im Verlage des Landes-Industries-Comptoirs, 1813.
- Boletín de la Cámara de Comercio e Industrias de Tungurahua. Nota necrológica, cuaderno de recortes de prensa. Fondo Martínez, Carpeta SG.00065.11. Archivo Histórico del Ministerio de Cultura y Patrimonio.
- Boulenger, George Albert. “Account of the Reptiles and Batrachians collected by Mr. Edward Whymper in Ecuador in 1879–80”. *Annals and Magazine of Natural History* 9, n.º 54 (London: 1882): 457–67. doi:10.1080/00222938209459079.
- Boussingault, Jean-Baptiste. *Memorias*. Bogotá: Banco de la República, 1985.

- . “Ascension au Chimborazo, exécutée le 16 décembre, 1831, par M. Boussingault”. *Annales de Chimie et de Physique* 58. Édité par Gay-Lussac et Arago, 155-80. Paris: Chez Crochard, 1835.
- . *Viajes científicos a los Andes ecuatoriales ó colección de memorias sobre física, química é historia natural de la Nueva Granada, Ecuador y Venezuela*. Traducido por Joaquín Acosta. París: Librería Castellana, 1849.
- Brant, Gustav. *Zwei Aconcagua-Fahrten. Separatabzug aus den Verhandlungen des Deutschen Wissenschaftlichen Vereins in Santiago, Bend IV*. Valparaíso: Guillermo Helfmann, 1899.
- Caldas, Francisco José. “Prefacio”. *Revista de la Academia Colombiana de Ciencias Exactas, Física y Naturales* 43 (2019): 65-66.
- Carcelén, Ximénez, David Jaramillo, Verónica Muñoz, Trinidad Pérez, y Marco Rosero. *Academias y Arte en Quito 1849-1930*. Quito: Museo de Arte Colonial / Casa de la Cultura Ecuatoriana Benjamín Carrión, 2017.
- “Celestino Usuelli, alpinista e poeta”, *Lo Scarpone Alpinismo-Sci-Escursionismo*, 1 de Mayo de 1938, 3. Archivo del Club Alpino Italiano, Milán.
- Cerri, Riccardo. “Cultura della Montagna e fondazione del Club Alpino. Il contributo degli Uomini del Monte Rosa”. In *Atti del convegno Patria Scienza e Montagna. Negli Anni Rosorgimentali. Una prospettiva valsesiana. Commissione Scientifica del Club Alpino Italiano-Sezione di Varallo Sesia*, 99-131. Alagna Valsesia: Associazione Culturale Zeisciu Centro Studi, 2011.
- Coolidge, William Augustus Brevoort, ed. *The Alpine Journal: A Record of Mountain Adventure and Scientific Observation by Members of the Alpine Club*, vol. 10. London: Longmans, Green & Co., 1882.
- Coolidge, William Augustus Brevoort. “Alpine Notes. Mr. Whymper’s Exploration in the Andes”. *The Alpine Journal. A record of mountain adventure and scientific observation, by members of The Alpine Club*, vol. 10. Edited by William Augustus Brevoort Coolidge, 498. London: Alpine Club, 1882.
- Condamine, Charles-Marie de La. *Diario del viaje al Ecuador: introducción histórica a la medición de los tres primeros grados del meridiano*. Quito: Coloquio del Ecuador, 1986.
- Coronado, Jorge. *The Andes imagined. Indigenismo, Society, and Modernity*. Pittsburg: University Press, 2009.
- “Cosas del día”. *El Grito del Pueblo*. Guayaquil. 11 de abril de 1903.

- “Cosas del día”. *El Grito de Pueblo*. 20 de abril de 1903. Archivo de Casa de las Culturas “Benjamín Carrión”, Quito.
- “Cosas del día”. *El Grito del Pueblo*. 2 de mayo de 1903. Archivo de la Casa de las Culturas “Benjamín Carrión”, Quito.
- Decandolle, A.P. “Biographical memoir of M. de Saussure”. *The Philosophical Magazine* 4, n.º 13 (1826): 96–102. doi:10.1080/14786449908677038.
- Encyclopedia Britannica: A Dictionary of Arts, Science, Literature, and General Information. New York: Cambridge University Press, 1911. <https://www.britannica.com/>
- “El Club Andino Ecuatoriano”. Cuaderno de recortes de prensa y hoja escrita a puño y letra. Fondo Martínez. Carpeta SG. 00065.11. Archivo Histórico del Ministerio de Cultura y Patrimonio.
- “Entrevista a la Primera Mujer que Ascendió a la Cumbre del Volcán Tungurahua”. *Andinismo Ecuatoriano: Órgano de la Agrupación Excursionista “Nuevos Horizontes”*, n.º 7 (1953): 22-23.
- Goethe, Johann Wolfgang von. *La metamorfosis de las plantas (1790)*. Girona: Ediciones Atlanta, 2022.
- . *Höhen der alten und neuen Welt bildlich verglichen* (Weimar: 1813). Accedido 19 de febrero de 2024 https://haab-digital.klassik-stiftung.de/viewer/image/3518090895/8/LOG_0002/.
- Hall, Francis. “Excursions in the neighborhood of Quito, and towards the summit of Chimborazo, in 1831 (Communicated by the author)”. *The Journal of Botany*, vol. 1. Edited by William Jackson Hooker, 327-35. London: Longman, 1834.
- . “Excursions in the neighborhood of Quito, and towards the summit of Chimborazo, in 1831 (continued)”. *Companion to the Botanical Magazine*, vol. 1. Edited by William Jackson Hooker, 26-29; 52-65. London: E. Conchman, 1835.
- “Hans Meyer”. *Geographical Review* 19, n.º 4 (1929): 692. <https://www.jstor.org/stable/209700>.
- Hassaurek, Friedrich. *Four years among Spanish-Americans*. New York: Hurd & Houghton, 1867.
- Historie de L’Académie Royale des Sciences. Avec les Mémoires de Mathématique & de Physique, pour la même Année*. Paris: De L’imprimerie Royale, 1746.
- Humboldt, Alexander von. *Atlas géographique et physique des régions équinoxiales du Nouveau Continent*. Paris: Gide, 1814

- . *Cosmos: Ensayo de una descripción física del mundo*. Traducido por Edward Sabine. 4 vols. Nueva York: Forgotten Books, 2016.
- . *Cosmos: Ensayo de una descripción física del mundo*. 4 vols. Traducido por Bernardo Giner y José de Fuentes. Madrid: Imprenta de Gaspar y Roig, 1874.
- . *Cosmos: Sketch of a Physical description of The Universe*, 4 vols. London: Longman, 1849.
- . *Cosmos: Sketch of a Physical Description of the Universe*, 4 vols. Translated by Mayor General Edward Sabine. London: Longman / Brown / Green / Longsman & Roberts / John Murray, 1858.
- . Cuadros de la Naturaleza. Madrid: Gaspar Editores, 1876.
- . “Ueber zwei Versuche den Chimborazo zu besteigen”. In *Jahrbuch für 1837*. 176-206. Edited by H. C. Schumacher. Stuttgart: J. G. Cotta’s der Verlag, 1837.
- . *Kleinere Schriften*. Stuttgart: J. G. Cotta’s der Verlag, 1853.
- . Nachlass Alexander von Humboldt (1801), Tagebuch II und VI (1798-1802, 1805), Biblioteca Estatal de Berlín - Patrimonio Cultural, Prusiano, Departamento de Manuscritos, <http://resolver.staatsbibliothek-berlin.de/SBB0001527300000000>
- . “Sobre un intento de escalar el Chimborazo”. En *Alexander von Humboldt, Diarios de viaje en la Audiencia de Quito*. Editado por Segundo Moreno y Christiana Borchart. Quito: Oxy Exploration and Production Company, 2005.
- Humboldt, Alexandre et Aimé Bonpland, *Essai sur la Géographie des Plantes, en Essai sur la Géographie des Plantes; accompagné d’un Tableau Physique des Régions Équinoxiales, Fondé sur mesures exécutées, depuis le dixième degré de latitude boréale jusqu’au degré de latitude australe, pendant les années 1799, 1800, 1801, 1802 et 1803*. Paris: Chez Levrault, 1805.
- “Inesperada muerte del Director del Observatorio”. Cuaderno de recortes de periódico, Fondo Martínez, Carpeta SG. 00065.11. Archivo Histórico del Ministerio de Patrimonio y Cultura, Quito.
- Jiménez de la Espada, Marcos. “Biaje de Quito a Lima de Carlos Montúfar con el Barón de Humboldt y Alexandro Bonpland”. *Boletín de la Sociedad Geográfica de Madrid* 25 (1887). <http://simurg.csic.es/view/1196392>
- . “El volcán de Ansango por Don M. Jiménez de la Espada. Anales de la Sociedad Española de Historia Natural, vol. 1, 49-76”. En *Marcos Jiménez de la Espada*

- (1831-1898): *Tras la senda de un explorador*. Editado por Leoncio López-Ocón y Carmen María Pérez-Montes, 225-42. Madrid: CSIC, 2000.
- Llona, Numa. "El Chimborazo". *El Perú Ilustrado*, n.º 96 (1889): 1051.
- . *Cantos Americanos*. Paris: Imprenta de P.A. Bourdieu, 1866.
- Mathews, Charles Edward. "The Growth of Mountaineering. By C.E. Mathews, late President of the Club. (Read before the Alpine Club, December 15, 1880.)". *Alpine Journal: A Record of Mountain Adventure and Scientific Observation*, vol. 10. Edited by William Augustus Brevoort Coolidge (London: 1882): 251-63.
- Martínez Holguín, Anacarsis "Recuerdos de una ascensión al Tungurahua". *Lunes de Ambato* (26 de julio de 1969): 3. Fondo Martínez, Carpeta SG.000.65.35, Archivo Histórico del Ministerio de Cultura y Patrimonio. El texto original es de 1884.
- Martínez Holguín, Augusto. "Las cenizas del Tungurahua desde el punto de vista agrícola". *Boletín de la Quinta Normal*, n.º 3 (1916).
- Martínez, Luis A. "La pintura de paisaje en el Ecuador: Carta al Señor Celiano Monge". *Revista de Quito. Semanario de Política, Literatura, Noticias y Variedades XII* (1898): 385-94.
- . Martínez, Luis A. *Los escritos de Fray Colas*. Quito: Casa de la Cultura Ecuatoriana, 1961.
- Martínez Holguín, Nicolás. *Ascensiones a los Andes*. Ambato: Librería e Imprenta escolar de Ricardo Costales, 1920.
- . *Exploraciones en los Andes Ecuatorianos: Chimborazo, Carihuairazo, Quilindaña, Iliniza*. Quito: Talleres Gráficos Nacionales, 1933.
- . *Estudios Meteorológicos y Climatéricos*. Quito: Imprenta Nacional, 1932.
- . *Exploraciones en los Andes Ecuatorianos: El Tungurahua*. Quito: Imprenta Nacional, 1933.
- Mera, Juan León. *El genio de los Andes: Canto a los ilustres viajeros MM. W. Reiss y A. Stübel, con motivo de su ascensión al Cotopaxi y al Tungurahua*. Ambato: Imprenta de Juan Campuzano, 1873.
- . *Recuerdos y apuntes: Varios escritos en diversas épocas y circunstancias*. Quito: Universidad Central del Ecuador, 1920. Originalmente fue publicado en *Revista Ecuatoriana*, en 1891.
- Meyer, Hans, *In den Hoch-Anden von Ecuador. Bilderatlas*. Berlin: Dietrich Reimer, 1907.

- . *In den Hoch-Anden von Ecuador: Chimborazo, Cotopaxi etc. Reisen und Studien*. Berlin: Dietrich Reimer, 1907.
- . “Alphons Stübel”. In *Mitteilungen des Vereins für Erdkunde zu Leipzig 1904*. *Verein für Erdkunde zu Leipzig*. Leipzig: Duncker & Humboldt, 1905.
- . “Ascent to summit of Kilimanjaro. By Dr. Hans Meyer (Read at the Evening Meeting, April 14th, 1890)”. *Proceedings of the Royal Geographical Society and Monthly Record* 12. Edited by Henry Walter Bates. (London: 1890): 331-45.
- . *Eine Weltreise. Plaudereien aus einer Zweijährigen Erdumsegelung*. Leipzig: Verlag des Bibliographischen Instituts, 1885.
- . *Die Insel Tenerife Wanderungen im Canarischen Hoch-und Tiefland*. Leipzig: Hirzel, 1896.
- “Mountaineering without Guides”. *Alpine Journal: a record of mountain adventure and scientific observation. By members of the Alpine Club*, vol. 10. Edited by William Augustus Brevoort Coolidge (London: 1882): 498.
- Murray IV, John. *John Murray III, 1808-1809. a brief memoir*. London: John Murray, Albemarle Street, 1919.
- “New Books”. *The Scottish Geographical Magazine* 7, n.º 2 (1891): 112. doi:10.1080/14702549108554710.
- Ogilvie, John y Charles Annandale. *The Imperial Dictionary of the English Language*, 2 vols. London: Blackie & Son, 1883.
- “Obituary Notices of Fellows Deceased. Georg von Neumayer”. *Proceedings of the Royal Society of London. Series A, Containing Papers of a Mathematical and Physical Character* 83, n.º 566 (London: 1910): xi-xiv. <https://www.jstor.org/stable/92930>.
- Pfaff, Friedrich. *Vulkanischen Erscheinungen*. Munchen: Rudolf Didenbourg, 1871.
- Pocock, Reginald Innes. “A short account of a small collection of Myriopoda obtained by Mr. Edward Whymper in the Andes of Ecuador”. *Annals and Magazine of Natural History* 6, n.º 32 (London: 1890): 141-6. doi:10.1080/00222939008694014.
- Posada, Eduardo recop. *Cartas de Caldas*. Bogotá: Imprenta Nacional, 1917.
- “Primizie alla Mostra dell’Alpinismo nel mondo: Celestino Uselli, alpinista e poeta”. *Lo Scarpone Alpinismo-Sci-Escursionismo*, 1 de Mayo de 1938, 3. Archivo del Club Alpino Italiano, Milan.

- Publicidad, *El Comercio*. Jueves 17 de Mayo de 1906. Centro Cultural Biblioteca Ecuatoriana Aurelio Espinosa Pólit, Quito.
- Ratti, Carlo. “10 maggio: Conferenza del socio Celstino Usuelli”. *Rivista Mensile del Club Alpino Italiano* 26, n.º 6 (junio 1907): 286.
- Reichert, Fritz. *En la cima de las montañas y de la vida*. Buenos Aires: Academia Nacional de Agronomía y Veterinaria, 1967.
- . *La exploración de la alta cordillera de Mendoza*. Buenos Aires: Talleres Gráficos de Luis Bernard, 1929.
- Richthofen, Ferdinand von. *Führer für Forschungsreisende: Anleitung zu Beobachtung über Gegenstände der physischen Geographie und Geologie*. Berlin: Oppenheim, 1886.
- Rudwick, Martin. “The Emergence of a Visual Language for Geological Science 1760-1840”. *History of Science* 14, n.º 3 (1976): 149-195. doi: <https://doi.org/10.1177/007327537601400301>.
- “Researches in the Andes: In den Hoch-Anden von Ecuador: Chimborazo, Cotopaxi, Etc. by Hans Meyer”. *The Geographical Journal* 29, n.º 5 (London: 1907): 559. doi:10.2307/1776181
- Sánchez, Quintiliano. *Al Chimborazo: Oda*. Quito: Imprenta Nacional, 1881.
- Sandoval, José y Luis Carrera eds. *Pioneros y Precursores del Andinismo en el Ecuador: Nicolás G. Martínez Holguín*, vol. 1. Quito: Abya-Yala: 1994.
- . *Pioneros y Precursores del Andinismo en el Ecuador: Luis A. Martínez. Andinismo, arte y literatura*, vol. 2. Quito: Abya Yala, 1994.
- . *Pioneros y Precursores del Andinismo en el Ecuador: Augusto N. Martínez Holguín. Contribuciones para el conocimiento geológico de la región volcánica del Ecuador*, vol. 3. Quito: Abya-Yala, 1994.
- Schmitthenner, Heinrich. “Hans Meyer”. *Geographische Zeitschrift* 36, n.º 3 (1930): 129-145. <https://www.jstor.org/stable/27812945>.
- Schelling, Friedrich. *Escritos sobre filosofía de la naturaleza (1797)*. Madrid: Alianza Editorial, 1996.
- Sebastiani, Antonio. “Domenico Pastorello: Alcohol en la montaña. - Varallo, Tip. Camaschella y Zanfa, 1910. Centesimi 30”. *Rivista del Club Alpino Italiano. Pubblicazione Mensile* 29, n.º 8 (1910): 257-8. Archivo del Club Alpino Italiano, Milán.
- Stübel, Alphons. *Skizzen aus Ecuador*. Berlin: Verlag von Asher & Co., 1886.

Usuelli, Celestino. "La bandiera italiana sul Chimborazo", *Rivista Mensile del Touring Club Italiano* X, n.º 1 (1904): 122-4.

Whymper, Edward. *Scrambles amongst the Alps in the years 1860-69*. London: John Murray, 1871.

———. *Supplementary Appendix to Travels Amongst the Great Andes of the Equator*. London: John Murray, 1891.

———. "Abstract of an Address by Mr. E. Whymper. «Twenty Thousand Feet above the Sea»". *Bulletin of the American Geographical Society* 33, n.º 2 (Oxford: 1901): 154-6.

———. "Note on an alleged Ascent of Chimborazo in 1856". *The Alpine Journal. A record of mountain adventure and scientific observation. By members of The Alpine Club*, vol. 10. Edited by William Augustus Brevoort Coolidge (London: 1882): 226-31.

———. "Diagram to illustrate the Northern part of Mr. Whimper's travels among the Great Andes of the Equator". *Proceedings of the Royal Geographical Society, and Monthly Record of Geography*, vol. 3. Edited by por Henry Walter Bates (London: 1881): 512.

———. "Expeditions among the Great Andes of Ecuador, 2". *The Alpine Journal: A Record of Mountain Adventure and Scientific Observation by Members of the Alpine Club*, vol. 10 (1882): 185-94.

———. "Expeditions among the Great Andes of Ecuador, III". *The Alpine Journal: A Record of Mountain Adventure and Scientific Observation by Members of the Alpine Club*, vol. 10 (1882): 241-51.

———. "Expeditions among the Great Andes of Ecuador, IV". *The Alpine Journal: A Record of Mountain Adventure and Scientific Observation by Members of the Alpine Club*, vol. 10 (1882): 369-77.

———. "Expeditions among the Great Andes of Ecuador, V". *The Alpine Journal: A Record of Mountain Adventure and Scientific Observation by Members of the Alpine Club*, vol. 10 (1882): 425-42.

———. "Expeditions among the Great Andes of Ecuador". *The Alpine Journal: A Record of Mountain Adventure and Scientific Observation by Members of the Alpine Club*, vol. 10 (1882): 113-22.

———. "A Journey among the Great Andes of the Equator (Read at the Evening Meeting, May 9th, 1881)". *Proceedings of the Royal Geographical Society, and Monthly*

- Record of Geography*, vol. 3. Edited by Henry Walter Bates, 449-471. London: Edward Stanford, 1881.
- . *The Apprenticeship of a Mountaineer: Edward Whymper's London Diary, 1855-1859*. Edited by Iam Smith. London: London Record Society, 2008. Accedido 10 de octubre de 2020. <http://www.british-history.ac.uk/london-record-soc/vol43/pp98-123>.
- Whymper, Edward & Oswald Heer, "Contributions to the Fossil Flora of North Greenland, being a Description of the Plants Collected by Mr. Edward Whymper during the Summer of 1867". *Philosophical Transactions of the Royal Society of London* 159 (London: 1869): 445-88.
- Wiener, Charles. "Expédition Scientifique Française au Pérou et en Bolivie: Ascension de L'Illimani, l'une des plus hautes montagnes du monde. Par M. Wiener". *La Nature. Revue des Sciences* (Mayo, 1878): 71-5.
- Wolf, Theodor. *Geografía y Geología del Ecuador publicada por orden del Supremo Gobierno de la República*. Leipzig: Tipografía de F.A. Brockhaus, 1892.
- . *Memoria sobre el Cotopaxi y su última erupción acaecida el 26 de junio de 1877. Con una lámina y una carta topográfica*. Guayaquil: Imprenta del Comercio, 1877.
- "Sezione di Torino: Conferenza con proiezioni del socio Celestino Uselli". *Rivista Mensile del Club Alpino Italiano* 25, n.º 3 (1906): 109.

Fuentes secundarias

- Acosta Solís, Misael. *Científicos Alemanes que han contribuido a la Geografía e Historia Natural del Ecuador*. Quito: 1982.
- Agamben, Giorgio. *La aventura*. Buenos Aires: Adriana Hidalgo, 2018.
- Aguirre Negrete, Patricio. "Montañas y sujetos: una aproximación a las construcciones simbólicas y sociales del andinismo en el Ecuador". Tesis de grado, Pontificia Universidad Católica, Sede Quito, 2013. <https://repositorio.puce.edu.ec/server/api/core/bitstreams/b19fc5bb-53ec-436d-b805-608fe41eefce/content>.
- . "Montañas y sujetos: un acercamiento teórico a las huellas simbólicas del montañismo en el universo social y cultural". *Antropología Cuadernos de Investigación*, n.º 14 (2014): 67-78. doi:10.26807/ant.v0i14.14.
- Allen, David. *The Naturalist in Britain: A Social History*. London: A. Lane, 1975

- Araujo, Esdras. “A apreensão sensível da natureza em Goethe e Humboldt”. *Paisagem e Ambiente: ensaios tem licença Creative Commons*, n.º 42 (São Paulo: 2019): 11-22. doi:10.11606/issn.2359-5361.v0i42p11-22.
- Arauz, Julio. “Datos biográficos y trabajos del maestro Augusto Martínez Holguín”. En *Boletín de Informaciones Científicas Nacionales: Augusto N. Martínez 1860-1960*. Dirigido por Julio Arauz, 11-12. Quito: Casa de la Cultura Ecuatoriana, 1960.
- Arnaldo, Javier. *Estilo y naturaleza: la obra de arte en el romanticismo alemán*. Madrid: Visor, 1990.
- Arnold, David. “«Illusory Riches»: Representation of the Tropical World, 1840-1950”. *Singapore Journal of Tropical Geography* 21, n.º 1 (2002): 6-18. doi:10.1111/1467-9493.00060.
- Avery, Kevin. “«The Heart of the Andes» Exhibited: Frederic E. Church's Window on the Equatorial World”. *The American Art Journal* 18, n.º 1 (1986): 52-72. doi:10.2307/1594457.
- Avilés, Efrén. “Hall Crnel. Francisco”. *Enciclopedia del Ecuador: Personajes Históricos*. Accedido 11 de marzo de 2022. <http://www.encyclopediadelecuador.com/personajes-historicos/crnel-francisco-hall/>.
- Bainbridge, Simon. *Mountaineering and British Romanticism: The Literary Cultures of Climbing 1770-1836*. Oxford: Oxford University Press, 2020.
- Ball, John ed. *Peaks, Passes and Glaciers. Excursions by members of the Alpine Club*. London: Longman / Green / Longman / Roberts, 1859.
- Barco, Lorenzo. *Le posizioni altissime nel Gruppo dell'Ortler 1915-1917: Cenni sulle occupazioni e sulle sistemazioni di alta montagna*. Brescia: Museo della Guerra Bianca, 2021.
- Baron, Frank. “From Alexander von Humboldt to Frederic Edwin Church: Voyages of Scientific Exploration and Artistic Creativity”. *HiN: Alexander von Humboldt im Netz* 7, n.º 10 (2005): 7-20. <https://nbn-resolving.org/urn:nbn:de:kobv:517-opus-35175>.
- Barragán, Álvaro, Olivier Dangles, Rafael Cárdenas, Giovanni Onore. “The History of Entomology in Ecuador”. *Annales de la Société Entomologique de France* 45, n.º 4 (2009): 410-423. doi:10.1080/00379271.2009.10697626.

- Barriga López, Franklin. “Semblanza de la Escuela Politécnica Nacional y su relevancia histórica para el Ecuador”. *Boletín de la Academia Nacional de Historia* 97, n.º 202 (2019): 490-509.
- Baumgarten, Alexander. *Estética breve*. Traducido por Ricardo Ibarlucía. Buenos Aires: Centro de Investigaciones Filosóficas, 2013.
- Barrell, John. *The Idea of Landscape and the Sense of Place 1730-1840*. Cambridge: Cambridge University Press, 1972.
- Benjamin, Walter. *El concepto de crítica del arte en el Romanticismo alemán*. Barcelona: Ediciones Península, 1995.
- Berber, Lynn. *The Heyday of Natural History: 1820-1870*. Garden City: Doubleday, 1980.
- Bert, Paul. *La Pression Barométrique*. Paris, Masson, 1878.
- Biblioteca Franco Serantini. “Pastorello, Domenico”. *Biblioteca Franco Seratini*. Accedido 5 de octubre de 2023, <https://www.bfscollezionidigitali.org/entita/14353-pastorello-domenico>.
- Bies, Michael. *Im Grunde ein Bild: Die Darstellung der Naturforschung bei Kant, Goethe und Alexander von Humboldt*. Gotinga: Wallstein Verlag, 2012.
- Bonney, Thomas George. “Edward Whymper”, en *Nature* 87, n.º 2186 (London: 1911): 388.
- . “Notes on the microscopic structures of some rocks from the Andes of Ecuador, collected by E. Whymper F.R.G.S. No. II. Antisana”. *Proceedings of the Royal Society of London*, vol.36 (1884): 241-48.
- . “Notes on the microscopic structures of some rocks from the Andes of Ecuador, collected by E. Whymper F.R.G.S. No. III. Cotopaxi and Chimborazo”. *Proceedings of the Royal Society of London*, vol. 37 (1884): 114-31.
- . “Notes on the microscopic structures of some rocks from the Andes of Ecuador, collected by E. Whymper F.R.G.S. No. IV. Carihuairazo, Cayambe, and Corazón”. *Proceedings of the Royal Society of London*, vol. 37 (1884): 131-37.
- . “Notes on the microscopic structures of some rocks from the Andes of Ecuador, collected by E. Whymper F.R.G.S. No. V (Colclusion). Altar, Iliniza, Sincholagua, Cotacachi, Sara-Urco”. *Proceedings of the Royal Society of London*, vol. 37 (1884): 394-410.
- Bosworth, R.J.B. “The Touring Club Italiano and the Nationalization of the Italian Bourgeoisie”. *European History Quarterly* 27, n.º 3 (1998): 371–410.

- Briole, Pierre, Mandana Covindassamy, Anca Dan. “(D)Écrire l'Etna”. Colloque du Programme gradué Translitteræ de l'Université PSL à la Société géologique de France Vendredi 10 mars, 2023.
- Brock, W. H. “Tyndall, John”. In *Oxford dictionary of national biography* 55. Edited by Henry Colin Grant & Brian Howard Harrison, 789-793. Oxford: Oxford University Press, 2004.
- Brockmann, Andreas y Michaela Stüttgen. *Tras las huellas: dos viajeros alemanes en tierras latinoamericanas*. Bogotá: Banco de la República, 1996.
- Brogiato, Heinz Peter. *Die Anden - geographische Erforschung und künstlerische Darstellung: 100 Jahre Andenexpedition von Hans Meyer und Rudolf Reschreiter 1903 - 2003*. München: Deutscher Alpenverein, 2003.
- . “Presentación. Las colecciones de Alphons Stübel en el Instituto Leibniz de Geografía Regional”. En *Colombia: Un viaje fotográfico. Las colecciones de Stübel y Reiss (siglo XIX)*. Editado por Sven Schuster y Jessica Neva, 1-14. Bogotá: Universidad del Rosario, 2022.
- Burnett, Graham. *Masters of All They Surveyed: Exploration, Geography and British El Dorado*. Chicago: University of Chicago Press, 2000.
- Bustamante, Teodoro. “Una interpretación de la naturaleza y el espacio en el Ecuador: Las áreas protegidas como discurso actual de conservación”. Tesis doctoral, Universidad de Salamanca, 2013. <https://gredos.usal.es/handle/10366/122921>.
- Cameron, Peter. “Descriptions of New Species of Hymenoptera Taken by Mr. Edward Whymper on the Higher Andes of the Equator”. *Transactions of the American Entomological Society* 29, n.º 3 (Philadelphia: 1903): 225-38. <https://www.biodiversitylibrary.org/page/10445175#page/263/mode/1up>.
- Capello, Ernesto. “Transcending the Alps in the Andes: Charles Marie de La Condamine, Pierre Bouguer, and the Graphic Invention of the Mountain Range”. En *Mapping Nature across the Americas*. Edited by Kathlenn Brosnan & James Akerman, 115-34. Chicago: University of Chicago Press, 2021.
- Cañizares-Esguerra, Jorge y Mark Thurner. “Andes”. En *New World Objects of Knowledge. A Cabinet of Curiosities*. Edited by Mark Thurner y Juan Pimentel, 217-224. London: University of London Press, 2021.
- . “El Colón de Humboldt”. *Procesos: Revista Ecuatoriana de Historia*, n.º 58 (2023): 179-83. doi: 10.29078/procesos.n58.2023.4599.

- . *Nature, Empire and Nation: Explorations of the History of Science in the Iberian World*. Stanford: Stanford University, 2006.
- . “Screw Humboldt”. *Medium: Human stories & ideas*, 23 de septiembre de 2022. <https://jorgecanizaresesguerra.medium.com/screw-humboldt-def1320213f5>.
- Cannon, Susan. *Science in Culture: The Early Victorian Period*. New York: Dawson, 1978.
- Carbia, Rómulo. *Historia de la leyenda negra hispano-americana*. Madrid: Ediciones Orientación Española, 1943.
- Carey, Mark. “Latin American Environmental History: Current Trends, Interdisciplinary Insights, and Future Directions”. *Environmental History* 14, n.º 2 (Abril 2009): 221-52.
- Carozzi, Albert. *Horace-Bénédict de Saussure (1740-1799): un pionner de sciences de la Terre*. Genève: Slatkine, 2005.
- Carrel, G. “Notes sur l’ascension du Mont-Cervin du 17 juillet 1865”. *Bullettino Trimestrale del Club Alpino di Torino*, n.º 2 (Torino: 1865): 15-9.
- Castelo, Hernán Rodríguez. “Nicolás Martínez caminante, científico y artista”, en *Nicolás Martínez. Pioneros y precursores del andinismo ecuatoriano*, V-XXVII. Quito: Abya-Yala, 1994.
- Castro, Roger. “La idea de «República» en El Quiteño Libre (1833-1834)”. Tesis de maestría, Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador, 2018. <https://repositorio.uasb.edu.ec/bitstream/10644/6656/1/T2883-MH-Castro-La%20idea.pdf>.
- Cepeda, Franklin. *Mi delirio sobre el Chimborazo: 200 años de historia, memoria y representaciones*. Riobamba: Edipcentro / Universidad Andina Simón Bolívar, 2022.
- Chardon, Carlos. *Boussingault: Juicio crítico del eminente agrónomo del siglo XIX: Su viaje a la Gran Colombia y sus relaciones con el libertador y Manuelita Sáez*. Ciudad Trujillo: Montalvo, 1953.
- Cházaro, Laura, “La fisiología de la respiración en las alturas, un debate por la patria: mediciones y experimentos”. En *México Francia: Memoria de una sensibilidad común; siglos XIX-XX*. 2 vols. Dirigido por Javier Perez-Siller y Chantal Cramaussel, 317-39. México: Centro de estudios mexicanos y centroamericanos, 1993.

- Chiriboga, Lucía y Lourdes Rodríguez. *Un legado del siglo XIX*. Quito: Instituto Nacional de Patrimonio Cultural, 2014.
- Clark, Ronald. *The Victorian Mountaineers*. London: B.T. Bastford, 1953.
- Classen, Albrecht. "Terra Incógnita? Mountains in Medieval and Early Modern German Literature". In *Heights of Reflection. Mountains in the German imagination from the Middle Ages to the Twenty-First Century*. Edited by Sean Ireton & Caroline Schaumann, 35-56. New York: Camden House, 2012.
- Coleridge, Samuel Taylor. *The Complete Poems of Samuel Taylor Coleridge*. London: Penguin Books, 1997.
- Conway, Sir Martin. *Aconcagua and Tierra del Fuego. A book of climbing, travel and exploration*. London: Cassel and Company, 1902.
- . *The Bolivian Andes: A Record of Climbing & Exploration in the Cordillera Real in the Years 1898 and 1900*. London: Harper & Brothers Publishers, 1901.
- Cruz Arellano, Marco "Sobre las huellas de Whymper", *Revista Montaña*, n.º 23 (2006): 38-41.
- Cruz Cevallos, Iván. *Viajeros, científicos, maestros: Misiones alemanas en el Ecuador*. Quito: CCE, 1989.
- Cunningham, Andrew & Nicholas Jardín, ed. *Romanticism and the Sciences*. Cambridge: Cambridge University Press, 1990.
- Cuesta, Mariano y Sandra Rebok, coord. *Alexander von Humboldt. Estancia en España y viaje americano*. Madrid: Real Sociedad Geográfica-CSIC, 2008.
- Cueto, Marcos. *Excelencia científica en la periferia. Actividades científicas e investigación biomédica en el Perú (1890-1950)*. Lima: GRADE, 1989.
- Dalton, Ormonde Maddock, "An Ethnographical Collection from Ecuador". *The Journal of the Anthropological Institute of Great Britain and Ireland*, vol. 27. (London: Anthropological Institute of Great Britain and Ireland, 1898): 148-55.
- Daniels, Stephen & Denis Cosgrove eds., *The Iconography of Landscape: Essays on the Symbolic Representation, Design and Use of Past Environments*. Cambridge: Cambridge University Press, 1988.
- Deleuze, Gilles. *El pliegue*. Barcelona: Paidós, 1989.
- Dentant, Cédric, Pascal Mao, Sébastien Lavergne, Philippe Bourdeau. "Alpinists and the Terrestrial Limits of Living Beings: an Atypical Contribution to Scientific Knowledge". *Journal of Alpine Research*, 28 de octubre de 2021. <http://journals.openedition.org/rga/9150>.

- Derkinderen, Jeroen. "Modernities, subalternity, and orality in ecuadorian mountaineering history (ca. 1900-1960)". *Les Sports Modernes: Société, Culture, Temporalité, Territoire*, n.º1 (Lausanne: 2023): 139-51.
- Diccionario Biográfico del Ecuador Rodolfo Pérez Pimentel. "Eichler Arturo". Accedido 23 de abril de 2024. <https://rodolfoperezpimentel.com/eichler-arturo/>
- Diccionario de Historia de Venezuela DHV-BiblioFEP Historia. "Eichler Berndt, Arturo Eric". Accedido 22 de abril de 2024. https://www.venciclopedia.org/index.php/Arturo_Eric_Eichler_Berndt;
- Díaz-Piedrahita, Santiago. "Francisco José de Caldas y la Botánica". *Revista de la Academia Colombiana de Ciencias Exactas, Física y Naturales* 42, suplemento (2018): 146-176. doi:10.18257/raccefyn.755.
- Dickenson, John. "Bates, Henry Walter". In *Oxford Dictionary of National Biography*, vol. 4. Editado por H.C.G. Matthew Y Brian Harrison, 326-9. Oxford: Oxford University Press, 2004.
- Didi-Huberman, Georges. *Ante el tiempo. Historia del arte y anacronismo de las imágenes*. Buenos Aires: Adriana Hidalgo, 2011.
- Dixie, Florence. *Across Patagonia*. Edinburgh: Richard Bentley & Son, 1880.
- Driver, Felix. "The active life: the explorer as biographical subject". In *Oxford Dictionary of National Biography*. 22 de septiembre de 2005. doi:10.1093/ref:odnb/94053.
- Doležel, Lubomír. *Historia breve de la poética*. Madrid: Arco Libros, 1997.
- Douglas Freshfield ed. *Alpine Journal. A record of mountain adventure and scientific observation*, vol 9 (London:1880).
- Echevarría, Evelio, *The Andes: The Complete History of Mountaineering in High South America*. Augusta: Reidhead Publishers, 2018.
- . "Early British Ascents in the Andes (1831-1946)". *The Alpine Journal*, vol. 97. Edited by Ernst Sondheimer (London, 1987): 61-2.
- Echeverría, Bolívar. *¿Qué es la modernidad?* Ciudad de México: Universidad Autónoma de México, 2009.
- Eichler, Arturo. *Nieve y selva en Ecuador*. Guayaquil: Bruno Moritz, 1952.
- Ellis, Richard. *Monsters of the Sea*. London: Robert Hale Ltd., 1994.
- Espinoza, Alex. "La construcción social de la ciencia jesuita en el Ecuador (1870-1910): La agencia científica de Juan B. Menten y Luis Sodiro". Tesis de maestría, Flacso, Ecuador, 2023. <https://repositorio.flacsoandes.edu.ec/handle/>.
- Espinosa Pólit, Aurelio. *Temas ecuatorianos*. Quito: Editorial Clásica, 1954.

- Estupiñán-Freile, Tamara. *Una familia republicana: los Martínez Holguín*. Quito: Banco Central del Ecuador, 1988.
- Fitzell, Jill. “Teorizando la diferencia en los Andes del Ecuador”. En *Imágenes e imagineros: Representaciones de los indígenas ecuatorianos, siglos XIX y XX*. Editado por Blanca Muratorio, 25-74. Quito: FLACSO, 1994.
- Foucault, Michel, *El cuerpo utópico. Las heterotopías*. Traducido por Víctor Goldstein. Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión, 2010.
- . *El orden del discurso*. Buenos Aires: Tusquets Editores, 1991.
- . *La arqueología del saber*. Ciudad de México: Siglo XXI, 2010.
- . *La imposible prisión: debate con Michel Foucault*. Traducido por Joaquín Jordá. Barcelona: Editorial Anagrama, 1982.
- . *Las palabras y las cosas: Una arqueología de las ciencias humanas*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores, 1968.
- Francou, Bernard. “Andes del Ecuador: los glaciares en la época de los viajeros (siglos XVIII a XX)”. En *Los Andes y el reto del espacio mundo: Homenaje a Olivier Dollfus*. Lima: IFEA, 2004. Accedido 2 de febrero 2022. <http://books.openedition.org/ifea/503>.
- Froment, Delphine Froment. “La fabrique du Kilimandjaro: Savoirs géographiques, représentations et constructions impériales en Afrique de l'Est au XIXe siècle”. Tesis doctoral, Ecole Normale Supérieure, 2021. <https://theses.fr/2021UPSLE053>.
- . “Collaborer avec ses rivaux. Les soutiens britanniques et zanzibarites à la conquête allemande du Kilimandjaro (1887-1889)”. *Revue d'Histoire. Coopérations et circulations transimpériales en Afrique (fin du XIXe siècle - années 1960)*, n.º 3 (2022): 19-34. doi: 10.51185/journals/rhca.2022.0302.
- . “Du triangle sur la carte à la montagne est-africaine: savoirs géographiques, représentations et constructions territoriales autour du Kilimandjaro au XIXe siècle”. Séminaire présenté à Histoire des sciences humaines et sociales en el Centre de Colloques del Campus Condorcet de Aubervillier. Paris, 7 avril 2023.
- Fuchs, Carl. *Die Vulkanischen Erscheinungen*. Leipzig: C.F. Winter'sche Verlagshandlung, 1865.
- Garagalza, Luis. *Introducción a la hermenéutica contemporánea*. Barcelona: Anthropos, 2002.

- Garrison, Daniel. "Current notes on Anthropology: The aboriginal art of Ecuador". *Science* 6, n.º 152 (1897): 803-4. <https://www.jstor.org/stable/1623443>.
- Gardner, W. J. "Comparative View of the Heights of the Principal Mountains in the World. Western Hemisphere. Eastern Hemisphere", in *Mapseller*, No 172 Strand, Augt, 1st, ed. C. Smith (London: 1816).
- Gärtner, Rainer W. "Peschel, Oscar", In *Neue Deutsche Biographie*, vol. 20, 209-20. Berlín: Duncker & Humblot, 2001.
- Geographicus, "Reimer, Dietrich Arnold (May 13, 1818 – October 15, 1899)". *Geographicus Rare Antique Maps*. Accedido 30 de julio de 2023. https://www.geographicus.com/P/ctgy&Category_Code=reimerdietrich.
- Gerbi, Antonello. *La disputa del Nuevo Mundo: Historia de una polémica 1750-1900*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica, 1960.
- Gil Fernández, Juan. *Mitos y utopías del descubrimiento*. 3 vols. El Dorado. Sevilla: Athenaica Ediciones, 2019.
- Giordano, Felice. "Sulla orografia e sulla geologica costituzione del Gran Cervino", In *Atti della Reale Accademia delle scienze di Torino*, vol. 4., 304-22. Torino: Stamperia Reale, 1869.
- Gómez, Alberto. "Las invenciones de Humboldt y Caldas". *Procesos. Revista Ecuatoriana de Historia*, n.º 58 (2023): 75-178. doi:10.29078/procesos.n58.2023.4594.
- . "Caldas and Humboldt in the Andes: ¿Who Invented Biogeography?". In *The Invention of Humboldt. On the Geopolitics of Knowledge*. Edited by Mark Thurner & Jorge Cañizares-Esguerra, 76-115. New York: Routledge, 2023.
- Gómez Echevarría, Roberto. *Mito y archivo: Una teoría de la narrativa latinoamericana*. México D.F.: Fondo de Cultura Económica, 1990.
- Gutiérrez, Rosa. "El problema de la objetividad en las imágenes de la naturaleza: Von Humboldt y Goethe". *Escritura e Imagen*, n.º 17 (2021): 29-46. doi:10.5209/esim.78933.
- Hampe, Teodoro. "Carlos Montúfar y Larrea (1780-1816), el quiteño compañero de Humboldt". *Revista de Indias* 62, n.º 226 (2002): 711-20.
- Hansen, Peter. *The Summits of Modern Man: Mountaineering after the Enlightenment*. Cambridge: Harvard University Press, 2013.

- . “Albert Smith, the Alpine Club and the Invention of Mountaineering in Mid-Victorian Britain”. *Journal of British Studies* 34, n.º 3 (1995): 300-24, <https://www.jstor.org/stable/175982>.
- Harley, J. B. *La nueva naturaleza de los mapas: Ensayos sobre la historia de la cartografía*. México D.F.: Fondo de Cultura Económica, 2005.
- Heffernan, Michael. “«Adream as frail as those of ancient Time»: The in-credible geographies of Timbuco”. *Environment and Planning D: Society and Space* 19, n.º 2 (2001): 203-25. doi:10.1068/d231t.
- Heggie, Vanessa. “Higher and colder: The success and failure of boundaries in high altitude and Antarctic research stations”. *Social Studies of Science* 46, n.º 6 (2016): 809-32. doi:10.1177/0306312716636249.
- Heidegger, Martín. *Filosofía, Ciencia y Técnica*. Santiago de Chile: Editorial Universitaria, 1997.
- Hernández, José Herminio. *Diccionario incompleto de montaña*. Buenos Aires: Editora Gráfica Independencia Argentina, 2002.
- Henry, Emil. *Triumph and Tragedy. The Life of Edward Whymper*. Leicester: Matador, 2011.
- Hevly, Bruce. “The Heroic Science of Glacier Motion”. *Osiris: Science in the Field*. 11, n.º 1 (Chicago: 1996): 66-86.
- Hidalgo, Fernando. *La conquista del trópico. Exploradores y botánicos en el Ecuador del Siglo XIX*. Quito: INPC, 2017.
- Hirsch, Daniel coord. *Federico Reichert: padre del andinismo argentino*. Buenos Aires: Fundación Parques Nacionales: 2010.
- Holl, Frank ed. *El regreso de Humboldt: Exposición en el Museo de la Ciudad de Quito*. Junio-Agosto del 2001. Quito: Imprenta Mariscal, 2001.
- Holmes, Richard. *La edad de los prodigios: Terror y belleza en la ciencia del Romanticismo*. Traducido por Miguel Martínez-Lage y Cristina Núñez Pereira. Madrid: Turner, 2012.
- Holt, Richard. *Sport and the British: A Modern History*. Oxford: Oxford University Press, 1989.
- Hunter, James. *Perspective on Ratzel's political geography*. Boston: University Press of America, 1983.
- Hyam, Ronald. *Britain's Imperial Century, 1815-1914: A Study of Empire and Expansion*. Houndmills: Palgrave Macmillan, 2002.

- Insley, Jane. “«Lower It Would Not Go» Travels Amongst the Great Andes by Edward Whymper in 1879-1880”. International Presentation. Federation of Surveyors XXII International Congress. Washington D.C. April 19th-26th, 2002. https://www.fig.net/resources/proceedings/fig_proceedings/fig_2002/Hs4/HS4_insley.pdf.
- Ireton, Sean & Caroline Schaumann. “Introduction: The Meaning of Mountains: Geology, History, Culture”. In *Heights of Reflection. Mountain in the German imagination from the Middle Ages to the Twenty-First Century*. Edited by Sean Ireton & Caroline Schaumann, 1-19. Rochester: Camden House, 2017.
- Jackson, Roland, Nicola Jackson, & Daniel Brown, comp. *The Poetry of John Tyndall*. London: University College of London Press, 2020.
- Jaramillo, Martín. “Paisaje. La representación de los Andes ecuatorianos en la obra fotográfica y pictórica de Augusto, Nicolás y Luis Martínez Holguín (1892-1933)”. Tesis de maestría, Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, Sede Ecuador, 2024. <https://repositorio.flacsoandes.edu.ec/xmlui/handle/10469/20731>.
- Jay, Martin. “Scopic Regimes of Modernity”. In *Vision and Visuality*. Edited by Hal Foster, 3-23. Seattle: Bay Press, 1988.
- Johnson, Samuel. *A Dictionary of the English Language*, 2 vols. London: W. Straham, 1755.
- Joutard, Philippe. *L'invention du mont Blanc*. Paris: Gallimard, 1986.
- Juan, Jorge y Antonio de Ulloa. *Relacion Historica del viaje a la America Meridional hecho de Orden de S.Mag. para medir algunos grados del meridiano*. 2 vols. Madrid: Antonio Marin, 1748.
- Juaristi, Jon. *El bucle melancólico*. Madrid: Espasa Calpe, 1997.
- Juderías, Julián. *La leyenda negra y la verdad histórica: contribución al estudio del concepto de España en Europa, de las causas de este concepto y de la tolerancia religiosa y política en los países civilizados*. Madrid: Tip. de la “Rev. De Arch., Bibl., y Museos”, 1914.
- Jules Remy, “Ascensión al Chimborazo, por el señor Jules Remy, un caballero francés, y su compañero de viaje, un caballero inglés, el señor Brenchley”. En *La conquista del trópico. Exploradores y botánicos en el Ecuador del siglo XIX*. Compilado por Fernando Hidalgo Nistri, 137-44. Quito: Centro de Publicaciones PUCE, 2017.

- Juncosa, José. “Presentación”. En *Viajes a través de los majestuosos Andes del Ecuador*. Traducción de César Bahamonde, William Orr y Jorge Gómez, i-vii. Quito: Abya-Yala, 1993.
- Jurado Noboa, Fernando. *Un Soldado de Bolívar en Ambato: Ignacio Holguín Sánchez*. Quito: Edición Privada, 1998.
- Keltie Scott, J., ed. *Proceedings of the Royal Geographical Society and Monthly Record of Geography*, vol. 14. London: Royal Geographical Society, 1892.
- Kennedy, Edward ed., *Peaks, Passes and Glaciers. Excursions by members of the Alpine Club*. London: Longman / Green / Longman / Roberts, 1862.
- Kennedy-Troya, Alexandra, coord. *Escenarios para una patria: paisajismo ecuatoriano*. Quito: Museo de la Ciudad, 2008.
- . “Alphons Stübel: paisajismo e ilustración científica en Ecuador”. En *Las Montañas volcánicas del Ecuador. Retradas y descritas geológica-topográficamente por Alphons Stübel*. 21-38. Quito: Banco Central del Ecuador / UNESCO, 2004.
- . *Rafael Troya: El pintor de los Andes*. Quito: Banco Central del Ecuador, 1999.
- Klemm, Kurt. *El Baqueano del Alpinista Chileno: Guía para los amigos de la Cordillera Central*. Santiago de Chile: Talleres Gráficos del Diario Alemán, 1934.
- Koselleck, Reinhart. *Futures Past. On the semantics of historical time*. New York: Columbia University Press, 2004.
- Kupchick, Christian. *La leyenda de El Dorado y otros mitos del descubrimiento de América*. Madrid: Nowtilus, 2008.
- Lafuente, Antonio y Antonio Mazuecos. *Los caballeros del punto fijo: Ciencia, política y aventura en la expedición geodésica hispanofrancesa al virreinato del Perú en el siglo XVIII*. Madrid: Ediciones del Serbal / CSIC, 1987.
- La Venciclopedia. “Arturo Eric Eichler Berndt”. Accedido 22 de abril de 2024. <https://bibliofep.fundacionempresaspoler.org/dhv/entradas/e/eichler-berndt-arturo-eric/>;
- Leroux, Anne-Laure. *La représentation de la haute montagne entre Lumières et Romantisme: le cas atypique de l’Oisans dans la «découverte» des Alpes*. Grenoble: Université Pierre Mendès-France, 2010.
- Latour, Bruno. “Drawing things together”. En *Representation in Scientific Practice*. Edited by Michael Lynch & Steve Woolgar. London: The MIT Press, 1990.

- . *Ciencia en Acción: Cómo seguir a los científicos e ingenieros a través de la sociedad*. Barcelona: Labor, 1992.
- Lightman, Bernard. “«The Voices of Nature»: Popularizing Victorian Science”. En *Victorian Science in Context*. Edited by Bernard Lightman, 187-211. Chicago: The University of Chicago Press, 1997.
- Looke, Koen van. “Shaping of Nineteenth Century Guiding”. In *The Alpine Journal* vol. 119. Edited by Susan Jensen & Ed Douglas, 273-83. London: Alpine Club, 2015.
- López, Éricson. *132 años de historia del Observatorio Astronómico de Quito*. Quito: Escuela Politécnica Nacional, 2005.
- López-Ocón, Leoncio, comp. *Botánicos y Biólogos en el Ecuador*. Quito: Banco Central del Ecuador, 2010.
- López-Ocón, Leoncio, “The Apotheosis of Humboldt during the Nineteenth Century”. In *The Invention of Humboldt. On the Geopolitics of Knowledge*. Edited by Mark Thurner, & Jorge Cañizares-Esguerra, 13-28. New York: Routledge, 2023.
- . “La Comisión Científica del Pacífico (1862-1866) y la Commission Scientifique du Mexique (1864-1867): Semejanzas y diferencias de dos viajes colectivos de naturalistas europeos a tierras americanas”. En *Viajeros y migrantes franceses en la América española y portuguesa durante el siglo XIX*. Dirigido por Chantal Cramaussel y Delia González, 179-214. Michoacán: Colegio de Michoacán, 2007.
- . “Los primeros pasos de una ciencia republicana emancipatoria en la América andina”, *Historia de la Educación* 29 (julio, 2010): 57-75.
- López-Ocón, Leoncio y Carmen Pérez-Montes ed. *Marcos Jiménez de la Espada (1831-1898): Tras la senda de un explorador*. Madrid: CSIC, 2000.
- Lorus G., Milne & Margaery Milne. *The Mountains*. New York: Time Incorporated, 1962.
- Lubrich, Oliver. “Fascinating Voids: Alexander von Humboldt and the Myth of Chimborazo”. In *Heights of Reflection: Mountain in the German Imagination from the Middle Ages to the Twenty-First Century*. Edited by Sean Ireton & Caroline Schaumann. Rochester: Camden House, 2017.
- . “Vacíos fascinantes: Alexander von Humboldt y el mito del Chimborazo”. *Cuadernos Americanos*, n.º 159 (2017): 97-124.
- Lucena Giraldo, Manuel. “La fabricación de Alejandro de Humboldt”. En *Viajeros e independencia: la mirada del otro*, 49-76. Compilado por Scarlett O’Phelan Godoy y Georges Lomné, . Lima: Fondo Editorial del Congreso del Perú, 2017.

- Luna, Antonio. "Humboldt, maestro universal". En *Humboldt y América Latina*, editado por Leopoldo Zea y Alberto Saladino, 127-37. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica, 2000.
- Lynch, Michel, & Steve Woolgar. "Introduction: Sociological Orientations to Representational Practice in Science". *Human Studies* 11 (Amsterdam: 1988): 99-116. doi:10.1007/BF00177300.
- Maddok Dalton, Ormonde. "An Ethnographical Collection from Ecuador". *The Journal of the Anthropological Institute of Great Britain and Ireland*, vol. 27 (London: 1898): 148-55.
- Magrin, Giuseppe. *Battaglie per la Trafojer: La Guerra 1915-1918 sul più alpinistico settore della fronte*. Milán: Alpinia, 2007.
- Maraso, Arturo, dir. "Acuerdos: Consulta acerca de la palabra andinismo". *Boletín de la Academia Argentina de las Letras* 5, n.º 18 (Buenos Aires: 1946): 320.
- . "Acuerdos: Consulta acerca de las palabras andinismo y alpinismo". *Boletín de la Academia Argentina de las Letras* 15, n.º 55 (Buenos Aires: 1946): 367.
- Morosini, Stefano. *Sulle Vette della Patria. Politica, guerra e nezione nel Club alpino italiano (1863-1922)*. Milán: Franco Angeli, 2009.
- Martí-Henneberg, Jordi. "Los Andes: investigación científica y regeneración patriótica". En *Ciencia, vida y espacio en Iberoamérica*, vol. 3. Coordinado por José Luis Peset, 127-41. Madrid: CSIC, 1989.
- Matthew, H.C.G. & Brian Harrison ed. *Oxford Dictionary of National Biography*. 63 vols. Oxford: Oxford University Press, 2004.
- Mazzolini, Renato. "Bildnisse mit Berg: Goethe und Alexander von Humboldt". *HiN: Alexander von Humboldt im Netz* 5, n.º 8 falta (2004): 37-55. doi:10.18443/47.
- Mccosh, Frederick. *Boussingault Chemist and Agriculturist*. Boston: Dordrecht, 1984.
- McQuillan, Gene. "A Reputation as an Explorer: Journeys to Chimborazo", *Interdisciplinary Literary Studies*, vol 3, n.º 1 (Pennsylvania: 2001): 106-23. <https://www.jstor.org/stable/41206993>.
- McKenna, Theodora. "Bentham y los hombres de la independencia". *Revista Colombiana de Educación*, n.º 29 (1994). doi:10.17227/01203916.5365.
- Misch, Jürgen. "Ciencia y estética. Reflexiones en torno a la representación científica y representación artística de la Naturaleza en la obra de Alexander von Humboldt". En *Alexander von Humboldt. Estancia en España y viaje americano*. Editado por

- Mariano Cuesta y Sandra Rebok, 279-98. Madrid: Real Sociedad Geográfica, 2008.
- Mitchel, Boris “Making Mount Kilimanjaro German: Nation building and heroic masculinity in the colonial geographies of Hans Meyer”. *Transactions of the Institute of British Geographers* 44, n.º 3 (2019): 493-508.
- Moreno, Segundo. *Humboldt y los Andes ecuatoriales. Estética y crítica en las láminas referentes al Ecuador*. Quito: Universidad San Francisco de Quito, 2022.
- . “El Chimborazo: ancestro sagrado andino”. *Antropología. Cuadernos de Investigación*, n.º 7 (Quito: 2007): 88-90.
- Moreno, Segundo, comp. *Humboldt y la emancipación de Hispanoamérica*. Quito: PUCE, 2011.
- Moreno, Segundo y Christiana Borchart. “Los Andes ecuatoriales: entre la estética y la ciencia. Las catorce láminas relativas al Ecuador en la obra *Vues des Cordillères et Monumens des Peuples Indigènes de l’Amérique* de Alexander von Humboldt”. *HiN: Alexander von Humboldt im Netz* 11, n.º 20 (2010): 40-72. doi:10.18443/136.
- Moret, Pierre, “Antisana: The true Humboldtian Mountain”. *Ecology & Evolution*, 12 de septiembre de 2019. <https://communities.springernature.com/posts/antisana-the-true-humboldtian-mountain>.
- Mumm, A. L. & Julian Lock. “Mathews, Charles Edward (1834-1905)”. In *Oxford Dictionary of National Biography* 37. Edited by Matthew H.C.G & Brian Harrison, 298-299. Oxford: Oxford University Press, 2004.
- Muñoz, Verónica. “Estudio estético de la pintura de paisaje en el Ecuador en el siglo XIX: El caso de Joaquín Pinto”. Tesis doctoral, Universidad del País Vasco, Sede Pamplona, 2016. <https://addi.ehu.es/handle/10810/18414>.
- Navarro, José Gabriel. *La pintura en el Ecuador del XVI al XIX*. Quito: Dinediciones, 1991.
- Navas, Alberto. “Personalidad, ciencia y contexto histórico en un contexto ilustrado. Humboldt y el virreinato de la Nueva Granada (1801-1829)”. *Arbor* 162, n.º 642 (1999): 245-88. doi:10.3989/arbor.1999.i642.1639.
- Neumayer, Georg Balthasar von. *Anleitung zu wissenschaftlichen Beobachtungen auf Reisen: Mit besonderer Rücksicht auf die Bedürfnisse der Kaiserlichen Marine*. Berlin: Robert Oppenheim, 1875.

- Nicolson, Malcolm. "Alexander von Humboldt and the geography of vegetation". En *Romanticism and the Sciences*. Edited by Andrew Cunningham & Nicholas Jardín, 169-85. Cambridge: Cambridge University Press, 1990.
- Nieto Olarte, Mauricio ed. *La obra cartográfica de Francisco José de Caldas*. Bogotá: Universidad de los Andes, 2006.
- . "Alexander von Humboldt y Francisco José de Caldas: americanismo y eurocentrismo en el Nuevo Reino de Granada". En *Humboldt y la emancipación de Hispanoamérica*. Compilado por Segundo Moreno. Quito: EDIPUCE, 2011.
- Ogburn, Denis, Samuel Connell, & Chad Gifford. "Provisioning of the Inka army in wartime: Obsidian procurement in Pambamarca Ecuador". *Journal of Archaeological Science*, n.º 36 (2009): 740-51. doi:10.1016/j.jas.2008.10.019.
- Oldroyd, David. "Bonney, Thomas George". In *Oxford Dictionary of National Biography*, vol. 6. Edited by H.C.G. Matthew & Brian Harrison, 561-2. Oxford: Oxford University Press, 2004.
- Oliver, Lois. "Whymper, Josiah Wood". En *Oxford Dictionary of National Biography*, 58, editado por H. C. G. Matthew y Brian Harrison, 793-794. Oxford: Oxford University Press, 2004.
- Ortega, Francisco. "Acontecimiento y eventualización: debates historiográficos". En *Historia cultural desde Colombia. Categoría y Debates*. Editado por Max Hering y Amanda Pérez, 447-480. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 2012.
- Otto Rühle. *Karl Marx: His Life and Work*. New York: Routledge, 2011.
- Outram, Dorinda. "On Being Perseus: New knowledge, Dislocation, and Enlightenment Exploration". In *Geography and Enlightenment*. Editado por David Livingstone y Charles Withers, 281-94. Chicago: University of Chicago Press, 1999.
- Päßler, Ulrich. "La Geografía de las plantas de Alexander von Humboldt: documentos fuente". En *Alexander von Humboldt: Memorias Seminario de Estudios Humboldtianos. Sesión Medellín, julio de 2019*, editado por Darío Valencia Restrepo y Gabriel Jaime Gómez Carder, 117-36. Medellín: Editorial EAFIT, 2019.
- Pécotal, Emmanuel, "Francois Gonnesiat: un encargado ideal para apoyar a la Misión Geodésica Francesa en Ecuador", *Boletín de La Academia Nacional de Historia* XCIX, n.º 206-A (2021): 123-43.
- Pérez-Mejía, Ángela. "Alexander von Humboldt: los silencios y complicidades de la cartografía". En *La geografía de los tiempos difíciles: escritura de viajes a Sur*

- América durante los procesos de independencia 1780-1849*. Editado por Ángela Pérez-Mejía, 47-94. Medellín: Universidad de Antioquia, 2002.
- Pérez, Rodolfo. “Hall Francisco”. *Rodolfo Pérez Pimentel*. Accedido 11 de marzo de 2022. <https://rodolfoperezpimentel.com/hall-francisco/>.
- Petrarca, Francesco. *Subida al Monte Ventoso*. Barcelona: Centellas, 2011.
- Pimentel, Juan. *Testigos del mundo: Ciencia, literatura y viajes en la Ilustración*. Madrid: Marcial Pons, 2003.
- . “El Siglo de las Luces”. En *La aventura: Justo una idea*. Editado por Pilar Rubio Remiro. Madrid: La línea del Horizonte, 2016. Edición de Perlego.
- . “Humboldt’s Magic Mountain”. Traducido por Peter Mason. En *The Invention of Humboldt. On the Geopolitics of Knowledge*. Editado por Mark Thurner y Jorge Cañizares-Esguerra, 169-94. New York: Routledge, 2023.
- Pratt, Mary Louise. *Ojos imperiales: Literatura de viajes y transculturación*. Traducido por Ofelia Castillo. Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmes, 1992.
- Prieto, Mercedes. *Liberalismo y temor. Imaginando los sujetos indígenas en el Ecuador postcolonial 1895-1950*. Quito: Abya-Yala, 2002.
- Pohl-Valero, Stephan. “¿Agresiones de la altura y degeneración fisiológica? La biografía del «clima» como objeto de investigación científica en Colombia durante el siglo XIX e inicios del XX”. *Revista Ciencias de la Salud* 13, n.º 4 (2015): 65-83. doi:10.12804/revsalud13.especial.205.05.
- Puig Peñalosa, Xavier. “Análisis estético y artístico de cinco pinturas de paisaje de Rafael Troya (1845-1920)”. *Boletín de la Academia Nacional de Historia* 97, n.º 202 (2019): 115-37. <https://academiahistoria.org.ec/index.php/boletinesANHE/article/view/34>.
- . “Romanticismo y pintura de paisaje en el Ecuador decimonónico: el caso de Rafael Salas (1826-1906)”. *Boletín de la Academia Nacional de Historia* 100, n.º 207 (2022): 13-49, <https://academiahistoria.org.ec/index.php/boletinesANHE/article/view/252>.
- . “Discurso de incorporación: pintura de paisaje en Rafael Troya: estética e historia de una representación”. *Boletín de la Academia Nacional de Historia*, vol. 96, n.º 200. (2018): 404-22. <https://academiahistoria.org.ec/index.php/boletinesANHE/article/view/123>.
- . “Una introducción a la recepción y adaptación de la estética romántica en el Ecuador decimonónico. La influencia de Herder y la estética romántica de lo

- sublime en la literatura y la pintura de paisaje”. *Estudios de Filosofía*, n.º 52. (Antioquia: 2015): 161-80. <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=5909961>.
- . *Luis A. Martínez y su tiempo: política, literatura y pintura de paisaje*. Inédito
- . *Rafael Troya: estética y pintura de paisaje*. Loja: Universidad Técnica Particular de Loja, 2015.
- Pyenson, Lewis. *Cultural Imperialism and Exact Sciences*. German Expansion Overseas 1900-1930. New York: Peter Lang, 1985.
- Rabinbach, Anson. *The Human Motor: Energy, Fatigue, and the Origins of Modernity*. New York: 1990.
- Ramiro, Navarrete. “Un siglo después de Whymper”, en *Andinismo*, n.º 1. (Quito: 1979): 11-5.
- Ratzel, Friedrich. *Über Naturschilderung*. Munchen: Druck und Berlag von R. Didenbourg, 1906.
- Reidy, Michael. “Mountaineering, Masculinity, and the Male Body in Mid-Victorian Britain”. *Osiris: Scientific Masculinities* 30, n.º1 (2015): 158-81. doi:10.1086/682975158-181.
- Renner, Susanne, Ulrich Päßler, y Pierre Moret. “My Reputation is at Stake”: Humboldt’s Mountain Plant Geography in the Making (1803–1825)”. *Journal of the History of Biology*, 56 (2023): 97-124. doi:10.1007/s10739-023-09705-z.
- Richards, Anne. “Argument and Authority in the Visual Representations of Science”. *Technical Communication Quarterly* 12, n.º 2 (2003): 183-206. doi:10.1207/s15427625tcq1202_3.
- Robalino, Luis. *Orígenes del Ecuador de hoy*. García Moreno. Puebla: Editorial Cajica, 1967.
- Robert, Macfarlane. *Las montañas de la mente: Historia de una fascinación*. Traducido por Concha Cardeñoso. New York: Penguin Random House, 2020.
- Roche, Clare. “The Ascent of Women: How Female Mountaineers Explored the Alps: 1850-1900”. Tesis doctoral, Birkbeck University of London, 2015. <https://eprints.bbk.ac.uk/id/eprint/40169/>.
- Rosen, Friedrich. “Max von Thielmann”. In *Zeitschrift der Deutschen Morgenländischen Gesellschaft*, vol. 83. Bearbeitet von Georg Steindorff, 262-4. Leipzig: Deutschen Morgenländischen Gesellschaft, 1929.

- Rosero, Pablo. “Los itinerarios de la luz. La trayectoria del fotógrafo Camilus Farrand en los Andes”. *Sociedad Amigos de la Genealogía* 335 (Quito: 2024): 65-90.
- Rosner, Milton y Luis Trener. *The Challenge*. Great Britain: Productions LIS, 1938. 75min.
- Royal Geographical Society. “Medals and Awards, Gold Medal Recipients”. Royal Geographical Society. accedido el 4 de octubre de 2019, <https://www.rgs.org/CMSPages/GetFile.aspx?nodeguid=5e66a0af-8ada-4b4b-9b00-915cbc97082b&lang=en-GB>.
- Safier, Neil. *La medición del nuevo mundo. La ciencia de la Ilustración y América del Sur*. Madrid: Marcial Pons Historia, 2016.
- Salazar, Ernesto. *Talleres prehistóricos en los altos Andes del Ecuador*. Cuenca: Departamento de Difusión Cultural de la Universidad de Cuenca, 1980.
- . “Investigaciones arqueológicas en Mullumica (Provincia de Pichincha)”. En *Miscelánea Antropológica Ecuatoriana, Boletín de los Museos del Banco Central del Ecuador*, vol. 5, 129-60 (Quito: Banco Central del Ecuador: 1985).
- Sandoval, José. *En pos de Nuevos Horizontes*. Quito: Mercedario Tirso de Molina, 1951.
- Schmuck, Thomas. “Humboldt in Goethes Bibliothek”. *HiN: Alexander von Humboldt im Netz* 17, n.º 32 (2016): 65–83. doi:10.18443/236.
- . “Tod in den Anden. Ein Brief Francis Hall and Humboldt 1831 und seine historischen und politischen Hintergründe”. *HiN: Alexander von Humboldt im Netz* 14, n.º 27 (2013): 55–68. doi:10.18443/181.
- Schaumann, Caroline. *Peak Pursuits. The Emergence of Mountaineering in the Nineteenth Century*. New Haven: Yale University Press, 2020.
- Schuster, Sven y Jessica Neva eds. *Colombia: Un viaje fotográfico. Las colecciones de Stübel y Reiss (siglo XIX)*. Bogotá: Universidad del Rosario, 2022.
- Serrano, Raúl. “«Mi delirio sobre el Chimborazo»: anuncios y fundación”. *Kipus: Revista Andina de Letras*, n.º 26 (2009): 71-89.
- Sevilla, Ana y Elisa Sevilla. “Inserción y participación en las redes globales de producción de conocimiento: el caso del Ecuador del siglo XIX”. *Historia Crítica*, n.º 50 (2013): 79-103. doi:10.7440/histcrit50.2013.04.
- . “Semillas andinas, invernaderos escoceses y herbarios londinenses en la red de Charles Darwin”. En *Darwin y el darwinismo: desde el sur del sur*. Compilado por Gustavo Vallejo, 257-76. Madrid: Doce Calles, 2018.

- . “Deshojando flores frente a los volcanes andinos: El impacto de la expedición de Stübel en el Ecuador”. Accedido 30 de septiembre de 2023. https://www.academia.edu/8587865/Deshojando_flores_frente_a_los_volcanes_andinos.
- Shapin, Steven. *A Social History of Truth*. Chicago: University of Chicago Press, 1994.
- Sigrist, René. *Le capteur solaire de Horace-Bénédict de Saussure: Genèse d'une science empirique*. Genève: Passé-Présent, 1993.
- . "Scientific standards in the 1780s: A controversy over hygrometers". In *Historian of Earth and Man*. Edited by John Heilbron & René Sigrist, 147-83. Génova: Slatkine, 2011.
- Silveira, Mario. “Lady Florende Dixie en la Patagonia Austral (1879)”. XII Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia, Facultad de Humanidades y Centro Regional Universitario Bariloche. Universidad Nacional del Comahue, San Carlos de Bariloche, 2009.
- Silvestre, Elizabeth dir. *Glaciares de los Andes Tropicales víctimas del Cambio Climático*. (s/c: Comunidad Andina /Proyecto “Adaptación al Impacto del Retroceso Acelerado de Glaciares en los Andes Topicales / Institut de recherche pour le développement, 2014.
- Sinardet, Emmanuelle. “La geografía cultural de Luis A. Martínez: espacios e identidad”. *Kipus: Revista Andina de Letras y Estudios Culturales*, n.º 49 (2021): 25-40. doi:10.32719/13900102.2021.49.2.
- . “A la costa de Luis A. Martínez: ¿la defensa de un proyecto liberal para Ecuador?”. *Bulletin de l'Institut français d'études andines* 27, n.º 2 (1998): 285-307. <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=12627205>.
- Spivak, Gayatri. “¿Puede hablar el subalterno?”. *Revista Colombiana de Antropología* 39 (Bogotá: 2003): 297-364. doi:10.22380/2539472X.1244.
- Smith, Albert. *The Story of Mont Blanc*. London: David Bogue, 1853.
- Sonnier, Georges. *La montaña y el hombre*. Barcelona: Editorial RM, 1977.
- Sosa, Rex. *El escudo de armas del Ecuador y el proyecto nacional*. Quito: UASB, 2014.
- Steiner, Rudolf. *Goethian Science*. Ontario: Mercury Press, 1988.
- Stepan, Nancy, *Picturing Tropical Nature*. Ithaca: Cornell University Press, 2001.
- Sunyer, Pere. “Humboldt en los Andes de Ecuador. Ciencia y romanticismo en el descubrimiento científico de la montaña”. *Scripta Nova. Revista Electrónica de*

- Geografía y Ciencias Sociales* 4, n.º 58. 15 de febrero de 2000.
<https://www.ub.edu/geocrit/sn-58.htm>.
- Tremonti, Marino. “Le Ande dell’ Ecuador”. *Bolletino del Club Alpino Italiano* 46, n.º 79 (1967): 243-78.
- Thurner, Mark. “Huellas sobre huellas sobre huellas”. *Procesos: Revista Ecuatoriana de Historia*, n.º 58 (2023): 169-74.
- Thurner, Mark & Jorge Cañizares-Esguerra eds. *The Invention of Humboldt. On the Geopolitics of Knowledge*. New York: Routledge, 2023.
- Thurner, Mark & Juan Pimentel eds. *New World Objects of Knowledge. A Cabinet of Curiosities*. London: University of London Press, 2021.
- Ureña, Juan Felipe. “El Chimborazo. Una imagen de la integridad geográfica de la primera república de Colombia”. *Claves: Revista de Historia* 8, n.º 15 (2022): 31-69. doi:10.25032/crh.v8i15.3.
- Valencia, Alonso. “Élites, burocracia. Clero y sectores populares en la independencia Quiteña”. *Procesos. Revista Ecuatoriana de Historia*, n.º 3 (1992): 55-101. doi: doi.org/10.29078/rp.v1i3.
- Vargas, José. *Los pintores quiteños del siglo XIX*. Quito: Santo Domingo, 1971.
- Victoria, Queen. *Leaves from the Journal of Our Life in the Highlands, from 1848 to 1861*. Editado Arthur Helps. Cambridge: Cambridge University Press, 2011.
- Villaverde, María José y Francisco Castilla dirs. *La sombra de la leyenda negra*. Madrid: Tecnos, 2016.
- Villavicencio, Manuel. *Geografía de la República del Ecuador*. Nueva York: Imprenta de Robert Craighead, 1858.
- Wardenga, Ute. “German Geographical Thought and the Development of Landeskunde”. En *Silvia Telles e os 100 Anos do Ensino Superior da Geografia em Portugal*. Editado por. Mario Vale, 136-7. Lisboa: Colibri, 2006.
- Willis, Bailey. “Ferdinand, Freiherr von Richthofen”. *The Journal of Geology* 13, n.º 7 (1905): 561-7.
- Wolf, Lepenies. “Alexander von Humboldt: su pasado y su presente”. En *Humboldt y la modernidad*. Compilado por Leopoldo Zea y Hernán Taboada, 53-70. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica, 2001.
- Yuval-Naeh, Naomi. “Cultivating the Carboniferous: Coal as a Botanical Curiosity in Victorian Culture”. In *Victorian Studies* 61, n.º 3 (2019): 419-45. doi:10.2979/victorianstudies.61.3.03.

Zoller, Heinrich. "La découverte des Alpes de Pétrarque à Gessner". Dans *Un cordée originale. Histoire des relations entre science et montagne*. Editado por Jean-Claude Pont et Jan Lacki, 417-28. Génova: Georg, 2000.

Zorrilla, Juan José. *Enciclopedia de la montaña*. Madrid: Ediciones Desnivel, 2000.

Zuanon, Jean-Paul. "La première ascension italienne au Monviso (août, 1863), acte fondateur de l'alpinisme italien". *Babel*, n.º 8 (2003): 71-85, <http://journals.openedition.org/babel/1318>.